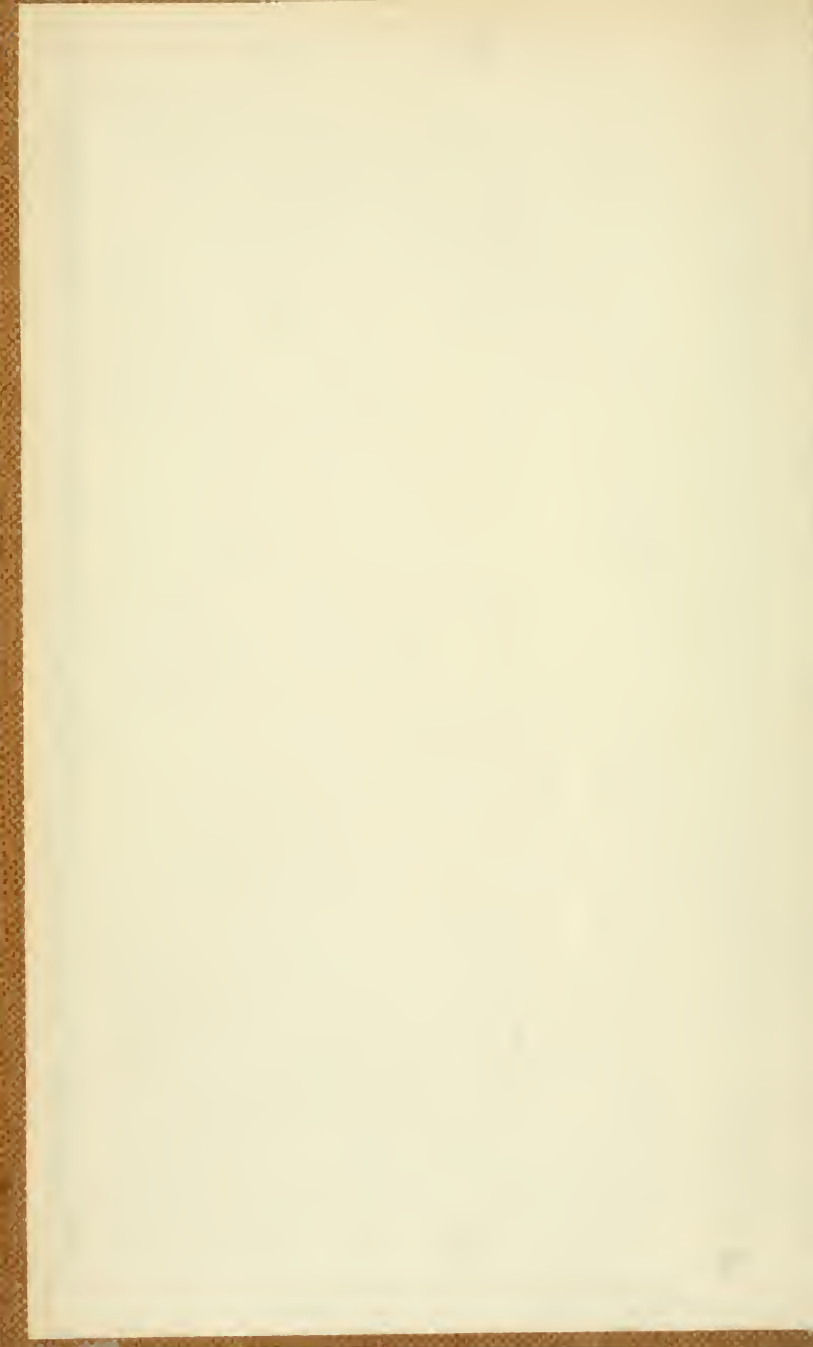


UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY





S. C.
B5826

333

Biblioteca
TEATRO MUNDIAL

Vol. VI.

Nos. 51-60.

Page 18

1944-1945

1946-1947

1948-1949

1950-1951

1952-1953

1954-1955

1956-1957

1958-1959

1960-1961

1962-1963

1964-1965

1966-1967

CONTENTS.

III

51. Sudermann -	El Honor.	pp. I-91
52. Moratin -	El Sí de las Niñas	I-75
53. Giacometti-Maria	Antonieta	I-98
54. Stein -	Viuda alegre	I-74
55. Dumas (Padre) -	El conde de Montecristo	I-66
56. Shakespeare-	Otelo	I-79
57. Beaumarchais -	El Barbero de Sevilla	I-83
58. Dicenta -	Daniel	I-91
59. Artís -	Pecado de Juventud	I-107
60. Millá y Roura -	Nadie más fuerte que Sherlock-Holmes	I-95

1-10-1944

1-11-1944

1-12-1944

1-1-1945

1-2-1945

1-3-1945

1-4-1945

1-5-1945

1-6-1945

1-7-1945

1-8-1945

1-9-1945

1-10-1945

1-11-1945

1-12-1945

1-1-1946

1-2-1946

1-3-1946

1-4-1946

1-5-1946

1-6-1946

1-7-1946

1-8-1946

1-9-1946

1-10-1946

1-11-1946

1-12-1946

1-1-1947

1-2-1947

1-3-1947

1-4-1947

1-5-1947

1-6-1947

1-7-1947

1-8-1947

1-9-1947

1-10-1947

1-11-1947

1-12-1947

1-1-1948

1-2-1948

1-3-1948

1-4-1948

1-5-1948

1-6-1948

1-7-1948

1-8-1948

1-9-1948

1-10-1948

1-11-1948

1-12-1948

1-1-1949

1-2-1949

1-3-1949

1-4-1949

1-5-1949

1-6-1949

1-7-1949

1-8-1949

1-9-1949

1-10-1949

1-11-1949

1-12-1949

1-1-1950

1-2-1950

1-3-1950

1-4-1950

1-5-1950

1-6-1950

1-7-1950

1-8-1950

1-9-1950

1-10-1950

1-11-1950

1-12-1950

1-1-1951

1-2-1951

1-3-1951

1-4-1951

1-5-1951

1-6-1951

1-7-1951

1-8-1951

1-9-1951

1-10-1951

1-11-1951

1-12-1951

1-1-1952

1-2-1952

1-3-1952

1-4-1952

1-5-1952

1-6-1952

1-7-1952

1-8-1952

1-9-1952

1-10-1952

1-11-1952

1-12-1952

1-1-1953

1-2-1953

1-3-1953

1-4-1953

1-5-1953

1-6-1953

1-7-1953

1-8-1953

1-9-1953

1-10-1953

1-11-1953

1-12-1953

1-1-1954

1-2-1954

1-3-1954

1-4-1954

1-5-1954

1-6-1954

1-7-1954

1-8-1954

1-9-1954

1-10-1954

1-11-1954

1-12-1954

1-1-1955

1-2-1955

1-3-1955

1-4-1955

1-5-1955

1-6-1955

1-7-1955

1-8-1955

1-9-1955

1-10-1955

1-11-1955

1-12-1955

1-1-1956

1-2-1956

1-3-1956

1-4-1956

1-5-1956

1-6-1956

1-7-1956

1-8-1956

1-9-1956

1-10-1956

1-11-1956

1-12-1956

1-1-1957

1-2-1957

1-3-1957

1-4-1957

1-5-1957

1-6-1957

1-7-1957

1-8-1957

1-9-1957

1-10-1957

1-11-1957

1-12-1957

1-1-1958

1-2-1958

1-3-1958

1-4-1958

1-5-1958

1-6-1958

1-7-1958

1-8-1958

1-9-1958

1-10-1958

1-11-1958

1-12-1958

1-1-1959

1-2-1959

1-3-1959

1-4-1959

1-5-1959

1-6-1959

1-7-1959

1-8-1959

1-9-1959

1-10-1959

1-11-1959

1-12-1959

1-1-1960

1-2-1960

1-3-1960

1-4-1960

1-5-1960

1-6-1960

1-7-1960

1-8-1960

1-9-1960

1-10-1960

1-11-1960

1-12-1960

1-1-1961

1-2-1961

1-3-1961

1-4-1961

1-5-1961

1-6-1961

1-7-1961

1-8-1961

1-9-1961

1-10-1961

1-11-1961

1-12-1961

1-1-1962

1-2-1962

1-3-1962

1-4-1962

1-5-1962

1-6-1962

1-7-1962

1-8-1962

1-9-1962

1-10-1962

1-11-1962

1-12-1962

1-1-1963

1-2-1963

1-3-1963

1-4-1963

1-5-1963

1-6-1963

1-7-1963

1-8-1963

1-9-1963

1-10-1963

1-11-1963

1-12-1963

1-1-1964

1-2-1964

1-3-1964

1-4-1964

1-5-1964

1-6-1964

1-7-1964

1-8-1964

1-9-1964

1-10-1964

1-11-1964

1-12-1964

1-1-1965

1-2-1965

1-3-1965

1-4-1965

1-5-1965

1-6-1965

1-7-1965

1-8-1965

1-9-1965

1-10-1965

1-11-1965

1-12-1965

1-1-1966

1-2-1966

1-3-1966

1-4-1966

1-5-1966

1-6-1966

1-7-1966

1-8-1966

1-9-1966

1-10-1966

1-11-1966

1-12-1966

1-1-1967

1-2-1967

1-3-1967

1-4-1967

1-5-1967

1-6-1967

1-7-1967

1-8-1967

1-9-1967

1-10-1967

1-11-1967

1-12-1967

1-1-1968

1-2-1968

1-3-1968

1-4-1968

1-5-1968

1-6-1968

1-7-1968

1-8-1968

1-9-1968

1-10-1968

1-11-1968

1-12-1968

1-1-1969

1-2-1969

1-3-1969

1-4-1969

1-5-1969

1-6-1969

1-7-1969

1-8-1969

1-9-1969

1-10-1969

1-11-1969

1-12-1969

1-1-1970

1-2-1970

1-3-1970

1-4-1970

1-5-1970

1-6-1970

Hermann Sudermann

El honor

Drama en cuatro actos



MADRID

Sociedad de Autores Españoles
1913



No. 1

1.

EL HONOR

Esta obra es propiedad del adaptador y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—
Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL HONOR

COMEDIA DRAMÁTICA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

HERMANN SUDERMANN

Arreglada a nuestra escena y a nuestras costumbres por

LUIS RACOLL

(SUÑER CASADEMUNT)

Representada por primera vez en el teatro "Portfoliograf" de Lérida la noche
del 24 de Febrero de 1913



pp. 1-81
n.º 5.
13/608
20/2/14

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

MONSERRATE	Sra. Arqué.
ROSALÍA	» Marsal
AMALIA	» Martínez.
EULALIA	» Villalba
PAULINA	» Panadés
EMILIO, Marqués de Santa Fe	Sr. Martori
OCTAVIO	» Ballart
RICARDO	» Cabruja
JACINTO	» Bañeras
ANTONIO	» Pujol
SIMÓN	» Morera
PEPE	» Aguiló
RAMIRO	» Ollvar
TOMASÓN	» Camprubi
UN CRIADO	» Mundet
UN CHAUFFEUR	» Gonzalo

La acción se supone en una capital importante de provincia, puerto de mar.

El primer y tercer acto en una casa de recreo de las afueras de la capital.

EPOCA ACTUAL



ACTO PRIMERO

Sala baja, habitación de los colonos y jardineros de una casa de recreo, situada en las afueras de la capital en que se supone la acción. Puerta al foro que da al jardín y laterales, a derecha e izquierda, en primer y segundo términos, las que figuran con las habitaciones interiores.

Una mesa grande a la derecha, en primer término. Muebles modestos que contrastan con dos sillones tapizados, cubiertos con fundas, colocados en el ángulo del foro derecha. Esparcidas por la escena, herramientas de jardinero, todo muy limpio y aseado.

ESCENA PRIMERA

EULALIA y TOMASÓN; aparece éste, por el foro, con unas herramientas de jardinero al hombro, las cuales deja caer con estrépito.

TOM. Buenos días, Eulalia.

EULA. ¡Chist!... cuidado hombre, no metas tanto ruido.

TOM. ¿Es que hay enfermos en la casa?

EULA. Enfermos no, pero hay en ella quien duerme aún.

TOM. ¿Duerme a tales horas?

EULA. Sí, hombre; el chico, que llegó ayer noche.

TOM. ¿Qué chico?

EULA. Es verdad, que nada sabes aún; nuestro hijo, Octavio. Vino hecho un caballero, ya lo verás.

TOM. ¿Y cómo no me enteré aún? ¿De manera

- que hizo fortuna? Siempre dije yo que era de los que llegaban un día u otro.
- EULA. Ya lo creo. Hacía poco que nos habíamos acostado, cuando llamaron a la verja del jardín; mi marido dijo: ¿Quién será a tales horas? Ve a verlo, le contesté; y tal como digo, se levanta, y al poco rato oigo grandes voces; que será esto, me pregunto; salgo, voy, y en medio la obscuridad veo a mi marido abrazado a un caballero. Lo mismo fué verme, que venir hacia a mí con los brazos abiertos gritando: ¡madre! y Antonio gritándome también, ¡es el chico! ¡es nuestro hijo! y entones yo sin saber lo que me hacía, voy hacia él, me agarro a su cuello y mira tú si lo haría con fuerza que su sombrero se fué rodando por la arena del jardín.
- TOM. ¡Pues no puede usted figurarse lo que me alegro! Siempre lo dije que sería un hombre de suerte. Dichoso él, que debe comer como un príncipe y fumar cigarros como estacas. Ardo en deseos de estrecharle la mano, aunque tal vez ahora no quiera alternar con los pobres como yo. ¿Y se queda ya para siempre?
- EULA. No puedo decirte lo.
- TOM. Tiempo le queda para decidirlo. Vaya, vaya... Bueno, y pasando ahora a otro asunto. ¿Cómo estamos de almuerzo?
- EULA. Tienes razón, ya se me había olvidado.
- TOM. Mientras yo me acuerde es lo que basta. Ya sabe usted, eso de la comida, es la única cosa que no paso por alto.
- EULA. Voy. (Desaparece y vuelve a salir con un plato y tenedor y un vaso de vino, colocándolo encima la mesa. Tomasón se sienta y principia a comer.)
- TOM. Lo mismo me da ahora que en seguida.
- EULA. Aquí lo tienes. Y mi marido ¿por qué no vino contigo?
- TOM. No tardará. ¿Sabe Dios lo que para almorzar debe comer ahora su chico?

- EULA. Lo que hace falta es buen apetito, eso es lo principal.
- TOM. No, de eso tengo buena provisión. Y ¿cuántos años han cumplido desde que se marchó?
- EULA. Cumplen diez este verano. Nosotros si que debemos la suerte a la desgracia que tuvo mi hombre en el almacén de los señores. Como quedó inútil para trabajar en ellos, nos cedieron la plaza de jardineros y colonos de su casa de recreo y tomaron además por su cuenta a nuestro hijo, y al cumplir veinte años, le mandaron a las explotaciones que poseen en América. Dios les recompense lo que han hecho por nosotros.
- TOM. Y que la muchacha ha salido a su hermano. Nadie dirá al verla, que no sea una señorita. ¿No se han visto los dos aur?
- EULA. No, las noches que Rosalía tiene lección, no viene, duerme en casa de su hermana. Como está eso apartado.
- TOM. ¡Ah! ya sé; claro. (Buenas serán las lecciones.)

ESCENA II

Dichos y ANTONIO

- ANT. Anda, date prisa, el almuerzo, que tengo hoy mucho que hacer.
- EULA. Voy, hombre, siempre tus prisas. (Vase y vuelve con otro plato de comida que coloca a la mesa.) Aquí lo tienes.
- ANT. Oye, ¿has dicho ya a Tomasón que anoche llegó nuestro hijo?
- TOM. Sí, hace un momento, y me ha dao un alegrón con lo que ha contaó.
- ANT. ¿Verdad que no va a conocerle? (Se sienta y come.) Pero, ¿no se levantó aún?
- EULA. Deja que duerma.

- TOM. ¿Pero usted se figura que va a levantarse a la misma hora que nosotros? Aguarde, ya, ya...
- ANT. Es que no creo que haya vuelto hecho ningún millonario, al contrario, creo yo que al fin y a la postre, tendrá que ganarse el pan como nosotros mismos, como su padre.
- TOM. ¿Como su padre?... sabe Dios si ni aun el parentesco confesará en algunas ocasiones.
- ANT. ¿Quieres callarte?
- TOM. Eso es un decir.
- ANT. Mal dicho. Yo conozco muy bien a mi hijo Octavio.
- TOM. Lo que usted me dirá que lo conocía.
- EULA. ¿Quieres callarte, mala lengua?
- ANT. Oye, Eulalia, ¿y qué tomará en cuanto se levante?
- EULA. Voy a hacerle café, para que lo tome con leche.
- TOM. ¿Café con leche? ¡valiente almuerzo! un par de chuletas o tres, eso es lo que deberá usted prepararle, y nada se perdería conque antes le preparara el estómago con un par de huevos fritos. Con un almuerzo así, se comprende que pueda tirarse hasta la hora de la comida.
- ANT. ¡Aprieta!
- EULA. ¿Pero te figuras que nuestro hijo es un glotón como tú?
- TOM. ¡Yo me encontrara dentro su piel! ¡Me río de los atracones que iba a darme!
- EULA. Ya se levantó.

ESCENA III

Dichos, OCTAVIO por la izquierda.

- EULA. Buenos días, hijo mío.
- OCTAV. Madre... (La abraza).
- ANT. ¿Has dormido bien?

- OCTAV. Ya lo creo, perfectamente, padre mío. (Le abraza). Al despertar, me han parecido un sueño los diez años transcurridos; por un momento híceme la ilusión de que jamás me había separado de ustedes.
- ANT. Ojalá; no me sentiría tan viejo.
- EULA. Ni yo, porque, cree no soy ya la misma de cuando te marchaste. Todo me fatiga.
- OCTAV. Pues precisamente para eso llegué, a fin de que descansen. La misión de ustedes está ya terminada.
- EULA. ¿De manera que vienes decidido a no marcharte de nuevo? ¡poco sabes el alegrón que das a tu padre con la noticia!
- OCTAV. Nada decidí aún. Veremos.
- EULA. ¿A qué volverte? ¿No has padecido ya de sobra? Cuántas veces decíamos con tu padre: ¿Si estará enfermo? ¿Si tal vez los negros se lo habrán comido? Yo que sé. Como oye una tanta cosa de aquella gente...
- ANT. ¿Pero te crees que se comen los niños crudos?
- EULA. Y lo que no son niños, a veces.
- ANT. No le hagas caso a tu madre.
- OCTAV. Eso entre las tribus antropófagas, pero no en la región donde están las plantaciones que tenía a mi cargo. Si viera usted, padre mío, qué vegetación aquella; donde las frutas que dan los árboles parecen salidas de una dulcería mejor que naturales.
- TOM. (Que hayan de decir tales mentiras cuantos vienen de allá).
- ANT. Ah, si pudiéramos aligerar algo el peso de mis años...
- EULA. Oye, ¿y allí los monos y los papagayos van sueltos por los bosques?
- OCTAV. Ya lo creo. (Riendo.) Pero qué significan para mí todas las esplendideces de aquellos climas, si durante diez años, cifraba enteros mis sueños en el recuerdo de este agradable rinconcito donde les tenía a us-

- tedes. Volver de nuevo a su lado. Este era el afán que me animaba al trabajo.
- EULA. Si, hijo mío, sí, (Enternecida.) tú siempre el mismo, lo creo; siempre tan bueno. (Se enjuga una lágrima.)
- ANT. ¿Y vas a llorar?
- EULA. De alegría.
- OCTAV. Deje usted que lllore, padre mío; son lágrimas de alegría. ¡Madre, madre mía, qué dichoso me siento en tales momentos! Doy gracias a Dios que no ha permitido realizar lo que tanto temía.
- ANT. ¿Lo que temías?
- EULA. ¿Y qué temías, vamos a ver?
- OCTAV. Será una tontería si ustedes quieren.
- TOM. (Hoy si que me dejan almorzar en paz y tranquilidad).
- OCTAV. La verdad, ¿temía parecer un extraño entre ustedes?
- EULA. ¿Estás loco?
- OCTAV. Ya veo que no es así, por lo que doy gracias a Dios.
- ANT. Oye, oye, Eulalia, que el chico está en ayunas.
- EULA. Es verdad, perdona, hijo mío.
- OCTAV. Tiempo queda.
- EULA. ¿Tomarás café con leche? Si quieres otra cosa dilo.
- OCTAV. No, no, me basta.
- EULA. Voy, pues, enseguida. (Al dirigirse a la puerta de la izquierda se apercibe de Tomasón que come y bebe tranquilamente.) ¿Pero es que no vas a concluir de almorzar en toda la mañana tú? (Ya decía yo.) Casi terminé ya.
- TOM. Anda, hombre.
- EULA. Luego, en seguida.
- OCTAV. Calla, ¿no es este Tomasón?
- TOM. El mismo, sí señor.
- OCTAV. Vamos, hombre, acércate, dame la mano.
- TOM. ¿La mano?... es que... (Se la enjuga.)
- OCTAV. Sí, hombre.

TOM. Ahí va. Y usted perdone si le doy tratamiento. No sabría hacer otra cosa.

OCTAV. Me es indistinto; no quiero que haya en ello violencia alguna, trátame como te parezca, del modo que mejor te venga...

TOM. ¿Y ya no va usted a marcharse de nuevo?

OCTAV. Según, depende...

TOM. Entiendo, de lo que dependa. (Me parece que no vas a echar tú raíces.) Si yo tuviera que aconsejarle...

ANT. Buenos serían tus consejos.

TOM. Mejores de lo que tal vez le den más de cuatro. Ya se ve que yo no he viajado como él, pero a conocer el mundo, vaya, que pocos me llevarán ventaja.

ANT. Lo que tú debes hacer, es entendértelas con la herramienta, en vez de echarnos discursos.

TOM. Eso es con lo que siempre le salen a uno. Voy a ello, hombre, ya voy. Que ni le permitan a uno un momento pa que se le sienta a uno la comida. En fin, qué se ha de hacer. Yo, ya ve usted, poco he progresado. Yo aferrao pa siempre a la cola del gato, qué le vamos a hacer. En fin, que me alegro de todo y aunque sea poco lo que uno valga, ya sabe usted, mandar.

OCTAV. Gracias, Tomasón.

TOM. Hasta la vista.

ANT. Anda, que yo vengo luego también por allá.

TOM. (Tomando la herramienta vase por el foro.) (A ver cómo va a tomarse lo de su hermana.)

OCTAV. ¿Pero usted trabaja aún a su edad?

ANT. ¿Qué le vamos hacer?

ESCENA IV

Dichos y EULALIA con un tazón de café con leche que deja en la mesa.

- EULA. Anda, que está calentito. Oye, aquí tienes manteca de la que trae para ella tu hermana.
- OCTAV. ¿Cómo no vino aún? ¡Cuánto deseo abrazarla! Debe ser ya todo una mujer.
- EULA. Ya lo creo. Vas a verla.
- ANT. Y que salió a su hermano, no nació la indina para fregar los suelos.
- EULA. Poco tardará. Ven, siéntate aquí. (Le da un sillón tapizado que hay en un recodo de la sala.)
- OCTAV. ¿Cómo? ¿Y a qué obedece?...
- EULA. ¿Te extraña que tengamos este mueble?
- OCTAV. La verdad... (Se sienta y toma el café con leche.)
- EULA. Pues es un regalo que le hicieron a tu hermana lo mismo que el espejo que has visto en tu dormitorio. Ya la verás, es todo una señorita.
- OCTAV. Ardo en deseos de que llegue, a fin de que nos veamos reunidos todos. Pues como decía, durante mi viaje, la única obsesión que tenía, era el temor de que el tiempo transcurrido, no hubiera interpuesto una valla entre nosotros, pero me convencí de lo contrario y me siento feliz, completamente feliz.
- EULA. Qué ideas se te ocurren.
- OCTAV. Estoy satisfecho; salvo pequeñas diferencias, todo está lo mismo, ustedes dos algo más viejos, es cierto, pero queriéndome igual o acaso más aun.
- EULA. Sí, hijo mío, sí. Y dime, ¿está bien el café con leche? Te hice el café con la cafetera de tu hermana. ¡Oh, si tiene un gusto extremado en todas sus cosas! Ya te lo dije, una señorita, tal vez demasiado señorita si se compara con sus padres.

- OCTAV. Este servicio también es del mejor gusto.
EULA. Suyo también. Se lo regalaron...
OCTAV. ¿Otro regalo? Pero vames a ver. ¿Por qué salió tan de mañana? No sabe el deseo que tengo de abrazarla.
ANT. No, si no es que haya salido.
OCTAV. Pues, ¿y entonces?
EULA. Yo te explicaré, a veces...
ANT. Es que no ha llegado.
OCTAV. ¿Desde ayer?
EULA. Sí, desde ayer.
OCTAV. ¿Y consienten ustedes?...
EULA. Como está la casa apartada, las noches que tiene lección se queda a dormir en casa de su hermana Paulina.
ANT. Que son casi todas.
EULA. Todas no.
ANT. La mayor parte.
OCTAV. Me parece que...
ANT. Como a mí, pero hijo mío, no sé qué decirte.
EULA. Creo que siendo una hermana...
OCTAV. Verdad, sí; pero me parece que no es prudente, y menos con tanta frecuencia.
EULA. Menos lo es que una muchacha sola llegue aquí a altas horas de la noche.
OCTAV. ¿Pero no hay el tranvía de las afueras hasta última hora? Además, ¿qué trabajo es el suyo que no le permite concluir hasta tan tarde?
ANT. Trabajo...
OCTAV. ¿Qué? ¿Qué quiere usted decir padre?
EULA. Déjale, tonterías.
OCTAV. No, no; es preciso que yo lo sepa. A mí no deben ustedes ocultarme nada.
EULA. Claro que no. Pues ya verás, francamente, tu hermana, como te decía, no nació para la aguja, ¿comprendes!
OCTAV. Conformes en que sea algo más que una simple operaria. Puede aprender el corte, montar un taller si es preciso.
ANT. No la llama Dios por ahí.

- OCTAV. Me están ustedes torturando con sus medias palabras. Acabemos, ¿cuáles son las aspiraciones de Rosalía?
- EULA. Te diré, aprende el canto.
- OCTAV. ¿El canto?
- EULA. Sí, todo de ello tuvo la culpa cierto día que el señorito Ricardo, el hijo de los señores, la oyó cantar. Empezó a decirle que tenía una fortuna en la garganta, que era una lástima que así la despreciara y que podía llegar a ser una de esas que ganan tanto dinero. Nosotros, la verdad, al principio, nos oponíamos, pero tampoco podíamos quitarle el porvenir.
- OCTAV. Bueno, si realmente reúne condiciones...
- EULA. Un maestro le probó la voz y él mismo se cuidó de buscarla una buena profesora.
- OCTAV. Y nada de ello me habían escrito ustedes. Creo valía la pena.
- EULA. Sí, es verdad, debimos haberlo hecho.
- ANT. Hijo mío; yo no entro ni salgo en eso tampoco. Ellas se lo arreglan.
- OCTAV. Sin embargo, ahora estoy aquí, y quiero convencerme por mis propios ojos de cuanto ustedes acaban de decirme. Yo no me opongo a que prosiga sus estudios, y que llegue a ser una artista notable. Pero no veo para ello la necesidad de que pase las noches fuera de casa.
- EULA. Acaso te figuras que tu hermana Paulina la deja un momento.
- OCTAV. Ya sabe usted que ni Paulina ni su marido jamás fueron santos de mi devoción. De lo que estoy firmemente convencido es de que una muchacha joven y bonita, debe pasar las noches en su casa y al lado de sus padres.
- ANT. Lo mismo me parece a mí.
- OCTAV. ¿Y fué Ricardo quien hizo el descubrimiento de la voz de Rosalía?
- EULA. El mismo.
- OCTAV. ¿Y estos regalos que recibe Rosalía?

- ANT. Son suyos también.
- EULA. ¡Qué mal hay en eso?
- OCTAV. Lo haya o no, terminaron desde hoy.
- EULA. Tú ya sabes que no podemos desairar al hijo de los señores. Les debemos agradecimiento. Nos dan casa, y a tu padre le pagan el jornal entero durante toda la semana, aunque no lo gane. Además, lo que han hecho por ti...
- OCTAV. Agradecimiento, sí, pero no servilismo. Cierto que mucho les debo, pero no es menos verdad que yo en pago he cuidado de sus intereses con el mayor cariño. Aunque tal vez alguien lo atribuya a una vanidad mía, puedo asegurar que a mi gestión se deben muchos miles de duros que han ingresado en su caja.
- ANT. Estoy persuadido de ello; como que a los pobres nos explotan siempre los ricos. Sólo quieren chuparnos la sangre.
- OCTAV. También hay exageración en tal idea, padre mío. Yo cumplí con ellos, y ellos conmigo. Nada nos debemos unos a otros. Y hablemos ahora de mi hermana Paulina. ¿Qué tal se porta su marido?
- ANT. ¡Past!... No se porta del todo mal. Ya sabes que a él no le tira mucho el trabajo.
- EULA. Porque no siempre tiene trabajo del oficio.
- ANT. Y aun eso. Lo peor es que le tira también algo la taberna.
- OCTAV. Holgazán y borracho. Poca ha sido la suerte de mi hermana Paulina.
- EULA. No tanto.
- OCTAV. Debían ustedes haber tomado informes.
- ANT. Eso, tu madre; cuéntaselo a ella, que fué quien...
- EULA. No vayas tú tampoco a figurarte que sea tan mala su vida. Mira tú que cuando tu hermana muera de hambre...
- OCTAV. No me convence tal razonamiento. Es el hombre y no la mujer quien debe procurarlo.

- ANT. Lo mismo que yo digo.
EULA. Sea como sea; nada les falta; tienen la casa bien puesta, ¿y qué más pueden desear?
OCTAV. La verdad, no me satisface nada de cuanto me notifican ustedes, y afirmo que no es el cuidado de Paulina el más a propósito para mi hermana.
ANT. Alguien entra por la verja del jardín. (Va al foro.)

ESCENA V

Dichos, SIMÓN y PAULINA. Esta, al ver a Octavio, corre a echarse en sus brazos.

- PAUL. (Desde fuera.) A ver esa buena pieza de Octavio. (Aparece) ¡Ahl ¡Aquí!
OCTAV. ¡Paulina!
PAUL. Déjame darte otro abrazo. ¡Así! ¡Confieso que no te habría reconocido!... Vienes hecho todo un gran señor. (A Simón.) Dale tú la mano a mi hermano; es Simón, mi marido. ¡No parece sino que ya no os conocéis los dos! Dile tú también algo a mi marido.
OCTAV. (Da la mano á Simón.) ¿Cómo andamos, Simón?
SIMÓN Ya puede usted verlo.
PAUL. ¿Qué es eso de usted? ¡Pues no faltaba otra cosa! Digo, a menos que tú... (A Octavio.)
OCTAV. Realmente, no hay razón alguna para que me dé tratamiento.
SIMÓN Bueno, pues, como te parezca.
EULA. Claro. Nuestro hijo no es orgulloso.
SIMÓN (Este debe traer guita.)
PAUL. ¿Y mi hermana no llegó aún?
EULA. ¿Cómo no vino con vosotros?
PAUL. Hemos tomado el tranvía, y ella quedó aguardando el automóvil.
OCTAV. ¿El automóvil? (Extrañado.)
EULA. Si... no... nada. (Bajo a Paulina.) ¡Cállate!
PAUL. (Como si eso fuera un crimen.)

- OCTAV. ¿Qué automóvil es este que quedó aguar-
dando a Rosalía?
- EULA. Yo te explicaré. Algunas veces, no muchas,
la trae el automóvil del señorito Ricardo.
- OCTAV. Ya.
- EULA. Cuando puede aprovechar el camino, algu-
nas veces.
- OCTAV. Observo que el nombre de Ricardo viene
unido demasiadas veces a los actos que se
refieren a mi hermana, y confieso que me
disgusta.
- EULA. ¿Tú imaginas?...
- OCTAV. Nada; lo malo es lo que pueden imaginar
los demás.
- PAUL. ¿Pero tú te crees que se cuida alguien de lo
que nosotros podemos hacer? Les tiene
muy tranquilos.
- OCTAV. Seré yo desde hoy quien lo haga.
- SIMÓN (Se conoce que éste viene del otro mundo.)
- PAUL. (A ver si nos lo echa todo a rodar.) (Oyese
una bocina de auto) ¡Ya está aquí, ya está
aquí! (Va al foro.)
- EULA. Sí, mírala. (Va al foro.)
- OCTAV. (Quiera Dios que me engañe.)

ESCENA VI

Dichos y ROSALÍA elegantemente vestida y algo llamativa. Tras
de ella aparece el CHAUFFEUR

- PAUL. ¡Rosalía! ¡Rosalía! Mira, Octavio, nuestro
hermano.
- ROS. (Corriendo a abrazarle). ¡Ah, Octavio!
- OCTAV. ¡Rosalía! ¡hermana mía!
- EULA. ¡La verdad es que cuando contempla una
a unos hijos tan elegantes! (Con alegría).
- OCTAV. Deja que te mire ahora, estás muy guapa
y elegante realmente.
- ROS. Mírame, mírame. Tú estás también muy
charmant. (Volviendo a abrazarle). Deja que
vuelva a darte un abrazo. ¡Cuánto deseaba

- vertel Ah, me olvidaba ya de ello. El chauffeur, tiene un encargo para ti.
- OCTAV. ¿Un encargo?
- CHAUF. Sí, señor, de la señorita.
- OCTAV. ¿De la señorita?
- PAUL. (Bajo a su marido). ¿Qué te parece?
- OCTAV. ¿Y qué encargo es este?
- CHAUF. Enterarme de si llegó usted bien del viaje.
- OCTAV. Y la señorita ha sido quien...
- CHAUF. Ella y sus papás, los señores, pero luego la señorita llamóme aparte dándome idéntico encargo.
- OCTAV. Está bien, gracias. Agradezco muchísimo tal interés.
- PAUL. (Bajo a Simón). Me parece que no puede estar más claro.
- CHAUF. Si no tiene usted otra cosa que mandarme.
- OCTAV. Gracias, puede usted retirarse y diga de mi parte a los señores que les agradezco el interés y que hoy mismo iré a ponerme a sus órdenes.
- CHAUF. Está bien. La señorita dirá a que hora debo venir por ella.
- OCTAV. ¿Qué?... (Con extrañeza).
- EULA. (Queriendo disimular). Como algunas veces está libre, viene a buscarla.
- OCTAV. Está bien. Por hoy puede prescindir de tal atención.
- CHAUF. Como ustedes dispongan.
- SIMÓN. (Este apenas llegado ya dispone a su antojo). ¿Pero es que se retira usted así, sin echar una copita como acostumbra?
- CHAUF. (Sin quitar la vista de Octavio). No, gracias, se agradece.
- SIMÓN. Pero si aquí todos somos unos.
- OCTAV. No le importunes, tal vez lleve prisa. Puede usted retirarse si lo desea.
- CHAUF. A la orden de ustedes. (Vase el Chauffeur y se nota que todos quedan disgustados. Pausa.)
- SIMÓN. (Bajo a su mujer.) Que fueros te me gasta tu hermanito, pocas migas haremos.
- EULA. (Vaya una despedida).

- PAUL. (Bajo a Rosalía). Habrá que cortarle las alas.
ROS. (Bajo a Paulina.) Déjale que mande hoy. Mañana veremos.
- OCTAV. ¿Qué pasa? ¿Cualquiera diría que se disgustaron ustedes?
- EULA. Como disgustarnos... no, pero...
- PAUL. Ya te lo diré. Como has despedido al chauffeur de un modo que...
- SIMÓN. Como que siempre se le invitó a echar unas copas...
- PAUL. Y que él tampoco es roñoso con nosotros, ¿no es cierto, madre?
- EULA. Por eso he sentido que se le despidiera tan fríamente.
- OCTAV. ¿Pero no comprende usted, madre?...
- EULA. Al fin y al cabo nosotros que somos, unos criados como él.
- PAUL. Y son las relaciones que a nosotros nos corresponde. No hablo por ti, tú es distinto.
- OCTAV. Siento que interpreten mal mi conducta.
- PAUL. Cuando él entró tan satisfecho con el encargo de su señorita para ti.
- EULA. Claro.
- OCTAV. Bueno, basta. (Queriendo cortar la conversación).
- PAUL. Mira como se acordó de ti.
- EULA. Quien sabe, quien sabe si con el tiempo...
- OCTAV. Basta, dije.
- SIMÓN. ¡Este sí que sería un gran partido para ti!
- OCTAV. ¡Pero acabaréis de una vez! Creo que dura ya demasiado.
- SIMÓN. (A este hombre le enfada todo. No puede uno abrir la boca).
- EULA. ¿Acaso tendría algo de particular? Lo que yo puedo asegurarte que no llega aquí una vez sin que me pregunte por ti con gran insistencia; ya lo ves, en cuanto supo que llegastes...
- OCTAV. Bueno, sí, y yo se lo agradezco; pero ya basta con lo dicho. (Cambiano de tono). Ven, Rosalía, acércate, séntate junto a mí.
- ROS. (Cantando). ¡Ah, Eleonora, qui veni a me!...

- ECLA. ¿Eh, qué te parece la voz?
PAUL. ¡De ángel!
OCTAV. Bueno, bueno, siéntate.
ROS. (Se quita el sombrero y el abrigo mientras canta).
Fru-fru... Fru fru...
OCTAV. (Coloca una silla junto á ella y se sienta). ¡Aquí!
ROS. ¿Cómo es eso? ni que quisieran tomarme declaración.
OCTAV. Algo que se le parece. (Todos la rodean).
Oyeme; me han dicho que estudias el canto.
ROS. Y no te engañaron. (Cantando).
Bon soir, madame la lune, bon soir...
OCTAV. Hablemos un momento con formalidad.
ROS. ¿Cómo es eso? ¿He de ponerte cara seria?
OCTAV. Aun que no sea más que por algunos minutos.
ROSA Bueno, pues. (Poniendo la cara seria exageradamente).
TODOS Je, je, je... (Riendo.)
OCTAV. No es eso; yo te lo suplico; compláceme por un momento.
ROS. Bueno, lo procuraré; habla.
OCTAV. Quería decirte que si no sientes una verdadera vocación por el arte desistas desde ahora. No es oro todo lo que en él reluce. ¡Cuántos deslumbrados por un mentido oropel, tuvieron luego amargos desengaños, derrumbándose los castillos que edificaron en la movediza arena!
ROS. ¿Es que vas a echarme unas cuaresmales?
OCTAV. Lejos de mi ánimo está el producir desaliento alguno en ti; pero creo indispensable abrir tus ojos a la realidad y hacerte las naturales reflexiones.
SIMÓN (Qué lata nos está dando.)
ROS. Sí, hombre; comprendo que tienes razón, lo comprendo... Y ahora, basta ya de seriedad, ¿no es eso? (Al querer levantarse, Octavio la retiene.)
OCTAV. Espera, aún no.
ROS. Mira, voy a hablarte con franqueza. Yo

vine al mundo para reir, para estar alegre siempre, siempre...

EULA. Cosas de la edad...

PAUL. Naturalmente. Si no se aprovecha ahora...

OCTAV. Tú acabas de decirlo. Eso es lo que quiero, que se aproveche.

ROS. No sé porque me parece que a ti no te gusta la alegría. ¡Ay, chico, la verdad, me parece una funeraria!

OCTAV. Te engañas. Yo estoy alegre siempre que hay ocasión para ello.

ROS. Yo, en cambio, siempre hallo ocasiones para estarlo. Hoy por una cosa, mañana por o'ra. Naturalmente, como tú vienes de unas tierras que sólo se divierten bailando tangos. (Transición.) ¿Quieres que baile uno?

OCTAV. No, nada de eso. Oye, ¿quién te ha proporcionado el maestro o la maestra de canto?

EULA. Si eso te lo he dicho ya. El señorito Ricardo, que fué quien la oyó cantar.

OCTAV. ¡Siempre el señorito Ricardo!

ROS. No, si ahora me enseña otro. No adelantaba apenas. Ni en cuatro años habría dado un paso. Ahora sí que adelanto. Es un maestro que no me hace perder el tiempo echando gorgoritos que para nada aprovechan. Este en dos o tres meses me hará debutar, y voy a ganarme diez pesetas por lo menos cada noche.

EULA. ¿Qué tal? ¡Diez pesetas!...

ROS. Por dos o tres couplets.

ANT. Mi jornal de media semana.

SIMÓN. Y el mío.

PAUL. Eso cuando trabajas.

SIMÓN. Que es siempre que lo encuentro.

PAUL. ¡Me parece que como no te halle él a ti!

OCTAV. ¡Conque diez pesetas!...

ROS. Tengo dos amigas, ¡y buenas joyas que lucen!

OCTAV. ¿Todo ello con diez pesetas? Calla, cállate, por Dios, hermana mía; tú no sabes el

- triste efecto que me producen tus palmas: me lastiman.
- ROS. No veo la razón.
- OCTAV. Afortunadamente, estamos aún a tiempo.
- PAUL. (¡A tiempo de estorbar!)
OCTAV. Desde hoy seré yo quien cuide de tus estudios, y despídete de este maestro que de tal modo y con tan poco tiempo hace progresar a sus discípulas.
- PAUL. ¿Pero no representan nada para ti diez pesetas diarias a los dos o tres meses?
- OCTAV. Ya lo creo, como que me parece demasiado. No quiero que Rosalía progrese tanto. ¿Diez pesetas y artista de un music-hall? ¿Y usted, madre, no se hizo cargo de lo que ello significa, ni usted, padre, tampoco?
- ANT. Pero, hijo mío, ¿cómo debo decirte que son ellas las que...?
- OCTAV. Y tú, desdichada, (A Rosalía.) ¿no sabes el precio de esas joyas, de esos brillantes que te deslumbran?
- SIMÓN. (Bajo a Paulina.) Traerá ese muchos millones a buen seguro.
- PAUL. (Bajo a Simón.) Eso ya lo veremos.
- OCTAV. Prométeme que desde este instante no vas a separarte ni un ápice de cuanto yo disponga.
- ROS. Está bien. (De mala gana.)
- OCTAV. Lo dices de un modo.
- PAUL. Naturalmente, ¿cómo ha de decírtelo la pobre?
- OCTAV. Paulina... tú no te molestes. (Levantándose.) Y basta por ahora. (Rosalía se levanta también.)
- PAUL. (Bajo a Rosalía.) No iremos bien con tu hermano.
- ROS. Déjale. (Bajo a Paulina.)
- PAUL. (Bajo a Rosalía.) ¿Y renuncias al baile de mañana?
- ROS. ¡Qué he de renunciar?
- ANT. (Ha ido al foro y dice.) Ahora mismo se ha parado un coche en la verja.

PAUL. (Bajo a Rosalía.) Algún amigo de Ricardo. Buena la hicimos.

OCTAV. Será, sin duda, mi amigo el marqués de Santa Fe. Hemos realizado el viaje juntos.

PAUL. (Un marqués!) ¿Y es amigo tuyo?

OCTAV. Más que amigo: hermano.

PAUL. ¿Qué te parece? (A Simón.)

SIMÓN Cháchara. (A Paulina.)

ROS. Y yo así, de este modo. Vamos, vamos.

PAUL. (A su marido.) Vente tú también con nosotros

SIMÓN Vamos. (Tengo curiosidad por ver el pelaje de este marqués.) (Vase con Rosalía y Paulina por la izquierda.)

ESCENA VII

OCTAVIO, EULALIA, ANTONIO y luego EMILIO

OCTAV. (Saliendo al foro.) No me engañé, es él.

EULA. ¿Y es un Marqués de veras?

OCTAV. Eso que tiene de particular. (Figura ir a recibirle y aparece con Emilio, cogido de su mano.)

EMIL. Ya ves como soy yo quien viene a buscarte. Estarás ya satisfecho de hallarte en tu casa.

OCTAV. Sí, mucho. Entra, voy a presentarte a mis dos viejecitos, a los autores de mis días, mis padres. (Antonio y Eulalia quedan cortados y saludando.)

EMIL. Y puede decirse los míos también, porque participo a ustedes que su hijo, es más hermano que amigo.

EULA. ¡Ah, señor Marqués!...

ANT. Señor Marqués...

EMIL. Permítanme ustedes, olviden mi título, o voy a creer que les molesta mi presencia.

EULA. ¿Cómo se le ocurre tal cosa?

ANT. ¿Cómo se le ocurre a usted?

EULA. Esta casa es la de usted.

ANT. Y lo será siempre.

EMIL. Gracias.

- EULA. Ya sabe usted, mande en todo lo que sea, y les dejamos a ustedes, sin duda desearán hablar de sus cosas. (Bajo a su marido.) Vámonos los dos.
- ANT. Con el permiso de usted, yo tengo algo que hacer, hasta luego. Supongo que no se marchará usted en seguida, vaya, hasta luego.
- EMIL. Sentiría que mi visita fuera causa de...
- EULA. Nada de lo que usted supone, al contrario. Hasta luego, hasta luego. (Se marcha haciendo reverencia, mientras dice a su marido.) Me parece que para Marqués se nos parece a nosotros demasiado. (Desapareciendo por el foro.)

ESCENA VIII

OCTAVIO y EMILIO, queda el primero algo abstraído

- EMIL. (Después de una pequeña pausa.) ¿Y qué? ¿No te encuentras entre los tuyos? Juraría que no estás satisfecho, a juzgar por tu semblante.
- OCTAV. Es tal vez aun de la fatiga del viaje.
- EMIL. Tal vez. Pero quien como nosotros está acostumbrado a penosas y largas travesías entre aquellos bosques, permíteme que califique de agradable paseo el viaje a Europa, a bordo de un trasatlántico de la Mala Real inglesa. Me engañé cuando te imaginaba dispuesto a reembarcar a los pocos días. No importa; descansaremos mayor temporada. Porque una de dos, o vienes conmigo o me quedo yo también.
- OCTAV. Yo, siento decirte: debo quedarme.
- EMIL. ¿Per... hablas en serio?
- OCTAV. En serio.
- EMIL. Ay, amigo mío; confíame que en pocas horas, el ambiente paterno ha trastornado tu cabeza. La verdad, creía tener mayor ascendiente en ti. Que era tu amistad igual a la mía...

OCTAV. Emilio, no prosigas por este camino, ya que no consigues con ello otra cosa, que aumentar mis sufrimientos. Yo te debo eterna gratitud. Gracias a ti, a tus consejos y a tu omnímoda influencia también, he podido realizar magníficos negocios para la casa que yo represento. Jamás olvidaré los beneficios que le debo a tu amistad.

EMIL. Escuché pacientemente, dejándote manejar el incensario en contra mía, porque he descubierto en tus palabras, algo que amarga tu vida. No lo niegues, un secreto malestar.

OCTAV. Te engañas.

EMIL. Tú mismo me confesaste una pena, habla. ¿Acaso no soy en el viejo mundo el mismo amigo?

OCTAV. ¿Puedes dudarlo?

EMIL. ¿Entonces a qué viene?... Eres joven, emprendedor, activo, inteligente para los negocios, además, y porque no decirlo también, aunque sea inmodestia, me tienes a tu lado incondicionalmente.

OCTAV. ¡Oh! gracias, Emilio. (Efusión.)

EMIL. Tu porvenir se presenta con hermosos colores. Yo veré a tu principal, haciéndole comprender cuanto vales, lo que has hecho en beneficio de la casa, y una de dos, o te asocia, o te licencias hoy mismo. Cuando se hallen luego frente a frente contigo, comprenderán la pérdida. Juro hacerte millonario.

OCTAV. Pudieras abrir mi pecho y verías claro en él, cuanto es mi agradecimiento; pero amigo mío, no puedo, no puedo aceptar tan halagüeña proposición. Debo permanecer aquí.

EMIL. Tu no eres franco, hay algo que interesa tu corazón, alguna extinguida llama que de nuevo se ha inflamado. Si no es más que eso... y a propósito, esta noche he corrido

una aventura. Hice una conquista, mejor dicho, el prólogo de una conquista.

OCTAV. Cuéntame.

EMIL. La cosa más chocante. Salí del hotel, sin dirección fija, y al pasar frente un café concierto, entré en él, casi sin darme cuenta. (Movimiento de Octavio.) ¿Qué te pasa?

• OCTAV. No, nada. Sigue.

EMIL. El local, con pretensiones de Music-hall, reúne las peores condiciones. La atmósfera viciada, el techo de poca elevación, la abigarrada concurrencia... todo aquello me produjo un extraño efecto, y me dirigí al *foyer*, donde están las artistas, y otras que no lo son. Aquello era ya distinto; un relativo confort, menos gritos, y mejor concurrencia como puedes suponer. Sentíme maquinalmente, y abstraído hacía ciertas consideraciones no muy favorables hacia alguno de los concurrentes, que por su edad y posición parecíame salirse de aquel marco, cuando de improviso, vino a caer a mi lado, y tratándome con encantadora franqueza, una muchacha que contaría a lo sumo diez y siete o diez y ocho años. Bonita, simpática, alegre, con una de esas alegrías comunicativas. En fin, chico, en una palabra, que la invité luego a cenar, que ella aceptó con la mayor naturalidad, como si nuestra amistad fuese ya antigua.

OCTAV. Llegué, vi y vencí. Tú si que de ello puedes vanagloriarte.

EMIL. Pues mira lo que son las cosas; ya ves. Qué extraño efecto produciría en mí aquella juventud, aquella belleza, que sin poderlo evitar me puse sentimental. Latoso, como dijo ella muy graciosamente. Y no es que a la chica le faltara razón, después del filete a la Biernesa, el lenguado a la *gratin* y otros platos por el estilo, el que le proporcionaba con mis predicaciones algo mo-

ralistas resulta de un indigesto desesperante. Realmente a un misionero, se le concibe entre salvajes en las selvas vírgenes, entre antropófagos si quieres, pero no en el *foyer* de un Music-hall. (Octavio sonríe.) No rías, eso es la verdad.

OCTAV. No te extrañe. Tú no puedes figurarte el efecto que me produce el relato de tu aventura.

EMIL. Me convencí de ello, e iba ya a enmendarme cuando se presenta un caballereito que sin hacer cumplido alguno, y con una falta de educación irritante, sin pretextar la menor excusa, toma del brazo a mi bella comensal, no muy suavemente por cierto, soltando algunas palabras que creí prudente no entender, y allí me estuve ante una taza de moka, y aspirando los perfumes de un Murias, cuya humareda, elevándose, se desvanecía luego como se habían desvanecido mis predicaciones hacia poco rato. Y eso es todo. Parece como si la aventura te hubiese entristecido. Vamos, amigo mío, no hay que tomarlo tampoco tan a pecho. Confieso que han variado algo las costumbres durante mis años de ausencia. Me atreveré a decirte, que soy un extraño en la tierra que me vió nacer. Nos parecemos a dos amigos que los nuevos hábitos adquiridos nos separan uno de otro.

OCTAV. Esta es la verdad. En distinta esfera me pasa lo mismo, triste es confesarlo, pero yo también resulto un extraño a los míos. Se realizaron mis temores. ¿Qué me aconsejas?

EMIL. Lo que yo : que tomes el pasaje.

OCTAV. ¿El pasaje?... renunciar a...

EMIL. Octavio, amigo mío, háblame con entera franqueza. ¿No me consideras digno de abrirme tu corazón?

OCTAV. ¡Oh, calla!... ¿y puedes suponer?... Hoy

que sólo en el mundo me resta tu amistad desinteresada.

EMIL. Tu corazón alberga algo más que mi amistad. Estoy seguro de ello. No lo niegues.

OCTAV. Para quien como tú sabe leer tan hondo, tan adentro, son inútiles los fingimientos.

EMIL. ¿Lo ves?

OCTAV. Tienes razón. Sí, es verdad, pero es un imposible.

EMIL. ¿Por qué, si ella te corresponde?

OCTAV. Tengo pruebas. No es una ilusión pasajera.

EMIL. ¿Qué te detiene entonces?

OCTAV. Nuestra desigualdad social.

EMIL. No existe ante un amor verdadero.

OCTAV. Estás en un error.

EMIL. Ríete, no existe hoy día tal diferencia. Han desaparecido las rancias costumbres que nos separaban unos de otros. Del mismo modo que elevándote por ti mismo, te divorciaste de los tuyos, penetraste en la esfera de los que podían algún día alejarse de la tuya. Simple soldado, has ascendido, y en tu manga ostentas los tres entorchados.

OCTAV. Pretendes animarme. Agradezco tu buena intención.

EMIL. Oyeme. Yo vine al mundo rodeado de antiguos pergaminos. Mis primeros años transcurrieron entre los que consideran el trabajo como cosa despreciable y vulgar y atento a tales preocupaciones, en mi primera juventud me entregué al vicio y a la holganza. Una noche, ante el tapete verde, agoté cuanto encima llevaba y jugué sobre mi palabra, perdiendo una suma nada despreciable. El código del honor es inexorable ante tales deudas; confesé a mi padre aquel desliz, y ni aun queriéndolo él podía sacarme del apuro. Mi familia vivía esta vida ficticia, sosteníamos el rango como el funámbulo pasa la maroma, haciendo

toda suerte de equilibrios. Estábamos plagados de hipotecas, y sordo a mi desesperación, como si ello no bastara, el autor de mis días, por todo consuelo me arrojó de su lado, maldiciendo mis disipaciones. Fiel a la tradicional preocupación, creí que el desenlace debía confiarlo al cañón de una pistola. Reaccioné al contacto del arma suicida, y recobrando en un momento mi sangre fría, desaparecí por algún tiempo y a fuerza de trabajo, logré conquistar al cabo de tiempo una posición independiente. En posesión de una mediana fortuna, volví luego ante mi padre, ante aquel padre cuya maldición provoqué, y si bien se consideró vencido, la errónea idea del honor, no permitió dejarle convencido de mi rehabilitación. Por lo tanto, amigo, vivamos la realidad de la vida; trázate una senda, síguela hasta su fin, ponte en condiciones de satisfacer tus aspiraciones y no renuncies a lo que constituye tu ideal.

OCTAV. Tus palabras llevarían el convencimiento a quien no se hallara en mi caso. Yo no puedo ser egoísta. ¿Qué sería de los míos? Mi sitio es este, junto a ellos.

ESCENA IX

Dichos y ROSALÍA con elegante bata, luego TOMASÓN

OCTAV. Ni una palabra. (Presentándola.) Mi hermana Rosalía.

EMIL. ¡Señorita!... (Es ella.) (La reconoce.)

ROS. ¡Ah, el caballero de esta noche!

OCTAV. Rosalía, mi mejor amigo el marqués de Santa Fe.

TOM. (Por el foro, que ha oído las últimas palabras.) (Nada menos que un marqués. Poco tardarán en ser amigos. ¡Qué suerte la de esta chica!)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Lujoso salón en casa de don Jacinto. Cuadros, tapices y objetos de arte esparcidos en profusión por la escena, todo muy recargado. Puerta al foro y laterales a derecha e izquierda en primer y segundo términos.

ESCENA PRIMERA

Doña AMALIA, sentada a la derecha en primer término junto a un pequeño mueble de salón, leyendo una revista ilustrada; cerca de ella MONTSERRATE bordando. A los pocos momentos de levantarse el telón, doña Amalia, aprieta el botón de un timbre y aparece un CRIADO. Hasta la salida de éste, ninguna de las dos ha dicho una palabra.

AMAL. (Al Criado.) ¿Vino ya el señorito?

CRIADO No, señora.

AMAL. En cuanto llegue, dígame que deseo verle. Puede usted retirarse. (Vase el Criado.) Tu hermano es incorregible, me tiene muy disgustada. Veinticuatro horas que no ha aparecido. Qué vida... va a enfermar. Afortunadamente papá no se ha enterado aún. Tú veras en cuanto llegue. Es necesario que se reporte. Yo no soy exigente con él, comprendo que un joven a su edad no va a ser ningún Cartujo, y pase también por la posición que en la sociedad ocupa, que se vea obligado a ciertas exigencias pero todo tiene su límite. Contesta mujer, ¿te parece a ti regular la vida que lleva?

- MONS. ¿Pero es que me he de convertir en su fiscal, acusándole de lo que tú le consientes?
- AMAL. ¿Quién te ha dicho que yo se lo consienta? No hay nada de eso.
- MONS. ¿Pues por qué temes que papá se entere?
- AMAL. Mujer, dices las cosas de un modo, que hasta es una falta de respeto.
- MONS. No, mamá, la falta de respeto sería darte lecciones para educar a tus hijos.
- AMAL. Sí, tienes razón, no puedes dárme las y se volverían contra ti misma.
- MONS. ¿Contra mí? Oye, mamá. ¿Voy a ser ahora yo la culpable? Tendría gracia.
- AMAL. Pues a mí me hace muy poca. ¿Es qué te parece correcto lo que has hecho?
- MONS. No sé a que te refieres.
- AMAL. Mandar al Chauffeur con un recado preguntando a Octavio, si le había probado el viaje. Me parece que le bastaba el que fuera de nuestra parte. Ha sido una oficiosidad tuya. Al fin y al cabo, se trata de un dependiente de la casa de tu padre y nada debe importarte si va o si viene. ¿Qué habrá dicho el mismo Chauffeur? Sencillamente, que en esta casa todos somos unos, y no lo somos aún que te empeñes.
- MONS. Oye mamá, se trata de Octavio, a quien siempre todos, hemos distinguido. Le hemos considerado algo más que un simple dependiente.
- AMAL. ¡Cállate! Tu conducta es aún más vituperable que las calaveradas de tu hermano; él no olvida el sitio que ocupa en la sociedad.
- MONS. ¿Que no lo olvida?
- AMAL. ¿Qué?... ¿qué significan tus dudas?
- MONS. No, nada, nada. Ya dije que yo no soy ningún fiscal. Aquí viene.

ESCENA II

Dichas y RICARDO por el foro

- RICAR. Mamá, ¿qué se te ofrece?
AMAL. Oye...
RICAR. Un beso. (Se lo da.)
AMAL. Siéntate, tenemos que hablar.
RICAR. Bueno, obedezco, pero antes toma. (Le da una factura.)
AMAL. ¿Qué es eso?
RICAR. El recibo del caballo que ya sabes que acabo de comprar. Tú debes darme ahora los cuatro mil reales que faltan, a fin de que papá no se entere de lo que pagué por él. Trato es trato. Ya sabes que quedamos así.
AMAL. Es verdad, sí, tienes razón. Procura que no se entere.
RICAR. Ya me cuidaré de ello.
MONS. Ya lo creo que se cuidará.
RICAR. ¿Qué? ¿Tienes en ello algo que ver?
MONS. No, hijito, no. Allá tú con lo tuyo.
RICAR. Con lo mío naturalmente. Ya sé que no iba a avergonzarte el verme por el paseo haciendo el ridículo montando un mal jamelgo.
MONS. Anda con Dios, anda, no quiero cuestiones contigo.
AMAL. Vamos, basta; es mucho cuento que estéis los dos siempre como perro y gato. Y dime, ¿dónde tienes este dichoso caballo?
RICAR. Si te parece daré orden para que lo suban.
AMAL. ¡Pero qué contestaciones... ¡Jesús! Quise decir, si está ya en la cuadra.
RICAR. Naturalmente. Pues a que vine sino a decírtelo.
AMAL. Me gusta la franqueza. De modo que tú entras a verme sólo cuando te conviene. (Montserrate sonríe.) ¿Y tú de qué te ríes?
MONS. Pero mamá, ¿es que en esta casa ni puede una reírse cuando le parezca?

- RICAR. Por mí puedes reírte hasta reventar.
AMAL. ¡Hijo! ¿qué palabrotas son esas? ¿Volvemos a las andadas? ¿Queréis callar los dos?
- MONS. Pero, mamá, si no le he dicho una palabra.
RICAR. Como si fuera preciso que hablaras para entenderte.
- MONS. Pues mira, no deja de ser una gracia.
AMAL. Baste dije. (A Ricardo). Y cállate tú también. (A Montserrate). Luego te daré las mil pesetas. Pero hijo mío, es preciso que modes algo tus gastos, y sobre todo, que no se pasen tantas horas sin que te veamos. Apenas te sientas nunca en nuestra mesa. Ya sé que hay a veces compromisos con los amigos.
- MONS. O amigos. (Entre dientes).
AMAL. Pero considera que tus padres desean que les acompañes de cuando en cuando.
- RICAR. Oye, mamá, ¿soy acaso un hortera que tiene las horas fijas para comer y que va del mostrador a la mesa y de la mesa al mostrador? La verdad, yo creí que debía portarme conforme los de mi clase. Haberme criado entonces de modo distinto.
- MONS. Sí, señor, tiene razón.
AMAL. ¿Razón en qué?
MONS. En que debía habersele criado de modo distinto.
- RICAR. ¡Montserrate, tengamos la fiesta en paz!
AMAL. ¡Otra vez!
RICAR. ¡Es ella!
MONS. Porque le doy la razón.
AMAL. Silencio. ¡Vuestro padre!

ESCENA III

Dichos y don JACINTO por el foro.

- JACIN. Así, así me gusta, al lado de vuestra madre los dos.
AMAL. Creo que es el sitio de todo buen hijo.

- JACIN. Naturalmente.
- RICAR. ¡Papá!...
- JACIN. ¿Qué? ¿qué vas a decirme que está ya el dichoso caballo en la cuadra? Le he visto, le he visto entrar en ella. ¿Ves, hombre, lo que yo te decía como te rebajaron los cuatro mil reales? Confiesa que no tienes el tacto comercial de tu padre.
- RICAR. Lo confieso.
- AMAL. Que ha de tener él.
- MONS. (A ver aquí quién de los dos es el que más lo tiene).
- JACIN. ¿Y tú, hija mía? ¿Qué estás haciendo?
- MONS. Me entretengo bordando.
- JACIN. Bueno, bueno, perfectamente; la ociosidad es la madre de todos los vicios.
- RICAR. Mamá, me tomé la libertad de invitar hoy a comer a Pepe Serrano y a Ramiro, mis dos mejores amigos a quienes tú ya conoces.
- JACIN. Te lo agradezco; por lo menos comerás hoy con nosotros.
- AMAL. Son dos jóvenes muy atentos y bien educados los dos.
- MONS. (Y despreocupados).
- RICAR. Y que Ramiro me pregunta siempre por ti. (A Montserrate).
- MONS. Pues que vaya preguntando.
- AMAL. Eres muy desatenta, hija mía, y te participo que el amigo de tu hermano, no me desagradaría. Ya no eres una niña, y debes decidirte por uno u otro. Se te han presentado partidos brillantísimos, y sin embargo tú...
- MONS. Pero, mamá, ¿es que estoy demás en casa?
- AMAL. ¡Qué chica esal...
- RICAR. Ves, mamá, qué contestaciones.
- JACIN. Tiene razón, y no me explico tu proceder, mejor dicho; no quiero explicármelo, porque me obligaría a creer cosas muy poco en armonía con lo que debes a tu familia y a ti misma. En fin, no se hable más del

asunto, pero te advierto, que sería inexorable.

ESCENA IV

Dichos y el CRIADO con una tarjeta en una pequeña bandeja

- JACIN. ¿Qué hay?
CRIADO Esta tarjeta.
JACIN. (La toma.) Tiene gracia. (Después de leerla.) Era lo que me faltaba ver.
AMAL. ¿Qué ocurre?
JACIN. Nada, que mi dependiente, el hijo de los colonos de nuestra casa de recreo, se da ínfulas también de gran señor. (Monserate no puede ocultar su turbación.) Se le subió el cargo a la cabeza.
AMAL. ¿Y qué quiere?
JACIN. Me anuncia su visita para hoy. Vamos, que es gracioso.
AMAL. Si querrá que se le reciba con música.
RICAR. Y que iluminemos la fachada. Pues no gasta pocos humos el hijo del ex mozo de tu despacho.
MONS. (No pudiendo contenerse.) Papá, no estás justo dejando que se le ofenda en su ausencia. Tú mismo has dicho distintas veces que es un joven aprovechadísimo, y que ha proporcionado muy buenos rendimientos a la casa.
RICAR. Ya apareció el peine.
MONS. Sí, señor, que apareció y será mucho mejor que te calles.
RICAR. ¿Callarme? ¿y por qué? Anda, mujer, si te estás vendiendo tú misma con el pretexto de defender a los ausentes.
MONS. Es más noble que atacarlos cuando existen motivos para lo contrario.
RICAR. ¡Bravísimo, esforzado paladín! ¿Qué te parece, papá?
JACIN. Lo que a mí me parece es que pongo punto final. (Acabando de leer la tarjeta.) «Tengo

el honor de participarle que vendrá conmigo, a ofrecerle sus respetos mi buen amigo el Marqués de Santa Fe.»

AMAL. ¿Qué? ¿qué dice?

RICAR. ¡El Marqués de Santa Fe!

JACIN. El banquero más acaudalado de la América del Sur.

RICAR. ¿Y dice su amigo?...

AMAL. Tal vez habló con él un par de veces; todo lo más será un compañero de viaje.

RICAR. Eso, todo lo más. Cosa que no hubiera sucedido, si papá hiciera que sus dependientes no viajaran en una clase que no les corresponde.

JACIN. Confesemos cuando menos que ha sabido escoger el pabellón con el que encubre sus humillos. De tal manera logrará hacer suyas también las atenciones con que distingamos al Marqués. Magnífico. Desgraciadamente para él, descubrí el juego a tiempo, y le demostraré la distancia que media entre unos y otros.

RICAR. Es intolerable tanta osadía.

JACIN. Sí, pero ante el Marqués, no podemos darle un desaire. Aunque muy a pesar mío, habrá que invitarle a comer.

AMAL. ¿Invitarle?

JACIN. No hay otra solución.

RICAR. Por Dios, papá. ¿Van a sentarse mis amigos al lado de este advenidazo en nuestra mesa? El hijo de Antonio y Eulalia?

MONS. Y el hermano de Rosalía. (Con intención.)

RICAR. ¿Y qué pretendes significar con eso, vamos a ver? (Esta sabe algo).

MONS. Yo nada; cuéntaselo al Chauffeur.

AMAL. ¿Al Chauffeur?

RICAR. Déjala, mamá, que no sabe lo que se dice.

AMAL. Hijo mío, por Dios, no me des motivos de disgusto.

JACIN. Amalia, ve a dar las órdenes para la comida. (Toca el timbre y aparece el criado.) En

cuanto lleguen estos señores que pasen a mi despacho. (Vase.)

AMAL. (A Ricardo.) Entra luego a mi habitación que te entregaré las mil pesetas y por Dios y por la Virgen, hijo, te lo repito, no me des motivo de disgusto. (Vase).

ESCENA V

MONSERRATE y RICARDO

RICAR. Acabemos, ¿qué tienes tú que decirme de la hermana de Octavio y del Chauffeur?

MONS. (Dejando la labor) Que no tienes conciencia, que es una picardía lo que estás cometiendo.

RICAR. ¿Pero te has erigido en el censor de mis actos? Consulta antes los tuyos, que harto trabajo tendrás en ellos y déjame a mí.

MONS. Sabía de qué modo iban a aprovecharte mis palabras, pero repito que es una infamia lo que estás haciendo; si, lo es, y además peligroso.

RICAR. ¿Peligroso? No sé a qué peligro puedes referirte. Mira, mira, déjame en paz.

MONS. Naturalmente que te dejo, pero te avisé a tiempo: peor para ti si no me haces caso alguno. Te advierto, y hago más de lo que debiera, que si te has creído burlar al hermano como a los pobres viejos, te llevarás chasco. Si Octavio se entera de lo que está sucediendo, te exigirá una reparación.

RICAR. ¿Armado tal vez con el libro mayor o el de cuentas corrientes?

MONS. Eso no lo sé, pero asistido de toda la razón.

RICAR. Bah, Bah...

MONS. Que te conste y no juegues con él.

ESCENA VI

Dichos, PEPE y RAMIRO

- PEPE Adiós, Ricardo
RICAR. Hola, ¿conque vosotros? Hace rato que os aguardaba.
- RAM. Adiós, chico. (Ricardo les hace seña de que no está solo.) ¡Ah! usted perdone, Monserrate. (La saluda.)
- PEPE No habíamos tenido el gusto... (La saluda.) Tan laboriosa...
- RAM. Y tan encantadora.
- MONS. ¿Pero se lo traían ustedes ya aprendido?
- RICAR. Monserrate, por Dios.
- PEPE ¡Graciosa, graciosísima!...
- RAM. Y muy cruel.
- RICAR. ¿Queréis ver el caballo, eh? Vamos a la cuadra.
- MONS. (Y no os mováis de allí.)
- PEPE ¿Lo tienes ya? Te felicito chico. Es una gran adquisición. Vamos, si te parece. Nos da usted su permiso, ¿verdad, Monserrate?
- MONS. Sí, vayan ustedes a la cuadra.
- PEPE Je, je, je... no parece sino que nos manda usted a ella. ¿Vienes con nosotros, Ramiro?
- RAM. Sí, luego, soy con vosotros. (Se acerca a Monserrate.)
- RICAR. Déjalo, ya vendrá. (Vánse Ricardo y Pepe.)
- MONS. (Declaración mil y una.)
- RAM. Una palabra sola.
- MONS. ¿Una?
- RAM. Una.
- MONS. No es mucha la exigencia.
- RAM. Dígame si al fin podré esperar...
- MONS. Pero que no sepa usted decirme otra cosa.
- RAM. ¿Es que otro más afortunado?...
- MONS. ¿A qué llama usted afortunado?
- RAM. ¡Que usted me lo pregunte, Monserratel...

ESCENA VII

Dichos, OCTAVIO y EMILIO, precedidos del CRIADO que trae sus tarjetas en una bandeja de plata.

- CRIADO El señor les aguarda a ustedes en el despacho, voy a pasarle sus tarjetas.
- EMIL. No, aguarde. (Le quita una.) Por ahora sólo la mía. (Monserrate vuelve la cabeza y al apercibirse de Octavio, corre hacia él dejando a Ramiro con la palabra en la boca.)
- MONS. ¡Ah, Octavio! ¡Gracias a Dios!
- OCTAV. ¡Monserrate.
- RAM. (¿Quién será este hombre?)
- OCTAV. (Presenta a Emilio.) Mi mejor amigo, el Marqués de Santa Fé. (Se saludan.)
- EMIL. Señorita.
- RAM. (¿Quién será este marqués y el que lo presenta?) Monserrate, si usted me permite voy a reunirme con su hermano. Caballero... Señor mío... (Les saluda.)
- MONS. Hasta luego, Ramiro.
- RAM. (Creo tener la solución.) (Vase.)

ESCENA VIII

MONSERRATE, OCTAVIO y EMILIO, luego el CRIADO nuevamente

- EMIL. Señorita, la verdad, ardía en deseos de conocerla a usted.
- MONS. Gracias, agradezco el deseo, pero...
- EMIL. Y debo confesarle que las impresiones que de usted tenía, eran pálidas al lado de...
- MONS. ¿Pero dónde las había usted recibido?
- EMIL. En sitio donde no me habría sido posible antes del viaje del gran Genovés.
- CRIADO El señor aguarda en el despacho.
- OCTAV. Monserrate...
- EMIL. No, tú te quedas. Por ahora es a mí sólo

a quien recibe. Fué mi tarjeta la que le entregaron.

OCTAV. Sí, pero...

EMIL. Llegó el momento de realizar una venganza que he acariciado durante algún tiempo.

MONS. ¿Una venganza?

EMIL. Y usted, señorita, era el objeto de ella. Hágame usted cargo, señorita, que he pasado años condenado a elogio perpetuo de la persona de usted. De día, de noche, a todas horas. Pues bien, en pago de este servicio, yo le suplico que por lo menos durante algunos minutos, sufra usted los elogios que le hará de mí. Es el único medio de liquidar nuestras cuentas atrasadas.

MONS. (Sonriendo.) Temo quedarle aún deudora.

EMIL. Hasta ahora, señorita. (A Octavio.) Volveré por ti.

OCTAV. Aquí te aguardo. (Estrechándole la mano.)

ESCENA IX

OCTAVIO y MONSERRATE

OCTAV. ¡Monserratel...

MONS. Venga, siéntese, o mejor dicho, siéntate.

OCTAV. Gracias, amiga mía, eso me demuestra que los años transcurridos...

MONS. En nada alteraron mi pensamiento, al contrario. Hoy más que nunca, me afirmo en las palabras que te dirigí al despedirnos hace diez años.

OCTAV. Deja que por un instante olvide la realidad, que vuele mi fantasía, nivelando, aunque no sea más que por, momentos el abismo que nos separa.

MONS. ¿Quién habla de separaciones ni de abismos? Creí que llegarías menos cobarde. Lucharemos. ¿Te figuras que mi firmeza

OCTAV.

vacilará ante los obstáculos que se opongan a nuestra felicidad? ¿Ante las preocupaciones hijas de un estado de cosas que el tiempo se encargará de destruir algún día? Nosotros, o mejor dicho tú, Montserrate, no te das perfecta cuenta de las circunstancias que nos rodean. El prisma a través del cual contemplas la vida, por lo que a nosotros se refiere, es de un color muy distinto. ¿Y dices que creías que iba a llegar menos cobarde? ¿Crees que son mis palabras producto de la falta de valor? Al contrario, con ellas tienes la prueba de que soy un héroe, porque héroe es, quien como yo arranca de su corazón cuanto de más sagrado guarda en él, que es tu cariño, y no satisfecho aún, procura convencerte a ti misma de la imperiosa necesidad de que hagas tú lo propio, de que me olvides. Eso no, no te esfuerces.

MONS.

OCTAV.

Oyeme, Montserrate; porque te adoro con delirio, porque antes de la satisfacción de mis ardientes deseos quiero tu tranquilidad, no puedo con un egoísmo, que ni yo mismo perdonaría, sacrificarte a mi triste situación. Tu amor ha sido un sueño delicioso que durante diez años acaricié lejos de ti, pero hoy que la realidad despertó me, aprecio en toda su crudeza la distancia que nos separa, yo con el mayor sentimiento debo decirte: despierta tú también, juzga la vida cual es, despijate de sentimentalismos, tiende una mirada a cuanto te rodea, aquí donde la opulencia ha reunido todos los refinamientos modernos, todas las comodidades del moderno confort, y con los mismos ojos, tiende la mirada hasta las afueras de la ciudad, allí; donde en vuestra casa de recreo hay la modestísima habitación de aquellos pobres viejecitos a los cuales debo la vida. Sólo así, con tal esfuerzo, contemplando la diferencia

que palpablemente hablará a tu mirada, la la prosa, si tú quieres de la vida, hará que con exactitud aprecies la distancia que a los dos nos separa.

MONS. No, no me convenciste. Aquí no veo otra cosa que tu altivez, tu orgullo.

OCTAV. Sigues mirando a través del prisma de falso color.

MONS. Es orgullo, lo repito; orgullo de tu altivez que no se sacrifica a mi cariño. Eres un ingrato.

OCTAV. Por Dios, yo te pido, que para convencerte, no me obligues a revelarte lo que me humillaría más ante ti. Oye; sabía la humilde posición de los míos. Juzgaba que me bastaría asegurar su subsistencia; que sólo mi apoyo material debería prestarles, pero desgraciadamente no es así. Es algo más lo que necesitan. No puedo apartarme de su lado.

MONS. Dime la verdad. Confiesa que te reconoces extraño entre ellos. (Octavio baja la cabeza.) También lo soy yo entre los míos, sin haberme alejado de su lado diez años, como tú de los tuyos.

OCTAV. — ¿Tú también?

MONS. Sí. Octavio, no sé si con pena debo hacerte semejante confesión, o si por el contrario tienes que felicitarme. Mi familia y yo, somos una cosa así como dos cantidades heterogéneas que no pueden sumarse.

OCTAV. Mi amigo. Cállate.

ESCENA X

Dichos y EMILIO

EMIL. Amigo Octavio, te llegó el turno, el papá de la señorita te aguarda en su despacho.

OCTAV. Voy con su permiso.

EMIL. No quise extremar tampoco la venganza de que hablé a ustedes.

- MONS. Debía usted no tenernos piedad alguna; casi le diré que no le agradezco la generosidad.
- EMIL. Yo le prometo en otras ocasiones, que no faltarán, llegar al ensañamiento.
- OCTAV. No quiero hacer aguardar a su papá, señorita.
- EMIL. Anda, y aquí te aguardo nuevamente.
(Octavio se marcha saludando a Monserrate mientras Emilio les contempla sonriendo.)
- MONS. Usted, amigo mío, me permitirá también. Mamá me aguarda hace un rato.
- EMIL. Antes me permitirá usted que la felicite, admire y aplauda. (Monserrate que ha ido al foro se detiene. Emilio hace ademán de aplaudir.)
- MONS. ¿Aplaudirme a mí? (Sonriendo.)
- EMIL. ¡Con entusiasmo! ¡Ovacionarla!
- MONS. No comprendo.
- EMIL. Estoy persuadido de ello, o en caso contrario, debe haber sido mi amigo Octavio un malísimo intérprete de mi juramento de venganza.
- MONS. (Vuelve al proscenio rápidamente y estrecha la mano de Emilio.) ¡Oh, sí! Le comprendo a usted.
(Se retira con cómica seriedad, y al llegar al foro saluda.) ¡Señor marqués!...
- EMIL. ¡Señorita!... (Imitándole. Se echan a reír los dos, y Monserrate desaparece.) ¡Encantadora!

ESCENA XI

EMILIO; a poco RICARDO, PEPE y RÁMIRO

- EMIL. Es esta la primera vez que envidia a mi amigo. Han nacido uno para otro. ¡Vaya si se casarán!
- RICAR. (Sorprendido al ver a Emilio.) ¡Caballero! ¿Usted en mi casa?
- EMIL. (El de anoche!) Sí, sí, señor. (Quedan todos algo desconcertados.) ¿Qué ve usted en ello de particular?

RICAR. La verdad, no creí que atribuyera usted tal importancia al incidente ocurrido anoche. A pesar de todo, soy un hombre de honor, y si no le sirven mis excusas, (Bajo a Emilio.) acudiré donde sea.

PEPE ¿Qué ha sido?

RAM. ¿Qué sucede?

RICAR. No, nada; una circunstancia que nos hizo ayer noche conocer a los dos, pero que no creí le atribuyera el alcance que representa su presencia en este momento. Me permitirá usted antes que me interese saber con quien tengo el honor...

EMIL. Con el marqués de Santa Fe.

PEPE (¿Santa Fe?)

RAM. (Algo sé yo de este hombre.)

EMIL. Creo hablar al hijo del jefe de mi íntimo amigo Octavio, ¿es cierto?

RICAR. No se engaña usted. (¿Qué querrá?)

RAM. (Bajo a Pepe.) A ver en qué para todo.

RICAR. Yo no tenía el honor de conocer a usted personalmente, y espero que excusará mi conducta de ayer noche, no atribuyéndole importancia alguna, ya que ni el sitio, ni tratándose de la persona que se trataba, puede haber la más mínima ofensa. Le aseguro que en el alma deploro...

EMIL. Admitidas sus excusas; y ha juzgado usted mal al atribuir mi presencia a lo ocurrido anoche. La casualidad es la que nos ha reunido nuevamente. (Pobre Octavio! ¡Infame!)

RICAR. De manera que estamos de acuerdo los dos, conviniendo en que no hemos de insistir acerca del asunto.

EMIL. Es más: en que debemos olvidarlo. ¡Que diera la mitad de mi vida para borrarlo, tratándose de la hermana... de quien usted ya sabe!...

RICAR. Me felicito de que así opine usted.

EMIL. Y me atrevo a darle a usted un consejo.

RICAR. Que acepto siendo suyo.

- EMIL. No se exponga a un conflicto. Octavio...
- RICAR. Marqués, por Dios; sospecha que iba a darle las mismas satisfacciones que a usted.
- EMIL. No le bastarían tampoco.
- RICAR. Es que no le daría la más mínima. El mismo reconocería la diferencia...
- EMIL. Se engaña usted; no existe en lo que el gran Calderón llama el «patrimonio del alma».
- RICAR. Repito que ni lo intento. (Apercibiéndose de que sus amigos se apartaron.) Tengo el gusto de presentaros al marqués de Santa Fe, uno de los más poderosos banqueros del Nuevo Mundo.
- PEPE Señor Marqués...
- RAM. (Inclinándose.) ¡Ah! Sí, ya sé quién es. Ya recuerdo.)
- RICAR. Mis buenos amigos Pepe y Ramiro. (Todos se saludan ceremoniosamente.) Y qué llega del otro Continente con ideas bien peregrinas, por cierto, acerca de la diferencia de clases.
- PEPE Influencia del clima.
- RAM. O del medio ambiente.
- EMIL. Ni una cosa ni otra; no, no, señores, nada de eso.
- RICAR. Usted perdone, amigo Marqués; usted afirma que ciertos sentimientos, como el del honor, por ejemplo, son asequibles por un igual a todas las clases sociales.
- EMIL. ¿Qué duda tiene?
- RICAR. Ya estéis oyendo.
- PEPE Es un absurdo.
- RAM. (Vas ahora a ver.) ¡Cree usted, Marqués, que el expulsado de un círculo aristocrático por haber faltado a las más rudimentarias leyes del honor, de eso que para ustedes es en todos igual, puede luego presentarse en donde le plazca?
- EMIL. No siga usted, no se moleste en suposiciones, yo le allanaré el camino. El expulsado de este centro aristocrático está aquí, soy yo. (Sorpresa general.) Sí, yo mismo; si

usted cree que mi amistad le rebaja o deshonra, puede usted desde este instante retirármela; francamente, me sabré pasar también sin ella.

RICAR. (Bajo a Ramiro.) ¡Desgraciado! ¡Este hombre podría arruinarnos!

RAM. (Bajo a Ricardo.) Pues, hijo, hablar antes. (A Emilio.) Usted perdone, yo ignoraba, jamás fué mi intención...

PEPE (¡Qué plancha!)

EMIL. ¿Ven ustedes ahora si es convencional eso que ustedes llaman honor? Una pequeña frase deslizada al oído bastó para que en un instante modificara el concepto hacia mi persona. Ya no considera usted deshonrosa mi amistad. Los harapos de este maniquí, como por encanto se han trocado con la bordada túnica.

RAM. Permítame que...

PEPE ¿Qué teoría, pues, es la de usted en esta materia?

EMIL. Afirmo que la idea del honor, en concreto, es una paradoja.

RICAR. ¡Por Dios! ¡Marqués!...

PEPE En una palabra: que no existe.

EMIL. Poco me costará probarlo.

RAM. De manera que la sociedad...

EMIL. Cada cual lo ve a su modo.

RAM. Ahí no estoy conforme. El honor es uno sólo.

EMIL. Permítanme ustedes que les cuente una historia, de la cual fui protagonista. Recordando unas tribus asiáticas llegué al palacio de un jefe del Tibet, donde fui recibido con las mayores muestras de hospitalidad. Luego de darme la bienvenida, hizo sentarme a su lado, y sin otras ceremonias, me presentó a su mujer, diciéndome: «Queda ella encargada de cumplir contigo los deberes de asilo que te ofrezco.» Advertiré, como vía de aclaración, que no se trataba de un adefesio, ni mucho menos, al

contrario. Era una mujer joven y escultural.

RAM. No deja de ser interesante el relato.

EMIL. Fui objeto de las mayores atenciones, y recordando las leyes que en Europa llamamos del honor, me porté como un héroe ante las seducciones de aquella mujer, creyendo que con ello cumplía como caballero.

PEPE Efectivamente. Hay que reconocerlo.

EMIL. Amigo mío, ¡cuán engañado está usted! Y calculen de mi sorpresa cuando, a la mañana siguiente, vi apuntadas contra mi pecho las puntas de las espadas de aquellos mismos que yo creí haber respetado el honor de su jefe. «Extranjero—me dijo,—has despreciado el más rico presente que podía ofrecerte; has deshonrado mi casa, que te recibió con franca hospitalidad; debes morir.» Para salvarme me fué preciso confesar mi ignorancia en materias del honor, que con mi conducta había creído respetar. ¿Qué les parece a ustedes? ¿Cómo hacer comprender al jefe tibetano *El Médico de su honra* o *A secreto agravio secreta venganza*. El clásico autor, en materia de honra, se habría encontrado, con el Tibet, en el mismo caso que yo.

RAM. Con tales teorías...

EMIL. Quedamos a la hora presente que ignoramos lo que es el honor. Podría insistir, pero temo abusar.

PEPE. No, no señor, en modo alguno, al contrario.

RAM. Lo escucharemos complacidísimo.

EMIL. Ya que ustedes se empeñan, referiré un caso nuevo, y será el último. No es género de importación como el anterior. Es fabricación nacional. El honor a la europea. Atiendan ustedes. Es si se quiere vulgar, vulgarísimo. El hijo de una acaudalada familia, sedujo a una pobre muchacha abandonándola luego. Ya ven ustedes si es de

un vulgar que asusta. Fuéle exigida al seductor la reparación, acudióse ante los tribunales y se logró, caso raro, una sentencia condenatoria. Desde aquel instante, la sociedad considerólo deshonorado, ante el estigma de aquella condena.

R. M.

Lo cual es lógico.

EMIL.

Permita usted. En la actualidad, no me sería difícil señalar quien ha cometido una infamia parecida, quien se encuentra en idénticas circunstancias y sus amigos, a quienes consta, no se consideran deshonorados con su amistad. Aquellos mismos amigos, que tal vez le rechazarían, si fuera condenado por su delito. Díganme, pues, ustedes : ¿es en la falta, o en la expiación donde reside el sentimiento del honor? El honor a la europea, lo que ustedes defienden como a tal, ¿se apoya, pues, solamente en la impunidad del delito?

RICAR.

(¡Este hombre se refiere a mi caso!)

EMIL.

Pero no me negarán ustedes que a falta de sentencia, puede haber quien tenga para su uso particular, una idea del honor que arme su brazo y levante la tapa de los sesos al seductor. (Movimiento en todos.) Y es más aun; tal vez el agresor, satisfecha su honra, se vea obligado a arrastrar la cadena del presidiario, y no sin razón dirá que por su honor la arrastra. Consideremos también deshonorado al marido a quien su esposa engaña, al padre que le seducen la hija, y al hermano cuya hermana burlaron. Campo del honor es el nombre que se da al sitio donde con sangre fría, comparecen dos hombres con la premeditada idea cada uno de ellos de cometer un homicidio, amén de los cómplices que les acompañan y así por el estilo, podríamos ir recogiendo aquí y allá flores para formar un bouquet del honor a la europea, de tal modo, que puestas, sobre

el pecho nuestras manos, casi tendríamos razón de envidiar la idea que los tibetanos abrigan acerca este sentimiento.

ESCENA XII

Dichos y OCTAVIO que apareció momentos antes.

- EMIL. ¿Eres tú, Octavio?
OCTAV. Sí, que oí tus últimas palabras.
RICAR. (¡El hermano!) (Bajo a Ramiro). ¿Quién es?
PEPE ¿Quién es?
RAM. (Bajo a Pepe). (Cállate, ya lo sabrás).
EMIL. Vente, estás aquí demás.
OCTAV. Sí, pero aguarda aquí un momento. (Va a dirigirse a Ricardo. Emilio le detiene).
EMIL. No, perdona, al señor debes dirigirte a solas.
OCTAV. ¿Qué?...
EMIL. Sí, ya sé el nombre del que ayer me arrebató de la mano a mi pareja.
OCTAV. ¡El! ¡Ah, infame! ¡nos veremos!
RICAR. Estoy a sus órdenes. (Octavio duda un momento hasta que toma a Emilio del brazo).
OCTAV. Si, tienes razón. Salgamos de esta casa. (Vanse dirigiendo una amenazadora mirada a Ricardo).
RAM. (A Ricardo). Chico, eso toma un cariz muy feo.
RICAR. Cuento con vosotros.
PEPE No faltaba otra cosa. (Se estrechan la mano.)

TELON RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del primero. Un quinqué encendido encima la mesa. Amanece y el día avanza según se indica.

ESCENA PRIMERA

OCTAVIO sentado junto a la mesa, y apoyando la cabeza en las palmas de sus manos, de colos encima la misma. TOMASÓN aparece por el foro.

TOM. Salud y buenos días.

OCTAV. Buenos días, Tomasón.

TOM. Que madrugador es usted, señorito Octavio.

OCTAV. Sí, algo.

TOM. Mal hecho. Yo, en su lugar, cuidado si se me pegarían las sábanas. Hasta que me avisaran para el almuerzo; entonces sí que me levantaría, para volverme luego a descansar un ratito hasta la hora de la comida.

OCTAV. Eso, y luego la siesta hasta la cena.

TOM. No, señor, a lo sumo, hasta la de la merienda, y luego a dar un paseo a fin de que se me abriera el apetito para la cena.

OCTAV. (Aquí está embrutecido todo el mundo). ¿Y así tú crees que vivirías ya satisfecho?

TOM. ¿Es qué la vida puede aprovechar para algo más que para comer y dormir?

OCTAV. (Sonriendo). Sí, tienes razón, para nada más.

TOM. Claro. Y échese a la espalda lo restante.

- Porque es lo que yo digo. En esta casa, sólo hay dos que sepan lo que se traen entre manos. Usted, y su hermana Rosalía. (Octavio reprime un movimiento). Si, señor, aquí tiene usted a su padre y a su madre, que ya han llegado a viejos; ¿a ver qué han sacado en trabajar toda su vida? Nada.
- OCTAV. (Materialismo, habla por boca de la estupidez.)
- TOM. En fin, que vamos a hacerle. (Tomando las herramientas). Arre, burro, arrea, y a tu noria otra vez. (¿A que éste no se ha metido hoy en cama?) Me parece que no está usted hoy del todo bien.
- OCTAV. ¿Por qué?
- TOM. Digo que lo parece. Tiene mal semblante.
- OCTAV. Podría ser.
- TOM. Pues no andarse con bromitas, que la salud hay que cuidarla.
- OCTAV. ¿Y tu madre vive aún?
- TOM. Ha tres años que murió.
- OCTAV. ¿Y vives con tu hermana?
- TOM. Ca, ni sé nada de ella tampoco. Otra que también supo lo que se traía entre manos.
- OCTAV. ¿Y eso?
- TOM. Ya lo creo; con unos sombrerazos y gastando coche.
- OCTAV. ¿Y estás satisfecho de ello?
- TOM. Diré a usted; mientras vivió mi madre, menos mal, porque algo se pescaba.
- OCTAV. ¿Es decir que se pescaba algo?
- TOM. La verdad. Pero desde que murió la vieja, ni un céntimo.
- OCTAV. ¿Y ésta es la única queja que tienes de tu hermana? ¿Qué ahora no se pesca nada?
- TOM. ¿Le parece a usted poco?
- OCTAV. ¡Desgraciado!
- TOM. Eso sí que puede usted decirlo, más desgraciado de lo que usted se figura.
- OCTAV. (No hay dentro estas paredes ni un sólo elemento sano).
- TOM. (¿Qué mosca le habrá picado a este?)

ESCENA II

Dichos y EULALIA

- EULA. (A Tomasón). ¿Pero no se empieza hoy?
TOM. (El cantar de toos los días). Era que el señorito me preguntaba...
EULA. Escusas nunca faltan. Es ya de día. (Apaga la luz).
TOM. Usted, creo que iba a consentir que me matara trabajando.
EULA. No hay cuidado, no sucederá tal cosa.
TOM. Y que ya me cuidaré yo. Conque agur. (Vase cantorreando).

ESCENA III

Dichos menos Tomasón

- EULA. Pero, hijo mío, Octavio, tu no te has metido en cama esta noche.
OCTAV. ¿Y cree usted que habría dormido?
EULA. ¡Esta indina va a matarnos a todos!... ¡y sin levantarse aún!... ¡Verás yo!...
OCTAV. No, déjela que duerma.
EULA. ¿Cómo que la deje?... ¡no faltaba otra cosa! (Se acerca a la segunda izquierda y llama.) ¡Rosalía! ¡holgazana! ¡levántate! ¡aprisa! ¡Tú verás desde hoy si cambiará! ¡La gran!... ¡aver-gonzarnos de este modo!... ¡a nuestra edad!... ¡quién podía sospechar!...
OCTAV. Madre mía, es triste confesarlo, pero no nos asiste el derecho de tratarla como se merece.
EULA. ¿Cómo no? ¿tú crees que una madre no lo tiene siempre?
OCTAV. Siempre no.
EULA. ¿Qué no?
OCTAV. No, señora. Usted consentía que pasara las noches fuera de casa.

- EULA. Pero creyendo que estaba al lado de su hermana. ¡Cómo podía figurarme!...
- OCTAV. ¡Su hermana!.. Buena elección había usted hecho! Prohibo que ni ella ni su marido, pongan nuevamente los pies en esta casa.
- EULA. No temas. Ellos son la causa de todo.
- OCTAV. No, de todo no, tampoco estoy conforme. A usted le constaba que Ricardo iba algunas veces con ella al teatro y a los bailes de máscaras, sin que se la vigilara.
- EULA. Pero, hijo mío, ¿sí crees que yo a mis años, y con el trabajo que pesa sobre mí, podía acompañarla? Lo que puedo asegurarte, es que a nuestro lado, jamás vió un mal ejemplo.
- OCTAV. Madre, usted no me entiende o no quiere. ¡Van ustedes a volverme loco!
- EULA. No, hijo mío; por Dios, sosiégate, ten calma. ¡Y que de todo sea culpable esa!...
- OCTAV. Acabemos, no es hora de inútiles exclamaciones ni de improperios que a nada conducen. Precisa algo práctico, sea lo que sea.
- EULA. No, ya sé desde hoy, lo que debo hacer con ella.
- OCTAV. Mire usted, que huyendo de un extremo, nos precipitaremos en otros peores. Con una dosis de buena voluntad, por parte de todos, tal vez, podamos aún detenerla en la pendiente. Eso es lo que espero, o no sé lo que va a suceder aquí.
- EULA. ¿Y dime?... ¿Tu le has hablado al señorito Ricardo?... Yo no creí que de tal modo abusara de nosotros, de nuestra confianza.
- OCTAV. ¡Es usted muy inocente, madre mía!
- EULA. ¿Pero supones?...
- OCTAV. Nada. Le he visto y me ha prometido una reparación.
- EULA. Entonces ya nada habrá que decir. Otros casos se ven todos los días.
- OCTAV. ¡Por Dios, madre!

- EULA. ¿Qué? ¿no es bastante?
OCTAV. No será posible jamás entendernos los dos.
EULA. Pero vamos a ver, oye; si el que hizo el mal lo paga...
OCTAV. Repito que no vamos a entendernos.
EULA. Bueno, pues; habla; di. ¿Qué quieres?
OCTAV. Madre mía, si se da usted por satisfecha, no condene a Paulina ni a su marido, por la parte que han tomado en lo que lamentamos. Al contrario, debe usted estarles agradecida.

ESCENA IV

Dichos y ANTONIO

- ANT. ¡Aún está en la cama la muy!...
EULA. Ahora se levanta.
ANT. Que no tenga yo que hacerla salir con una vara de fresno.
OCTAV. No es eso tampoco, padre.
ANT. ¿La defiendes?
OCTAV. No la defiendo.
ANT. ¡Te parece a ti, a mis años, avergonzarme de este modo! Tentado estoy de arrojarla de nuestra casa.
OCTAV. Eso, negarle un cabo de cuerda al náutico.
ANT. Dieron fin las contemplaciones. Verás tú, si yo sé del modo que se arreglan esas cosas.
EULA. Bueno, pero si tú no sabes aún lo que ocurre.
ANT. ¿Cómo que no lo sé?
EULA. No, señor, no lo sabes. Octavio, dile lo que has hablado con el señorito Ricardo.
ANT. ¿Le viste?... ¿le has hablado?... eso es distinto. (Movimiento de disgusto de Octavio, al notar el cambio de su padre.) ¡Y qué te ha dicho?

- EULA. Que le ha prometido arreglar la cosa.
ANT. ¿Y eso es cierto?
OCTAV. ¿De manera que siendo así?...
ANT. Yo creo que un buen arreglo... el mal ya está hecho, no tiene remedio.
OCTAV. Estamos muy distintos unos de otros. Permítame que le hable yo sólo.
ANT. Es lo mejor, porque no sé si sabría contenerme.
EULA. Vamos, vamos. (Dirígese con su marido al foro y luego baja al proscenio nuevamente y dice a Octavio.)
OCTAV. ¡Vaya usted, madre, vaya usted! (Vánse Antonio y Eulalia.)

ESCENA V

OCTAVIO, luego ROSALÍA en enaguas y el cubrecorsé, despeinada y recelosa

- OCTAV. ¡Iguales todos, todos!. . (Viendo a Rosalía.) Ven, acércate; siéntate aquí, a mi lado.
ROS. Bueno, pero no me lastimes, no me pegues.
OCTAV. ¿Pegarte yo?... no, mujer, no temas. Oyéme, hermana mía; quiero ahorrarte una explicación vergonzosa para ti. Lo sé todo, y es por otra parte inútil que pretendas ocultarme la verdad. Echaremos un velo a tu pasado, siempre y cuando vea en ti un sincero arrepentimiento, y hagas por rehabilitarte.
ROS. Habla. Haré lo que quieras.
OCTAV. Ahora dime: ¿le quieres de veras a este hombre que ha hecho tu desgracia?
ROS. Como a quererle...
OCTAV. Háblame como si lo hicieras contigo mismo. ¿Has imaginado si pudiera algún día querer a otra?
ROS. No sé que contestarte.
OCTAV. ¿Si te dijeran debes renunciar a él?...
ROS. No tendría otro remedio.

- OCTAV. ¡Ay, hermana! Veo que el germen del mal radica en ti misma, en tu modo de ser; no te entregaste, fué algo peor que esto. No sé si casi debo alegrarme de ello. Calculo inútil la reparación ofrecida. Poco te costará olvidarle y de este modo, empezaremos una nueva vida, sin separarnos jamás. Dieron fin ya tus lecciones de canto, yo por mi parte te sacrificaré mi existencia, mis aspiraciones todas. Huiremos como si estuviéramos contagiados, allí donde nadie nos conozca, donde no tengamos que sonrojarnos. Tú cuidarás de los pobres viejos sufriendo sus impertinencias y sus achaques, trabajando para ellos los dos.
- ROS. Te lo he dicho, haré lo que quieras.
- OCTAV. Lo que quiera... no, no es eso, no me basta tu conformidad; el sacrificio que te exijo, es insuficiente si no toma parte en él tu voluntad. Es indispensable que accedas gustosa. La necesidad jamás ha sido una virtud; contéstame.
- ROS. ¿Vas a reñirme si te digo una cosa?
- OCTAV. No, si me hablas con el corazón.
- ROS. Quisiera pedirte...
- OCTAV. Habla.
- ROS. ¿Vas a incomodarte?
- OCTAV. Dijo de una vez.
- ROS. Bueno, haré cuanto quieras, pero empezando mañana.
- OCTAV. No comprendo esta demora de algunas horas. Tú no eres franca conmigo. Hay algo que te obliga a esta incomprensible petición. Es lo que quiero saber.
- ROS. Pues bien; hoy...
- OCTAV. ¿Hoy qué?...
- ROS. ¿Si vas a enfadarte?
- OCTAV. Di, sea lo que sea...
- ROS. Bueno, pues hoy, por última vez, quisiera... quisiera... quisiera ir al baile de máscaras.
- OCTAV. ¿Qué? (Levantándose.)

Ros. ¿Ves como te has enfadado? Si ya no me atrevía a decírtelo. Y eso, por última vez.

OCTAV. (Paseándose agitado.) No, decididamente, tu enfermedad es incurable. (Yendo al foro.) ¡Padre, madre!...

Ros. ¡No, no les llames!

OCTAV. ¿Que no les llame?... ¡desgraciada!... Cuando creí cercana tu redención, dos palabras tuyas dieron al traste con cuantas ilusiones había concebido.

Ros. Oyeme, Octavio; ahora soy yo quien quiere hablarte. Tú has nacido hombre, sin obstáculo alguno, pudiste salir de esta casa, no aviniéndote a ser lo que nuestros padres, has tenido los medios de lograrlo, y vuelves a nuestro lado completamente transformado, después de conseguir tus aspiraciones. Yo, pobre de mí, ¿qué podía hacer condenada a vivir dentro estas paredes, oyendo a nuestro padre y a nuestra madre peleándose por cualquier cosa, a soportar las conversaciones de los jardineros, sus palabrotas; yo, como tú, sentíame la necesidad de respirar otro ambiente, mi naturaleza se resistía a cuanto me rodeaba. Si alguna vez tomaba un libro, sólo conseguía que me regañaran por ello. Dime, puesta la mano en el corazón, si desde hoy te resignarías a la suerte de Tomasón, por ejemplo. ¡Trabajar! eso es muy fácil de decirlo. ¿Tú sabes lo que representa sentarse desde que amanece junto a la máquina de coser, hasta que llega la noche, para ganar seis o siete reales? ¿Y qué porvenir luego? Casarte con un modesto oficial que difícilmente alcanzaría a ganar lo preciso para mantenerme a mí y a nuestros hijos, eso cuando no resultara un holgazán o un borracho como Simón, el marido de nuestra hermana? ¿Es culpa mía el haber sentido aspiraciones que me hacían imposible vivir dentro las condiciones en

- que nació? ¿Es culpa mía si mi naturaleza repele cuanto me rodea?
- OCTAV. ¡Dios mío, Dios mío! Qué desconsoladoras son tus palabras! ¡Desgraciada criatura que no te diste cuenta de ti mismal! ¡Que no te apercibiste aún de tu caídal!
- Ros. Te engañas. Es verdad, sí, tienes razón. ¿Qué te avergüenzas de mí?, si lo comprendo. Oyeme, en medio mi camino, hallé a Ricardo, como podía haber sido otro cualquiera que me hubiera guardado las mismas atenciones, que su educación y su trato hubiera venido a cumplir el ideal que tenía formado. Que luego me abandona, que ya se cansa de mí, ¡qué le vamos a hacer! Otro en su lugar.
- OCTAV. ¡Rosalia! (Fuera de sí.)
- Ros. ¡Otro, sí! Déjame llegar al fin, no me tortures más! que me despreciáis, que me arrojáis de vuestro lado, bueno, hacedlo, pero dejadme; dejadme de una vez. Querías franqueza, ya la tienes; pediste que te hablara con el corazón, con él te hablé.
- OCTAV. ¡Oh! ¡Aparta!... ¡Aparta! ¡Padre! ¡Madre!
- Ros. Ya me marchó, ya me voy, pero me ahogo entre estas paredes, me aplastan. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

OCTAVIO, luego EULALIA y ANTONIO

- OCTAV. ¡Perdida, perdida para siempre! ¿Y podría yo obligar después de lo que oí, a que Ricardo reparara su falta? En conciencia sería una mala acción. Es necesario obrar rápidamente y con energía. Amputar sin contemplaciones, hay que aplicar el cáustico aun cuando haga brotar lágrimas de sangre.
- ANT. ¿Nos llamabas, Octavio?

- OCTAV. Si.
EULA. ¿Y Rosalia?
OCTAV. En la cocina.
EULA. Vamos, menos mal; veo que empieza a corregirse.
ANT. ¡Hace bien, la maldecir!a!
OCTAV. Ya apareció la clásica maldición paterna, eso jamás ha conducido a nada práctico.
ANT. ¿Qué hemos de hacer, pues?
OCTAV. Van ustedes a saberlo. Poner tierra por medio.
EULA. ¿Tierra por medio?...
OCTAV. Dije mal, agua, mucha agua. Venirse todos ustedes a América conmigo.
EULA. ¿Estás loco?
ANT. ¿A nuestra edad?
OCTAV. Comprendo el sacrificio, pero es la única solución.
EULA. ¿Qué vamos a hacer allá?
OCTAV. Lo que aquí no han sabido.
EULA. ¿Pero y de dónde sale tanto dinero?
OCTAV. Eso no debe preocuparles.
EULA. ¿Qué te parece a ti? (A Antonio.)
ANT. ¿A mí me lo preguntas?
OCTAV. Nada ha de faltarles. Tendrán todo cuanto necesiten para vivir.
ANT. ¿Y tener una cotorra?
OCTAV. Y dos si quiere.
EULA. ¿De las que charlan?
OCTAV. De las que se le antojen.
EULA. Yo, la verdad... ¿a ti qué te parece?
ANT. ¿Pues qué he de decir? Si nuestro hijo lo dispone.
OCTAV. ¿De modo que acceden ustedes?
EULA. Tal como tú dices.
OCTAV. ¡Oh, gracias! no pueden ustedes figurarse cuánto se lo agradezco. Voy a escribir.
EULA. En tu dormitorio hallarás papel y cuanto te haga falta. Es de Rosalia.
OCTAV. Pues manos a la obra.
EULA. Oye, hijo mío, ¿por qué no te echas un ratito en la cama? Estás con una cara...

OCTAV. Quién piensa en eso. Si viene mi amigo
Emitio, avísame en seguida.
EULA. Está bien. Te avisaré.

ESCENA VII

EULALIA, ANTONIO, luego PAULINA y SIMÓN

ANT. Ya ves, a tratarnos con los negritos.
EULA. Y qué diré a nuestro hijo que nos compre
un par pará que nos sirvan.
ANT. ¿Pero tú crees que nada va a faltarnos
allá?
EULA. ¿No oíste a Octavio?
ANT. ¿Quién llega?
EULA. (Yendo al foro.) Paulina y su marido.
ANT. Que se vuelvan por donde vinieron. Si Oc-
tavio se enterara...
SIMÓN. Aquí estamos.
PAUL. ¿Qué tal? ¿qué hay de nuevo?
ANT. Lo mejor que podéis hacer, es largaros de
aquí.
PAUL. ¿Cómo largarnos?
SIMÓN. ¿Y por qué? vamos a ver.
EULA. Porque así lo dispone tu hermano.
SIMÓN. ¡Estamos frescos!
PAUL. Buena es esa. ¡Ues es lo que me faltaba
saber.
SIMÓN. Y vamos a ver, ¿por qué?
EULA. Porque dice que sois los causantes de lo
que ha sucedido a Rosalía.
SIMÓN. ¿Nosotros?
PAUL. Está muy mal informado. Lo que debiera
hacer, darnos las gracias por haber evita-
do que fueran de un sitio a otro. ¿Y dónde
está ahora?
EULA. Escribiendo en su habitación. Cierra la
puerta, Paulina. (Cerrando la puerta primera de-
recha.)
PAUL. Ha quedado dormido encima la mesa.

- SIMÓN. ¿Sepamos de una vez, quién es aquí el que debe marchar?
- EULA. Ahora él.
- ANT. ¿No sabéis? Nos marchamos a América.
- PAUL. ¿A América?
- SIMÓN. ¡Conmigo debiera tratar el hermano de ésta! Ya le diría yo... a quién se le ocurre hombre...
- PAUL. ¡Qué disparate!,.. ¿y lo dejarán ustedes aquí todo, hasta el sillón y el espejo grande?
- EULA. No creas que no lo sienta.
- ANT. Lo vendemos y en paz.
- PAUL. ¡E-o, por diez céntimos al trapero, una cosa tan buena!
- EULA. Qué le vamos a hacer.
- PAUL. ¿No sería mejor que se lo guardara yo en mi casa por si algún día regresan ustedes?
- ANT. Milagro sería que no salieras con tus peticiones.
- PAUL. Es que si no piden ustedes un precio exagerado, también se lo compraré, haciendo un sacrificio, aunque no sea por otra cosa que para evitar que caiga según en que manos.
- EULA. Bueno, bueno, veremos lo que se hace.

ESCENA VIII

Dichos y don JACINTO por el foro.

- EULA. (Al verle dice a Antonio.) ¡Ah, el señor!... Antonio... ¡mira, don Jacinto!
- ANT. Usted aquí...
- JACIN. Sí, yo mismo.
- ANT. A qué debemos el gusto... Entre, entre usted... (A Eulalia.) Ve, avisa a Octavio, ¿querá usted verle, no es cierto?
- JACIN. No, no. No le avisen.

- EULA. Diré a usted, como esta noche no ha dormido...
- JACIN. Bueno, no importa. Le veré luego. El asunto que aquí me trae, lo he de solucionar con ustedes dos.
- ANT. Como usted decida. (Simón y Paulina se han retirado al foro.)
- SIMÓN (A Paulina.) Eso me huele a arreglo.
- PAUL. ¿Te parece?
- ANT. ¿Pero por qué no toma usted asiento? (Le ofrecen el sillón.)
- JACIN. (Continúa de pie.) No, no hay necesidad; confío en que vamos a entendernos pronto. Ustedes saben cuanto les he apreciado siempre y creo que en su beneficio hice cuanto podía.
- ANT. Sí, señor, sí. Dios se lo pague.
- EULA. Y muy agradecidos, don Jacinto.
- JACIN. No es que tenga queja alguna de ustedes, pero la verdad, su hijo Octavio, no me ha demostrado lo que yo de él esperaba.
- ANT. ¿Que no?...
- EULA. Perdónele usted, los jóvenes de hoy día...
- JACIN. Se ha portado muy mal con mi hijo, y creo que aun cuando no por otra cosa, por atención a mis bondades, era otro el comportamiento que yo tenía derecho a esperar. En fin, no se hable más del asunto, en cierto modo se lo dispenso, pero como ustedes comprenderán yo no puedo permitir que continúe en mi casa, y le dirá usted que le aguardo en ella esta tarde, para liquidar las cuentas pendientes.
- EULA. ¡Cuánto va a sentirlo!
- ANT. Lo dicho, los hijos a veces...
- JACIN. He tomado mi resolución y doy el asunto por terminado.
- EULA. De manera que...
- JACIN. Es irrevocable mi resolución. Pasemos al asunto que aquí me trae. Ustedes tienen una hija, ¿no es cierto?
- EULA. Tenemos dos, como usted ya sabe.

- PAUL. (A adelantándose.) Una, soy yo, don Jacinto, servidora de usted.
- EULA. La mayor.
- JACIN. Si ya sé, no es usted a la que me refiero.
- EULA. Usted habla de la pequeña, de Rosalla.
- JACIN. La misma. Confieso que resulta violento, y que hay situaciones embarazosas, en las cuales es mejor abreviar lo posible, así es que vamos al grano.
- SIMÓN (Bajo a Paulina señalando dinero.) ¿Has oído? al grano. Lo que te dije.
- JACIN. Su hijo de ustedes, ha obligado a dar al mío una palabra, que como ustedes comprenderán, no puede ni debe cumplir. Ya pueden ustedes comprenderme, y como que yo, siempre me hice cargo de las cosas, no quiero que puedan ustedes tener queja de mí. Echemos un velo a lo pasado pues al cabo y al fin, deben ser ustedes en ello los más interesados, y en recompensa, yo les entregaré a ustedes una cantidad que pueden repartirse entre ustedes y su hija, (Simón toca a Paulina.) en concepto de dote, y de aquí algún tiempo ¿porqué no? puede hallar un acomodo y aquí paz y después gloria. Me parece que es muy razonable mi proposición. (Antonio mira a Eulla y ésta le indica que acepte. Pausa.) ¿Qué contestan ustedes?...
- ANT. Es una cosa que la verdad...
- JAC. Y como es mi costumbre terminar los asuntos cuanto antes, traje conmigo un talón de cinco mil duros.
- ANT. ¡Cinco mil duros!
- EULA. ¡Cinco mil duros!
- SIMÓN ¿Qué tal? (Bajo a Paulina.)
- PAUL. ¡Buena nariz tuvistel (Bajo a Simón.)
- ANT. ¡Pero cinco mil duros!...
- JAC. (Ha sido un imbécil, en haber extendido el talón. Habrían pasado por mucho menos.) Sí, señor, y aquí lo tienen ustedes. (Se lo entrega.)

- EULA. ¿Pero con este papelito?
JAC. Ya sabe Antonio lo que es un talón, de cuando estaba en el despacho.
ANT. Sí, señor, sí, no hay más que irlo a cobrar al banco. ¡Pero eso es una fortuna para unos pobres como nosotros!...
JAC. Quedamos, pues, en que se dan ustedes por satisfechos, y mi hijo queda libre de la palabra que dió.
ANT. Sí, señor, sí.
JAC. Así se lo participarán ustedes a su hijo Octavio, a fin de que nos deje a nosotros en paz y tranquilidad.
EULA. ¡No faltaba otra cosa!
ANT. Naturalmente, no faltaba más.
JAC. Al mismo tiempo, ustedes dos están ya vi-jos, y les agradeceré que cuanto antes desocupen esta casa, pues ya tienen para vivir...
EULA. ¡Sí, señor, sí, y muy agradecidos, muy agradecidos!
ANT. Sí, señor, muchísimo a sus bondades.
JAC. No se hable ya más de ello, que ustedes sigan bien. (Yendo al foro todos le acompañan hasta la puerta.)
EULA. Que Dios le conceda a usted largos años de vida.
ANT. Y la salud...
JAC. (Desde la puerta.) Gracias, gracias. (Ya salimos del paso.)

ESCENA IX

Dichos, menos don JACINTO

(Todos bajan corriendo al proscenio rodeando a Antonio que tiene el talón con el brazo en alto.)

- ANT. ¡Ya somos ricos!
EULA. ¡Abrázame, pobre viejo!
ANT. (Apartándola) ¡Ehl tú, cuidado, que no se arrugue.

SIMÓN ¡Buen parchel
PAUL. ¡Eso son disgustos!
EULA. ¡Yo voy a volverme loca!
SIMÓN A verlo, a verlo...
ANT. (Envuelve el talón con un pañuelo.) Qué, guarda-
dito, y a cobrarlo al banco.
PAUL. Para ustedes si que dieron fin las penas.
EULA. ¿Ya empezamos con lloriqueos?
ANT. ¿Me parece que eso de ir a América?
EULA. Ya ni pensarlo.
ANT. Llámale.
EULA. No, mejor será que duerma. Y tú, ve a co-
brar.
PAUL. ¡Rosafal... ¿a ella bien podemos decírselo?
EULA. Naturalmente.
ANT. ¡Qué sorpresa la suya!

ESCENA X

Dichos y ROSAFAL, que a los gritos aparece temerosa

PAUL. Ven, mujer, ven...
EULA. Ven, hijita mía, ven...
ANT. Sí, mujer, ven.
ROS. ¿Qué sucede? (Extrañada.)
PAUL. Ven, siéntate. (Todos la rodean y diciéndolo a los demás.) ¿Vamos a ver si no es a ella que se lo deben todo? ¿Qué podrá decir ahora nuestro hermanito?
ROS. Pero qué pasa, ¿vamos a ver?
EULA. No te preocupes.
ROS. No comprendo. (Sin saber lo que les pasa.)
ANT. Ya lo sabrás.
EULA. Eso, luego lo sabrás.
PAUL. ¡Y esta noche, al baile!
ROS. ¿Qué?
PAUL. Sí, mujer, soy yo quien te lo dice.
ROS. ¿Y Octavio?
SIMÓN No te preocupe.
ROS. ¿Y ustedes consienten?
EULA. ¿Que te parece a ti? (A su marido.) Considera

que la chica está en la edad de... y es natural, pues...

ANT. Lo que decidas tú. Pero déjame que vaya a cobrar el talón.

SIMÓN Me parece a mí, que estaría muy-puesto en razón, que antes mandáramos por algo para celebrarlo.

EULA. Casi, casi.

SIMÓN ¡Viva la alegría! (Tirando la gorra al aire.)

ESCENA XI

Dichos; aparece OCTAVIO que queda sorprendido y todos desconcertados.

OCTAV. ¿Qué significa esto? ¿Qué sucede?

PAUL. (Adiós.)

SIMÓN (¿Conque sale ahora este?)

OCTAV. Madre, no sabe usted que dije. (Señalando a Paulina y a Simón.)

EULA. Sí, pero...

OCTAV. ¿Pero qué?...

ANT. Oye; no te pongas así. Escúchame.

OCTAV. No debo escuchar.

PAUL. Oye, oye, y ¿crees que tú puedes disponer en casa como se te antoje? Tengo yo en ella los mismos derechos que tú.

SIMÓN Sí, chico, es tu hermana.

OCTAV. Ojalá no lo fuera.

EULA. Es que...

OCTAV. ¿Qué?

EULA. (A su marido.) Habla tú, hombre, es a ti quien corresponde.

OCTAV. El o usted, uno u otro, acabemos. ¿Qué pasa?

ANT. Vas a alegrarte también aun que no sea más que por nosotros. Acaba de marcharse don Jacinto, el amo.

OCTAV. ¿Y nada me dijeron ustedes?

PAUL. (¡Buena la habíamos hecho!)

OCTAV. ¿No lo dejé encargado?

- EULA. Tú hablaste de tu amigo.
OCTAV. Era lo mismo.
EULA. Pues haberlo dicho.
OCTAV. En fin, terminemos ¿y qué?
EULA. Que la verdad, mejor pensado, ya no venimos a América contigo.
OCTAV. ¿Y qué es lo que han pensado ustedes mejor?
EULA. Vivir aquí con el dinero.
OCTAV. ¿De dinero habla usted?
EULA. (A Antonio.) Díselo tú de una vez, hombre.
ANT. Bueno, como decía, estuvo aquí el amo, don Jacinto, y el hombre, habló muy bien.
SIMÓN. (¡Ya lo creo que habló!) (Señala dinero.)
ANT. Natural, habló del pro y el contra, hizo las naturales reflexiones... y nada que nos hemos entendido.
EULA. Entendido... entendido. Ni que no pudieras sacarte las palabras.
OCTAV. Basta ahora... a ver tú, Rosalía, habla ¿qué pasó?
EULA. (Interponiéndose.) ¡No, déjala a Rosalía!
ANT. (Decidiéndose.) Bueno, pues, más claro; que el asunto está ya terminado y no hay que hablar. Tu madre y yo, nos damos por satisfechos, y es más, procura tú ir esta tarde por allá a fin de dar cuentas, y te participo que quedas despedido de la casa. Ya tú ves. Así mismo ha encargado que te lo dijéramos. Ya ves lo que saliste ganando.
OCTAV. De sobra sé lo que debo hacer; lo que exijo, es que me digan ustedes qué satisfacción es la que les dió.
ANT. No te preocupes tú tampoco. ¿No te dije que nos dábamos por pagados? Pues en paz.
OCTAV. ¿Por pagados?
ANT. Sí, don Jacinto, se ha portado como debía, entregándonos ¡cinco mil duros!
ROSA. ¡Cinco mil duros!
OCTAV. ¿Qué?

- ANT. Es la pura.
- OCTAV. ¿Y usted los admitió?
- ANT. ¿Y pues?
- SIMÓN (¡Este está chiflao!)
- OCTAV. ¡Padrel
- ANT. ¿Qué?
- SIMÓN (¡A qué quiere partel)
- OCTAV. Devuelva... devuelva en seguida este dinero.
- ANT. ¿Estás loco?
- OCTAV. Madie, por Dios, ayúdeme usted para vencerle.
- EULA. Hijo mío, se trata de un rinconcito para tus padres ya viejos.
- OCTAV. (Desesperado se acerca á Rosalía.) ¡Rosalía!...
- ROS. ¡No, déjame! (Apartándose.)
- PAUL. ¡No la mareas a la pobre!
- OCTAV. ¡Quítate, o no respondo de mí!
- EULA. (Intermediando.) Hombre, Octavio que no es eso... Las cosas no deben extremarse. Además, ¿tú te figuras que los pobres podemos ser exigentes?
- ANT. Bueno, bueno, mientras discutís, voy a tomar el tranvía, y al banco.
- OCTAV. Un momento; por favor, no vaya usted aun, se lo pido por Dios, quiero vencerle.
- ANT. Algo difícil lo veo.
- OCTAV. No ve usted que eso es el precio de nuestra vergüenza. Ni el derecho a la queja nos restará desde hoy. Nos robaron lo que no se compra con dinero, pero podíamos llevar erguida la frente. Como al caminante a quien un salteador le despoja de cuanto lleva encima. Pero ahora por un puñado de plata...
- SIMÓN (¡A qué llama puñado!)
- OCTAV. Se dan ustedes por pagados y satisfechos, no quedándoles ni aun el derecho a la queja. Ya sé que me dirán ustedes, dada la edad, y su humilde posición, que le deslumbró el ofrecimiento, pero reflexionán-

dolo usted, padre, y usted, madre, también, de qué les servirá a ustedes toda una vida honrada y de sacrificio, cuando de tal modo dejan que a ello pongan precio el primer advenedizo.

EULA. Si cuanto dices no puede estar mejor hablado, sí, señor, si está muy bien; eso de la honra, es una gran cosa y lo sería mucho más si pudieran con ella hacer hervir el puchero.

ANT. Cuando ahora, no debemos temer a la vejez.

OCTAV. ¡Y vuelta con la vejez! ¿Hasta tal punto ciega el egoísmo paternal, que se considere satisfecho en asegurar su vejez, a costa de la honra de una hija?

ANT. ¿Qué? (Vacilando.)

OCTAV. ¿Cómo creer en usted tanta bajeza, tanto oprobio? Devuélvalo por caridad, yo le podré duplicar esta suma y aun más.

PAUL. (A su madre.) ¡A que me la engatuzal (A su padre.) Padre, déjle usted que diga.

OCTAV. (Fuera de sí.) ¡Rayo de Dios! ¡Cállate, o...! Tú, Rosalía; (Suplicando.) esfuérzate también para que se convenzan. Te entregaste, bueno, pero no consentias que te vendan.

ROS. No, déjame, déjame. (Apartándose.)

OCTAV. ¡Pero, si es por tí!

ROS. Por mí, cuando ni siquiera consentías que asistiera esta noche al baile.

PAUL. ¡Pues irás!

OCTAV. ¿Hasta eso?

PAUL. Hasta eso, sí.

OCTAV. (Furioso.) Vosotros sois los culpables, ¡infames! (Amenazándoles.) ¡Fuera de esta casa los dos! ¡Fuera dije!

SIMÓN (Retrocediendo.) Cuidado, ¡ehl que no me pongas la mano encima.

PAUL. ¡Qué lo pruebe!

ANT. ¡Hijo! ¡Octavio!

EULA. ¿Pero a qué viene?

SIMÓN ¡Se acabó ya mi paciencia!

- OCTAV. (Fuera de sí. da luego una mirada en derredor, esforzándose en detenerse, se deja caer en brazos de su padre y de su madre que le sostienen.) Padre mío, terminemos; el pan que comerá en su vejez, durante esta vejez que tanto le asusta, estará amasado con la deshonra de su hija.
- ANT. Pero que cosas se te ocurren.
- PAUL. (Viendo que su padre vacila.) ¿Otra vez? mire usted, madre...
- EULA. Pero a lo hecho, pecho. ¿Acaso es nuestra la culpa?
- OCTAV. ¡Aun usted, madre!... ¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío! ¡por que me hicistes respirar una atmósfera saneada, si debía sumergirme en un foco de infección!
- EULA. (A Antonio que no sabe lo que hacer.) ¿Y tú que haces?
- ANT. (Reanimándose y rehaciéndose.) Marcharme a cobrar ahora mismo, pues, temo que me convencería. (Poniéndose la chaqueta.)
- OCTAV. ¡Padre mío!
- ANT. ¡Hasta la vuelta! (Todos le ayudan a vestir, le ponen la gorra, etc.)
- OCTAV. De modo que...
- PAUL. ¿A qué aguardáis?...
- SIMÓN. Aprisa, aprisa...
- OCTAV. (Fuera de sí, cae en medio del grupo, y sin darse cuenta coge a su padre; todos los demás no se atreven a moverse.) No, no es posible; yo no puedo consentir que se aprovechen de una momentánea alucinación. Pasado el primer instante, usted mismo reaccionará, estoy persuadido.
- EULA. No le marees más a tu padre.
- SIMÓN. Vaya, se acabó eso. (Entre él y Eulalia obligan a Antonio que deje los brazos de su hijo. Octavio, retrocede maquinalmente.)
- PAUL. ¡Ya no puede llegarse a más! ¡le puso la mano encima de su padre! (Octavio fuera de sí enarbola una silla contra Simón y su mujer.)
- ANT. ¡Octavio! (Deteniéndole.)

EULA. ¡Octavio! (Deteniéndole.)
SIMÓN ¡Déjenle!... (Con desplante.)
PAUL. ¡Mal hermano, sin vergüenza!
OCTAV. (Suelta la silla.) Es imposible que nos comprendamos, imposible.
SIMÓN Pues, a mí si que vas a entenderme haciéndote pasar la puerta a empujones.
OCTAV. Rematad con ello vuestra obra, es el premio que debo recoger.

ESCENA XII

Dichos y EMILIO

OCTAV. ¿Eres tú?
EULA. ¡Ah! es usted. Haga el favor... (Todos intentan fingir.)
OCTAV. (Interponiéndose.) No, te lo suplico, no entres, no pases el umbral siquiera, no te expongas al contagio de esta lepra que nos corroe a todos. Aquí, ya no hay idea siquiera de lo que es dignidad, vergüenza, ni corazón, ni sentimiento honrado. Aquí, no existen otra cosa que comerciantes, que aguardan al que mejor pague la mercancía.
EULA. ¿Pero ve usted, del modo que habla?
EMILIO. Cálmate, Octavio, amigo mío. ¿De qué se trata al fin y al cabo?
OCTAV. Ellos te lo dirán mejor que yo.
ANT. Nuestro hijo no reflexiona que sus padres son dos pobres viejos.
EULA. Que para nada sirven.
ANT. Nos propuso llevarnos con él.
EULA. Ya ve, usted. Y porque una buena persona que puede...
OCTAV. (Con amargura.) Ya lo estás oyendo, una buena persona.
EULA. No las hay mejores. ¡Cómo que tiene en cuenta nuestra vejez!

- OCTAV. Y vuelta con la vejez. Es esto, en sus labios una bula de Meco.
- ANT. Y exige, que se lo devuelva, ya ve usted.
- OCTAV. ¿Y tú no sabes quién es esta alma generosa?
- EMIL. Lo presumo. (Sonriendo.)
- ANT. Por lo tanto, voy a lo nuestro y usted perdone, ya sabe que nuestra casa es la suya para todo cuanto guste, y que usted siga bien. (Octavio intenta adelantarse. Emilo le detiene y Antonio desaparece por el foro.)

ESCENA XIII

Dichos menos Antonio

- SIMÓN (A su mujer.) Ya se hacía eso pesado.
- PAUL. ¡Al fin!
- EULA. Ya lo ve usted, señor Marqués, ¡qué hijos! disgustarse porque se les asegura a sus padres...
- OCTAV. Eso es ya inaguantable. ¿Pero estás oyendo?
- EMIL. Naturalmente, (Con ironía.) ¿cómo puedes oponerte?
- OCTAV. ¡Emilio, por Dios!
- EMIL. ¿Por qué te obstinas, cuando les hablas un idioma que no comprenden? Es más, no pueden oírte siquiera. Tú sabes que según ley física, las ondas sonoras se transmiten de abajo a arriba. Pues bien, tú estás en un sitio más elevado que ellos, así es que inútilmente te esforzarás para que te oigan.
- EULA. La verdad, aunque no le comprendí bien, el señor habla como un libro. ¿Verdad que es usted también de nuestra opinión?
- EMIL. En absoluto. Vamos, amigo mío, convénrete de que eres entre los tuyos una planta exótica, al igual que entre los suyos lo es también la hija del que fué tu jefe. A germinar los dos, trasplantados en otro

- terreno más apropósito; que aparezca nueva semilla.
- OCTAV. Es verdad, tengo tranquila la conciencia. Cumpli con los míos, ahora a liquidar con mi jefe, a rendirle mis cuentas a don Jacinto.
- EMIL. Recogiendo el remanente a tu favor.
- OCTAV. ¿Qué remanente?
- EMIL. ¿Lo preguntas? El amor de su hija.
- OCTAV. Volvise, madre, volveré para decirlos adiós.
(Vase con Emilio.)
- SIMÓN Y nos alegramos de verte güeno.

TELÓN RAPIDO

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración del segundo.

ESCENA PRIMERA

EMILIO y OCTAVIO precedidos del CRIADO

- EMIL. ¿Está el señor en el despacho? Pásale recado.
- CRIADO Usted perdonará, pero...
- EMIL. Pero que...
- CRIADO Se me dieron ciertas órdenes.
- EMIL. ¿Cuáles?
- CRIADO No se refieren al señor Marqués.
- OCTAV. ¿Seré yo el agraciado? (El Criado asiente con un movimiento de cabeza.) Está bien; pero sepamos qué órdenes son éstas.
- CRIADO Negarle a usted la entrada.
- OCTAV. ¡Magnífico! pues con órdenes o sin órdenes he de verle.
- CRIADO Además, ahora tampoco se encuentra en el despacho.
- OCTAV. Pese a quien pese, yo no me vuelvo y me aguardo. Supongo que no habrán llegado al extremo de ordenar que me ponga usted la mano encima, cosa que ya me cuidaría yo de evitarlo.
- CRIADO No, señor, supondrían que no habría necesidad de ello.
- OCTAV. Ni aun habiéndola, téngalo usted entendido.

EMIL. ¿El señorito no está tampoco en casa?
CRIADO. A esta hora es difícil.
EMIL. (Me alegro). Puede usted retirarse. El señor (por Octavio.) viene conmigo, y como que la orden no se refiere a mi persona, asumo la responsabilidad. Avise en cuanto lleguen. (Vase el Criado.)

ESCENA II

OCTAVIO y EMILIO

OCTAV. ¿Que dices a eso?
EMIL. Yo, nada. Tengo la costumbre de aguardar a que vengan los acontecimientos y amoldar mi conducta según sean. Tú ¿a qué viniste? A presentar la liquidación y hacer entrega de los fondos, pues sencillamente eso es lo que debes hacer. Una vez deslindados los campos y rota toda relación entre el principal y el dependiente, se borra la línea divisoria entre el inferior y el superior. Desaparece el dique de la subordinación.

OCTAV. Después de lo sucedido, crees que yo...

EMIL. ¿Qué parte tomáste en ello?

OCTAV. Pretendes alentarme en vano.

EMIL. Y tú, desalentarte sin motivo; edificas en terreno falso. O no me entiendes, o no quieres.

OCTAV. Te entiendo perfectamente.

EMIL. Oyeme, y fijate en lo que voy a decirte. ¿Crees tú que el sitio conquistado con el esfuerzo de tu inteligencia y de tu trabajo, este sentimiento, que es desviación de tu modo de ser, parte integrante de tu vida, puede destruirse en un momento, porque un dandy, un imbécil que no tiene otra aspiración que sus calaveradas, haya hallado un terreno propio para sus devaneos, en lo morboso de una mala aconsejada mucha-

cha? Eso sería un absurdo, querido Octavio. Tu conducta, está muy por encima de estas fraticidas susceptibilidades que te torturan.

OCTAV. Tu buena amistad sabe sacar partido de mi situación.

EMIL. Me ofendes al suponerme capaz de aconsejarte ni lo más mínimo que estuviera reñido con tu deber y con tu dignidad.

OCTAV. No es eso. De lo que estoy persuadido, es que el cariño que me profesas, hace apreciarte las cosas desde un punto de vista, que se aparta de la realidad.

EMIL. Quien no vive dentro de la realidad eres tú. Yo aprecio mejor la situación porque no soy parte interesada y puedo ver claro, sin apasionamientos. En mi concepto, ni tu hermana misma es culpable como supones.

OCTAV. Vas a lograr que me ría.

EMIL. Me afirmo en ello. La naturaleza, sus instintos, su modo de ser, se rebelan a cuanto tenía en derredor; no se satisfacían sus aspiraciones. Desvióse al igual que una corriente, que no hallando cauce, sigue su curso por donde puede. Lamentas la conducta de tus padres, y es que un error te empuja al otro. La ignorancia siempre fué utilitaria; de un pueblo que dice: «los dueños con pan son menos», no esperes otra conducta. Los favorecidos por la fortuna, los que ni el presente ni el porvenir preocupa, pueden rendir culto a ciertos ideales y atentos a ellos, pretendes lavar con sangre las ofensas, preocupación como otra cualquiera, pero los humildes, más prácticos, saben que lo hecho, hecho está, y se dan por satisfechos, si se les recompensa o indemniza con un puñado de plata. Permíteme que hunda aún más el escalpelo y dime, si entre los suyos, no aparecerá hoy tu hermana como un buen partido.

- OCTAV. Tanto ahondas el escalpe'o, que siento llegar su punta a mi corazón. Diría que te ensañas en la disección.
- EMIL. Te engañas, todo lo más, es un dolor reflejo; tú, no tienes ya nada de común con los tuyos. Sacude el polvo en el dintel de la puerta de tu casa, y no imites a la mujer de Loth, huye de ella sin volver la cabeza.
- OCTAV. Sea como quiera, como me encuentro algo en el caso de los primeros que dijiste y no de los más humildes, no sé substraerme al deseo de exigir una satisfacción personal.
- EMIL. ¿Estás decidido a provocarla?
- OCTAV. No puedo negártelo.
- EMIL. En tal caso, me atrevo a ofrecerte un medio, si no te favoreciera la fortuna, para que saldes con ellos. Toma. (Le da un cheque.)
- OCTAV. ¿Qué? no te entiendo.
- EMIL. Devolviéndoles las veinticinco mil pesetas.
- OCTAV. Si esto sucediera, sería entonces yo quien no saldría contigo.
- EMIL. Esta partida te la cargaré en cuenta en el libro de la amistad, y con la tinta del cariño, de la que no queda luego rastro.
- OCTAV. Acepto y queda abonada en el libro del agradecimiento, cuyas cifras jamás se borran.
- EMIL. Terminemos. Hay en esta casa algo más que debe interesarte; una tercera persona que tiene sobre ti derechos adquiridos.
- OCTAV. ¿Insistes aún?
- EMIL. En que ni ella ni tú, venís obligados a sufrir las consecuencias.
- OCTAV. Te engañas.
- EMIL. Habla, pues, y confiesa que no la quieres, o que has perdido la fe en su cariño.
- OCTAV. Ni una cosa ni otra. Pero yo no puedo darle un nombre deshonrado.
- EMIL. ¿Acaso en otro tiempo, la sociedad, no marcó el mío con tal estigma? Lo único que podría alejarte de ella, sería la sangre de

su hermano que manchara tus manos y eso, ya procuraré evitarlo.

OCTAV.

¿Cómo?

EMIL.

No lo sé, pero no será.

ESCENA III

Dichos y el CRIADO

CRIADO

El señor aguarda en el despacho.

EMIL.

No te detengas, antes de que te veas con su hijo, rindele las cuentas, y arrójale al rostro los cinco mil duros. Entonces saldado ya, recobras tu independencia, y exige lo que te plazca.

OCTAV.

¿Y tú?

EMIL.

Aguardo.

OCTAV.

¿A quién?

EMIL.

No sé, al primero que se presente. Ve.

OCTAV.

(Vaeila un momento y luego se decide.) Poco tardaré. (Vase con el criado.)

ESCENA IV

EMILIO y luego MONSERRATE

EMIL.

Dije bien; al primero que se presente. Si es el hijo para detenerle, si es la hija para reclamarle su colaboración. ¡Dios me ayude, es ella! (Monserrate por la izquierda con sombrero y abrigo.) Señorita.

MONS.

¡Usted, amigo mío! (Se dan las manos.) He dado un paso que me reprobaría la sociedad, a saberlo, pero en el que está conforme mi conciencia.

EMIL.

Ríase, pues, usted de las acusaciones, señorita.

MONS.

Estuve en su hotel. Tenía precisión de verle a usted.

EMIL.

Como yo.

- MONS. Supongo que es usted la única persona que no tendrá inconveniente en decirme lo que pasa. Me asiste el derecho de enterarme de lo que mi familia se ha propuesto con la hermana de Octavio.
- EMIL. Señorita, confieso que me pone usted en una dura alternativa, pero ya que así lo quiere, hablaré.
- MONS. Sí, todo, todo.
- EMIL. A sus padres de usted, señorita, no les bastó que su hermano Ricardo, labrara la desdicha de aquella desventurada, han hecho más, insultaron su pobreza.
- MONS. Ofreciendo dinero ¿no es eso?
- EMIL. Usted lo ha dicho.
- MONS. ¡El dinero, siempre el dinero! Naturalmente como somos ricos, poderosos, podemos impunemente cometer cualquier infamia. Lo mismo que las cuentas de la modista, o el *pour sang* que al hermanito se le antoja, todo, todo es igual para nosotros, cuestión de precio. Y diga ¿Octavio lo sabe?
- EMIL. ¿Cómo evitarlo?
- MONS. ¿Y dónde está?
- EMIL. En el despacho, con su señor padre de usted.
- MONS. He de verle.
- EMIL. Un momento. Debemos impedir antes...
- MONS. ¿Impedir qué?...
- EMIL. Que se encuentre frente a frente con su hermano Ricardo. Caso de no lograrlo, es indispensable que no se separe usted de ellos. De lo contrario, no respondo de lo que pueda suceder.
- MONS. ¡Dios mío!
- EMIL. El menor decaimiento en usted, podría acarrear un conflicto que le obligaría a usted a renunciar a todo.
- MONS. ¡Oh, no! Seré fuerte. Respondo de todo. Apelaré a lo que sea. Mi hermano, me retiro. (Vase precipitadamente.)

ESCENA V

EMILIO, RICARDO, PEPE y RAMIRO

- EMIL. No me engañé. Ahora el hermanito.
RICAR. Señor marqués, usted nuevamente en mi casa.... (Le estrecha la mano; los demás saludan con una inclinación de cabeza)
EMIL. ¿Se extraña usted de ello?
RICAR. En modo alguno, es siempre para nosotros un honor.
PEPE (A Ramiro.) No le dejemos, tal vez necesite de nosotros.
EMIL. Gracias. Desearía un pequeño instante...
RICAR. Cuanto lo siento, pero precisamente...
EMIL. (Insistiendo.) Un instante no más, los señores serán tan amables, que....
RICAR. Le advierto que mis secretos les pertenecen.
EMIL. Me es igual.
RICAR. Estoy, pues, a sus órdenes.
EMIL. Un amigo, por no decir un hermano, ha recibido una ofensa...
RICAR. Perdone usted, marqués, lo que usted sin duda ignora es que la tal ofensa, quedó reparada esta misma mañana.
PEPE Y de modo bien espléndido.
EMIL. Mi amigo, repito, no lo considera así; en este preciso momento está en el despacho de su papá, rindiendo cuentas de su cargo. Va a salir en breve, y no quisiera que se cruzara con usted. Es cuanto deseo y le pido.
RICAR. Amigo mío; lo que usted pretende es una retirada por mi parte.
PEPE Dirías mejor un acto de cobardía.
RAM. Una huida.
RICAR. (Creciéndose.) En primer lugar, estoy en mi casa, y aun cuando así no fuera, no puedo permitirme seguir una conducta que podría dar lugar a torcidas interpretaciones

- muy poco favorables acerca mi valor personal.
- PEPE Bien dicho.
- RAM. De acuerdo.
- EMIL. Es natural el interés que sienten por usted sus amigos; me explico su actitud, pero si en algo considera la influencia que pueda yo ejercer en el ánimo de usted, le suplico nuevamente...
- PEPE Eso es distinto, en tal terreno...
- RICAR. Conste que si accedo...
- RAM. Puedes acceder, pero salvando la dignidad, atento a la corrección más estricta.
- EMIL. ¿Qué entiende usted por corrección?
- RAM. La que previene las leyes del honor.
- PEPE Eso.
- RAM. Ni más ni menos.
- EMIL. No prosigan por tal camino, o van a obligarme ustedes a que haga mía la cuestión. Porque se trata de un amigo, supliqué, cosa muy ajena a mi costumbre; pero entrando la cuestión en otra esfera, tengo el sentimiento de participarles que ni de ustedes, ni de nadie admito condiciones.
- PEPE Señor mío...
- RAM. (Se complica).
- EMIL. Voy a poner punto final. Cref tratar con quien tenía algo de eso que ustedes llaman honor; me engañé, lo siento por ustedes.
- RICAR. ¿Ha medido el alcance de sus palabras?
- EMIL. No tengo tampoco la costumbre de volver sobre las que pronuncio.
- RICAR. ¡Eso es intolerable! Necesito...
- EMIL. Una satisfacción ¿no es eso? Conformes.
- RICAR. Y completa. Nombre usted dos amigos que se entiendan con los señores.
- EMIL. Debe ser ahora, ahora mismo.
- PEPE (Separando a Ricardo) Permítame. (A Ricardo.) Ya no tienes tú nada que ver con el caballero. (Se acerca a Emilio.) Señor mío, como usted no debe ignorar, el código del honor, establece ciertos requisitos. En primer

lugar, un plazo de veinticuatro horas, a fin de que los amigos nombrados por las dos partes puedan ponerse de acuerdo. (Tú verás ahora.) Luego, tengo el sentimiento de participarle, que no es usted de aquellos cuya actitud pueda ofender.

EMIL. Celebro este privilegio que acaba usted de otorgarme.

PEPE Recuerde su expulsión del círculo. Así consta en el acta que existe archivada, conqu... señor mío, tengo el gusto de saludarle. (Se retira sonriendo satisfecho.)

RAM. (Le partió por el eje).

EMIL. ¿Pero usted cree que todas las actas y todos los archivos, van a impedirme el cruzarle la cara?

PEPE ¡Señor mío!

RAM. ¡Incorrectísimo!

PEPE ¡Señor Marqués!...

EMIL. (Calmándose.) No, no, nada de eso. Lo mismo yo, por la lección, como su amigo Ricardo, por el modo habilidoso como usted le sacó del atolladero, debemos darle las más expresivas gracias. Así es que tengo el honor... no; ustedes me lo niegan; tengo, pues, el gusto, esto sí que no pueden ustedes quitármelo, tengo el gusto, repito de despedirme de ustedes. Un verdadero gusto. (Saluda irónicamente y se retira Emilio.)

ESCENA VI

RICARDO, PEPE y RAMIRO

PEPE No vi mayor cinismo en mi vida.

RAM. Conste que ni por un momento hemos dejado la corrección.

RICAR. Sí, pero también correctamente se ha reído de nosotros.

PEPE ¿Que le ibas a hacer? Me parece que nuestra intercesión fué siempre oportuna.

RAM. Reconócelo.
PEPE Y debes agradecerlo.
RICAR. No digo lo contrario.
PEPE Y nos felicitamos de haberte sido útiles en algo.
RAM. Todo cuanto dijo es el derecho del pataleo. No creo que insista ya más.
RICAR. Ahí viene mamá. Preparaiémonos a una de esas pláticas de familia.
RAM. Eso, «de las que nunca hice caso.»
PEPE Te dejamos hasta la noche.
RAM. Un mal rato se pasa pronto. Adiós, chico.
PEPE Que te sea leve. (Se despiden. Vanse.)

ESCENA VII

RICARDO, doña AMALIA, y más tarde MONSERRATE

RICAR. (Abramos el paraguas y preparémonos a recibir el aguacero.)
AMAL. Deseaba verte.
RICAR. Yo también, mamá; como siempre.
AMAL. (Después de una pausa.) ¡Ricardol... Ricardol...
RICAR. Qué, mamá.
AMAL. Siéntate. ¿Te parece regular tu conducta? ¿No te avergüenza, que tu padre se haya visto obligado, por tu mala cabeza, a descender al terreno que ha descendido? ¿Dí? ¿Dar explicaciones a aquella gentuza?...
RICAR. Pero oye, mamá...
AMAL. ¡Cállate, silencio! ¿Si querrás aún tener razón? ¡Qué escándalo! y ¡qué disgustos. D os mío! (Viendo a Monserrate que aparece por la izquierda.) ¿Qué quieres tú? ¡Retírate a tu habitación!
MONS. Mamá, ¿es qué yo soy un extraño a la familia, que no puedo saber lo que le aflige?
RICAR. Lo que no te importa.
MONS. Tal vez más de lo que imaginas.
RICAR. ¿Lo oyó usted, mamá?
AMAL. ¡Monserratel!

MONS. Ya sé, mamá, que atendiendo a las hipócritas leyes que dicta la sociedad, me obligan a fingir, que no comprendo una palabra. Pero considero de tal importancia lo que está sucediendo, que me rebelo y no las acepto.

AMAL. ¿Qué significan tus palabras?

MONS. Sencillamente que lo sé todo, y pueden ustedes ahorrarse el disimulo.

AMAL. ¿Sin avergonzarte al hablar de un modo tan descarado?

MONS. Por ustedes me avergüenzo; por mi hermano, hasta que restituya lo que robó.

AMAL. ¡Lo que robó! está loca esta chica.

RICAR. No le hagas caso, mamá. ¿Qué he de restituir, habla? ¿Qué es lo que robé?

MONS. Lo que no consentirían ustedes, que nadie robara a su hija.

AMAL. ¡Monserrate! ¡qué descarol!

RICAR. ¡Montserrate, juguemos limpio, y confiesa que no te tomarías tanto interés a no tratarse de la hermana de quien se trata.

MONS. Supongamos que sea así.

RICAR. ¿Lo ves, mamá?

MONS. Sin rebozo, con entera franqueza, es más; los mismos sentimientos que a mí me animan, debieron sentirlos ustedes también.

AMAL. ¿Quieres callarte?

MONS. Me afirmo en ello. Ustedes más que nadie, vienen obligados a velar por la hermana del que lejos de aquí miraba los intereses de esta casa como suyos propios. En este preciso momento, está en el despacho de papá, rindiendo cuentas de lo que se le confió. ¿Qué cuentas le daremos nosotros de lo que se ha hecho con su familia durante su ausencia?

AMAL. ¿Pero crees tú que todos somos unos?

MONS. ¡Qué hemos de ser! Precisamente en la desigualdad, fundo los razonamientos. En nuestra superioridad, que no vaciló en

abusar del débil que no tenía resistencia para defenderse de nuestros ataques.

AMAL. Hija mía, te vas por las ramas. No quieras ser más papista que el mismo Papa; ya que se da por satisfecho el que podría reclamar.

MONS. ¿Por satisfecho? Es que según vuestro criterio, creéis que la honra de una mujer puede indemnizarse como un accidente del trabajo?

AMAL. Si pretenderás que se case con ella.

RICAR. Eso y celebrar los matrimonios juntos de los cuñados.

AMAL. ¿Quieres callarte?

MONS. ¿Por qué no mostrar tales escrúpulos a tiempo? De manera que quedó todo arreglado. Porque tenemos dinero para pagar nuestras infamias, nos asiste el derecho de cometerlas. Y ahora pregunto a ustedes. ¿Qué hubiera sucedido si hubiéramos carecido de tales medios, o si por el contrario, aunque los tuviéramos, no los hubieran ellos necesitado?

AMAL. Estás sacando la cuestión de su terreno, y es muy distinto.

MONS. ¿Distinto? Conformes; no quería saber otra cosa. ¿De modo que entonces, habría sido otro nuestro modo de proceder? Perfectamente. Conste que lo reconocen ustedes así.

AMAL. ¿A dónde vas a parar, vamos a ver?

MONS. No, no, nada. Que me han dado ustedes la solución de un problema que me preocupaba.

RICAR. No era nada difícil.

MONS. Sí, sí, pero creo que era en cierto modo, natural mi torpeza.

AMAL. Hija mía, la verdad, no te comprendo.

MONS. Tal vez no se pase mucho tiempo. (Amalia va a contestar pero se detiene al ver a su marido que llega con Octavio.)

ESCENA VIII

Dichos, don JACINTO y OCTAVIO

- AMAL. ¡Silencio! (A Montserrate.) Ve a tus habitaciones.
- MONS. (Marchando por la puerta izquierda.) (Sabré lo que ocurre.
- JACIN. Hemos terminado.
- OCTAV. Un momento, antes de salir de esta casa.
- AMAL. Ve tú también. (A Ricardo.)
- RICAR. ¿Para que crea que le temo?
- JACIN. Dije a usted, que la casa quedaba satisfecha de sus gestiones y que está conforme la liquidación. (Paulatinamente va acompañándole a la segunda izquierda.)
- OCTAV. (¡El aquí!) (Por Ricardo.)
- JACIN. Y comercialmente, no tendrá reparo alguno, en dar de usted inmejorables informes.
- OCTAV. Gracias; pero permítame que antes de separarme de su lado, le haga a usted una devolución. (Han ido los dos avanzando hasta la mitad de la escena.)
- JACIN. ¿Devolución a mí?
- AMAL. ¿Qué dice? (A su hijo.)
- RICAR. No sé. Veremos.
- OCTAV. (Dándole el cheque que le entregó Emilio.) Tome usted.
- JACIN. ¿Qué es eso?
- OCTAV. Las veinticinco mil pesetas que entregó usted esta mañana a mi padre.
- AMAL. ¿Has oído? (A su hijo.)
- RICAR. Sí.
- JACIN. No, Octavio, no acostumbro a admitir devoluciones de tal género.
- AMAL. (¡Qué vanidoso!)
- OCTAV. Ni yo acostumbro tampoco a retener dinero que me avergüenza.
- RICAR. ¿Qué te parece? (A su madre.)
- JACIN. Es tu padre quien lo ha admitido.

- OCTAV. Y su hijo quien lo devuelve.
JACIN. Me parece que nada tienes tú que ver en ello.
OCTAV. Ni él tampoco en mi devolución.
JACIN. Te esfuerzas en vano, yo no vuelvo a admitir lo que saió de mi bolsillo por tal concepto.
OCTAV. ¿Qué concepto? ¡El de una limosna! ¿no es cierto?
JACIN. En el de saldar una cuenta pendiente.
OCTAV. ¿Y es así como salda la opulenta familia del millonario don Jacinto la deuda contraída con los humildes jardineros de su casa de recreo? Ya nada pueden reclamarle. Pueden seducir su hija, deshorrar la hermana, y con el mismo dinero que el hijo y el hermano ofendido, en ingratos climas, y con el sudor de frente, les proporcionó con su trabajo, ganándolo para la casa, vienen á decirle: Toma un muerdru-go, no tienes derecho alguno a la honra de los tuyos, ni a su afecto; para nosotros, son un juguete tus más dulces afecciones, tú mismo, en lejanos países, nos has proporcionado un puñado de plata con el que insultamos tu deshonor, puedes darte por satisfecho.
RICAR. ¡Basta! ¡No tolero nuevos insultos! ¡Papá! No comprendo tanta paciencia en ti. Llama a los criados para que le pongan de patitas en la calle. (Va a arrojarle sobre él. Octavio no se mueve.)

ESCENA IX

Dichos. MONSERRATE que aparece sin poderse contener.

- MONS. ¡No, papá! Eso no puedes hacerlo.
TODOS. ¡Monserratel
OCTAV. (Con calma.) Retírese usted, señorita, se lo pido por favor; ya me marchó. Pero ¡ay del que se atreva a ponerme la mano en cima!

Don Jacinto, si es que quiere usted librarse de mi presencia, le exijo que admita usted la devolución del precio con que tasaron ustedes, la deshonra de mi hermana.

RICAR. ¿No adviertes, papá, que para un simple dependiente, es mucho que disponga de tal suma, y que así se desprenda de ella?

OCTAV. ¿Qué significan tales palabras? (Fuera de sí.)

RICAR. ¡Que me parecen estas muchas economías!

OCTAV. ¡Miserable! (Sin poderse contener se lanza sobre él. Ricardo que no puede contener el ímpetu de Octavio, es arrojado por éste encima de un mueble y le tiene sujeto al cuello.)

RICAR. ¡Oh, suelta! ¡Canalla!

JACIN. ¡Octavio! ¡Aquí todos!

AMAL. ¡Socorro!

MONS. ¡Oh, no! ¡Eso, no! ¡Octavio! (Octavio, al oír la voz de Monserrate, suelta a Ricardo. Monserrate, aprovechando la ocasión, y en un momento que están distraídos todos auxiliando a Ricardo, coge con fuerza a Octavio por un brazo, que maquinalmente se deja conducir.) ¡Ven; no quiero perderle!

OCTAV. ¿Qué intenta usted?

MONS. Vas a verlo. (Le conduce a la primera izquierda y cierra la puerta sin que pueda evitarlo.)

AMAL. ¡Hijo mío! ¡Ricardo!

JACIN. ¡Sabrá lo que cuesta tal atrevimiento!

¿Dónde está?

MONS. Se marchó. (Con calma.)

ESCENA ULTIMA

Dichos, CRIADOS, PEPE, RAMIRO, luego OCTAVIO y finalmente
EMILIO

JACIN. (A los criados.) Pueden ustedes retirarse.

MONS. No, aguarden un momento.

PEPE ¿Qué sucedió?

RICAR. Nada; ya podéis presumirlo.

RAM. ¡Qué osadía!

MONS. Yo se lo diré a ustedes.

- JACIN. ¡Monserrate!
- AMAL. ¿Qué vas a decir?
- MONS. ¿Porqué callarlo, si Octavio reparará también la ofensa inferida?
- AMAL. ¿Qué?
- MONS. Si, si, señores. (Abre la puerta de la izquierda en que está Octavio.) Le hallaron en mi habitación.
- TODOS ¡Ah!
- JACIN. ¡Monserrate!
- AMAL. ¡Estás local!
- MONS. Salga usted, Octavio. Todos ustedes son testigos.
- OCTAV. (Aparece desconcertado.) ¡Oh, no! yo no puedo consentir. ¡Es falso, es falso!
- TODOS ¡Oh!
- MONS. ¿Qué, se niega usted a una reparación?
- OCTAV. ¡No, Monserrate, no! ¡Este medio es indigno!
- AMAL. ¡Mala hija! ¡no lo crean ustedes!
- MONS. No te esfuerces, mamá, difícilmente harías creerles lo contrario de lo que ven.
- PEPE (¡Qué cinismo!)
- RAM. (¡Qué desahogo!)
- MONS. Mamá, es el caso aquel del cual me diste tú y mi hermano la solución. Como no necesitamos dinero, sólo al pie del altar existe.
- JACIN. Vete, marcha. Yo te mal... (En este momento aparece Emilio y detiene la palabra en la boca de don Jacinto.)
- EMIL. Un momento. Tengo el encargo de mi amigo Octavio, de solicitar para él, la mano de su hija Monserrate.
- TODOS ¡Ah!
- OCTAV. ¡Tú, Emilio! (Estrechándole la mano.)
- EMIL. Créame, y de ello le respondo, que no es una mala proporción.
- MONS. ¡Gracias! (Estrecha la mano de Emilio.)
- JACIN. De modo que...
- EMIL. Es mi socio en la casa de banca. Apuesto a que se siente usted nuevamente con de-

seos de levantar el brazo, pero para bendecirle, ¿no es cierto? Excuse la molestia, y sírvase estampar de nuevo su firma en otro ta'ón, el importe de la dote de su hija. Y vosotros dos, despedíos uno, de los jardineros de la casa de recreo, y usted, señorita, de los de esta casa. Los dos, son ustedes al lado de los suyos, dos plantas exóticas.

TELÓN

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|--|-----------------------------|
| La Princesa del Dollar | El Papá del Regimiento |
| La Ola gigante | El Alcalde de Zalamea |
| El señor Conde de Luxemburgo | Los dos pilletes |
| Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | D. Juan de Serrallonga |
| El Sol de la Humanidad | El Rey Lear |
| Zazá | Espectros |
| Mujeres Vienesas | Las Cigarras Hormigas |
| Hamlet | El Registro de la Policía |
| Giordano Bruno | El vergonzoso en Palacio |
| El nido ajeno | La Fuerza de la Conciencia |
| El Rey | Eva |
| Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | El Bufón |
| Los Miserables | El Cuchillo de Plata |
| La ladrona de niños | Nick Carter |
| Los dioses de la mentira | La Cena de los Cardenas |
| Cristo contra Mahoma | ¡Justicia Humana! les |
| Juventud de Príncipe | El Señor Feudal |
| Juan José | El veranillo de S. Martín |
| La sociedad ideal | El desdén con el desdén |
| La cizaña | Cuento inmoral |
| Entre ruinas | Amor de amar |
| La vida es sueño | La dama de las camelias |
| Sabotage | La domadora de leones |
| Pasa la ronda | Los dos sargentos franceses |
| Magda | El Místico |
| | García del Castañar |
| | La fierecilla domada |
| | El sí de las niñas |

El honor

n.p.
Leandro F. Moratín

EL SÍ DE LAS NIÑAS

Comedia en tres actos



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

16. 5. 12.

1

El sí de las niñas

EL SÍ DE LAS NIÑAS

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Leandro Fernández de Moratín



11-45

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

PERSONAJES

DON DIEGO
DON CARLOS
DOÑA IRENE
DOÑA FRANCISCA
RITA
SIMÓN
CALAMOCHA

La acción empieza a las siete de la tarde, y acaba a las cinco
de la mañana siguiente



ACTO PRIMERO

La escena es una posada de Alcalá de Henares.—El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una más grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho a un lado. Una mesa en medio, un banco, sillas, etcétera.

ESCENA PRIMERA

Don DIEGO y SIMÓN. Sale don Diego de su cuarto. Simón, que está sentado en una silla, se levanta.

DIEGO ¿No han venido todavía?

SIMÓN No, señor.

DIEGO Despacio la han tomado por cierto.

SIMÓN Como su tía la quiere tanto, según parece, y no la ha vi. to desde que la llevaron a Guadalajara...

DIEGO Si. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

SIMÓN Ello también ha sido extraña determinación la de estarse usted dos días enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversación ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

DIEGO Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me viese.

SIMÓN Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay más en esto que haber acompañado usted a doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento a la niña y volvernos con ellas a Madrid?

DIEGO Sí, hombre, algo más hay de lo que has visto.

SIMÓN Adelante.

DIEGO Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber y no puede tardarse mucho... Mira, Simón, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado a esa niña del convento y nos la llevamos a Madrid.

SIMÓN Sí, señor.

DIEGO Pues bien... Pero te vuelvo a encargar que a nadie lo descubras.

SIMÓN Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes.

DIEGO Ya lo sé, por eso quiero fiarme de ti. Yo, la verdad, nunca había visto a la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leído muchas de las cartas que escribía, he visto algunas de su tía la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla; he procurado observarla en estos pocos días, y a decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMÓN Sí, por cierto... Es muy linda y...

DIEGO Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo, ¡aquel cader, aquella inocencia! Vámonos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... Sí, señor,

mucho talento... Conque, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMÓN No hay que decírmelo.

DIEGO ¿No? ¿Por qué?

SIMÓN Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

DIEGO ¿Qué dices?

SIMÓN Excelente.

DIEGO ¿Conque al instante has conocido?

SIMÓN ¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole a usted que me parece muy buena boda; buena, buena.

DIEGO Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMÓN Seguro que sí.

DIEGO Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

SIMÓN Y en eso hace usted bien.

DIEGO Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaría quien murmurase y dijese que era una locura, y me...

SIMÓN ¿Locura? ¡Buena locura! ¿Con una chica como esa, eh?

DIEGO Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMÓN Eso es lo principal... Y sobre todo, lo que usted tiene, ¿para quién ha de ser?

DIEGO Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor; regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No, señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

SIMÓN Pero siendo a gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

- DIEGO No, yo ya sé lo que dirán, pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporción en la edad, que...
- SIMÓN Vamos, que no parece tan notable la diferencia. Siete u ocho años, a lo más...
- DIEGO ¡Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete u ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.
- SIMÓN Y bien, ¿qué?
- DIEGO Y yo, aunque gracias a Dios estoy robusto y... Con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.
- SIMÓN Pero si yo no hablo de eso.
- DIEGO ¿Pues de qué hablas?
- SIMÓN Decía que... Vamos, o usted no acaba de explicarse, o yo lo entiendo al revés... En suma, esta doña Paquita, ¿con quién se casa?
- DIEGO ¿Ahora estamos ahí? Conmigo.
- SIMÓN ¿Con usted?
- DIEGO Conmigo.
- SIMÓN ¡Medrados quedamos!
- DIEGO ¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?
- SIMÓN ¡Y pensaba yo haber adivinado!
- DIEGO ¿Pues qué creías? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?
- SIMÓN Para don Carlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruído, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.
- DIEGO Pues no, señor.
- SIMÓN Pues bien está.
- DIEGO ¡Mire usted qué idea! ¡Con el otro la había de ir a casar!... No, señor, que estudie sus matemáticas.
- SIMÓN Ya las estudia; o por mejor decir, ya las enseña.
- DIEGO Que se haga hombre de valor y...
- SIMÓN ¡Valor! ¿Todavía pide usted más valor a un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron a seguirle, tomó

dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted entonces del valor de su sobrino; y yo le vi a usted más de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

DIEGO Sí, señor, todo eso es verdad; pero no viene a cuento. Yo soy el que me caso.

SIMÓN Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su elección es libre...

DIEGO ¿Pues no ha de serlo?... ¿Y qué sacarían con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es mujer de juicio; ésta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de excelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada, que la ha servido en Madrid y más de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha informado de que jamás observó en esta criatura la más remota inclinación a ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oír misa, correr por la huerta detrás de las mariposas y echar agua en los agujeros de las hormigas, estas han sido su ocupación y sus diversiones... ¿Qué dices?

SIMÓN Yo nada, señor.

DIEGO Y no pienses tú que, a pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Sólo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena mujer, buena...

- SIMÓN En fin, señor, yo desearé que salga como usted apetece.
- DIEGO Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrínito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?
- SIMÓN ¡Pues qué ha hecho?
- DIEGO Una de las suyas... Y hasta pocos días ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid. Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse a Zaragoza a su regimiento... Ya te acuerdas de que a muy pocos días de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.
- SIMÓN Sí, señor.
- DIEGO Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.
- SIMÓN Así es la verdad.
- DIEGO Pues el pícaro no estaba allí cuando me escribía las tales cartas.
- SIMÓN ¿Qué dice usted?
- DIEGO Sí, señor. El día 3 de julio salió de mi casa, y a fines de septiembre aun no había llegado a sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?
- SIMÓN Tal vez se pondría malo en el camino, y por no darle a usted pesadumbre...
- DIEGO Nada de eso. Amores del señor oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿Quién sabe?... Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!
- SIMÓN ¡Oh! No hay que temer... Y si tropieza con una fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.
- DIEGO Me parece que están ahí... Sí. Busca al

mayoral y dile que venga para quedar de acuerdo en la hora a que deberemos salir mañana.

SIMÓN Bien está.

DIEGO Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... ¿Estamos?

SIMÓN No hay miedo que a nadie lo cuente. (Simón se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mujeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.)

ESCENA II

Doña IRENE, doña FRANCISCA, RITA y don DIEGO

FRAN. Ya estamos acá.

IRENE ¡Ay! ¡Qué escalera!

DIEGO Muy bien venidas, señoras.

IRENE ¿Conque usted, a lo que parece, no ha salido? (Se sientan doña Irene y don Diego.)

DIEGO No, señora. Luego más tarde daré una vueltecilla por ahí... He leído un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

FRAN. Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parir... Pero, mire usted, mire usted (Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.) cuántas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de ciprés, la regla de san Benito, una pililla de cristal... Mire usted qué bonita. Y dos corazones de talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí!... ¡Ay!, y una campanilla de barro bendito para los truenos... ¡Tantas cosas!

IRENE Chucherías que le han dado las madres. Locas estaban con ella.

FRAN. ¡Cómo me quieren todas! ¡Y mi tía, mi pobre tía, lloraba tanto!... Es ya muy viejecita.

- IRENE Ha sentido mucho no conocer a usted.
FRAN. Sí, es verdad. Decía, ¿por qué no ha venido aquel señor?
IRENE El padre capellán y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.
FRAN. Toma. (Vuelve a atar el pañuelo y se lo da a Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene.) Guárdamelo todo allí, en la escusabaraja. Mira, llévalo así, de las puntas... ¡Válgate Dios! ¿Eh? ¡Ya se ha roto la santa Gertrudis de alcorza!
RITA No importa; yo me la comeré.

ESCENA III

Doña IRENE, doña FRANCISCA y don DIEGO

- FRAN. ¿Nos vamos adentro, mamá, o nos quedamos aquí?
IRENE Ahora, niña, que quiero descansar un rato.
DIEGO Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.
IRENE ¡Y qué fresco tiene aquel locutorio! Está hecho un cielo... (Siéntase doña Francisca junto a doña Irene.) Mi hermana es la que sigue siempre bastante delicadilla... Ha padecido mucho este invierno... Pero, vaya, no sabía qué hacerse con su sobrina la buena señora. Está muy contenta de nuestra elección.
DIEGO Yo celebro que sea tan a gusto de aquellas personas a quienes debe usted particulares obligaciones.
IRENE Sí. Trinidad está muy contenta, y en cuanto a Circuncisión, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo, y...
DIEGO Es verdad. Sólo falta que la parte interesa-

da tenga la misma satisfacción que manifiestan cuantos la quieren bien.

IRENE Es hija obediente y no se apartará jamás de lo que deterinine su madre.

DIEGO Todo eso es cierto, pero...

IRENE Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

DIEGO Sí, ya estoy; pero, ¿no pudiera sin faltar a su honor ni a su sangre...?

FRAN. ¿Me voy, mamá? (Se levanta y vuelve a sentarse.)

IRENE No pudiera, no, señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela, que Dios perdone, doña Jerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, que le habrá usted visto. Y le hicieron, según me contaba su merced, para enviárselo a su tío carnal el padre fray Serapión de San Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacan.

DIEGO Ya.

IRENE Y murió en el mar el buen religioso, que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte; particularmente, mi primo don Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oír hablar de su Ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

FRAN. ¡Válgate Dios!, qué moscas tan...

IRENE Pues murió en olor de santidad.

DIEGO Eso bueno es.

IRENE Sí, señor; pero como la familia ha venido tan a menos... ¿Qué quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que, por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida; y ¿quién sabe que el día de mañana no se imprima con el favor de Dios?

DIEGO Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

IRENE Lo cierto es que el autor, que es sobrino

de mi hermano político y canónigo de Castrojeriz, no la deja de la mano; y a la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

DIEGO ¿Conque para cada año un tomo?

IRENE Sí, señor, ese plan se ha propuesto.

DIEGO ¿Y de qué edad murió el venerable?

IRENE De ochenta y dos años, tres meses y catorce días.

FRAN. ¿Me voy, mamá?

IRENE Anda, veté. ¡Válgate Dios, qué prisa tienes!

FRANC. ¿Quiere usted (Se levanta, y después de hacer una graciosa cortesía a don Diego, da un beso a doña Irene y se va al cuarto de ésta.) que le haga una cortesía a la francesa, señor don Diego?

DIEGO Sí, hija mía. A ver.

FRAN. Mire usted, así.

DIEGO ¡Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

FRAN. Para usted una cortesía y para mi mamá un beso.

ESCENA IV

Doña IRENE y don DIEGO

IRENE Es muy gitana y muy mona, mucho.

DIEGO Tiene un donaire natural que arrebató.

IRENE ¿Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecos del mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho más de considerar tan inmediata su colocación, no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime a los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla. Quisiera sólo que se explicase libremente acerca de nuestra proyectada unión, y...

DIEGO

IRENE

DIEGO

Oiría usted lo mismo que le he dicho ya. Sí, no lo dudo; pero el saber que le merezco alguna inclinación, oyéndoselo decir con aquella boquita tan graciosa que tiene,

sería para mí una satisfacción impondrable:

IRENE No tenga usted sobre ese particular la más leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que a una niña no la es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal parecería, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda se atreviese a decirle a un hombre: yo le quiero a usted.

DIEGO Bien; si fuese un hombre a quien hallara por casualidad en la calle y le espetara ese favor de buenas a primeras, cierto que la doncella haría muy mal; pero a un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos días, ya pudiera decirle alguna cosa que... Además, que hay ciertos modos de explicarse.

IRENE Conmigo usa de más franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que a usted le tiene... ¡Conqué juicio hablaba ayer noche después que usted se fué a recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oírla.

DIEGO ¿Y qué? ¿Hablabas de mí?

IRENE Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta...

DIEGO ¡Calle! ¿Eso decía?

IRENE No, esto se lo decía yo, y me escuchaba como una atención como si fuera una mujer de cuarenta años, lo mismo... ¡Buenas cosas la dije! Y ella, que tiene mucha penetración, aunque me esté mal el decirlo... ¿Pues no da lástima, señor, el ver cómo se hacen los matrimonios hoy en el día? Casan a una muchacha de quince años con un arrapiezo de dieciocho, a una de diecisiete con otro de veintidós: ella niña sin juicio ni experiencia, y él niño también sin aso-

mo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo digo), ¿quién ha de gobernar la casa? ¿quién ha de mandar a los criados? ¿quién ha de enseñar y corregir a los hijos? Porque sucede también que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasión.

DIEGO Cierta que es un dolor ver rodeados de hijos a muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educación.

IRENE Lo que sé decirle a usted es que aun no había cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de más respeto, más caballeroso... y al mismo tiempo más divertido y decididor. Pues, para servir a usted, ya tenía los cincuenta y seis, muy largo de talle cuando se casó conmigo.

DIEGO Buena edad... No era un niño, pero...

IRENE Pues a eso voy... Ni a mí podía convenirme en aquel entonces un boquirrubio, con los cascos a la jineta... No, señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias a Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan a menudo y tan de recio, que a los siete meses me hallé viuda y en cinta de una criatura que nació después, y al cabo y al fin se me murió de al-fombrilla.

DIEGO ¡Oigal... Mire usted si dejó sucesión el buen don Epifanio.

IRENE Sí, señor, ¿pues por qué no?

DIEGO Lo digo porque luego saltan con... Bien

que si uno hubiera de hacer caso... ¿Y fué niño o niña?

IRENE Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

DIEGO Ciertó que es consuelo tener, así, una criatura, y...

IRENE ¡Ay, señor! Dan malos ratos; pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho.

DIEGO Yo lo creo.

IRENE Sí, señor.

DIEGO Ya se ve que será una delicia, y...

IRENE ¿Pues no ha de ser?

DIEGO Un embeleso el verlos jugatear y reir, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

IRENE ¡Hijos de mi vida! Veintidós he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales sólo esta niña me ha venido a quedar; pero le aseguro a usted que...

ESCENA V

SIMÓN, doña IRENE y don DIEGO

SIMÓN (Sale por la puerta del foro.) Señor, el mayoral está esperando.

DIEGO Dile que voy allá... ¡Ah! Tráeme primero el sombrero y el bastón, que quisiera dar una vuelta por el campo. (Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un bastón, se los da a su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.) ¿Conque, supongo que mañana tempranito saldremos?

IRENE No hay dificultad. A la hora que a usted le parezca.

DIEGO A eso de la seis. ¿Eh?

IRENE Muy bien.

DIEGO El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

IRENE Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI

Doña IRENE y RITA

- IRENE ¡Válgame Dios! ahora que me acuerdo...
¡Rita! Me le habrán dejado morir. ¡Rita!
- RITA Señora. (Sacará unas sábanas y almohadas debajo del brazo.)
- IRENE ¿Qué has hecho del tordo? Le diste de comer?
- RITA Sí, señora. Más ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.
- IRENE ¿Hiciste las camas?
- RITA La de usted ya está: voy a hacer esotras antes que anochezca, porque si no, como no hay más alumbrado que el del candil y no tiene garbato, me veo perdida.
- IRENE Y aquella chica ¿qué hace?
- RITA Esta desmenuzando un bizcocho para dar de cenar a don Periquito.
- IRENE ¡Qué pereza tengo de escribir! (Se levanta y se entra en su cuarto.) Pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncisión.
- RITA ¡Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan a ir y venir correos. ¡Qué poco me gustan a mí las mujeres gazmónas y zalameras! (Entrase en el cuarto de doña Francisca.)

ESCENA VII

CALAMOCIA

- CALAM. (Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta.) ¿Con qué ha de ser el número tres? Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Colección de bichos más abundante no la tiene el gabinete de historia natural...

Miedo me da entrar... ¡Ay! ¡ay!... ¡Y qué agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias a que los caballitos dijeron: no podemos más, que si no, por esta vez no veía yo el número tres, ni las plagas de Faraón que tiene dentro... En fin, como los animales amanescan vivos, no será poco... Reventados están... (Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezándose.) ¡Oígal... ¿Seguidillitas?... Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... ¡Ay! ¡qué desvencijado estoy!

ESCENA VIII

RITA y CALAMOCHA

- RITA Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa y... (Forcejeando para echar la llave.) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.
- CALAM. ¿Gusta usted que eche una mano, mi vida?
- RITA Gracias, mi alma.
- CALAM. ¡Calle!... ¡Rita!
- RITA ¡Calamocha!
- CALAM. ¿Qué hallazgo es este?
- RITA ¿Y tu amo?
- CALAM. Los dos acabamos de llegar.
- RITA ¿De veras?
- CALAM. No, que es chanza. Apenas recibió la carta de doña Paquita, yo no sé a dónde fué, ni con quién habló, ni cómo lo dispuso: sólo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana a Guadalajara, y a las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta a correr, y a sudar, y a dar chasquidos.. En suma, molidos los rocines, y nosotros a medio moler, hemos parado aquí con ánimo de

salir mañana. Mi teniente se ha ido al colegio mayor a ver a un amigo, mientras se dispone algo que cenar... Esta es la historia. ¿Conque le tenemos aquí?

RITA

CALAM.

Y enamorado más que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado a quitar el hipo a cuantos le disputen la posesión de su Currita idolatrada.

RITA

¿Qué dices?

CALAM.

Ni más ni menos.

RITA

¡Qué gusto me das!... Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAM.

¿Amor?... ¡Frioleral... El moro Gazul fué para él un pelele, Medoro un zascandil y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

RITA

¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

CALAM.

Pero acabemos. ¿Cómo te hallo aquí? ¿Con quién estás? ¿Cuándo llegaste? Que...

RITA

Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y más cartas, diciendo que tenía concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bienquisto; en suma, cabal y perfecto, que no habla más que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta a todo lo que la mandasen... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni quería comer, ni podía dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tía no sospechara la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar a tu amo, esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos había ponderado, no consentiría que su pobre Paquita pasara a manos de un desconocido y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y

tantos suspiros estrellados en las tapias del corral. Apenas partió la carta a su destino, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella; recogimos a toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mujeres y en dos latigazos llegamos antes de ayer a Alcalá. La detención ha sido para que la señorita visite a otra tía monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Pero esta casualidad nos ..

CALAM. Sí. No digas más... Pero... ¿Conque el novio está en la posada?

RITA Ese es su cuarto. (Señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca.) Este el de la madre y aquél el nuestro.

CALAM. ¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mío?

RITA No por cierto. Aquí dormiremos esta noche la señorita y yo, porque ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pie, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAM. Bien. Adiós. (Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademán de irse.)

RITA ¿Y a dónde?

CALAM. Yo me entiendo... Pero el novio, ¿trae consigo criados, amigos o deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA Un criado viene con él.

CALAM. ¡Poca cosa!... Mira, dile, en caridad, que se disponga, porque está de peligro. Adiós.

RITA ¿Y volverás presto?

CALAM. Se supone. Estas cosas piden diligencia, y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga a cuidar de su hacienda, disponer el en-

tierra de ese hombre y... ¿Conque ese es nuestro cuarto, eh?

RITA Sí. De la señorita y mío.

CALAM. ¡Bribona!

RITA ¡Botaratel Adiós.

CALAM. Adiós, aborrecida. (Entrase con los trastos al cuarto de don Carlos.)

ESCENA IX

Doña FRANCISCA y RITA

RITA Qué malo es... Pero... ¡Válgame Dios, don Félix aquí! Sí, la quiere, bien se conoce... (Sale Calamocha del cuarto de don Carlos y se va por la puerta del foro.) ¡Oh!, por más que digan, los hay muy finos, y entonces, ¿qué ha de hacer una?... Quererlos, no tiene remedio, quererlos... Pero, ¿qué dirá la señorita cuando le vea que está ciega por él? ¡Pobrecita! Pues no sería una lástima que... Ella es.

FRAN. (Saliendo.) ¡Ay, Rita!

RITA ¿Qué es eso? ¿Ha llorado usted?

FRAN. ¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre. . Empeñada está en que he de querer mucho a ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaría cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento, ni sé flagir, por eso me llaman picarona.

RITA Señorita, por Dios, no se aflija usted.

FRAN. Ya, como tú no la has oído... Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta hora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy, por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto a

mi madre, que sino. . Pero bien sabe la Virgen que no me sale del corazón. (Se va obscureciendo lentamente el teatro.)

RITA Vaya, vamos, que no hay motivo todavía para tanta angustia... ¿Quién sabe?... ¿Nose acuerda usted ya de aquel día de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

FRAN. ¡Ay!, ¿cómo puedo olvidarlo?... Pero ¿qué me vas a contar?

RITA Quiero decir que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galán, tan fino...

FRAN. ¡Qué rodeos!... don Fél'ix. ¿Y qué?

RITA Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

FRAN. Y bien... Y luego volví, y le vi, por mi desgracia, muchas veces... mal aconsejada de ti.

RITA ¿Por qué, señora?... ¿A quién dimos escándalo? Hasta ahora nadie ha sospechado en el convento. El no entró jamás por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy a decir es que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita... Mire usted que todo cuanto hemos leído a hurtadillas en las novelas no equivale a lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oían entre once y doce de la noche, de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y expresión?

FRAN. ¡Ay, Rita! Sí, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA Eso no lo puedo yo creer.

FRAN. Es hombre al fin, y todos ellos...

RITA ¡Qué bobería! Desengáñese usted, señorita.

Con los hombres y las mujeres sucede lo mismo que con los melones de Añover. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la elección, quéjese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creíble que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversación a obscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una acción descompuesta, ni oímos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

FRAN. Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... (Señalando al pecho.) ¿Qué habrá dicho al ver la carta?... ¡Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate Dios! ¡Es lástima!... Cierto. ¡Pobre Paquital... Y se acabó... No habrá dicho más... Nada más.

RITA No, señora, no ha dicho eso.

FRAN. ¿Qué sabes tú?

RITA Bien lo sé. Apenas haya leído la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando a consolar a su amiga... Pero... (Acercándose a la puerta del cuarto de doña Irene.)

FRAN. ¿Adonde vas?

RITA Quiero ver si...

FRAN. Está escribiendo.

RITA Pues ya presto habrá de dejarlo, que empiece a anochecer... Señorita, lo que la he dicho a usted, es la verdad pura, don Félix está ya en Alcalá.

FRAN. ¿Qué dices? No me engañes.

RITA Aquel es su cuarto... Calamocha acaba de hablar conmigo.

FRAN. ¿De veras?

RITA Sí, señora... Y le ha ido a buscar para...

FRAN. ¿Conque me quiere?... ¡Ay Rita! Mira tú si hicimos bien en avisarle... ¿Pero ves qué fineza?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas

leguas sólo por verme... porque yo se lo mandol... ¡Qué agradecida le debo estar!... ¡Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA Voy a traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y lo que piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una Satanás entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

FRAN. Dices bien... Pero no; él tiene resolución y talento, y sabrá determinar lo más conveniente... ¿Y cómo has de avisarme?... Mira que así que llegue le quiero ver.

RITA No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquel'a tosecilla seca... ¿Me entiende usted?

FRAN. Si, bien.

RITA Pues entonces no hay mas que salir con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus con cuñados, y del obispo que murió en el mar... Además, que si está allí don Diego...

FRAN. Bien, anda; y así que llegue...

RITA Al instante.

FRAN. Que no se te olvide toser.

RITA No hay miedo.

FRAN. ¡Si vieras qué consolada estoy!

RITA Sin que usted lo jure, lo creo.

FRAN. ¿Te acuerdas cuando me decía que era imposible apartarme de su memoria, que no habría peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

RITA Sí, bien me acuerdo.

FRAN. ¡Ah!... Pues mira como me dijo la verdad.
(Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene, Rita por la puerta del foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.—Teatro obscuro.

ESCENA PRIMERA

Doña FRANCISCA

FRAN. Nadie parece aún... (Acércase a la puerta del foro y vuelve.) ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que sólo pienso en jugar y reír, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II

Doña IRENE y doña FRANCISCA

IRENE Sola y a obscuras me habéis dejado allí.
FRAN. Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho más fresco.
IRENE Pero aquella muchacha ¿qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (Siéntase.) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venido?
FRAN. Me parece que no.

- IRENE Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razón...
- FRAN. Bien; si, señora, ya lo sé. No me riña usted más.
- IRENE No es esto reñirte, hija mía; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médico, botica... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquintida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas a hacer, muy pocas le consiguen. Bien que a las oraciones de tus tías, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no a tus méritos ni a mi diligencia... ¿Qué dices?
- FRAN. Yo, nada, mamá.
- IRENE Pues nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor!... En hablándote de esto, no te ocurre nada que decir.

ESCENA III

RITA sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa. Doña IRENE y doña FRANCISCA

- IRENE Vaya, mujer, yo pensé que en toda la noche no venías.
- RITA Señora, he tardado, porque han tenido que ir a comprar las velas. ¡Cómo el tubo del velón la hace a usted tanto daño!...
- IRENE Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches del alcánfor al cabo tuve que quitármelos;

¡si no me sirvieron de nada! Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí, y llévate la otra a mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA Muy bien. (Toma una luz, y hace que se va.)

FRAN. (A Rita.) (¿No ha venido?)

RITA Vendrá.

IRENE Oyes, aquella carta que está sobre la mesa, dásela al mozo de la posada para que la lleve al instante al correo... (Vase Rita al cuarto de doña Irene.) Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

FRAN. Como las monjas me hicieron merendar...

IRENE Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago...

(Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, según lo indica el diálogo.) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al mediodía, y haznos un par de tazas de sopas, y traéte las luego que estén.

RITA ¿Y nada más?

IRENE No, nada más... ¡Ah! y házmelas bien caldositas.

RITA Sí, ya lo sé.

IRENE ¡Rita!

RITA Otra. ¿Qué manda usted?

IRENE Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante... Pero no, señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede... Has de decir a Simón, que digo yo, que me haga el gusto de echarla en el correo, ¿lo entiendes?

RITA Sí, señora.

IRENE ¡Ah! mira.

RITA Otra.

IRENE Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí de modo que no

se caiga y se me lastime... (Vase Rita por la puerta del foro.) ¡Qué noche tan mala me dió... ¡Pues no estuvo el animal toda la noche de Dios rezando el Gloria Patri y la oración del Santo Sudario!... Ello por otra parte edificaba, cierto... pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV

Doña IRENE y doña FRANCISCA

IRENE Pues mucho será que don Diego no haya tenido algún encuentro por ahí, y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡tan atento! ¡tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sujeto de bienes y de posibles... ¡Y qué casa tiene! como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Qué ropa blanca! ¡qué batería de cocina! ¡y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes a lo que estoy diciendo.

FRAN. Sí, señora, bien lo oigo; pero no la quería interrumpir a usted.

IRENE Allí estarás, hija mía, como el pez en el agua: pajaritas del aire que apetecieras, las tendrías, porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra... ¡Pues no es cosa particular, señor!

FRAN. Mamá, no se enfade usted.

IRENE ¡No es buen empeño del!... ¿Y te parece a tí que no sé yo muy bien de dónde viene todo eso?... ¡No ves que conozco las locu-

ras que te han metido en esa cabeza de chorlito?... ¡Perdóneme Dios!

FRAN.

Pero... Pues ¿qué sabe usted?

IRENE

¿Me quieres engañar a mí, eh? ¡Ah, hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetración para que tú me engañes.

FRAN.

(¡Perdida soy!)

IRENE

Sin contar con su madre... como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que aunque no hubiera sido con esta ocasión, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir a pie y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire usted qué juicio de niña este! Que porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja también... Ni qué entiende ella de eso, ni qué... En todos los estados se sirve a Dios, Francisquita; pero el complacer a su madre, asistirle, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligación de una hija obediente... Y sépalo usted si no lo sabe.

FRAN.

Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla a usted.

IRENE

Sí... que no sé yo...

FRAN.

No, señora, créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

IRENE

Mira si es cierto lo que dices.

FRAN.

Sí, señora, que yo no sé mentir.

IRENE

Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde... cuidado con ello.

FRAN.

(¡Pobre de mí!)

ESCENA V

Don DIEGO sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y bastón; doña IRENE y doña FRANCISCA

IRENE Pues ¿cómo tan tarde?

DIEGO Apenas salí tropecé con el rector de Málaga y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos no me han querido soltar... (Siéntase junto a doña Irene.) Y a todo esto, ¿cómo va?

IRENE Muy bien.

DIEGO ¿Y doña Paquita?

IRENE Doña Paquita siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar sólo en dar gusto a su madre y obedecerla.

DIEGO ¡Qué diantre! ¿Con qué tanto se acuerda de?...

IRENE ¿Qué se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así tan...

DIEGO No, poco a poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo más enérgicas y decisivas que en la nuestra, y por cuanto la razón se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazón son mucho más violentos... (Asiendo de una mano a doña Francisca, la hace sentar inmediata a él.) Pero de veras, doña Paquita, ¿se volvería usted al convento de buena gana?... La verdad.

IRENE Pero si ella no...

DIEGO Déjala usted, señora, que ella responderá.

FRAN. Bien sabe usted lo que acabo de decirla... No permita Dios que yo la dé que sentir.

DIEGO Pero eso lo dice usted tan afligida y...

IRENE Si es natural, señor. ¿No ve usted qué?...

DIEGO Calle usted, por Dios, doña Irene, y no me diga usted a mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva a decir una palabra

que se oponga a lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mía, que estábamos lucidos.

FRAN.

No, señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

DIEGO

¡Mandar, hija mía! En estas materias tan delicadas los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; ¡pero mandan!... ¿Y quién ha de evitar después las resultas funestas de los que mandaron?... Pues ¿cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió a mandar la que no debiera?... ¿Cuántas veces una desdichada mujer halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre o su tío se empeñaron en regalar a Dios lo que Dios no quería? ¡Eh! no, señor, eso no va bien... Mire usted, doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente a nadie; pero tampoco he creído imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase a quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece a la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo no he ido a buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad... Decente; que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero ¿cuál sería entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante más apetecible que yo? ¡Y en Madrid! ¡figúrese usted en un Madrid!... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaría en usted todo cuanto yo deseaba.

IRENE Y puede usted creer, señor don Diego, que...

DIEGO Voy a acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted las sanias costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devoción y la virtud; pero si a pesar de todo esto la imaginación aca-lorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sujeto más digno, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazón y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo la pido a usted, Paquita, sinceridad. El cariño que a usted le tengo, no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que a nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algún otro cuidadillo en su corazón, créame usted, la menor disimulación en esto nos daría a todos muchísimo que sentir.

IRENE ¿Puedo hablar ya, señor?

DIEGO Ella, ella debe hablar, y sin apuntador, y sin intérprete.

IRENE Cuando yo se lo mande.

DIEGO Pues ya puede usted mandárselo, porque a ella la toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

IRENE Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¿En qué concepto nos tiene usted?... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos días ha, cuando le di parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto a ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo, y a cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envía memorias con el ordinario.

DIEGO Y bien, señora, ¿qué escribió el paárino?...

- O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?
- IRENE Sí, señor, que tiene que ver, sí, señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro a usted que ni un padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningún catedrático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empujillo infeliz en el ramo del viento que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia y escribe que da gusto... Casi toda la carta venía en latín, no le parezca a usted, y muy buenos consejos que me daba en ella. Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.
- DIEGO Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que a usted la deba disgustar.
- IRENE Pues ¿no quiere usted que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que?... ¡Ella otros amores ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera... ¡Válgame Dios!... La mataba a golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables, y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenías doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa mujer. Díselo para que se tranquilice, y...
- DIEGO Yo, señora, estoy más tranquilo que usted.
- IRENE Respóndele.
- FRAN. Yo no sé qué decir. Si ustedes se enfadan.
- DIEGO No, hija mía; esto es dar alguna expresión a lo que se dice; pero ¡enfadarnos!, no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.
- IRENE Sí, señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida a los favores que usted nos hace... Por eso mismo...
- DIEGO No se hable de agradecimiento; cuanto yo

puedo hacer, todo es poco... Quiero que doña Paquita esté contenta.

IRENE ¿Pues no ha de estarlo? Responde.

FRAN. Sí, señor, que lo estoy.

DIEGO Y que la mudanza de estado que se la previene no la cueste el menor sentimiento.

IRENE No, señor, todo al contrario... Boda más a gusto de todos no se pudiera imaginar.

DIEGO En esa inteligencia puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse después. En nuestra compañía vivirá querida y adorada, y espero que a fuerza de beneficios he de merecer su estimación y su amistad. Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!...

DIEGO Pero de prendas tan estimables que la hacen a usted digna todavía de mayor fortuna.

IRENE Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

FRAN. ¡Mamá! (Levántase doña Francisca, abraza a su madre y se acarician mutuamente.)

IRENE ¿Ves lo que te quiero?

FRAN. Sí, señora.

IRENE ¿Y cuánto procuro tu bien, que no tengo otro pfo sino el de verte colocada antes que yo falte?

FRAN. Bien lo conozco.

IRENE ¡Hija de mi vida!... ¿Has de ser buena?

FRAN. Sí, señora.

IRENE ¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

FRAN. Pues qué, ¿no la quiero yo a usted?

DIEGO Vamos, vamos de aquí. (Levántase don Diego y después doña Irene.) No venga ninguno y nos halle a los tres llorando como tres chiquillos.

IRENE Sí, dice usted bien. (Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detrás, y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.)

ESCENA VI

RITA y doña FRANCISCA

RITA Señorita... ¡Eh! chit... señorita...
FRAN. ¿Qué quieres?
RITA Ya ha venido.
FRAN. ¿Cómo?
RITA Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado
un abrazo con licencia de usted, y ya sube
por la escalera.
FRAN. ¡Ay Dios!... ¿Y qué debo hacer?
RITA ¡Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa
es no gastar el tiempo en melindres de
amor... Al asunto... y juicio. Y mire usted
que en el paraje en que estamos, la con-
versación no puede ser muy larga... Ahí
está.
FRAN. Sí... El es.
RITA Voy a cuidar de aquella gente... Valor, se-
ñorita, y resolución. (Rita se va al cuarto de
doña Irene.)
FRAN. No, no, que yo también... Pero no lo me-
recee.

ESCENA VII

Don CARLOS sale por la puerta del foro; doña FRANCISCA

CARLOS ¡Paquita!... ¡Vida mía! Ya estoy aquí...
¿Cómo va, hermosa, cómo va?
FRAN. Bien venido.
CARLOS ¿Cómo tan triste?... ¿No merece mi llegada
más alegría?
FRAN. Es verdad; pero acaban de sucederme co-
sas que me tienen fuera de mí... Sabe us-
ted... Sí, bien lo sabe usted... Después de
escrita aquella carta, fueron por mí... Ma-
ñana a Madrid... Ahí está mi madre.
CARLOS ¿En dónde?

FRAN. Ahí, en su cuarto. (Señalando al cuanlo de doña Irene.)

CARLOS ¿Sóla?

FRAN No, señor.

CARLOS Estará en compañía del prometido esposo. (Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene y vuelve.)

FRAN. Mejor... ¿Pero no hay nadie más con ella? Nadie más; solos están... ¿Qué piensa usted hacer?

CARLOS Si me dejara llevar de mi pasión y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... El también será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien a una mujer tan digna de ser querida... Yo no conozco a su madre de usted ni... Vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atención.

FRAN. Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

CARLOS No importa.

FRAN. Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos a Madrid.

CARLOS ¿Cuál? No. Eso no.

FRAN. Los dos están de acuerdo, y dicen...

CARLOS Bien... Dirán... Pero no puede ser...

FRAN. Mi madre no me habla continuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor... El insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

CARLOS ¿Y usted qué esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

FRAN. ¡Ingrato!... ¿Pues no sabe usted que?... ¡Ingrato!...

CARLOS Sí, no lo ignoro, Paquita. Yo he sido el primer amor...

FRAN. Y el último.

CARLOS Y antes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazón... Todo él es mío... ¿Digo bien? (Asiéndola de las manos.)

FRAN. ¿Pues de quién ha de ser?

CARLOS ¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me anima...

Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligación mil y mil veces prometida? Pues a eso mismo vengo yo... Si ustedes se van a Madrid mañana, yo voy también. Su madre de usted sabrá quién soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, a quien más que tío debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo más inmediato ni más querido que yo; es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algún atractivo, esta circunstancia añadiría felicidades a nuestra unión.

FRAN. ¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

CARLOS Ya lo sé. La ambición no puede agitar a un alma tan inocente.

FRAN. Querer y ser querida... No apetezco más, ni conozco mayor fortuna.

CARLOS Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra allicción presente en durables dichas.

FRAN. ¿Y qué se ha de hacer para que a mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... ¡Me quiere tantol... Sí, acabo de decirle que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamás; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté a decirle... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

CARLOS Yo le buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

FRAN. ¿Pues no he de tenerle? ¿Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué había yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener a quien volver

los ojos, ni poder comunicar a nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere. (Se enternece y llora.)

CARLOS ¡Qué llanto! ¿Cómo persuade?... Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla a usted de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido, ¿quién puede oponérsele? nada hay que temer.

FRAN. ¿Es posible?

CARLOS Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y sólo la muerte bastará a dividirlos.

ESCENA VIII

RITA, don CARLOS y doña FRANCISCA

RITA Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy a traer la cena, y se van a recoger al instante... Y usted, señor galán, ya puede también disponer de su persona.

CARLOS Si, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

FRAN. Ni yo.

CARLOS Hasta mañana. Con la luz del día veremos a este dichoso competidor.

RITA Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente: con su chupa larga, su camisola limpia y sus sesenta años debajo del peluquín. (Se va por la puerta del foro.)

FRAN. Hasta mañana.

CARLOS Adios, Paquita.

FRAN. Acuéstese usted y descanse.

CARLOS ¿Descansar con celos?

FRAN. ¿De quién?

CARLOS Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

FRAN. ¿Dormir con amor?
CARLOS Adios, vida mía.
FRAN. Adiós. (Entrase al cuarto de doña Irene.)

—
ESCENA IX

Don CARLOS, paseándose con inquietud, CALAMUCHA y RITA

CARLOS ¡Quitármela! No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio repugnándolo su hija... mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!... Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

CALAM. (Saliendo por la puerta del foro.) Pues, señor, tenemos un medio cabrito asado, y... a lo menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia extraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay más que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Conque si hemos de cenar y dormir, me parece que sería bueno...

CARLOS Vamos... ¿Y adónde ha de ser?

CALAM. Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y tementida mesa, que parece un banco de herrador.

RITA (Saliendo por la puerta del foro con platos, tazas, cucharas y servilletas.) ¿Quién quiere sopas?

CARLOS Buen provecho.

CALAM. Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA. La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar. (Entrase en el cuarto de doña Irene.)

CALAM. Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

CARLOS ¿Conque vamos?

- CALAM. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (Calamocha se encamina a la puerta del foro, y vuelve; se acerca a don Carlos, y hablan con reserva hasta el fin de la escena en que Calamocha se adelanta a saludar a Simón.) ¡Eh! chit, digo...
- CARLOS ¿Qué?
- CALAM. ¿No ve usted lo que viene por ahí?
- CARLOS ¿Es Simón?
- CALAM. El mismo... Pero, ¿quién diablo le?...
- CARLOS ¿Y qué haremos?
- CALAM. ¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir y... ¿Me da usted licencia para que?...
- CARLOS Sí, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre.

ESCENA X

SIMÓN sale por la puerta del foro; CALAMOCHA y don CARLOS

- CALAM. Simón, ¿tú por aquí?
- SIMÓN Adiós, Calamocha. ¿Cómo va?
- CALAM. Lindamente.
- SIMÓN Cuánto me alegro de...
- CARLOS ¡Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues qué novedad es esta?
- SIMÓN ¡Oh, que estaba usted ahí, señorito! ¡Voto a sanes.
- CARLOS ¿Y mi tío?
- SIMÓN Tan bueno.
- CALAM. ¿Pero se ha quedado en Madrid, o?...
- SIMÓN ¿Quién me había de decir a mí?... ¡Cosa como ella! Tan ajeno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez más guapo... ¿Conque usted irá a ver al tío, eh?
- CALAM. ¿Tú habrás venido con algún encargo del amo?
- SIMÓN ¡Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! ¡Ya, ya!
- CALAM. ¿Alguna cobranza tal vez, eh?
- CARLOS Puede ser. Como tiene mi tío ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido a eso?

- SIMÓN ¡Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego más marrullero y más bellaco no le hay en toda la campiña... ¿Conque usted viene ahora de Zaragoza?
- CARLOS Pues... Figúrate tú.
- SIMÓN ¿O va usted allá?
- CARLOS ¿A dónde?
- SIMÓN A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?
- CALAM. Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado más de cuatro leguas?
- SIMÓN ¿Qué sé yo? Algunos van por la posta y tardan más de cuatro meses en llegar... Debe ser un camino muy malo.
- CALAM. (Separándose de Simón). (Maldito seas tú y tu camino, y la bribona que te dió papilla.)
- CARLOS Pero aun no me has dicho si mi tío está en Madrid o en Alcalá, ni a qué has venido, ni...
- SIMÓN Bien, a eso voy... Sí, señor, voy a decir a usted... Conque... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI

Don DIEGO, don CARLOS, SIMON y CALAMUCHIA

- DIEGO (Desde adentro.) No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita. (Don Carlos se turba y se aparta a un extremo del teatro.)
- CARLOS ¡Mi tío!... (Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo; repara en don Carlos, y se acerca a él. Simón le alumbrá, y vuelve a dejar la luz sobre la mesa.)
- DIEGO Simón.
- SIMÓN Aquí estoy, señor.
- CARLOS ¡Todo se ha perdido!
- DIEGO Vamos... Pero... ¿Quién es?
- SIMÓN Un amigo de usted, señor.
- CARLOS Yo estoy muerto.
- DIEGO ¿Cómo un amigo?... ¿Qué?... Acerca esta luz.

- CARLOS Tío. (En ademán de besarle la mano a don Diego, que le aparta de sí con enojo).
- DIEGO Quitate de ahí.
- CARLOS Señor.
- DIEGO Quitate... No sé como no le... ¿Qué haces aquí?
- CARLOS Si usted se altera, y...
- DIEGO ¿Qué haces aquí?
- CARLOS Mi desgracia me ha traído.
- DIEGO ¡Siempre dándome qué sentir, siempre! Pero... (Acercándose a don Carlos.) ¿Qué dices? ¿De veras ha ocurrido alguna desgracia? Vamos, ¿qué te sucede?... ¿Por qué estás aquí?
- CALAM. Porque le tiene á usted ley, y le quiere bien, y...
- DIEGO A ti no te pregunto nada... ¿Por qué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Por qué te asusta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida a tu pobre tío.
- CARLOS No, señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.
- DIEGO ¿Pues a qué viniste? ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algún disgusto con tus jefes? Sácame de esta inquietud, Carlos... Hijo mío, sácame de este afán.
- CALAM. Si todo ello no es más que...
- DIEGO Ya he dicho que calles... Ven acá. (Asiendo de una mano a don Carlos, se aparta con él a un extremo del teatro, y le habla en voz baja.) Dime qué ha sido.
- CARLOS Una ligereza, una falta de sumisión a usted. Venir a Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le ha dado al verme.
- DIEGO ¿Y qué otra cosa hay?
- CARLOS Nada más, señor.
- DIEGO ¿Pues qué desgracia era aquella de que me hablaste?
- CARLOS Ninguna. La de hallarle a usted en este pa-

raje... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y verme contento de haberle visto.

DIEGO ¿No hay más?

CARLOS No, señor.

DIEGO Miralo bien.

CARLOS No, señor... A eso venía. No hay nada más.

DIEGO Pero no me digas tú a mí... Si es imposible que estas escapadas se... No, señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, adiós, disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

CARLOS Considere usted, tío, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso a la guarnición... Y en fin, puede usted creer que este viaje supone la aprobación y la licencia de mis superiores; que yo también miro por mi estimación, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

DIEGO Un oficial siempre hace falta a sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinación, de valor, de virtud.

CARLOS Bien está, pero ya he dicho los motivos...

DIEGO Todos esos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tío!... Lo que quiere su tío de usted no es verle cada ocho días, sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (Alza la voz y se pasea inquieto.) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

CARLOS Señor, sí...

- DIEGO No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.
- CALAM. Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.
- DIEGO Pues con ellos (A Calamocha.) y con las maletas al mesón de afuera. (A don Carlos.) Usted no ha de dormir aquí... Vamos (A Calamocha.) tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tú... (A Simón.) ¿Qué dinero tienes ahí?
- SIMÓN Tendré unas cuatro o seis onzas. (Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las da a don Diego.)
- DIEGO Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces?... (A Calamocha.) ¿No he dicho que ha de ser al instante? Volando. Y tú (A Simón.) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido. (Los dos criados entran en el cuarto de don Carlos.)

ESCENA XII

Don DIEGO y don CARLOS

- DIEGO Tome usted... (Le da el dinero.) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú según corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.
- CARLOS Ya lo sé.
- DIEGO Pues bien: obedece lo que te mando.
- CARLOS Lo haré sin falta.
- DIEGO Al mesón de afuera. (A los dos criados que salen con los trastos del cuarto de don Carlos, y se van por la puerta del foro.) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan...

Y no me vuelvas aquí por ningún pretexto, ni entres en la ciudad... cuidado. Y a eso de las tres o las cuatro marchar. Mira que he de saber a la hora que sales. ¿Lo entiendes?

CARLOS Sí, señor.

DIEGO Mira, que lo has de hacer.

CARLOS Sí, señor, haré lo que usted manda.

DIEGO Muy bien... Adios... Todo te lo perdono... Vete con Dios.. Y yo sabré también cuando llegas a Zaragoza; no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

CARLOS ¿Pero qué hice yo?

DIEGO Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué más quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

CARLOS Quede usted con Dios. (Hace que se va, y vuelve.)

DIEGO ¿Sin besar la mano a su tío, eh?

CARLOS No me atreví. (Besa la mano a don Diego, y se abrazan.)

DIEGO Y dame un abrazo, por si no nos volvemos a ver.

CARLOS ¿Qué dice usted? No lo permita Dios.

DIEGO ¿Quién sabe, hijo mío? ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

CARLOS No, señor, ahora no.

DIEGO Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tío... Pues bien, yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de orden mía. Y mira cómo los gastas... ¿Juegas?

CARLOS No, señor, en mi vida.

DIEGO Cuidado (con eso... Conque, buen viaje. Y no te acalores: jornadas regulares y nada más... ¿Vas contento?

CARLOS No, señor. Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

DIEGO No se hable ya de lo pasado... Adiós...

CARLOS ¿Queda usted enojado conmigo?

DIEGO No, no por cierto... Me disgusté bastante,

pero ya se acabó... No me des que sentir.
(Poniéndole ambas manos sobre los hombros.) Pórtase como hombre de bien.

CARLOS No lo dude usted.

DIEGO Como oficial de honor.

CARLOS Así lo prometo.

DIEGO Adiós, Carlos. (Abrazándose.)

CARLOS (Al irse por la puerta del foro.) ¡Y la dejo!... ¡Y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII

Don DIEGO

DIEGO Demasiado bien se ha compuesto... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírsele, que... Después de hecho, no importa nada... ¡Pero siempre aquel respeto al tío!... Como una malva es.
(Se enjuga las lágrimas, toma una luz y se va a su cuarto. El teatro queda solo y oscuro por un breve espacio.)

ESCENA XIV

Doña FRANCISCA y RITA

Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará una luz y la pone encima de la mesa

RITA Mucho silencio hay por aquí.

FRAN. Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

RITA Precisamente.

FRAN. ¡Un camino tan largo!

RITA ¡A lo que obliga el amor, señorita!

FRAN. Sí, bien puedes decirlo: amor... Y yo ¿qué no hiciera por él?

RITA Y deje usted, que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos a Madrid, entonces será ella... El pobre don Diego, ¡qué chasco se va a llevar! Y por otra parte, vea usted qué señor tan bueno, que cierto da lástima.

- FRAN. Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretensión, ni yo tendría que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido y ya no temo a nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la más dichosa de las mujeres.
- RITA ¡Ayl ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo también la cabeza... Voy por él. (Encaminandose al cuarto de doña Irene.)
- FRAN. ¿A qué vas?
- RITA El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.
- FRAN. Sí, tráele, no empiece a rezar como anoche... Allí quedó junto a la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.
- RITA. Sí, mire usted el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos a nuestra calle del Lobo, número siete, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito portón, que rechina que...
- FRAN. Te puedes llevar la luz.
- RITA No es menester, que ya sé dónde está. (Vase al cuarto de doña Irene.)

ESCENA XV

SIMON sale por la puerta del foro; doña FRANCISCA

- FRAN. Yo pensé que estaban ustedes acostados.
- SIMÓN El amo ya habrá hecho esta diligencia, pero yo todavía no sé en dónde he de tender el rancho... Y buen sueño tengo.
- FRAN. ¿Qué gente nueva ha llegado ahora?
- SIMÓN Nadie. Son unos que estaban ahí y se han ido.
- FRAN. ¿Los arrieros?
- SIMÓN No, señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van a Zaragoza.

FRAN. ¿Quiénes dice usted que son?
SIMÓN Un teniente coronel y su asistente.
FRAN. ¿Y estaban aquí?
SIMÓN Sí, señora, ahí en ese cuarto.
FRAN. No los he visto.
SIMÓN Parece que llegaron esta tarde, y... A la cuenta, habrán despachado ya la comisión que traían... Conque se han ido... Buenas noches, señorita. (Vase al cuarto de don Diego.)

ESCENA XVI

RITA y doña FRANCISCA

FRAN. ¡Dios mío de mi alma! ¿Qué es esto?... No puedo sostenerme... ¡Desdichada! (Siéntase en una silla inmediata a la mesa.)
RITA Señorita, yo vengo muerta. (Saca la jaula del tordo y la deja encima la mesa; abre la puerta del cuarto de don Carlos y vuelve.)
FRAN. ¡Ay, que es cierto!... ¿Tú lo sabes también?
RITA Deje usted, que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿cómo podía engañarme? Si yo misma los he visto salir.
FRAN. ¿Y eran ellos?
RITA Sí, señora. Los dos.
FRAN. Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?
RITA Si no los he perdido de vista hasta que salieron por la puerta de Mártires... Como está un paso de aquí...
FRAN. ¿Y ese es el camino de Aragón?
RITA Ese es.
FRAN. ¡Indigno!... ¡Hombre indigno!
RITA ¡Señorita!
FRAN. ¿En qué te ha ofendido esta infeliz?
RITA Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprensible... Si no alcanzo a discurrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

- FRAN. ¿Pues no le quise más que a mi vida?...
¿No me ha visto loca de amor?
- RITA No sé qué decir al considerar una acción tan infame.
- FRAN. ¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme así! (Levántase y Rita la sostiene.)
- RITA Pensar que su venida fué con otro designio no me parece natural... Celos... ¿Por qué ha de tener celos? Y aun eso mismo debiera enamorarle más... El no es cobardo, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.
- FRAN. Te cansas en vano... Di que es un pérfido, di que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.
- RITA Vamos de aquí, que puede venir alguien, y...
- FRAN. Sí, vámonos... Vamos a llorar... ¡Y en qué situación me deja... Pero ¿ves qué malvado?
- RITA Sí, señora, ya lo conozco.
- FRAN. ¡Qué bien supo fingir!... ¿Y con quién? Conmigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardón?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es? (Rita coge la luz y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.)

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO



ACTO TERCERO

La misma decoración de los dos anteriores.

ESCENA PRIMERA

Teatro obscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del tordo. Simón duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.

Don DIEGO y SIMÓN

DIEGO Aquí a lo menos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no sé... ¡Cómo ronca estel... Guardémosle el sueño hasta que venga el día, que ya poco puede tardar. (Simón despierta, y al oír a don Diego se incorpora y se levanta.) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMÓN Qué, ¿estaba usted ahí, señor?

DIEGO Sí, aquí me he salido, porque allí no se puede parar.

SIMÓN Pues yo, a Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

DIEGO Mala comparación. Di que has dormido como un pobre hombre que no tiene dinero ni ambición, ni pesadumbres ni remordimientos.

SIMÓN En efecto, dice usted bien... ¿Y qué hora será ya?

- DIEGO Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dio las tres.
- SIMÓN ¡Oh! Pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.
- DIEGO Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.
- SIMÓN ¡Pero si usted viera qué apesadumbrado le dejé, qué triste!
- DIEGO Ha sido preciso.
- SIMÓN Ya lo conozco.
- DIEGO ¿No ves que venida tan intempestiva?
- SIMÓN Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vámos, hizo muy mal... Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, ¿eh?
- DIEGO ¡No, qué! No, señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en qué circunstancias nos cogía... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ansia en el corazón.. (Suenan a lo lejos tres palmadas, y poco después se oye que puntan un instrumento.) ¿Qué ha sonado?
- SIMÓN No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.
- DIEGO Calla.
- SIMÓN Vaya, música tenemos, según parece.
- DIEGO Sí, como lo hagan bien.
- SIMÓN ¿Y quién será el amante infeliz que se viene a puntear a estas horas en este callejón tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.
- DIEGO Puede ser.
- SIMÓN Ya empiezan, oigamos... (Tocan una sonata desde adentro.) Pues dígoles a usted que toca muy lindamente el pícaro del barberillo.
- DIEGO No; no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que ateite.

- SIMÓN. ¿Quiere usted que nos asomemos un poco, a ver?...
- DIEGO. No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quién sabe la importancia que darán ellos a la tal musical... No gusto yo de incomodar a nadie. (Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con ella. Las dos se encaminan a la ventana. Don Diego y Simón se retiran a un lado, y observan.)
- SIMÓN. ¡Señor!... ¡Eh!... Presto aquí a un ladito.
- DIEGO. ¿Qué quieres?
- SIMÓN. Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele a faldas que trasciende.
- DIEGO. ¿Sí?... Retirémonos.

ESCENA II

Doña FRANCISCA, RITA, don DIEGO y SIMÓN

- RITA. Con tiento, señorita.
- FRAN. Siguiendo la pared ¿no voy bien? (Vuelven a probar el instrumento.)
- RITA. Sí, señora... Pero vuelven a tocar... Silencio.
- FRAN. No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.
- RITA. ¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir...
- FRAN. Calla... (Repiten desde dentro la sonata anterior.) Sí, él es... ¡Dios mío!... (Acércase Rita a la ventana, abre la vidriera, y da tres palmadas. Cesa la música.) Ve, responde... Albricias, corazón. El es.
- SIMÓN. ¿Ha oído usted?
- DIEGO. Sí.
- SIMÓN. ¿Qué querrá decir esto?
- DIEGO. Calla.
- FRAN. (Se asoma a la ventana, Rita se queda detrás de ella.) Los puntos suspensivos indican las interrupciones más o menos largas que deben hacerse) Yo soy... ¡Y qué había de pensar viendo lo que usted acaba de hacer?... ¿Qué fuga es esta...

Rita, (Apartándose de la ventana y vuélvese después.) amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyes algún rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí... Bien está, tírela usted... Pero yo no acabo de entender... ¡Ah! don Félix, nunca le he visto a usted tan tímido... (Tirando desde dentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademán de buscarla, y no hallándola vuelve a asomarse.) No, no la he cogido, pero aquí está sin duda... ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el día los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?... Si, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda... ¿Y cómo le parece a usted que estará el mío?... No me cabe en el pecho... Diga usted. (Simón se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.)

RITA Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

FRAN. ¡Infeliz de mí!... Guíame.

RITA Vamos... (Al retirarse tropieza Rita con Simón. Las dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca.) ¡Ay!

FRAN. ¡Muerta voy!

ESCENA III

Don DIEGO y SIMÓN

DIEGO ¿Qué grito fué ese?

SIMÓN Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

DIEGO Acércate a esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

SIMÓN No encuentro nada, señor. (Tentando por el suelo cerca de la ventana.)

DIEGO Búscala bien, que por ahí ha de estar.

SIMÓN ¿Le tiraron desde la calle?

DIEGO Sí... ¿Qué amante es este?... ¡Y diez y seis

años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusión.

SIMÓN
DIEGO Aquí está. (Halla la carta y se la da a don Diego.)
Vete abajo, y enciende una luz... En la
caballeriza o en la cocina... Por allí habrá
algún farol... Y vuelve con ella al instante.
(Vase Simón por la puerta del foro.)

ESCENA IV

Don DIEGO

DIEGO ¿Y a quién debo culpar? (Apoyándose en el respaldo de una silla.) ¿Es ella la delincuente, o su madre, o sus tías, o yo?... Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por más que lo procuro, no la sé reprimir?... ¡La naturaleza la hizo tan amable a mis ojos!... ¡Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡qué felicidades me prometía!... ¡Celos!... ¿Yo? ¿En qué edad tengo celos?... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignación, estos deseos de venganza, ¿de qué provienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que... (Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira a un extremo del teatro.) Sí.

ESCENA V

RITA, don DIEGO y SIMÓN

RITA Ya se han ido... (Rita observa, escucha, asómase después a la ventana, y busca la carta por el suelo.) ¡Válgame Dios!... El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picarón... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubié-

- ramos conocido! ¿Y este maldito papel?... Pues buena la hiciéramos si no pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.
- SIMÓN Ya tenemos luz. (Sale con luz, Rita se sorprende.)
- RITA ¡Perdida soy!
- DIEGO (Acercándose). ¡Rita! ¿Pues tú aquí?
- RITA Sí, señor, porque...
- DIEGO ¿Qué buscas a estas horas?
- RITA Buscaba... Yo le diré a usted... Porque oímos un ruido tan grande...
- SIMÓN ¿Sí, eh?
- RITA Cierto... Un ruido y... Y mire usted, (Alza la jaula que está en el suelo.) era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya... Algún gato habrá sido... Preciso.
- SIMÓN Sí, algún gato.
- RITA ¡Pobre animal! Y que asustadillo se conoce que está todavía.
- SIMÓN Y con mucha razón... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato?...
- RITA Se le hubiera comido. (Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.)
- SIMÓN Y sin pebre... Ni plumas hubiera dejado.
- DIEGO Tráeme esa luz.
- RITA ¡Ah! Daje usted, encenderemos esta. (Enciende la vela que está sobre la mesa.) Que ya lo que no se ha dormido...
- DIEGO ¿Y doña Paquita duerme?
- RITA Sí, señor.
- SIMÓN Pues mucho es que con el ruido del tordo...
- DIEGO VAMOS. (Don Diego se entra en su cuarto. Simón va con él llevándose una de las luces.)

ESCENA VI

Doña FRANCISCA y RITA

- FRAN. ¿Ha parecido el papel?
RITA No, señora.
FRAN. ¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?
RITA Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó un luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles. (Rita coge una luz, y vuelve a buscar la carta cerca de la ventana.)
FRAN. Ellos serán sin duda... Aquí estarían cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?
RITA Yo no lo encuentro señorita.
FRAN. Le tendrán ellos, no te canses... Si es lo único que faltaba a mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.
RITA A lo menos por aquí....
FRAN. ¡Yo estoy loca! (Siéntase.)
RITA Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...
FRAN. Cuando iba a hacerlo me avisaste, y fué preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con qué temor me habló, qué agitación mostraba? Me dijo que en aquella carta vería yo los motivos justos que le precisaban a volverse; que la había escrito para dejársela a persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme sería imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre alevé que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diría: pues yo ¿para qué he de molestar a nadie, ni hacerme ahora defensor de una mujer?... ¡Hay tantas mujeres!... Cásenla... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mío, perdón... perdón de haberle querido tanto!

RITA ¡Ay, señorita! (Mirando hacia el cuarto de don Diego.) que parece que salen ya.
FRAN. No importa, déjame.
RITA Pero si don Diego la ve a usted de esa manera...
FRAN. Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer? .. ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme? Que vengan, nada importa.

ESCENA VII

Don DIEGO, SIMON, doña FRANCISCA y RITA

SIMÓN Voy enterado, no es menester más.
DIEGO Mira, y haz que ensillen inmediatamente al Moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas a caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas... ¿Las dos aquí, eh?... Conque vete, no se pierda tiempo. (Después de hablar los dos, inmediatos a la puerta del cuarto de don Diego, se va Simón por la del foro.)
SIMÓN Voy allá.
DIEGO Mucho se madruga, doña Paquita.
FRAN. Sí, señor.
DIEGO ¿Ha llamado ya doña Irene?
FRAN. No, señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir (Rita se va al cuarto de doña Irene.)

ESCENA VIII

Don DIEGO y doña FRANCISCA

DIEGO ¿Usted no habrá dormido bien esta noche?
FRAN. No, señor. ¿Y usted?
DIEGO Tampoco.
FRAN. Ha hecho demasiado calor.
DIEGO ¿Está usted desazonada?

- FRAN. Alguna cosa.
- DIEGO ¿Qué siente usted? (Siéntase junto a doña Francisca.)
- FRAN. No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo nada.
- DIEGO Algo será; porque la veo a usted muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?
- FRAN. Sí, señor.
- DIEGO ¿Pues por qué no hace usted más confianza de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?
- FRAN. Ya lo sé.
- DIEGO ¿Pues cómo sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazón?
- FRAN. Porque eso mismo me obliga a callar.
- DIEGO Eso quiere decir que tal vez yo soy la causa de su pesadumbre de usted.
- FRAN. No, señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar...
- DIEGO Pues ¿de quién, hija mía?... Venga usted acá... (Acércase más.) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulación. Dígame usted: ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejaran a usted entera libertad para la elección no se casaría conmigo?
- FRAN. Ni con otro.
- DIEGO ¿Será posible que usted no conozca otro más amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?
- FRAN. No, señor; no, señor.
- DIEGO Mírelo usted bien.
- FRAN. ¿No le digo a usted que no?
- DIEGO Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinación al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento a una vida más...

FRAN. Tampoco; no, señor... Nunca he pensado así.

DIEGO No tengo empeño en saber más... Pero de todo lo que acabo de oír resulta una gravísima contradicción. Usted no se halla inclinada al estado religioso, según parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... ¿pues qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted, en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme exclusivamente a mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos días? ¿Se anuncian así la alegría y el amor? (Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene luz del día.)

FRAN. ¿Y qué motivos le he dado a usted para tales desconfianzas?

DIEGO ¿Pues qué? si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra unión, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

FRAN. Haré lo que mi madre me manda y me casaré con usted.

DIEGO ¿Y después, Paquita?

FRAN. Después... y mientras me dure la vida seré mujer de bien.

DIEGO Eso no lo puedo yo dudar. Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted: estos títulos ¿no me dan algún derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

FRAN. ¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

DIEGO ¿Por qué?

FRAN. Nunca diré por qué.

DIEGO Pero ¡qué obstinado, qué imprudente silencio!... cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

FRAN. Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

DIEGO Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos a Madrid, y dentro de ocho días será usted mi mujer.

FRAN. Y daré gusto á mi madre.

DIEGO Y vivirá usted infeliz.

FRAN. Ya lo sé.

DIEGO He aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien a una niña: enseñarla a que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una páfida disimulación. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, o en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que más desean, con tal que se presten a pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

FRAN. Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi aflicción es mucho más grande.

DIEGO Sea cual fuere, hija mía, es menester que usted se anime... Si la ve a usted su madre

- de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.
- FRAN. ¡Dios mío!
- DIEGO Sí, Paquita; conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginación las pinta... ¡Mire usted qué desorden este! ¡qué agitación! ¡qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así... con cierta serenidad y... eh?.
- FRAN. Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿a quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasión de esta desdichada?
- DIEGO Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase, criatura, en la situación dolorosa en que la veo? (Asiéndola de las manos.)
- FRAN. ¿De veras?
- DIEGO Mal conoce usted mi corazón.
- FRAN. Bien le conozco. (Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.)
- DIEGO ¿Qué hace usted, niña?
- FRAN. Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!
- DIEGO Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que la tengo... Lo demás todo ha sido... ¿qué sé yo... una equivocación mía y no otra cosa... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa.
- FRAN. Vamos... ¿No viene usted?
- DIEGO Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.
- FRAN. Vaya usted presto. (Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos.)
- DIEGO Sí, presto iré.

ESCENA IX

SIMÓN y don DIEGO

- SIMÓN Ahí están, señor.
- DIEGO ¿Qué dices?
- SIMÓN Cuando yo salía de la puerta, los vi a lo lejos, que iban ya de camino. Empecé a dar voces y hacer señas con el pañuelo; se detuvieron; y apenas llegué y le dije al señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera, hasta que le avisara yo, por si acaso había gente aquí, y usted no quería que le viesen.
- DIEGO ¿Y qué dijo cuando le diste el recado?
- SIMÓN Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... A mí me ha dado compasión el verle así tan...
- DIEGO No me empieces ya a interceder por él.
- SIMÓN ¿Yo, señor.
- DIEGO Sí, que no te entiendo yo... ¡Compasión!... Es un pícaro.
- SIMÓN Como yo no sé lo que ha hecho.
- DIEGO Es un bribón que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.
- SIMÓN Bien está, señor. (Vase por la puerta del foro.
- Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.)
- DIEGO Dile que suba.

ESCENA X

Don CARLOS y don DIEGO

- DIEGO Venga usted acá, señorito, venga usted... ¿En dónde has estado desde que no nos vemos?
- CARLOS En el mesón de afuera.
- DIEGO ¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?
- CARLOS Sí, señor, entré en la ciudad y...

- DIEGO ¿A qué? Siéntese usted.
- CARLOS Tenía precisión de hablar con un sujeto...
(Siéntase.)
- DIEGO ¡Precisión!
- CARLOS Sí, señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme a Zaragoza sin estar primero con él.
- DIEGO Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle a ver a las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Por qué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasión, no había necesidad de hacerle trasnochar, ni ni molestar a nadie. (Dándole el papel que tiraron a la ventana. Don Carlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademán de irse.)
- CARLOS Pues si todo lo sabe usted, ¿para qué me llama? ¿Por qué no me permite seguir mi camino, y se evitaría una contestación, de la cual ni usted ni yo quedaremos contentos?
- DIEGO Quiere saber su tío de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.
- CARLOS ¿Para qué saber más?
- DIEGO Porque yo lo quiero y lo mando. ¡Oiga!
- CARLOS Bien está.
- DIEGO Siéntate ahí... (Siéntase don Carlos.) ¿En dónde has conocido esta niña? ¿Qué amor es este? ¿Qué circunstancias han ocurrido? ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?
- CARLOS Volviéndome a Zaragoza el año pasado, llegué a Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que había de quedarme allí todo aquel día, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaría proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé a doña Paquita, a quien la señora había sacado aquel día del convento para que se

esparciese un poco... Yo no sé qué vi en ella que excitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible de mirarla, de oirla, de hallarme a su lado, hablar con ella, de hacerme agradable a sus ojos... El intendente dijo entre otras cosas... burlándose... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo. Yo sostuve esta ficción, porque desde luego concebí la idea de permanecer algún tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase a noticia de usted. Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido a todos los concurrentes de aquel día, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofenderle a usted refiriéndole...

DIEGO
CARLOS

Prosigue.

Supé que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban a quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos y desaprobarnos, halló disculpas las más ingeniosas para que ninguno de su familia extrañara mi detención. Como su casa de campo está inmediata a la ciudad, fácilmente iba y venía de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mías, y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasión que mientras viva me hará infeliz. Vaya... Vamos, sigue adelante.

DIEGO
CARLOS

Mi asistente (que, como usted sabe, es hombre de travesura y conoce el mundo) con mil artificios que a cada paso le ocurrían facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, a las cuales respondían con otras tres desde una ventanilla que daba al co-

rral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy a deshora, con el recato y las precauciones que ya se deja entender... Siempre fui para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis jefes y hombre de honor. Nunca la dije más, ni la hablé de mis parientes ni de mis esperanzas, ni la di a entender que casándose conmigo podría aspirar a mejor fortuna, porque ni me convenía nombrarle a usted, ni quise exponerla a que las miras de interés, y no el amor, la inclinasen a favorecerme. De cada vez la hallé más fina, más hermosa, más digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida a un desmayo mortal y me fui ciego de amor donde mi obligación me llamaba... Sus cartas consolaron por algún tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos días ha me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perdería la vida que dar su mano a otro que a mí; me acordaba mis juramentos, me exhortaba a cumplirlos... Monté a caballo, corrí precipitado el camino, llegué a Guadalajara, no la encontré, vine aquí... Lo demás bien lo sabe usted, no hay para qué decirselo.

DIEGO ¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

CARLOS Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar a Madrid, verle a usted, echarme a sus pies, referirle todo lo ocurrido y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... sólo su consentimiento y su bendición para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

DIEGO Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

CARLOS Sí, señor.

- DIEGO Si tú la quieres, yo la quiero también. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que a ti te hizo... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta a obedecer a su madre y darme la mano así que...
- CARLOS Pero no el corazón. (Levántase.)
- DIEGO ¿Qué dices?
- CARLOS No, eso no... Sería ofenderla... Usted celebrará sus bodas cuando guste; ella se portará siempre como conviene a su honestidad y a su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido, pero si alguna o muchas veces la sorprende y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano podrá reprimir, serán finezas dirigidas a un amigo ausente.
- DIEGO ¿Qué temeridad es esta? (Se levanta con mucho enojo, encaminándose hacia don Carlos, el cual se va retirando.)
- CARLOS Ya se lo dije a usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... pero acabemos esta odiosa conversación. Viva usted feliz y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo le puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no me niegue a lo menos el consuelo de saber que usted me perdona.
- DIEGO ¿Conque en efecto te vas?
- CARLOS Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.
- DIEGO ¿Por qué?
- CARLOS Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran a verificar... entonces...

- DIEGO ¿Qué quieres decir? (Asiendo de un brazo a don Carlos, le hace venir más adelante.)
- CARLOS Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.
- DIEGO ¡Carlos!... ¡Qué horror!... ¿Y tienes corazón para decírmelo?
- CARLOS Alguien viene... (Mirando con inquietud hacia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego y hace ademán de irse por la puerta del foro. Don Diego va detrás de él y quiere impedirselo.) Tal vez será ella... Quede usted con Dios.
- DIEGO ¿Adónde vas?... No, señor, no has de irte.
- CARLOS Es preciso... yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle a usted inquietudes crueles.
- DIEGO Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.
- CARLOS Pero si...
- DIEGO Haz lo que te mando. (Entrase don Carlos en el cuarto de don Diego.)

ESCENA XI

Doña IRENE y don DIEGO

- IRENE Conque, señor don Diego, ¿es ya la de vámonos? Buenos días... (Apaga la luz que está sobre la mesa.) ¿Reza usted?
- DIEGO (Paseándose con inquietud.) Sí, para rezar estoy ahora.
- IRENE Si usted quiere, ya puede ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero ¿qué tiene usted, señor? ¿Hay alguna novedad?
- DIEGO Si, no deja de haber novedades.
- IRENE Pues que... Dígalo usted por Dios... ¡Vaya, vayal... No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve, quedé tan sumamente delicada de los nervios. Y ya va para diez y

nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni los caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido; de manera que...

DIEGO Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa más importante de que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

IRENE Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre para que todo esté a la vela y no haya detención.

DIEGO Muy bien. Siéntese usted... y no hay que asustarse ni alborotarse. (Siéntanse los dos.) por nada de lo que yo diga, y cuente, no nos abandone el juicio cuando más lo necesitamos... Su hija de usted está enamorada.

IRENE ¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí, señor, que lo está, y bastaba que lo dijese para que...

DIEGO ¡Este vicio maldito de interrumpir a cada paso! Déjeme usted hablar.

IRENE Bien, vamos, hable usted.

DIEGO Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

IRENE ¿Qué dice usted?

DIEGO Lo que usted oye.

IRENE ¿Pero quién le ha contado a usted esos disparates?

DIEGO Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado; y cuando se lo digo a usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ese?

IRENE (Llorando.) ¡Pobre de mí!

DIEGO ¿A qué viene eso?

IRENE ¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

DIEGO Señora doña Irene...

IRENE Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un

estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de usted?... ¡Válgame Dios! .. ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenía un genio como una serpiente...

DIEGO Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia.

IRENE Que lo mismo era replicarle que se ponía hecho una furia del infierno, y un día del Corpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones a un comisario ordenador, y si no hubiera sido por dos padres del Carmen, que se pusieron de por medio, le estrelló contra un poste en los portales de Santa Cruz.

DIEGO Pero ¿es posible que no ha de atender usted a lo que voy a decirle?

IRENE ¡Ayl no, señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no, señor... Usted ya no quiere a la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligación en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazón!

DIEGO Señora doña Irene, hágame usted el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entretanto no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

IRENE Diga usted lo que le dé la gana.

DIEGO Que no volvamos otra vez a llorar y a...

IRENE No, señor, ya lo lloro. (Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)

DIEGO Pues hace ya cosa de un año, poco más o menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasión tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han

contribuido eficazmente a hacerla mayor...
En este supuesto...

IRENE Pero ¿no conoce usted, señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

DIEGO Volvemos otra vez a lo mismo... No, señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

IRENE ¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Conque la hija de mis entrañas, encerrada en un convento... ayudando los siete reviernes, acompañada de aquellas santas religiosas!... ¡Ella, que no sabe lo que es el mundo, que no ha salido todavía del cascarón, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncisión... Pues bonita es ella para haber disimulado a su sobrina el menor desliz.

DIEGO Aquí no se trata de ningún desliz, señora doña Irene; se trata de una inclinación honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que la madre Circuncisión, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres, y usted, y yo el primero nos hemos equivocado solemnemente... La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; usted ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea usted este papel, y verá si tengo razón. (Saca el papel de don Carlos, y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca a la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego, y procura en vano contenerla.)

IRENE ¡Yo he de volverme local... ¡Francisquitá!... ¡Virgen del Tremedal!... ¡Rita! ¡Francisca!

DIEGO Pero ¿a qué es llamarlas?

IRENE Sí, señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quién es usted.

DIEGO Lo echó todo a rodar... Esto le sucede a quien se fia de la prudencia de una mujer.

ESCENA XII

Doña FRANCISCA, RITA, doña IRENE y don DIEGO

RITA ¿Señora?
FRAN. ¿Me llamaba usted?
IRENE Si, hija, sí: porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú también lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito ese papel? ¿Qué dice?... (Presentando el papel abierto a doña Francisca.)
RITA (A doña Francisca.) (Su letra es.)
FRAN. ¡Qué maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple usted su palabra?
DIEGO Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí... (Asiendo de una mano a doña Francisca, la pone a su lado.) No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Deme usted ese papel... (Quitándola el papel de las manos a doña Irene.) Piquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.
FRAN. Mientras viva me acordaré.
DIEGO Pues este es el papel que tiraron a la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. (Lee.) «Bien mío: si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue a sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que llamaba mi enemigo, y al verle no sé cómo no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fué preciso obedecerle. Yo me llamo don Carlos, no don Félix... Don Diego es mi tío. Viva us-

ted dichosa, y olvide para siempre a su infeliz amigo.—*Carlos de Urbina* »

IRENE

¿Conque hay eso?

FRAN.

¡Triste de mí!

IRENE

¿Conque es verdad lo que decía el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí. (Se encamina hacia doña Francisca, muy colérica y en ademán de querer maltratarle. Rita y don Diego procuran estorbarlo.)

FRAN.

¡Madre! Perdón.

IRENE

No, señor, que la he de matar.

DIEGO

¿Qué locura es esta?

IRENE

He de matarla.

ESCENA XIII

Don CARLOS, don DIEGO, doña IRENE, doña FRANCISCA y
RITA

CARLOS

Eso no... (Sale don Carlos del cuarto precipitadamente; coge de un brazo a doña Francisca, se la lleva hacia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

FRAN.

¡Carlos!

CARLOS

(Acercándose a don Diego.) Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

IRENE

¿Qué es lo que me sucede, Dios mío... ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son estas?... ¡Qué escándalo!

DIEGO

Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos, viene a ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza a tu mujer. (Don Carlos va a donde está doña Francisca, se abrazan, y ambos se arrodillan a los pies de don Diego.)

IRENE

¿Conque su sobrino de usted?...

DIEGO

Sí, señora, mi sobrino, que con sus palmas, y su música, y su papel, me ha dado la noche más terrible que he tenido en mi

- vida... ¿Qué es esto, hijos míos, qué es esto?
- FRAN. ¿Con qué usted nos perdona y nos hace felices?
- DIEGO Sí, prendas de mi alma... Sí. (Los hace levantar con expresiones de ternura.)
- IRENE ¿Y es posible que usted se determine a hacer un sacrificio?...
- DIEGO Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesión de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos!... ¡Paquita! ¡Qué doloroso impresión me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer! Porque al fin, soy hombre miserable y débil.
- CARLOS (Besándole las manos.) Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar a consolar a usted en tanta pérdida...
- IRENE ¡Conque el bueno de don Carlos! Vaya que...
- DIEGO El y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tías fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresión que la juventud padece; estas son las seguridades que dan los padres a los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido a tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!
- IRENE En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted, que quiero abrazarle... (Abrazándose don Carlos y doña Irene; doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.) Hija, Francisquita... ¡Vaya! Buena elección has tenido... Cierto que es un mozo muy galán... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.
- RITA Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado

la niña... Señorita un millón de besos.
(Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.)

FRAN. ¿Pero ves qué alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto... Siempre, siempre, serás mi amiga.

DIEGO Paquita hermosa, (Abraza a doña Francisca.) recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba a mi vejez... Vosotros (Asiendo de las manos a doña Francisca y don Carlos.) seréis la delicia de mi corazón; y el primer fruto de vuestro amor... Sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos, podré decir: a mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

CARLOS ¡Bendita sea tanta bondad!

DIEGO Hijos, bendita sea la de Dios.

TELON

FIN DE LA OBRA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar	El Papá del Regimiento
La Ola gigante	El Alcalde de Zalamea
El señor Conde de Luxemburgo	Los dos pilletes
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes	D. Juan de Serrallonga
El Sol de la Humanidad	El Rey Lear
Zazá	Espectros
Mujeres Vienesas	Las Cigarras Hormigas
Hamlet	El Registro de la Policía
Giordano Bruno	El vergonzoso en Palacio
El nido ajeno	La Fuerza de la Conciencia
El Rey	Aurora
Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV	Eva
Los Miserables	El Bufón
La ladrona de niños	El Cuchillo de Plata
Los dioses de la mentira	Nick Carter
Cristo contra Mahoma	La Cena de los Cardenales
Juventud de Príncipe	Justicia Humana!
Juan José	El Señor Feudal
La sociedad ideal	El veranillo de S. Martín
La cizaña	El desdén con el desdén
Entre ruinas	Cuento inmoral
La vida es sueño	Amor de amar
Sabotage	La dama de las camelias
Pasa la ronda	La domadora de leones
Magda	Los dos sargentos franceses
	El Místico
	García del Castañar
	La fierecilla domada
	El sí de las niñas

Seguirá la comedia dramática en cuatro actos, de H. Sudermann

: EL HONOR :

P. Giacometti

MARIA ANTONIETA

REINA DE FRANCIA

Drama en seis actos



MADRID

Sociedad de Autores Españoles
1913

471.53
1

MARÍA ANTONIETA

Este arreglo es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin permiso, reimprimirlo ni representarlo en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—
Queda hecho el depósito que marca la ley.

MARÍA ANTONIETA

REINA DE FRANCIA

Drama histórico en cuatro actos, prólogo y epílogo

arreglado a nuestra escena por los señores

J. C. y E. V. V.

en vista del que escribió en italiano

P. GIACOMETTI



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

A Doña Carlota de Mena

*que con tanta maestria ha
desempeñado en nuestra es-
cena el difícil papel de Maria
Antonieta, creado por la in-
mortal Ristori.*

Sus agradecidos amigos.

LOS AUTORES DEL LIBRO

REPARTO

PERSONAJES	Años	ACTORES
MARÍA ANTONIETA, Reina de Francia	31	Sra. Mena
MADAME ISABEL.	22	» Sala
PRINCESA DE LAMBALLE	38	» Monner
MADAME CAMPAN	31	» Morera
MADAME REAL.	12	» Delhom
ROSALÍA.		» Smit
LUIS XVI, Rey de Francia	32	Sr. Tutau
EL CONDE DE PROVENZA	31	» Fernández
MALESHERBES.	65	» Cuello
MARQUÉS DE LAFAYETTE	29	» Nieto
CARLOS DE CALONNE.	52	» Juncadella
BEAUMARCHAIS	51	» Llibre
SANTERRE.	43	» Martí
DANTON.	27	» Buxen
DUQUE DE BRISSACH.	52	» Amich
CLERY.		» Monner
SIMÓN.		» Capdevila
VERGNIAUD		» Roca
EL DELFÍN.	6	Niño Smit
EL MINISTRO GARAT		» Fernández
EL ABATE FIRMON		» Juncadella
LEBEAU.		» Llibre
SANSON.		
UN OFICIAL DE GENDARMES		
UN MUNICIPAL		
UN DESCAMISADO		

Nobles, Oficiales de todos los cuerpos, Diputados, Servidumbre de la Casa Real, Guardias de Corps y Guardias Nacionales, Comisarios, Municipales, Gendarmes, Soldados y pueblo de uno y otro sexo y todas edades.

NOTA.—Las edades se refieren a la fecha en que se supone la acción del Prólogo, que es en 1786.

El acto 1.º en 5 de octubre de 1789
 El acto 2.º en 10 de agosto de 1792
 El acto 3.º en 20 de enero de 1793
 El acto 4.º en 21 de enero de 1793
 El epílogo en 15 de octubre de 1793

En las compañías de poco personal, un mismo actor podrá desempeñar dos o mas personajes, siempre que no sean los principales de la obra, lo que se deja al buen criterio de los directores.



PROLOGO

Salón de conversación en Versalles. A la derecha del actor, las habitaciones de la Reina. A la izquierda las del Rey. Dos puertas de entrada en el foro. En segundo término ventanas con grandes colgaduras. Cuadros, estatuas, jarrones de flores, muebles suntuosos, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

MALESHERBES sentado junto a una mesa llena de periódicos, que ojea distraídamente. Al otro lado de la mesa, en pie, el GENERAL LAFAYETTE.

LAFAYE. (Como continuando la conversación.) ¿Conque es decir que el señor ministro Malesherbes opina que no le ha gustado al Rey mi uniforme?

MALES. (Mirándole y sonriéndose.) Así parece, señor marqués de Lafayette.

LAFAYE. Podrá ser. Sin embargo, cuando a mi regreso de América, me presenté en Versalles vistiendo el uniforme de general de los Estados Unidos, fui muy bien recibido en la Corte, interrogado, ensalzado...

MALES. Y desterrado.

LAFAYE. Justo : al castillo de Noailles, al lado de mi esposa, no saliendo de allí hasta que me llamaron para ponerme al frente del regimiento de los dragones reales. Después, como a todo nos acostumbramos en este mundo, ya no se dió ninguna impor-

tancia a mi medalla de la orden de Cincinnati, ni al cinturón poco monárquico de mi espada.

MALES. (Mirándolo.) No lo había reparado. En efecto : un árbol de la libertad, un trono derribado y una corona hecha pedazos, no son símbolos muy a propósito para presentarse en la Corte. (Levantándose.) Bien que hoy todo es posible en Francia. ¡ Qué cosas pasan en estos tiempos ! Mientras nosotros, los filósofos, nos afanamos por encontrar la verdad, otros creen a pie juntillas en las comunicaciones de los hombres con los espíritus y en la infalibilidad de los sonámbulos. Háblase de la democracia en los palacios de la nobleza, de filosofía en los saraos, y de moral en los tocadores de las meretrices.

LAFAYE. Decís verdades como templos.

MALES. Los prelados vienen con la mitra bajo el sobaco a urdir intrigas ministeriales, los abates escriben novelas obscenas...

LAFAYE. Y las monjas las leen.

MALES. Los Benedictinos piden, no ya al Papa, sino a un rey mojigato, que les dispense el comer de vigilia y de vestir el hábito que les afea ; y a todo esto, Luis XVI, entretiene sus ocios en el pequeño Trianón disfrazándose de molinero.

LAFAYE. ¡ A las mil maravillas !

MALES. Todo esto aun es poco... ¿ Sabéis lo que se va a representar esta noche en el pequeño Trianón de la Reina ?

LAFAYE. ¡ Ah ! sí ; esa es otra : *Las bodas de Figaro*, de Beaumarchais, esa comedia que ha revolucionado París.

MALES. La misma : esa terrible explosión de la opinión pública, tan audaz, tan cáustica. ¿ Y sabéis quién representa en ella el papel de Rosina ? La Reina.

LAFAYE. Sí, María Antonieta, a la cual los malévolos suponen ya calda.

MALES. ¡ Desgraciadamente ! ¿ Y quién el papel del señor burlado por su propio criado ? El conde de Artois, hermano del Rey, y Fígaro será el mismo Beaumarchais, ¡ un relojero ! ; Si uno cree estar soñando !

LAFAYE. No hay para menos. Pero todo eso, en resumidas cuentas, significa que el filósofo Malesherbes tiene razón : que todos duermen y sueñan en vísperas de un terrible despertar, y que de este caos va a surgir un nuevo mundo.

MALES. (Tomándole la mano y gravemente.) ¿ Quién pronunciará el *Fiat* ?

LAFAYE. América lo ha pronunciado ya, y Francia ha oído su eco.

MALES. Podría ser.

ESCENA II

Los mismos, CARLOS DE CALONNE saliendo de la cámara de la
Reina

MALES. ¿ En dónde dejasteis a la Reina, señor de Calonne ?

CALONNE En su biblioteca. ¿ A qué no adivináis, señores, lo que está haciendo es este instante la augusta hija de María Teresa ?

LAFAYE. Probablemente lo que después de la comida se dignan hacer los soberanos : la digestión.

CALONNE La Reina de Francia está ensayando el papel de Rosina con Beaumarchais, que tiene la impertinencia de enseñárselo.

LAFAYE. ¡ Habrá necio ! ; Enseñar a hacer comedias a las reinas !

MALES. Ya veréis en el Trianón, señor de Calonne.

CALONNE (Encogiéndose de hombros.) ¡ Quién sabe !

LAFAYE. ¿ No os gusta *Fígaro*, o es que os asusta ?

CALONNE (Muy grave.) Me da asco.

LAFAYE ¡ Oh !

- CALONNE Apelo al ex ministro de Justicia, señor Malesherbes, que prohibió la representación de esa obra licenciosa y de mal gusto.
- LAFAYE. Representada setenta y cuatro noches consecutivas en el Teatro Francés.
- CALONNE Sí ; después de dos prohibiciones, seguidas de una carta del buen Luis, que se había escandalizado de ellas : y de aquí que un relojero pueda atreverse a decirnos por boca de *Figaro* : «¿qué habéis hecho, señores, para gozar de tantos privilegios? No más que tomaros la molestia de nacer.»
- LAFAYE. (Sonriendo.) ¡ Ah ! la dificultad está en la respuesta. Pero entonces ¿por qué se ha concedido a *Figaro* derecho de ciudadanía en el Triánón?
- CALONNE Porque monseñor el conde de Provenza, que se afana por mostrarse popular y amigo de los literatos, ha logrado alucinar a su cuñada María Antonieta, que tan fácilmente se deja seducir por los cuñados... tratándose de comedias, música, juegos y fiestas.
- LAFAYE. Pero el señor de Calonne podía, como ministro...
- CALONNE ¿Disuadirla? ¿Despoetizarla? ¿Enturbiar con lágrimas sus bellos ojos? No, en mis días.
- LAFAYE. ¡ Cómo ! ¿ Llorá la Reina?
- CALONNE Sí ; María Antonieta llora cuando se comete la imprudencia de contrariarla.
- LAFAYE. Pero vos...
- CALONNE Me guardaré muy bien de hacerlo : he escarmentado en cabeza ajena. Que os diga el señor Malesherbes lo que ganó en ello siendo ministro con Roberto Turgot.
- MALES. A mi sentir, mucho ; el retiro.
- LAFAYE. Pero, en cambio, el ginebrino Nécker...
- CALONNE Nécker no asistía a las tertulias de la Corte ; era mejor que ministro un hacendista

que la espantaba continuamente, con el espectro del déficit y de la bancarrota.

MALES. ¡ Ya ! pero si el déficit existía...

CALONNE. ¡ Si lo sabré yo que lo he heredado ! ; Y que asciende a la friolera de quinientos cuarenta y ocho millones !

LAFAYE. Pero vos, que sois noble y sabéis encontrar dinero para comprar sitios reales, cuando la Reina os pide una cosa, le respondéis : « Si lo que vuestra majestad me pide es posible, ya está hecho ; si es imposible, se hará. »

CALONNE. ¿ Es un elogio o una sátira, señor marqués ?

LAFAYE. ¿ Queréis que os lo diga con mi franqueza de republicano ? Es un reproche.

CALONNE. ¡ A mí un reproche !

LAFAYE. Perdonad : creo que el verdadero deber de hidalguía, es despertar a una joven y hermosa dama, dormida al borde de un precipicio cubierto de flores.

CALONNE. Su majestad no se encuentra en este caso.
MALES. Sin embargo, amigo mío, puede que el general tenga razón ; también yo pienso que si María Antonieta conociese el verdadero estado de la Hacienda, no derrocharía tesoros en las carreras de caballos, ni en apuestas y juegos de azar ; horrible manía que se ha comunicado del palacio real al taller del artesano, secando las legítimas fuentes de la Industria : llevadla a donde el buen pueblo desfallece de inanición, a esos campos que a ella tanto le place visitar ; haced que vea, como he visto yo, a esos escuálidos aldeanos que a falta de bueyes tiran del arado, y por falta de pan, comen avena, y el corazón de María Antonieta se conmoverá de seguro, como se conmovió el mío.

CALONNE. ¿ Y por qué no le hacéis observar vos todas estas cosas ?

MALES. Yo no soy más que un ministro sin carte-

- ra; y luego yo no puedo encontrarme nunca a solas con ella ni con el Rey.
- CALONNE. Confío que la Asamblea de los Notables, que vamos a convocar como en tiempo de Richelieu, curará los males del Estado.
- LAFAYE. Yo convocaría desde luego, una Asamblea nacional.
- CALONNE. (Sorprendido e indignado.) ¡Cómo! ¿Os atreveríais a proponer la convocación de los Estados generales?
- LAFAYE. Más todavía.
- MALES. (Mirando hacia la derecha.) Silencio. La Reina.

ESCENA III

Dichos, MARÍA ANTONIETA, MADAME ISABEL, LA PRINCESA DE LAMBALLE (vestidas de Corte), EL DUQUE DE BRIS-SACH, (coronel de guardias), BEAUMARCHAIS y varios oficiales.)

- (María Antonieta entra riendo y volviéndose hacia Beaumarchais, dice:)
- MARÍA A. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Para poeta satírico me aduláis demasiado. (A Malesherbes y Lafayette.) Os presentamos al señor barón de Beaumarchais... (A Beaumarchais.) El señor de Malesherbes y el marqués de Lafayette, coronel de nuestros dragones reales. (Con intención.)
- BEAUMAR. (Inclinándose.) Ya tenía el honor de conocer la firma del ministro Malesherbes. En cuanto al señor marqués de Lafayette, creo que nos hemos conocido en Virginia.
- LAFAYE. No recuerdo...
- BEAUMAR. Cuando menos habréis visto mis tres mil tarjetas de visita... quiero decir los tres mil fusiles que envié a los americanos.
- LAFAYE. ¡Ah! Sí. Yo los he visto, y los ingleses los han sentido.
- MARÍA A. (A Beaumarchais sentándose y riendo.) ¿Esas tenemos, señor de Beaumarchais?

- BEAUMAR. Pecados veniales, señora. Espero que no se me imputarán como un delito más grave, como el de haber escrito el *Figaro*.
- MARÍA A. Y tenéis razón. Pues nosotros no sólo hemos enviado allí fusiles, sino hasta artillería y buques de guerra. (Mirando a Lafayette.) ¿No es verdad, señor coronel de los dragones reales?
- ISABEL (Bajo a María Antonieta.) ¡Hermana, le mortificáis demasiado!
- MARÍA A. (Me hace gracia.) Creo, señor duque de Brissach, que vos ibais también en uno de esos buques.
- BRISSACH Sí, señora; y en compañía de muchos nobles. Allí derramamos nuestra sangre por la independencia de un pueblo generoso... pero hemos vuelto (Mirando a Lafayette.) franceses: adictos a la monarquía de Enrique IV y dispuestos a morir por el Rey, y por nuestra augusta soberana.
- MARÍA A. (Mirando también a Lafayette.) No todos dirían quizás lo mismo. (Lafayette va a hablar y la Reina lo impide.) Pero no hablemos de política. De buena gana renunciaría a hacerlo para toda mi vida, por más que vayan diciendo por ahí... Decidlo vos, Isabel.
- ISABEL (Con disgusto.) Una calumnia, señora. La extremada bondad y los tiernos sentimientos de mi hermano el Rey, han hecho que algunos hayan dado en decir que la Reina ejerce en su ánimo una influencia incontrastable, un dominio absoluto.
- MARÍA A. (Riendo.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Yo, yo que tengo tanto horror a los asuntos de Estado y que cuando el bueno del señor de Nécker me obligaba a tratar de ellos me fastidiaba tan soberanamente, sin entender una palabra de lo que me decía. (Agitándose.) Lo que a mí me agrada, bien lo saben cuantos me conocen. Yo soy como las mariposas, como las golondrinas, ne-

cesito aire, libertad, flores... ¿no es así, mi querida princesa Lamballe?

LAMBALLE ¡Sí! Un alma expansiva y afectuosa como la de vuestra majestad, necesita los jardines de Saint-Cloud; el cortijo de los molineros de Trianón.

MARÍA A. Y la música... ¡oh la música! bajo aquellos perfumados bosquecillos que parecen diseñados por la mano de Gesner... las salidas de sol, los rosados crepúsculos, las noches estrelladas... y luego, aquí, en Versalles, las reuniones íntimas, que podríamos llamar de familia... el *Faraón*, que es el juego que a mí me gusta... el baile de máscaras con aquel movimiento, con aquella animación y aquel abandono que no se encuentran en otra parte... pero sobre todo... (Mirando en torno.) lo diré en voz baja para que no me oigan ciertas damas... sobre todo sin etiqueta. ¡Ah! la etiqueta de Versalles... permitidme que os lo diga, señores, me crispera los nervios. (Cambiando de tono.) Pero volvamos a hablar de nuestro famoso *Figaro* de esta noche.

ISAB. Y LAMB. Sí, sí.

MARÍA A. (A Beaumarchais.) Paréceme, señor de Beaumarchais, que estaréis satisfecho del desquite que os concedemos en el Trianón.

BEAUMAR. ¡El desquite!

CALONNE Sí tal; recordad aquella altanera declaración que hicisteis a propósito nada menos que de un regio ordenamiento.

BEAUMAR. No la recuerdo...

CALONNE ¡No! Ante el público que llenaba el teatro, gritasteis: «Señores, *Las bodas de Figaro* se representarán, mas que haya de ser en la Catedral de Nuestra Señora.»

BEAUMAR. Y fui profeta. ¿Por ventura el Trianón no es el templo de Nuestra Señora? (Saludando a la Reina.)

MARÍA A. (Sonriendo.) ¡ Ah !

BEAUMAR. Espero que el señor ministro Malesherbes se persuadirá de la inocencia de *Fígaro*.

MALES. Nada de eso ; creo por el contrario que pesan sobre su alma setenta y cuatro pecados por las setenta y cuatro representaciones de vuestra famosa *Boda de Fígaro*, y esta del Trianón será el septuagésimo quinto, y el más mortal de todos.

BEAUMAR. Pues yo me permito creer que el triunfo del Trianón eclipsará el del Teatro Francés, y aseguro nuevamente a la regia actriz, que en el papel de condesa Rosina hará palidecer al astro de la señora de Saint-Val.

MARÍA A. ¡ Yo ! (Con una risa que oculta la complacencia del amor propio.) ¡ Queréis callar !

TODOS (Menos Malesherbes y Lafayette.) ¡ Oh, sí ! de seguro.

LAFAYE. (Bajo a Malesherbes.) (¡ Qué dóciles son los ecos en la Corte !)

MARÍA A. No, amigos ; no, señores ; no me aduléis como el señor de Beaumarchais. (Le mira sonriéndose.) ¡ Ah ! si fuera la Rosina del *Barbero de Sevilla*...

LAMBALLE ¡ Ah ! Aquella noche vuestra majestad estuvo inimitable.

MARÍA A. Recordad que entonces me ayudaba la música, y que la condesa Rosina no canta.

ISABEL No le hace, querida hermana : siempre brillaréis por la gracia, por el sentimiento, por...

MARÍA A. Vos sí que vais a hacer una amabilísima Susana. (A Lamballe.) Y vos, querida princesa, un adorable Querubín.

LAFAYE. Eso sí ; un hermoso paje que hará desesperar a las damas y delirar a los nobles.

MARÍA A. ¡ Cuidado, señor coronel de los dragones reales !

LAFAYE. (Dale con los dragones.)

LAMBALLE Ya lo veis, señor de Beaumarchais, todos aprenden de vos a adular.

BEAUMAR. Ruego a la señora Princesa que crea que no he venido a la Corte... para enseñarle ciertas cosas.

MALES. Alto, señor Beaumarchais, que también hay aduladores fuera de la Corte.

BRISSACH Como por ejemplo, en el Teatro Francés.

CALONNE Y también entre los filósofos; pongo por caso, el de Ferney, que sin venir a la Corte ha adulado al señor Beaumarchais.

MARÍA A. ¡Hola! ¿Qué ha dicho el señor de Voltaire?

CALONNE Ha dicho: «Beaumarchais, verdadero arlequín salvaje, que amedrenta a toda una patrulla de nobles.»

BEAUMAR. Hubiera hablado con más sinceridad, si hubiese dicho: «Verdadero noble que amedrenta a toda una patrulla de arlequines.»

MARÍA A. ¡Cómo! ¿Sois noble?

CALONNE A propósito: si vuestra majestad me lo permite, voy a pedir un favor al artífice: tened la bondad de examinar mi reloj de Ferney, que no anda muy bien. (Se lo presenta.)

BEAUMAR. Debo advertiros que me tiembla el pulso.

CALONNE No importa; tomad.

BEAUMAR. (Tomando el reloj y dejándolo caer.) Ya os lo había dicho. (Todos se miran con sorpresa. La Reina se cubre el rostro con el abanico para que no la vean reír; Beaumarchais recoge el reloj y lo devuelve a Calonne.) Va perfectamente.

MARÍA A. (Bajo a Isabel y Lambal.) (Yo no puedo más.)
ISABEL (Reprimidos.)

CALONNE Señor Beaumarchais, ese es un insulto del cual apelo a la Reina.

MARÍA A. (Levantándose y acabando por reírse a pesar de todos sus esfuerzos.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

CALONNE ¡Cómo! ¿Se ríe vuestra majestad?

MARÍA A. (Muy seria.) Señor de Calonne, cuando no se tiene mucho ingenio, no debe cometer-

se la imprudencia de provocar el de los demás.

BEAUMAR. Señora, vuestra majestad es muy buena ; pero el señor de Calonne tiene razón. Yo no soy noble, ni cortesano, ni abate, ni favorito, ni agiotista... no soy nada, es decir ; lo soy todo : soy ciudadano.

BRISSACH (Irónicamente.) Es un título de nuevo cuño.

LAFAYE. Que en Francia eclipsará los nuestros.

MARÍA A. ¿Lo cree así el señor coronel de los dragones reales?

LAFAYE. (Inclinándose como para salir.) Si vuestra majestad lo ordena, iré a preguntárselo.

MARÍA A. (Resentida.) Hablo con el señor marqués de Lafayette.

LAFAYE. Perdonad, señora ; la observación del marqués de Lafayette bien claramente indicaba que en aquel momento, se consideraba general de una república aliada vuestra.

MARÍA A. Sí : los Estados Unidos son aliados nuestros ; pero el señor duque de Brissach ha dicho que nuestros nobles habían vuelto franceses de la guerra de América.

BRISSACH (Recalcando.) Los verdaderos nobles.

LAFAYE. Os pido mil perdones. El republicano Lafayette ha hecho por Francia y por el Rey algo más que el duque de Brissach, coronel de la guardia real. Cuando recibió en su campamento la noticia de que los ingleses iban a invadir las fronteras de Francia, Lafayette escribió a Jorge Wáshington, que no le era lícito pelear un momento más por la libertad de un pueblo extranjero, cuando la patria reclamaba su brazo, y volvió para morir como francés y como caballero : pero el republicano había hecho algo más por la Reina.

MARÍA A. ¡ Por mí ! (La Reina vuelve a sentarse.)

LAFAYE. Sí ; porque cuando lord Carlisle se atrevió a poner en duda la sinceridad de vuestras simpatías por la América, acusando

en nombre del ministro Pitt la hipocresía del gabinete de Versalles, yo le envié un cartel de desafío; y esta espada que el Congreso me había dado, la consagré a sostener en un duelo caballeresco el honor de la Reina.

MARÍA A. ¡Vos habéis hecho esto!

LAFAYE. (Hincando la rodilla.) Sí, señora.

MARÍA A. Sois un buen caballero; pero os ruego que cambiéis de divisa.

LAFAYE. Mi corazón latirá del mismo modo, sea cual fuere la enseña que lo cubra. (La Reina le da a besar la mano a Lafayette, con amable sonrisa.)

BEAUMAR. ¡Cáspita! Tendría que ver que el republicano se convirtiese en... virrey.)

ESCENA IV

Dichos y el CONDE DE PROVENZA

MARÍA A. ¿Qué pasa, conde de Provenza?

ISABEL. Es verdad, parece que venís agitado.

LAMBALLE. Nos asustáis, príncipe Estanislao.

PROVEN. Creed, hermosa María, que no es mi gusto asustar a los ángeles como vos... pero no puedo ocultar mi alarma. Acabo de ver entrar dos pájaros de mal agüero en el gabinete del Rey.

CALONNE. ¿Pueden saberse sus nombres?

PROVEN. ¿No los adivináis? ¿Y vos tampoco, hermana? El duque de la Vauguyon, nuestro carísimo y fastidiosísimo preceptor... y el antiguo amigo del Delfín nuestro padre, el marqués de Muy, ex ministro, ex jesuíta... aquel que una noche — vos debéis recordarlo, señor de Beaumarchais — haciendo de cicerone al rey de Dinamarca, lo dejó plantado a la puerta del teatro, diciendo que no le permitían entrar allí sus principios religiosos.

BEAUMAR. ¡ Santo varón !

PROVEN. Debo deciros, señor Beaumarchais, que yo soy de los que opinan que os pasáis de listo.

BEAUMAR. No tal : lo que hay es que tengo ganas de hacer fortuna...

PROVEN. Pues veo mal parado el negocio. Se conspira mucho contra vuestros deseos.

MARÍA A. ¡ Cómo ! ¿ Supondrías acaso ?

PROVEN. Que el Rey sería muy capaz de hacer una de las suyas... Y no sólo lo supongo, sino que me lo temo.

ISABEL ¿ Qué queréis decir ?

LAMBALLE Suspender la representación...

MARÍA A. ¿ A esta hora ?

PROVEN. (Encogiéndose de hombros.) ¡ Psé !

BEAUMAR (¿ A que duermo esta noche en la Bastilla ?)

LAFAYE. No es posible.

BEAUMAR. No sería la primera vez.

MALES. ¿ Por qué razón ?

PROVEN. (Encogiéndose nuevamente de hombros.) ¡ Ah !

BRISSACH Ahora ya sería tarde.

CALONNE Más vale tarde que nunca.

MARÍA A. Pues sería una gran imprudencia.

PROVEN. Por mi parte lo sentiría en el alma. Todos saben que yo he aconsejado la representación de *Fígaro* en el Trianón, no sólo como Mecenas de ese pobre Horacio, sino también para popularizar la Corte... Pero si el Rey no quiere que lo hagan popular, la monarquía, privada de ayuda moral, acabará por perderse... ya estoy cansado de repetirlo... (A la Reina.) Vos, hermana, conocéis mejor que yo el carácter bondadoso y vacilante del Rey... y sabéis también quién es La Vauguyon.

MARÍA A. Sí.

PROVEN. Quién es de Muy... Todo es de temer... y creed que sería una gran falta. Ahora que frecuentaban el Trianón la flor de la nobleza, periodistas, poetas, literatos... y la

primera vez que se permite entrar en sus encantadores bosquecillos a los que no pertenecen a la familia real, salir con... No, vamos ; una suspensión ahora, sería un verdadero escándalo.

MARÍA A. ¡ Dios mío !

ISABEL Entonces...

PROVEN. Entonces quiere decir que para conjurar la tempestad es preciso darse prisa, partir... (A la Reina.) Las carrozas están preparadas... ya he enviado a llamar a vuestras damas y camaristas ; y madame Bertin y vuestro peluquero Leonard os están esperando... Mi hermano, el conde de Artois, ya se está poniendo su magnífico traje de Almaviva... (A Beaumarchais.) Os recomiendo, señor Fígaro, que no le canséis tanto.

BEAUMAR. No temáis, monseñor.

MARÍA A. (Contenta.) Vamos pues... ¿No vendréis, general Lafayette?

LAFAYE. ¡ Cómo no, señora !

BEAUMAR. (A Lafayette.) (General, Roberto de Essex murió decapitado.) (Lafayette se encoge de hombros.)

MARÍA A. Ea, en marcha pues, Susana ; en marcha, Querubín... al Trianón. (Toma la mano que le ofrece Provenza y todos hacen ademán de salir.)

ESCENA V

Dichos, CLERY y LUIS XVI

CLERY (Por la izquierda.) ¡ El Rey !

TODOS ¡ Ah ! (Deteniéndose con sorpresa.)

MARÍA A. ¡ El Rey !

LUIS (Con muestras de la agitación que le acaba de producir la entrevista referida por Provenza.) Señores, dejadme unos momentos con la Reina.

MARÍA A. Señor, nos están esperando en el Trianón.

LUIS Tiempo queda. (A los demás.) Id, señores...

y que ninguno de vosotros, ninguno de la Corte vaya al Trianón antes de haber partido la Reina.

PROVEN. (Mirando a la Reina.) ¡ Me lo figuré ! (Al Rey.)
Con todo, señor...

LUIS Con todo, rogamos a nuestro querido hermano que tenga a bien obedecernos... siquiera por esta vez. (Todos se inclinan y salen.)

PROVEN. (A María Antonieta.) (Si acaso... resistid.)

ESCENA VI

LUIS y MARÍA ANTONIETA

MARÍA A. Señor, parece que estáis inquieto.

LUIS Y lo estoy en efecto. He de pedirlos un favor.

MARÍA A. (Sorprendida.) ¡ El Rey de Francia, pedirme un favor a mí !

LUIS No el Rey, sino el amigo.

MARÍA A. (Con amabilidad.) ¿Qué me quiere, pues, el amigo?

LUIS (Con vacilación.) Que no vayáis esta noche al Trianón.

MARÍA A. (Contrariada.) ¡ Cómo ! ¡ Suspende la representación ahora ! ¿No recuerda vuestra majestad lo que sucedió en el Teatro de la Opera?

LUIS El Teatro de la Opera no es el pequeño Trianón de la Reina. (Viendo que María Antonieta se agita.) Sosegaos, señora, y escuchadme. (Se sienta y también la Reina procurando calmarse.) Ya sabéis que siempre he visto con disgusto esa clase de pasatiempos, porque me recuerda que una vez un simple hidalgo se deshonoró, sólo por haberse transformado en cómico, en un escondido rincón de su casa.

MARÍA A. Pues yo en cambio recuerdo, señor, que uno de vuestros gloriosos antepasados,

Luis XIV, que era algo más que un simple hidalgo, una de vuestras abuelas, la duquesa de Borgoña, su esposo el Delfín y los príncipes de la sangre, se transformaban muy a menudo en cómicos, en las habitaciones de Madame de Maintenon, la cual, como sabéis, confesaba y comulgaba todas las semanas juntamente con el Rey. No se dirá que yo he traído estas costumbres de Viena, como se ha dicho de otras que los franceses no quieren perdonarme.

LUIS ¡Ah! Los buenos tiempos de Luis XIV no son los nuestros, amiga mía. Entonces el Rey decía : *El Estado soy yo*, y ahora dice el Estado : *Yo soy el Rey*. ¿Quién se hubiera atrevido entonces a investigar los secretos del tálamo Real, o buscar la mujer en la Reina? ¡Oh! creedme, si estoy inquieto no es por mí; sino por vos.

MARÍA A. ¿Por mí?

LUIS Sí, señora. Mientras se hicieron las representaciones entre nosotros, sin público... pero ahora, esta noche... (Pausa.) ¿Fué nuestro hermano, el conde de Provenza, quien se encargó de las invitaciones?

MARÍA A. Sí.

LUIS (Suspirando y después de una pausa.) ¿Le creéis sincero?

MARÍA A. Nunca me he permitido dudar de la sinceridad de vuestro hermano. Siempre le creí un amigo leal de la Reina.

LUIS (Mirándola fijamente.) Sí; mientras la Reina no fué la madre del Delfín.

MARÍA A. (Disgustada.) Señor. Hay cosas que no son para sabidas. Pero entonces, ¿por qué permitió vuestra majestad que representase *Figaro*?

LUIS (Con agitación.) Porque... porque en *Figaro*, que al fin y al cabo dista mucho de ser una obra maestra, por más que diga el Au-

gusto de Versailles, nuestro querido hermano, se había hecho tan de moda ; porque hasta vos, señora, entrasteis en la conspiración para arrancarme aquel fatal consentimiento.

MARÍA A. ¿En la conspiración? Sea ; no lo niego ; pero perdonad, señor, no ya por el capricho de representar una comedia más, pues no quisiera que vuestra majestad me creyese más frívola de lo que soy ; sino para neutralizar de este modo una ordenación vuestra que se calificaba de acto tiránico. Recordad que el pueblo estuvo en un tris de convertir en escenario el mismísimo coro de Nuestra Señora. Vos habíais vedado a la comedia el honor de la representación ; pero dejando que el autor gozase de la popularidad de Voltaire, quien tuvo la complacencia de recibir en su casa a todo París después de la representación de *Mahoma*, porque vos no os dignasteis recibirle en la Corte. Ahora haréis suspender por segunda vez la representación de *Fígaro*, y mañana Beaumarchais será llevado en triunfo.

LUIS ¡ Puede ! (Levántase y pásase con agitación.)
¡ Ah ! si supieseis, señora...

MARÍA A. No sé ; pero adivino, y hasta podría repetiros lo que os acaban de decir el duque de La Vauguyon y el señor de Muy.

LUIS No ; os aseguro que si lo supieseis no estaríais tan tranquila.

MARÍA A. ¿Y qué cosas tan terribles fueron, pues, esas que os han dicho?

LUIS Me han informado de los malévolos rumores que se van esparciendo sobre la representación de *Fígaro*.

MARÍA A. (Con amargura.) ¡ Oh ! Tan pronto.

LUIS Me han traído... una sátira.

MARÍA A. Eso no es nuevo. Si al menos fuese más ingeniosa que las otras...

LUIS No ; pero en cambio es más venenosa.

MARÍA A. Crea vuestra majestad que yo llevo conmigo siempre el contraveneno.

LUIS (Con incredulidad.) ¿Y cuál es?

MARÍA A. El desprecio. (Pausa.) ¿Queréis hacerme el favor de enseñármela?

LUIS La he rasgado, como acostumbro, sin acabar de leerla. Pero no puedo rasgar las que a estas horas circulan por París, y que de seguro son ávidamente leídas.

MARÍA A. (Se cubre los ojos con el pañuelo y prorrumpe en una risa amarga y nerviosa.) ¡Oh ! ¡ oh ! ¡ oh !

LUIS (Sorprendido.) ¿Reís?

MARÍA A. ¡ Sí !... ¡ Río !... (Mas no como poco ha.) (Con dolor.)

LUIS Sin embargo, señora, si no se quiere respetar la opinión pública, al menos hay que temerla.

MARÍA A. Ya la temía, señor. Los primeros tiros de la calumnia me hicieron derramar muchas lágrimas ; pero ahora estoy ya tan acostumbrada a ellos, que me causan risa en vez de pena.

LUIS Sin embargo...

MARÍA A. ¿Y cómo he de hacerlo para imponer respeto a la calumnia? ¿Qué partido debo tomar para desarmarla? Indicádmelo, amigo mío, porque ya los he probado todos. He querido poner coto a los excesos de lujo, prefiriendo las muselinas a las sedas y a los terciopelos, y me acusaron de haber arruinado las fábricas de Lyon. Entonces me propuse restaurar las industrias y las manufacturas nacionales, cambiando a menudo de traje y de moda, y como todos dieron en imitar el fausto de la Corte, me maldijeron diciendo que empobrecía las familias y el Estado. Si me complazco en las grandes reuniones, los espectáculos y los saraos, me tildan de sensual. Si vuelvo a mis retiros campes- tres y a mi grata soledad, dicen que lo hago para entregarme en secreto a crimina-

les amores. ¿Me apasiono por las carreras de caballos, por las apuestas, por los juegos? ¡ Soy inglesa ! ¿ Acojo en mi mesa, al estilo de mi madre, a los nobles más ilustres, sencillamente vestida de negro? ¡ Soy tudesca ! Ya comprenderéis, señor, que cuando de tal manera se juzgan las cosas, no queda más que un remedio : el absoluto desprecio de la opinión pública. Esta noche me permitiréis representar el papel de Rosina y hacerme aplaudir al menos como se aplaude a la señorita Saint-Val ; de lo contrario sería peor. Dirían que he inclinado mi regia frente bajo el soplo de la calumnia. ¡ No ! Han de saber que María Antonieta no la teme, la desafía.

LUIS

Yo que os conozco, señora, no puedo condenaros. Admiro vuestro valor, deseando que no tengáis que arrepentiros... Sólo os ruego, que no os adornéis en el teatro con ese collar. (Señalando el collar de brillantes que lleva la Reina.)

MARÍA A.

¡ Ah ! ¿ Tal vez porque se sabe es un regalo de mi hermano el emperador José?

LUIS

(Vacilando.) No... Temo que recuerde un hecho...

MARÍA A.

¡ Ah ! ¡ Una infamia ! El collar del joyero Bohemer que decían comprado secretamente para mí por aquel vil cardenal de Rohán, añadiéndose que yo le había concedido en recompensa una cita nocturna en el parque de Versalles. Nunca hubiera imaginado, señor, que vos hubieseis de recordarme tales cosas.

LUIS

Media una circunstancia...

MARÍA A.

¿ Relacionada con la sátira?

LUIS

(Con resolución.) En una palabra : deseo alejar de vos hasta la apariencia de la culpa. (A un movimiento que hace María Antonieta para quitarse el collar.) Basta... (Acércase a la Reina, le

(tiende la mano y le dice muy conmovido.) ¡Pobre María Antonieta!

MARÍA A. Gracias, Luis. Permitid. (Toca el timbre y aparece Clery por el foro.) Clery, llamad a todos esos señores. (Vase Clery.)

LUIS Y yo me retiro.

MARÍA A. (Sorprendida.) ¿No vendréis al Trianón?

LUIS (Con incertidumbre.) Señora...

MARÍA A. ¿Querriais autorizar la calumnia con vuestra ausencia?

LUIS (Tendiéndole la mano.) Iré... más tarde... os lo prometo. (Vase el Rey.)

MARÍA A. ¡Oh! El collar. (Lo contempla y va a llorar, cuando al oir pasos se repone fingiendo alegría.)

ESCENA VII

MARÍA ANTONIETA y todos los personajes que habían salido al entrar el Rey

PROVEN. (Con interés.) ¿Qué ha resultado?

MARÍA A. Que podemos ir muy tranquilamente a representar *Las bodas de Fígaro*.

BEAUMAR. (Vaya, no duermo en la Bastilla.)

CALONNE (Empieza el reinado de María Antonieta.)

ISABEL (A la Reina.) ¿Pero el Rey no viene?

MARÍA A. (Nerviosamente.) Sí... más tarde... es natural que nosotros nos adelantemos. ¡Ah! Esta noche me propongo lucir una *toilette* monstruo. Habéis de saber, señor Beaumarchais, que me siento inspirada... exaltada... ¡Ah! esta vez podría ser que fueseis profeta.

BEAUMAR. Lo soy siempre.

MARÍA A. Puede que el astro de la señorita de Saint-Val se eclipse en el Trianón... Tengo sed de aplausos... y luego, para después de la representación, os anuncio, señores, una suntuosa cena, aun a riesgo de que digan mañana que *Las bodas de Fígaro* han terminado con una orgía.

- PROVEN. (Eso por de contado.)
ISABEL ¡Cómo, hermana!
LAMBALLE ¿Qué dice vuestra majestad?
MARÍA A. (Riendo.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Es una broma...
somos los cómicos del Rey... En marcha... al Trianón. (Sale rápidamente y muy alegre, todos la siguen: a Beaumarchais, que también va a salir, le detiene Lafayette, y le dice.)
LAFAYE. Se me figura que vuestro *Figaro* va a ser el prólogo de un gran drama.
BEAUMAR. (Con intención.) O de una gran tragedia.
LAFAYE. ¿Tragedia decís?
BEAUMAR. ¡Pardiez! claro... ¡La Revolución!
LAFAYE. (Mirando en torno con recelo.) ¡Pst!
BEAUMAR. ¡Vamos! (Salen precipitadamente.)

TELÓN

FIN DEL PRÓLOGO



ACTO PRIMERO

Sala en el palacio de Versalles, con una gran galería abierta en el fondo a la cual se sube por una escalinata de mármol y allende la cual se ven los copudos árboles del Parque. Frescos y cuadros históricos, y entre éstos, a la derecha, el retrato de Carlos I de Inglaterra, por Van-Dyck.

ESCENA PRIMERA

MARÍA ANTONIETA sentada en un sillón junto a una mesa cubierta de libros y con recado de escribir. MADAME REAL escribiendo. EL DELFÍN arrodillado sobre un almohadón a los pies de la Reina. MADAME CAMPAN en segundo término, leyendo.

DELFÍN (Con los codos apoyados en las rodillas de la Reina y las manos cruzadas bajo la barba.) ¿Digo bien, señora?

MARÍA A. (Acariciando su rubia cabellera.) Muy bien, señor Delfín. Mas ¿por qué habéis querido dar la lección de rodillas?

DELFÍN Porque así os veo mejor.

MARÍA A. ¿Tanto os gusta mirarme?

DELFÍN ¡Oh! mucho, señora... No me da tanto gusto oírme llamar Delfín.

MARÍA A. ¡Ah! ¿Por qué?

DELFÍN Porque si aun me titulase príncipe de Normandía, mi hermano el Delfín no habría muerto, y vos, señora, no habríais llorado tanto.

MARÍA A. (Abrazándole enternecida.) ¡ Hijo mío ! ¡ qué bueno soís ! (Se enjuga los ojos. Después de una pausa vuélvese hacia su hija.) ¿ Y madame Real, ha concluído ?

M. REAL Sí, señora. (Levántase y presenta a la Reina el papel que estaba escribiendo.)

MARÍA A. (Leyendo por lo bajo con muestras de complacencia, mientras el Delfín hace señas a su hermana.) ¡ Muy bien, mi querida María Teresa !... Para vuestra edad, es realmente notable. ¡ Mirad, madame Campan !...

M. CAMP. (Mirando el papel.) Gran maestra es vuestra majestad, señora.

MARÍA A. (A sus hijos.) ¿ Os parece si soy buena institutriz ? Tal vez un poco más que la duquesa de Polignac.

M. REAL ¡ Mucho más !

DELFIN ¡ Mucho más !

M. CAMP. (Dejando el papel sobre la mesa.) Madame Real adelanta mucho.

MARÍA A. ¿ Verdad que sí ? (A sus hijos.) ¿ Así, pues, no sentís ya que tan cruelmente nos haya abandonado la Duquesa ? (El Delfín hace seña a su hermana para que diga que no: La Reina lo advierte y se sonríe.)

M. REAL Sí, lo siento un poco... mas debo confesaros que sentí mucho más la partida de la princesa de Lamballe.

MARÍA A. La princesa es un ángel. ¡ Oh ! si hubiese estado con nosotros el 14 de julio, cuando destruída la Bastilla por el pueblo de París amotinado, el Rey hubo de quedarse solo, inerme, en palacio, dejándonos aquí sumidos en el dolor... ¡ Oh ! decid, Campan, ¿ creéis que la Lamballe habría sido capaz de huir al día siguiente de tan horribles sucesos, como lo han hecho los Polignac, los príncipes de Borbón, los Condé y nuestro propio hermano el conde de Artois ?

M. CAMP. ¡ Oh ! no, señora, la princesa no habría partido.

MARÍA A. Volverá, no lo dudo. (El Delfín continúa haciendo señas a madame Real. La Reina la nota.) Decid, Delfín ¿qué significan esas señas que estáis haciendo rato ha a vuestra hermana?

M. REAL Que también nosotros conspiramos, señora, para hacer nuestra revolución.

MARÍA A. ¡Hola! ¿Y contra quién?

DELFIN (A su hermana.) Anda, dilo.

M. REAL La señora duquesa de Polignac nos enseñaba cosas muy buenas... Sólo había una que nos disgustaba, y era el tener que llamarnos siempre... señora.

MARÍA A. (Sorprendida y suspirando.) Ya sabéis que así lo exige la etiqueta de la Corte.

M. REAL ¡Qué fastidiosa es la etiqueta! Entonces los hijos de los pobres son más felices que nosotros.

MARÍA A. Vamos a ver ¿cómo querriais llamarme?

M. REAL Y DELF. ¡Mamá!

M. CAMP. ¡Pobrecitos!

MARÍA A. (Enjugándose los ojos.) ¡Ah! querida Campan, sois mucho más dichosa que yo.

M. CAMP. Puede que sí, señora.

MARÍA A. Sea: lo haremos así. Cuando me encontréis sola o con alguna amiga íntima como la señora Campan, no me tratéis como a Reina; ya os permito que me llaméis...

DELFIN Y M. REAL (Abrazándola estrechamente.) ¡Mamá! ¡mamá!

ESCENA II

Dichos y MADAME ISABEL

ISABEL (Sorprendida.) ¿Qué pasa?

MARÍA A. No es nada, hermana; es que mis hijos se empeñan en darme un tratamiento algo más dulce que el de Reina de Francia.

M. REAL (A Isabel.) ¿Y vos, señora, nos permitiréis que os demos alguna vez el de tía?

DELFIN Sí, ¿es verdad?

ISABEL ¿Y por qué no había de permitirlo lo que ya os ha concedido vuestra madre?

DELFIN Y (Besándole la mano con alborozo.) ¡Querida tía!

M. REAL (Vuelven hacia la Reina.)

ISABEL (Contemplándoles.) ¡Son dos ángeles!

M. REAL (A la Reina.) Señora...

DELFIN (Interrumpiéndola.) Dí, mamá.

M. REAL El Delfín y yo deseáramos ir un rato a la galería para jugar al volante.

MARÍA A. (Volviéndose y con disgusto.) ¿A aquella? No. Prefiero...

DELFIN (Con mimo.) ¿Por qué, seño... mamá? (Dando con el pie en el suelo.)

MARÍA A. Id: Madame Campan, acompañadles.

M. CAMP. (Aparte a la Reina.) (Perded cuidado, señora.) (Madame Real y el Delfín besan la mano a la Reina, que los abraza tiernamente y a madame Isabel: luego cogen la pala y el plumero y salen a la galería con madame Campan.)

MARÍA A. ¡Ah! Esa galería es de mal agüero para mí: por esto me veis tan inquieta.

ISABEL ¿De mal agüero? ¿Os habríais vuelto supersticiosa, hermana mía?

MARÍA A. Dicen que así suele hacerlo el dolor. ¡Ah, hermana! ya queda muy poco de la María Antonieta de antes. Desde aquella fatal representación, desde aquel festín nocturno, me he transformado completamente, como se han transformado todas las cosas en Versalles y en París. ¡Y pensar que sólo han transcurrido desde entonces tres años! No sé si os acordaréis del nacimiento del primer Delfín.

ISABEL ¿Cómo podría haber olvidado vuestra hermana aquel día, que fué el más hermoso para vos, para el Rey, y para todos los franceses?

MARÍA A. Es verdad. Entonces me amaban, me cubrían de flores, me bendecían... Sin em-

bargo, hubo una circunstancia singular en aquellos días, un presagio funesto, mortal.

ISABEL ¿Mortal?

MARÍA A. Y que se ha realizado. Vos tal vez no lo advertisteis, o lo habréis olvidado; pero yo no. Al celebrarse la ceremonia del bautizo, todas las corporaciones de París enviaron comisiones a Versalles muy lujosamente vestidas y llevando los emblemas de sus artes y oficios: las pescaderas habían acudido a miles.

ISABEL Lo recuerdo muy bien, como no he olvidado tampoco sus amables canciones y sus cestillos de flores.

MARÍA A. Sí; pero entre aquella multitud tan alegre, iban mezclados, Dios sabe cómo, los sepultureros con sus fúnebres emblemas.

ISABEL Sí, recuerdo en efecto que al notarlo la princesa Sofía, ordenó inmediatamente que se retiraran del cortejo.

MARÍA A. Ya era tarde; porque yo, desde mi lecho cubierto de guirnaldas y de bendiciones, los había visto desfilar con indecible espanto. ¿Sabéis lo que significaba su aparición? La tisis secreta, roedora, que llevó al sepulcro al pobre niño. Mucho me temo que aun no se haya realizado por completo ese infausto presagio, y tiemblo por el OTRO. (Volviendo los ojos hacia la galería.)

ISABEL Desechad tan tristes ideas y volved a ser María Antonieta.

MARÍA A. Sí; pero no la María Antonieta de otros días, sino la hija de María Teresa. Mientras se combatió a la mujer y a la Reina, pude doblar la cabeza con resignación. Hoy se ataca abiertamente al Rey, a la monarquía, y por consiguiente al Delfín... debo luchar... y lucharé.

ISABEL Ya se ve. El Rey, mi hermano, es tan bondadoso...

MARÍA A. (Suspirando.) ¡Demasiado!

- ISABEL Sin embargo... (Oyese tambores. María Antonieta vuélvese hacia la galería.)
- MARÍA A. ¡ Ah !
- M. REAL ¡ El Rey ! ¡ el Rey !
- DELFIN (Echándole besos.) ¡ Viva el Rey !
- MARÍA A. (Sorprendida.) ¡ Tan pronto !
- M. REAL (Corriendo hacia su madre.) ¿ Consentís que vayamos a recibirle ?
- MARÍA A. Sí, hijos míos.
- DELFIN (Corriendo.) Yo le veré antes que mi hermana.
- MARÍA A. Campan... (Señalándole que siga a sus hijos.)
- M. CAMP. Voy, señora. (Siguiéndoles apresuradamente.)
- ISABEL ¡ Cómo hermana ! ¿ Os disgusta que haya vuelto el Rey antes de lo acostumbrado ?
- MARÍA A. No me disgusta : me sorprende. ¡ Qué queréis ! hoy es un día de tristes presentimientos para mí... Tengo miedo.

ESCENA III

Dichas y LUIS. (Entra en traje de caza y bastante turbado.)

- ISABEL Bien venido, hermano.
- LUIS (Dándole la mano.) Gracias, Isabel. ¿ Y la Reina, no me dice otro tanto ?
- MARÍA A. Oh, sí ; sólo que no viendo venir en vuestra compañía a madame Real y al Delfín...
- LUIS Están esperando con la Campan que baje mi hermana para dar un paseo en coche por el parque.
- ISABEL Voy al momento. (Estáis turbado.) (Bajo a Luis.)
- LUIS (No.) (Disimulando.)
- ISABEL (Acercándose a María Antonieta.) Animo, hermana.
- MARÍA A. No te apartes de mis hijos. (Vase Isabel. Luis se sienta sin ocultar su inquietud. María Antonieta observándole.) Señor, ¡ otras veces os ví volver más alegre de la caza !

- LUIS ¡ Otras veces !... pero hoy vuelvo antes de tiempo y bastante alarmado por la imprudencia que cometisteis estas noches pasadas...
- MARÍA A. ¿ Imprudencia, señor ?
- LUIS Ya comprenderéis que me refiero a la cena a que asististeis con el Delfín.
- MARÍA A. Señor, fué un acto inspirado por el corazón.
- LUIS Hay que recelarse de esas inspiraciones.
- MARÍA A. Perdonad, señor. Yo pensaba que cuando en París se conspira contra la monarquía, ésta tiene el derecho de conspirar en Versalles contra la revolución.
- LUIS ¡ El derecho ! Tenemos muchos : lo difícil es que nos permitan ejercerlos.
- MARÍA A. Creo que ha llegado el momento de recobrar lo perdido.
- LUIS (Con amargura.) ¡ Recobrar ! ¡ Bien decís, señora, y Dios quiera que no nos arrebatén lo poco que nos queda !
- MARÍA A. En fin, señor : al obrar como lo hice, recordé a mi madre. Cercada de enemigos en el interior, y amenazada por grandes ejércitos en las fronteras, corrió a Hungría, reunió una dieta en Presburgo y compareció ante ella con mi hermano José, que hoy ocupa el trono, y dijo : « Atacada, perseguida por innumerables enemigos y abandonada por los míos, no me queda otro refugio que vuestro valor y vuestra fidelidad : a vosotros fío el hijo de nuestros Reyes. » Yo repetí esas palabras en la sala del convite, y como los nobles Magyares que desenvainando la espada habían respondido : « moriremos por nuestro Rey, » aquellos nobles hidalgos exclamaron : « moriremos por el Rey y por la madre del Delfín. »
- LUIS María Teresa se había presentado a una dieta de Magyares y no en un banquete de jóvenes oficiales... luego... tened pre-

sente una cosa, y es que convendría no acordarse tanto de Viena, cuando se es Reina de Francia.

MARÍA A. (Resentida.) Señor: ¿seréis también de los que me llaman la austriaca?

LUIS Para mí sois la fiel esposa de Luis XVI: la madre del Delfín... Os amo y por esto tiemblo por vos.

MARÍA A. ¡ Sois asustadizo !

LUIS Bien sabéis que no sin razón me asustaban aquellas *Bodas de Figaro*, que os costaron lágrimas amargas y que os recuerda tan a menudo el *Amigo del Pueblo*, ese periódico del sanguinario Marat. Por vos temo, señora, no por mí.

MARÍA A. (Reprimiendo las lágrimas.) ¡ Gracias !

ESCENA IV

Dichos, CLERY y MALESHERBES

CLERY (Anunciando.) El señor de Malesherbes.

MALES. Señor... Señora...

LUIS Querido Malesherbes: os hemos llamado porque estamos persuadidos de que sois nuestro mejor amigo.

MALES. El Rey me hace justicia.

LUIS Sentaos. (Se sientan.) Estamos resueltos a deshacernos por segunda vez del señor Nécker.

MALES. ¡ Qué decís, señor !

LUIS Su política, de modo alguno puede venir a nuestros intereses.

MALES. ¿ Por qué, señor ?

LUIS Porque con todas sus reformas y teorías, no hace más que alentar las pretensiones de la revolución.

MALES. Perdonad, pero juzgo muy peligrosa su sustitución.

LUIS ¿ Peligrosa ?

MALES. Recordad, señor, que cuando Turgot sa-

lió del ministerio, Voltaire le hizo popular con aquellas memorables palabras...

LUIS Voltaire ha muerto, y por cierto que no creo que esté en el paraíso.

MALES. Es verdad ; pero en cambio tenemos en París a vuestro primo Felipe de Orleáns, Gran Oriente de los masones, y podría suceder que si destituyeseis a Nécker, su busto y el de vuestro primo fuesen llevados en triunfo.

LUIS ¿A tal extremo hemos llegado que la desgracia del Rey, señala el triunfo de los ministros?

MARÍA A. (Levantándose con despecho.) Ya no sé lo que nos queda por ver.

LUIS ¡ Oh ! mucho , señora : mucho. (Pausa.) Oíd, Malesherbes : el respeto que inspiráis a todos los partidos, aseguraría la popularidad a un ministerio presidido por vos, y el Rey os da el encargo de formarlo.

MALES. Señor... yo... ya lo he ensayado y bien sabéis que fué con muy poca fortuna. Por esto me he retirado enteramente de la política, para dedicarme por completo a la ciencia. Señor, no desoigáis el consejo de un leal amigo ; conservad a Nécker.

LUIS ¡ Nécker ! Que ha convocado los Estados Generales sin ser capaz de reprimir sus excesos, ni de apagar la demoledora voz de Mirabeau ; Nécker, que ha dado ocasión a Lafayette para proclamar los derechos del hombre y exigir la responsabilidad de los ministros ; Nécker, que osa proponer la Constitución inglesa : Nécker, a cuya impericia se debe que la autoridad del Rey de Francia quedase reducida a la de Rey de la Corte. Nécker... nunca.. jamás.

MALES. (Respetuosamente.) Bien veo, señor, que hoy como ayer, mis leales consejos serían de todo punto ineficaces. Puede que se equi-

voque mi experiencia ; pero soy de los que creen que el despotismo no puede existir ni en Francia ni en otra parte, porque es impotente para detener la erupción del volcán cuyas primeras chispas os asombran. Ved si no ; los teatros se cierran, los talleres quedan desiertos ; la muchedumbre se echa a la calle ; Lafayette se pone al frente de la guardia nacional ; a la bandera blanca del Rey añade los colores azul y carmesí de la ciudad de París, y exclama : «esta bandera dará la vuelta al mundo,» y al día siguiente el pueblo amotinado destruye la Bastilla.

LUIS (Levantándose muy agitado.) Basta, señor de Malesherbes, ¿cuándo nos volveremos a ver?

MALES. Cuando vuestra majestad necesite más de un amigo, que de un ministro.

LUIS (Tendiéndole la mano y suspirando.) ¡ Dios quiera que no sea muy pronto ! (Vase Malesherbes.)

ESCENA V

LUIS y MARÍA ANTONIETA

MARÍA A. (Levantando la cabeza después de una pausa.) Y bien, señor... ¿continuará el ministerio Nécker?

LUIS No, señora. En primer lugar porque Nécker no es católico, y luego... porque ya sabéis que con el señor de Nécker no podemos entendernos.

ESCENA VI

Dichos y MONSEÑOR DE PROVENZA

PROVEN. (Entrando con ademán irritado.) ¡ Ay del autor de semejante insulto !

LUIS ¿Qué pasa, monseñor?

PROVEN. ¡ Una infamia !

LUIS ¡ No será la primera ! ¿ Y en qué consiste esta nueva infamia ?

PROVEN. Al volver de la caza entré en mi biblioteca, y al abrir los periódicos ¿qué diríais que he encontrado juntamente con el *Amigo del Rey*? El *amigo del Pueblo*, de Marat.

LUIS ¡Oh! (Luis y María Antonieta cambian una mirada.)

PROVEN. ¿Quién lo ha puesto allí? Es un misterio... En mi biblioteca sólo entran mis secretarios y mi ayuda de cámara, cuya lealtad...
LUIS (Mirándole de hito en hito.) ¡Ah, monseñor! Hay mucha hipocresía en la Corte...

(Viendo que Provenza lleva un periódico.) Pero si no me engaño traéis en la mano el *Amigo del Pueblo*. ¡Cómo, príncipe! ¿No teméis ensuciaros con el fango de Marat? ¿Lo habéis leído?

PROVEN. Sí, para...

MARÍA A. ¿Para ver si contenía un libelo contra vuestra hermana la Reina? (Provenza vuelve la cabeza confundido.)

LUIS ¿Será verdad?

MARÍA A. Decid.

LUIS ¡Es singular! Siempre las envían a vos esas sátiras... ¿Será que conocen vuestra afición a ese género literario?

PROVEN. ¡Yo!...

LUIS O quizás sea una fatalidad.

PROVEN. Os juro, señor...

LUIS En vez de jurar, haced lo que debíais haber hecho ya en vuestra biblioteca: rasgad ese inmundo libelo.

PROVEN. Es verdad. (Va a rasgarlo.)

MARÍA A. No, Provenza; os lo prohibo. La calumnia hay que conocerla, no para combatirla, porque en Francia es invencible; pero sí para castigarla. (Mirando a Luis.)

PROVEN. Soy de la misma opinión. (Le tiende el periódico.)

LUIS A mí, monseñor. (Apodérase del periódico y lo lee muy indignado mirando tan pronto a la Reina como a Provenza, que le contempla atentamente. Por último

lo rasga impetuosamente y vuélvese irritado a Provenza, diciéndole :) Salid.

PROVEN. Pero...

LUIS Quiero estar solo con la Reina. (Levantándose enérgicamente.) Salid. Soy el Rey. (Provenza dobla la cabeza y sale lentamente.)

MARÍA A. Preciso es que Marat haya dicho alguna cosa muy terrible, porque es la primera vez que os veo tan irritado.

LUIS Si sólo fuese Marat... (Mirando a la puerta por donde ha salido Provenza.) Me lo esperaba... ya os lo había dicho...

MARÍA A. ¿Y de qué me acusan?

LUIS No lo sé.

MARÍA A. Tengo valor para oírlo todo.

LUIS Pero yo no lo tengo para repetirlo.

MARÍA A. (Angustiosamente.) Hablad.

LUIS Pues bien : el párrafo es corto pero bueno. Dice que en Versalles y en tanto que el Rey caza tranquilamente, la Reina, en compañía de sus camaristas, brinda con los oficiales de la guarnición por la prosperidad de la monarquía y la ruina de la nación.

MARÍA A. ¿Y qué más?

LUIS Que la Reina lucía en el pecho una escarapela negra, que ponía de relieve la blancura de su seno...

MARÍA A. ¡ Infames ! Seguid.

LUIS Y que estas orgías terminaban entre las sigilosas sombras de los bosquecillos...

MARÍA A. Pero vos no creeréis ni una palabra de todo esto...

LUIS Yo no creo a Marat ; pero el pueblo cree a su *Amigo*. (Con sarcasmo.)

MARÍA A. (Indignada.) ¿No se alzan ya cadalsos para los asesinos?

LUIS ¡ Cadalsos ! ¡ Cadalsos contra Marat !

MARÍA A. Luis XV hacía respetar a madame du Barry, que al cabo no era más que su querida, y vos no podéis lograr que respeten a la Reina, a la madre de vuestros hijos.

- LUIS Luis XV ya lo había dicho : «Después de mí, el diluvio,» y mi abuelo fué profeta.
- MARÍA A. Perdonad, señor : cuando se desciende de Enrique IV, es preciso saber montar a caballo y blandir la espada.
- LUIS Basta, señora, basta. El Rey sabrá ser Rey... pero... ¿oís?... (Escuchando un lejano rumor.)
- MARÍA A. ¿Qué pasa?
- LUIS Me parecía oír... un rumor vago... prolongado...
- MARÍA A. Vuestra imaginación está tan exaltada...
- LUIS No... ¿no oís?
- MARÍA A. (Escuchando.) Sí... en efecto... Será el viento que agita las copas de los árboles.
- LUIS Puede... (Sube a la galería.) No, señora ; no se mueve una hoja... es un rumor lejano que se va aproximando por momentos.
- MARÍA A. (Agitada.) ¡ Señor ! ¡ Entrad en nombre del cielo !
- LUIS Sí, se aproxima... veo alzarse nubes de polvo en lontananza... Venid, señora.
- MARÍA A. (Da algunos pasos pero no se atreve a acercarse a la galería.) Será tropa.
- LUIS ¡ Tropa !... Psh... (Acercándose a la Reina le dice en tono misterioso.) No... Es el llamamiento de Marat a las turbas hambrientas de París... Señora, el 14 de julio le tocó el turno a la Bastilla... hoy que estamos a 5 de octubre, tal vez le toque a Versalles.
- MARÍA A. (Recordando con presentimiento.) ¡ Hoy !... ¡ Hoy !... Pero entonces... (Toca febrilmente la campanilla.)

ESCENA VII

Dichos y CLERY

- LUIS ¿Qué pasa, Clery?
- CLERY ¿En dónde, señor?
- LUIS ¿No habéis oído ese extraño rumor?

- CLERY Sí tal; pero no le hemos dado importancia, porque se oye casi todos los días.
- MARÍA A. (Impaciente.) Pero yo quiero saber...
- LUIS Decid al duque de Brissach que envíe un destacamento de guardias.
- CLERY Creo, señor, que ya lo ha hecho.

ESCENA VIII

Dichos y MALESHERBES

- MALES. (Dentro.) ¡ El Rey !... ¡ El Rey !... (Saliendo y viéndoles.) ¡ Ah, señor !... ¡ Señora !... llegó el momento ; huíd... huíd...
- LUIS ¿ Huir ?
- MARÍA A. Pero, por Dios... ¿ qué sucede?... ¿ qué ocurre ?
- MALES. Una turba inmensa capitaneada por el cervecero Santerre y seguida de Lafayette, con sus guardias nacionales, que se dirigen hacia aquí.
- MARÍA A. (Dando un grito se dirige hacia la puerta por donde han salido sus hijos.) ¡ Ah ! ¡ mis hijos !
- LUIS Deteneos. Id vos, Clery, con los escuderos y los guardias...

ESCENA IX

Dichos, PROVENZA y Guardias de Corps.

- MARÍA A. ¿ Qué es eso, Provenza ?
- PROVEN. Que todo París se arroja sobre Versailles... ¡ Oh, vil Marat !...
- MARÍA A. ¡ Y no vienen ! ¡ No vienen ! (Quiere ir muchas veces a la galería, pero no se atreve a entrar.)
- PROVEN. No hay que asustarse : los puntos están bien guardados.
- MARÍA A. Sí ; pero, ¿ y mis hijos ? ¡ mis hijos !
- PROVEN. Luego la mayoría de esa canalla se compone de mujeres y pilluelos...

MARÍA A. ¡Y Clery que no vuelve!

MALES. (A Luis que se ha sentado abatido.) Señor, huíd. Basta un regimiento para proteger la fuga.

MARÍA A. Sí, Luis; os lo ruego de rodillas; huíd.

PROVEN. Pero hermana, un Rey que huye es un Rey que abdica.

LUIS (Alzando la cabeza.) ¡Ah! ¿conque vos creéis que el Rey antes debe morir que apelar a la fuga? (Levantándose con resolución.) Soy de vuestra opinión.

ESCENA X

Dichos y EL DUQUE DE BRISSACH, seguido de guardias y nobles.
(María Antonieta se estremece a la entrada de cada personaje.)

BRISSACH (Furioso y con la espada en la mano.) Señor. El coronel del regimiento de Flandes espera vuestras órdenes. Y yo vengo también a recibirlas para saber si debo hacer fuego contra esa canalla.

MARÍA A. ¡Ah! (Provenza hace señal de adhesión.)

LUIS (Que la ha sorprendido.) Os lo prohibo terminantemente. El Rey no quiere que se derrame una sola gota de sangre francesa, ni por él, ni por su familia.

PROVEN. (Muy excitado.) Debo observar a vuestra majestad que esa turba armada ha invadido el parque...

LUIS ¡Cómo!

MARÍA A. ¡Ah! ¡Mis hijos! ¡Mis hijos!

MALES. (Queriendo detenerla, lo mismo que el Rey y Brissach.)
¡Señora!

MARÍA A. ¡Dejadme! ¡Mis hijos!

ESCENA XI

Los mismos, CLERY, llevando de la mano a MADAME REAL y al DELFÍN, muy espantados. En pos de ellos ISABEL, aterrada, sostenida por MADAME CAMPAN. Nobles y Guardias.

(María Antonieta apodérase de sus hijos, los abraza febrilmente y los cubre de besos llorando y riendo de gozo.)

MARÍA A. ¡ Hijos míos !

M. REAL Y DELFÍN ¡ Mamá ! ¡ Mamá mía !

LUIS (A Isabel, que se arroja en sus brazos.) ¡ Hermana !

ISABEL Luis : sólo el arrojo de esos caballeros ha podido librarnos del furor de esa turba enfurecida. A mí me tomaron por la Reina... y... (Mirando a María Antonieta compasivamente.) amenazábanme con las hachas y las picas, llenándome de improperios y groseros insultos. Ya íbamos a caer en sus manos, cuando un pelotón de guardias vino en nuestro auxilio, trabándose una violenta lucha en la que he visto morir al valiente Varicour.

LUIS ¡ Pobre hermana mía ! (Auméntase el rumor, que no ha cesado ni un momento y que en esta escena se manifiesta con gritos y estrépido.)

PROVEN. Pero, ¿ no oís, señor ?

BRISSACH (Blandiendo la espada.) Señor, permitidme que cierre con ellos.

LUIS Os digo que no. Llevad a la Reina, a mis hijos y a mi hermana a la sala del Torreón. Confío a la fidelidad de mis guardias de corps tan precioso depósito. Yo recibiré solo a mi pueblo sublevado. Estando solo no temo.

ISABEL (Acercándose al Rey.) ¡ Dejaros, señor !

MARÍA A. ¡ Imposible !

M. REAL Y DELFÍN (Tendiendo las manos al Rey.) ¡ No, no ! (Oyese un rumor subterráneo como de cañones que ruedan y de puertas derribadas, y luego el fuerte rugido de la muchedumbre. Madame Real y el Delfín se guarecen en el regazo de su madre.)

MARÍA A. ¡ Dios mío ! (La multitud ruge.)

ESCENA XII

Dichos, LAFAYETTE y dos ayudantes

- LAFAYE. (Dentro con voz tonante.) Ocupad y defended las puertas, las antesalas y los corredores : pero ni un tiro, ni una estocada sin la orden de Lafayette. (Entra vestido de general de la guardia nacional, con la grán faja tricolor y la espada desenvainada. Un ayudante le lleva el sombrero. Lafayette, al ver al Rey, inclina la punta de la espada.)
- LUIS (Con firmeza.) ¿Viene Cromwell a prender a Carlos primero?
- LAFAYE. Viene Lafayette a salvar a Luis XVI. El general de los Estados Unidos, quedó en América : el que tenéis delante es el general de la guardia nacional de París, que ha jurado fidelidad a la Constitución y al Rey.
- LUIS ¿Y a qué viene, pues, esa muchedumbre? ¿Qué pide? ¿Qué quiere?
- LAFAYE. Lo que no encuentra en París.
- SANTERRE (Dentro.) ¡ Pan !
- MIL VOCES (Dentro.) ¡ Pan ! ¡ Pan !
- LAFAYE. ¡ Ya lo oís, señor !
- SANTERRE (Dentro.) ¡ Muera el rey molinero !
- TODOS ¡ Muera !
- LAFAYE. Estos gritos significan que en París no hay trigo, mientras que rebosan los graneros de Versalles, y el pueblo tiene hambre.
- LUIS ¡ Calumnia ! ¡ Impostura ! Yo voy a desengañar a mi pueblo. (Queriendo ir a la galería.)
- ISABEL (Deteniéndole.) ¡ Hermano !
- PUEBLO (Dentro.) ¡ Queremos la austriaca !
- MARÍA A. ¿ Oís señor ?
- M. REAL y DELFÍN ¡ No, mamá, no !
- PUEBLO (Dentro.) ¡ La austriaca ! ¡ la austriaca !
- LAFAYE. Salid, señora ; y enseñadles el Delfín.

- LUIS (Horrorizado.) ¡Qué!
- LAFAYE. No temáis. El patio está lleno de mujeres... (A la Reina.) Son fieras, señora, son tigres, todo lo que queráis... pero son madres. Salid, yo os respondo de todo con mi cabeza. (María Antonieta entra en la galería aterrada y presentando a sus hijos al pueblo. Luis da un grito. Lafayette, Malesherbes y otros le rodean.)
- LUIS ¡Ah!
- ISABEL ¡Animo, hermano!
- PUEBLO (Dentro.) ¡Fuera chiquillos, fuera!
- MARÍA A. (Exaltada hace arrodillar a sus hijos, que se abrazan a sus rodillas, y abre los brazos, exclamando:) ¡Franceses! ¿Mataréis a la madre del Delfín? (Luis se deshace de los que le rodean y se dirige a la galería, pero visto por Lafayette, se le anticipa y grita con voz de trueno y levantando la espada.)
- LAFAYE. ¡No, franceses! no os deshonréis... (Echa la faja sobre María Antonieta.) ¡Viva la Reina!
- PUEBLO (Dentro.) ¡Viva la Reina! (Aplausos dentro. María Antonieta hace levantar a sus hijos y los enseña al pueblo. Los aplausos y vítores aumentan.)
- LAFAYE. (Corre al Rey y le dice:) ¡Se ha salvado!
- PROVEN. (Por ahora).
- LUIS (Tendiendo la mano a Lafayette.) ¡Gracias, general!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Gran salón en las Tullerías. Dos puertas en el fondo. La de la izquierda se supone ser un balcón. La de la derecha la puerta de entrada. A derecha e izquierda puertas laterales que conducen, las de la derecha a las habitaciones de la Reina, y las de la izquierda a las del Rey. Entre las dos puertas del fondo, el retrato de Carlos I de Inglaterra. Mesas, sillones, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

MADAME CAMPAN y CLERY vestidos de negro, la primera viene del departamento de la Reina y el segundo del cuarto del Rey.

M. CAMP. ¿Cómo está el Rey, señor Clery?

CLERY Encerrado en su despacho.

M. CAMP. Venía a saber noticias, porque la Reina está muy inquieta.

CLERY No lo está menos el Rey. Desde los terribles sucesos del 20 de julio, está poseído de una tristeza indecible. Ya no se hace ilusiones. ¿Y la Reina qué hace? Su majestad ha pedido muchas veces noticias de ella.

M. CAMP. Está inconsolable. La torturan los remordimientos, porque ella fué quien aconsejó y ayudó a tramar la fuga, cuya consecuencia fué el arresto de la familia real en Varennes, y aquel horrible viaje que hubo de hacer hasta París en medio de las turbas

amotinadas ; luego la reciente muerte de su hermano Leopoldo...

CLERY ; Ah ! su familia ha hecho bien poco por ella.

ESCENA II

Dichos, MADAME ISABEL vestida de luto y MADAME LAMBALLE en traje de viaje, por el foro.

ISABEL ; Querida prima ! ¡ Cuán contenta estará mi hermana María Antonieta de vuestro regreso !

LAMBALLE También lo creo.

M. CAMP. ; La señora princesa de Lamballe !

CLERY (Inclinándose y admirado.) ¿ Vos aquí, señora ?

LAMBALLE (Tendiendo la mano a madame Campan.) Ya lo veis, querida mía ; volvemos a encontrarnos... parece que os sorprende mi venida, y a vos también mi buen Clery.

CLERY Señora, si he de deciros la verdad...

ISABEL (A Lamballe.) Lo cierto es, querida María, que cuando hasta nuestros hermanos nos han abandonado, para refugiarse en Alemania, vuestro regreso no puede menos de sorprendernos y conmovernos en sumo grado.

LAMBALLE No ha sido poca fortuna que no me hayan conocido al entrar en París provista de un pasaporte inglés. Señora Campan, ¿ queréis hacer el favor de anunciarme a la Reina ?

M. CAMP. Con muchísimo gusto. (Vase por la derecha.)

CLERY ¿ Queréis que os anuncie al Rey ?

ISABEL No, Clery. Prefiero que la princesa vea primeramente y a solas a la Reina... ¿ No os parece ? (A madame Lamballe.) (Clery vase por el foro.)

LAMBALLE Gracias : sois la amiga previsora de siempre.

ISABEL ¡ Ah, María ! Mucho me temo que habréis

llegado la víspera de una espantosa catástrofe.

LAMBALLE ¡ Ah ! No lo sentiría por mí. (Viendo abrirse la puerta del cuarto de la Reina.) ¡ Ella ! ¡ qué contenta estoy !

ESCENA III

Dichas, MARÍA ANTONIETA, MADAME REAL, y EL DELFÍN

MARÍA A. (Dentro.) ¡ La Lamballe ! (Entra con madame Real y el Delfín, muy pálida. Al ver a la princesa cae llorando en un sillón, y exclama:) ¡ Oh, María !... ¡ María !...

LAMBALLE (Muy conmovida.) ¡ Ah, señora !

MARÍA A. (Abriéndole los brazos a los cuales se arroja la princesa.) Lo sabía. Ya lo veis, hijos míos, el ángel ha venido.

M. REAL (Yendo a abrazar a la princesa.) ¡ Cuán buena sois, Princesa ! Dios os ha traído para consolar a nuestra madre que es tan desgraciada... ¡ Ah ! sí ; sois un ángel.

DELFÍN ¡ Un ángel muy hermoso !

LAMBALLE Monseñor sí que está hecho un arrogante Delfín.

MARÍA A. (Con melancólica sonrisa.) ¿ Lo creéis así, María ?

ISABEL ¿ Queréis que vayamos al cuarto del Rey ?

M. REAL Y DEL. ¡ Oh ! ¡ sí, sí !

MARÍA A. Y luego volved aquí sin falta.

DELFÍN Bien, mamá. (María Antonieta besa a sus hijos que saludan a Lamballe, y salen por la izquierda con madame Isabel. La Campan sale por el fondo, después de haber colocado un sillón para la princesa, al lado de María Antonieta.)

ESCENA IV

MARÍA ANTONIETA y MADAME LAMBALLE

LAMBALLE Vuestro hijo debe ser un gran consuelo para el corazón de vuestra majestad. (Mirando al Delfín.)

MARÍA A. ¡ Ah ! lo sería, sí... pero no me llaméis majestad. Ya no hay títulos en la Corte. Ya no hay (Con amarga sonrisa.) etiqueta. ¡ Ya sabéis cómo la detestaba !... Pues me han dado gusto ; ha desaparecido por completo... ¡ Oh ! ¡ cuántas cosas tenemos que decirnos !... pero ante todo, María, ¿ por qué habéis venido en estos momentos ?

LAMBALLE Para compartir vuestras penas, como en otros días compartí vuestras alegrías.

MARÍA A. Sentaos a mi lado, María. Recordemos un momento aquellos dichosos días, a los cuales me parece volver cuando os contemplo. ¡ Cuán feliz soy en este instante ! (Con terror.) ¡ Pero no, porque ya empiezo a temblar por vuestra vida !

LAMBALLE ¿ Por mi vida ?

MARÍA A. Sí ; porque soy una mujer fatal, predestinada, fatídica... porque mis besos envenenan... porque cuantos me aman mueren... Huíd, María, huíd.

LAMBALLE ¡ Huir ! ¿ Creéis que me faltaría valor para morir a vuestro lado ?

MARÍA A. (Horrorizada.) ¡ Oh, no !

LAMBALLE Entonces ¿ a qué habría venido ? Pero desechemos tan tristes ideas. Estoy aquí para reanimar vuestras esperanzas ; para traeros un consuelo, una buena noticia que ya os habría dado antes, si...

MARÍA A. ¡ Una buena noticia ! ¡ Ah ! para mí todo ha concluido.

LAMBALLE No : oíd, querida Antonieta. Nada he podido lograr en las Cortes de Londres y San Petersburgo ; pero en cambio, vuestro sobrino Francisco II, me recibió muy cariñoso en Viena, le hablé mucho de vos, me postré a sus pies, bañé sus manos con mis lágrimas...

MARÍA A. Gracias, María ; pero nada espero de mis parientes ; nada. Cuando un hermano, el conde de Provenza, pone el remate a sus tenebrosas maquinaciones haciéndose pro-

clamar en Coblenza, Regente del Reino, so pretexto de que Luis está prisionero en las Tullerías, ¿qué podemos ya esperar? Sólo la muerte.

LAMBALLE No; el Emperador me prometió que él y Federico Guillermo, estaban resueltos a restaurar en Francia la monarquía de Enrique IV, la legítima herencia del Delfín.

MARÍA A. (Como viendo ya un rayo de esperanza.) ¡Del Delfín! ¡Ah! ¡si fuese posible!... (Va a levantarse, pero vuelve a su abatimiento.) Pero es tarde.

LAMBALLE No, no; ánimo. Ya os lo habría dicho antes; pero no me atreví a fiarlo en una carta. Hablemos de otra cosa. ¿No queríais que reviviesen nuestros alegres recuerdos, los hermosos días del Triánón?

MARÍA A. (Tristemente.) ¡Ah! Esos...

LAMBALLE Sólo os pido una de vuestras sonrisas.

MARÍA A. (Dejando caer la cabeza sobre el hombro de Lamballe.) ¡Ya no sé sonreirme!

LAMBALLE (Mirando sorprendida los cabellos de la Reina.) ¡Qué veo! ¡vuestros cabellos han encanecido... a treinta y siete años!...

MARÍA A. Es un recuerdo del arresto de Varennes... Al recorrer lentamente aquel interminable calvario, nacieron estas canas entorno de mi frente, inclinada bajo los insultos del populacho. ¡Ah, María! he apurado el cáliz del dolor hasta las heces. No creía sobrevivir a aquel segundo viaje, y sin embargo he debido soportar muchos ultrajes, sin duda porque estoy destinada a un suplicio más largo, más horrible todavía.

LAMBALLE ¡Oh! no, ¿qué decís?

ESCENA V

Dichas y MADAME CAMPAN

M. CAMP. Perdone vuestra majestad si me atrevo a presentarme sin ser llamada...

MARÍA A. ¿De qué vienen esos reparos? Decid;
¿qué ocurre?

M. CAMP. El general Lafayette...

MARÍA A. (Sorprendida y aterrada.) ¡Lafayette en París
y en las Tullerías, cuando sabe que el Rey
no quiere recibirle!

M. CAMP. Señora, viene tan agitado, es tanta la in-
sistencia con que solicita veros, que me
atreví a anunciarle. ¿Qué le digo?

MARÍA A. (Después de un momento de vacilación.) Que entre.
No os asustéis, María. En París no se
pasa un día sin incendios o motines: es
nuestra vida normal, y ya estamos acos-
tumbrados a ella.

ESCENA VI

Dichas y LAFAYETTE

LAFAYE. (Entrando impetuosamente.) Señora... ¡La prin-
cesa María en París!

MARÍA A. Y el general Lafayette ¿cómo ha abando-
nado su campamento?

LAFAYE. Para venir a pedir cuenta a la Asamblea
de los horrores del 20 de julio... Lo que
yo siento es no poder impedir otros tal vez
más espantosos que nos amenazan para el
10 de agosto.

MARÍA A. ¡Hoy!... (Espantada.) (Luego resignada.) ¿Qué
pasa?

LAMBALLE. Hablad, general.

LAFAYE. ¡Ah, princesa Lamballe! ¿Por qué ha-
béis venido a entregar vuestra hermosa
cabeza a la revolución?

MARÍA A. ¡Ah! (Levantándose horrorizada.)

LAMBALLE. ¿Por qué lo decís?

LAFAYE. ¿Quién ha dado al emperador Francis-
co II el desatinado consejo de enviar a
Francia un cartel de desafío?

MARÍA A. (Mirando a madame Lamballe.) ¿De desafío?

LAMBALLE. ¡Cómo!

- LAFAYE. ¡Qué otro nombre merece la insensata amenaza que ha enviado, ordenando que se anule la Constitución jurada por el Rey y que se restablezca el trono de Luis, o que de lo contrario doscientos mil austro-prusianos y diez mil emigrados entrarán en Francia dentro ocho días!
- MARÍA A. Es la justicia de Dios que empieza.
- LAFAYE. Decid la cólera, señora.
- MARÍA A. Sí; pero sobre los rebeldes... ¡Oh! venid ángeles exterminadores... apresuraos... un poco de aire de libertad, de venganza... gracias, gracias, María.
- LAFAYE. Señora... os entusiasmaís al borde de la tumba.
- MARÍA A. ¿Por qué?
- LAFAYE. Porque esta soberbia y estúpida amenaza fué recibida con un rugido de indignación que hizo temblar a la Asamblea. Porque la bandera roja enarbolada por Danton ondea por las calles; porque las turbas arrastradas por las furias del 20 de julio, se han congregado en los campos Eliseos, atizadas por quinientos marseleses que han cruzado toda la Francia entonando la *Marseles*.
- MARÍA A. ¿Qué canto es ese?
- LAFAYE. Es el canto del Rhin, señora, un grito menos fratricida que el de *ça ira*, pero más patriótico y no menos tremendo; un canto que más que himno parece un trueno, un volcán que sepultará bajo un lago de sangre, no sólo vuestro trono, sino todos los tronos de Europa.
- MARÍA A. (Aterrada) ¡Ah! basta; callad. (Se oye el acercado y lejano toque de la campana)
- LAFAYE. ¡Oís?
- MARÍA A. ¡Dios mío!
- LAMBALLE. ¿Qué nos anuncia ese terrible toque?
- LAFAYE. La anarquía, el espanto, el furor, la convicción de mi impotencia para salvaros; el terrible convencimiento de que nada

puedo hacer por vos, señora. Os he sacrificado mi popularidad, y mi cabeza corre tanto peligro como la vuestra... Vuelvo al campamento donde me llaman mis juramentos y mi honor. Voy a combatir a los enemigos de Francia y a morir como soldado. Dios tenga piedad de vos, señora.

(Vase rápidamente. Vuelve a oírse la campana.)

MARÍA A. ¡ Ah, María ! ¿ Por qué habéis ido a Viena ? ¿ Por qué habéis venido ? ... Huíd, huíd.

LAMBALLE La princesa de Lamballe no huye : sabe morir.

MARÍA A. Y moriremos...

LAMBALLE Pero juntas. (Abrazándola.)

ESCENA VII

Dichas y MADAME CAMPAN

M. CAMP. ¡ Qué horror, señora ! las turbas han rodeado las Tullerías, los patios están invadidos, la guardia nacional fraterniza con el pueblo y están apuntando dos cañones contra el palacio.

ESCENA VIII

Dichas, MADAME ISABEL, MADAME REAL y EL DELFÍN

MARÍA A. ¡ Hermana ! ¡ hijos míos !

M. REAL (Corriendo con el Delfín hacia su madre.) ¡ Huyamos, mamá !

DELFÍN ¡ Como el 20 de julio ! (Espantado.)

MARÍA A. El Rey ¿ dónde está el Rey ?

ISABEL En la sala del trono con los ministros y algunos nobles, para ver de qué modo puede salvarse todavía el Estado o al menos la familia real... Señora, retirémonos a vuestras habitaciones.

M. REAL Mejor a vuestro oratorio.

MARÍA A. (Cogiendo los niños.) Vamos pues. (Oyense rumores y gritos.) ¿Qué ruido es ese?

M. CAMP. (Señalando el cuarto de la Reina.) Viene de allí.

ISABEL (Temblando.) ¿De las habitaciones de la Reina?

LAMBALLE ¿Será posible?

MARÍA A. Sí... sí... (Retrocediendo con sus hijos mientras viene el tumulto.) Vienen por nosotros. (Abrense con estrépito las puertas de las habitaciones de la Reina y aparece Brissach con la espada desnuda y cerrando las puertas tras sí.)

ESCENA IX

Dichos y BRISSACH

TODOS ¡ Ah ! (Con terror.)

MARÍA A. ¡ Brissach !

BRISSACH Alejaos, señora ; vuestras habitaciones han sido invadidas por las turbas acaudilladas por Santerre.

TODOS ¡ Santerre !

BRISSACH Señora, no han de llegar a vos sino pasando sobre mi cadáver.

MARÍA A. Corramos al lado de vuestro padre. (Se dirigen todos hacia las habitaciones del Rey, de las cuales sale Clery.)

ESCENA X

Dichos y CLERY

CLERY ¿Adónde vais, señora? ¡ Deteneos !

MARÍA A. Vamos a unirnos al Rey.

CLERY Imposible, señora. Como en el 20 de julio, su majestad se encuentra en la sala del trono, enfrente del pueblo amotinado.

MARÍA A. ¡ Dios mío !

M. CAMP. ¡ Cielos !

- ISABEL ¡ Ah, Virgen Santa !
CLERY Sosegaos ; nada temáis. Le rodean los granaderos de la guardia, y su serenidad empieza a dominar la tormenta. Ya se oyen aclamaciones.
- ISABEL ¿ De veras, Clery ? ¿ No lo dices para animarnos ?
- CLERY Es la verdad, señora.
- MARÍA A. ¡ Dios sea loado !
- ISABEL Hermana, por caridad, ya sabéis que vuestra presencia podría irritarles.
- M. REAL Sí, mamá ; ya sabéis que quieren mataros.
- MARÍA A. (Con amarga sonrisa e inclinando la cabeza.) Es verdad.
- CLERY (Escuchando a la puerta.) El tumulto crece... se aproxima.
- LAMBALLE Huyamos a la galería.
- BRISSACH No : las turbas están posesionadas de los jardines. Más vale por aquí. (Señalando la puerta del foro.)
- CLERY Deteneos, señor Duque ; los suizos a duras penas pueden contener la multitud que ha invadido la escalera.
- BRISSACH ¡ Maldición ! (Cerrando violentamente la puerta. Oyese de nuevo y con más intensidad la campana.)
- ISABEL ¡ Dios de misericordia ! ¡ Es el toque de agonía !
- MARÍA A. Dios tenga piedad de nosotros.
- VOCES (Dentro.) ¡ Muera madame Veto ! ¡ Muera la austriaca !
- CLERY Ya están aquí ; van a derribar la puerta.
- BRISSACH (Dirigiéndose al foro.) Antes la muerte.
- MARÍA A. (Con autoridad.) Detenéos, Duque. Basta de víctimas. Dejad que derriben la puerta. (Siguen los gritos y golpes que tratan de derribar la puerta. María Antonieta se sienta, y todos los demás personajes forman grupo a su alrededor. Los niños se arrodillan a sus pies.)
- DELFIN ¡ Mamá !
- M. REAL ¡ Tengo miedo ! (Escondiendo sus cabezas en el regazo de su madre.)

PUEBLO ¡ Muera la austriaca ! ¡ Muera ! (Abrese la puerta con estrépito e invade la escena una numerosa turba abigarrada y armada de picas, guadañas y puñales. Al frente de todos ellos Santerre, vestido de comandante de la guardia nacional, con gran faja tricolor.)

ESCENA XI

Dichos, SANTERRE y pueblo

SANTERRE ¿Dónde está?

LAMBALLE (Adelantándose.) Aquí estoy.

TODOS (Levantando las armas.) ¡ Muera !

MARÍA A. (Cubriéndola.) ¡ Deteneos ! ¿No me conocéis? Si buscáis a vuestra Reina, yo soy.

SANTERRE (Dominado.) ¡ Vos !

M. REAL Y DELFÍN ¡ Ah ! (Huyendo hacia madame Isabel.)

SANTERRE (Se adelanta con las manos apoyadas en el puño de la espada, y después de contemplar a la Reina, exclama:) Ciertamente. Vos sois María Antonieta. Si no os es infiel la memoria, somos conocidos antiguos. Ya nos conocemos desde el 7 de octubre y el 20 de julio.

MARÍA A. Sí, señor Santerre.

SANTERRE Pero de un modo muy diferente. El 20 de julio entré en este palacio al frente de diez mil jacobinos, de diez mil perdidos... pero hoy vengo como amigo del orden... No... que no. Hoy soy vuestro protector... como si dijéramos otro Lafayette. (Guiñando el ojo.) Digo... si la señora no lo lleva a mal.

PUEBLO (Irreverentemente.) ¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja !

BRISSACH ¡ Señor Santerre !

SANTERRE (Al pueblo.) ¿De qué os reís, bestias? (A Brissach.) Sí, señor, soy otro Lafayette. Tengo el honor de participaros que el cervetero Santerre, aquí donde le veis, ha sido ascendido, de comandante de su batallón, a general en jefe de la guardia de París.

BRISSACH (Con desprecio.) ¡ Vos !

MARÍA A. ¡ Duque !

SANTERRE (Mirando con ceño a Brissach.) ¡ Aun hay duques en París ! ¡ Por mi fe que no lo creía ! Pero vamos al caso. Al fin y al cabo he venido para darme a conocer como sucesor de un señor marqués : del marqués de Lafayette ; y como él hacía aquí de prefecto, de maestro de ceremonias y de no sé qué más... *

PUEBLO ¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja !

SANTERRE He dicho que no hay por qué reirse ; ¿ estamos ? Permitid que os presente a esos buenos amigos que desean pedir os explicaciones de vuestros insultos.

MARÍA A. ¿ Qué insultos ? ¿ He insultado yo nunca al pueblo de París ?

PUEBLO Sí, sí.

MARÍA A. ¿ Cuándo ? ¿ En qué ? ¿ Cómo ?

SANTERRE Vistiendo de luto vos y toda vuestra familia por la muerte de Leopoldo, el padre del actual emperador Francisco, que pretende venir con su artillería a imponernos su voluntad.

PUEBLO ¡ Sí, sí, fuera los trajes negros !

TODOS ¡ Fuera ! ¡ Muera la austriaca !

MARÍA A. (Tendiendo los brazos.) ¡ Herid !

M. REAL ¡ No matéis a mi madre !

DELFIN ¡ No la matéis ! ¡ No !

UN DESCA. ¡ Ah ! ¿ Conque no quieres, Capeto ? (Lo coge por los brazos y lo arrastra.)

DELFIN ¡ Mamá ! ¡ Mamá ! (Resistiéndose. Sensación general.)

MARÍA A. (Hecha una leona.) ¡ Ah ! ¡ Mi hijo ! ¡ Cobarde !

SANTERRE (Apodérase del Delfín, y con dignidad dice al que cogió al niño.) ¡ Tú no eres madre, imbécil ! (Conserva el niño un momento, y lo devuelve a la Reina, diciendo:) Tomad, señora ; también yo tengo un hijo.

MARÍA A. Gracias, señor Santerre. (Sollozando.) ¡ Oh ! ¡ franceses ! ¿ Por qué me tratáis de este

modo? ¿Qué mal os he hecho? ¿Queréis que reniegue de mi primera familia? ¿Queríais vosotros, padres, madres, hermanos, que vuestras hijas y vuestras hermanas, después de casadas ya no se acordaran más de vosotros? ¿Pues por qué queréis que yo lo haga? ¿Porque soy la Reina? ¿Por ventura no tengo corazón? ¿Creéis que nunca he amado a Francia, yo la madre del Delfín? No, franceses; os lo juro por la vida de mis hijos. Si los ojos de la hija se volvieron algunas veces hacia Viena, el corazón de la esposa, de la madre, de la Reina, ha pertenecido y pertenecerá siempre a Francia, mientras vosotros lo queráis. (El pueblo da muestras de aprobación.)

SANTERRE (¡Hum! Hasta a mí me ha conmovido y esto no conviene.) Vaya, vaya, ciudadanos; en marcha. (Van a marcharse, pero se oyen tambores y todos se detienen.)

BRISSACH (Llegándose a la galería.) ¿Qué tambores son esos?

SANTERRE Por esos jardines se va a la Asamblea. (Se aproximan los tambores.)

CLERY (Llegándose a la puerta.) Señores: el Cuerpo legislativo. (Sensación general.)

MARÍA A. ¡El Cuerpo legislativo!

SANTERRE (¡El Cuerpo legislativo!)

ESCENA XII

Dichos, VERGNIAUD, y varios Diputados (con fajas tricolores.)

ISABEL (Corriendo a su encuentro con ademán suplicante.)
¡Ah! señor de Vergniaud...

LAMBALLE ¿A qué habéis venido?

MARÍA A. ¡Hablad!

VERG. Señora: el Cuerpo legislativo viene en estos terribles momentos a proteger la persona del Rey. (A Santerre.) Señor Santerre

¿cómo consentís que entre en las Tullerías, esa muchedumbre armada? En nombre de la ley, hacedla salir.

SANTERRE (De eso se trataba.)

VERG. Y vos quedaos : El Cuerpo legislativo os necesitará tal vez.

SANTERRE Estoy a las órdenes del Cuerpo legislativo. (Hace una seña al pueblo, que se retira.)

MARÍA A. (Alarmada.) Señor Vergniaud ¿ha sido el Rey quien ha pedido la intervención de la Asamblea?

VERG. Sí, señora ; por medio del ministro de Justicia.

MARÍA A. ¡ El Rey !

VERG. Y el Cuerpo legislativo ha venido a las Tullerías para evitar a Francia un gran delito.

ESCENA XIII

Dichos, LUIS y servidumbre

LUIS (Desde dentro.) ¡ La Reina ! ¡ mi hermana ! ¡ mis hijos ! (Entra muy pálido y agitado.) ¡ Ah ! Gracias, señor Vergniaud ; gracias, señores.

MARÍA A. Estáis muy conmovido. .

ISABEL ¡ Hermano !

LAMBALLE ¿ Qué ha sido ?

LUIS (Tendiendo la mano a madame Lamballe.) ¡ Ah, pobre María ! En mala hora habéis venido.

VERG. ¿ Qué ha pasado ?

LUIS Había creído poder evitar los horrores que se preparaban. Había logrado sosegar el pueblo en la Sala del Trono, cuando de pronto ví las llamas en el patio del Carroussel en donde humea la sangre francesa y dentro de poco...

VERG. Dentro de poco las Tullerías serán nuevamente asaltadas, y se verán cubiertas de

sangre y de cadáveres. ¿No es verdad, general?

LUIS (Aterrado al verle.) ¡Santerre!

SANTERRE El mismo que viste y calza.

VERG. Sólo os queda un recurso.

MARÍA A. ¿Cuál?

VERG. El de refugiarnos con vuestra familia en el seno de la Asamblea legislativa.

LUIS ¡Cómo! (Sorprendido y vacilante.)

MARÍA A. ¡Entregarse a sus enemigos!

ISABEL ¡El mismo!

LAMBALLE ¡Dios piadoso!

BRISSACH ¡No es posible!

VERG. No queda otro remedio, señor duque. El Cuerpo legislativo, no pudiendo ya salvar al Rey ni a la monarquía, probará de salvar al hombre y a su familia. Si queréis impedir que París se convierta en un lago de sangre, aplacad el furor de la horda revolucionaria, arrojándole la destitución del Rey.

LUIS ¡Destronado!

MARÍA A. (Temblando.) ¡Gran Dios! ¿Y os atrevéis a decirlo ante la madre del Delfín?

VERG. (Impetuosamente.) Señora, los girondinos habíamos propuesto la Constitución para salvar el trono y hacer la felicidad de Francia, y no se nos quiso escuchar; el Rey ha querido arrojar al abismo, no para salvar la patria sino para salvar la aristocracia y el clero. El pueblo lo ha comprendido, y si no le entregamos la corona, él se tomará la cabeza.

TODOS ¡Ah! (Los de la familia real.)

VERG. ¿No es verdad, señor Santerre?

SANTERRE Habéis hablado como un libro. (Vuelve a oírse el toque de la campana.)

LUIS (Con resolución.) Señores; ya nada tenemos que hacer aquí. Vamos a la Asamblea.

VERG. (A Santerre.) Vamos, Santerre.

SANTERRE (Tomando al Delfín en brazos.) Andando.

MARÍA A. Mi hijo.

SANTERRE ¡ No temáis, señora ! Nadie le tocará en tanto que le vean en brazos de Santerre.

DELFIN ¡ Mamá ! ¡ mamá ! (Desfilan todos por el orden siguiente. Abren la marcha los granaderos ; siguen el Rey y madame Isabel, en pos de éstos Vergniaud al frente de cuatro diputados : luego Santerre con el Delfín en brazos, seguidos de la Reina que no suelta la mano de su hijo : madame Real va pegada a María Antonieta y cierran la marcha los demás diputados, Brissach y demás figuras. Toda esa comitiva da la vuelta a la escena.)

MARÍA A. ¡ Gran Dios ! ¡ ten piedad de nosotros !
(La campana no cesa de tocar a rebato hasta que ha caído el telón.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

El 20 de enero de 1793

Habitación del Rey en la Torre del Temple. En el fondo chimenea con espejo y reloj. A la izquierda de ésta, puerta de dos hojas que conduce a un corredor y que sirve de entrada. A la derecha otra puerta que conduce al oratorio del Rey. Puerta a la izquierda que es de un gabinete y a la derecha, frente a la puerta, ventana con reja. Cómoda, canapés, sillas, y, en el centro, mesa con lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA

SANTERRE, sentado junto a la mesa con aire preocupado. Algunos municipales se calientan y fuman de pie junto a la chimenea. Centinelas en las puertas. SIMÓN, vestido de municipal, entra apresuradamente por el corredor. (Este personaje es de color ce-trino, demacrado y repugnante, mirada sombría, cejas negras, lar-go bigote del mismo color. Gorro frigio con escarapela tricolor. Fuma la pipa.

SIMÓN Heine aquí. (A los municipales.) ¿Dónde está Luis Capeto? (Un municipal le señala la puerta del gabinete.) ¿Allí? Buenas noches, ciudadano Santerre. ¡Viva la República! (Tirando el gorro sobre la mesa.)

SANTERRE ¿Estáis de servicio en la torre?

SIMÓN ¡Brava pregunta! Yo lo estoy siempre, cuándo como zapatero ...cuándo como

municipal. Aquí estoy en mi casa. (Frotándose las manos con siniestra risa.) Si no por la gracia de Dios, por la de la República. ¿He dicho algo? ¡ja! ¡ja! ¡ja! Tendría que ver que el zapatero Simón, el verdugo, como le llaman esos condenados, no pudiese contemplar de cerca la faz macilenta y demudada de Luis Capeto!

SANTERRE Pues te llevas chasco. Nunca se le ha visto tan sereno y tranquilo como esta noche.

SIMÓN ¡Por vida del que azotó a Cristo! ¿Es decir, que cuando la Convención Nacional le condena a dar el gran salto, (Hace ademán de cortar la cabeza.) es cuando ese gallina recuerda que es hombre?...

SANTERRE Allí le tenéis conversando tranquilamente con su defensor, el ciudadano Malesherbes.

SIMÓN (Con desprecio.) ¡Psh! ¿Está con ese imbécil realista!

SANTERRE ¿Realmente le tenéis por imbécil?

SIMÓN ¿No recordáis el estúpido escrito que ha osado dirigir al presidente de la Convención?

SANTERRE Casi lo recuerdo palabra por palabra. Dice: el que dos veces se negó a formar ministerio, reclama la honra de defender al Rey, previendo que por lo peligroso del cargo, serán muchos los cobardes que se negarán a admitirlo.

SIMÓN ¿Y el hombre que escribe eso, no es un imbécil?

SANTERRE Yo pienso, por el contrario, que es un hombre honrado y valiente.

SIMÓN ¿Sabes, ciudadano general, que tu cara afligida casi hace pensar?...

SANTERRE ¡Qué!

SIMÓN Que desapruebas la conducta de la Convención.

SANTERRE Sí que la desapruebo.

SIMÓN ¡Vive Dios! ¡Eso dice Santerre, el héroe

del 14 de julio y de tantas gloriosas jornadas !

SANTERRE Pues lo digo y lo repito.

SIMÓN Está visto que habéis heredado algo más que las charreteras del general Lafayette.

SANTERRE (Levantándose con impetu y sacudiendo un puñetazo en la mesa.) Zapatero Simón : soy Santerre y basta. Por esto te digo, imbécil, (Cogiéndole del brazo.) que debió matarse al tirano cuando sus tropas ametrallaban al pueblo, y no después de cinco meses mortales de cautiverio, que han servido para rehabilitarle y engrandecerle.

SIMÓN (Riendo sarcásticamente.) Sí, ¿eh?

SANTERRE Y tanto es así, por más que rías, que su condenación sólo se ha logrado por cinco votos de mayoría. Mañana es la ejecución. ¿Quién nos dirá lo que puede suceder mañana?

SIMÓN ¿Cómo?

SANTERRE Zapatero Simón ; por más que te pese, has de confesar que yo conozco este pueblo mejor que tú y que los que como tú piensan. El pueblo no había visto al Rey más que de lejos y... rodeado de incienso y aduladores ; no había visto nunca al hombre, y en esta habitación fría y solitaria los diputados, los municipales, los carceleros, han visto a un buen hombre vestido de luto como cualquier hijo de vecino, muy cariñoso con su familia y dedicado constantemente a la educación de su hijo. Y como si esto no fuese bastante, han visto también a la austriaca redimida por el infortunio y convertida en humilde sirvienta, han visto a una cariñosa niña y a un niño de rubia cabellera que arranca lágrimas a los ojos más secos.

SIMÓN ¡ Oh en cuanto a éste... algunas veces le he hecho llorar !... ¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja ! Ya veréis cómo lo despavilo en cuanto me encargue de él, como parece ha decretado

la Comune. (Frotándose las manos y riendo.) ¡Ja !
¡ja ! ¡ja ! ¡Ya veréis !... ¡ya veréis !

SANTERRE ¿Y cómo ha escuchado su sentencia de muerte, ese hombre de tan vulgar apariencia? Tranquilo, resignado, como si no se tratase de él. Cuando el secretario del Poder Ejecutivo, pálido como un muerto, acabó de leer con voz trémula el decreto, Luis lo dobló tranquilamente, y sacando de su cartera una carta dirigida a la Convención, púsose a leerla con voz tan firme, que el ministro Garat se descubrió respetuosamente, admirado de tanto carácter. ¡Ah ! ¡Ya veis lo que han hecho los estúpidos ! convertir al tirano en un héroe y al Rey en una víctima. En resumen : que a la República le caerá la eterna mancha de haber muerto al hombre, y de haber dado suelta al tirano. He aquí porqué debía haberse hecho el 11 de agosto lo que van a hacer mañana.

SIMÓN El 11 de agosto o el 21 de enero lo mismo da para el caso. Es cuestión de días. ¡Ja !
¡ja ! ¡ja !

UN MUNI. Luis Capeto.

ESCENA II

LUIS XVI del brazo de MALESHERBES seguido de CLERV y de dos municipales y dichos.

(Al entrar el Rey, Simón se pone el gorro que se habrá quitado durante la escena anterior y vuelve a encender la pipa, con pedernal, sentándose a horcajadas grotesca e irrespetuosamente. Los demás municipales que estaban en pie y descubiertos cúbrese y se sientan, y los centinelas descansan sus armas que tenían al brazo.)
LUIS Sí, virtuoso Malesherbes ; vuestro afecto es mi última flor que encuentro al pie del patíbulo. (Adelantándose y viendo el continente de los municipales y soldados.) ¡ Ved cómo me tra-

tan en mis últimos momentos ! (Acercándose a la mesa junto a la cual está sentado Santerre con la cabeza cubierta.) ¿Aun aquí, señor Santerre? ¿Acaso teméis que me escape? Perded cuidado... la mejor parte de mí huirá mañana sin falta... pero vos no la veréis.

SANTERRE Estoy esperando al ministro de Justicia, con la respuesta de la Convención... y esto para mi gobierno.

LUIS Y es muy justo... Entonces, si como es de prever, no se me concede la prórroga de tres días que he pedido antes de la ejecución, con vuestro permiso haré mi última comida. ¿Queréis servírmela, querido Clery?

CLERY (Llorando.) ¡ Ah, señor !

SIMÓN ¡ Qué es eso de señor ! Ya se han acabado los señores en París.

LUIS (Tendiendo la mano a Clery.) Ya lo oís, Clery, llamadme amigo. (Clery le besa la mano.) Id, amigo mío. (Vase Clery por el corredor.)

SIMÓN Capeto tiene apetito. ¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja !

MALES ¡ Miserable !

SIMÓN (Poniéndose de pie.) ¡ Qué !

LUIS (Apretando fuertemente las manos a Malesherbes para que calle.) Vos me acompañáis esta noche, ¿no es verdad? Necesito preparar mis fuerzas para mañana. Recuerdo que Carlos I, antes de ir al patíbulo, se abrigó interiormente para evitar que la impresión del frío se atribuyese a miedo.

MALES. Señor : admiro vuestro valor.

LUIS (Bajo y estrechándole la mano.) (Bien lo necesito.) (Vuelve a salir Clery con una cesta de viandas y la deja sobre la mesa. Santerre se levantó durante la anterior escena.)

SIMÓN (Quitando de la cesta cuchillos y tenedores.) En la cárcel no se permite usar cuchillos ni tenedores.

LUIS Está bien ; nos pasaremos sin ellos. (Clery pone tres cucharas sonriéndose.) Esos no ven sino puñales. Temen que me suicide. Por

fortuna no soy yo quien debe cometer el delito. Venid, Malesherbes.

MALES. Voy, señor.

SIMÓN ¡ Dale con el señor ! ¿ Qué es lo que te da tanto valor ?

MALES. El desprecio de ti y de la muerte.

LUIS (Se sienta en medio. Malesherbes a un extremo.) Sentaos, querido Clery. (Señalándole el otro extremo.)

CLERY ¡ Oh !... ¡ mi buen señor ! (Se sienta sollozando.)

SANTERRE (¡ Quién le hubiera creído capaz de tanta sangre fría !)

LUIS (Haciendo plato a Malesherbes.) Tomad, amigo.

MALES. (Llevando el pañuelo a los ojos.) ¡ Imposible, señor ! No tengo apetito.

LUIS (Después de ofrecer el plato a Clery que tampoco come, toma un pan, lo rompe y dice a Clery, ofreciéndole la mitad.) Lo haremos así.—Tomad, Clery ; así se sabrá que Luis XVI ha partido el último pan con su fiel servidor. (Clery, al tomar el pan lo besa y lo guarda en el pecho.)

CLERY El fiel servidor lo conservará mientras viva.

SIMÓN ¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja ! ¡ Y cuánta comedia ! (Levántase tarareando y da una vuelta a la mesa leyendo los rótulos de las botellas.) « Burdeos, Madera, Champagne. » No se dirá que no le tratamos a cuerpo de Rey.

CLERY (Procurando alejarle de la mesa.) ¡ Ciudadano !...

SIMÓN ¿ Qué tenemos ? Come y calla ; que no te verás en otra. A buen seguro que no os quejaréis de la hospitalidad del Temple.

LUIS No me quejo.

SIMÓN No se trataba tan bien a los presos cuando tú nos gobernabas ; entonces pan y agua por todo gasto, y al que no le acomodaba, una cruz en la panza y pata. Tu manutención le cuesta a Francia diez mil francos mensuales, y durante tu reinado los obreros franceses no tenían pan para sus hijos, y muchos murieron de hambre. (Coge

una botella, se escancia un vaso y grita con entusiasmo quitándose el gorro.) ¡Viva la nación! (Mientras bebe, los municipales y Santerre, todos de pie y descubiertos, responden:)

TODOS ¡Viva! (Menos Luis, Malesherbes y Clery.)

SIMÓN ¿Oyes, Capeto?

LUIS Os aseguro que no me ofende ese grito. (Levantándose con el vaso en la mano.) ¡Dios salve a Francia y la proteja! (Bebe. Clery levanta la mesa.) A propósito, Santerre; temo que algunos realistas hayan concebido el proyecto de promover un motín para salvarme cuando me lleven al suplicio.

SIMÓN ¡Hola!

SANTERRE ¿Cómo lo habéis sabido?

LUIS Me lo han hecho creer algunas voces que oí esta mañana al salir de la sala de la Convención. Os ruego encarecidamente que hagáis todo lo posible para evitarlo. Deseo que mi sangre sea la última que se derrame.

SANTERRE No temáis; la nación es fuerte, y la ley se cumplirá. (Mirando hacia el corredor.) El ministro Garat. (Luis alza los ojos al cielo.)

ESCENA III

Dichos, EL MINISTRO GARAT y algunos Convencionales

(Todos se levantan y se descubren. Los centinelas presentan las armas.)

GARAT (Descubriéndose.) Luis; os traigo la contestación del Consejo. La Convención Nacional, ha pasado a la orden del día sobre la prórroga. (Luis inclina la cabeza.) La sentencia debe ejecutarse a las ocho de la mañana inmediata. Corre el rumor de una conspiración realista, y esto ha obligado a anticipar la hora.

LUIS Entonces bien hace el Consejo en apresurar mi muerte... se lo agradezco.

- GARAT La Convención os concede además, que pueda acompañaros el abate Firmon. (Simón, los municipales y Santerre se sorprenden y murmuran.) Ya se le ha pasado aviso.
- LUIS ¿Y mi familia?
- GARAT Se os permitirá verla libremente y sin testigos.
- LUIS ¿Nada más?
- GARAT La nación, siempre grande, piensa en todo. El Delfín tendrá un ayo que cuide de él.
- SIMÓN (Ese soy yo.)
- LUIS Está bien. ¿Y en dónde podré ver a mi familia?
- GARAT En esta habitación. La haremos bajar cuando os plazca.
- LUIS Dejadme hablar antes con el abate Firmon.
- GARAT Estará aquí al momento.
- LUIS (Mirando el reloj.) Todavía he de pedir os un favor.
- GARAT Hablad.
- LUIS Si mi familia ignora mi sentencia, deseo que no se la comuniquen.
- GARAT La Convención lo ha prohibido rigurosamente.
- LUIS Mejor que mejor. Así podré estar tranquilamente un rato con los míos y les podré preparar para tan terrible golpe.

ESCENA IV

• Dichos y EL ABATE FIRMON

- FIRMON (Desde la puerta.) ¡Heme aquí! (Luis le tiende la mano y el abate hace ademán de arrodillarse.)
- SIMÓN (Deteniéndole.) ¡Phs! (El abate se detiene.)
- LUIS Gracias, señor abate, por haber accedido a los ruegos de un agonizante.
- FIRMON Los ruegos del hijo de san Luis eran una

honra para mí y debía escucharlos aunque fuese a costa de mi vida.

LUIS (A Garat.) Todavía he de pedirlos otro favor, señor ministro. Quisiera que este buen sacerdote no fuese perseguido ni mortificado por el acto de caridad que va a ejercer.

GARAT Será como lo deseáis.

LUIS Y la misma gracia imploro en favor de mi viejo Malesherbes por los generosos servicios que ha venido a prestarme en la cárcel y ante la Convención.

MALES. No paséis cuidado por mí, señor ; el viejo Malesherbes tenía que cumplir la palabra dada al amigo, y la ha cumplido calculando de antemano todas las consecuencias... A setenta y dos años, señor, sólo se temen los remordimientos, y yo no los tengo.

LUIS (Señalando al cielo.) ¿Cuándo y dónde volveremos a vernos?

MALES. (Con efusión.) No ; mañana, aquí, antes de las ocho.

LUIS (Echándole los brazos al cuello.) Alma grande ; te espero. (Malesherbes, después de abrazar al Rev, cruza lenta y dignamente la escena y sale.)

SIMÓN (A Garat.) Pregunto yo al ciudadano ministro : ¿ De qué modo ha de ver Capeto a su familia?

GARAT He dicho que a solas .

SIMÓN Pero según la orden de la Comune, no debemos perderlos de vista ni un momento.

GARAT Está bien ; salid al corredor, y desde allí podréis vigilarlo todo. (En este momento entra Santerre.)

LUIS No veréis más que lágrimas.

GARAT (A Santerre.) Vos, ciudadano Santerre, os encargaréis de la familia.

LUIS (A Santerre.) ¡ Por Dios !

SANTERRE Sé mi deber.

GARAT (Al salir con Santerre le dice bajo) (No ha sabido ser héroe sino en la cárcel.)

SANTERRE (Y probablemente en el cadalso.) (Cuando han salido Garat y Santerre, los Convencionales vuelven a cubrirse.)

FIRMON (Al notarlo.) ¡Animo, señor!

LUIS Ya estoy acostumbrado. Clery, ¿queréis encender las luces de mi oratorio?

CLERY ¡Voy, señor! (Entra en el oratorio.)

SIMÓN Y nosotros, ciudadanos, a tomar el fresco. (Salen todos los Convencionales y en cuanto han desaparecido, se oye el canto de la Carmañola o del «Ça ira».)

ESCENA V

LUIS y FIRMON; CLERY (en el oratorio.)

LUIS (Dejándose caer en un sillón.) ¡Por fin!

FIRMON ¿Qué cantan?

LUIS Una grosera canción en la que se injuria a la Reina. Os ruego que me perdonéis el insulto que por mi causa habéis recibido.

FIRMON Señor, yo soy, por el contrario, quien debe inspiraros fuerzas para perdonar a vuestros enemigos.

LUIS Es verdad... Mas para quedar solo con vos hasta los últimos momentos, necesito separarme de la tierra... No dudo del valor del Rey, del hombre, del cristiano; pero sí del valor del marido, del hermano, del padre, y necesito vuestras oraciones.

CLERY (Entrando.) Todo está dispuesto en el oratorio.

LUIS (Al abate.) Cuando queráis...

FIRMON Ahora mismo.

LUIS Y no salgáis de allí por ahora. Vuestra presencia podría... Rogad por mí...

FIRMON (Conmovido.) Os lo prometo. (Clery va a abrir el oratorio, débilmente iluminado por una lámpara y en el cual se ve un altar con un crucifijo. Cuando ha entrado Firmon, Clery cierra la puerta.)

LUIS Cerrad bien, Clery. Decid, ¿cuando fuís-

- teis a preguntar a mi hermana la dirección del abate Firmon, se asustaron?
- CLERY Al pronto, sí; pero yo les aseguré que vuestra majestad no lo pedía sino para el caso de que la Convención... (El llanto no le permite continuar.)
- LUIS Bien: no lloréis... Si después de mi muerte os dejan permanecer al lado de mi familia... os recomiendo a mi pobre Delfín.
- CLERY (Postrándose a los pies del Rey, sollozando.) ¡ Señor!
- LUIS Alzaos. En mi testamento os recomiendo a la Convención, y os lego mis vestidos y todo lo que se encuentre sobre mí.
- CLERY Señor, señor ...
- LUIS (Abrazándole.) Basta. Poned sobre la mesa un vaso de agua y una vinagrera por si la Reina...
- CLERY Comprendo. (Lo hace.)
- LUIS Pronto; oigo pasos... se acercan...
- CLERY Ya está, señor.
- LUIS Entrad en el gabinete. (Clery se va.) ¡ Valor! (Abrese la puerta del foro y Luis abre los brazos a todos los que entran, que se precipitan hacia él. La Reina le echa los brazos al cuello; Isabel le coge una mano y echándole el otro brazo a la espalda apoya la cabeza en el pecho del Rey; madame Real le abraza la cintura y el Delfín, de rodillas, le abraza las piernas)

ESCENA VI

MARÍA ANTONIETA, llevando de la mano al DELFÍN, MADAME ISABEL, MADAME REAL y dichos. (Pausa interrumpida por los sollozos.)

- LUIS Sentémonos en este sofá. (Siéntase en el sofá junto con la Reina, madame Isabel, madame Real y el Delfín arrodillados a sus pies.)
- ISABEL ¿Cómo ha sido, hermano, que la Convención nos haya otorgado esta entrevista?
- LUIS Se lo he rogado con tanta insistencia...
- MARÍA A. El procurador de la Comune me ha ase-

gurado que hace ya tiempo que nos habrían permitido reunirnos como antes, a lo menos para comer, si vos lo hubieseis pedido.

M. REAL ¿Por qué no lo habéis querido, señor?

LUIS Llamadme padre.

M. REAL ¡Oh! sí; padre, padre. ¿Pero por qué no lo quisisteis? Entonces casi éramos felices. Sin duda por esto han querido separarnos, ¿no es verdad?

ISABEL Vieron que nos queríamos demasiado.

LUIS El Consejo había decretado que os quedaseis conmigo o acompañaseis a la Reina, y yo acepté la segunda condición.

MARÍA A. (Besándole la mano.) Gracias, Luis.

LUIS Y si no pedí antes que me permitiesen esta entrevista, fué porque esperaba poder daros una buena noticia...

MARÍA A. Y hoy...

ISABEL Hablad.

M. REAL Decid.

MARÍA A. ¿Hay esperanzas?

LUIS Calma... os lo ruego. Mi proceso no ofrece grandes esperanzas.

MARÍA A. ¡Se ha fallado! (Queriendo leer en sus ojos.)

LUIS Poco falta... y mucho me temo que seré condenado...

TODOS ¡Cielos!

MARÍA A. ¡Ah!

ISABEL ¿Al destierro?

MARÍA A. ¿A la reclusión?

LUIS Sí; creo que a la reclusión.

MARÍA A. ¿Solo?

LUIS Solo.

M. REAL ¡Oh! ¡qué crueldad!

DELFIN ¿Sin nosotros?

ISABEL ¿Y en dónde?

LUIS Lejos... muy lejos...

MARÍA A. (Impaciente.) Pero, ¿en dónde?

LUIS (Vacilante y mirando la puerta del oratorio.) No sé... en un lugar lejano, de donde no es fácil volver.

MARÍA A. ¡ Ah ! (Pausa, solemnes sollozos.)

LUIS No os desesperéis ; no perdamos esos preciosos momentos ; después lloraréis. Tengo que deciros muchas cosas. He de dejaros algunos recuerdos. Dejadnos solos un momento con la Reina. Entrad en aquel gabinete ; allí encontraréis a Clery.

ISABEL VAMOS. (Llevándose a los niños.)

DELFIN (Dirigiéndose al oratorio.) Tía, entremos en el oratorio a rogar por papá.

MARÍA A. (Cogiendo la mano a Luis.) ¿ Los alejasteis para decirme que os han condenado ?

ISABEL (Al abrir la puerta del oratorio y al ver al abate de rodillas.) ¡ Dios mío !

LUIS (Volviéndose hacia ella.) ¿ Qué sucede ? ¿ qué pasa ? (Firmon que se ha levantado, adelantase hacia la puerta del oratorio y María Antonieta comprendiéndolo todo, dice horrorizada.)

MARÍA A. ¡ A muerte ! (Madame Isabel y los niños se precipitan hacia Luis y le abrazan de nuevo.) ¡ A muerte ! (Le da un temblor convulsivo y cae desmayada en el sofá ; Firmon acércase a María Antonieta.)

FIRMON ¡ Se ha desmayado !

LUIS (Yendo por el agua.) Me lo tenía. (Todos rodean a la Reina.)

M. REAL ¡ Dios de bondad ! ¡ Sadvadla !

LUIS ¡ María Antonieta !

ISABEL ¡ Hermana !

DELFIN ¡ Mamá ! (María Antonieta abre los ojos. Mira a todas las personas y todos los objetos como si despertase de un sueño, pero no ve al abate que se habrá quedado detrás del sofá.)

MARÍA A. ¡ He tenido un sueño espantoso !... (En este momento el abate se pone ante sus ojos y al verle María Antonieta exclama, aterrada :) ¡ No, no fué un sueño ! (Corre hacia Luis, le echa los brazos al cuello y cogiéndole la cabeza la estrecha contra su seno, exclamando :) ¡ Caiga la cólera de Dios sobre los regicidas !

FIRMON Señora ; en este lugar y en estos momentos, sólo deben proferirse palabras de perdón.

LUIS ; Ah ! sí ; porque yo... (Hace una seña al abate para que salga con su hermana e hijos.)

FIRMON Dejémosle un momento. (Salen todos.)

LUIS_ (Tomando la mano a María Antonieta.) Oíd, amiga mía. Como Rey, creo que de pocas cosas tengo que arrepentirme. Consuélame la íntima convicción de que cualquier otro soberano, arrastrado por el torbellino de una revolución, preparada por espacio de siglos, habría tenido el mismo fin que a mí me ha deparado la Providencia. No matan a Luis XVI, no ; matan a la monarquía. Yo subí al trono como víctima expiatoria del despotismo de Luis XIV, de los escándalos de la Regencia, de las liviandades de Luis XV. Ya sabéis que cuando me entregaron la corona de mis mayores 'me postré de hinojos, exclamando : «¡ Dios mío, qué desgracia para mí !... »

MARÍA A. Lo recuerdo.

LUIS Todo lo había previsto. Pero como hombre y como esposo, tengo que acusarme ante vos de graves faltas.

MARÍA A. ¡ Ante mí ! ¡ Vos !

LUIS Sí, amiga mía ; y necesito que me perdonéis todas las penas, todas las humillaciones, tormentos y ultrajes que yo no he sabido evitaros, y vos habéis soportado tanto tiempo por mi culpa.

MARÍA A. ¡ Qué decís ! ¿ Queréis hacerme morir a vuestros pies de vergüenza y de remordimientos ? ¡ Oh ! ¡ Luis ! Yo soy la extranjera, la austriaca, que con sus amistades, con sus rencores y con su ambición, ha suscitado contra vos tantos odios... yo he sido la causa de los sangrientos motines, yo la autora de la fuga de Varennes... yo la culpable, la predestinada, la maldita que cae a vuestros pies pidiéndoos que la perdonéis y que le deis vuestra bendición. (Cae de rodillas.)

LUIS ; Qué hacéis ! (Volviendo los ojos al oratorio y a la puerta del corredor, detrás de la cual miran de cuando en cuando los municipales.)

MARÍA A. ; Dejadme ! Nunca os he visto tan grande como en este momento.

LUIS Levantaos... ; Pobre esposa mía ! Si creéis tener algún remordimiento, Luis XVI moribundo os absuelve y bendice... Ahora, ya puedo morir tranquilo, y vos vivir resignada.

MARÍA A. ; Ah ! Sois la misericordia de Dios.

LUIS (Después de una pausa.) Quiero dejaros un recuerdo, (Saca una cajita.) insignificante para una reina, pero no para una madre. Este medallón no contiene piedras preciosas, sino cabellos de todos nuestros hijos, y entre ellos algunos del primer Delfín. (Entregándole el medallón.) No tengo otra cosa que daros.

MARÍA A. (Besándole y guardándose en su seno.) Gracias : gracias. (Pausa.)

LUIS Ahora llamemos...

MARÍA A. Aguardad. (Dejando caer la cabeza sobre el pecho de Luis.)

LUIS ¿ Tenéis algo que decirme todavía ?

MARÍA A. ; Mé hace tanto bien llorar sobre vuestro pecho !

LUIS ; Oh ! si pudiésemos estar siempre así... pero, ¿ y los otros ?

MARÍA A. (Levantando la cabeza.) Es verdad.

LUIS Llamadles ; os lo ruego. (Se sienta en el sofá)

MARÍA A. (Abriendo la puerta del oratorio.) Venid. (Todos se acercan al sofá. María Antonieta detrás de todos, y rodean a Luis que se ha cubierto el rostro con las manos)

ISABEL ; Hermano !

M. REAL ; Padre !

DELFIN ; Papá !

LUIS (Levanta la cabeza, tiende una mano a Isabel y otra a sus hijos que le besan llorando.) ; Hermana ! Vamos a separarnos muy pronto ; pero un día... (Señalando a María Antonieta que está de pie entre Luis e Isabel detrás del sofá) todos nos vol-

veremos a ver. No os recomiendo que améis y consoléis a la viuda de vuestro hermano, porque siempre fuisteis para ella una cariñosa hermana; pero desde hoy os necesitará más... No os separéis nunca. (María Antonieta e Isabel se abrazan.) Tampoco os diré que améis a mis hijos, porque siempre fuisteis para ellos su segunda madre... pero sí encargo a ellos que os respeten como siempre me han respetado a mí, y que se amen mutuamente como nosotros nos hemos amado. (Madame Real y el Delfín se abrazan y se besan.)

M. REAL
LUIS

¡Sí, sí!

(A madame Real.) Mi querida hija, os dejo como un ángel de consuelo cerca de vuestra madre... amadla y respetadla. No deseo que Dios os depare un regio enlace; pero si así fuese, recordadme a menudo a vuestro esposo, como un ejemplo de las vicisitudes de la suerte y de la fragilidad de las grandezas humanas... Y tú, mi pobre Delfín, (Poniéndoselo en las rodillas.) no echéis de menos el trono que tu padre no ha podido conservar; y si algún día, ¡no lo permita Dios! llegas a subir sus gradas, desecha toda idea de venganza; recuerda que el Rey, tu padre, ha perdonado, como Nuestro Señor Jesucristo, a sus verdugos... Y ahora, recibid mi postrera bendición. (Todos se arrodillan. El Rey pone las manos sobre sus cabezas. Pausa, durante la cual sólo se oyen sollozos.) ¡Señor! ¡No puedo más!... (Muy concentrado y con voz espirante, dominado por el llanto que procura ocultar. En este momento sale el abate Firmon del oratorio, se acerca a Luis, le hace señas de que ha llegado el momento de separarse de su familia y empieza a encaminarse otra vez hacia el mismo oratorio; Luis hace un esfuerzo supremo, salta del sofá, y va en pos del abate, diciendo a su familia:) ¡Adiós! (Todos se apoderan de él y rodeado de este grupo va dirigiéndose lentamente al oratorio.)

ISABEL ¿Nos volveremos a ver?

LUIS Sí.

M. REAL ¿Mañana por la mañana?

LUIS Sí.

MARÍA A. ¡A las ocho!

LUIS Antes... adiós... adiós... (Suéltase con un movimiento desesperado y entra en el oratorio, que el abate cierra interiormente con llave. María Antonieta, a la cual se han abrazado los demás, grita dolorosamente)

MARÍA A. ¡Luis! ¡una palabra: una sola palabra!

ISABEL ¡Por piedad!

M. REAL ¡Abrid!

DELFIN ¡Papá!

MARÍA A. ¡Misericordia, Señor! (Rendida por el dolor y formando todos juntos un grupo artístico. Mientras baja el telón se oye cantar La Carmañola en el corredor.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

El 21 de enero de 1793

Habitación de la Reina en el Temple. En el foro, ventana. Puerta a la derecha que conduce a la estancia de madame Isabel: en el mismo, primer término, puerta de entrada. A la izquierda un biombo tras del cual se supone el lecho de María Antonieta, y delante la cama del Delfín. Mesita redonda con una lamparilla próxima a apagarse. Entre las dos puertas de la derecha, chimenea cuyo fuego casi se extingue. Dos pequeñas poltronas y algunas sillas.

ESCENA PRIMERA

EL DELFÍN dormido en su cama, cubierto con una manta. MADAME REAL dormida también en una de las poltronas, abrigada con un manto y con sueño tranquilo. MADAME ISABEL y MARÍA ANTONIETA sentadas junto a la cama del Delfín. La Reina apoya la cabeza en el seno de Isabel.

ISABEL Hermana, estáis fatigada. Ya os lo había dicho: estáis temblando de frío. (Procurando cubrirla con su abrigo.)

MARÍA A. ¿Y vos, hermana?

ISABEL ¡Oh! yo...

MARÍA A. ¿No tenéis frío?

ISABEL Un poco. Esto pasa siempre cuando se pierde la noche... Y aquí no hay modo de

calentarse. Se ha acabado la leña, y hasta las ocho no podremos volver a pedir...

MARÍA A. (Animándose.) ¡A las ocho!

ISABEL Si os hubieseis acostado algunos momentos... ¡Y tanto como os lo he rogado!

MARÍA A. ¡Acostarme en una noche como esta! ¿Habéis podido hacerlo vos? ¿Lo habéis querido?

ISABEL Yo soy más fuerte, más joven: no estoy enferma... (Levantándose.) Dejad al menos que vaya a buscar una manta o un abrigo para cubriros un poco.

MARÍA A. (Señalando a sus hijos.) Ya están empleados.

ISABEL (Dándole un beso.) ¡Pobre madre! Voy por los míos.

MARÍA A. Si son para mí, no hacen falta. Si no fuese sino el frío. (Levantándose y abrigando a sus hijos.) Con tal que éstos no lo tengan... no lo siento... (Da algunos pasos para entrar en calor.) Tengo aquí, en la cabeza, un calor que me abrasa... Tocad.

ISABEL (Poniéndole la mano en la frente.) ¡Si tenéis calentura!

MARÍA A. (Lentamente.) No... no... ¿Qué hora es? Antes de la media noche las he contado todas: pero después me dió miedo, y al salir vos un momento, paré el reloj... ¡Oh! ¡Así hubiese podido parar la inexorable marcha del tiempo!

ISABEL Me parece que van a dar las siete.

MARÍA A. (Estremeciéndose.) ¡Las siete!

ISABEL Así parece anunciarlo esa agonizante lamparilla.

MARÍA A. ¡Agonizante!

ISABEL Aguardad. (Va a la ventana.) Ya ha amanecido. La mañana es fría y nebulosa; ya estamos a 21 de enero.

MARÍA A. (Alzando los ojos al cielo.) ¡El día fatal!

ISABEL ¿No os parece, hermana, que podríamos despertar a nuestros hijos?

MARÍA A. ¡Despertarles cuando la piadosa naturaleza les otorga tan benéfico sueño!... No,

NO... (Poniéndose el dedo en los labios en señal de silencio y llevándose a Isabel lejos de la cama.)

ISABEL ¿Y si viniesen para hacernos bajar a su habitación? El dijo antes de las ocho.

MARÍA A. Lo cual quiere decir que a las ocho... Antes de esa hora no vendrá nadie para hacernos bajar a la habitación del pobre condenado...

ISABEL ¡Qué decís!

MARÍA A. Nadie, creedme. El lo sabía, hermana; él sabía que no nos volveríamos a ver; pero... quiso dejarnos esa esperanza. Yo lo comprendí desde luego y por esto me visteis llamar tan desesperadamente en la puerta del oratorio. Sus palabras, sus miradas, todos sus movimientos, revelaban la angustia de la última despedida.

ISABEL Pero yo no puedo renunciar a la esperanza de volverle a ver. Ya es de día. (Volviendo a la ventana.) Habrán dado las siete. (Apaga la lamparilla.) Van a venir.

M. REAL (Que se agita hace rato presa de terribles sueños.) ¡Ah!

MARÍA A. ¿Qué tiene? (Corriendo hacia ella.)

ISABEL ¿Sueña? (Corriendo hacia ella.) ¡Pobrecilla! ¡Cómo suda!

M. REAL (En sueños.) ¡No! por piedad... dejadle... Dios mío... ¡Un rayo!... Muerto... (Levántase despertando.)

MARÍA A. ¡Hija mía!

M. REAL (Mirando en torno con asombro.) Era un sueño, ¿no es verdad? Era un sueño. (Rompe en llanto.) ¡Vive todavía! ¡No ha partido!

ISABEL No, no.

M. REAL ¡Ah! ¿Y mi hermano? ¡Duerme! (Viéndole.) ¡Pobrecito! ¡Oh! ¡despertadle, por caridad! Que no sueñe. Se sufre tanto... Pero ya es de día y no han venido a llamarnos.

ISABEL Ya vendrán. Ya están aquí. (Oyese el ruido de correr los cerrojos. María Antonieta mira con terror a la puerta.)

ESCENA II

Dichos y SIMÓN

- MARÍA A. ¡ Simón !
ISABEL ¿ Hemos de bajar ?
SIMÓN ¿ Adónde ?
M. REAL Al cuarto del Rey.
SIMÓN ¡ Qué Rey ni qué niño muerto ! Yo vengo a pasar registro, como de costumbre, y no entiendo una palabra de todo esto. Luego que a Capeto, ya le importará un comino su familia en estos momentos.
ISABEL Pero él nos había prometido...
SIMÓN ¿ Y cuándo ha cumplido Capeto su palabra ? ¿ En dónde está el mocito ?
MARÍA A. (Temblando y señalando la cama.) No temáis ; está allí.
SIMÓN (Apoyándose en la baranda de la cama.) ¡ Ah ! ¡ Duerme el tunantuelo ! No se puede negar que tiene bonitos los cabellos... (Tocándolos.)
DELFIN (Despertando espantado y sentándose en la cama.) ¡ Mamá ! ¡ Mamá !
MARÍA A. (Abrazando al Delfín.) ¡ Apártate, cruel !
SIMÓN (Alejándose.) Ese lenguaje se os podía tolerar cuando erais Reina ; pero hoy os sienta muy mal, María Veto. ¿ Qué mal hago en decir que me gusta ? ¡ No sé qué daño le he hecho ! A mí no me gustan los chiquillos, lo confieso ; pero si éste fuese mío... si yo debiese cuidar de él... ¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja !
ISABEL ¡ Por piedad ! ¡ No insultéis nuestro dolor !
DELFIN (A su madre, que le baja del lecho.) Mamá, ¿ cuándo vamos a ver a papá ? ¿ Nos lo han prohibido ?
SIMÓN No ; tu padre es quien no ha querido permitirlo.
DELFIN ¿ No ha querido ?
MARÍA A. ¡ El !

SIMÓN No. Dejad que os explique cómo ha pasado la última noche.

MARÍA A. (Con terror y ansiedad.) Hablad.

SIMÓN Hasta las doce estuvo en su oratorio con el confesor. Después durmió tranquilamente hasta las cinco de la mañana. A esta hora, para terminar a modo de Rey... ¡ja ! ¡ja ! ¡ja !... llamó a su Clery y se hizo vestir y peinar : oyó misa y comulgó, y preguntándole el general Santerre al salir del oratorio si quería que hiciese bajar a su familia, le respondió : «No ; se lo había prometido, pero ya no pertenezco a la tierra : he tomado el viático y voy a partir...» En efecto, al dejarle yo, iba a emprender el camino. (Oyese gran redoble de tambores que hace estremecer a toda la familia, la cual se junta en un grupo.) La señal de la partida... ¡ Viva la nación ! (Sale rápidamente agitando el gorro frigio y cerrando la puerta.)

MARÍA A. Podía darnos un último consuelo y no ha querido ; respetemos su voluntad. (Los tambores van alejándose tocando marcha con los parches destemplados. Cuadro de dolor. Cuando se ha perdido el son de los tambores dice :) ¡ De rodillas !... (Todos se arrodillan.) ¡ Señor !... (Los sollozos la impiden continuar.)

M. REAL ¡ Dios todopoderoso, acoged el alma de nuestro pobre padre ! (No puede seguir.)

ISABEL ¡ Y consolad a su esposa y a sus hijos en este valle de lágrimas !

ESCENA III

Dichos y MALESHERBES

MARÍA A. ¡ Malesherbes ! (Todos le rodean.)

ISABEL ¿ A qué viene el fiel amigo ?

MALES. A cumplir un doloroso encargo. Ayer prometí al Rey que esta mañana antes de las ocho iría a recoger sus postreras palabras

- y sus últimos recuerdos para su familia...
- MARÍA A. ¿Habéis estado con él hasta el último momento?
- MALES. Mientras he podido.
- TODOS Hablad, hablad.
- MALES. (Entregando un papel a María Antonieta el cual ella lo besa.) Tomad, señora; es su testamento.
- ISABEL ¿Qué más?
- MALES. Después me dirigió estas palabras: «Decid a mi esposa, a mis hijos y a mi hermana, que me perdonen si esta mañana no les hice llamar. No tuve valor para una segunda despedida y necesitaba todas mis fuerzas para morir como Rey y como cristiano. Si os encontráis cerca del lugar donde espero triunfar de la muerte, recoged mis últimas palabras para repetirlas a mi familia.
- ISABEL ¿Y... qué dijo?
- MALES. «Muerdo inocente, perdono a los autores de mi muerte, y ruego a Dios que no haga caer sobre Francia»... Iba a continuar; pero a una señal de Santerre... redoblaron los tambores... y todo acabó... ¡No lloréis; es mucho más feliz que nosotros!

ESCENA IV

Dichos, DANTON, SIMÓN, municipales y soldados

- DANTON Ciudadano Malesherbes...
- MARÍA A. (Aterrada.) ¡Danton!
- MALES. ¿Es a mí a quien busca el comité de Salud pública?
- DANTON NO. (Mirando a María Antonieta.) Pero como la Convención Nacional os ha procesado, es-timo oportuno arrestaros donde os encuentro.
- MARÍA A. ¡Arrestarle!
- ISABEL ¿Y por qué? ¿Porque defendió al Rey?
- MALES. Me lo esperaba. De la guarida de los ase-

sinos de Septiembre, veo salir azuzada por vosotros una fiera, una dictadura furibunda que cubrirá a París de patíbulos y cadáveres. La posteridad admirará el patriotismo, la virtud y el heroico valor de París contra la monarquía ; pero no sabrá explicarse su ignominioso servilismo ante una turba de bandidos que se utilizan de las ventajas de esta revolución, justa en principio, pero desacreditada por sus torpes procedimientos, y que acabarán por venderse al primer tirano que quiera comprarlos.

DANTON

(A los soldados.) Prendedle.

ISABEL

¡ Ah ! ¡ no !

MALES.

Ciudadano Danton. Tengo setenta y dos años y los he consagrado a la ciencia y a la humanidad. He defendido a Luis XVI como hubiese defendido a todo semejante que hubiese pedido mi auxilio : obrando así, he cumplido con mi conciencia. ¿ Cumpliréis vos siempre con la vuestra?... Ahora llevadme, que a mi edad no se teme la muerte. En cambio, quiera Dios que no tengáis que llorar el haber contribuido a la ruina de la República. (Se lo llevan los soldados.)

ESCENA V

Dichos, menos Malesherbes y soldados

MARÍA A. ¡ También él !

DANTON

(A María Antonieta.) Tenemos que hablar, señora.

MARÍA A. ¡ En estos momentos !

DANTON

Lo que debo deciros es de mucha trascendencia para vuestra propia seguridad, y por lo mismo no consiente demora. El Consejo ha prometido a Luis Capeto que velaría por su familia, y está resuelto a cumplir fielmente su palabra. Permitidme, pues, señora, que os exponga las con-

diciones con las cuales la Convención Nacional entiende realizarlo.

MARÍA A. ¿Qué queréis de mí?

DANTON Poca cosa, señora. Parece ser que las potencias extranjeras, y muy particularmente vuestro sobrino el Emperador y el Rey de Prusia, no escarmentados por las derrotas que acaban de sufrir, se están preparando para vengar a Luis XVI.

MARÍA A. (Quiéralo Dios.)

DANTON (Sacando un papel del bolsillo.) Así pues; la Convención os pide que firméis este manifiesto que se enviará a las potencias y se publicará en París. Hoy tendrá más mérito, señora. (Va a entregarle el papel que ella no toma.)

MARÍA A. ¿Hoy? Leed vos mismo.

DANTON Con mucho gusto. (Lee.) «María Antonieta, viuda de Luis XVI, madre y tutora de Luis Carlos, Delfín de la Francia, tanto en su propio nombre como en el de su expresado hijo, declara a las potencias armadas y a las que en lo sucesivo se armasen por su causa, que desaprueba semejante proceder y rechaza todo auxilio extranjero. Reconoce, aprueba y confirma, todos los cambios políticos hasta hoy legítimamente realizados en el reino.»

MARÍA A. ¡Qué!

DANTON (Friamente.) Esperad.—«No quiere que por su causa ni por la de su hijo se derrame una sola gota de sangre, porque prefiere la tranquilidad de ambos, al esplendor y a las amarguras del solio. Acepta del gobierno de la República, la libertad y la decorosa posición que le ofrece, en cambio de una grandeza que su corazón no ambiciona y de la cual ansía preservar a su hijo. Manifiesta por último a dichas potencias, que sus amenazas contra la República no servirán sino para prolongar el cautiverio de una familia desventu-

rada, o quizás para hacer su suerte más infausta y deplorable todavía.» (Lentamente y mirando a María Antonieta de hito en hito, dice al entregarle el documento.) Sólo falta la firma. (Durante la lectura, Isabel con los niños han estado oyendo a distancia. A su terminación y por indicación de Isabel, se adelanta el Delfín hasta su madre, y la dice.)

DELFIN Firmad, mamá; firmad.

MARÍA A. (Levantándose con dignidad reprimiendo el enojo que le ha producido la lectura, dice:) ¿Sabéis lo que me pedís? ¿No comprendéis que lo que quieren es envilecer y deshorrar a la viuda de Luis XVI? ¿Cómo he de declarar a la faz del mundo entero que fué legítimamente derramada la sangre de mi esposo! No, nunca. Pongo a Dios por testigo de que si en estos momentos hubiese de invocar su auxilio y el de los príncipes extranjeros, lo haría con toda mi alma para pedir el exterminio de los que pretenden usurparos el trono después de haber asesinado a vuestro padre. (Con exaltación.) Esto es lo que os pido, Dios mío, y ojalá sea pronto.

DANTON Lo que sucederá es otra cosa muy distinta, señora; y os aseguro que lo siento vivamente. Desde el momento que el Comité de Salud pública no puede lograr sus conciliadores propósitos, no queda más remedio que cumplir el decreto de la Convención Nacional. (Dobla el documento.)

MARÍA A. ¡El decreto!

ISABEL ¿Cuál?

DANTON Un decreto cuya pronta ejecución está encomendada al ciudadano Simón.

MARÍA A. (Aterrada.) ¡Simón!

DANTON (Volviéndose a Simón.) Al momento. (A María Antonieta.) El Comité de Salud pública proveerá sobre lo demás... Tal vez os arrepintáis, señora, de vuestra negativa. (Vase.)

MARÍA A. (A Simón.) ¿Qué decreto es ese?

- SIMÓN (Sacándolo del bolsillo.) Nada ; no hay que espantarse. Como la Convención Nacional había prometido a Luis Capeto que se encargaría de la educación de su hijo, ha acordado nombrar ayo del ex Delfín al municipal Simón.
- MARÍA A. ¡ Tú ! (Indignada y acercándose a su hijo como para defenderle.)
- SIMÓN Yo. Por consiguiente, debe serme entregado sin dilación.
- MARÍA A. (Desesperada.) ¡ Dios mío ! ¡ Separarme de mi hijo !
- M. REAL ¡ De mi hermano !
- DELFIN (Espantado.) ¡ Mamá ! ¡ Mamá !
- MARÍA A. Antes morir. (Lo toma en brazos y lo echa en la cama cubriéndole con su cuerpo.)
- ISABEL ¡ Parece imposible tanta crueldad !
- M. REAL Tomadme a mí y dejad al Delfín.
- SIMÓN No puede ser, muchacha ; el decreto es terminante.
- MARÍA A. (Al Delfín, que está llorando.) No, hijo mío ; no.
- SIMÓN Vaya, señora ; no hay que desesperarse. Al fin y al cabo lo que puede asustaros, es la fama que han echado de que yo aborrezco a los muchachos ; pero yo os aseguro que el vuestro me es simpático... y ¡ qué demonio !... hasta me parece que le quiero... Yo le haré reír... le contaré historietas chuscas... le enseñaré todas las canciones que yo sé, y veréis cómo haremos buenas migas. (Acercándose a la cama.) ¡ ea, en marcha !
- MARÍA A. ¡ Atrás, infame ! Apártate ; porque me siento capaz de despedazarte. Atrévete a tocarle un sólo cabello... uno tan sólo, y verás lo que puede la desesperación de una madre. ¡ Infame ! ¡ Infame ! ¡ Infame ! (Simón, intimidado, retrocede unos pasos. Isabel y madame Real se acercan a María Antonieta para calmarla.)
- SIMÓN Vaya, para daros tiempo de calmaros, os concedo cinco minutos. (Mira el reloj de la

chimenea y se sienta.) Pero os prevengo que no saldremos de aquí sin llevarlo con nosotros.

MARÍA A. Será cuando me hayáis muerto.

SIMÓN (Levantándose y desenvainando el sable.) Entonces acabemos.—Venid. (A los municipales y soldados que entran sable en mano.)

ISAB. Y M. RE. ¡Misericordia! (Arrodillándose a los pies de Simón.)

DELFIN Ya os sigo... ¡No matéis a mi madre!

MARÍA A. (Deteniendo al Delfín en el lecho.) ¡Antes la muerte!

SIMÓN (Corriendo hacia la cama con los suyos.) En este caso no es a vos a quien mataremos, sino a él.

MARÍA A. (Tendiendo los brazos.) No: no... atrás. Esperad un momento... Ya os lo entregaré... (Llorando desesperadamente.) Concededme... una hora... media hora... diez minutos... cinco...

SIMÓN Ya hemos esperado bastante.

MARÍA A. Pues... ¡cúmplase la voluntad de Dios! (Toma en brazos al Delfín, que le echa los suyos al cuello, y cae en una silla próxima a la cama. Delfín sollozando.)

DELFIN ¡Mamá... mamá! ¿Por qué me separan de ti?

MARÍA A. ¡Hijo mío! (Isabel y madame Real abrazan al Delfín.)

ISABEL Valor... hermana, valor.

MARÍA A. (Después de una lucha, exclama:) Obedezco... os lo entrego... (Da un paso con el Delfín y retrocede) ¡Oh!... no... no... no. Soy madre. Compadecedme... (Vuelve a dar un paso y dice:) ¡No lo maltratéis!... ¡Es tan bueno!... pobrecito... no le enseñéis a odiar a su madre... os lo suplico de rodillas... (Se arrodilla.)

SIMÓN No... no... os lo prometo. (Va a cogerla.)

MARÍA A. (Sin levantarse.) ¡Otro beso... otro... otro! (Simón coge al Delfín en brazos y corre hacia la puerta: éste tendiendo los brazos con espanto, dice:)

DELFIN ¡ Mamá !

MARÍA A. ¡ Qué !... (Al cogerle el Delfín corre tras de Simón gritándole:) ¡ Detente ! (Al llegar a la puerta, que Simón habrá cerrado tras de sí, dice:) ¡ Ah !... ¡ hijo mío !... (La voz se ahoga en su garganta y queda inmóvil con las manos crispadas y los ojos extraviados y convertida en la estatua de la desesperación.)

M. REAL. (Aterrorizada.) ¡ Madre !... madre !...

ISABEL ¡ Hermana ! (El telón cae rápidamente)

FIN DEL ACTO CUARTO



EPILOGO

El 16 de octubre de 1793

Calabozo de María Antonieta en la Conserjería. A mano derecha un biombo, detrás del cual se supone la cama de María Antonieta. En el fondo, ventana enrejada. Puerta derecha que es la de entrada. Forillo, corredor iluminado. Una mesa de pino pintada y unas sillas.

ESCENA PRIMERA

ROSALÍA, sentada a la izquierda, cerca de la pared y llorando. UN OFICIAL DE GENDARMES que pasea por el foro como centinela. LEBEAU, que entra y cierra con llave. Pasea su mirada por la estancia y cuando se convence de que está solo, se enjuga los ojos. En este momento ve a Rosalía y le dice:

LEBEAU ¿Cómo está? ¿Duerme?

ROSALÍA ¡Dormir! ¡Cómo queréis que duerma la pobre! Se ha acostado porque no podía tenerse en pie, después de sufrir un interrogatorio de veinte horas. Cuando volvieron a traerla a la Conserjería, parecía un cadáver.

LEBEAU ¡Ya! ¡ya! (En voz baja y rápidamente.) Ocultad la emoción; enjugad esas lágrimas. Podrían veros: nosotros hemos de ser inflexibles, o cuando menos parecerlo.

ROSALÍA No temáis, no os comprometeré.

- LEBEAU Hablad bajo.
- ROSALÍA ¿Por qué no la mataron el 21 de enero, cuando mataron a su marido?
- LEBEAU Bueno, bueno ; dejaos de historias pasadas : su recuerdo podría sernos peligroso. A nosotros sólo nos toca ver, oír, callar y sentir por dentro.
- ROSALÍA ¿Pero a quién no se le parte el corazón?
- LEBEAU Sí, todo lo que queráis ; pero que no lo vean los fanáticos. Silencio.
- OFICIAL (Saliendo de detrás del biombo.) Rosalía : ¡ María Antonieta os llama !
- ROSALÍA Voy corriendo. (El oficial y Rosalía entran tras el biombo.)
- LEBEAU Esa muchacha se ha empeñado en perderme con su caridad... y lo peor es que yo no puedo echárselo en cara, porque yo sé lo que me cuesta dominar mi propia emoción. (Viendo al oficial que se le acerca..) ¿Qué hay?
- OFICIAL Nada, nada.

ESCENA II

LEBEAU, OFICIAL, MARÍA ANTONIETA vestida de percal blanco
y ROSALÍA

- (María Antonieta lleva un gran pañuelo blanco anudado por detrás, está muy pálida y con el cabello desordenado, anda con paso vacilante apoyándose en Rosalía que la hace sentar en primer término. El oficial las va siguiendo de cerca y María Antonieta, para no verle, esconde el rostro en el seno de Rosalía.)
- OFICIAL Señor Lebeau, he de ausentarme un momento para recibir órdenes. Ya sabéis que vuestra cabeza depende de la suya.
- LEBEAU LO sé. (Se va el oficial ; Lebeau cierra con llave.)
- MARÍA A. (A Rosalía que le arregla el traje.) Deja, Rosalía ; de cualquier modo que esté está sobradamente bien. (Rosalía la deja.)
- LEBEAU ¿Ha dejado el traje de luto?

ROSALÍA ¿Ignoráis que el Tribunal así lo ha mandado para impedir la impresión que podría producir el vestido negro, recordando lo que se dijo del Rey?

LEBEAU Es verdad ; y la visten de blanco.

ROSALÍA Como a los mártires. Parece imposible la crueldad con que se ha tratado a esta pobre señora ; a su lado no ha tenido ni una sola persona que se apiadase de su suerte.

MARÍA A. No digas eso, Rosalía, que sería calumniaros a vosotros mismos y al buen capitán de Bun a quien siento no poder dar las gracias por su bondad. ¿Qué ha sido de él?

LEBEAU ¡ Ah, señora ! Está arrestado.

MARÍA A. Arrestado por haberme ofrecido un sorbo de agua en la sala del Tribunal. ¡ Cuántas muertes ! ¡ Cuántas desgracias por mi causa ! Esta noticia me entristece, y mucho más porque tenía que pedir os un favor, señor Lebeau ; y a vos también, mi buena Rosalía, y ahora no me atrevo : temo exponer vuestras vidas.

ROS. Y LEB. Decid, señora.

MARÍA A. Un gran favor... pero...

LEBEAU (Mirando alrededor.) Hablad.

MARÍA A. Ya sabéis que al encerrarme en este calabozo me quitaron cuanto me quedaba ; pero pude ocultar un objeto que para mí no tiene precio.—Este medallón (Saca un medallón, después de mirar en torno con recelo.) que me dió el Rey en la horrible noche del 20 de enero. Si lo encuentran sobre mi cuerpo, no sé qué manos profanarán esta reliquia. Yo quisiera darlo a mi buena hermana y escribirle despidiéndome de ella, puesto que he partir sin verla.

LEBEAU Señora : Rosalía o yo procuraremos hacerlo.

ROSALÍA ¡ Oh, sí, señora ! Os lo juro. Dios me ayudará.

MARÍA A. El os bendiga a entrambos... ¿Queréis

hacerme el favor de una hoja de papel y una pluma?

LEBEAU Sí. (Va al foro, tras el biombo.)

ROSALÍA Pero, señora, es preciso que toméis algún alimento: hace veinticuatro horas que no habéis probado nada, y tenéis necesidad de sustento. En mi cocinilla tengo caldo y algunas frioleras. ¿Qué apetecéis? decid.

MARÍA A. Hija mía, ya de nada necesito... ¿No sabes que todo ha terminado?

ROSALÍA Señora... permitid que insista.

MARÍA A. Pues traedme una taza de caldo. Será el último favor que me habréis hecho.

ROSALÍA Volando. (Lebeau abre la puerta a Rosalía que se va. En seguida pone en la mesa que está al proscenio recado de escribir; pero cuidando que detrás esté el biombo.)

LEBEAU Poneos aquí, señora, que será más difícil que os vean.

MARÍA A. (Dirigiéndose lentamente a la mesa.) Gracias, gracias. ¡Oh! creedme, no siento morir. Hace ya mucho tiempo que habría muerto si no me hubiese sostenido el amor de mis hijos: hoy que he oído que hasta el Delfín me acusa, gracias sin duda a los torpes ardides del infame Simón ¿qué queréis que me sostenga? La muerte misma será un consuelo para mí.

LEBEAU ¡Oh! no digáis eso, señora. Yo no puedo consentir que viváis ni un momento con esta idea, y aun cuando arriesgo la cabeza, quiero que sepáis la verdad. Los agentes de Danton le presentaron ese papel al Delfín, diciéndole que era una petición para que le permitiesen volver a vuestro lado.

MARÍA A. ¡Ah! ¡Pobre hijo mío! ¡no han logrado que olvide a su infeliz madre! ¡Gracias, amigo mío, gracias! (Desfallece de debilidad y Lebeau va a sostenerla. María Antonieta se apoya en su mano y se la besa.)

LEBEAU Señora... por piedad... calmaos. (Llaman a la puerta, Lebeau abre y se presenta Rosalía con una taza de caldo.) Es Rosalía.
MARÍA A. ¡ Oh, si pudiese verle !)

ESCENA III

Dichos y ROSALÍA

ROSALÍA Ya estoy aquí; perdonad si os he hecho esperar. (Deja la taza sobre la mesa.)

MARÍA A. Gracias, Rosalía; me siento mejor.

ROSALÍA Bueno; pero bebed.

MARÍA A. (Lo intenta pero no puede.) No puedo... El tiempo vuela, dejadme escribir. (Lebeau y Rosalía se retiran tras el biombo. Toma la pluma y después de una pausa, dice :) ¡ Cómo empezar ! ¡ Tengo que decirla tantas cosas ! (Escribe repitiendo en alta voz.) « Mi buena hermana Isabel : condenada a muerte, a vos escribo por la última vez. Muero tranquila; sólo siento tener que abandonaros a vos y a mis pobres hijos. Decidles que les bendigo desde el fondo de mis entrañas. (Se seca los ojos.) Recibid este medallón y guardadlo religiosamente como un recuerdo de vuestro desventurado hermano. Adiós, mi buena y tierna hermana, acordaos siempre de mí. Os abrazo, y beso a mis adorados hijos. (Se siente desfallecer.) ¡ Dios mío ! ¡ qué horrible es teneros que dejar a todos para siempre ! Adiós : recibid mi alma y rogad por mí : adiós, adiós. » (Solloza.)

LEBEAU (Rápidamente.) Señora, ¿ habéis terminado ?

MARÍA A. (Doblando la carta.) Sí. (Lebeau y Rosalía van a mirar a la puerta y vuelven.) Tomad... aquí tenéis el medallón. (Lo besa y se lo entrega. En este momento se presenta el oficial que ha abierto repentinamente la puerta. Rosalía da un grito de sorpresa.)

ROSALÍA ¡ Ah !

ESCENA IV

Dichos y EL OFICIAL

OFICIAL (Interponiéndose entre Lebeau y María Antonieta.)
Dadme ese medallón y esa carta.

MARÍA A. ¡ Ah !

OFICIAL (A Lebeau.) Me parece que vuestra cabeza corre igual peligro que la del capitán de Bun.

MARÍA A. ¿Qué decís?

OFICIAL Yo cumplo con entregar esos objetos al ministro de Justicia, Danton.

MARÍA A. ¡ A Danton !

OFICIAL Vengo precediéndole de pocos pasos.

MARÍA A. (Aterrada.) ¡ El aquí !

ESCENA V

Dichos, DANTON, comisarios, municipales, soldados que forman en el forillo, dejando abierta de par en par la puerta.

DANTON (Que ha oído las últimas palabras.) ¿Y por qué no?

OFICIAL Ciudadano ministro, os entrego este medallón y esta carta que he sorprendido en manos del carcelero Lebeau, cuando se los acababa de entregar la prisionera.

DANTON (Tomando ambos objetos.) Está bien. (Mira con severidad a Lebeau y María Antonieta.)

MARÍA A. Esa carta es mi testamento ; puedo rasgarla.

DANTON No, señora. La República verá hasta qué punto puede ejecutarse, y yo, obediente a sus mandatos, vengo a notificaros que ha llegado vuestra última hora.

MARÍA A. (Sobreponiéndose a todos ; pero con débil voz.) Gracias.

DANTON La Convención Nacional os permite re-

conciliaros con Dios, y a este fin traigo conmigo un sacerdote.

MARÍA A. (Con indignación.) ¡ Vos ! ¿ Y quién me responde de ese sacerdote ? ¿ Sé yo acaso a qué Dios ni a qué religión sirve ? No lo necesito. Ya me he confesado.

DANTON (Alarmado.) ¡ Con quién, señora !

MARÍA A. Con aquel que no absolverá nunca vuestra alma de la sangre que se ha derramado, ni de la que ha de derramarse todavía.

DANTON (Dirigiéndose al foro.) Entonces, en vez del ministro de Misericordia, entre el ejecutor de la humana justicia.

ESCENA ULTIMA

Dichos y SANSÓN, con vestido rojo, cinturón con ancha daga y un cordel en las manos. María Antonieta, al verle, retrocede horrorizada.

MARÍA A. ¡ Ah ! (A su vista vacila y sin apoyo y demudada, va a caer ; pero haciendo un esfuerzo logra sostenerse. Sansón se conmueve y dice con alterado acento :)

SANSÓN Vuestras manos.

MARÍA A. ¿ Para qué ?

SANSÓN (Enseñándole el cordel.) Ya lo veis.

MARÍA A. (Retrocediendo con horror.) No, no ; al Rey no se las ataron.

DANTON Cumplid vuestro deber.

MARÍA A. (Mira a Danton, alza los ojos al cielo procurando retener sus lágrimas, y presentando las manos al verdugo, dice :) ¡ Señor ! ¡ tenédmelo en cuenta ! (Sansón se las ata ligeramente a la espalda y le dice al oído :)

SANSÓN Me lo ordenaron. (La Reina se arrodilla.)

ROSALÍA ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! (Sansón toma con su mano izquierda la cabellera de María Antonieta. Esta, aterrada, creyendo que va a matarla, exclama :)

MARÍA A. ¡ Ah !

SANSÓN No temáis. (Al oído.) Perdonad. (Le corta los cabellos de un solo tijeretazo.)

MARÍA A. Sea. (Suenan tambores. Esos sones que le recuerdan el suplicio del Rey, la hacen estremecer. Las fuerzas le faltan y cayendo de una sola rodilla, exclama:) ¡ Oh !
¡ Luis ! ¡ Mis hijos ! (Danton se le acerca y le ofrece la mano. María Antonieta no la acepta. Alza los ojos al cielo y haciendo un esfuerzo se levanta, diciendo:) ¡ Dios me sostiene ! (Empieza la marcha fúnebre que no cesa hasta que cae el telón. María Antonieta echa a andar dirigiendo una tierna mirada a Rosalía y a Lebeau y sale lenta y majestuosamente. Todos la siguen.)

FIN DEL DRAMA

9.2.
No. 100
LEON STEIN



La viuda alegre

Opereta en tres actos

Música del maestro

Franz Lehar



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913



7/4.54
(

La viuda alegre

Esta versión es propiedad de A. Roger Junoi y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarlo en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA VIUDA ALEGRE

OPERETA E TRES ACTOS

MUSICA DE

FRANZ LEHAR

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

A. ROGER JUNOI



101, 1-74
91.11.

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

PERSONAJES

ANA DE GLAVARY.

VALENCIENNE.

SILVIANA.

OLGA.

PRASCOVIA.

LOLO

DODO

JOU-JOU

FROU-FROU

CLOCLO

MARGOT

} Grisetas.

EL BARÓN MIRCO ZETA, embajador de Pontenegro en París.

EL CONDE DANILO, secretario de la embajada y teniente de caballería ligera pontenegrina.

CAMILO ROSILLON.

EL VIZCONDE ZANCADA.

RAUL SAINT-BRIOCHE.

NIEGUS, canciller de la embajada.

BOGDANOVICHT, cónsul de Pontenegro.

KROMOW, consejero de la embajada.

PRISTKIST, coronel agregado a la embajada.

UN CRIADO.

Parisienses, pontenegrinos, músicos, titiriteros, criados danzantes, etc.

La acción en París.

Primer acto: Salones de la embajada.

Segundo acto: Jardín en casa de Ana.

Tercer acto: Facsímil del restorán «Maxim», de París, en el palacio de Ana.

N. B.—Bajo el nombre de Pontenegro entiéndase Montenegro. Por consiguiente, los trajes nacionales del segundo acto deben ser montenegrinos.

Derecha e izquierda, las del espectador.



ACTO PRIMERO

Gran salón en cuyo fondo hay otras dos salas iluminadas espléndidamente. A la izquierda, la puerta principal. A la derecha, primer término, una especie de gabinete al que dan acceso algunos escalones; en él una «chaise-longue», velador, etc. Al fondo, en el salón, retratos de tamaño natural del soberano y de la soberana del Principado, en traje nacional pontenegrino.

ESCENA PRIMERA

ZETA, VALENCIENNE, CAMILO, ZANCADA, SAINT-BRIOCHE, BOGDANOWICHT, SILVIANA, KROMOW, OLGA, PRIST-KIST, PRASCOVIA, caballeros y damas. Seis criados de librea brillante escanciando el champaña.

NÚMERO I. — INTRODUCCIÓN

Los últimos giros del cotillón se verificarán pasando de la tercera sala a la primera entre carcajadas y animada charla. Parte de las parejas salen bailando por la puerta derecha de las salas posteriores. Otros personajes en escena: entre ellos los arriba indicados. Después del cotillón, los criados sirven rápidamente el champaña. Camilo conversando con Valencienne en el gabinetito de la derecha.

Música

ZANCADA Ilustres y nobles amigos,
cual siempre al barón honráis ;

mi fuerte no es la oratoria
mas tengo sinceridad :
quiero expresar el sentimiento
de adhesión más firme y cabal,
que me inspira nuestro Mirko Zeta
por su finura proverbial.

TODOS ¡ Bravo, bravo ! (Brinda con Zeta y luego habla
íntimamente con Silviana.)

CORO Nos encanta nuestro Mirko Zeta
por su finura proverbial.

ZETA (Lleva dos monóculos que toma y deja alternativa-
mente.) Celebro que mi fiesta os guste
y es doble mi felicidad :
la intimidad va de consuno
con el carácter oficial.

El acto no responde sólo
al hecho de nuestra amistad :
mañana es del rey cumpleaños
y hoy lo debemos festejar

(Inclínase ante los cuadros del fondo. Todos le imitan.)

Embajador de Pontenegro,
por cortesía y dignidad,
desde París deseo honrar al rey
y al suelo nacional.

(Alzando la copa y brindando con todos.)

TODOS Embajador de Pontenegro,
por cortesía y dignidad,
desde París desea honrar al rey
y al suelo nacional.

(Los criados retíranse con el servicio de copas, etcétera,
etcétera. El coro se retira a las tres salas contiguas.
Saint Brioché habla bajo a Olga, Kromow, observa-
dor incesante, pasea celoso.)

Hablado

ZETA Voy a poner al instante un telegrama a
mi egregio soberano y señor, participán-
dole que en la víspera de su cumpleaños
también en el lejano occidente nuestro co-
razón palpita por él.

- TODOS ¡ Bravo !
- KROMOW (A Olga, que habla con Saint-Brioche.) ¡ Olga !
- OLGA ¿ Qué quieres ?
- KROMOW ¿ Sigues coqueteando ?
- BRIOCHE ¡ Oh, *pardon!* (Retrocediendo, va hacia el fondo.)
- OLGA ¡ Pero hombre, déjame en paz !
- KROMOW ¡ Pues no coquetees ! (Olga incomodada va al fondo, Kromow la sigue, disputando con ella. Olga desaparece, Saint-Brioche va a seguirla y Kromow lo impide, tomando del brazo a Saint-Brioche y hablando bajo con él.)
- ZETA (A varios.) Observen ustedes lo celoso que es nuestro buen consejero de la embajada.
- BOGDANO. ¡ Qué ridiculez ! Vuecencia sí que podría estar celoso con mayor motivo.
- ZETA ¡ Cómo ! ¿ Por qué, señor cónsul ?
- BOGDANO. ¡ Bah !... Usted... casado con una criatura de dieciocho abriles. ¡ Usted... que ya resulta... madurito !...
- ZETA Conque madurito ¿ eh ?
- PRIST. No temas, amigo Mirko, tu mujer es un modelo de cortesía...
- ZETA Sí, coronel. Es en verdad una muchacha inocente. Véanla ustedes, cómo ahora discute tranquilamente con el amigo Camilo de Rosillón. (Indicando el gabinetito. Vuélvese hablando con los caballeros.)
- CAMILO ¡ Soy dichoso ! (Tiene en la mano el abanico de Valencienne y escribe en él con un lápiz.)
- VALEN. Quiero que hablemos en serio ; pero ahora no, cuando estemos solos. ¿ Qué escribe usted en mi abanico ?
- CAMILO Como me prohíbe usted decírselo, escribo aquí... « ¡ Te amo ! » (Devuelve el abanico a Valencienne.)
- ZETA ¡ Querida Valencienne ! (Llamándola.)
- VALEN. ¡ Esposo amado ! (Bajando la escalera del gabinete.)
- ZETA Perdóname si te recuerdo tus deberes... como dueña de la casa, suplicándote al propio tiempo que veas si ha llegado ya la

- señora viuda de Glavari... ¿Quieres dar un vistazo por las salas contiguas?
- VALEN. ¡ Con mucho gusto ! (Lanza una mirada expresiva a Camilo y vase por el centro. Camilo mira a su alrededor algo receloso y la sigue. La concurrencia se halla en las salas del fondo.)
- BOGDANO. ¿De modo que asistirá también la Glavari, la viuda del banquero? (Olga vuelve a entrar con Kromow, Saint-Brioche detrás.)
- ZETA ¡ Ya lo creo ! La viuda es un negocio diplomático a la vista. Me interesa en alto grado.
- BOGDANO. Vucencia está al acecho de los veinte millones que tiene la viudita.
- ZANCADA ¡ Veinte millones ! ¡ Canario !
- BRIOCHE ¡ Veinte millones ! ¡ Qué belleza !
- ZETA Depositados en el Banco Nacional Pontenegrino.
- BOGDANO. ¿ Están allí seguros ?
- ZETA Más seguros, ciertamente, que si confiase sus millones a algún pariente arruinado... casándose con él.
- ZANCADA ¡ Ah ! ¿ Piensa casarse con algún parisién ?
- BRIOCHE ¿ Con un parisién arruinado ? ¡ Qué hermosura !
- ZETA Mucho me lo temo.
- PRASCO. Eso es tener suerte. ¡ Ahí está ! ¡ la hija de un pobre hombre... lleno de deudas... que logró casarse con el banquero, y al cabo de los ocho días de casada enviudó quedando heredera única de la inmensa fortuna del difunto ! (Se levanta dirigiéndose a Pristkist) ¿ Ve usted, Pristkist ? ¡ Aun hay en el mundo corazones magnánimos ! (Va hacia el fondo, donde conversa con las damas.)
- ZANCADA ¿ Y aquella sencilla muchacha lugareña, la convertiría el banquero en elegante dama de la alta sociedad ?
- OLGA Al contrario ; prueba de ello es que suelta inopinadamente cada barbaridad...
- ZETA Sin embargo... sin embargo... (Oyese música interior. Número uno y medio.) Señores, el des-

canso ha terminado. Se reanuda el baile.
(En la tercera sala bailan. Otros caballeros y damas desaparecen.)

BRIOCHE (Subiendo preocupado.) ¡ Veinte millones !
ZANCADA (Ya en la puerta del centro.) Señor de Saint-Brioche...
BRIOCHE Señor vizconde...
ZANCADA ¿ Usted se casaría con la viuda ?
BRIOCHE Hombre, si ella quisiera...
ZANCADA ¡ La viuda será para mí ! (Con fatuidad.)
BRIOCHE ¡ Oh ! ¡ quién sabe ! (Vase por el fondo.)
ZETA (Solo en el proscenio.) ¡ La viuda de Glavari no se casará con un parisién !... Los veinte millones debo conservarlos para mi patria. La herencia importantísima ha de obtenerla Pontenegro. Ante todo, seamos buenos patriotas. (Vase. En la tercera sala se ve el movimiento de la concurrencia mientras que la segunda se halla desierta como la primera.)

ESCENA II

VALENCIENNE y CAMILO

(Por la derecha entra Valencienne al atacar la orquesta el primer compás, mirando a su alrededor. En seguida Camilo también por la derecha.

Música. (Duetto.)

VALEN ¡ Buena ocasión ! ¡ No hay nadie aquí !
CAMILO Estamos solos... ¡ Qué placer !
VALEN. Tenemos que hablar hoy en serio.
CAMILO Quiero ante todo decir a usted que...
VALEN. No, no, soy yo primero.
Ya hablará después.
CAMILO Harto he callado. No puedo más.
Piedad, piedad, no sea tan cruel.
VALEN. Preciso es no hacerse ilusiones
y que terminemos.

CAMILO ¿Por qué?
VALEN. Casarse usted debe.
CAMILO ¿Casarme yo?...
 No puede ser.
 ¡ Mi vida y mi amor
 a ti consagré !
VALEN. No me hable de amor.
 Conténgase usted.
 Yo soy una dama de honor.
 Mi pecho detesta al traidor ;
 respeto mis juramentos
 dispuesta a sufrir mil tormentos ;
 honrada y sumisa mujer,
 no sé lo que es delinquir ;
 jamás faltaré a mi deber
 pues antes prefiero morir.
 Yo aquí sola pierdo
 y usted nada alcanza ;
 dejemos que el juego
 no pase de chanza.
 Es tentador hablar de amor.
 ¿Por qué nos hemos de exponer?
 Hay que callar y terminar :
 resignación ha de tener ;
 con el fuego yo no he de jugar
 pues me podría por fin quemar ;
 y usted por mí
 sólo es aquí
 quien el incendio ha de apagar.

II

CAMILO Bien sé que una dama de honor
 detesta al osado traidor,
 y en cambio usted sabe, señora,
 que a un sordo dirigese ahora.
 Su ruego no puedo atender,
 ni puedo dejar de sentir ;
 prefiero mejor que ceder
 mil veces de pena morir :
 ya nada me apura,

ni nada me espanta,
tu amor, vida mía,
tan sólo me encanta...

VALEN.

Hablar de amor
es tentador.

¿Por qué nos hemos de exponer?
Hay que callar y terminar ;
resignación ha de tener ;
con el fuego yo no he de jugar
pues me podría al fin quemar, etc.

CAMILO

Hablar de amor
es lo mejor,
inmenso es mi querer.
Yo quiero amar
y en ti buscar
la dicha y el placer ;
quiero confiar,
de amor hablar
con frenesí,
que sólo así
ser puedo yo
quien el incendio ha de apagar.

Hablado

VALEN.

No, no, no. ¡ Es preciso que terminemos !
¡ Aléjese de mí !

CAMILO

¡ Imposible !... En fin, puesto que usted lo
desea... abandonaré esta casa... París,
Europa, ¡ el mundo !... (Dando algunos pasos
hacia la izquierda.)

VALEN.

¡ Rosillón !... Antes suplico a usted que me
acompañe al salón de baile...

CAMILO

¡ Bueno !... ¿ Y después ?...

VALEN.

Después... ya veremos... (Vanse por el fondo,
del brazo.)

ESCENA III

ZETA y NIEGUS, por la izquierda, segundo término

- ZETA ¿De modo que ha visto usted al conde?
NIEGUS El conde Danilovick no estaba en casa.
ZETA ¿En el club?
NIEGUS Tampoco estaba en el club.
ZETA Tal vez... ¿con su amiga?
NIEGUS ¿Cuál de ellas?
ZETA ¡Ah, si hubiese usted recorrido el domicilio de todas!...
NIEGUS Hubiese empleado dos días y dos noches en recorrerlos.
ZETA (Paseando; luego pasa a la izquierda.) Este conde resulta muy original. La patria necesita de él continuamente... (Movimiento de monóculo.) y no le encuentra por ninguna parte.
NIEGUS Pero yo bien le he encontrado.
ZETA (Volviéndose rápido.) ¿Dónde?
NIEGUS En el restorán Maxim, junto a las grisetas. Y aquí para *inter nos*... aseguro a vucencia que son unas niñas encantadoras...
ZETA (Interrumpiéndole.) Conque... ¿ha cumplido usted mi encargo?
NIEGUS Sí, excelencia. Dije al secretario que la patria le llamaba y que se presentase inmediatamente en el palacio de la embajada. El señor conde me contestó: ¡Expresiones a la patria y que se alivie!
ZETA ¿Cómo! ¿Que se alivie?
NIEGUS Advierto a vucencia que el secretario estaba algo...
ZETA ¿Qué?
NIEGUS Mareado... por los vapores... ¿Comprende, vucencia?
ZETA ¡Borracho, vamos!
NIEGUS ¡Ebrio!
ZETA ¡La patria le necesita y le encuentro hecho una cepa!

- NIEGUS Pero en cuanto le dije que vucencia deseaba hablarle urgentemente, me prometió presentarse en seguida. Antes de un cuarto de hora estará aquí.
- ZETA Menos mal. ¡No extrañe usted, Niegus, que haya elegido al conde para una misión diplomática... a él que es la negación de la diplomacia misma, que es el más aturdido de los pontenegrinos !...
- NIEGUS Me extraña hasta el punto que puede asombrarse un canciller, como yo, de la embajada pontenegrina.
- ZETA El caso es que yo sé aprovechar las aptitudes del personal a mis órdenes. El conde tiene que ganar veinte millones para nuestra patria.
- NIEGUS ¿El... ganar? Perdona vucencia... Eso nunca lo consiguió el conde.
- ZETA Pues hoy mismo lo conseguirá. En cuanto venga, avíseme inmediatamente ; la patria necesita de él. (Calándose los dos monóculos.)
- NIEGUS Una pregunta, señor embajador. ¿Cuál de sus ojos es el defectuoso?
- ZETA Vaya una pregunta. (Quitándose los dos monóculos a la vez.) ¡ Ninguno de los dos ! (Empieza la música en la orquesta. Núm. 3.)

ESCENA IV

Dichos, catorce caballeros, ZANCADA y SAINT-BRIOCHE. Vienen de la tercera sala y atraviesan la escena, desapareciendo por la primera puerta de la izquierda.

- ZETA ¿Qué significa esto?
- ZANCADA La señora viuda de Glavari acaba de llegar. (Vase por la primera puerta de la izquierda.)
- BRIOCHE ¡ Veinte millones ! (Vase por la izquierda.)
- NIEGUS La viuda alegre... ¡ un luto placentero !
¡ Veinte millones ! ¡ Me gustaría heredar un legado semejante ! (Vase por el centro.)

Música

Los caballeros Zaneada y Saint-Brioche, vuelven a escena. Ana ricamente vestida en traje de gran «soirée». Los caballeros la rodean.

ANA ¡ Muy señores míos !
ZANCADA ¡ Oh, estrella de sin par fulgor !
(Todos se inclinan.)
ANA ¡ Cuántas reverencias !
ZANCADA ¡ Astro de beldad !
ANA ¡ No más, por Dios ! ¡ Basta ya !
BRIOCHE ¡ Al contemplar a usted así, me entusiasmo !
ANA ¡ Señores, vamos, por piedad !
¡ Oh, qué exageración !
¡ Yo tanto no merezco, no, en verdad !
BRIO., ZAN. ¡ Tan peregrina perfección
Y CORO que cause admiración
es natural !

I

ANA Yo las costumbres de París
no puedo practicar,
ignoro la etiqueta *chic*
de la alta sociedad.
Pontenegrina neta soy,
nacida en pobre hogar...
yo del gran mundo nada sé,
mas digo la verdad :
cuando me veis, venís a mí
cual si fuese un imán,
como imán no soy,
mis millones lo serán.
CORO ¡ Oh, oh, oh, oh !...
ANA ¿ Por qué tal estupor ?
Las viudas a mí ver
porque lo son suelen gustar...
mas las viuditas millonarias
me parece a mí que gustan más.
¡ Ah !

BRIO. Y ZAN. Fuera mezquindad
adular a usted
por su gran caudal.
CORO Viuda con caudal,
doble valor siempre tendrá.
ANA Pero la viuda sin capital
menospreciada
será.

ZANCADA Cuánto me encanta
su claridad.

CORO Tiene razón,
es verdad,
lo que fascina
es el caudal.

ANA En Pontenegro, mi país,
pecado es adular :
y perseguir a la mujer
también vedado está.

(Pasa a la izquierda ; todos la persiguen.)

Si zanganea alguno allí
con importunidad,
le dicen lo que os digo yo :
¡ No me fastidien más !

(Pasando hacia la derecha : el mismo juego.)

No, no, no más cortesías :
basta ya de hipocresías.
¡ Ah ! A otro can con ese hueso.
¡ Señores, dejadme en paz !...

BRIO., SAN. Soy un caballero
¡ CORO franco y leal,
odio la intriga ; odio
la falsedad.

Yo no sé fingir,
yo no sé adular.

Un caballero siempre soy
franco, sincero y cabal.

(Ana entrega su abrigo salida de baile a un criadó.)

Hablado

- ZANCADA Señora, posee usted una voz argentina.
BRIOCHE En efecto, tiene un claro y límpido metal de voz...
- ANA ¡Ya! Resuena como si fuesen libras esterlinas. No tomen ustedes a mal, señores, si me expreso así.. Yo digo lo que siento. Hace muy poco tiempo que estoy en París para saber fingir como vosotros. Además me falta el talento. (Pasando a la izquierda; la siguen.)
- BRIOCHE ¿Baila usted, señora?
- ANA Procuraré complacerles.
- BRIOCHE En tal caso...
- ZANCADA (Apartando a Saint-Brioche.) ¿Me permite usted que inscriba mi nombre en su lista de baile?
- ANA Aquí está la lista comprometidora. (Entrégale la lista y pasa riendo a la izquierda. Zancada firma sobre el velador.)
- BRIOCHE ¡Yo también!
- CAB. ¡Y yo!... ¡y yo! (Entran en el gabinetito arrebatándose la lista y firmando todos.)
- ANA (Sí, sí, todos... ¡ todos!... He aquí un pelotón de zánganos que van a hacerme sudar con acompañamiento de música! ¡Qué divertido es todo esto!)

ESCENA V

Dichos, ZETA, VALENCIENNE y CAMILO, por el centro

- VALEN. Señora, tengo mucho gusto en saludarla.
ZETA Altísimo es el honor que usted nos otorga... (Inclínase y se vuelve hacia los tres del fondo con quienes habla.)
- ANA Muy bien, muy bien. (¡ Cuánta tontería!...)
- CAB. (El último que firmó.) Tengo el honor de de-

volver a usted la lista de los comprometidos.

ANA ¡ Oh ! (Burlándose, guarda la lista y habla bajito con él.)

VALEN. (A Camilo.) (¿ Se casará usted con la viuda ?)

CAMILO ¡ No !

VALEN. ¿ Cómo que no ? ¡ Lo exijo ! ¡ Entre nosotros todo ha terminado ! (Alto, acercándose a Ana.) Señora, me permito presentar al distinguido joven Camilo de Rosillón, que desea firmar en su lista de baile.

ANA ¡ Sí, sí, firme !... Me parece que aún queda disponible el descanso.

VALEN. (A Camilo, con rapidez.) Se guardará usted muy bien de bailar con ella durante el descanso.

ANA Señores, ¿ saben ustedes una cosa ? Que mañana daré una fiesta al estilo de mi país... en honor de nuestro buen soberano. Toda la colonia pontenegrina, en París está invitada y ustedes también desde este momento. (Los caballeros acércanse a ella presurosos, inclinándose. Zeta pasa al centro.) Y ahora, bailaré con ustedes hasta que nos rindamos de cansancio.

VALEN. (A Camilo.) No consiento que sea de los que rindan a la viuda... No lo permito. (Se retira al fondo discutiendo.)

ZETA (A Ana.) Posee usted un temperamento natural bien definido. Resulta el *pendant* de mi secretario de Embajada, nuestro querido conde Danilovick, que continúa siendo el verdadero tipo pontenegrino montañés... ¡ el hombre franco de la selva !

ANA (Seria.) ¿ Por qué me compara usted con el conde ?

ZETA (Confuso.) ¡ Bah !... porque... es decir... verdaderamente...

ANA (Casi sentimental.) El conde y yo... sí, sí, tiene usted mucha razón. ¡ Podemos los dos !...

(Bruscamente, pasando delante de él hacia la izquierda.)

¡ Pero, no, no !

- ZETA ¿Qué?
- ANA ¡Nada, nada!
- ZETA ¡Ah, yo creía!...
- VALEN. (A Camilo.) (Ofrézcala usted el brazo. Es un deber de cortesía... Lo quiero.) (A Ana.) Señora, cuando usted guste, recorreremos los demás salones.
- CAMILO (Ofreciéndole el brazo a Ana. Música dentro.) Ruego a usted...
- VALEN. (Interponiéndose a Camilo.) (No la ofrezca el brazo.) (Camilo se inclina confundido ante Ana y encogiéndose de hombros, se retira.)
- ANA (Riendo impaciente.) ¿Vamos, señores?
- CAB. (Ofreciéndola el brazo.) ¿Permite usted?... ¿permite usted?...
- ANA Tantos brazos sólo porque soy millonaria. (A Zeta, mientras se cuelga de su brazo.) Vamos, barón, usted es el más inofensivo, digo, el más formal. ¡Oh! perdóneme, pero por poco cometo una torpeza y le insulto. (Vase riendo con Zeta por el centro. Los demás les siguen.)
- ZANCADA (A Saint-Brioche, deteniéndole.) ¡La viuda será mi mujer!
- BRIOCHE ¡Mía lo será!
- VALEN. (A Camilo.) Es preciso que se case usted con ella.
- CAMILO ¡Imposible!
- VALEN. Lo quiero, lo exijo; anhelo que sea usted dichoso y yo deseo continuar siendo una mujer honrada. (Muy emocionada.) Déme usted el brazo.
- CAMILO (Resignado.) ¿De manera que yo tengo que casarme con la viuda?
- VALEN. ¡Guay de usted, si intenta sólo aproximarse a ella! (Vase con él por el centro.)

ESCENA VI

Todas las salas desiertas. DANILO y NIEGUS, por la segunda puerta de la izquierda. Este entra por la primera y se inclina. DANILO, frac, sobretodo, con el cuello levantado y el sombrero de copa echado atrás, somnoliento. Música.

Hablado

DANILO Bueno, ya estoy aquí... A ver y la patria,
 ¿dónde está?
NIEGUS Inmediatamente anunciaré a su excelencia su llegada. (Vase por el centro.)

Cantado

DANILO Oh patria mía, por tu bien
 durante el día velo yo,
 mas por la noche déjame
 algunas horas de expansión ;
 en el despacho suelo entrar .
 al dar las doce en el reloj,
 pues no hay quien pueda resistir
 un día entero de *buró*.
 Si grave asunto he de tratar
 con nadie conferencio yo,
 que en diplomacia la mudez
 es cualidad *sine qua non* ;
 por no gastar tinta y papel,
 escribo al año un acta o dos :
 mi pluma siempre seca está,
 cual mi caudal que se agotó :
 la higiene manda reposar
 tras la diaria ocupación,
 por eso a su mandato fiel
 la noche entera huelgo yo...
 Al restorán *Maxim*
 de noche siempre voy,
 y junto a las grisetas
 espero al nuevo sol...

Con Loló, Dodó, Jou-Jou,
Margot, Frou-frou, Clocló,
me olvido de la patria
y del embajador...
Se brinda con champaña
que alegra el corazón.
después se cancanea
con báquico fervor...
con Loló, Dodó, Jou-Jou,
Margot, Frou-frou, Clocló...
me río del dios Momo...
¡ el más risueño dios !

Hablado

(La concurrencia en la sala tercera. Niegus vuelve por el centro. Danilo se quita el sobretodo, el sombrero y el bastón, abandonando todo ello en el gabinetito de la derecha.)

DANILO Conque Niegus, ¿dónde está la patria?
NIEGUS No he podido, señor conde, anunciarle a su excelencia porque se hallaba conversando con la viuda de Glavari.

DANILO (Muy asombrado.) La señora de Gla... Ana de Glavari... Dime, Niegus, ¿qué desea de mí la patria?

NIEGUS Su excelencia ha dicho algo así como ganar millones.

DANILO ¿Quién, yo? Gastarlos bien sabré, pero ganarlos... ¡ Ja, ja, ja ! (Risa especial, que ha de resultar para el efecto característico, como muletilla.) ¡ Que la patria no me ponga en tan duro aprieto ! (Bosteza estirando los brazos.)

NIEGUS Se lo comunicaré a la patria. Voy a anunciarle. (Medio mutis.)

DANILO No, no quiero, Niegus. Espera un momento. Esta es la cuarta noche que paso sin dormir... Me rinde el sueño... (Bosteza.) Voy a tumbarme un instante.

NIEGUS Verdaderamente se le conoce a usted la falta de sueño. ¡ Bueno ! Descanse usted,

y ya le anunciaré al embajador un poco más tarde.

DANILO Justo, sí. Dentro de dos o tres horas.

NIEGUS ¿Nada más?

DANILO ¡O... cuatro!

NIEGUS Entonces váyase a dormir.

DANILO Pero, ¿adónde? ¿Hay algún escritorio por ahí?

NIEGUS Alguna cama querrá usted decir.

DANILO No, no. Apenas veo un escritorio me duermo inmediatamente.

NIEGUS (Descorriendo la colgadura del gabinetito.) Aquí tiene usted un rinconcito a propósito para el caso. Correremos las colgaduras y puede usted dormir tranquilo.

DANILO Niegus, eres la perla más preciosa de la embajada. (Entra en el gabinetito.) Gracias, Niegus, gracias. (Se tumba en la «chaise-longue». Niegus cierra la colgadura, baja dos escalones y vuelve a asomarse.)

NIEGUS Así... (Al cerrar se vuelve.) Dígame, señor conde, ¿cómo se llama aquella griseta de la cabellera de oro?

DANILO (Somnoliento.) Loló.

NIEGUS ¿Loló? Muy bien. (Marchándose.) (Tiene Loló un no sé qué de atrayente... que a pesar de mi calva... ¡Ay, Loló!) (Vase por la izquierda del fondo.)

DANILO ¡Qué cómodas son las *chaise-longues*! ¡Loló... Dodó... Jou-jou... Frou-frou!... ¡Ja... ja... ja! (Queda dormido.)

ESCENA VII

DANILO, VALENCIENNE y CAMILO. Por la derecha, Valencienne muy nerviosa.

VALEN. Busque usted mi abanico. Lo he perdido. Sólo usted debe encontrarlo. Ha escrito en él «te amo...» Soy una mujer honrada. Es de todo punto necesario que se case

- usted con la viuda de Glavari. Y ahora búsqieme el abanico. ¡ Lo quiero, lo exijo ! (Vase por el centro.)
- CAMILO Bueno, bueno, lo buscaré. Tal vez aquí... (Entra en el gabinete.)
- DANILO ¡ Eh ! ¿ Quién va ?... ¿ Qué pasa ? ¡ Dejádme dormir en paz !
- CAMILO ¡ Perdónese usted !... (Buscando el abanico.)
- DANILO (Gritando.) ¡ Que me dejen dormir !
- CAMILO (Volviéndose y fijándose en Danilo.) ¡ Calla ! ¿ eres tú, Danilo ?
- DANILO ¡ Hola... Rosillón !
- CAMILO Dime, ¿ has visto por aquí un abanico ?
- DANILO Amigo mío, tengo un sueño que no puedo abrir los ojos. ¿ Cómo quieres que haya visto yo un abanico ? ¡ Anda, vete... y déjame dormir aunque no sea más que tres o cuatro horitas !...
- CAMILO ¡ Bueno, bueno ! ¡ Que descanses ! (Deja caer las colgaduras y sale a la sala primera.) Pero, ¿ dónde estará este abanico ? (Vase por la izquierda mirando al suelo.)
- DANILO (Soñando.) Loló... Dodó... Frou-frou... ¡ Ja, ja !... (Música de baile dentro.)

ESCENA VIII

DANILO, durmiendo; ZANCADA, SAINT-BRIOCHE, por el fondo.

ZANCADA (Avanzando paso a paso y apuntando con el índice al rostro de Saint-Brioche, que retrocede también paso a paso hasta el proscenio derecha.) Caballero... una palabra... en serio... Declaro una vez más que en cuanto rompa ciertas relaciones íntimas que mantengo con una mujer casada... iré al pie del altar con la viuda de Glavari...

BRIOCHE (El mismo juego; haciendo éste, retrocede Zancada hasta los escalones del gabinetito.) Bueno, pues le advierto a usted que yo también me permito relaciones con cierta señora... casa-

da por añadidura. Conste que pienso romper con ella para casarme con la viuda que usted pretende.

DANILO ¡ Si... len... cio !...

ZANCADA Busca usted sus millones... ¡ Qué vergüenza !

BRIOCHE También usted los busca.

DANILO ¡ Silencio !...

ZANCADA ¿ Quién grita así ? ...

BRIOCHE ¡ Usted ! (Volviéndose.)

ZANCADA ¡ No me chille usted !

BRIOCHE ¡ Usted no ha de gritarme ! (Vanse hablando a la vez por el fondo izquierda.)

ESCENA IX

DANILO, ANA y cuatro caballeros, que aparecen con ella en el fondo derecha

ANA Señores, ruego a ustedes que me dejen sola un momento... Tantos cumplidos son insoportables...

TODOS Muy bien. (Vanse los caballeros por el fondo derecha remoloneando. Danilo duerme y ronca fuerte.)

ANA Me vuelven loca... Reposaré un instante. (Va hacia el gabinete.) Aquí ronca alguien... (Deteniéndose y recorriendo en parte la colgadura.) ¡ Qué veo !... ¡ Es él !... ¡ Quiero mirarle de cerca ! (Entra cautelosamente en el gabinete y con la mano enguantada acaricia a Danilo.)

DANILO (Como si espantase moscas.) ¡ Dejadme dormir !... (Ana retrocede para salir. Danilo se incorpora y grita :) ¡ Ana !... (Esta sale del gabinete. Danilo lo mismo, pero deteniéndose en el escalón, dice :) Sé que puedo permitirme esta libertad... y, sin embargo, usted debe y puede llamarme Danilo a secas...

ANA ¡ Ah ! ¿ Su nombre ? Lo he olvidado de tal manera... que ni sé pronunciarlo... ¡ Conque... siga usted roncando !

DANILO (Avanzando y apoyándose en el respaldo del sillón, junto al velador.) En medio de un baile así... es

- imposible reconciliar el sueño. Ya estoy despierto... ¡muy despierto! (Acercándose.) ¿Conque... ahora vive usted en París?
- ANA Sí, quiero disfrutar de la vida parisien-
se... Quiero reponerme de cuanto he pa-
decido, y... hasta pienso... casarme.
- DANILO ¿Casarse de nuevo? ¡Creí que eso no se
hacía más que una sola vez!
- ANA (Mirándole fijamente.) Si me hubiera casado
con usted, no debiera reincidir en el ma-
trimonio, ¿verdad?
- DANILO ¡Ana!... (Apoyándose en el velador. Ana se levanta
pasando a ocupar el sillón de la otra parte del velador.)
Perdone usted... si se tratase de mí, hoy
no sería la viuda del difunto Glavari, sino
la mujer del dichoso conde Danilo. (Sen-
tándose.) Pero, ya sabe usted... mi tío...
me hubiese desheredado.
- ANA (Gran intención.) Su tío tenía un empaque
aristocrático exagerado y no consintió
que su sobrino diera su aristocrático ape-
llido a una sencilla muchacha del pueblo.
¡Preocupación muy aristocrática, tanto
del tío como del sobrino!
- DANILO No tendría usted gran interés por mi per-
sona, cuando poco después de aquel rom-
pimiento celebró su matrimonio con el
viejo banquero Glavari... Lo que en idio-
ma moderno se llama hacer un casamien-
to de conveniencia. (Ana intenta contestar. Da-
nilo lo impide continuando muy sentimental:) ¡No,
ya sé que su padre tenía tantos acreedores
como yo!
- ANA El por qué de mi matrimonio a nadie le
importa un comino. (Pasa al centro y vuelve en
seguida con cierta coquetería.) Ahora soy viuda...
joven y muy rica. De manera que...
- DANILO De manera... ¿qué? (Aún sentado encor-
vándose sobre el velador. Ana apoyándose en el sillón
y balanceándolo, dominando la figura de Danilo.)
- ANA De manera que teniendo en cuenta mis
magníficas propiedades y mi opulencia,

en fin, su aristocrático tío nada tendría que oponer, si su aristocrático sobrino me ofreciese... su aristocrática mano... (Volviéndole la espalda, va hacia el fondo.)

DANILO (Levantándose bruscamente con dignidad.) Ana, ¿podría usted suponer que yo, por sus millones?... ¡ Oh, entonces me conoce usted muy poco ! (Pasa a la derecha.)

ANA Es usted un hombre como otro cualquiera. Ahora todos los que me dicen : amo a usted con delirio, es porque deliran... no por mí, sino por mi fortuna... (Despojándose algo nerviosa del guante de la mano izquierda.)

DANILO Tiene usted razón. Y si ha de ser... por eso... (Dudando.)

ANA ¿Qué? (Volviéndose bruscamente.)

DANILO ¡ Que, yo... nunca... jamás... diré a usted... *te amo* !

ANA ¿Nunca?... (Avanzando un paso hacia él.)

DANILO (Pausa brevísima. Mordiéndose los labios.) ¡ Jamás ! (Marchándose como decidido hacia el fondo.)

ANA (Amenazándole con cierta ansiedad.) ¡ Conde Danilo !

DANILO (Volviéndose y bajando un poco sonriente.) ¡ Ah, recuerda y pronuncia usted perfectamente mi nombre ! (Se inclina y medio mutis.)

ANA ¿ Huye usted de mí por miedo de que no se le escape decirme : *te amo* ?

DANILO (Brusco y casi grosero, rápido.) ¡ Eso no se lo diré nunca !

ANA ¡ Quién sabe !

DANILO Estoy seguro. ¡ Al tiempo !

ANA ¿ Declaración de guerra ?

DANILO ¡ Declaración de guerra ! (Avanza un paso hacia ella.)

ANA ¡ Bueno ! (Con mucha coquetería deja caer al suelo el guante que se quitó anteriormente.)

DANILO (Recogiendo el guante y dándoselo.) ¡ El guante del desafío !...

ANA Muy bien. ¿ Estamos conformes ?...

DANILO ¡ Conformes ! (Vase por el fondo de la derecha. Ana por la primera de la izquierda.)

ESCENA X

VALENCIENNE y CAMILO

VALEN. Suplico a usted que me deje en paz. ¡ Me trata como si no fuera yo una mujer casada !

CAMILO Si lo estuviera usted conmigo... ¡ Ah, Valencienne !...

VALEN. ¡ Qué ocurrencia !

Música

CAMILO ¿ Verdad ?

VALEN. En un comfortable hotel...

CAMILO ¡ Qué hotel !

VALEN. Podríamos habitar ...

CAMILO ¡ Muy bien !...

VALEN. Paloma del alma mía,
me llamaría usted.

CAMILO Paloma de mi amor...

VALEN. ¡ sin hiel !

VALEN. Amándonos sin cesar.

CAMILO Los dos...

VALEN. Ajenos al padecer...

CAMILO ¡ Qué bien !

VALEN. El mundo sería
hermoso Edén...

LOS DOS ¡ Oh, encantadora,
feliz intimidad,
tú sola fundes dos seres en un ser,
tú sola inspiras amor y lealtad,
bendita seas, fuente del placer !

VALEN. Las fiestas mundanales
no puedo soportar :
todo es orgía, vil confusión,
gritos furiosos de bacanal.
La verdadera dicha
sólo quiero disfrutar,
¡ lejos de aquí, en el rincón

CAMILO más apartado del hogar !
 ¡ Verdad !
VALEN. ¡ Detesto lo mundanal !
CAMILO ¡ Y yo !
VALEN. Aquí todo es falsedad.
CAMILO ¡ Sí tal !
VALEN. Así que a nuestra ilusión
 tendremos que renunciar.
CAMILO No pienso yo.
LOS DOS ¡ Oh, encantadora,
 feliz intimidad ! etc.

(Como antes. Las últimas frases del duetto las cantan del brazo y ya en el fondo, por donde desaparecen, izquierda.)

ESCENA XI

ZETA, KROMOW, luego VALENCIENNE y después DANILO

ZETA (Con un abanico cerrado en la mano.) ¡ No, no... amigo Kromow, es imposible ! Este abanico...

KROMOW Este abanico, en el cual hay una declaración amorosa... no puede pertenecer a nadie más que a mi mujer. ¡ Siempre anda coqueteando... y este abanico es la prueba fehaciente de su infidelidad !... (Esto lo dice paseándose agitadísimo.) ¡ Permítame... déjeme usted el abanico !... ¡ Necesito refrescarme !... (Valencienne aparece por el fondo izquierda, avanzando.)

ZETA (Viendo a su mujer.) Valencienne, llegas oportunamente... Este abanico...

VALEN. (Rápida.) ¡ Cielos !... ¡ El mío !...

KROMOW En el abanico hay... una inscripción que dice : « ¡ te amo ! »

VALEN. ¡ Ah, sí !... (Fingiendo grande asombro.)

ZETA (Sonriente.) ¡ El abánico es de mi mujer !... (Dirigiendo cierta mirada a Valencienne.)

VALEN. ¡ No, no !... (Rápida.)

ZETA (Rápido.) (Dí que es tuyo... Si no es capaz

- de matar a su mujer.) ¡Fíjate bien... esposa mía !... (Kromow baja, colocándose entre Valencienne y Zeta.) Este abanico es tuyo.
- VALEN. (Tomándolo.) Verdaderamente... sí... ¡Ahora recuerdo !
- KROMOW ¡De veras ! (Mirando escamado a Zeta y Valencienne.) ¿Y quién ha escrito ahí... «¡te amo !?...»
- ZETA (¡Diablo !)
- VALEN. ¿Quién ha de escribirlo ? ¡Mi marido !...
- ZETA Na...turalmente.
- KROMOW (Ingeniosísima !) Siendo así... varía el asunto de aspecto.
- ZETA Digo... ¡ya lo creo !
- KROMOW Quedo completamente tranquilo. Vucencia me permitirá que acuda junto a mi mujer... para darle una satisfacción... Debe andar por ahí coqueteando... con toda seguridad... (Se inclina y vase corriendo por el fondo derecha.)
- VALEN. ¡Valiente aprieto !
- ZETA ¡Ahora dame ...el abanico fatal ! Yo mismo se lo devolveré discretamente a la señora Kromow. (Intentando tomar el abanico.)
- VALEN. Eso podría yo también hacerlo... (Tratando de escamotear el abanico.)
- ZETA ¡No ! ¡no ! ¡no ! (Por fin quita el abanico a Valencienne.) El asunto es muy delicado... (Guárdase el abanico en el bolsillo del frac. Danilo llega por el fondo derecha.) ¡Oh, por fin, querido conde !...

ESCENA XII

Dichos, DANILO y CAMILO, por el fondo izquierda

- DANILO ¡Excelencia... Señora !
- ZETA (A Valencienne.) Bien quisiera llevarte del brazo al salón... pero...
- DANILO Puedo yo acompañarla...
- ZETA ¡No, gracias ! Tengo que hablar con us-

ted de cosas muy serias... (Viendo a Camilo.)
¡ Ah, excelente amigo Rosillón, ruego a usted que dé el brazo a mi señora !...

CAMILO ¡ Con muchísimo gusto !... (Zeta habla bajo con Danilo vuelto de espaldas a Valencienné y Camilo.)

VALEN. (A Camilo.) ¡ Ya pareció el abanico !

CAMILO ¡ Bueno, bueno !...

VALEN. Sí, pero lo tiene mi marido...

CAMILO ¡ Malo ! ¡ malo ! ¡ malo !... (Saliendo del brazo.)

VALEN. Tiene usted que casarse con la viuda cuanto antes.

CAMILO ¡ Apenas la vea, haré mi declaración de amor !

VALEN. No corre tanta prisa. ¡ Más tarde, más tarde ! (Vanse fondo derecha. Zeta y Danilo han atravesado de derecha a izquierda.)

ESCENA XIII

ZETA y DANILO

ZETA ¡ Sentémonos ! ¿ Cuánto tiempo hace que se halla usted agregado a nuestra embajada ?

DANILO ¡ Oh !... ¡ mucho !... ¡ hace cuatro meses !...

ZETA ¿ Y qué ha hecho usted de bueno hasta la hora presente ?

DANILO ¡ Yo ! ¡ poca cosa ! Soy modesto ; no apezecco dignidades. El trabajo me es antipático generalmente. Dicen algunos filósofos que el trabajo es el bálsamo de la vida ; pero yo opino que hasta después de muerto no debe uno embalsamarse.

ZETA ¿ Ha tenido usted desafíos ?

DANILO Como secretario, odio las actas en general... y las redactadas por duelos de honor... ¡ no digamos !

ZETA ¿ Ha jugado usted ?

DANILO Sí, pero siempre me ha tocado perder.

ZETA ¿ Ha tenido usted amoríos ?

- DANILO Esa es mi ocupación favorita...
- ZETA Ya tengo noticias de que las aficiones a las faldas le han arruinado a usted.
- DANILO Vucencia no sabe el dinero que derrocha una mujer, sobre todo si tiene la mano chiquitita.
- ZETA ¿A quién se lo cuenta usted? ¡Conde, usted conoce a las mujeres!
- DANILO ¡Superficialmente! Es difícil conocerlas porque la mujer es un jeroglífico de ardua solución.
- ZETA (Levantándose y paseando.) Usted es el hombre que necesito para una delicadísima misión que voy a confesarle. ¡Ni buscado con candil!
- DANILO Con tal de que no se trate de trabajar... (Sentándose como fatigado en el sillón junto al velador, limpiándose la frente con el pañuelo.)
- ZETA No quiero que trabaje. Se trata de un pasatiempo.
- DANILO ¿Pasa... tiempo? ¡Ah! para eso nadie como yo.
- ZETA Debe usted casarse, señor conde.
- DANILO ¿Casarme? ¿A semejante barbaridad le llama usted pasatiempo? (Levantándose bruscamente.)
- ZETA ¡La patria lo exige!
- DANILO ¿La patria?... ¡Ya, vamos! La patria necesita hijos... (Vuelve a sentarse.) ¿Y con quién debo pasar el tiempo? Digo, ¿con quién debo casarme?
- ZETA ¡Con veinte millones!
- DANILO (Levantándose de un salto.) ¡Matrimonio soberbio! ¿Cuál es el cero femenino adjunto a los demás ceros?
- ZETA No se trata de ningún cero, sino de la señora viuda de Glavari.
- DANILO ¡Ana de Glavari!... ¡Jamás! Yo, metafóricamente hablando, labraré la felicidad de cualquier otra mujer; pero no la de ella.
- ZETA Pues ella es la clave de nuestro negocio.

- DANILO Será lo que usted quiera, pero yo no me caso con ella ni por los veinte millones.
- ZETA Eso sería antipatriótico en alto grado. Reflexione usted que la viuda de Glavari puede casarse con un parisién... Y nuestra amada patria perdería de vista los veinte millones. ¡Eso no puede ser!
- DANILO Si sólo se trata de eso, yo impediré el matrimonio de la viuda.
- ZETA ¿Cómo?
- DANILO Muy sencillo. Alejando a todos los que se aproximen a ella con intención de pretenderla en matrimonio.
- ZETA ¿Influirá usted en ella de modo que se case con un pontenegrino... y con usted preferentemente?
- DANILO Con exclusión de mi persona. (Música dentro. Desde este momento las parejas de concurrentes ocuparán la segunda y tercera sala.)
- ZETA Hombre, ¿y por qué ha de excluirse usted de los candidatos?
- DANILO Porque mi máxima es la siguiente: El hombre debe enamorarse a menudo... Comprometerse... alguna que otra vez... pero casarse, ¡jamás! (Dentro oyense voces.)
- ZETA Llegó la hora de elegir dama. Elija usted a la viuda. Es la ocasión más oportuna. (Aparecen en el fondo, Ana, Zancada, Saint-Brioche y caballeros.)
- DANILO Lo que haré es espantar moscas y zánganos.
- ZETA La patria le recompensará pródigamente. (Vase por la derecha.)

ESCENA XIV

ANA, ZANCADA, SAINT-BRIOCHE, caballeros y DANILO

Música. — FINAL PRIMERO

- CAB. La elección debe al punto principiar,
de la viuda espero conseguir
honor tan especial.
Yo bien quisiera ser
el vencedor galán.
Bailar hoy con usted (A Ana)
es la mayor felicidad.
(Los caballeros rodean a Ana.)
- ANA La elección es costumbre
digna de respeto,
y elegir galán,
señores, les prometo ;
mas dejad que en el sillón
reflexione la elección.
(Siéntase en la silla de la derecha.)
- DANILO Otras hay en los salones.
(Mas no tienen sus millones.)
- CAB. Hoy bailar con usted
es mi solo afán.
- DANILO Por nuestra patria
he de velar,
que el señor embajador
sólo en mí quiso fiar.
Seguiré sus instrucciones :
hay que alejar
a los moscones. (Vase por el fondo.)
- ZANCADA La pena más intensa
que a un hombre le pueden causar,
es que le dé calabazas
la dama que invite a bailar.
- BRIOCHE Pretende el sexo débil
al fuerte poderse igualar :
aquí hay una electora
con voto y no quiere votar.
- ZANCADA Hay que agitarse...

BRIOCHE Hay que agitarse...
LOS DOS Los candidatos
 deben trabajar.
ZANCADA Déme usted su voto.
BRIOCHE Déme usted su voto.
LOS DOS Que en la elección
 yo merezco triunfar.
CAB. Déme usted su voto,
 que en la elección
 yo merezco triunfar.

II

ANA Cuestión de política es todo,
 según acabáis de afirmar ;
 hoy tengo que ser electora
 y debo por fuerza votar.
 Sabréis mi elección sin demora ;
 mas, ¡ ay, que no quiero pensar
 aquel que mi voto no obtenga,
 los votos que va a pronunciar !
CAB. Hay que agitarse... etc.
ANA Voy a dar mi voto.
 Pronto va a saberse
 en la elección quién merece triunfar.
 Vamos a bailar. (Levantándose.)
 Con todos a la vez es imposible :
 quiero a todos contentar.
DAM. (Dentro.) ¡ La elección... la elección !...
DANILO Miren qué oportunidad.
 (Danilo avanza al frente de ocho damas.)
 Venid aquí,
 venid, sirenas,
 que los bailes nos aguardan.
 Disponéos, hermosas, henchid
 la ventura de las almas,
 rendid al gentil galán ;
 alza el pie, girando raudas,
 que del pecho amante
 mil suspiros brotarán.

DANILO

(Dirigiéndose a otros tantos caballeros.)

Debe usted ser muy galán.

(Un caballero y una dama desaparecen bailando por el fondo.)

DANILO

Sus aromas exhala en abril,
rebotante de anhelos la flor,
y las bellas exhalan también,
como las flores, su amor.
La armonía y el ritmo del vals,
mil encantos nos brinda en su son,
ofreciendo esperanzas sin fin
a las almas que hirió la fatal pasión.

DAM.

TODOS

No perdamos la ocasión.
¡ Venid... venid aquí...
venid... sirenas !... etc.

DANILO

¡ Oh, patria, moriré por ti ;
mas antes de que brille el sol
al muy sagaz
embajador
presentaré
mi dimisión !

(Siéntase a la izquierda.)

ZANCADA

¿ Podré lograr, señora ?...

BRIOCHE

Si logro sus mercedes...

ANA

Dejadme un poco meditar.

DANILO

Preciso es a estos dos echar.

ANA

En fin... Uno de ustedes... (Indicando al grupo en el que quedan Zancada, Saint-Brioche y cuatro caballeros. Valencienne avanza con Camilo.)

VALEN.

Un candidato os presento.

DANILO

(Rosillón... pues no faltaba más.)

VALEN.

(Presentando a Rosillón.)

Bailando es un maestro.

Lo puedo asegurar.

Las *polkas* y *mazurkas*

son su especialidad :

domina la *pavana*

famoso es en el *vals* ;

y en fin las niñas todas

siempre anhelan con él bailar.

Hay que agitarse.

Los candidatos deben trabajar.

Vote usted por Rosillón,
de renombre universal :
en la elección
él merece triunfar.

TODOS

(Bis.)

CAMILO

(A Ana.) Me pongo a su disposición.

ANA

No sé qué hacer... Quizá...

(Valencienne arrastra dulcemente al fondo a Camilo.

Ana observa a Danilo.)

ANA

Pues por galán elijo...

(Danilo finge que es primor :
sabe muy bien disimular.)

(Alto a Danilo.) Baile usted conmigo.

DANILO

¿¡¡ Yo !!?

¡ Es que yo no sé bailar !

ANA

¿ Entonces... renuncia usted ?

DANILO

¿ Renunciar?... ¡ No tal !

¡ Favorecido fui !

ANA

Y bien, ¿ qué hacer ?

DANILO

Soy diputado en propiedad,
puedo del baile disponer.

¿ Esto es verdad o no ?

ANA

Lo es.

TODOS

¿ Qué intentará ?

DANILO

Por diez mil francos cedo mi derecho ;
diez mil francos ha de dar
quien pretenda ser
de mi electora el galán.

Ya lo sabéis.

TODOS

Nos fastidió.

UNO

¡ Qué atrocidad !

DANILO

Suma que a los pobres donaré.

BRIOCHE

¿ No viene usted ? (A Zancada.)

DANILO

En fuga los he puesto ya.

TODOS

(Marchándose.) ¡ Diez mil francos !

¡ qué atrocidad !

DANILO

(A Ana.) Mire usted, abandonan el salón.

En las redes han caído
demostrando su ruindad.

Les di la gran lección :
corridos todos van ;

- y la aventura resultó
graciosa de verdad.
- CAMILO Yo entregaré los diez mil francos
y así probaré mi dignidad.
- VALEN. ¿Qué va usted a hacer?
- CAMILO ¡Usted me mandó!
- VALEN. ¡Yo! ¿qué he de mandar?
- (Llevádoselo al fondo. Las salas quedan desiertas.)
- DANILO (Después de observar desde el fondo, baja junto a
Ana que se halla sentada cerca del velador.)
Lejos de aquí la sociedad
huyó...
De los moscones
voy a usted a librar.
Mil gracias le doy.
- ANA Ya estoy dispuesto. ¿Quiere usted bailar?
- DANILO ¿Yo bailar? No, señor.
- ANA No sabe usted.
- DANILO ¡Qué tontería! Puedo seguir
el movimiento del vals.
- (Danilo trata de mirar de frente a Ana. Esta vuelve
la cabeza con coquetería. Este juego dos veces a am-
bos lados. Por fin Danilo colócase en posición de
baile.)
- ANA ¡Que no bailo! ¡Ea!
- (Danilo baila solo. Ana al ver a Danilo bailar solo,
duda un instante y luego se lanza a sus brazos. Am-
bos bailan.)
- Pues no baila mal.
- DANILO ¿Por qué fué embustero?
- La patria hablará.
- (Siguen bailando; en el fondo de la sala aparecerán
algunas parejas.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Jardín. En el centro, fondo, un quiosco o pabellón no muy grande. Lámparas de luz eléctrica, de formas raras, emblemas, banderas, armas e insignias pontenegrinas. A derecha e izquierda, veladores de jardín. Una silla a cada lado del quiosco. En el interior de éste, diván y poltrona y una puertecilla accesoria en el fondo del mismo. De día, últimas horas de la tarde.

ESCENA PRIMERA

ZETA y NIEGUS, ambos en traje pontenegrino; ZANCADA, uniforme de oficial francés de húsar; SAINT-BRIOCHE, oficial de infantería francesa; BOGDANOVICHT, PRISTKIST, KROMOW, PRASCOVIA, OLGA, SILVIANA, ANA y VALENCIENNE, todos en trajes de pontenegrinos. Coro, en traje de pontenegrino y otros de sociedad. Ellas con sombrero de verano. Bailarinas y bailarines pontenegrinos. Todos, excepto los del baile, entran durante los diez y seis últimos compases de orquesta (Polonesa), y se colocan libremente a derecha e izquierda.

Música

INTRODUCCIÓN, BAILE Y CANCIÓN

ANA

Dentro de poco, amigos míos,
la fiesta que os preparo empezará.
Igual qué en Pontenegro todo aquí
por nuestro rey trataré de combinar.

(Se sienta a la izquierda junto a Zeta. Por la izquierda las bailarinas y bailarines pontenegrinos.)

LOLÓ (*Baile*)

CORO ¡ Ah ! *Ni velino dase dase veslino, Heiacho*
Hoy alegres cantar queremos ¡hey!
recordando la patria amada ¡hey! .
Son los aires de Pontenegro ¡hey!
los que nutren de amor mi alma ¡hey!
Mi velino dase veslino. ¡Hey! (Grito.)

(Los bailarines se inclinan a derecha e izquierda.)

ANA

(Pasando al centro.)

Los cantos han de ser aquí
de nuestros lares en honor.
Por eso quiero recordar
del hada vilya la canción.

(Las bailarinas siéntanse en el suelo. Los bailarines de pic. Todos ejecutan el movimiento de derecha a izquierda con la cabeza.)

I

ANA

La Vilya hechicera,
la ninfa de amor,
tenía en la selva
segura mansión.
Un día de invierno
se halló un cazador,
y al ver sus encantos,
prendado quedó.

Ya repuesto de su asombro,
anhelante de pasión,
dijo así,
suspirando el cazador :
Vilya divina,
por ti muero yo,
te doy mi alma ;
tú, dame tu amor.
Ninfa del Valle,
que me cautivó,
calma
mi triste dolor.

CORO

(*Bis.*)

II

ANA La ninfa hechicëra
 su mano tendió,
 y trajo al rendido
 gentil cazador.
 Sus ansias de amores
 la ninfa premi6,
 que al fin en sus labios
 un beso imprimió.

—
Al instante cual fantasma,
la beldad desapareció,
y en el *vals*
grita en vano el cazador. etc., etc.
Mi velino dase, etc., etc.

CORO

ANA ¡ Retiraos !... (Vanse los del baile danzando por el
fondo derecha. La concurrencia también desaparece por
ambos lados.)

ESCENA II

ZETA, ANA y NIEGUS

Hablado

ZETA Señora, la fiesta por usted organizada no
puede ser más patriótica. ¡ Resulta una
maravilla !
ANA Gracias, barón. ¡ Pero hoy tendrá sus ri-
betes de parisiense clásica ! Dicho sea con
toda mi discreción diplomática posible.
Quiero dar una sorpresa al conde Danilo.
ZETA ¿ De veras ? ¿ Al conde Danilo ?
ANA Danilo es un devoto fanático... y asiduo
parroquiano del restorán *Maxim* que, por
cierto, no conozco.
ZETA (Sonriente.) Pues, yo sí.
ANA ¿ Sí, eh ?... Pues, el señor... (Por Niegus.) ha

- dispuesto por orden mía un servicio de grisetas.
- NIEGUS ¡ Yo, excelencia, yo !
- ZETA Supongo que no serán verdaderas grisetas.
- ANA ¡ De las auténticas ! Detesto las falsificaciones.
- NIEGUS Dodó, Loló, Jou-Jou, Clocló, Margot, Frou-frou... (Inclinándose risueño.)
- ZETA ¿ Las conoce a todas ?
- NIEGUS No, no, de vista no más. Mi reducidísimo sueldo no me permite disfrutar de dicha intimidad.
- ANA (Reconociéndole.) Señor canciller, conque ya lo sabe usted, amigo mío : después del banquete, servicio de grisetas. Hasta luego, embajador. (Se inclina y vase fondo derecha.)
- ZETA ¡ Señora !... (La acompaña algunos pasos.) (Se interesa por el conde Danilo ? Entonces mi proyecto resultará.) Pero, ¿ dónde diantre se ha metido nuestro secretario ?
- NIEGUS ¡ Ah ! No vendrá. ¡ Le oí decir que esta clase de fiestas le aburría !
- ZETA ¡ Ya ! Pero usted le habrá indicado que se trata de una fiesta oficial, patriótica y que, por lo tanto, tiene el deber de intervenir en pro de la patria.
- NIEGUS ¡ Naturalmente ! Pero me contestó que estaba de nuestra patria... hasta la coronilla.
- ZETA Eso es una traición.
- NIEGUS ¡ De lesa patria !
- ZETA ¿ De modo que ha dicho que no vendrá ?
- NIEGUS Y no vendrá aunque tiren de él diez pares de bueyes.
- ZETA (Indicación especial.) ¿ Y si voy yo a tirar de él también ?
- NIEGUS ¡ Excelencia !... (Malicioso.)

ESCENA III

Dichos y DANILO, en elegante traje de oficial de caballería ligera pontenegrina, por el fondo derecha.

DANILO ¡ Salud al embajador !

ZETA ¡ Ah ! Es él.

DANILO No hay miedo, excelencia. Al pasar he venido espantando moscones viudófilos. La patria no está en peligro.

ZETA Confía usted demasiado en su diplomacia, conde.

DANILO ¿ Vucencia será capaz de reñirme ?

ZETA Ignora usted dónde está el mayor peligro.

DANILO ¿ Dónde ?

ZETA En el señor de Rosillón.

DANILO ¿ En Camilo ?

ZETA (Pasando al extremo de la izquierda.) Si yo pudiera encontrarle una sola tacha... le desacreditaría ante nuestra viuda adorable.

NIEGUS El señor de Rosillón está locamente enamorado.

ZETA Y DAN. ¿ Enamorado ?

NIEGUS De una... señora.

ZETA ¿ Qué me cuenta usted ?

NIEGUS De una señora, con perdón sea dicho, casada...

DANILO ¡ Gourmand !

ZETA ¿ Y quién es... esa señora ?

NIEGUS Lo ignoro ; no sé una palabra.

ZETA ¡ Qué lástima ! Pero yo con mi tacto diplomático la descubriré, y una vez descubierta la indigna adúltera la obligaré a divorciarse y a unirse en matrimonio con el osado Rosillón. (Vase hacia el fondo.)

DANILO ¡ Y punto redondo !

NIEGUS (Su excelencia tiene reblandecido el cerebro.)

DANILO Y a todo esto, ¿ qué dirá el marido ultrajado ?

ZETA Nada me importa lo que diga. ¡ Ese mari-

- do debe ser algún viejo estúpido que se deja engañar como un chino ! (Va hacia el fondo y mira a la izquierda.)
- NIEGUS ¡ Es posible !
- ZETA Hombre, a propósito, mi mujer se halla conversando con Rosillón. ¡ Miradla ! Sé que tiene cierta influencia sobre él.
- NIEGUS (¡ Reblandecimiento !)
- ZETA Debemos decirle que le obligue a casarse con la adúltera y así renunciará a la viuda de Glavari. Niegus, diga usted a mi mujer que me espere. Necesito hablar con ella.
- NIEGUS (Marchándose.) (Nuestro embajador me va resultando el Caballero de la Triste Figura.) (Vase por la izquierda.)
- ZETA Conde, usted debiera auxiliarme un poco en tan delicada indagación. Probablemente este... abanico le señalará la verdadera pista. (Sacando del bolsillo el abanico.)
- DANILO ¿ Sí ?
- ZETA Éste abanico creo es de la señora de Kromow. Una mano masculina ha trazado en él la inscripción : « *Te amo.* » (Abriendo el abanico y dándoselo.) Recomiendo a usted que proceda con astucia. (Vase por el fondo de la izquierda.)
- DANILO Perfectamente ; procuraré ser lo más astuto posible. (Leyendo la inscripción) : « *Te amo.* » Reconozco esta letra. Es la de Camilo Rosillón. Y ayer... recuerdo que andaba buscando un abanico.

ESCENA IV

DANILO, ANA, por el fondo de la derecha

- ANA Bien venido, conde. ¿ Esquiva mi presencia ? ¿ Por qué ?
- DANILO Es una estratagema de guerra. (Lanzando la mano vagamente al aire.) Yo voy haciendo la

descubierta como oficial de caballería ligera...

ANA ¡ Ah, claro ! Somos dos potencias enemigas. Pero un caballero valeroso no debe andarse por las ramas, debe ir decididamente al ataque.

DANILO Bien... quisiera atacar... pero no me atrevo.

ANA (Coqueteando.) ¡ Pues atrévase usted !

DANILO (Encogiéndose de hombros.) No puedo.

ANA Vaya un hombre. ¡ Zancarrón !

DANILO ¿ Cómo dice usted ?

ANA ¡ Zancarrón, maestro ignorante, zangandungo !

Música (Duetto.)

ANA ¡ Hupa ! ¡ Mira ! ¿ Quién va allá ?
Es un caballero :
le podríais conquistar
pero... va ligero.

¡ Hupa ! que se escapa ya,
y es muy buen partido.

Si le puedes atrapar

¡ hip ! tendrás marido.

DANILO Es inútil tanto ardor
si el galán no siente amor.

ANA Suele a veces ocurrir
que se finge no sentir.

(Con discreto movimiento de cabalgar, primero en su puesto, luego al noveno compás pasa delante de Danilo hacia la izquierda, vuelto el rostro hacia él, mientras que Danilo imita también sus movimientos.)

Caballero zancarrón,
paladín de vanidad,
sigue galopando,
cabrioleando...

que a la meta llegarás...

¡ Hupa, hupa, hop, hola !

¡ Hala con velocidad !

¡ Caballero, zanca, zanca, zancarrón

no dejes, no, de galopar !

(Durante el ritornello de la orquesta se acerca Danilo a ella y dice:)

DANILO Conque caballero zancarrón, ¿eh?
¡ Pues piquemos espuela !

. II

ANA ¡ Hupa ! Grupas vuelve ya
 nuestro caballero ...
 y te mira muy tristón ;
 ¡ pobre marrullero !
 Ignorante se creyó
 ¡ hip ! que sólo él monta.
 Vaya al diablo, porque yo
 ¡ hupa ! no soy tonta.

DANILO La que tanto se burló
 del jinete que pasó,
 no sospecha que quizá
 por aquí no volverá.

ANA Caballero zancarrón, etc., etc.

(Durante el ritornello, Ana está a la izquierda marcando el movimiento de cabalgar. Danilo a cada compás da un paso retrocediendo hacia el fondo derecha figurando picar espuela e inclinándose. A los siete compases se encontrará en el fondo y desaparece. Al octavo compás, Ana, solita corre hasta el quiosco de espaldas al público y dice:)

 Sigue galopando,
 cabrioleando...
 ¡ Todos me las pagarán !

(Vase por el fondo.)

Hablado

DANILO (Que vuelve inmediatamente.) Se burla de mí...
 Me llama caballero zancarrón. Bueno...
 ¡ paciencia ! No olvidemos las instrucciones. El embajador me recomienda astucia. Pronto sabré si el abanico es suyo.

(Saca del bolsillo el abanico. Aparece en el fondo Olga con otras damas charlando hasta el quiosco. Al llegar a él, Danilo llama a Olga. Las otras damas se retiran por detrás del quiosco hacia la derecha. Las siguen Silviana y Prascovia quedando en el fondo a la vista del público y murmurando entre ellas.)

ESCENA V

Dichos, OLGA, que avanza, SILVIANA y PRASCOVIA

DANILO Señora...
OLGA Señor conde...
DANILO ¿Se le ha perdido a usted alguna cosa?
OLGA Yo... yo... no.
DANILO ¡ Vaya ! ¡ vaya ! El corazón no deja de ser una joya preciosa que si se empeña...
OLGA (Asustada.) ¿Qué quiere usted decir, conde?
DANILO (Es ella.) (Alto.) No tema usted. Yo soy discreto y me permito advertirla que su amante piensa casarse con otra mujer... Con la viuda de Glavari.
OLGA (Rápida.) ¡ Ah ! Saint-Brioche piensa...
DANILO (Sorprendido.) ¿Eh?
OLGA ¡ Oh, gracias, conde !... ¡ Gracias por la advertencia ! (Vase de prisa por la derecha.)
DANILO (Solo en el proscenio.) De modo que Saint-Brioche es su amante. Bueno es saberlo, pero no es esto lo que busco. (Mirando al fondo.) Tal vez el abanico sea de la señora de Bogdanovicht.

ESCENA VI

Dichos, SILVIANA, que avanza a una seña discreta de Danilo

DANILO ¿ Ha perdido usted algún objeto ?
SILVIANA ¡ No, conde !
DANILO Vamos, vamos. El corazón es un estuche

que se abre y se cierra según las circunstancias.

SILVIANA No comprendo.

DANILO (¿Si será esta?) (Alto.) No hay que preocuparse, señora. Su íntimo amigo va a casarse dentro de poco con la viuda millonaria.

SILVIANA (Rápida.) ¿Quién, Zancada?

DANILO (Sorprendido.) Zan...

SILVIANA ¡Cuánto agradezco a usted la confianza! (Vase rápida por la izquierda.)

DANILO ¡Zancada es el amante de la Bogdanovicht! Otro descubrimiento importante. Decididamente, lo que no se busca... se encuentra. El más sabio es el que menos estudia. (Enarbolando el abanico.) ¿Pero a quién delante ha declarado Camilo su amor en este abanico? (Abanicándose.)

ESCENA VII

DANILO y PRASCOVIA, que avanza. Todas las demás señoras han desaparecido

PRASCO. ¡Oh! ¡Qué preciosísimo abanico!

DANILO (Tendría gracia que ésta fuera.) (Alto.) En este abanico hay una inscripción que dice: «Te amo.»

PRASCO. ¡Oh! (Ruborizándose, bajando la vista al suelo.)

DANILO Lo deposito en la mano de su legítima dueña.

PRASCO. (Toma el abanico y lo besa.) ¡¡ Por fin !!

DANILO (¡ Esta es ! ¡ No hay duda !)

PRASCO. ¿Ha sido un presentimiento o lo sabía usted, conde?

DANILO Todo se debe a la inclinación de su espíritu hacia el objeto amado.

PRASCO. (Suspirando.) ¡ Oh... sí !

DANILO ¡ Oh, sí ! (Imitándola.)

PRASCO. Danilo, debía usted suponerlo.

DANILO ¿ Yo ? ¿ Qué ?

- PRASCO. Que sólo suspiro por usted.
DANILO ¿Por mí? ¿Usted suspira por mí? Devuélvame el abanico inmediatamente. (Se lo arranca de la mano.) ¡Pues señora, este no es el jardín de la viuda.) (Alto.) ¿Usted enamorada de mi persona? Esto es un manicomio suelto...
- PRASCO. (Muy ofendida.) ¿Cree usted que soy vieja?
DANILO ¡Al contrario!... ¡Ah! gracias a que ahí viene su marido.
- PRASCO. Le suplico discreción.
DANILO ¡Lo mismo digo, señora! (Prascovia vase de prisa por la izquierda.) Maldito abanico, ¿será mágico? ¿A quién pertenecerá? (Se lo guarda en el bolsillo.)

ESCENA VIII

DANILO, ZANCADA, SAINT-BRIOCHE. Los dos por el fondo izquierda. Luego KROMOW, PRISTKIST y por último ZETA, por el fondo derecha y un criado.

- ZANCADA (A Saint-Brioche.) Advierto a usted que tiene que renunciar a la viuda. Poseo una magnífica espada.
- BRIOCHE Pues a mí no me falta un soberbio revólver de reglamento. Conque renuncie a la viudita.
- DANILO (Espantaré moscones.) (Alto.) Señores, ruego a ustedes que no se molesten en discutir, porque pienso hablar con la señora de Glavari acerca de ustedes.
- ZANCADA ¿Acerca de mi persona?
BRIOCHE ¿Y acerca de mí?
DANILO Sí, respecto de los dos. Voy a decirle que esta misma noche va a tener lugar un duelo entre el vizconde Zancada y... (A Saint-Brioche.) ¡Con su permiso! (Ap. a Zancada.) ¡Y el señor de Bogdanovicht!
- ZANCADA ¿Batirme yo con Bogdanovicht?

- DANILO ; Bogdanovicht lo sabe todo ! Es decir, conoce sus amores con Silviana.
- ZANCADA ; Diablo ! ; diablo !... (Pasea hacia la izquierda excitadísimo.)
- BRIOCHE Parece que al vizconde le ha dado usted una buena noticia...
- DANILO No le he hecho más que una advertencia como la que voy a hacer a usted. Esta misma noche se efectuará un desafío entre usted y... (A Zancada, que pasa junto a él.) ; Con su permiso ! (A Saint-Brioche, Ap.) el señor Kromow.
- BRIOCHE ¿Yo un duelo con Kromow?
- DANILO Kromow sabe todo lo que hay entre usted y su mujer.
- BRIOCHE ; Demonio, demonio !... (Pasea muy excitado a la derecha.)
- DANILO ; Hola ! (Viendo aparecer a Kromow, Bogdanovicht y Priskist.) ; Señor Kromow ! ; Ilustre Bogdanovicht ! ; Amigo Priskist !
- BRIOCHE (Al conde Danilo que se halla de espaldas al público.) (¡ No diga usted nada !)
- ZANCADA (¡ No me comprometa !)
- DANILO Hablaba con estos señores de un asunto muy delicado. Les pedía su opinión acerca de lo que debe hacer un hombre de bien cuando resulta engañado por su dignísima mujer.
- KROMOW Muy sencillo : a los salteadores se les mata como a los perros.
- BRIOCHE (¡ Caracoles !...) (Saca una tarjeta y escribe algunas palabras rápidamente.)
- ZANCADA (¡ Cuerno !...) (Hace lo mismo que Saint-Brioche. Un criado atraviesa la escena de derecha a izquierda por detrás de los señores.)
- ZANCADA Y (A un tiempo al criado.) Esta tarjeta para la viuda de Glavari. (El criado hace una reverencia y vase.)
- BRIOCHE
- ZETA (Por la derecha.) ¿De qué se trata, señores?
- DANILO De lo que debe hacer un marido cuando su cara mitad celebra alianzas amorosas

con otro hombre en detrimento de su honra.

ZETA Respecto a ese punto, gracias a Dios, na-
da tengo que temer... No me preocupa...
DANILO Sin embargo, las mujeres...
TODOS ¡ Oh, las mujeres !...

Música

NÚMERO NUEVE (*Septimino.*)

DANILO Las mujeres...
 TODOS Las mujeres...
 DANILO Son arcanos...
 TODOS ¡Claro está!
 DANILO No son buenas ni son malas ;
 son mujeres nada más.
 ZETA Si la esposa...
 TODOS Si la esposa...
 ZETA Tiene instintos. (Indicación especial.)
 TODOS ¡Sí, ya... ya !... (Hablado.)
 ¡ No hay remedio conocido
 contra la infidelidad !
 DANILO Si son avaras y gruñonas...
 TODOS ¡ Son muy duras de pelar !
 ZETA Si a la mujer le gusta el lujo...
 TODOS ¡ Cuesta al año un dineral !
 BRIOCHE Pues si los viajes la entusiasman...
 TODOS ¿Dónde vamos a parar?
 ZANCADA Y si en política se mete...
 TODOS ¡ A ninguno deja en paz !
 DAN. Y ZETA Si te resulta literata...
 TODOS No se puede soportar.
 ZETA Y si aburrida del marido...
 TODOS ¡ Vaga en pos de un ideal !...
 ZETA Capaz es de meter un gato...
 TODOS ¡ En el lecho conyugal !
 ¡ Ah !
 El tratado femenino (Suspirando.)
 es difícil de estudiar...
 ¡ Qué mujeres ! ¡ Qué mujeres !

DAN. Y ZETA

Lindas flores
de un bello pensil,
¡ qué mujeres !
donde impera
Cupido gentil...
¡ Qué mujeres !

Las mujeres por siempre serán
de los hombres loco afán.
Y pensando en el árbol fatal
de la ciencia del bien y del mal...
las mujeres serán como han sido
y lo son...

¡ De los hombres la perdición !

(Todos repiten. Este número ha de ejecutarse con gran cuidado, piano la orquesta en ciertos pasajes. En cada frase de conjunto deben todos hacer idénticos ademanes o colocarse en igual postura para que el efecto sea mayor. Los últimos compases los dicen desapareciendo por las laterales y marchando cómicamente.)

ESCENA IX

Vuelve DANILO con ANA, por la izquierda

ANA

Conde Danilo, está usted echando de mi casa a todos los contertulios. (Enseñando las dos tarjetas.) Saint-Brioche y el vizconde Zancada me dicen que tienen que ausentarse inmediatamente.

DANILO

¡ Victoria, extinción de la plaga !

ANA

Es que arroja usted a los más inofensivos... Si fuera a los otros...

DANILO

¡ A todos los expulsaré !

ANA

Pero, ¿ qué se ha propuesto usted con ello ?

DANILO

Es un entretenimiento como otro cualquiera. Es un deporte muy agradable.
¡ El espantamoscones !

ANA

Pero, ¿ por qué los espanta usted ?

DANILO

Ya lo he dicho, por deporte.

- ANA Yo creía que era por... porque me amaba usted.
- DANILO ¡ Yo ! ¿ Amar a usted ?... ¡ No, no y no !...
- ANA ¿ Hombre, por qué dice usted tres veces no ?
- DANILO ¡ Era para persuadirla, señora !
- ANA Muy bien, conde Danilo. Entonces podrá usted aconsejarme honradamente si puedo casarme con el hombre que quiera. (¡ Ahora tendrá que hablar !)
- DANILO ¿ Con el que usted quiera ?... Si ha hecho ya la elección, cásese con quien la acomode. (Ana sonrío complacida. Danilo, gritando más cada vez, pasa a la derecha.) ¡ Cásese con quien le dé la gana !... ¡ Con el mismísimo demonio ! (Algo sentimental, dándose golpecitos en la parte del corazón.) Esto me causa pena... siento un peso aquí... un no sé qué... ¡ Ah, será este maldito abanico ! (Lo saca del bolsillo y lo arroja sobre el velador.)
- ANA Para eso no hace falta que dé usted esos gritos tan desaforados.
- DANILO El día en que realice usted su boda, bailaré de gozo toda la noche ; de modo que las suelas de mis zapatos se convertirán en obleas.
- ANA Si hay humedad, quedará pegado al suelo...
- DANILO Sería natural otra unión... la del *suelo* con la *suela*. ¡ Aquel día, cuánto voy a reír ! ¡ Ja, ja !
- ANA ¡ Fanfarrón ! (Riendo irónicamente cara a cara.)
- DANILO ¿ Es usted celoso ?
- DANILO (Rápido.) ¡ Sí, señora !
- ANA ¡ Ah !
- DANILO (Mirándola fijamente.) Pero no por usted. Soy siempre celoso por todas las mujeres. ¡ Celoso de todas las que tratan con ternura a mis colegas masculinos ! ¡ No vaya usted a figurarse lo que no existe ! Sería reprochable presunción en usted.

ANA (Enfadada.) Eso no me lo ha dicho nadie en el mundo.
DANILO ¿Qué no le han dicho a usted?...
ANA Me faltan las palabras para...
DANILO ¿Para qué? (Más fuerte.)
ANA Para decirle...
DANILO ¿Qué? (Más fuerte.)
ANA Que es usted un...
DANILO ¿Un qué?
ANA ¡Nada! (Vuélvese al otro lado.)

Música

NÚMERO DIEZ (*Melodrama y escena de baile.*)

Ana le mira un instante, quiere hablarle; se encoge de hombros y se fija en el abanico que hay en el velador. Danilo, muy nervioso, va al fondo, apoyándose en el quiosco de espaldas al público para dominarse.)
ANA (¡ Un abanico !) (Se abanica un momento. Después se fija y lee agradablemente sorprendida :) *Te amo.*
¿A quién? ¡Ah!... comprendo. ¡A mí! Lo escribió él y por eso ha puesto aquí el abanico. (Vuelve a dejarlo en el velador.) Lo dejaré en el velador. Quiero que me lo diga. ¡Así están las cosas y basta!) Y bien, ¿conde Danilo?
DANILO (Volviéndose.) ¿Señora?
ANA ¿Se han calmado sus nervios?
DANILO (Sonriendo.) Nunca me pongo nervioso.
ANA Entonces puedo decirle que quiero hacerme parisiense.
DANILO (¡ Pobre patria ; los millones se alejan de tus arcas !)
ANA (Sentándose a la derecha.) Pero antes de contraer matrimonio quisiera conocer mejor la vida de París. ¿Dónde se divierten más los habitantes de la Babilonia francesa?
DANILO (Sentándose.) Si quiere divertirse, vaya con su marido a la embajada pontenegrina.
ANA ¡ Oh, allí no pienso volver !

DANILO ¿Por qué no? Allá se bailan las danzas patrióticas. Encontrará usted un caballero que la dirá: Señora, ¿tiene usted la bondad de bailar conmigo?

ANA ¡ Con mucho gusto, querido conde !

DANILO ¡ Un koló, la danza de nuestra patria !
(Bailan el Koló.)

MÚSICA.—HABLADO

ANA ¡ Este baile no me gusta !

DANILO ¡ Ni a mí tampoco !

MELODRAMA

ANA Ve usted... Yo diré a mi esposo... queridó Da...

DANILO (Rápido y con alegría.) ¿ Da... ?

ANA (Pasando despacio delante de él hacia la derecha con intención. Cara a cara.) ¡ Da...go...ber...to !...
¡ Para esto sólo no vivo en París !... ¡ Llévame a otra parte !

DANILO (Cantando.) ¡ Al restorán Maxim !
 ¡ Soberbio restorán !

HABLADO

DANILO Allí bailan dudosamente las más dudosas hijas de Eva. Apenas entre usted en un salón cualquiera... naturalmente, piensa.
¡ Ja, ja ! ¡ Una nueva grisetita ! Todos los monóculos se fijan en la nueva aparición. La orquesta ejecuta un dulcísimo *vals*, y al compás de tres por cuatro se pierde la virtud en un dos por tres. (Bailan el vals.)
Y como usted sabe bailar así, tan divinamente, volará de brazo en brazo como las mariposas de flor en flor. Un joven elegante la dirá : Yo soy el gran duque Briosonik ; adoro a usted. Su mirada ha producido en mi pecho inusitada agitación...
Nosotros, los rusos, siempre tenemos al-

guna agitación interior ; pero en cuanto se percate de que usted no da su brazo a torcer... se sienta... (Sentándose.) y desaparece como el humo. Pero viene otro, que también baila con cierta intención... (Bailan otra vez el vals.)

ANA (¡ Bien ! Ha bailado conmigo, pero no me ha dicho...)

DANILO Y ahora... ¿adónde vamos?

ANA Eso depende de usted.

DANILO Iremos al *Cabaret Noir*.

ANA Y, ¿eso qué es?

DANILO Lo modernísimo. ¡ Un local donde la concurrencia anda como los salvajes !

ANA (Con gran aspaviento.) ¿Al desnudo?

DANILO ¡Oh... no, no ! Los caballeros llevan un elegantísimo taparrabos (Rápido.) y las damas...

ANA ¿Qué?

DANILO Llevan... muchísimo menos...

ANA ¿Y qué hacen allí?

DANILO ¡ Pues... bailar ! (Bailan y desaparecen bailando por la izquierda.)

ANA No iremos, conde, al *Cabaret Noir*.

DANILO ¿Por qué?

ANA Porque no soy bastante salvaje todavía.

ESCENA X

ZETA y DANILO, en seguida

ZETA (Por la derecha, marcando el movimiento del vals que aun continúa la orquesta. Se supone que ve al conde Danilo y le llama.) ¡ Conde, conde Danilo !

DANILO ¡ Excelencia !

ZETA ¿Ha descubierto usted ya quién es la señora casada que ama a Rosillón?

DANILO ¡ Todavía no !...

ZETA Bueno, yo la descubriré. He suplicado a mi mujer que espíe de cerca a Camilo. Mire usted, ahí vienen juntos. (Por la iz-

quierda.) ¿Ve usted cómo le habla con discreta coquetería? ¡Ja, ja, ja! Es una diplomatiquilla encantadora. Apuesto a que él la está diciendo ahora el nombre de la dama misteriosa. (Pasa a la izquierda. Niegus por la derecha.)

NIEGUS Un telegrama urgente para vucencia.
ZETA (Leyendo la dirección.) Del ministerio, viene cifrado... Descífrelo usted. (Entregándoselo a Niegus.)

NIEGUS (Leyendo.) «En bestia del informe del rematado de vucencia...»

ZETA ¿Eh, cómo?

NIEGUS ¡Ah, no, no! (Leyendo.) «En vista del informe remitido por vucencia... el ministerio ruega dé noticia telegráfica sobre los veinte melones...»

ZETA ¿Cómo veinte melones? (Tirando Zeta y Danilo, cada cual por un lado, de las orejas de Niegus.)

NIEGUS Será la fruta favorita del señor ministro.
DANILO ¡Veinte millones!... ¡Bastantes melones hay en el ministerio!

NIEGUS ¿Veinte millones de melones?

ZETA Se trata, naturalmente, de los millones de la viuda de Glavari. El ministro se impacienta. En fin, que hay que informarle. Con un poco de reflexión... ¡Bueno! son las ocho menos cuarto. (Consultando el reloj.) A las ocho en punto vengan ustedes a este pabelloncito... (Señala al quiosco.) En él nadie nos interrumpirá y redactaremos la contestación telegráfica que nos pide el gobierno.

NIEGUS ¡Muy bien!... ¡A las ocho en punto!...

ZETA (Mirando a la izquierda.) Aun está hablando mi mujer con Rosillón.

DANILO Sí, continúa la sonsaca.

ZETA Mi mujer es un tesoro. ¡Vamos! veo que avanzan hacia este lado. Es preciso no estorbar las negociaciones diplomáticas. (Vanse por la derecha.)

ESCENA XI

VALENCIENNE y CAMILO, por la izquierda. Se hace de noche.
Valenciénne nerviosa, explorando el terreno casi hasta el velador de la derecha. Camilo siguiéndola.

CAMILO Entonces, déme usted, cuando menos, algún recuerdo que me permita esperar en su amor imposible.

VALEN. ¿Un recuerdo?

CAMILO (Viendo en el velador el abanico.) ¡Calle ! ¡ Este es un abanico !

VALEN. ¡ Ah, mi abanico ! ¡ Gracias a Dios ! (Sonríe.) Aquí tiene usted el recuerdo que me pide. ¿ Me deja usted un lápiz ? (Camilo le da un lápiz. Escribiendo.) Aquí.

CAMILO (Lee.) « ¡ Yo soy una dama de honor ! »
¡ Ah, Valenciénne !...

Música

CAMILO (Apoyándose en una silla.)

Como la rosa temprana
galana y pura brotó,
en lo profundo del alma
también brotó mi amor.
Un adorable ensueño
fundió mi voluntad,
radiante sol cuyos rayos
jamás han de brillar.
Ocultan sus fulgores
las brumas del deber
y apagarlo quieres
del todo con tu desdén.
Mas siento aquí en el pecho
el eco de una voz ;
me dice que triunfante
saldrá por fin mi amor.

VALEN.

¡ Ilusión !

CAMILO

¡ Dulce bien !

(Cae a sus pies.)

VALEN. ¡Aparta ! ¡ Oh ! no puedo...
¡ no puedo... resistir !...
CAMILO ¡ Mi vida, un beso !...
¡ El postrer adiós !...
VALEN. ¡ No, aquí !...
CAMILO ¡ Ahí !...
Nuestro asilo puede ser
este solitario pabellón.
Todo el mundo ignorará
que premiaste así mi intenso amor.
(Los dos desaparecen, entrando en el pabellón.)

ESCENA XII

NIEGUS, luego ZETA y después DANILO.

NIEGUS (Izquierda.) La baronesa ha entrado en el quiosco con el señor Rosillón. ¡ Ay de mí, *del embajador* ! (Mirando a la derecha. Como protegiendo a los amantes se coloca delante de la puerta del quiosco.)
ZETA ¡ Hola, Niegus ! ¿ Son ya las ocho ? ¿ No ha venido el conde Danilo ? Abra usted el quiosco, hemos de telegrafiar. (Pausa.) ¿ Qué le detiene a usted ?
NIEGUS Excelencia...
ZETA Vamos, vamos... (Quiere entrar.)
NIEGUS (Colocándose ante la puerta.) No, no, excelencia ; es que dentro... hay gente. ¡ Está ocupado ! (Con desaliento.)
ZETA ¿ Quién hay dentro ?
NIEGUS Uno y... una... ¡ Ninguno !
ZETA ¡ Ah ! ¡ Tal vez una señora !...
NIEGUS Una señora... no, digo, es... sí...
ZETA Ya lo adivino : el conde Danilo.
NIEGUS El señor Rosillón. (Rápido.)
ZETA ¿ Rosillón ?
NIEGUS (¡ Se me escapó !)
ZETA ¿ Rosillón con su señora ? ¡ Magnífico, Niegus... mereces una cruz ! Pareció la

- incógnita. ¡Ya tenemos la mujer casada que ama a Rosillón !
- NIEGUS ¡ Horror ! -
- ZETA El pabellón tiene una puertecilla accesoria a la otra parte. Vaya usted a cerrarla inmediatamente.
- NIEGUS (Primero dejaré escapar los tórtolos y luego cerraré.) (Vase detrás del quiosco. Danilo entra por la derecha.)
- ZETA ¡ Ah, querido conde, hemos descubierto a la misteriosa dama de Rosillón !
- DANILO ¿ Y quién es ?
- ZETA Eso no lo sé ; está en el quiosco que he mandado cerrar. ¡ A ver, a ver ! (Yendo hacia el quiosco.)
- DANILO Excelencia, espiar no es noble ocupación...
- ZETA ¡ Nadie me ve ! (Escuchando a la puerta.) La habla de amor.
- DANILO Pero, ¿ la dama quién es ?
- ZETA Miraré por la cerradura. (Mira.)
- DANILO ¿ Y bien ?
- ZETA ¡ No puedo ver su cara !
- DANILO ¿ Dónde la tiene ?
- ZETA ¡ Vaya una pregunta ! Ella está de pie y con la espalda hacia acá.
- DANILO Permita usted que yo mire un poco.
- ZETA (Lo impide.) No, no. Quiero verla yo mismo. ¡ De seguro es la mujer del estúpido Kromow ! (Mirando.) ¡ Ahora se vuelve de frente ! (Niegus aparece de frente en el fondo de la derecha junto al quiosco, demostrando gran urgencia, haciendo señas hacia la derecha. Sale Ana y habla bajo con Niegus. Los dos desaparecen detrás del quiosco. Zeta y Danilo no ven este juego, como es natural.)
- DANILO ¿ Y qué ?
- ZETA (Gritando.) ¡ Ah ! (Llevándose las manos a la cabeza.)
- DANILO ¿ Qué le pasa ? (Zeta sin poder hablar.) Voy a enterarme... (Intenta subir al quiosco.)
- ZETA No, ¡ no mire usted !
- DANILO ¿ Pero, por qué ?

ZETA (Cayendo en el sillón a la izquierda del quiosco.) ¡ Es mi mujer !... (Valencienne sale por detrás del quiosco y con Niegus rápidamente desaparece por la izquierda.)

DANILO ¡ Caracoles !

ZETA ¡ El estúpido Kromow lo soy yo !

DANILO (Quitemos hierro !) De seguro que vuecencia ha visto mal.

ZETA (Lastimero.) ¡ No ! ¡ no !

DANILO ¡ En fin, menos mal !... ¡ Resultará usted un mártir de la patria !...

ZETA Es que la patria tiene sus límites. (Corriendo a la puerta del quiosco y golpeándola.) ¡ Abrid !

DANILO ¡ Abrid !...

DANILO (¡ Pobre baronesita, dejarse atrapar de tal manera !

ZETA ¡ Abrid !...

Música (Final segundo.)

ESCENA XIII

Dichos, ANA y CAMILO, saliendo del quiosco. Mucha luz por todas partes. Luego los personajes. Coro.

DANILO ¡ Ah !

ZETA ¡ Ah !

ANA ¡ Vamos a ver, ya estoy aquí !...

DANILO Es Ana con Camilo.

ZETA Yo no soy ciego y bien la ví.

DANILO Grande es mi estupor...

ZETA ¡ Quién lo podía presumir !

VALEN. ¿ Entonces mi mujer ?...

ZETA (Por la izquierda.) ¿ Me buscas ?

VALEN. No sé qué pensar.

DANILO ¿ Qué es lo que ocurre, al punto di ?

CAMILO (Es Ana con Camilo.)

ZETA (A Danilo.) ¡ Muy pronto te diré !...

ANA Yo por la cerradura al atisbar pude una dama distinguir.

DANILO Usted faltó a la educación.

ANA En su caso... no.

ZETA Y a Rosillón ha poco...
hablar de amor
con la señora bien le oí.

ANA Conmigo sí, señor...

DANILO (¡ ¡ Con ella ! !...)

ZETA Y a mi mujer reconocer creí.

ANA (A Camilo.) Usted, caballero, debe afirmar.

VALEN. Fuera locura confesar que yo fuí.

CAMILO No hay más remedio que decir que sí.

DANILO Muero de celos, mas tendré que fingir.

ANA Por indiscreto el buen barón
nos ha puesto en brete
a los dos aquí.
Señor Rosillón, suplicole a usted que
cuanto me dijo me vuelva a decir.

CAMILO Debo decirlo.

DANILO (¿ Y yo soportarlo ?)

CAMILO (A Zeta.) Por dar a usted satisfacción cabál
lo que antes dije voy a repetir.

ZETA Ah, ¡ las frases de amor !...

CAMILO Como la rosa temprana
galana y pura brotó, etc.

ANA (Hablando.) Después de lo dicho, ustedes juz-
garán lo que haya de reprochable en lo
ocurrido ahora...

Cantado

ANA Allá va señores la gran noticia.

CORO ¿Cuál es? ¿cuál es?

ANA En mí pueden ver
la prometida del señor Rosillón.

CAMILO ¡ Eh !

VALEN. ¡ Gran Dios !

CAMILO ¿ Yo ?

DANILO ¿ Qué oí ?

ZETA ¡ Horror !

CORO ¡ Oh ! ¡ quién pudo sospechar !

ANA ¡ Es el efecto colosal !

CORO ¡ Enhorabuena !

DANILO ¡ Malditos sean sus millones !

CAMILO (A Ana.) ¿Permite usted?...
¡No estoy dispuesto yo!
ANA (A Camilo.) A Valencienne es preciso salvar.
ZETA ¿Pero habla en serio?
ANA ¡Es natural!
VALEN. ¡Falso fué su amor!
ZETA Protesto con Danilo yo.
ANA (A Danilo.) ¿Usted?
DANILO ¡Yo, no! ¿por qué motivo protestar?
Os echaré mis bendiciones.
Yo sólo opino...
ANA ¿Qué opina usted?
DANILO Con mi torzal
haré un gran lazo,
nudo jamás.
Hoy libre soy,
y a la verdad,
su decisión me importa un bledo.
ANA Ustedes dudarán,
mas nos hallamos
junto al cráter de un volcán.

I

ANA Me casaré con Rosillón,
al uso de París
seré *madame* y él *monsieur*
lo mismo que en París.
Y nuestro amor será también
a estilo de París,
hará su gusto cada cual
como en el gran París.
¡*Ris, rás! ¿hip?* (Marcando el canción.)
CORO (Bis.)

II

VALEN. La boda *chic* resultará.
ANA Al uso de París.
VALEN. El uno aquí y el otro allá.
ANA Lo mismo que en París.
VALEN. Amigos no la faltarán.
ANA ¡Estilo de París!
VALEN. Y si se quieren divorciar.

ANA Costumbres de París...

LAS DOS Y CORO ¡ Ris ! ¡ rás ! etc.

DANILO (Hablado.) Los celos tienen el corazón por cárcel. ¡ Cuán difícil es que se asomen al rostro !

En honor del desposorio
voy un cuento a referir :
oportuno me parece
por su asunto y por su fin :
a usted señora lo dedico
si atención yo la merezco.

ANA Sí tal ;

juzgarle así podré cual narrador,
que me impaciento ya. Le escucho.

DANILO (Hablado.) Pues señor...

De cierta gentil princesa
un príncipe se enamoró.
Entrambos se amaban dichosos
y un día riñeron los dos.
Razón el mancebo tenía,
y no volvió a hablarla de amor,
por grave traición la princesa
tan digno silencio tomó.
Y un día la ingrata ofendida
a otro dió mano y amor,
La afrenta al mancebo fué grande
y así tal infamia vengó...

¡ Oh, ingrata, soberbia princesa,
manchaste tu alcurnia y honor !

En la exposición de coquetas
un nuevo ejemplar ingresó.

Creerás que de celos me muero.

¡ Ja, ja, ja ! pueril presunción.

No pienso ya en ti ni soñando.

(Hablado.) El príncipe lo dijo.

(Cantado.) ¡ Yo no !...

Después añadió a voz en grito :

Conserva tu esposo para mejor
ocasión...

(Cantado.) Y el príncipe fuése tranquilo
lo mismo que pienso hacer yo.

(Medio mutis.)

ANA (Levantándose.) ¿Adónde va usted?

DANILO Pues voy...
donde siempre me hallo bien,
al restorán *Maxim*
de noche siempre voy
y junto a las grisetas
espero el nuevo sol...
Con Loló, Dodó, Jou-Jou,
Clocló, Frou-Frou, Margot,
me olvido de las penas
que causa la traición.

(Vase por el fondo izquierda, le siguen Zeta y Camilo.)

ANA (Con júbilo.) ¡Me quiere y es suyo mi amor !)

¡ Ris ! ¡ rás !, etc.

TODOS (Repiten.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Primero. Decoración corta que oculta la decoración posterior por medio de un gobelino (tapiz) que luego se alza. A derecha e izquierda, una cariátide de estilo moderno con una dama trilette de baile en postura graciosa e interesante.

Segundo. Decoración posterior. Después de alzado o corrido el gobelino aparece un elegantísimo restorán ultramoderno facsimile del «Maxim», de París. Mesas y sillas. Las mesas con pantallas de diversos colores, recipientes de champaña. A derecha e izquierda palcos diminutos. Al fondo, tanto a la derecha como a la izquierda, escalinatas que conducen al primer piso. Entre las dos escalinatas gran tribuna donde se sitúa la orquesta. Al fondo izquierda y derecha puerta con portier. Cuando se verifica la mutación aparecen Kromow, Pristkist, Bogdanowichit, cada cual junto a una mesa bebiendo champaña junto a su dama. Varios camareros sirven con sus delantales blancos y corren aquí y allá como en los restoráns. En la tribuna de la orquesta, cinco profesores con frac rojo, de los cuales uno dirige tocando el violín. Ejecutan todos los números excepto el duetto porque no están en escena. Durante el cake-wal, Ana aparece, contempla y presencia lo que ocurre en escena. Y después del número de las grisetitas desaparece. Toilette adecuada al restorán.

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

NIEGUS y ZETA. La orquesta se oye detrás del gobelino

Hablado

- ZETA Conque ¿dónde están las prometidas grisetas?
- NIEGUS Por todas partes.
- ZETA Ya, ya, ¿pero por dónde?
- NIEGUS ¡Por doquiera !...
- ZETA ¡Y dale ! (Oyese la orquesta dentro.) ¿Qué música es esa?
- NIEGUS Esos seductores sonidos parten del restorán de las grisetas, que yo, con mi talento y gusto especial, he invitado aquí en el palacio de la señora viuda de Glavari.
- ZETA ¿Invitado? ¡Oh ! (Desilusionado.) ¡Entonces no se trata de auténticas grisetas !
- NIEGUS ¡Sí, excelencia ! Loló, Dodó, Frou-frou y Clo-cló... son verdaderas... un tanto acolchadas, ¿eh? pero genuinas. Respecto de las otras damas, incluyendo a la señora de vucencia, las imitarán lo mejor que puedan.
- ZETA ¿Cómo, cómo?
- NIEGUS Digo que tratarán de representar su papel como si fuesen auténticas... ¡Vamos !... grisetas de nacimiento.
- ZETA ¡Ah ! ¿De modo que mi mujer también anda en la danza? ¡*En avant* !
- NIEGUS ¡Pues *en avant* ! (Toca un botón, suena un timbre y el gobelino se alza. Mutación.)

CUADRO SEGUNDO

Facsímile del restorán «Maxim». Todas las mesas y palcos están ocupados. Gran cake-wal. NIEGUS, ZETA y TODOS.

ESCENA II

Dichos y DANILO, apareciendo en la galería, asombradísimo.

- DANILO Pero, ¿qué es esto? ¿Dónde estoy? ¡Ah !
(Bajando la escalinata.)

ESCENA III

Dichos, las seis grisetas y VALENCIENNE. Luego un criado. Entran tres grisetas por la derecha y tres por la izquierda, magnífica «toilette» con sombrero. Valencienne en idéntico traje.

CANCIÓN DE LAS GRISETAS

VALE. Y GRIS. Aquí están las hechiceras
de París y sus afueras.
VALEN. Loló, Dodó, Frou-frou.
Clo-cló Yun, Margot.
et moi!
TODAS Por el *boulevard* de noche
¡tipi, tipi, tipi, tap!
las grisetas
pimpiretas
parecemos sin cesar.
VALEN. Son las plumas del sombrero
nuestro emblema singular,
nuestro mote largo el velo
y a los tontos desplumar.

I

TODAS Aquí están las hechiceras.
¡Ritanturi, tanturete
e voila les belles grisettes.
Les grisettes de Paris.
Ritanturi, tanturi!

II

VALEN. Como lindas pescadoras
disponemos bien la red,
y los peces de colores
atrapamos a granel.
TODAS ¡Tipi, tipi, tipi, tap!

III

VALEN. Cuando cae algún pez gordo
lo solemos conervar,
mas si caen sardinas tristes
las tiramos a la mar.
TODAS Aquí están, etc., etc.

(Todos repiten el cáncán. Quedando al final sentadas las grisetas sobre las rodillas de los caballeros de las mesas, como ocurre en esta clase de restoráns. Grandes carcajadas; escándalo.)

Hablado

DANILO (A Valencienne.) Estoy verdaderamente sorprendido. Me permito dar a usted la enhorabuena porque resulta una genuina griseta.

VALEN. ¡ Oh, disposición y talento artístico !

DANILO ¡ Magnífico ! (A Niegus.) ¡ Qué improvisación tan preciosa !

NIEGUS Señor conde, a mí se debe. Lo que es en estos asuntos soy muy ducho.

DANILO Y ¿ cómo se le ha ocurrido a la señora viuda semejante idea ? ¡ Peregrina y encantadora ocurrencia !

NIEGUS La señora dijo que deseaba que usted se hallase como en su propia casa.

DANILO ¿ Eso ha dicho ?

NIEGUS Sí, añadiendo que usted se hallaba solamente en su casa cuando se hallaba rodeado de verdaderas grisetas.

DANILO ¿ Ah, sí ? (Se vuelve, observando que Zeta, Bogdanowich y Kromow bromean con las grisetas.) Pues resulta que toda la embajada pontenegrina parece hallarse en su propia casa.

CRIADO (A Zeta.) Excelencia : un telegrama urgente. (Entregándoselo.)

ZETA (Contrariado.) ¿ Otra vez ? (Lo abre.) ¡ Del ministerio ! Señores : convoco a ustedes *in*

- continenti* a una sesión extraordinaria. (A la concurrencia.) ¡Permitidme un instante! (Vanse todos menos los indicados.)
- DANILO Sentémonos, pues... (El restorán se desaloja poco a poco.)
- ZETA Señor secretario de la Embajada, descifre usted el telegrama.
- DANILO «Si los millones de la Glavari no pueden asegurarse, es inevitable la bancarrota.»
- TODOS ¡Ah!
- NIEGUS ¿Bancarrota? Expresiones a la patria.
- ZETA No veo más que un recurso. Acudo a vuestro patriotismo. ¿Hay aquí un corazón patriótico? ¡Palpite por ella! La viuda debe casarse con un pontenegrino.
- TODOS ¡Justo!
- ZETA Conde Danilo, pregunte a su corazón si está dispuesto al sacrificio.
- DANILO Le interrogaré; pero advierto a ustedes que si Ana se casa con Rosillón, yo me abismaré para toda la vida en un convento...
- ZETA Bravo. ¡Es un patriota!
- DANILO ¡En un convento de monjas!
- NIEGUS (Saliendo con un billete de mil francos en la mano.) Se salvó la patria. Me declaro solvente. Este es el honorario por mi intervención directiva... y por haber creado este restorán. Ahora voy a enseñar este pasaporte a las grisetas. ¡Camarero! (A uno que pasa.) ¿Cuánto vale el champaña?
- CAMARERO De la señora viuda de Glavari, nada. ¡Se reparte gratis!
- NIEGUS ¡Entonces... mándeme a casa diez botellitas!

ESCENA IV

NIEGUS. Las seis grisetas y DANILO. Principia de nuevo la orquesta y la concurrencia se halla en el fondo. Las grisetas rodean a DANILO y bailan cantando la reminiscencia, «Tra-la-la-la-la.» ANA entra y sorprende el cuadro, sonriente: DANILO la ve, se detiene y por signos ordena a la orquesta que cese.

ANA No hay que turbarse ; ya me figuraba que encontraría a ustedes así...

DANILO ¿ Señora ?

ANA Era el fin que perseguía. ¡ Tal mi ideal !
Así están las cosas y ¡ basta !

DANILO (A las grisetas.) ¡ Salud !

NIEGUS Esto quiere decir que os larguéis. (Vanse las grisetas y la orquesta. La sociedad desaparece del todo. (A Ana.) Perdón, señora, no sea usted celosa. Servidor humilísimo. (Vase por la derecha.)

DANILO ¿ Señora ?

ANA (Coqueta, paseando por la derecha.) ¿ Y bien ?...

DANILO Deseo hablar con usted de cosas muy serias.

ANA Usted dirá. ¿ Tiene la bondad de sentarse ? (Se sienta.)

DANILO Pocas palabras. Prohibo a usted que se case con Rosillón.

ANA ¡ Ah ! ¿ Usted me lo prohíbe ? Y ¿ por qué ?

DANILO ¡ Por... porque sí !

ANA Entonces permítame usted que le diga yo el motivo, querido diplomático. Me prohíbe usted que me case con Camilo Rosillón... (Levantándose un momento y mirándole cara a cara,) porque usted me ama.

DANILO ¿ Yo ? ¡ Ja, ja, ja, ja ! (Levantándose.)

ANA Vaya una risita tonta.

DANILO No sé reirme de otra manera.

ANA ¿ Conque... me lo prohíbe usted ?

DANILO Yo... y la patria.

ANA ¿ La patria ?

DANILO ¡ Seguramente ! Los veinte millones que

usted posee deben continuar en las arcas del tesoro nacional pontenegrino para nutrir las honradamente...

ANA ¡ Ah ! ¡ Comprendo ! ¡ Bien ! La patria nada tiene que temer. Yo no me casaré con Rosillón.

DANILO (Contento.) ¿ No ? ... Pero el *rendez-vous* en el pabelloncito de marras...

ANA (Ahora sí que tendrá que declarárseme.) (Alto.) Yo no tuve ningún *rendez-vous* con el señor Rosillón. La cita tuvo lugar con otra señora.

DANILO ¿ Con otra ?

ANA Una señora... casada. Quise salvarla de una situación difícil y la obligué a salir del quiosco por la puertecilla accesoria. ¡ Así están las cosas y... basta ! (Pasa a la izquierda.)

DANILO (Fuera de sí por la alegría.) ¡ Otra señora ! ¡ Señora magnífica ! ¡ Señora sublime ! ¡ Bendita sea !... ¿ Y hasta el presente no se le ocurrió decírmelo ? Yo que de rabia llegué a ponerme amarillo... y verde y...

ANA (Muy coqueta paseando despacio hacia la derecha de modo que casi toca su rostro con la cabeza de Danilo.) ¿ Por qué ?

DANILO (No sabiendo qué contestar.) Pues...

ANA Hombre, ¿ quiere usted decirme una vez que me ama ?...

DANILO (Momento de olvido; intentando lanzarse a sus brazos.) ¡ Ana !...

ANA (Con viveza y alegría inmensa.) ¿ Qué ?

DANILO (Risita especial.) ¡ Ja, ja, ja ! Surgió otra vez la risita tonta.

ANA Pero, ¿ por qué se puso usted amarillo y verde ?

DANILO Por... causa de la patria.

ANA ¿ Por la patria pasaba usted las noches esperando el nuevo sol en el restorán *Maxim* ?

DANILO ¡ Sí !

ANA Es usted un...

DANILO Un ¿qué?... (Ana nerviosa pasa a la derecha y se sienta junto a la mesa. Breve pausa. Danilo la mira enamorado y principia pianísimo la música.)

DUETTO

DANILO Calle el labio que los ojos
 dicen más,
 porque en ellos asomada
 el alma está ;
 cual destellos de oro
 del naciente sol
 se refleja en tu mirada
 intenso amor.

ANA Inúndase mi ser

(Levantándose.)

de efluvio pasional.

(Cogidas las manos y mirándose ambos.)

de hito en hito así
te quiero siempre contemplar.
Libre el alma de sufrir
su grato ensueño consiguió
es nuestro porvenir
encantador...

(Mímica entre los dos.)

LOS DOS

(Con gran pasión.)

Cual destellos de oro
de naciente sol,
se refleja en tu mirada
intenso amor.

(Desaparecen por la segunda izquierda ; Danilo vuelve inmediatamente.)

ESCENA V

DANILO, ZETA, KROMOW, BOGDANOWICHT, PRISTKIST, por

la derecha; VALENCIENNE, con las grisetas, último término. Todos.

Hablado

- ZETA ¡ Conque, Danilo, hable usted, cuente usted !
- DANILO Pues... la señora viuda de Glavari ha declarado que no se casará con el señor Rosillón.
- TODOS ¡ Bravo !
- ZETA Conde Danilo, es usted... un talento diplomático.
- KROMOW Pero señor, ¿ cómo es posible que una señora se comprometa de tal manera ?
- DANILO ¡ To, to, to ! es que la señora de Glavari no se comprometió... propiamente. Aparentó ser la comprometida por salvar a otra señora.
- TODOS ¿ A otra señora ?
- DANILO ¡ A una señora casada !
- BOG., ZETA., KRO. Y PRIS. ¡ Ay, ay, ay ! (Llevándose las manos a la cabeza.)
- ZETA Y ¿ quién es esa señora ?
- DANILO Eso lo ignoro.
- KROMOW Mi mujer fué de seguro.
- DANILO Señor Kromow...
- KROMOW ¡ Cuestión de fama !
- ZETA (A Valencienne, que llega en aquel momento.) Valencienne, nuestra viuda alegre no se casará con Rosillón.
- VALEN. ¡ Alabado sea Dios !
- ZETA Porque el *rendez-vous* no lo tuvo con ella.
- VALEN. ¡ Ah !
- ZETA ¡ Ana tomó la defensa en favor de otra !
¿ Por quién ? ¡ Lo ignoramos !

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, NIEGUS con el abanico y después ANA

- NIEGUS Excelencia, en el quiosco se ha encontrado este abanico.
- VALEN. (¡ Mi abanico !)
- ZETA Este abanico se lo había entregado yo a usted. (A Danilo.)
- DANILO Lo he perdido...
- ZETA ¿ En el quiosco? (Abre maquinalmente el abanico, leyendo con horror.) ¡ Letra de mi mujer !
- TODOS ¿ Eh?
- VALEN. (¡ Ay de mí !)
- ZETA Estoy al cabo... del quiosco. ¡ La culpable era mi mujer !
- VALEN. ¡ Perdón !
- ZETA ¡ No, señora ! ¡ Perdón, no ! ¡ Divorcio !
¡ Ya estoy divorciado ! (A Ana que llega por la derecha del fondo.) Señora, soy libre, divorciado como soltero...
- ANA Y ¿ por qué?
- ZETA Por este chisme. (Mostrando el abanico.) ¿ Y me permite en nombre de la patria pedir a usted su mano?
- DANILO (¡ Vaya una embajada la del embajador !)
- ANA Mucho me honra su petición ; pero vuestro servicio no hace a la patria ningún servicio. Debo decirle que según dispone el testamento de mi difunto marido Glavari, en el caso de nuevas nupcias debo perder entera la fortuna.
- ZETA ¡ Ah ! (Rascándose la cabeza y contrariado.)
- DANILO (Contentísimo.) Ana, ¿ de modo que si te casas no tienes dinero?
- ANA ¡ Ni un céntimo !...
- DANILO Entonces. ¡ Yo te amo ! ¡ Yo te amo ! (Arrodillándose ante ella.)
- ANA ¡ Gracias a Dios que lo dijiste !...
- ZETA ¡ La toma por mujer sin un céntimo !...
- ANA (Sonriente.) ¡ No tanto ! Porque según dis-

pone el testamento de mi difunto, yo perderé los veinte millones que constituyen la fortuna, pero con la condición de que ésta entera...

ZETA Ha de recaer en manos... del Tesoro nacional pontenegrino...

ANA No, en manos de mi futuro esposo...

DANILO Tu primer marido tenía un gran corazón. Conste que también me hubiese casado contigo si en vez de los veinte millones hubieras tenido... cuarenta.

ZETA ¿Y este abanico?

VALEN. Este abanico ha de devolvarte la tranquilidad. Tú has reconocido mi letra... pero no te has fijado bien en lo escrito por mí.

ZETA (Leyendo en el abanico.) «¡ Yo soy una dama de honor !» (A Valencienne.) No lo sabía. ¡ Perdóname ! (A Danilo.) ¡ Ay, qué mujeres !

TODOS ¡ Qué mujeres !

Música, FINAL

ANA Lindas flores de un bello pensil.

ZETA Donde impera Cupido gentil...

DANILO Las mujeres por siempre serán de los hombres loco afán.

TODOS Mas pensando
en el árbol fatal
de la ciencia
del bien y del mal,
las mujeres
serán como han sido y hoy son
de los hombres
la perdición.

TELÓN

FIN

A. DUMAS (PADRE)



El conde de Montecristo

Drama en un prólogo y cinco actos



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913



El conde de Montecristo

Este arreglo es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin permiso, reimprimirlo ni representarlo en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ABATE FARIA y EDMUNDO DANTÉS

EL CONDE DE MONTECRISTO

Drama en un prólogo y cinco actos de

ALEJANDRO DUMAS (padre)

Arreglado a la escena española por

JOSE NIETO Y JOSE GUARDIA

— x —

Representado por primera vez en el TEATRO PRINCIPAL de Gracia, (Parcelona)
en noviembre de 1903



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1918

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

MERCEDES	Sra. C. Llorente.
JULIA MOREL	» C. Gassó.
EDMUNDO DANTÉS.	Sr. J. Nieto.
ABATE FARIA	» J. Guardia.
EL CONDE DE MORCEF.	» A. Morera.
EL BARÓN DANGLARS	» J. Leal.
ALBERTO DE MORCEF	» L. Arraut.
MAXIMILIANO MOREL	» J. Fages.
VILLEFORT	» E. Casals.
BERTUCCIO	» L. Millá.
BAUFISTA.	V. Roca.
EL CARCELERO	A. Altés.

Criados, marineros, agentes, caballeros y damas.



PROLOGO

Mercedes «La Catalana»

MERCEDES, EDMUNDO, FERNANDO MONDEGO (luego, CON-
DE DE MÓRCEF), DANGLARS, MOREL, VILLEFORT, Gendar-
mes y Marineros.

El teatro representa una de esas casas en que se sirve de co-
mer, a orillas del mar. Patio descubierto. Tapia colocada de
parte a parte de escenario entre la tercera y cuarta cajas de bas-
tidores. Fachada de casa, de planta baja y primer piso, coloca-
da a la izquierda del actor, con puerta en primero y segundo tér-
minos. La tapia del foro tiene un gran protalón en el centro que
deja ver el mar; a la izquierda y medio oculta entre bastidores,
una glorieta con mesa o veladorcito y asientos. Esta glorieta es-
tará adornada de enredadera de campanillas o pasionarias. En
fin, que respire el gusto y la alegría propias de una casa de esta
índole en verano. La glorieta entre la segunda y tercera cajas,
tocando casi a la tapia.

ESCENA PRIMERA

DANGLARS que sale por la izquierda

VOCES (Dentro.) ¡Vivan los novios!
OTRAS ¡A su salud! ¡A su salud!
DANGLARS (Saliendo.) Esto es insufrible; no puedo ver
con tranquilidad la ventura de ese hom-

bre. ¡ Oh ! la fortuna ha fijado su rueda ; y no hay felicidades en el mundo que no derrame sobre él con mano pródiga. Nacido en la miseria, se ha ido elevando por grados : posee la entera confianza del señor Morel, se casa con la mujer que ama, y recibe por regalo de boda el nombramiento de capitán del *Faraón*. ¡ Y yo he sido afrentado por él delante de la tripulación, y no he tenido alientos para contestarle ! Pero lo que me falta de valor me sobra de resolución para vengarme. ¿ Si habrá Fernando conseguido su intento ? ¿ Habrá entregado la denuncia al procurador del rey ? ¡ Oh ! Aquí está.

ESCENA II

DANGLARS y FERNANDO, por el foro.

DANGLARS ¡ Gracias a Dios ! ¿ Has visto al procurador del rey ?

FERNANDO No ; estaba ausente.

DANGLARS De modo que nuestro designio...

FERNANDO Nuestro designio se cumplirá ; pero si he de decirte la verdad, Danglars, mi mano temblaba al entregar la denuncia anónima que va a perder a Edmundo.

DANGLARS ¿ Estás arrepentido ? Hiciste mal en entregarla ; debieras haber dejado a Dantés que te robara impunemente la mano y el corazón de tu prima.

FERNANDO Sí, tienes razón. Cuando pienso que después de haber vivido diez años con la segura esperanza de ser esposo de Mercedes, tengo que renunciar a ella, mi cabeza se extravía y sería capaz...

DANGLARS ¿ De qué ?

FERNANDO De asesinarle.

DANGLARS Asesinarle, ¡ eso no ! Pero la ausencia se-

para tanto como la muerte, y si conseguimos poner entre Edmundo y Mercedes los muros de una prisión, estarán tan separados, como si hubiera entre los dos la piedra de la tumba....

FERNANDO Tienes razón. Además el señor de Villefort prometió no descubrir quién era el denunciador.

DANGLARS No lo sabrá Edmundo, yo te lo prometo. ¿Y dió orden de que se le prendiera?

FERNANDO ¡El mismo en persona va a venir a buscarle!

DANGLARS Casi, casi estoy por asegurarte que llegarás a casarte con Mercedes. (Rumor de voces.) ¡Pero ya salen! Reunámonos con ellos, no sea que sospechen de nosotros.

FERNANDO No sé si podré contenerme.

DANGLARS ¡Eh! no pareces un hombre. Calma y resignación, que todo se arreglará. (Vanse.)

ESCENA III

EDMUNDO, MERCEDES; después MOREL

EDMUNDO Ven aquí, Mercedes. Gracias a Dios que por fin se van a ver cumplidos nuestros deseos; ¡por fin vas a ser mi mujer!

MERCEDES Edmundo, ¡bendigo al cielo que nos ha concedido tanta felicidad! ¿Te has acordado mucho de mí?

EDMUNDO ¡Si me he acordado de ti! ¿Y en qué quieres que haya pensado? ¿No eres tú mi virgen de las tempestades? ¿No eres tú mi señora del amparo? Sí, noche y día, a cada instante. ¿Pero ves lo bueno que es el señor Morel para nosotros? Hoy he llegado, y quiere se efectúe nuestro matrimonio.

MERCEDES ¡Oh! yo le bendigo desde el fondo de mi alma. Pero aquí viene.

- MOREL (Llegando.) ¡Hola, hola! ¡Los novios han desamparado el puesto! Muchachos, no darse tanta prisa, que para todo hay tiempo.
- EDMUNDO Señor Morel, vos sois nuestro bienhechor.
- MERCEDES Nuestro padre.
- MOREL ¡Vaya! ¡vaya! no hay que hablar más de esa bagatela. Puesto que he conseguido la firma de mi asociado, y que ya sois capitán de *El Faraón*, veremos de que tengáis un interés más directo en nuestras especulaciones mercantiles.
- EDMUNDO ¡Y os ocupáis de mí hasta ese punto!
- MOREL ¡Y de qué te has ocupado desde hace diez meses que navegas por mi cuenta! Puesto que tú quieres hacerme rico, deber mío es hacerte feliz.
- EDMUNDO ¡Mercedes, yo me vuelvo loco!
- MOREL ¡Oh! eso sería cosa muy triste... ¡Eh! ¿quién llega? (Aparecen los gendarmes.)
- MERCEDES ¡Dios mío! ¡Pero... qué es esto!
- EDMUNDO ¡Gendarmes!
- MERCEDES ¡Tengo miedo!
- EDMUNDO ¿De qué?
- MERCEDES ¡No sé... pero tengo miedo!

ESCENA IV

Dichos, VILLEFORT, DANGLARS, FERNANDO y gendarmes

- VILLEF. Guardad las puertas.
- MOREL ¿Qué es esto? Me parece que venís equivocado, señor de Villefort.
- VILLEF. Si vengo equivocado, señor Morel, podéis estar seguro que al instante será deshecha la equivocación; pero tengo que cumplir con mi deber. (Dirigiéndose a Edmundo.) ¿No os llamáis Edmundo Dantés?
- EDMUNDO Sí, señor.
- VILLEF. Edmundo Dantés, en nombre de la ley daos a prisión.

- EDMUNDO ¿De qué se me acusa?
VILLEF. No tardaréis en saberlo.
MERCEDES ¡Edmundo ! ¡Edmundo !
EDMUNDO No temas nada, Mercedes ; soy inocente.
DANGLARS (A Fernando.) Se cumplió vuestro deseo.
FERNANDO (¡ Oh ! no se casará con ella.)
MOREL Esto es una equivocación, señor de Villefort. ¡ Arrestar al segundo de uno de mis buques !
VILLEF. Y no es eso todo, sino que el asunto es grave.
MERCEDES ¡ Ah ! ¡ Dios mío !
MOREL Bien se ve que no conocéis al acusado. Es el hombre más bueno, más probo. ¡ Ah ! no vacilo en decir que es uno de los mejores oficiales de la marina mercante.
VILLEF. No ignoráis que un hombre puede ser bueno en su vida privada, probo en las relaciones sociales, entendido en su oficio y no por eso deja de ser, políticamente hablando, un gran culpable.
MOREL Yo os ruego, señor de Villefort, que seáis justo como debéis serlo ; como siempre lo habéis sido ; no arrebatéis al pobre Edmundo a su prometida.
VILLEF. (A Mercedes.) ¿ Sois vos ?
MERCEDES Sí, señor ; y también os suplico...
VILLEF. No necesitáis suplicarme, señorita ; si es inocente, su inocencia le salvará ; pero si es culpable...
MOREL No lo es ; yo respondo de él, yo os juro...
VILLEF. Dentro de un cuarto de hora podréis saber con exactitud el estado del asunto. Por ahora, retiraos a esa estancia, y dejadme solo con el acusado.
EDMUNDO Tranquilízate, Mercedes.
MERCEDES ¡ Ay ! ¡ Edmundo, somos muy desgraciados ! (Vanse todos.)

ESCENA V

VILLEFORT y EDMUNDO

- VILLEF. (A los gendarmes.) Dejadnos solos. (Vanse.)
¿Cuál es vuestro nombre?
- EDMUNDO Edmundo Dantés.
- VILLEF. ¿Vuestra ocupación?
- EDMUNDO Soy segundo a bordo del *Faraón*, buque de la propiedad del señor Morel.
- VILLEF. ¿Habéis servido en tiempo del usurpador?
- EDMUNDO No señor : únicamente cuando cayó iba a ser incorporado a la marina militar.
- VILLEF. ¿Creo que vuestras opiniones políticas son muy exageradas?
- EDMUNDO ¿Mis opiniones políticas? Rubor me causa el decirlo ; nunca he tenido lo que se llama una opinión... mis opiniones se limitan a tres sentimientos : amo a mi padre, respeto al señor Morel y adoro a Mercedes. Esto es todo lo que puedo decir a la justicia.
- VILLEF. ¿No tenéis ningún enemigo?
- EDMUNDO ¿Yo enemigos? Tengo la suerte de ser muy poca cosa para que mi posición me los dé.
- VILLEF. Pero a falta de enemigos, quizá tenéis personas que envidian vuestra posición. Habéis sido nombrado capitán, y ese es un puesto muy elevado ; además os vais a casar con una mujer hermosa que os ama, y estas dos preferencias del destino, pueden haberos granjeado envidiosos.
- EDMUNDO Tenéis razón : vos debéis conocer a los hombres mejor que yo.
- VILLEF. El hombre debe procurar, sobre todo, ver claro a su alrededor. Leed.
- EDMUNDO (Leyendo.) «Señor procurador del rey. Un amigo del trono y de la religión, os previene que Edmundo Dantés, segundo del

Faraón, buque que ha llegado esta mañana de Smirna, después de haber tocado en Nápoles y Porto-Ferrajo, tuvo encargo de Murat de llevar un mensaje al usurpador, y que el usurpador le dió una carta para el comité bonapartista de París. Podrá probarse su delito prendiéndole, porque se le encontrará la carta en sus bolsillos, en casa de su padre o en su cámara a bordo del *Faraón*.»

VILLEF. ¿Conocéis la letra?

EDMUNDO No señor.

VILLEF. Bien; responded con franqueza. ¿Qué hay de verdadero en esta acusación anónima?

EDMUNDO Al salir de Nápoles, el capitán Leclerc cayó enfermo de gravedad. Conociendo que iba a morir, me llamó y me dijo: «Mi querido Dantés, dadme palabra de hacer lo que os voy a decir; de su cumplimiento dependen los más altos destinos.» «Os la doy, mi capitán», le respondí. «Pues bien, prosiguió; como segundo, después de mi muerte, os pertenece el mando del navío; tomadle, dirigíos a la isla de Elba, haced escala en Porto-Ferrajo, preguntad allí por el gran mariscal, y dadle esta carta; tal vez entonces os darán otra con algún encargo: ese encargo, Dantés, que estaba reservado para mí, lo cumpliréis vos, y todo el honor será vuestro.»

VILLEF. Y vos ¿qué hicisteis?

EDMUNDO Mi deber, lo que cualquiera hubiera hecho en mi lugar. Hice rumbo a la isla de Elba, adonde llegué el día siguiente. Consigné a todos a bordo, y solamente yo salté a tierra. Vi al gran mariscal, me hizo algunas preguntas relativas a la muerte del desgraciado Leclerc, y como éste me anunció, recibí una carta para París, con encargo de entregarla en propia mano. Esta es la verdad, por mi honor de ma-

rino, por mi amor a Mercedes y por la vida de mi padre.

VILLEF. Sí, sí: todo eso parece cierto; si sois culpable es de imprudencia, y aun esa imprudencia está legitimada por las órdenes de vuestro capitán. Entregadme la carta que recibisteis en la isla de Elba; dadme palabra de presentaros al primer requerimiento, y marchad a buscar a vuestros amigos.

EDMUNDO ¿Conque es decir que estoy libre?

VILLEF. Sí; pero dadme la carta.

EDMUNDO (Dándosela.) Tomad. ¡Ah! ¡qué reconocido os estoy!

VILLEF. ¡Qué veo! esta carta está dirigida...

EDMUNDO ¡Al señor Noirtier! Calle de Coq-Heron.

VILLEF. ¡Al señor Noirtier! (¡Mi padre!)

EDMUNDO ¿Le conocéis por ventura?

VILLEF. (Después de haber leído la carta.) Un fiel servidor del rey no conoce a los conspiradores.

EDMUNDO Pues qué, ¿se trata de una conspiración? En todo caso yo no conspiro. Ignoraba el contenido de esa carta.

VILLEF. Sí; pero sabéis el nombre de la persona a quien iba dirigida.

EDMUNDO Está en el sobre.

VILLEF. ¿Y no habéis enseñado esta carta a nadie?

EDMUNDO A nadie, señor; os lo juro.

VILLEF. ¿Conque nadie sabía que erais portador de una carta de la isla de Elba, dirigida al señor Noirtier?

EDMUNDO Únicamente quien me la dió, y el que debía recibirla.

VILLEF. ¿Habéis visto a Noirtier?

EDMUNDO No; después de mi boda iba a ponerme en camino para París.

VILLEF. Está bien. Escuchad: aunque de este interrogatorio resultan contra vos los mayores cargos, quiero ser bondadoso por todos conceptos. La principal culpa que

contra vos existe es esta carta, y ya veis qué uso hago de ella. (La rasga.)

EDMUNDO ¡ Oh, señor... cómo agradecer !...

VILLEF. Me parece que podréis tener confianza en mí.

EDMUNDO Decidme lo que tengo que hacer.

VILLEF. Estáis en libertad ; pero juradme que no volveréis a acordaros de esa carta.

EDMUNDO Lo juro.

VILLEF. ¿ Era la única que teníais en vuestro poder ?

EDMUNDO La única.

VILLEF. Basta. Podéis ir a reuniros con vuestros compañeros.

EDMUNDO ¡ Gracias, gracias, señor ! (Vase Edmundo.)

ESCENA VI

VILLEFORT solo

VILLEF. ¡ De lo que pende la vida y la fortuna !
¡ Si esa denuncia no hubiera llegado a mis manos, estaba perdido y la conspiración descubierta ! Más vale echar tierra sobre este asunto. Puedo estar seguro. Napoleón desembarcará dentro de tres días. Tal vez lo que iba a perderme, hará mi felicidad. (Se dirige al fondo.)

ESCENA VII

VILLEFORT y DANGLARS

DANGLARS Dos palabras, señor de Villefort.

VILLEF. ¿ Qué queréis ? ¿ Quién sois ?

DANGLARS Un hombre a quien no conocéis, y que os puede servir mucho, o perjudicar mucho también.

VILLEF. ¿ Qué queréis decir ?

DANGLARS En primer lugar, habéis de saber que yo soy conspirador como vos.

VILLEF. ¡Miserable!

DANGLARS Poco a poco; al fin y al cabo vamos a quedar amigos, oíd: Vos habéis recibido una denuncia que acusaba a Edmundo Dantés...

VILLEF. Es cierto.

DANGLARS Vos habéis pedido a ese Dantés una carta que debía llevar a París. El os la ha entregado, y como esa carta os compromete, sin duda habéis querido que el asunto no pase adelante. ¡Oh! sois muy hábil, señor de Villefort.

VILLEF. ¿Y con qué derecho os atrevéis a sospechar?...

DANGLARS ¡Si yo no sospecho, si estoy seguro!

VILLEF. ¿Qué decís?

DANGLARS Digo, que vos no habéis querido que esa carta llegue a manos del señor Noirtier, vuestro padre, porque vos sólo os bastáis para manejar la intriga, y tal vez otra denuncia a Edmundo desde aquí a París, cosa que en verdad no os conviene de ninguna manera.

VILLEF. Estáis loco. Dejadme en paz. Idos.

DANGLARS ¡Hola! ¡Hola! si no fuera cierto lo que digo, señor de Villefort, en lugar de despedirme me haríais prender. Pero como la carta no es la única prueba...

VILLEF. ¿No es la única?

DANGLARS Parece que ponéis más atención, ¿eh? No, señor, el capitán Lecrerc era un buen muerto, que no vió que me apoderé de sus papeles, entre los cuales estaba esta lista de conspiradores.

VILLEF. ¡Cielos!

DANGLARS No me negaréis ahora que vos sois conspirador.

VILLEF. Bien; pero ¿cuál es vuestro intento?

DANGLARS Mi intento es deciros que os puedo perder.

- VILLEF. Ya lo sé... pero...
DANGLARS Pero vos podéis hacer de modo que redunde en provecho de ambos esta circunstancia.
VILLEF. ¿Dè qué modo? Hablad.
DANGLARS En primer lugar, habéis dado la libertad a Edmundo.
VILLEF. Es cierto.
DANGLARS. Mal hecho.
VILLEF. ¿Por qué?
DANGLARS Porque a mí no me conviene que ese hombre esté libre : vais a dar orden de que le prendan.
VILLEF. ¿Os atrevéis a imponerme órdenes?
DANGLARS Si lo tomáis de ese modo, este pliego llegará a manos de su majestad.
VILLEF. Se le prenderá.
DANGLARS Vais a mandar que le encierren.
VILLEF. En lugar seguro.
DANGLARS ¿Dónde?
VILLEF. En los calabozos del castillo de If.
DANGLARS Corriente.
VILLEF. ¿Es eso todo?
DANGLARS No ; vos sois rico ; es preciso que yo lo sea también. Para eso no quiero más sino que mi nombre vaya unido al vuestro en vuestras operaciones mercantiles.
VILLEF. Os lo prometo.
DANGLARS ¿Y Edmundo Dantés?
VILLEF. Edmundo Dantés será encerrado hoy mismo.
DANGLARS ¡ Oh ! ya sabía yo que habíamos de quedar amigos, señor de Villefort : reconocedme como a vuestro más humilde servidor. (Vase.)

ESCENA VIII

VILLEFORT, solo. Después, gendarmes.

- VILLEF. No hay remedio : Perezca el inocente ; este es el único medio de salvarme. ¡ Hola !
(Aparecen los gendarmes.)

ESCENA IX

Dichos, EDMUNDO, MERCEDES, MOREL y convidados. Después,
FERNANDO

EDMUNDO Ven, Mercedes, ven a dar gracias a nuestro bienhechor.

MERCEDES Permitid, señor... (Arrodillándose.)

VILLEF. (A los gendarmes.) Apoderaos de ese hombre, conducidle al castillo de If, y encerradle en el más oscuro calabozo.

MERCEDES ¡Gran Dios!

MOREL Mas, ved...

VILLEF. Nada tengo que ver. La ley es terminante, y con dolor me veo precisado a cumplirla.

EDMUNDO ¡Señor de Villefort, sois un infame!

VILLEF. Silencio, o mando que os pongan una mordaza. (Se le llevan.)

MERCEDES ¡Edmundo! ¡Edmundo! yo no te abandono. ¡Ah! (Cae desmayada en brazos de Morel.)

MOREL ¡Pobre hija mía!

FERNANDO (Que sale por la segunda puerta izquierda.) ¡He triunfado!

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL PRÓLOGO



ACTO PRIMERO

El castillo de If

EDMUNDO DANTÉS, ABATE FARIA, EL CARCELERO, BAUTISTA y MÉDICO

El teatro está dividido horizontalmente: la división superior será la tercera parte de la embocadura y representa el llano o piso del castillo de If, con barandilla almenada en el fondo, que figure ser la continuación de muro que debe servir de fondo de los calabozos, cuyos cimientos se supone lamen el mar por la parte del fondo, o exterior.

La inferior, que será de las dos terceras partes restantes de la embocadura, está dividida perpendicularmente; cada división representa un calabozo: el de la derecha del espectador, es el de Edmundo: el de la izquierda, el de Faria; este último más capaz que el otro.

Al levantarse el telón, FARIA y EDMUNDO, tendidos en los lechos de sus calabozos respectivos; estos lechos estarán colocados de modo que las cabeceras den en el tabique que divide la decoración. En el calabozo de la derecha del actor, habrá una cama de madera con pies y tablado, jergón y manta de munición: con un banco empotrado en la pared; un cántaro con agua y un pedazo de pan de munición; un pucherito pequeño y partido, cuya parte inferior se supone contiene una grasa seca con mecha y que a su debido tiempo se enciende para proporcionar durante un buen rato, luz. En el calabozo de la izquierda, un tablado de madera en el suelo y un felpudo encima: la parte del cabezal, más alta; una manta de munición.

ESCENA PRIMERA

FARIA y EDMUNDO; (éstos tendidos en sus camas.) EL CARCELERO, en el calabozo de Edmundo, de pie y con un cántaro de agua y un pedazo de pan de munición. El calabozo de Faria oscuro, el de Edmundo alumbrado por la linterna del carcelero, y cuando éste se marche queda completamente oscuro.

CARCELE. ¡Eh, amigo! ¿No quieres responder? Como gustes; aquí tienes pan y agua, ¿lo oyes? ¿No? Buenas noches, amigo. (Vase el carcelero, cierra la puerta, óyese el ruido del cerrojo que pasa y de la cerradura que cierra.)

ESCENA II

Dichos, menos el Carcelero

EDMUNDO. Amigo. ¡Cruel sarcasmo! Creyendo de buena fe en esa palabra, he preguntado mil veces qué crimen he cometido; y el silencio más cruel acompañado de una risa burlona, ha sido la sola contestación de esos hombres que así me llaman. Ante tal cinismo y crueldad, cuántas veces he pedido que me llevasen ante los jueces para que me sentenciaran a muerte si soy culpable, o que me pongan en libertad si inocente; ¡nada he conseguido! Inútilmente he suplicado. ¡Ah! ¡Cuánto sufrir! A no ser tú, Dios mío que has aplacado mi justa indignación colocando a mi lado al hombre más bueno, mi segundo padre, el cual con sus consejos hace que sea más llevadero mi infortunio, ya hubiera dejado de existir. ¡Oh, Faria! ¡cómo te respeto! ¡cómo te admiro! ¡cómo te venero! ¡Señor, tú que sabes la inocencia de los dos, no nos abandones en la obra que toca a su término! (En este mo-

mento, Faria se levanta un poco y aplica el oído al muro.) Hoy tarda más que los otros días en llamarme. (Levanta la manta que cubre la cama por la parte que mira al público, dejando al descubierto la abertura suficiente para pasar un hombre.) Me parece que ya se levanta. Esperemos. (Coge el pedazo de pan que le habrá dejado el carcelero y se lo come.)

FARIA ¡Sí, ya se alejan de este corredor! oigo los pasos que se pierden. (En el momento que intenta levantarse, cree sentirse los síntomas de un ataque. Se levanta y llama golpeando el tabique.) ¡Edmundo! ¡Pronto, hijo mío! ¡ven!

EDMUNDO Me pareció que... ¿llamáis, padre mío?

FARIA Sí, pasad, y encended luz. (Edmundo frota el hierro en el muro y se inflama un pedazo de mecha.)

EDMUNDO ¿Qué hora es?

FARIA Ya es más de media noche.

EDMUNDO Tenemos tiempo de huir antes de que amanezca.

FARIA Esperemos a la noche próxima.

EDMUNDO No, no; ni una hora más, ni un segundo más quiero pasar en este horrible calabozo. Pensadlo bien, ¡catorce años de cautiverio! ¡catorce años, padre mío!

FARIA ¡Calma, querido Edmundo, calma! y sobre todo bajad la voz, no seáis imprudente, y vamos a lo indispensable.

EDMUNDO Mandad.

FARIA Sentaos; y mientras no oigamos al centinela pasearse, pensemos lo que debemos hacer en cuanto nos veamos libres.

EDMUNDO No quiero saber más que el punto que señaléis para reunirme con vos, una vez haya indagado en Marsella lo que se ha hecho aquella Mercedes que adoraba y que adoro aún.

FARIA No olvidéis que Danglars fué el que escribió la denuncia y que Fernapdo Mondego el que la entregó, para de ese modo casarse con la que iba a hacer de vos el hombre más feliz.

EDMUNDO ¡ Oh !

FARIA Y por último, ese Villefort, a pesar de vuestra inocencia, y ante el temor de que pudierais divulgar el nombre del conspirador, su padre, no puso reparo en dar crédito a la carta denuncia y encerrar en uno de los más oscuros y lóbregos calabozos del castillo de If, al más inocente de los jóvenes, perdiendo la protección del más bueno de los hombres, que había logrado hacer de vos uno de los pocos seres agradecidos con que cuenta la mísera humanidad.

EDMUNDO (Conmovido.) ¡ Oh, padre mío ! vuestras palabras son liálsamo bendito que cicatriza mi destrozado corazón, dándome al propio tiempo fuerza y vigor para llevar a término lo que falta de nuestra obra, y vengarme de los miserables y cobardes que se han valido de esas armas.

FARIA ¡ Dantés ! ¡ Dantés ! ¡ pronto ! ¡ pronto !
(Síntomas de un ataque.)

EDMUNDO ¿ Qué es eso ? ¿ qué tenéis ?

FARIA El acceso ; ¡ sí, lo conozco ! ¡ lo conozco !

EDMUNDO ¿ Qué queréis decir ?

FARIA Dantés ; mira. (Dándole un papel.)

EDMUNDO ¿ Qué es esto ?

FARIA Esto, amigo mío, es mi tesoro, que desde hoy os pertenece.

EDMUNDO (¡ Oh ! ¡ Dios mío ! ya vuelve a su locura.)

FARIA Amigo mío, tranquilizaos, no estoy loco, no. Este tesoro existe, Dantés, y si yo no he podido poseerle, vos le poseeréis, vos. Nadie ha querido escucharme ni creerme porque se figuraban que estaba loco ; pero vos que debéis saber mejor que nadie que no lo estoy, escuchadme y después creedme si queréis.

EDMUNDO Sí, sí ; ya escucho.

FARIA Un día que estábamos hablando de Roma, ¿ no os conté la historia de Alejandro VI y de César Borgia ?

EDMUNDO Sí, lo recuerdo.

FARIA ¿Os conté esos extraños envenenamientos, por medio de los cuales los pontífices heredaban, de los cardenales que morían cerca de ellos?

EDMUNDO Sí, sí.

FARIA Pues bien, un día resolvieron heredar al cardenal Spada, uno de los más ricos de Roma. Le enviaron un mensajero para convidarle a comer. El cardenal respondió que aceptaba y pidió solamente permiso para pasar a un cuarto a tomar el breviario. Diez minutos después, salió con el breviario; un paje le invitó a que pasara al salón en donde estaba todo preparado para el banquete; éste acabó a las dos de la tarde, y a las tres espiraba el cardenal, sin haber podido decir a su ayuda de cámara más que estas palabras: «Dad este breviario a mi sobrino». Cuando el ayuda de cámara fué a cumplir el encargo, encontró al sobrino espirando. Los Borgias hacían las cosas en grande. Sin embargo, contra las esperanzas del papa, no se encontraron en los palacios, en las cuevas y en las tierras del cardenal Spada más que algunos millares de escudos y algunas alhajas de un valor no muy grande; pero nada de aquella inmensa riqueza que se le suponía. Como el cardenal no tenía más herederos que su sobrino, se vendió hasta el breviario. Yo he sido muy aficionado a libros, bien lo sabéis, querido Edmundo; aquel breviario histórico, después de trescientos años que viajaba por las bibliotecas, estaba en venta, y le compré. Un día que estaba cansado, me quedé dormido en mi despacho y no desperté hasta entrada la noche; estaba muy oscuro y no podía escribir sin luz. Aun quedaba fuego en la chimenea y enfrente tenía una vela: busqué entonces

un papel para encenderla, y me acordé de haber visto en el famoso breviario, un papel viejo : busqué a tientas aquella hoja inútil, la encontré, la retorcí, y presentándola a la llama moribunda, la encendí. Pero como si fuera magia, a medida que el fuego avanzaba, vi unos caracteres amarillentos que aparecían en el blanco papel. Entonces comprendí que había oculto algún misterio en él ; apagué el fuego, encendí la bujía en la misma chimenea, desarrollé con indecible emoción la arrugada hoja, leí lo que había conservado y me convencí que... después de tres siglos, acababa de encontrar el verdadero, el solo, el único testamento del cardenal.

EDMUNDO ¡ Gran Dios ! pero ininteligible, inútil, incompleto, puesto que sólo existen las dos terceras partes de las líneas.

FARIA Sí, sí ; pero a fuerza de trabajo he compuesto lo que falta. Escuchad : « Hoy, 25 de abril de 1498 : Habiendo sido convidado a comer por Alejandro VI y temiendo que no contento con haberme hecho pagar mi posición, trate de heredarme y me reserve la suerte de los cardenales Caprara y Bentivoglio, que murieron envenenados, declaro a mi sobrino que he enterrado en las grutas de la isla de Montecristo todo lo que poseía en barras de oro y acuñado, piedras, diamantes, alhajas, y que en junto podrá ascender a cinco millones de escudos romanos, los que encontrará levantando la vigésima roca, empezando a contar desde la ensenada del Este en línea recta, cuyo tesoro le lego en toda propiedad como único heredero. César Spada.»

EDMUNDO ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! ¿ será cierto ?
¿ Pero cómo, vos mismo, no habéis inten-

tado?... (Empieza una tormenta lejana, que va aproximándose, y sin interrumpir la representación.)

FARIA Cuando iba a embarcarme en Liorna, para dirigirme a la isla de Montecristo, fui preso como autor de la interesante obra acerca del poder real en Italia. Ten confianza, Dantés, porque el corazón me dice que lo que yo no he podido hacer, lo harás tú: conserva pues, aunque mezquinos en la forma, estos importantes documentos, que sin duda alguna tú serás el único que te aprovecharás de ese inmenso tesoro, pues yo ya no me siento con fuerzas para... (Le acomete el accidente.)

EDMUNDO ¡Padre mío! ¡padre! ¡Ah! ¡Oh! ¡y el frasquito apenas contiene algunas gotas!... ¡Padre mío! ¡Socorro! ¡Socorro!...

FARIA ¡No llores! ¡todo es inútil! Mira, en esta bolsa de cuero conserva estos papeles para cuando puedas escapar... Dantés... hijo mío... adiós... (Muere.)

EDMUNDO ¡Si habrán oído! ¡oigo pasos! ¡viene gente! ¡ocultémonos! (Pasa a su calabozo, apaga la luz y echa la manta.)

ESCENA III

Dichos, CARCELERO y a poco BAUTISTA, con linternas

CARCELE. ¡Cuando yo lo decía! ¡el viejo había gritado! ¡Eh! ¡amigo! ¿qué querías? ¡no responde! ¡Calla! ¡está muerto! ¡Bautista! ¡Bautista! (Gritando.)

BAUTISTA ¿Qué quieres?

CARCELE. Ven aquí. Mira, ¡ha muerto! Le habrá dado el ataque, y... ¡Pobre hombre! ¡con todos sus millones tendrá los honores del saco por mortaja!

BAUTISTA Aquí le tienes.

CARCELE. Metámoslo dentro y daremos conocimien-

to de su muerte al señor gobernador y al médico.

BAUTISTA Tienes razón. Vamos. (Desaparecen los carceleros y cierran la puerta.)

ESCENA IV

DANTÉS y FARIA, muerto.

EDMUNDO Ya se alejan : no hay nadie en ese calabozo. ¡ Partió solo ! ¡ Ah ! ¿ quién sabe si me depara la suerte salir de este calabozo como Faria ha salido ? (Momento de lucha.) ¡ Oh ! ¡ qué rayo de luz ! ¡ Dios me inspira en este trance funesto ! Puesto que sólo los muertos salen de aquí, tomemos el lugar de los muertos. Sí, sí : es un aviso del cielo. (Saca a Faria del saco y lo lleva a su calabozo, colocándolê en su cama y cubriéndole con la manta. Vuelve al calabozo de Faria.) Apoderémonos de este cuchillo y en cuanto me echen al agua abro el saco de arriba abajo y gano a nado la opuesta orilla. ¡ Oh ! ¡ no me abandones, Dios mío, en este supremo instante ! (Se mete en el saco. Mientras dura esta operación, relevan el centinela de los muros.)

ESCENA V

FARIA muerto y oculto en el calabozo de Edmundo. EDMUNDO en el saco, ocupando el lugar de Faria. BAUTISTA y CARCELERO con linterna.)

BAUTISTA Despachemos pronto, porque la nochecita es de perlas.

CARCELE. Tienes razón ; no hay que perder tiempo. Al agua con él. (Vanse y aparecen seguidamente por la muralla.)

BAUTISTA ¡ Pesa más de lo que era de creer !

CARCELE. ¡Bah! Levanta con buen puño. ¡Aire!

(Zarandean el saco y lo arrojan al mar.)

BAUTISTA ¡Buen viaje!

CARCELE. ¡Buen viaje!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO





ACTO SEGUNDO

Salón ricamente amueblado en casa de Montecristo.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO DE MORCEF y MAXIMILIANO MOREL

MORCEF (Entrando acompañado de Morel y hablando desde la puerta con un criado que figura estar entre bastidores.) No incomodarle. Decidle nada más, que esperaremos a que nos conceda audiencia.

MAXIMIL. Pero vamos a ver, Morcef, ¿se puede saber adónde me habéis traído?

MORCEF Os lo diré, mi querido amigo Morel. Pero vamos por partes. ¿Qué me decíais hace poco?

MAXIMIL. Que estaba fastidiado.

MORCEF ¿A causa de qué?

MAXIMIL. De unos malditos amores.

MORCEF Cabalmente. Y yo os he contestado : Queda a mi cargo el distraeros.

MAXIMIL. Pero ¿cómo pensáis distraerme?

MORCEF Haciéndoos contraer un conocimiento nuevo.

MAXIMIL. ¿De hombre o de mujer?

MORCEF De hombre.

MAXIMIL. Conozco ya demasiados.

MORCEF Pero no conocéis al hombre de que os hablo.

- MAXIMIL. ¿De dónde viene? ¿Del fin del mundo?
MORCEF De más lejos, tal vez.
MAXIMIL. ¡Diantre! ¿Y cómo se llama?
MORCEF Tiene muchos nombres, pero aquel con que le conoce la sociedad es el de conde de Montecristo; el cual acaba de libertar milagrosamente y de un peligro cierto a la señora de Villefort, cuyos caballos se habían desbocado.
MAXIMIL. Montecristo es una isla de la que he oído hablar muchas veces a los marinos que empleaba mi padre; un grano de arena en medio del Mediterráneo: en fin, un átomo en el infinito.
MORCEF Exactamente. Pues bien, de ese grano de arena, de ese átomo, es señor y rey ese de quien os hablo, y posee además una caverna llena de oro. En fin, todo lo que se diga respecto al conde es increíble.

ESCENA II

Dichos y MONTECRISTO; después BERTUCCIO

- MONTEC. Muy buenos días, señores.
MORCEF ¡Querido conde! ¿supongo me permitiréis presentaros un buen amigo?
MONTEC. Todos vuestros amigos, señor de Morcef, serán siempre bien recibidos en mi casa.
MORCEF El señor Maximiliano Morel, capitán de *Spahis*. (El conde no puede reprimir un movimiento y adelanta un paso.) Uno de los más valientes y nobles corazones del ejército.
MONTEC. (A Morcef.) Os doy las gracias, querido vizconde, por haberme proporcionado la ocasión de presentar mis respetos al señor Maximiliano Morel.
MAXIMIL. Me confundís.
MORCEF A otra cosa he venido también, querido conde; venid a comer conmigo; seremos

pocos ; vos, mi madre y yo solamente.
Aun no habéis conocido a mi madre.

MONTEC. Me es imposible aceptar vuestra invitación, vizconde. Una cita importante...
(Morel se habrá sentado junto a una mesa leyendo un periódico.)

MORCEF Pues bien, asistiréis a lo menos a un baile que a mi padre se le ha ocurrido dar.

MONTEC. ¿Cuándo será el baile?

MORCEF El sábado.

MONTEC. Puedo estar ocupado.

MORCEF Cuando os haya dicho una cosa, creo que seréis tan amable que asistiréis.

MONTEC. Decid.

MORCEF Mi madre os lo suplica.

MONTEC. (Estremeciéndose.) Puesto que la señora de Morcef me lo suplica...

MORCEF ¡ Tiene tantos deseos de hablar con vos !

MONTEC. ¿De veras?

MORCEF Palabra de honor. Yo os declaro que sois el primer hombre por quien haya manifestado curiosidad mi madre.

BERT. El señor barón Danglars.

MAXIMIL. (Dejando el periódico.) Tal vez molestamos al señor conde...

MONTEC. No por cierto ; vos que sois de la casa, querido vizconde, id a enseñar al capitán Morel mi sala de armas. Veréis cosas curiosas.

MAXIMIL. Lo creo, y os anticipo mi parabién.

MORCEF Con vuestro permiso. Por aquí, Morcef.
(Vanse.)

MONTEC. Que pase el señor barón. (A Bertuccio.)

ESCENA III

MONTECRISTO y DANGLARS

DANGLARS ¿Es al señor de Montecristo a quien tengo el honor de hablar?

MONTEC. ¿Y yo al señor barón Danglars, caballero

de la Legión de honor, miembro de la Cámara de los diputados?

DANGLARS (Haciendo un gesto.) Dispensadme, caballero, si no os he dado el título bajo el cual sois conocido; pero bien lo sabéis, vivo en tiempo de un gobierno popular, y soy un representante de los intereses del pueblo.

MONTEC. ¿De modo que conservando la costumbre de haceros llamar barón, habéis perdido la de llamar a los otros conde?

DANGLARS Señor conde, he recibido una carta de aviso de la casa Thompson y French.

MONTEC. ¡Ah! ¡ya!

DANGLARS Pero os confieso que no he comprendido bien su sentido.

MONTEC. ¡Bah!

DANGLARS Y por esto he tenido el honor de presentarme en vuestra casa, para pedirós explicaciones.

MONTEC. Pues bien, señor barón, os escucho, y estoy dispuesto a responderos.

DANGLARS Esta carta... Creo que la tengo aquí; sí, aquí está en efecto. Esta carta abre al señor conde de Montecristo un crédito ilimitado sobre mi casa.

MONTEC. Y bien, señor barón, ¿qué hay para vos en eso de incomprensible?

DANGLARS Nada, caballero; pero la palabra ilimitado...

MONTEC. ¿Qué? ¿Acaso no entendéis esa palabra? ¿Por ventura la casa Thompson y French no está perfectamente segura en vuestro concepto?

DANGLARS ¡Oh! completamente segura. (Con importancia y con sonrisa burlona.) Pero el sentido de la palabra ilimitado, en punto a los negocios mercantiles, es tan vago...

MONTEC. Pero señor barón, el motivo de haber pedido un crédito ilimitado sobre vos, es porque no sabía justamente qué suma necesitaba.

DANGLARS ¡Oh, caballero! (Con fatuidad.) No tengáis

reparo en desear, porque pronto os convenceréis de que el caudal de la casa Danglars, por limitado que sea, puede satisfacer las mayores exigencias; y aunque pidiéis un millón...

MONTEC. (Admirado.) ¿Cuánto?

DANGLARS (Con impaciencia.) He dicho un millón.

MONTEC. ¡Pardiez! Si no hubiese necesitado más que un millón, no me hubiera hecho abrir en vuestra casa un crédito por semejante miseria. ¡Un millón! Yo siempre llevo un millón en mi cartera o en mi neceser de viaje. (Abre su cartera y muestra dos billetes de Banco.) Vamos, confesadme francamente, que desconfiáis de la casa Thompson y French. He previsto el caso, y aunque poco entendedor en esta clase de asuntos, tomé mis precauciones, como veréis en estas dos cartas.

DANGLARS ¡Oh! Aquí tenéis tres firmas que valen bastantes millones; tres créditos ilimitados sobre nuestras tres casas. Os pido mil perdones, señor conde; pero al dejar mi natural desconfianza, no puedo menos de quedarme asombrado...

ESCENA IV

Dichos y BERTUCCIO

BERT. Un anciano y una joven acaban de llegar en busca del señor barón Danglars.

DANGLARS ¿En mi busca?

BERT. No habiendo encontrado en su casa al señor barón, se han dirigido aquí, donde se les dijo podían hallarle.

DANGLARS ¿Os han dicho su nombre?

BERT. El señor Morel, armador, de Marsella, y su hija la señorita Julia.

DANGLARS (A Montecristo.) ¡Ah! un pobre hombre a

- quien sus calaveradas han arruinado, y que recurre a mí para salir del apuro.
- MONTEC. Os dejo solo para que podáis recibirle a vuestro gusto. Estáis en vuestra casa, señor barón, y puesto que nos hemos entendido, porque nos entendimos, ¿no es así?
- DANGLARS Perfectamente.
- MONTEC. Pues bien, ya que nos entendemos, hacedme el favor de mandarme quinientos mil francos mañana por la mañana.
- DANGLARS El dinero estará aquí mañana a las diez. Adiós, señor conde.
- MONTEC. Adiós, señor barón.
- DANGLARS Que pasen. (A Bertuccio.)

ESCENA V

DANGLARS, MOREL padre, y JULIA

- MOREL Señor Danglars, vengo de vuestra casa.
- DANGLARS Lo sé.
- MOREL Acabo de llegar de Marsella, y como me interesaba veros, no he vacilado en presentarme aquí, acompañado de mi hija, cuando me han dicho que no estabais en casa.
- DANGLARS ¿Y qué deseáis de mí, señor Morel?
- MOREL Ya sabréis tal vez que mis negocios no se hallan en muy buen estado... La fatalidad parece que se ha decidido a jugar conmigo, y he experimentado últimamente pérdidas irreparables. Me quedaba un recurso, el último. Pues bien, mi viejo *Faraón* ha naufragado para colmo de desgracias.
- DANGLARS De modo que...
- MOREL De modo que vos sois en la actualidad, señor Danglars...
- DANGLARS Querido señor Morel, veo que os olvidáis con mucha facilidad que soy barón; no

porque yo haga caso de semejante título, sino... ya veis... es cosa...

MOREL (Sorprendido.) ¡Ah!

DANGLARS Decíais pues...

MOREL Decía, señor barón, que vos sois en la actualidad mi último recurso. Luego la casa Thompson y French, de Roma, no sé con qué objeto ha hecho comprar todos los créditos existentes sobre la casa de Morel. Sé que tiene un apoderado en París, el cual no se me ha presentado todavía. Sois millonario, tenéis crédito, una firma vuestra puede darme el honor que estoy a pique de perder; hacedlo, señor barón, hacedlo por nuestra antigua amistad, por vuestro antiguo protector.

DANGLARS Mucho siento no poder complaceros, señor Morel; pero no os ocultaré, que sin dejar de hacer honor a vuestra probidad irrepreensible, la voz pública dice que no os halláis en estado de pagar los créditos que se os presenten.

MOREL Señor barón, hasta el día, ninguna letra firmada por Morel ha sido presentada a la caja, que no se haya satisfecho en el acto.

DANGLARS Ya, pero bien conocéis...

MOREL ¿Conque rehusáis?

JULIA Señor barón; si de algo pueden valer las súplicas de una pobre mujer, concededle este favor a mi padre. Pensad que con vuestra firma dais a mi padre el honor, la vida misma, porque no podrá soportar semejante golpe.

DANGLARS Señorita, os aseguro que siento en el alma no poder acceder a vuestra solicitud. Por lo demás, ya sabéis, señor Morel, que en todo lo que pueda seros útil, me tenéis a vuestra disposición. Ahora os suplicaré me dispenséis si os dejo precipitadamente; pero tengo que pronunciar un discurso en la Cámara de los diputados, y

ya veis, no es cosa de hacer esperar. Señor Morel, estoy a vuestras órdenes. Señorita... (Se va.)

ESCENA VI

MOREL, JULIA y a poco MONTECRISTO

- JULIA ; Padre mío !
MOREL ; Hija mía ! ya lo ves ; creía poder contar con ese hombre ; con ese hombre que todo me lo debe ; pero había olvidado que en la prosperidad los hombres no se acuerdan de sus bienhechores. Hemos hecho un viaje inútil, hija mía ; infructuoso como todo lo que he intentado.
- MONTEC. (Apareciendo en el umbral de la puerta) Tal vez no.
- MOR. Y JUL. ¡ Ah !
- MOREL Dispensad, caballero, mi sorpresa, y el grito que involuntariamente se me ha escapado ; pero así de pronto, al oír vuestra voz, al veros aparecer tan repentinamente, había creído reconocer en vos a un hombre... que ha muerto ya... pero cuyo recuerdo no se aparta de mi imaginación. ¿Sería indiscreto, si os preguntara a quién tengo el honor de hablar?
- MONTEC. Soy el conde de Montecristo.
- MOREL Entonces debéis dispensarme doblemente, señor conde, puesto que me he tomado la libertad de presentarme en vuestra casa sin ser invitado.
- MONTEC. Os habéis adelantado a mis esperanzas, pues a saber vuestra llegada a París, os hubiera reclamado el honor de una entrevista.
- MOREL ¿Cómo?
- MONTEC. Soy el apoderado de la casa Thompson y French de Roma.
- MOREL ¡ Ah !

MONTEC. Esta casa tiene que pagar en Francia algunos miles de francos y conociendo vuestra rigurosa exactitud ha reunido todo el papel firmado por vos, que ha podido encontrar, y me ha dado el encargo de cobrarlo de vuestra casa de Marsella, a medida que sus plazos vayan venciendo.

MOREL ¿Conque tenéis letras firmadas por mí?

MONTEC. Y por una suma bastante considerable.

(Sacando una cartera y de ella algunas letras.)

MOREL Pues bien, señor conde, todo esto contaba pagar, si uno de mis buques, el *Faraón*, que salió de Calcuta el cinco de febrero, hubiera llegado al puerto de Marsella; pero...

MONTEC. Pero el *Faraón* ha naufragado, ¿no es esto?

MOREL Sí, señor; y cruel es decirlo... acostumbrado ya a la desgracia, preciso es también que me acostumbre a la deshonra... creo que me veré obligado a suspender mis pagos.

MONTEC. ¿Y no tenéis amigos que puedan ayudaros en esta circunstancia?

MOREL En los negocios no se tienen amigos, no se tienen más que corresponsales.

MONTEC. Veo que os ha sobrevenido una desgracia inmerecida y esto me afirma más y más en el deseo que tenía de seros útil.

MOREL ¡Oh! caballero...

MONTEC. Veamos; yo soy uno de vuestros principales acreedores; ¿no es verdad?

MOREL Sois, a lo menos, quien posee los créditos que deben vencer más pronto.

MONTEC. ¿Deseáis un plazo para pagarme?

MOREL Un plazo podría salvarme el honor, y por consiguiente la vida.

MONTEC. ¿Cuánto tiempo queréis?

MOREL Dos meses.

MONTEC. Os concedo tres.

MOREL ¿Y creéis que la casa Thompson y French?...

- MONTEC. Perded cuidado, caballero ; yo cargo con la responsabilidad. Estamos a cinco de junio, ¿eh?
- MOREL Sí.
- MONTEC. Pues bien ; dadme un billete de doscientos ochenta y siete mil francos, pagadero el 5 de septiembre... y el 5 de septiembre, a las once de la mañana, me presentaré en vuestra casa. (Rasga los billetes.)
- MOREL Caballero...
- MONTEC. ¿Decíais?...
- MOREL ¿Qué habéis hecho?
- MONTEC. Ninguna necesidad tengo de todos esos papelotes, puesto que me vais a dar un solo título.
- MOREL Pero todavía no le tenéis.
- MONTEC. ¿Qué importa, si tengo otra cosa mejor? Tengo vuestra palabra.
- MOREL (Después de escribir.) Aquí tenéis el billete.
- MONTEC. El día 5 de septiembre, a las once...
- MOREL Os esperaré, y el mismo día recibiréis el dinero o la noticia de mi muerte.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Un salón adornado con lujo, y que figura ser antesala de un salón de baile. Es de noche. Los criados acaban de encender las luces. En el fondo, la puerta que da al salón de baile. A la derecha, la puerta del aposento del conde Morcef. A la izquierda, la puerta que comunica con las demás habitaciones.

ESCENA PRIMERA

UN CRIADO y MOREL

CRIADO Por aquí, caballero.
MOREL Me parece que hay aquí una fiesta, y creía que la persona que había preguntado por mí...

ESCENA II

Dichos y MERCEDES

MERCEDES Yo soy esa persona.
MOREL Señora...
MERCEDES (Al criado.) Dejadnos solos. (Vase el criado.)
¿Me conocéis, señor Morel?
MOREL Señora... procuro recordar... Me parece que he tenido ya el honor... pero confieso...
MERCEDES Miradme bien.

MOREL Repito...

MERCEDES Soy Mercedes.

MOREL Mercedes...

MERCEDES Sí, señor, Mercedes la Catalana.

MOREL ¡Imposible!

MERCEDES ¿Me encontráis, pues, muy cambiada, muy envejecida?...

MOREL Al contrario, señora... sois joven... y, a lo que parece, rica y dichosa.

MERCEDES Rica, sí, señor Morel ...pero sentaos, os lo suplico.

MOREL Señora...

MERCEDES ¡Oh! Me haréis creer que no encontráis placer en volverme a ver, y que estáis impaciente por marcharos.

MOREL Os engañaríais doblemente creyendo eso. ¿Pero me permitiréis que os dirija algunas preguntas?

MERCEDES Con mucho gusto, señor Morel.

MOREL La carta que he recibido estaba firmada por la señora condesa de Morcef.

MERCEDES Soy yo.

MOREL ¿Vos? Me parece un sueño...

MERCEDES Que voy a explicaros. Fernando, ya lo sabéis, partió como soldado en 1816 y volvió a Francia con el grado de general que su majestad tuvo a bien confiarle, y al cual añadió el título de conde. Por eso, señor Morel, la carta que habéis recibido, estaba firmada por la señora de Morcef, y no por Mercedes la Catalana.

MOREL Os confieso, señora, que he tenido una gran satisfacción en volver a ver, antes de partir nuevamente a Marsella, a la Mercedes que tan buenos recuerdos había dejado en mi memoria.

MERCEDES (Tristemente.) Acabáis de pronunciar la palabra Marsella, y esta palabra trae a la mía el recuerdo de otras personas que he conocido... en esa ciudad.

MOREL Sí, comprendo, os acordáis de...

MERCEDES Dispensadme, señor Morel. Habiendo si-

do para mí demasiado indulgente como amante, no me juzguéis demasiado severamente como mujer.

MOREL Os juzgaría severamente, por el contrario, señora, si hubierais olvidado...

MERCEDES ¡No, no; no he olvidado, señor Morel, no! y ahora os confesaré una cosa, y es, mi deseo al pedir os una entrevista...

MOREL Sí, sí; comprendo.

MERCEDES ¿Y bien?

MOREL ¡Ah! señora...

MERCEDES ¿Ninguna nueva?

MOREL Ninguna.

MERCEDES ¿Y no ha vuelto a parecer por Marsella?

MOREL Un día corrió la voz que había muerto, y muerto de una manera extraña y singular..

MERCEDES Lo sé.

MOREL Catorce años, señora; catorce años estuve enterrado en vida en el castillo de If.

MERCEDES ¡Infeliz! (Ocultándose el rostro con ambas manos.)

MOREL ¿No es cierto que fué muy infeliz... señora?

MERCEDES ¡Sí, sí; murió! ¿Cómo podría ser otra cosa? Y sin embargo, no hace muchos días en la ópera, fué una fascinación... fué un sueño... No, no, no puede ser.

MOREL ¿Qué decís, señora?

MERCEDES Escuchad, señor Morel; yo no puedo acostumbrarme a la idea de que el pobre Edmundo haya muerto; Dios me es testigo; sin embargo, de que se le hubiera creído vivo, nada en el mundo me hubiera determinado a ser la esposa de otro. Quería deciros, que si algún día llegáis a saber que ambos hemos sido engañados... que si llegara un día en que compareciese en Marsella, o que vos supieseis, en fin, que existía en un lugar cualquiera del mundo... cuento con vos, señor Morel, para escribirme esta única palabra: «Vive».

- MOREL Señora, lo haré al instante.
- MERCEDES Gracias... Y quizá entonces seré más desgraciada... pero estaré al menos más tranquila.
- MOREL No tengo necesidad de deciros, señora, que si por casualidad volvéis alguna vez a Marsella...
- MERCEDES ¡Oh! señor Morel, no se vuelve tan fácilmente al sitio donde se han experimentado semejantes dolores.
- MOREL Hay una casa en la calle de Meilhan...
- MERCEDES ¿Donde iríamos en romería?...
- MOREL Nosotros dos solos, ¿no es verdad?

ESCENA III

Dichos y FERNANDO, presentándose sin haber sido visto.

- FERNANDO ¿Y por qué no los tres? Dantés era amigo mío; bien lo sabéis, señora.
- MOREL Señor conde...
- FERNANDO Me alegro de veros, señor Morel, porque siempre se ve con gusto a un antiguo amigo. ¿Os quedáis al baile?
- MOREL Gracias, señor conde. Había venido sólo...
- FERNANDO Por invitación de la condesa... Yo soy quien la he suplicado que os escribiera. A menudo hablamos del pobre Dantés, y... desearía por cierto saber de él alguna nueva.
- MOREL Señor conde, la señora me hacía el honor de decir, en el momento en que habéis entrado, que aguardaba gente, y yo la suplicaba se sirviera dispensarme. Parto mañana.
- FERNANDO Está bien, señor Morel. La condesa y yo pensamos ir a Marsella dentro de algún tiempo. ¿Permitiréis que os hagamos una visita?
- MOREL Será un gran honor para mí... Señor conde... Señora condesa... (Saluda y se va.)

ESCENA IV

FERNANDO y MERCEDES

FERNANDO ¿Conque nunca olvidaréis a ese hombre, señora?

MERCEDES ¿Os he prometido alguna vez olvidarle?

FERNANDO No ; bien lo sé ; pero por respeto al nombre que lleváis, debíerais no participar a los extraños el secreto de vuestro amor.

MERCEDES El señor Morel no es un extraño para mí ; era el segundo padre de aquél...

FERNANDO De aquel a quien vos amabais. Decidlo por fin.

MERCEDES De aquel a quien amaba... De aquel con quien debía casarme. Nada era más puro que ese amor, y nadie tiene derecho de reconvenirme.

FERNANDO Callaos, señora ; viene gente.

ESCENA V

Dichos, MORCEF y MONTECRISTO

MORCEF ¡ Padre mío ! tengo el honor de presentaros al señor conde de Montecristo.

FERNANDO Mucho placer recibo en ver a este caballero ; ha hecho a nuestra casa, conservándole su único heredero, un servicio que excitará eternamente nuestro reconocimiento. (Mercedes se apoya en una mesa para no caer. El conde de Montecristo, sólo ha contestado a Fernando con un caballeroso saludo.)

MORCEF ¡ Ah ! ¡ Dios mío ! ¿qué tenéis, madre mía ? ¿Os sentís mala ?

FERNANDO Os habéis puesto pálida ; ¿qué tenéis ?

MERCEDES No, no es nada ; he experimentado alguna emoción al ver por primera vez a la persona sin cuya intervención estaríamos en este momento sumergidos en lá-

grimas y amargura. Caballero, os debo la vida de un hijo y os bendigo por este beneficio.

MONTEC. Señora, me recompensáis con demasiada generosidad por una acción muy sencilla : salvar a un hombre, ahorrar tormentos a un padre y a una madre, esto no es sólo una buena obra ; es un acto de humanidad.

MERCEDES Mucha felicidad es para mi hijo el teneros por amigo, y doy gracias a Dios que lo ha dispuesto todo así.

CRIADO El señor de Villefort.

FERNANDO Que pase al salón. (A Montecristo.) Me dispensaréis, señor conde, si os dejo un momento con la condesa. Voy a recibir a nuestros convidados.

MORCEF. Os dejo con mi madre ; podréis hablar de vuestros viajes ; puedo aseguraros que en ello tiene un verdadero placer. Señor conde... (Saluda y vase.)

ESCENA VI

MERCEDES y MONTECRISTO

(Ambos permanecen un instante silenciosos ; Mercedes hace indicación al conde de que se siente.)

MERCEDES ¿No habéis estado nunca en París, señor conde?

MONTEC. Nunca, señora.

MERCEDES Entonces es no poco honor para mí ser la primera que os recibe en su casa, y que os presenta a la sociedad con el hermoso título de salvador de mi hijo. (En este momento atraviesa un criado el salón con una bandeja de dulces y frutas.)

MERCEDES (Al criado.) Dejad eso encima de la mesa. (Acercándose y tomando una manzana. Al conde.) Tomad, señor conde, tomad. Las frutas de Francia no son comparables, bien lo sé,

a las de Sicilia y Chipre ; mas espero que seréis indulgente con nuestro pobre sol del norte. (El conde se inclina y no la admite.) ¿La despreciáis?

MONTEC. Os suplico que me dispenséis ; no como nunca fruta. (Mercedes deja la manzana y toma un dulce.)

MERCEDES Tomad, pues, este dulce. (El conde hace ademán negativo.) Señor conde ; hay una tierna costumbre árabe que hace eternamente amigos a los que han comido juntos el pan y la sal bajo un mismo techo.

MONTEC. La conozco, señora ; pero estamos en Francia, y no en Arabia ; y en Francia nada significan el pan y la sal, si bien es verdad que tampoco hay una amistad eterna.

MERCEDES (Fijando la vista en Montecristo.) Pero, en fin, somos amigos, ¿no es verdad?

MONTEC. (Dejando escapar un movimiento, pero reprimiéndose y con indiferencia.) ¿Por qué no lo hemos de ser?

MERCEDES (Tristemente.) Gracias. Mi hijo me ha contado cosas extraordinarias de vuestros viajes. (Mudando de tono para variar la conversación.) ¿Es cierto que tanto habéis visto y viajado y que tanto habéis sufrido?

MONTEC. Mucho he sufrido, señora.

MERCEDES ¿Y sois ahora feliz?

MONTEC. Soy feliz porque nadie oye mis quejas...

MERCEDES ¿No estáis casado?

MONTEC. ¡Casado yo?...

MERCEDES ¿Conque vivís solo?

MONTEC. Solo.

MERCEDES ¿No tenéis, hermano... padre?...

MONTEC. No tengo a nadie en el mundo.

MERCEDES ¿Cómo podéis vivir así?... ¿sin nada que os haga apreciar la vida?

MONTEC. No es culpa mía, señora. Amé en Malta a una joven, e iba a casarme, cuando sobrevino la guerra, y me llevó lejos de ella como un torbellino. Había yo creído que

me amaría bastante para esperarme, para serme fiel aun después de la muerte. Cuando volví, estaba casada. Tal es la historia de todo hombre que ha pasado por la edad de veinte años ; quizá tengo yo el corazón más débil que otro cualquiera, y he sufrido más de lo que otro hubiera sufrido en mi lugar.

MERCEDES Sí, lo comprendo ; y... ¿Habéis vuelto a ver a esa mujer?

MONTEC. Nunca.

MERCEDES ¿Nunca?

MONTEC. No he vuelto al país donde ella estaba.

MERCEDES ¿A Malta?

MONTEC. Sí, a Malta.

MERCEDES ¿Luego ella está... en Malta?

MONTEC. Creo que sí.

MERCEDES ¿Y la habéis perdonado lo que os ha hecho sufrir?

MONTEC. A ella, sí.

MERCEDES Pero a ella solamente ; ¿aborrecéis siempre a los que os han separado de ella?

MONTEC. (Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo y con sangre fría.) ¿Yo? ¿Por qué los he de aborrecer?

ESCENA VII

Dichos, FERNANDO

FERNANDO Señora, en el salón se extraña vuestra ausencia.

MERCEDES Ahora íbamos allí. (A Montecristo.) Dadme el brazo, señor conde. (Vanse.)

FERNANDO ¡ Dios mío ! creo que me vuelvo loco...
¡ Esa revelación !... ¡ esa revelación !...
¡ herirme así, como un rayo, en mitad de un baile !... ¡ Oh ! ¡ qué amarga es la deshonra ! (Sentándose en una silla y sacándose un periódico del bolsillo. Leyendo.) « El oficial francés, al servicio de Alí, bajá de Janina, de quien hablaba hace tres semanas *El Im-*

parcial, y que no solamente vendió el castillo de Janina, sino que entregó a los turcos a su bienhechor, se llama el conde Morcef, y es miembro de la Cámara de los pares.» (Estrujando el periódico en sus manos.) ¡Oh! ¡fatalidad! Pero ¿quién ha impulsado eso? ¡Dios mío! ¿De dónde viene ese tiro? ¿Quién es el hombre vil y cobarde que ha hecho escribir eso en un periódico, para deshonrarme a los ojos de la Europa entera? ¿Quién es el hombre cuyo ojo perspicaz y certero ha podido penetrar en mi pasado, arrancando esa página horrible de mi vida...? ¡Oh! Viene gente... no quiero ver a nadie, a nadie; necesito estar solo. (Entra en una habitación de la derecha.)

ESCENA VIII

MONTECRISTO

MONTEC. Si; ¡huye, aléjate! busca de tu casa el rincón más solitario; escóndete en él con tus remordimientos; no evitarás tampoco que llegue a tus oídos, como eco de venganza, la indignada murmuración que en estos momentos produce la estampada revelación de todas tus bajezas, traiciones y que en forma de folletín, yo mismo he hecho repartir en tus salones. ¡Dios me ha inspirado! ¡justo es tu castigo al empezar mi venganza! ¡reptil miserable! que me robaste lo que yo más quería en este mundo, vas a encontrarte frente a frente del hombre que arranca la máscara que encubre tanta monstruosidad y que a la faz de Francia, que te colmó de honores, arroja las pruebas de tu traición. ¡Dantés! se aproxima el momento por tantos años deseado; salga de una

vez toda la hiel aglomerada en tu corazón, y con la sonrisa en los labios, ve a confundirte un momento más entre esa turba de aduladores que se humillan ante esos infames Danglars y Villeforts, mientras la Providencia, con sus inexorables fallos, decreta el castigo de los traidores y cuyo ejecutor manda el tribunal de Dios sea el conde de Montecristo.

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Rico salón, profusamente iluminado.

ESCENA PRIMERA

MERCEDES y MORCEF

MERCEDES ¿Qué tienes, Alberto, hijo mío? Estás pálido... No sé; esta noche me parece que nadie está aquí contento; reina en todos los semblantes una tristeza, un aire de inquietud, ¿qué sé yo? Como si hubiera sobrevenido una gran desgracia.

MORCEF Es que, en efecto, ha sobrevenido una gran desgracia, madre mía. (Sacando un periódico del bolsillo.) Leed.

MERCEDES ¡Oh!

MORCEF ¿Qué decís, señora?

MERCEDES ¡Dios mío! ¡Dios mío!

MORCEF Madre mía, ¿conocéis algún enemigo del señor de Morcef?

MERCEDES Hijo mío, las personas que ocupan la posición del conde, tienen muchos enemigos, a quienes no conocen, y éstos, como sabes, son los más terribles.

MORCEF Dicen los maldicientes, si el tal escrito es del conde de Montecristo.

MERCEDES ¿El conde de Montecristo nuestro enemigo? ¡Alberto! ¿Quién te lo ha dicho? ¿Y

por qué? ¿Estás loco? Montecristo nos ha manifestado la mayor amistad: te ha salvado la vida, y tú mismo me lo has presentado. Pero dí: ¿dónde está tu padre? ¿Dónde está el conde?

MORCEF. En su gabinete tal vez, puesto que ha abandonado el salón en cuanto ha leído el periódico.

MERCEDES ¡Oh! voy a verle.

ESCENA II

MORCEF, queda solo un momento y pensativo, en el proscenio, mientras que Mercedes se ha marchado por la derecha. MONTECRISTO y MAXIMILIANO, que llegan del salón.

MONTEC. Magnífico baile; el señor conde de Morcef se ha portado... Buenas noches, Alberto: ¿cómo es que no os he visto en el salón?

MORCEF. Porque os andaba buscando.

MONTEC. ¿A mí?...

MORCEF. Sí; y por cierto que temía que os ocultaseis.

MONTEC. ¡Ocultarme yo! ¿A qué viene esa chanza?

MORCEF. Mi objeto no es el de chancearme, señor conde. Es, por el contrario, el de pedir os una explicación.

MONTEC. ¡Una explicación en un baile! Aunque poco familiarizado con las costumbres de París, no me parece que sea este sitio el más a propósito para pedir explicaciones.

MORCEF. Cuando uno teme que las personas se oculten, es preciso dirigirse a ellas dondequiera que se las encuentre.

MONTEC. Van ya dos veces que me habéis hablado de ocultarme, y creo que esto es por vuestra parte una impertinencia, pues si mal no recuerdo, ayer estuvisteis en mi casa.

- MORCEF Ayer estuve en vuestra casa, porque ignoraba quién eraís.
- MONTEC. ¿Habéis perdido el juicio, señor de Morcef?
- MORCEF Señor conde... (Sacando un guante y tratando de arrojarlo al conde, al propio tiempo que Maximiliano se adelanta y le impide la acción cogiéndole de la mano.)
- MAXIMIL. ¡Alberto! ¡querido amigo! ¿estáis en vos?
- MONTEC. (Adelantándose y cogiendo el guante de entre las manos de Maximiliano.) Caballero, tengo por arrojado vuestro guante, y tendré el honor de enviároslo envuelto en una bala. (Saluda a Alberto y se dirige hacia el foro.)
- MORCEF Muy bien; voy por mis padrinos. (Vase.)

ESCENA III

MONTECRISTO y MAXIMILIANO

- MAXIMIL. ¿Qué le habéis hecho?
- MONTEC. Yo, nada.
- MAXIMIL. ¿Y qué haréis de él?
- MONTEC. ¿De quién?
- MAXIMIL. De Alberto.
- MONTEC. De Alberto ¿qué es lo que haré? Tan cierto como estáis aquí y aprieto vuestra mano, le mataré mañana antes de las diez: eso es lo que haré. Ahora, Morel, cuento con vos, ¿no es verdad?
- MAXIMIL. Ciertamente, y podéis disponer de mí, conde; sin embargo...
- MONTEC. ¿Tendríais, acaso, deseos de rehusar?
- MAXIMIL. En manera alguna.
- MONTEC. Ahora, os suplico tratéis cuanto antes de avistaros con los testigos que haya elegido para el duelo, a fin de que se verifique mañana mismo. Advirtiéndooos que aceptaré cualesquiera condición, y de pa-

so os ruego me enviéis esta noche un recado, indicándome las armas y la hora.

MAXIMIL. Está bien. (Vase.)

ESCENA IV

MONTECRISTO, en seguida MERCEDES

MONTEC. Se va completando mi obra ; toco el fin de mi carrera. Dios ayuda a la buena causa.

MERCEDES (Que sale de la derecha, se dirige hacia Montecristo y se inclina ante él como si quisiera arrodillarse.) ¡ Edmundo ! ¡ Edmundo ! no matéis a mi hijo.

MONTEC. ¿ Qué nombre habéis pronunciado, señora de Morcef ?

MERCEDES El vuestro, el vuestro, que únicamente yo no he olvidado. Edmundo, no es la señora de Morcef la que os habla, es Mercedes.

MONTEC. Mercedes murió, señora, y no conozco ya ninguna de ese nombre.

MERCEDES Mercedes vive, y Mercedes no ha tenido necesidad de adivinar de dónde ha salido el tiro que ha herido al señor de Morcef.

MONTEC. Fernando, querréis decir, señora ; puesto que nos acordamos de nuestros nombres propios, que sea de todos.

MERCEDES En vuestro sarcasmo, Edmundo, conozco que no me habla engañado, y os suplico que no matéis a mi hijo.

MONTEC. ¿ Y quién os ha dicho, señora, que yo quiero hacer daño a vuestro hijo ?

MERCEDES La escena que ha tenido lugar aquí, y que he presenciado desde aquella puerta.

MONTEC. Entonces, puesto que lo habéis visto todo, habréis visto también que el hijo de Fernando me ha insultado públicamente.

MERCEDES ¡ Oh, por piedad !

MONTEC. Habréis visto que me hubiera arrojado el

guante a la cara, si uno de mis amigos, el señor Morel, no le hubiese detenido el brazo.

MERCEDES Escuchadme : mi hijo todo lo ha adivinado, y os atribuye las desgracias de su padre.

MONTEC. Señora, os equivocáis, no son desgracias, es un castigo ; no he sido yo, ha sido la Providencia quien ha castigado al señor de Morcef.

MERCEDES ¡ Ah ! terrible venganza por una falta que me ha hecho cometer la fatalidad, porque la culpable soy yo, Edmundo, y si queríais vengaros, debió ser de mí, que no tuve fuerzas para soportar la ausencia y mi soledad.

MONTEC. ¿ Pero por qué estaba yo ausente y vos sola ?

MERCEDES Porque estabais detenido, Edmundo, porque estabais preso.

MONTEC. ¿ Y por qué estaba yo preso ?

MERCEDES Lo ignoro.

MONTEC. Sí, vos lo ignoráis, señora, así lo creo ; pero voy a decíroslo. Me prendieron porque en la víspera del día en que iba a casarme con vos, un hombre llamado Danglars escribió esta carta, que el pescador Fernando se encargó de entregar al procurador del rey. (Sacando de la cartera un papel que entrega a Mercedes.)

MERCEDES (Leyendo.) ¿ Esta carta ?

MONTEC. Me ha costado doscientos mil francos el poseerla ; pero poco es esto, puesto que hoy me permite disculparme a vuestros ojos.

MERCEDES ¿ Y el resultado de esta carta ?

MONTEC. Lo sabéis, señora ; fué mi prisión ; pero ignoráis el tiempo que duró, ignoráis que permanecí catorce años preso en un calabozo del castillo de If ; ignoráis que cada día, durante estos catorce años, he renovado el juramento de venganza que hice

el primero de ellos, y con todo no sabía que os hubieseis casado con Fernando, mi denunciador, y que mi padre hubiese muerto de hambre.

MERCEDES ¡ Santo Dios !

MONTEC. Pero lo supe al salir de mi prisión ; y por Mercedes viva, y por mi padre muerto, juré vengarme de Fernando, y me vengo. (Pausa.)

MERCEDES ¿ Y estáis seguro que el desgraciado Fernando ha hecho eso ?

MONTEC. Por mi vida que lo ha hecho, como os lo digo, señora. Y luego, ¿ qué tiene eso de extraño para el hombre que se pasa a los ingleses siendo francés por adopción ? ¿ Para el hombre que siendo español de nacimiento, hace la guerra a los españoles ; para el estipendiario de Alí, que le vende y le asesina traidoramente ? Pues bien, los franceses no se han vengado del traidor ; los españoles no le han fusilado ; Alí, desde su tumba, vé sin castigo al asesino ; pero yo, engañado, asesinado, enterrado vivo en una tumba, he salido de ella, gracias a Dios ; a él debo venganza, me envía para eso, y heme aquí, señora, heme aquí.

MERCEDES ¡ Perdonad, Edmundo ! ¡ perdonad por Mercedes !

MONTEC. ¿ Que no destruya a esa raza maldita ? ¿ Que desobedezca a Dios, que me ha sostenido para su castigo ? ¡ Imposible, condesa de Morcef ! ¡ Imposible ! Os lo repito, señora ; preciso es que me vengue, y me vengaré.

MERCEDES Vengaos, Edmundo ; vengaos sobre los culpables, sobre él, sobre mí ; pero no sobre mi hijo.

MONTEC. Está escrito sobre un libro santo, señora : las faltas de los padres, caerán sobre sus hijos hasta la tercera y cuarta generaciones.

MERCEDES ; Edmundo ! ; Edmundo ! Desde que os conozco, he adorado vuestro nombre, respetado vuestra memoria. ; Oh ! no borraréis la noble y pura imagen que tengo en mi corazón ; porque yo también, Edmundo, creedme, yo también, por criminal que sea, he sufrido mucho.

MONTEC. ¿ Habéis perdido vuestro padre estando ausente ? ¿ Habéis visto a la mujer que amabais dar su mano a vuestro rival, mientras estabais en un hondo calabozo ?

MERCEDES No, no ; pero he visto al que amaba pronto a ser el matador de mi hijo.

MONTEC. ¿ Qué me pedís ? ¿ Que vuestro hijo viva ? Pues bien ; vivirá.

MERCEDES Habéis dicho que mi hijo vivirá ; vivirá, ¿ no es verdad ?

MONTEC. Vivirá, señora.

MERCEDES Edmundo, nada tengo ya que pedir al cielo : os he vuelto a ver, y os hallo tan noble y grande como otras veces. Adiós, Edmundo ; adiós, y gracias. (Vase.)

MONTEC. Fuí un insensato en no haberme arrancado el corazón el día que juré vengarme.

ESCENA V

MONTECRISTO y MORCEF

MORCEF Caballero, acabo de oírlo todo : mi madre me había encargado que escuchara vuestra conversación y como de antemano sabía yo cuál sería vuestra respuesta, había apelado a mi corazón para el desenlace. Os he provocado, señor conde, porque habéis divulgado la conducta del señor de Morcef en Epiro ; por culpable que fuese mi padre, no os creía a vos con derecho para castigarle ; pero hoy sé que tenéis ese derecho. No es la traición de Fernando Mondego con Alí baja lo que

me hace disculpar vuestra conducta ; es, sí, la traición del pescador Fernando con vos y las desgracias inauditas que os produjo ; a mi pesar conozco que tenéis razón para vengaros de mi padre.

MONTEC. Admito las excusas que acabáis de darme, Alberto : sois un hijo noble, y un caballero pundonoroso. (Alberto se va.) ¡ Siempre la Providencia ! ¡ Ah ! Desde hoy sí que creo ciertamente ser el enviado de Dios.

ESCENA VI

MONTECRISTO y FERNANDO

(Fernando sale de la izquierda y llama a Montecristo al momento que éste va a salir por la derecha.)

FERNANDO ¡ Señor conde de Montecristo !

MONTEC. ¡ Ah ! ¡ es el señor de Morcef !

FERNANDO Habéis tenido esta noche un lance con mi hijo, caballero.

MONTEC. ¿ Sabéis eso ?

FERNANDO Y sé que mi hijo tenía excelentes razones para batirse con vos y hacer cuanto pudiera para mataros.

MONTEC. Las tendría, no digo que no ; pero vos no sabéis que a pesar de ellas, no sólo no me matará, sino que ni aun se batirá.

FERNANDO ¿ A qué atribuir semejante conducta ?

MONTEC. A la convicción de que había en este asunto un hombre más culpable que yo.

FERNANDO ¿ Y quién es ese hombre ?

MONTEC. Su padre.

FERNANDO Sea ; ¿ pero sabéis que a nadie gusta el verse convencido de culpabilidad ?

MONTEC. Lo sé, y por eso esperaba lo que sucede en este momento.

FERNANDO ¿ Esperabais que mi hijo fuera un cobarde ?

MONTEC. Alberto de Morcef no es un cobarde.

FERNANDO Un hombre que tiene una espada en la mano, que ante su punta ve a un enemigo mortal, y no se bate, es un cobarde. ¡ Ah ! ¿ por qué no está aquí para poder decírselo ?

MONTEC. Caballero, no pienso que hayáis venido a contarme vuestros negocios de familia : id a decir eso a Alberto, que él sabrá contestaros.

FERNANDO No, no ; tenéis razón : no he venido para eso ; he venido para deciros que puesto que los jóvenes de este siglo no se baten, debemos batirnos nosotros... ¿ Sois de mi opinión ?

MONTEC. Perfectamente.

FERNANDO Partamos, no tenemos necesidad de testigos.

MONTEC. En efecto, es inútil ; nos conocemos muy bien.

FERNANDO Al contrario ; yo creo que no nos conocemos.

MONTEC. (Desdénosamente.) ¡ Bah ! ¿ no sois vos el soldado Fernando, que desertó la víspera de la batalla de Waterlóo ? ¿ El teniente Fernando que sirvió de guía y espía al ejército francés en España ? ¿ El capitán Fernando que vendió y asesinó a su bienhechor Ali ? Y todos estos Fernandos reunidos ¿ no son hoy el teniente general, conde de Morcef, par de Francia ?

FERNANDO ¡ Oh ! miserable, que me echas en cara mis faltas, en el momento en que quizás vas a matarme, hay más honor en mí, en medio de mi oprobio, que en ti bajo ese pomposo aspecto. Tu nombre es lo que pido, el verdadero de tus cien nombres, a fin de poderlo pronunciar sobre el terreno del combate, en el momento en que clave mi espada en tu corazón.

MONTEC. Fernando : de mis cien nombres, basta uno sólo para herirte como el rayo ; pero éste lo adivinas, o por lo menos te acuer-

das de él, porque a pesar de mis penas, de mis martirios, te enseño hoy un rostro que la dicha de la venganza rejuvenece : ¡ Edmundo Dantés, Fernando ! ¡ Edmundo Dantés ! ¿ Te acuerdas ahora ?

FERNANDO (Retrocediendo pálido y azorado hasta la puerta de su cuarto y precipitándose en él.) ¡ Edmundo Dantés ! ¡ Oh ! ¡ justicia de Dios !

MONTEC. (Luego que Fernando ha desaparecido.) Ahora empieza mi venganza. Sí, tú lo has dicho : ¡ Justicia de Dios !

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

La escena en Marsella, en el gabinete de Morel.

ESCENA PRIMERA

JULIA y MOREL

JULIA ¡ Ah ! Gracias a Dios, padre mío. ¡ Con cuánta impaciencia te aguardaba ! Dí : ¿ Has sido más venturoso que la vez que te acompañé ? ¿ No contestas ? ¿ Acaso no tienes confianza en tu hija ? ...

MOREL Tengo confianza en ti, pobre hija mía, cuando hay buenas nuevas que participarte ; pero ¿ a qué comunicarte mis esperanzas, cuando mis esperanzas se cambian en angustias y dolores ?

JULIA Pero en fin, ¿ ese viaje ?

MOREL Inútil. Y hoy es el cinco de septiembre, y son las diez de la mañana, y ...

JULIA ¿ Dónde vas padre mío ?

MOREL A mi gabinete.

JULIA ¿ A qué ?

MOREL Voy a buscar un papel que me hace falta, hija mía.

JULIA ¿ Quieres que vaya a buscártelo ?

MOREL No, gracias.

ESCENA II

JULIA; en seguida MAXIMILIANO

JULIA Algo hay de extraño en la manera cómo me habla hoy mi padre. (Dirigiéndose a la puerta por donde ha salido Morel. y mirando.) ¡ Se pone a escribir !... Me oprime el corazón una idea cruel... Afortunadamente he escrito a Maximiliano que viniera, y no puede tardar. ¡ Ah ! ¡ ahí está ; bien decía yo !

MAXIMIL. ¡ Julia ! ¡ querida Julia ! ¿ Qué sucede hoy en esta casa ?

JULIA ¿ Qué sucede preguntas, Maximiliano ? Sucede que hoy es el cinco de septiembre, que hoy es el día que vence el plazo de una fuerte suma, y que mi padre no tiene con qué pagar.

MAXIMIL. ¡ Dios mío ! ¡ Ah ! Toma esta carta que, al entrar, un desconocido ha puesto en mi mano encargándome que no sea abierta más que por ti sola.

JULIA ¿ Por mí sola ? Quizá una esperanza... ¡ Oh ! a ver... a ver... (Leyendo la carta.) « Idos sin pérdida de tiempo a la calle de Meilhan, entrad en la casa número quince, y pedid al portero la llave del quinto piso ; subid a la habitación, tomad un bolsillo que hallaréis sobre el mármol de la chimenea, y llevadlo a vuestro padre. Es importante que tenga este bolsillo antes de las once. Si se presentara otra persona que no fuerais vos, o si fuerais acompañada, el portero contestará que no sabe de lo que se le habla. » Sin firma.

MAXIMIL. ¿ Piensas ir adonde dice esa carta ?

JULIA Ciertamente.

MAXIMIL. Te acompañaré.

JULIA ¿ No has oído ? « Si se presentara otra persona que no fueseis vos, o si fueseis acom-

pañada, el portero contestará que no sabe de qué se le habla.»

MAXIMIL. Vé, pues, y que Dios te guíe, hermana mía. (Vanse los dos.)

ESCENA III

MOREL; en seguida DANGLARS

MOREL (Que se adelanta cabizbajo, y se sienta en un sillón.) Tengo escrito ya mi testamento. Dios me perdone mi suicidio; pero es el único medio que puede salvar mi honor. (Danglars aparece en la puerta, pálido, muy envejecido... en desorden los cabellos y cubierto de harapos.) ¿Quién anda ahí?... (Volviéndose.) ¿Un mendigo?

DANGLARS Sí, un mendigo, señor Morel.

MOREL Esa voz... ¿Quién sois?

DANGLARS Hace tres meses me llamaban el barón Danglars.

MOREL ¡Danglars! ¡Ah! sí, ya me acuerdo; me dijeron también que os habíais vuelto loco...

DANGLARS Poco ha faltado. Oíd mi historia, señor Morel. Había salido de París con cinco millones, resto de mi fortuna que desapareció como un soplo, cual si una mano invisible me la hubiera ido poco a poco arrebatando. Al llegar a las inmediaciones de Roma, caí prisionero en manos de unos bandidos cuyo jefe era un tal Luis Vampa; sin robarme nada me llevaron a una cueva, me sepultaron en ella, y en seguida parecieron haberse olvidado de mí. A las veinticuatro horas sentí el aguijón del hambre; llamé; se me presentó un bandido; le pedí pan y agua, y me exigió en cambio un millón. ¡Un millón! ¿Comprendéis, señor Morel? Creí que se chanceaba, y dije que quería ver al jefe. Se presentó éste. —¿Cuánto queréis por mi

rescate? — le pregunté. — Nada más que los cinco millones que lleváis. — No poseo más que esto en el mundo, — le contesté. — Si me lo quitáis, quitadme la vida. — Nos está prohibido el verter vuestra sangre, — me dijo entonces. — ¿Y por quién? — Por el que nos manda, — me contestó. — ¿Obedecéis a alguno? — Sí, a un superior. — ¡Creía que vos lo erais! — dije. — Soy el jefe de estos hombres, — me dijo, — pero otro es el mío. — Y ese jefe ¿obedece a alguno? — Sí. — ¿A quién? — A Dios, — me dijo solemnemente. Confiésoos, señor Morel, que no lo comprendí. Tanto como me fué posible, resistí el hambre devoradora que en mí se despertaba; pero por fin, postrado, sediento, di un millón en cambio del cual me dieron pan y agua. Al día siguiente otro millón por otro pedazo de pan. A los tres días lo mismo. Cinco pedazos de pan y cinco vasos de agua me costaron cinco millones.

MOREL ¡ Infeliz !

DANGLARS ¡ Sí, tenéis razón, infeliz ! ¡ muy infeliz por cierto ! Cuando me hubieron quitado mi fortuna, me sacaron de aquella maldita cueva dejándome en mitad del camino. Yo no sé de qué manera he venido. Sólo sé que estoy hambriento y que pido limosna.

MOREL Señor Danglars, pobre y miserable como estáis, no tardaréis en abandonar la casa en que os habéis refugiado. Esta es mi mano, la mano de un amigo leal y verdadero.

DANGLARS Os vengáis, noblemente. No hace mucho tiempo, que habiendo acudido vos a mí, sólo tuvieron mis labios palabras de humillación y desprecio. ¡ Oh ! es una noble venganza la vuestra, señor Morel.

MOREL He olvidado ya lo que queréis recordar.

Aguardadme aquí. Vendré pronto a despedirme de vos.

DANGLARS ¿A despediros? ¿Os vais pues?

MOREL Sí.

DANGLARS ¿Será largo vuestro viaje?

MOREL Muy largo.

DANGLARS ¿Adónde vais?

MOREL A la eternidad. (Vase.)

ESCENA IV

DANGLARS; MONTECRISTO en seguida

DANGLARS ¿Qué querrá decir? ¡Oh! he padecido tanto, que casi no puedo ya compadecer. Ayer... Ayer era millonario, nadaba en oro y en la abundancia, y hoy... Hoy pido limosna. (Montecristo aparece en la puerta.) De contador a banquero, de banquero a mendigo... ¡Dios mío! Iluminad mi corazón, decidme ¿quién me ha robado mi fortuna; quién me ha precipitado en el abismo en que me encuentro?

MONTEC. (Adelantándose.) Yo, caballero.

DANGLARS ¡El señor conde de Montecristo!

MONTEC. El mismo, señor barón. Vengo a aclarar algunos puntos y algunas épocas de vuestra vida, que deben pareceros oscuros. ¿No pedíais a Dios que os dijera el nombre del que os ha precipitado en el abismo, del que ha hecho de vos, banquero y diputado, un mendigo y pordiosero, del que ha trocado en miseria vuestra grandeza, en harapos vuestro oro? Pues bien, yo os lo diré.

DANGLARS ¡Vos!

MONTEC. Yo. Hace dos meses, una noticia falsa comunicada por telégrafo, os hizo perder dos millones en la baja. Se dijo que un hombre había comprado al encargado del telégrafo. Ese hombre fui yo.

DANGLARS ¡ Vos !

MONTEC. Sin saber cómo, ni por qué, sin que nadie pudiera sospecharlo, quebró la casa Franz y Volmand de Francfort, envolviéndoos en su quiebra por una suma considerable. Yo fuí quien por medio de una arriesgada operación hice quebrar la indicada casa.

DANGLARS ¡ Vos !

MONTEC. Yo soy, en fin, el superior a quien os dijeron que obedecían los bandidos de Vampa.

DANGLARS Pero ¿quién sois, Dios mío? ¿Qué fatalidad os ha lanzado en mitad de mi camino? ¿De quién habéis recibido órdenes y poder para variar el curso de mi estrella?

MONTEC. De Dios.

DANGLARS ¡ Dios ! ¡ Siempre Dios ! conde de Montecristo...

MONTEC. Os equivocáis, no soy el conde de Montecristo. Mirad mejor y más lejos.

DANGLARS ¿Quién sois pues? ¡ decid !

MONTEC. Soy el que habéis vendido condenándome a mí también a morir del mismo modo ; soy en fin, el espectro de un desgraciado que sepultasteis en el castillo de If, espectro salido de la tumba, al que Dios ha puesto la máscara de conde de Montecristo y le ha cubierto de oro y diamantes para que no le reconozcáis hoy. Soy en fin...

DANGLARS ¡ Ah ! lo sé, lo sé ya, no pronunciéis ese nombre. Ese nombre me asesina.

MONTEC. ¡ Soy Edmundo Dantés ! ¡ Para los demás una venganza vulgar, la muerte ; para vos, causa de todos mis males, lo que es más horrible que la muerte, la locura !

DANGLARS (Cae de rodillas como herido por un rayo ; pero no tarda en levantarse delirando ; desencajado el rostro, perdida la razón.) ¡ Dantés !... ¿ Dónde está Dantés ? Quiero verle, quiero hablarle... ¡ Ah ! ¡ En

el castillo de If ! Tanto mejor, así no será capitán del *Faraón*. (Corriendo precipitadamente y saliendo de la escena.) ¡Edmundo ! ¿Dónde está Edmundo ? ¡ Ah ! A bordo tiene una carta del usurpador... Corramos a bordo... ¡ Edmundo !... (Vase.)

MONTEC. (Cruzado de brazos y mirando partir a Danglars.) Ya he dado cima a mi empresa. (Vase.)

ESCENA V

MOREL ; en seguida MAXIMILIANO

MOREL (Con una caja de pistolas que deja encima de la mesa.) No está ya Danglars. Se habrá cansado de esperar. Derrame Dios sobre su cabeza la felicidad que a mí me roba. Acabemos. (Abre la caja y saca un par de pistolas. Maximiliano, que entra en aquel instante, se le acerca silenciosamente.)

MAXIMIL. Padre mío, ¿ esas pistolas ?

MOREL (¡ Mi hijo ! sólo me faltaba este último golpe.)

MAXIMIL. ¡ Esas armas, padre mío ! En nombre del cielo, ¿ para qué queríais esas armas ?

MOREL (Levantando la cabeza y mirando a su hijo.) Maximiliano, eres hombre, y hombre de honor... Voy a decírtelo. (Abriendo un libro de caja.) Mira.

MAXIMIL. ¿ Qué ?

MOREL Dentro de media hora tengo que pagar trescientos mil francos... sólo hay en caja quince mil. Nada tengo que añadir.

MAXIMIL. ¿ Y habéis hecho cuanto os ha sido posible, padre mío, para evitar esta desgracia ?

MOREL Sí.

MAXIMIL. ¿ Ningún dinero debe entrar en caja ?

MOREL Ninguno.

MAXIMIL ¿Habéis agurado todos vuestros recursos?
MOREL Todos.
MAXIMIL. ¿Y dentro de media hora queda deshonrado nuestro nombre?
MOREL La sangre lava el honor.
MAXIMIL. ¡Padre!
MOREL La casa Thompson y French es la única que ha tenido consideración conmigo. Sea, pues, reembolsada esa casa la primera, hijo mío; séate sagrado ese nombre.

ESCENA VI

Dichos y JULIA

JULIA (Entrando apresurada. ¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Estáis salvado!
MOREL ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué? ¿Qué hay?
JULIA ¡Esta bolsa! ¡Esta bolsa!... ¡Mirad!
MOREL ¡Mi letra pagada!... ¡Un diamante!... «Dote de Julia» ¿Qué quiere decir esto? Veamos, hija mía... Explicate... ¿Dónde has encontrado esta bolsa?
JULIA En la casa número quince de la calle de Meilhan. En el quinto piso... Encima del mármol de la chimenea...
MOREL ¡Era la habitación del viejo Dantés!...
JULIA Tomad, leed.
MOREL ¿Qué es esto?
JULIA Una carta que un desconocido ha dejado en casa esta mañana.
MOREL (Leyendo.) «Idos sin pérdida de tiempo a la calle de Meilhan; entrad en el número quince, y pedid al portero la llave del quinto piso. Subid a la habitación, tomad un bolsillo que hallaréis sobre el mármol

de la chimenea, y llevadlo a vuestro padre ; es importante que lo tenga antes de las once.»

MAXIMIL. (Interrumpiéndole.) ¡ Padre mío ! ¡ Padre mío !
¿ No me dijiste que el *Faraón* había naufragado ?

MOREL ¡ Ay ! demasiado cierto por mi desgracia.

MAXIMIL. Os engañáis ; el *Faraón* está entrando en el puerto.

MOREL ¿ Estás loco ?

MAXIMIL. No, señor, no ; mirad, desde esta ventana podréis verlo. (Todos se acercan a la ventana.).

MOREL La gente se agrupa en el muelle... En efecto, un buque está entrando a toda vela... es enteramente nuevo... *El Faraón, Morel e hijos, de Marsella*... (Toma un ante-ojo.) Pero ¿ cómo puede ser esto ? ¿ Qué ángel salvador me liberta de una muerte inevitable ?

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y MONTECRISTO,

MONTEC. Edmundo Dantés.

MOREL (Asombrado.) ¡ El conde de Montecristo !

MONTEC. Para los infames que tan vilmente me han atormentado, que con tanta crueldad me han perseguido, he sido el conde de Montecristo ; para vos, mi bienhechor, mi segundo padre, siempre soy Edmundo Dantés. (Arroja la capa o paletot que le cubría y descubre el traje de marino que llevó en la primera parte.)

TODOS ¡ Edmundo Dantés !

MOREL (Abrazando a Edmundo y a sus hijos.) ¡ Hijos !
¡ Hijos míos !

MONTEC. ¡ Padre mío ! Creo haber cumplido lo que

debía. Exterminio a los infames ; gratitud y reconocimiento para los buenos.

MOREL

¡ Ah ! ¡ Bendito seas, Edmundo ; bendito seas !

TELÓN

FIN DEL DRAMA

WILLIAMS SHAKESPEARE



OTELLO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS



MADRID

Sociedad de Autores Españoles

1913

OF THE

OF THE



OTELLO

Este arreglo es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin permiso, reimprimirlo ni representarlo en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—
Queda hecho el depósito que marca la ley.

OTÉLO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

DE

WILLIAMS SHAKESPEARE

TRADUCCIÓN Y REFUNDICIÓN EN VERSO

ADAPTADA A LA ESCENA ESPAÑOLA POR

AMBROSIO CARRIÓN Y JOSÉ M.^a JORDÁ



pp. 1-99
no. 8

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

PERSONAJES

EL DUX DE VENECIA.

EL SENADOR BRABANCIO.

OTROS SENADORES.

GRACIANO.

LUDOVICO.

OTELLO.

CASIO.

RODRIGO.

YAGO.

MONTANO.

UN MENSAJERO.

UN HERALDO.

UN OFICIAL.

DESDÉMONA.

EMILIA.

Oficiales, caballeros, marineros, criados, etc.



ACTO PRIMERO

Cuadro I

Una calle de Venecia. A la izquierda, la casa de Brabancio.

ESCENA PRIMERA

RODRIGO y YAGO

RODRIGO Ni una palabra, Yago. Me lastima
que tú, que usaste siempre de mi bolsa
como dueño y señor, supieras...

YAGO ¡Basta !...
ya que oirme no quieres... Mas si pude
en tal cosa soñar, debes odiarme.

RODRIGO Creo que le aborreces. Cuando menos
así me lo dijiste...

YAGO Y tu desprecio
exijo si no es cierto. Tres ilustres
señores de Venecia, le rogaron
que me nombrara su teniente ; y juro
que mi valor tal cargo merecía.
Mas él, como hombre altivo, encaprichado
con sus ideas, a mis protectores
replicó con palabras evasivas,
y con huecos conceptos de estrategia,
y en suma, despidiéndoles les dijo :
Mi segundo, lo tengo ya nombrado.

(Breve pausa.)

Y ¿quién es? Miguel Casio ; un florentino,

un necio, que a una dama no podría acaso gobernar ; que nunca estuvo de un escuadrón al frente, y que de táctica sabe tanto como cualquier doncella. Sólo la teoría de los libros conoce, mas en esto el Gran Consejo docto es también. Palabrería vana, sin práctica, he aquí toda su ciencia. Y no obstante, ese hombre es preferido por Otelo. Y yo, que ante sus ojos en Rodas combatí, igual que en Chipre y otras regiones, he de contentarme mirando cómo medra el matemático, en tanto que yo sigo siendo alférez de su excelencia el Moro.

RODRIGO ¡ Vive Cristo !...
 ¡ Antes ser su verdugo prefiriera !
 YAGO ¿ Y qué he de hacer ? Los gajes del servi-
cio

son estos. No hay ascensos si no tienes el favor de tu dueño. Y ahora juzga si la razón me sobra para odiarle.
 RODRIGO Yo en tal caso, abandono su servicio.
 YAGO Calma, Rodrigo. Que si aun le sirvo es esperando que la vez me llegue. Amos no pueden ser todos los hombres, ni estar todos los amos bien servidos. Y así te juro, que como Rodrigo, tú te llamas, Otelo no quisiera yo ser teniendo un Yago ; que sirviéndole, a mí mismo me sirvo. Sabe el cielo que si le finjo afecto, es sólo el ansia, de lograr mis intentos. Y si un día mis acciones lograran delatarme, a los grajos yo mismo arrojaría mi corazón. No soy lo que parezco.

RODRIGO (Mirando la casa de Brabancio)
 ¡ Y que pueda alcanzar ese salvaje tanta dicha !...

YAGO Pues bien, llama a su padre :
 Despiértalo ; emponzoña su alegría, su deshonor proclama ; a sus parientes

irrita y si su dicha no podemos
destruir, cuando menos de inquietudes
y de enojos hemos de rodearla.

RODRIGO

Esta es la casa. Llamaré...

YAGO

Con gritos
desgarradores, pavorosos, tristes,
como si la ciudad se consumiera
en las llamas...

RODRIGO

(Gritando.)

¡ Brabancio ! ¡ ¡ Hola, Brabancio ! !

YAGO

¡ Al ladrón, al ladrón ! ¡ Alzad, Braban-
cio !...

ESCENA II

Dichos y BRABANCIO

BRABAN.

(Apareciendo en una ventana.)

¿ Quién da esos gritos ? ¿ Por qué causa ?

RODRIGO

En vuestra

casa, ¿ no falta nadie ?

YAGO

¿ Están cerradas
todas las puertas ?

BRABANCIO

¿ A qué vienen tales
preguntas ?

YAGO

Con cien mil diablos, presto
vestíos. Que en el corazón os hieren
y os roban la mitad de vuestra alma.
Dad orden de que toquen a rebato
la campana, para que se despierten
los vecinos ; de lo contrario, puede
que está noche el diablo os haga abuelo.

BRABANCIO

¡ No os comprendo ! ¿ Estáis loco ?

RODRIGO

¿ No conocen
mi voz, vuestros oídos ?

BRABANCIO

¡ No !

RODRIGO

Rodrigo
yo soy.

BRABANCIO

Ve enhoramala. ¿ Prohibido
no te tengo que rondes mis ventanas ?

De mis labios ya sabes que mi hija
no es para ti; ¿y ahora, embriagado,
llegas para turbar mi sueño? ¡Vete!

RODRIGO ¡ Señor, señor! (Suplicando.)

BRABANCIO Juro que ha de pesarte
la burla.

RODRIGO Moderad vuestras palabras.

BRABANCIO ¿Qué dijiste de robo? Esta es Venecia
y no es mi casa un almacén.

RODRIGO ¡ Os juro
que llego a vos con intención honrada!

YAGO (Interrumpiendo.)

¡ Por el diablo, buen señor!... ¿Acaso
sois de aquellos que a Dios servir no quie-
ren

aunque el mismo demonio se lo pida?
¿Llegamos a prestaros un servicio
y nos juzgáis rufianes? ¿Vuestra hija
queréis casar con un caballo árabe
y que relinchen vuestros nietos?...

BRABANCIO Dime
¿quién eres tú, infame deslenguado?

YAGO Uno, buen viejo, que a deciros viene
que vuestra hija se halla con el Moro
esta noche.

BRABANCIO Eres un miserable.

YAGO Y vos... un senador.

BRABANCIO Tienes que darme
satisfacción, Rodrigo, de esta infamia.

RODRIGO Y de todo, señor. Mas yo os suplico
que me digáis, si con permiso vuestro
y a media noche, sin otros guardianes
que un gondolero, vuestra hija ha sido
transportada a los brazos del lascivo
Moro. Si es con permiso vuestro, entonces
mal obramos viniendo a preveniros.
Mas si no lo sabéis, estoy seguro
que vuestra aciaga suerte remediamos.
Buscadla, pues, en sus habitaciones,
en la casa, y si la halláis en ella
me podéis entregar a la justicia.

BRABANCIO (Desapareciendo de la ventana.)

¡Luces, pronto! ¡Una antorcha! ¡Que
[despierte
todo el mundo!... ¡Mi sueño ha coincidido
con la noticia! ¡Luces, presto, luces!

(Desaparece.)

YAGO Debo marcharme; ¡adiós! Yo no podría
por el cargo que tengo, contra el Moro
atestiguar, ¿comprendes? Aunque le odio
como al infierno, afecto he de fingirle,
en apariencia sólo... Puedes creerme...

(Desaparece por el lado opuesto. Sale Brabancio y se
detiene vacilante en el dintel de la puerta.)

BRABANCIO ¡Oh, mi desdicha es cierta! ¡Se ha mar-
[chado,
mancillando mis canas! Di, Rodrigo,
¿dónde la viste? ¿Con el Moro has dicho?

(Gritando dentro de la casa.)

¡Más antorchas, aprisa!

(A Rodrigo.)

¿Acaso, crees

que se han casado?

RODRIGO

Lo presumo.

BRABANCIO

¡Cielos!

¿Cómo pudo ella huir? ¡Oh, sangre mía,
que me traicionas!... Pronto, que a mi
[hermano

despierten. ¡Vamos todos por distintos
caminos!

(A Rodrigo.) ¿Por azar el sitio sabes
donde he de hallarlos?

RODRIGO

Pienso descubrirlos,

si vos me acompañáis con buena escolta.

BRABANCIO

Guíanos, te lo ruego. A cada puerta
llamaré, que derecho para ello
tengo. Vamos a armarnos. Buen Rodrigo,
yo sabré agradecer tantos favores.

(Entran en la casa. Por el lado opuesto aparecen Otelo,
Yago y varios criados con antorchas.)

ESCENA III

OTELO, YAGO y varios criados con antorchas.

YAGO Aunque en la guerra yo quité la vida a muchos hombres, me repugna un crimen premeditado cometer. Quisiera tener un corazón menos sensible. He estado a punto ya nueve o diez veces de atravesarle el pecho con mi daga.

OTELO Prefiero lo contrario.

YAGO En tales términos habló de vos, que a comprender no llego cómo logré calmar mi fiero enojo. Mas decidme: ¿os casasteis realmente? Debéis tener en cuenta lo querido que es este noble y que su poderío alcanza al mismo dux. Quizás intente haceros divorciar y sobre vuestro lanzar humillaciones y desdichas tantas, como la ley permitir pueda.

OTELO Deja que sobre mí caiga su ira. Los servicios prestados al Estado por mi brazo, reducirán sus quejas al silencio. Se ignora, y cuando quiera, proclamaré mi origen, ya que puedo vanagloriarme de él, pues descendiente soy de reyes, y mis merecimientos, no es mucho, así, que a tal fortuna aspiren como esta que he alcanzado. Más te juro, buen Yago, que a no amar, como a Des-
[démona] adoro, yo jamás mi independiente condición sujetara o restringiera por todos los tesoros que en su seno encierra el mar. Mas ¿qué son esas luces que por allí se acercan?

YAGO Es el padre a quien han despertado y que aquí llega con sus amigos. Retiráos.

OTELO ¿Yo? ¡ Nunca !

Aquí deben hallarme. Mi conciencia,
mi posición, mi rango, han de abonarme.

(Por los que llegan.)

¿Estás seguro de que son?...

YAGO

del dios Baco ! ¡ Creo que no !

ESCENA IV

CASIO y varios oficiales de la Señoría con criados que llevan antorchas.

OTELLO

Oficiales

del dux ¿ y mi teniente? ¡ Buenas noches amigos ! ¿ Qué sucede?

CASIO

El dux me ordena
que os salude y os ruegue que al momento
ante él comparezcáis.

OTELLO

¿Sabéis qué ocurre?

CASIO

Según creo, serán nuevas de Chipre. El asunto es urgente. Con premura se os llamó, y fué en vano que acudieran a vuestra casa. Entonces el Senado, dió orden de buscaros en distintos parajes.

OTELLO

(Señalando la casa de Brabancio.)

Necesito dos palabras
decir en esta casa y en seguida
os sigo.

CASIO

Ved, señor, otros que llegan.

ESCENA V

Dichos, ERABANCIO y RODRIGO, que salen de la casa rodeados de servidores armados y de otros con antorchas.

YAGO

(A Oteló.) General, es Brabancio. Mi consejo
seguid, que no son buenos sus intentos.

OTELLO

(A Brabancio y los suyos.)

¡ Deteneos !

RODRIGO

(A Brabancio)

Señor, vedle, es el Moro

BRABANCIO (A los suyos.)

¡ Matadle ! ¡ A él !

YAGO

¡ Rodrigo ! Vos conmigo
os tenéis que entender.

(Le aparta de allí.)

OTELLO

Vuestros aceros
envainad, que el rocío de la noche
puede empañarlos. ¡ Más con vuestros
[años
mandáis, señor, que con las armas vues-
[tras !

BRABANCIO ¡ Ladrón infame ! Dime, ¿ dónde ocultas
a mi hija ? Sin duda la hechizaste,
ser infernal, y emplazo a los mortales
para que manifiesten si no es cierto
que para seducirla, has empleado
ruines sortilegios, abusando
de su inocencia virginal, con filtros,
o compuestos de alquimia que perturban
el cerebro. Por ello te detengo
y te acuso de corruptor infame
ya que ejerces un arte que condena
la ley. Aseguradle y si resiste
emplead la violencia si es preciso.

(Los dos bandos van a lanzarse uno contra otro Oteló grita.)

OTELLO

¡ Deteneos ! Lo mismo mis amigos
que vosotros. ¡ Si combatir yo debo
no necesito nadie que me advierta !

(A Brabancio.)

¿ Dónde he de responder a vuestros car-
[gos ?

BRABANCIO En la cárcel, hasta que llegue el plazo
en que la ley te llame a defenderte.

OTELLO

Y si obedezco, ¿ el dux que me reclama
para asuntos urgentes del Estado
qué dirá, cuando aquí sus emisarios
esperándome están ?

OFICIAL

Señor, es cierto,
y no dudo que a vos también aguardan.

BRABANCIO ¡ Cómo ! ¿ El dux en Consejo ? ¿ A tales
[horas ?

Conducirlo hasta allí, que no es mi causa
de menguado interés y el dux y todos
mis compañeros, sentirán mi afrenta
como si a ellos mismos mancillara.

(Mutación.)

Cuadro II

Sala del Consejo, en el palacio del dux

ESCENA I

EL DUX y los SENADORES sentados alrededor de una mesa. Guardias, etc. Después un mensajero

EL DUX Entre ellas, no concuerdan las noticias.

SENADOR I Dudosas yo también las considero

«Ciento siete navíos» en mis cartas
me anuncian.

EL DUX Leo aquí «ciento cuarenta»,

SENADOR 2 Yo aquí «doscientos». Mas si no coinciden
las cifras de las cartas, todas ellas
concuerdan en que avanza una gran flota
de turcos contra Chipre.

EL DUX Harto probable.

Y que entre sí discrepen los avisos
no calma mis temores, ya que todos
afirman lo que más me intranquiliza.

OFICIAL Llegan más nuevas.

(Entra un mensajero.)

MENSAJE. ¡ Oh, nobles señores,
los otomanos que se dirigen
a la isla de Rodas, se han reunido
con fuerte escuadra de reserva !

SENADOR I Ciertos
mis temores resultan. Y la flota
¿ a cuánto asciende ?

MENSAJE. A unas treinta velas,
que virando de bordo se dirigen
a la isla de Chipre. El valeroso

Montano, tal aviso ahora os envía
suplicando confiéis en sus palabras.
EL DUX No cabe duda, a Chipre se dirigen.
¿Marcos Luquese está en Venecia?
SENADOR 1 Se halla
en Florencia, señor.
EL DUX Que se le escriba
que torne sin demora. No podemos
perder ni un solo instante.
SENADOR 1 Ved ; Brabancio
llega y con él, el valeroso moro.

ESCENA II

Dichos, BRABANCIO, OTELO, VAGO y RODRIGO, con su acompañamiento.

EL DUX Valiente Oteló, vuestro brazo ahora
necesitamos para que rechace
al común enemigo.

(A Brabancio.)

Perdonadme,
señor ; nos ha hecho falta aquí esta noche
vuestro auxilio y consejo.

BRABANCIO Y a mí el vuestro.
Excusadme, oh alteza, si aquí llego,
y no me trae el bien común, ni el cargo
que ocupo, ni el aviso que enviasteis.
No me conmueve la desdicha patria
ya que mi propia angustia es tan violenta
cual catarata que en su irresistible
furor traga y asola el duelo ajeno.

EL DUX ¿Qué os sucede?

BRABANCIO Señor, mi hija querida...

EL DUX ¿Ha muerto?

BRABANCIO ¡Para mí ! Me la han robado,
seducido con artes infernales ;
que criatura en su razón, no puede
lanzarse a tal locura.

EL DUX Al miserable,
que osó obrar de manera tan indigna

y os privó con sus mañas criminales
de vuestra hija, aplicaréis vos mismo
el texto de la ley que creáis justo.
No lia de librarse ni siendo hijo nuestro.

BRABANCIO Os doy gracias, señor. Ved el culpable :
Es el Moro, llamado por vosotros
para asuntos de Estado.

DUX Y SENADORES ¡ Oh, lo sentimos !

EL DUX (A Oteló.)

¿Qué podéis alegar, en favor vuestro?

OTELÓ Poderosos, ilustres caballeros,
dueños míos : es cierto que he robado
la hija de este anciano, como es cierto
que la he tomado por esposa. Estos
son mis crímenes todos. Mi palabra
es ruda y desconozco los conceptos
galantes que la paz puede enseñarnos,
ya que estos brazos desde siete años
en las luchas placer tan sólo hallaron
y sólo sé decir del vasto mundo
de guerras y de azares belicosos.
Comprenderéis que ahora yo no pueda
abogar por mi causa ; mas si atentos
me queréis escuchar, sin artificio
la historia os contaré de mis amores
y a la par os diré de qué conjuros
sortilegios y hechizos me he valido
(ya que de tales artes se me acusa)
para alcanzar el corazón que ansiaba.

BRABANCIO Mas yo insisto en afirmar que este hom-
[bre
se ha valido de filtros diabólicos
para alcanzar mi hija.

EL DUX No se prueba
un hecho semejante sosteniéndolo.
Testimonios más ciertos hacen falta.

SENADOR I (A Oteló.)

Hablad vos : ¿ Por la fuerza, arteramente,
lograsteis el afecto de su hija
o con amantes súplicas y el trato
mutuo de vuestras almas?

OTELO

Os ruego, antes,
que alguno se dirija a la posada
del Sagitario, por la dama ; que hable
ante su padre y si culpable entonces
me halláis, desposeedme de mi cargo,
pierda vuestra confianza y si es preciso
tomad, para pagar, la vida mía.
Que traigan a Desdémona

EL DUX

(Vause varios oficiales.)

OTELO

Con ellos
id vos, alférez, ya que sabéis dónde
se halla. En tanto llega, cual mi culpa
veraz confieso al cielo, he de deciros
cómo alcancé su amor y cómo ella
se hizo dueña de mí.

EL DUX

OTELO

Hablad, Oteló.
Su padre bien me quiso y con frecuencia
me invitaba a su casa y me pedía,
que accediera a contar día por día
todos mis hechos. Mi guerrera ciencia,
los combates, los sitios, los peligros,
que he corrido en la tierra y en el mar
de las brechas el rudo batallar,
la esclavitud, entre los enemigos,
cómo me rescataron mis amigos,
de viajes remotos el azar,
de lóbregas cavernas clamorosas,
del monte altivo que hasta el cielo sube
y cuya frente oculta blanca nube,
del desierto las noches pavorosas.
Del caníbal terrible que devora
a su hermano... yo tuve que narrar
los festines. También tuve que hablar
de mi triste niñez hora tras hora...
Tales fueron los actos de que ahora,
ante vosotros puedenme acusar.
Desdémona me oía atentamente
y cuando su quehacer la reclamaba
al punto lo cumplía y retornaba
a escuchar mi relato ávidamente.
Yo lo noté y aprovechando un día
en que propicia la ocasión me fué,

accediendo a sus súplicas, narré
por completo mi larga romería
que por partes, acaso, ya sabía
y el llanto en sus mejillas contemplé.
De mi niñez al relatar la historia
lloró al oír un lance desgraciado,
con mil suspiros fuí recompensado,
y fueron hasta allí mi mayor gloria.
Es muy raro, muy raro, lo narrado
y muy triste, muy triste, murmuró,
añadiendo : ¿ Por qué no me crió
hombre cual vos el cielo, aunque llagado,
mi corazón ahora habéis dejado
con tal relato? Y luego prosiguió :
Si tenéis un amigo que me ame
y de mi amor desee tener prenda,
preciso es que vuestra historia aprenda.
De otra suerte, a mi pecho nunca llame.
Entonces hablé yo. Ya no podía
mi pasión por más tiempo dominar.
Por mis desdichas vínome ella a amar,
yo porque vi cómo las condolía ;
esta ha sido mi sola hechicería,
Ella misma, lo puede atestiguar.

ESCENA III

Dichos, DESDÉMONA, YAGO y los oficiales

EL DUX Buen Brabancio, un relato como este
a mi hija también cautivaría ;
arreglad el asunto buenamente
y pensad que más vale rota espada
tener, antes que hallarse desarmado.

BRABANCIO Oídla ; os lo suplico. Si confiesa
que al amor de este hombre corresponde,
maldito sea yo si la dirijo
un reproche.

(A Desdémona.)

Llega, hija mía, y dinos :
de todos los que aquí se hallan presentes

¿a quién debes respeto en primer térmi-
[no?

DESDÉM. ¡ Oh noble padre ! Se hallan divididos
mis deberes ahora. A vos, os debo
vida y educación y ambas me ordenan
que por mi dueño os tenga. Vuestra hija
yo soy ; mas ved mi esposo y recordaos
que mi madre por vos abandonaba
a su padre y así también yo debo
mostrar mi sumisión al dueño mío.

BRABANCIO ¡ Dios te proteja ! He terminado.

(Al dux.) Alteza,
podemos ocuparnos del Estado.

Mas vale adoptar hijos a tenerlos.
Aproximáos, Moro ; yo os la entrego
con el alma por más que ésta quisiera
rescatarla, si ya no fuera vuestra.

EL DUX Dejadme hablar a mí. El lamentarse
de un mal que ya pasó, es aumentarlo.

BRABANCIO (Irónico.)

Así pues, gane a Chipre el otomano,
que no lo perderemos si nos queda
para reir espacio. Mas os ruego
que hablemos de los públicos negocios.

EL DUX El Turco, con armada formidable,
se dirige hacia Chipre. Vos, Oteló,
conocéis los recursos de la plaza
y aunque en ella tenemos otro jefe
de probada pericia, a vos os nombra
la pública opinión, guía suprema
de toda causa, como el jefe único
que ha de salvar la isla. Por lo tanto
ha de satisfaceros que ahora empañe
vuestro reciente triunfo, nueva empresa
llena de sinsabores y peligros.

OTELÓ La costumbre despótica, señores,
me hace hallar en el lecho de campaña,
áspero y duro, la molicie suave
de colchones de pluma. Es mi deleite
la lucha y de esta guerra yo me encargo.
Mas al cumplir vuestra orden, os suplico
humildemente que sobre mi esposa

veléis, y concedáis lo necesario
que corresponda a su elevada estirpe.

EL DUX La casa de su padre si os parece...

BRABANCIO No la acepto.

OTELO Ni yo.

DESDÉM. Ni yo tampoco.

Mi presencia, a mi padre, puede acaso
parecer importuna. Así, os suplico
señor, que deis oídos a mis ruegos.
Para seguir su suerte amé yo al Moro,
que ya bien claramente lo demuestra
mi voluntad y mi tenaz desprecio
del porvenir. Yo consagré mi alma
a su gloria y a su valor, y os pido
que si parte ahora Oteló, no me privén
de seguirle, que en caso tal, sobrarian
todas las causas de mi amor.

OTELO Alteza,
os suplico que la dejéis que obre
según su voluntad.

EL DUX Como os parezca.

SENADOR I Partiréis esta noche.

OTELO Con el alma.

EL DUX Dejad un oficial que nuestras órdenes
pueda llevaros, como lo adecuado
a vuestro rango y posición.

OTELO Mi alférez,
tan noble como honrado, a quien encargo
que conduzca mi esposa.

EL DUX (Levantándose.) Yo os saludo.
en tal caso, señores.

SENADOR I (Levantándose también como los otros.)

Adiós, Moro ;
tratad bien a Desdémón.

BRABANCIO (A Oteló.) Cuidado
con ella, que la que engañó a su padre
puede un día engañar a su marido.

(Vanse el dux, Brabancio, los senadores y el séquito.)

OTELO ¡ Mi vida por su fe ! Ven, oh, Desdémón,
que para hablar de amores, una hora
sólo nos dan y raudó el tiempo vuela.

(Vanse los dos abrazados, quedando sólo en la escena Yago.)

YAGO

(Después de una pausa en que los ha estado observando hasta que han desaparecido.)

Odio al Moro. Murmuran que mi sitio ocupó entre las sábanas : no quiero averiguarlo, basta la sospecha.

Me distingue y me honra, cosa fácil es así dominarlo. Es franco Otelo y sin malicia ; cree que los hombres son honrados, no más si lo parecen. Se dejará llevar por el cabestro , como un jumento.

(Con alegría.)

Hallé lo que buscaba.
¡ Surja este monstruo, aborto del infierno
y se inunde en la clara luz del día !

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El puerto de la isla de Chipre. A la derecha, el palacio de Otelo, gobernador de la isla. A la izquierda, una taberna.

ESCENA PRIMERA

MONTANO y OFICIALES; después CASIO

OFICIAL 1 No se recuerda en Chipre una tormenta como la de esta tarde. Embravecidas las olas se elevaban hasta el cielo bramando como fieras enceladas.

MONTANO Habrá tragado el mar la flota turca si asilo hallar no pudo en una rada. Ni una vela distínguese a lo lejos.

OFICIAL 3 (Apareciendo.)
¡Nuevas, señores, de la guerra! El turco renuncia a sus propósitos. Maltrechas sus naves han huído dispersadas.

MONTANO ¿Quién la noticia os dió?

OFICIAL 3 A nuestro puerto ha llegado una nave veneciana que presenció el desastre. Vino en ella Casio, el teniente del bizarro Otelo nombrado a gobernar la isla de Chipre.

MONTANO Justo es el nombramiento. Al noble Otelo he servido y es bravo, bueno y justo.

CASIO (Apareciendo.)
Gracias a los valientes que así ensalzan al general Otelo, que muy pronto

- quiera el cielo se encuentre entre nosotros.
 OFICIAL 2 ¿Qué ruido es ese?
 OFICIAL 3 (Entrando.) ¿No sabéis la nueva?
 El gentío hacia el puerto se dirige
 que un nuevo buque de llegar acaba.
 CASIO El de Otelo será. (Salva de artillería.)
 (A Montano.) Corred amigos
 y averigüad si es él quien ha llegado.
 (Salen dos oficiales.)
 MONTANO Decidme, ¿está casado el noble Otelo?
 CASIO Sí, ciertamente, y es la más divina
 mujer que vi jamás su dulce esposa.
 OFICIAL 1 (Apareciendo.)
 Llegó el gobernador. Yago, su alférez
 desembarcó primero conduciendo
 a la bella Desdémona...
 CASIO (A Montano.) La esposa
 de nuestro general.
 OFICIAL 3 Aquí se acercan.

ESCENA II

Dichos, DESDÉMONA, YAGO, EMILIA, RODRIGO y criados

- CASIO Bienvenida seáis, noble señora,
 y que el cielo os conceda tantas dichas
 como vos merecéis.
 DESDÉM. Gracias, oh Casio.
 CASIO Salud, alférez Yago.
 ¿Y vos, señora?
 (A Emilia, abrazándola.)
 Perdonad que así abrace a vuestra esposa
 YAGO No me duele, al contrario, y aseguro
 que si a vos pródigoara los abrazos
 como a mí los discursos enojosos
 compasión y no envidia a fe os tuviera.
 DESDÉM. ¡Oh qué calumniador! ¡Si apenas habla!
 YAGO Con vos señora, pero no conmigo.
 EMILIA Me injuriáis sin razón, injustamente.
 YAGO ¿Cuándo fué injuria la verdad, señora?
 Sois como en general son las mujeres,
 hermosas en la calle y a distancia,
 en un salón alegres cascabeles,
 en el hogar, al lado del esposo,
 como gatos salvajes peligrosas,

ángeles si injuriáis y endemoniadas
si no os dan la razón... Vuélvame turco
si hay exageración en lo que digo.

DESDÉM. Sois terrible, señor... Líbreme el cielo
de encargaros mi elogio...

YAGO Tal encargo
cumpliría muy mal... Soy torpe en ello,
pues criticar tan sólo sé.

DESDÉM Probemos ;
vuestro ingenio ha de hallar una alabanza
y la quiero escuchar de vuestros labios.
Vuestra opinión decid de las mujeres.

YAGO Un momento, señora. En ello pienso,
por más que cueste pergeñarlo. Oídmе :
Tiene lo que le hace falta
si es mujer bella y discreta :
para el goce, entendimiento ;
para el placer, su belleza.

DESDÉM. ¡ Digno elogio ! ¿ Y si es fea y juiciosa ?

YAGO No ha de faltarle la maña
si es aguda, aunque sea negra,
que basta para los hombres
hallar discreción en ella.

DESDÉM. Eso es peor. ¿ Y si es hermosa y tonta ?

YAGO Si es hermosa, considero
que ya no puede ser necia ;
y si lo es, ha de valerle
para tener descendencia.

DESDÉM. ¿ Y si además de tonta no es hermosa ?

YAGO No sé decir de ninguna
por fea y tonta que sea,
que no tenga tantas mañas
como una hermosa discreta.

DESDÉM. ¡ Funesto error ! A la que no merece
vuestros elogios, prodigáis loores.
¿ Qué diríais de aquella que reúne
todas las cualidades más excelsas
y a la que hasta sus mismos detractores,
no mencionan si no es para alabarla ?

YAGO Aquella que siendo hermosa
siempre fué aguda y discreta,

que pudiendo hablar se calla
y no ostenta su riqueza.
Aquella que a sus antojos
sabe poner continencia,
la que detiene sus odios
y perdona las ofensas,
que hace caudal de seguros
y el bien incierto desprecia,
la que a callar se decide
y se guarda lo que piensa,
la que nunca vuelve el rostro
al halago que la asedia...
Si tal mujer se encontrara...

DESDÉM. Decidme : ¿de qué os sirviera?

YAGO O de nodriza de idiotas
o de moza de taberna.

DESDÉM. Más no quiero escucharos ; sois injusto
con la mujer. No le hagáis caso, Emilia.
Mal consejero sois ¿no es verdad, Casio?

CASIO Ciertamente, señora. Siempre Yago
fué excelente soldado y mal poeta.

(Diríjense hacia el fondo. Casio ofrece la mano a Des-
démona, acompañándola.)

YAGO Desdichado galán. Tu cortesía
le sirve a maravilla a mis intentos.
Besas sus manos que tus galanteos
las redes han de ser para envolverte.

(Suenan el clarín.)

Se acerca el Moro ya...

Suenan clarines.

DESDÉM. Es Oteló, mi esposo.

CASIO Ved, ya llega.

ESCENA II

Dichos, OTELO y su séquito

OTELO ¡ Oh, mi bella Desdémona !

DESDÉM. ¡ Mi Oteló !

OTELO ¡ Cuánta dicha al hallarnos nuevamente !
Bendita la tormenta si tras ella

eres tú, dulce imagen de bonanza,
mensajero de calma y de ventura.
Soy feliz, tan feliz que si hoy muriera
la muerte para mí el cielo sería.

DESDÉM. ¿Por qué hablas de morir, esposo mío
cuando el amor nos junta y nos sonríe?

OTELO Mi adorada Desdémona, los cielos
al escucharte nuestro amor bendigan.
Un beso, amada mía. Juntos siempre
han de latir de amor los corazones.

(Abrazándola.)

YAGO ¡Qué concierto ejemplar de enamorados!
Por mi fe de hombre honrado yo te juro
que aflojaré las cuerdas que producen
esa bella y dulcísima armonía.)

OTELO Ven, Desdémona. Vamos al palacio.
Amigos míos terminó la guerra;
la flota turca pereció en la empresa
y sus naves huyeron dispersadas...
Serás feliz, esposa mía, en Chipre.

(Salen Oteló, Desdémona y el séquito.)

ESCENA IV

Dichos y RODRIGO

YAGO (A Rodrigo.)
Acércate, Rodrigo; pronto a prueba
te he de poner si eres valiente. Escucha.
Esta noche el teniente está de guardia
tú velarás también, que te interesa,
pues temo en gran manera que Desdémona
se enamoró de Casio... [na

RODRIGO ; Es imposible!

YAGO Imposible ¿por qué? ¿acaso ignoras
con cuánto ardor se enamoró del Moro
oyendo sus fantásticas patrañas?
¿Y crees, infeliz, que eternamente
ella estará pendiente de sus labios
sin apartar los ojos de ese monstruo
y sin buscar recreo a sus miradas?

y con su ausencia te hallarás bien pronto
más cerca del amor por que suspiras.
RODRIGO Así lo haré, si la ocasión me ampara.
YAGO Separémonos ya, que alguien se acerca.

(Vase Rodrigo.)

Ama Casio a Desdémona, no hay duda,
y por ella es quizás correspondido.
Del noble corazón del bravo Otelo
todo amor y ternura por su esposa
la paz he de turbar y al mismo tiempo
al saciar mi rencor y mi venganza
lograré su confianza y sus favores.

ESCENA IV

Dicho y un HERALDO, seguido de caballeros y gentes de armas.
Luego CASIO.

HERALDO (Leyendo una proclama.)
«Es voluntad del general Otelo,
que el triunfo alcanzado contra el turco,
se celebre con bailes y con fiestas,
permitiendo que abiertos esta noche
estén los sitios públicos y gocen
de entera libertad todas las gentes,
festejando también hoy su himeneo.
Proteja el cielo a nuestra heroica villa
y a nuestro digno general Otelo.»

(Vase el heraldo.)

YAGO (Se ha retirado junto a la puerta de la taberna con
Montano y otros. A Casio, que aparece.)

Bienvenido, teniente. Permitidme
apurar una jarra de este vino,
brindando a la salud del bravo Otelo
y de su esposa la sin par Desdémona.

CASIO Gracias, alférez Yago... Mas muy débil
siempre fué mi cabeza para el vino.

YAGO Nada temáis; el mío es excelente
y a la gloria de Otelo brindaremos;
negaros no podéis.

CASIO Consiento en ello,

mas bebí hace poco y trastornado
me encuentro ya.

MONTANO

Sentaos, mi teniente.

YAGO

(Escancia el vino a Casio. Brindando.)

Por la bella Desdémona, de Otelo
la enamorada y la feliz esposa.

CASIO

Por ella, que es la dama más perfecta.

YAGO

Por sus ojos, que abrasan como el fuego ;
por su voz, que despierta los amores.

CASIO

Son sus ojos de fuego ; pero en ellos,
más que amor, resplandece la modestia.

YAGO

Brindemos por Otelo, y quiera el cielo
que en brazos de su esposa, la ventura
en su casa se hospede eternamente.

(Brindan todos.)

Otra jarra, teniente...

CASIO

Gracias, Yago.

YAGO

Un cuartillo no más... Oíd la copla.

Choquemos nuestros vasos,

brindemos a compás ;

la vida del soldado

fugaz ha de pasar.

La muerte nos acecha,

cercana está quizás ;

¡ el vino nos aliente

si pronto ha de llegar !...

CASIO

Me place la canción.

MONTANO

A fe que es linda.

YAGO

La aprendí en Inglaterra, que es el pueblo
donde se bebe más... Son los tudescos,
flamencos y holandeses, gente parca,
comparados con él...

MONTANO

¡ Bendito pueblo !

CASIO

(Bebiendo.)

¡ A la salud del general, señores !...

YAGO

¡ Con mil amores !... ¡ Oh, brava Inglate-
(Recitando.)

rra !

Era un príncipe, Esteban, bravo y noble,

por sus calzas al sastre dió un doblón

y convencido de pagar el doble,

a grandes gritos le llamó ladrón.

Fué el mozo Esteban un galán famoso,

y tú a su lado un necio sin valer ;
la soberbia derriba a un poderoso,
más nunca al hombre fuerte en el beber.
CASIO Más que la otra esta canción me gusta.
YAGO ¿Queréis que la repita?

CASIO No ; pues creo
indigno de sí mismo a quien tal hace.
(Casio demuestra en su hablar desordenado, los efectos
del vino.)

Dios sobre todo ; bien está. Hay almas
que alcanzarán la salvación eterna,
y otras que no es posible que la logren.
YAGO Tenéis razón, amigo.

CASIO Por mi parte
no falto al general ni a ningún hombre
de valía, y así, espero salvarme.
YAGO Yo también, mi teniente.

CASIO Sí, lo creo.
Mas con permiso, que no ha de ser antes
que yo, ya que el teniente ha precedido
siempre al alférez. Bah, dejemos esto
y a nuestra obligación. Eh, caballeros,
no vayáis a creer que yo estoy ebrio.
Este mi alférez es ; esta es mi mano
derecha, esta mi izquierda. No, beodo
no estoy, me aguanto firme y claramente
me explico.

TODOS Sí, muy bien.
CASIO En este caso,
todo va como debe.

(Marchándose.) Caballeros,
no os creáis, no os creáis que estoy borra-
(Vase.) [cho.

MONTANO Vamos a la explanada a dar la guardia.
YAGO ¿Veis ese mozo que se aleja? César
una legión le hubiera confiado,
más le domina el vicio, y maravilla
es que éste se equilibre con sus dones,
de igual manera que en el equinoccio
la duración del día y de la noche.
Es un pesar, pues sin querer, podría
turbar la paz de Chipre en ese estado,

ya que Otelo entera su conlianza
ha puesto en él.

MONTANO Bebe muy a menudo.

YAGO La bebida es preludio de su sueño,
pues vería la aguja del cuadrante
girar dos veces, si su lecho acaso
no se meciera en rojo mar de vino.

MONTANO El general debiera no ignorarlo,
¿o es que aprecia de Casio las virtudes,
y a sus faltas los ojos cierra?

YAGO (A Rodrigo, que se le acerca.) (Dime,
¿qué sucede, Rodrigo? Anda, sigue
al teniente.) (Vase Rodrigo.)

MONTANO Es lástima que Otelo
confíe a un hombre, al que domina un vi-
tan incurable, plaza cual la suya. ¡cio
Es preciso que llegue a los oídos
del Moro, la verdad.

YAGO Yo, por mi parte,
me guardaré de hacerlo. Aprecio a Casio
y para corregirle, un sacrificio
hiciera de buen grado... Más decidme,
esos gritos, ¿qué son?

VOCES (Dentro.) ¡Favor! ¡Socorro!

ESCENA V

CASIO, persiguiendo a RODRIGO.

CASIO ¡Infame! ¡Miserable!

MONTANO Mi teniente;
¿qué ha sucedido?

CASIO ¡Que ese vil canalla,
de mi deber lecciones quiere darme!...
He de quebrar los huesos al bergante.

RODRIGO ¿Pegarme a mí?

CASIO ¿Aún a chistar te atreves?

MONTANO (Deteniéndole.)

Deteneos, teniente, yo os lo ruego.

CASIO Dejadme estar, si no queréis que os llegue
a vos la vez también.

MONTANO

Estáis beodo.

CASIO ¿Beodo yo? (Riñen.)

YAGO (A Rodrigo.) (Vete; toca a rebato.)

(Rodrigo se va.)

Teniente, caballero, deteneos.

¡ Por favor ! Vos, señor... Oíd, Montano.

¡ Buena la guardia está ! (Suena la campana.)

Pero, ¿quién toca la campana? Ved que vendrá la gente.
¡ Por el cielo os lo ruego ! ¡ Calma, Casio, o quedaréis sin honra para siempre !

ESCENA VI

Dichos y OTELO, que aparece por la puerta del castillo, con su acompañamiento.

OTELO ¿Qué es lo que pasa aquí?

MONTANO ¡ Mi sangre corre !

¡ De muerte estoy herido !

OTELO Basta, he dicho.

YAGO ¡ Teneos ! Vos, teniente y vos, Montano, ¿ olvidáis el lugar, vuestros deberes ?

¡ Qué ignominia ! El general os habla.

OTELO ¿Cuál es la causa que os movió a la lucha?

¿ Somos acaso turcos ? ¿ Nos tratamos como Dios a ellos mismos les prohíbe ?

Por Cristo, suspended vuestras querellas.

El que adelante un paso, por su vida tiemble, ya que le mato si se mueve.

Haced que cese el son de esa campana

que difunde el espanto por la isla,

y decidme qué pasa. Honrado Yago,

tú que pareces de mortal tristeza

afligido, por tu amistad, te ruego

que los motivos digas de la lucha.

YAGO Ah, lo ignoro. Se hallaban como amigos

hace un momento, y repentinamente,

como bajo el influjo de una adversa estrella, blanden ciegos los aceros.

No comprendo el motivo de una riña así.

OTELLO (A Casio.) ¿Cómo pudisteis olvidaros de vos, oh, Casio?

CASIO (Avergonzado.) Perdonad, no puedo hablar.

OTELLO ¿Y vos, Montano, cuyo porte digno, a pesar de vuestros cortos años el mundo celebraba? ¿Vos, que siempre fuisteis ejemplo de los buenos? Pronto, decid ¿qué es lo que os lanza a despojaros de tal reputación, logrando, en cambio, nombre de camorrista callejero? — Hablad.

MONTANO Estoy herido. Del suceso Yago os dará noticia. El sufrimiento me corta las palabras. Ni mis hechos ni lo que dije pueden acusarme, a no ser que punible el defenderse halléis.

OTELLO ¡Viven los cielos! Ya mi sangre ahuyenta sus mejores consejeros y la pasión pretende ser mi guía. Si contenerme ahora yo no logro y la mano levanto, de mis iras el peso sentiréis. Es necesario averiguar la causa del tumulto, por quién fué provocado y el culpable aunque fuese mi hermano, de mi afecto he de privarle. Ni que acaso el juicio perdiera todo el mundo por el miedo, en el recinto de una fortaleza sería disculpable armar quimera. Narra lo sucedido, Yago.

MONTANO (A Yago.) Oídmeme : si porque sois su amigo y compañero faltáis a la verdad, un buen soldado no sois.

YAGO Dejadme en paz. Preferiría, antes que causar mal a Casio, verme con la lengua arrancada ; mas presumo que al decir la verdad no he dañarle.

Escuchad, general : Aquí me hallaba hablando con Montano, cuando llega uno, pidiendo auxilio, perseguido por el teniente. El buen Montano entonces quiere calmar a Casio, yo me lanzo en seguimiento del que dió las voces, temiendo que sus gritos despertaran a las gentes, mas rápido se escurre y me desaparece. Torno aprisa, ya que oía el chocar de los aceros, y cuando llego, veo enfurecidos a Montano y a Casio acometiéndose, como vos los hallasteis... Nada puedo añadir a lo dicho. Son los hombres mortales, y por ello a errar propicios. Sin duda del que huía, grave ofensa hirió al teniente y soportar no pudo el ultraje.

OTELO

Conozco tu nobleza,
honrado Yago, y paliar pretendes
lo sucedido. (Dirigiéndose a Casio.)

Casio, aunque os aprecio,
de mi servicio debo separaros.
Lo sucedido servirá de ejemplo
y escarmiento. (Aparecen Desdémona y Emilia.)

DESDÉM.

OTELO

¿Qué pasa?

Nada, nada.

(A Montano.)

Vuestras heridas curaré yo mismo.

Tú, la ciudad entera ronda, Yago

y tranquiliza el ánimo de todos.

No me place que asuntos como este

turben tu dulce paz, esposa mía,

aunque ellos son achaques de mi vida.

(Montano, Oteló y servidumbre, vanse. Sólo permanece

en en escena, Casio, abatido profundamente, Yago,

que se le acerca, Desdémona y Emilia.)

ESCENA VII

CASIO, YAGO, DESDÉMONA y EMILIA.

- YAGO (A Casio.)
Teniente, ¿estáis herido?
- CASIO Sí, de muerte.
- YAGO ¡No lo permita Dios!
- CASIO (Desesperado.) ¡Mi honor! ¡Mi nombre!
¡Mi fama!... Todo, todo lo he perdido,
y sólo me ha quedado vil escoria.
¡Mi honor, Yago, mi honor!...
- YAGO ¡Bah!... Convencido
estaba yo de que os habían causado
una herida en el cuerpo. Con frecuencia
la fama, honor y nombre, son sutiles
añagazas a veces obtenidas
sin merecerlas. ¡Vamos! Medios sobran
para alcanzar del general la gracia.
- CASIO Si me acerco a pedirle que de nuevo
me reponga en mi cargo, ha de decirme
que un beodo yo soy. ¡Maldito vino!...
- DESDÉM. (Acercándose a él.)
No os apenéis, buen Casio. Yo os prometo
interceder por vos con mi marido.
(Yago entra en el castillo.)
- EMILIA Os lo ruego, señora. Este suceso,
como si fuera una desdicha propia
ha entristecido a Yago.
- DESDÉM. Os lo aseguro
Casio. Yo he de lograr que vos y Oteló
tornéis a ser amigos como siempre.
- CASIO Noble señora. Pase lo que pase
siempre vuestro seré. Mas mis temores
me inducen a creer que reemplazado
y ausente, mis afectos y servicios
olvide el general. (Yago aparece en la ventana.)
- DESDÉM. No temáis nada;
yo os afirmo que alcanzaréis de nuevo
el grado que perdisteis; siempre cumplo
aquello que prometo. De mi Oteló

turbaré yo el reposo ; ni un instante
le dejaré tranquilo, importunándole.
Su lecho será púlpito, su mesa
confesionario ; siempre a todo cuanto
intente yo opondré el nombre de Casio.

(Aparece Otelo en la ventana.)

— Y alegraos por fin, pues ya tan sólo
la protección que ahora yo os ofrezco,
puede haceros perder la dura muerte...

CASIO

(Retirándose, después de besarle la mano.)

¡ Dios os guarde, señora, Dios os guarde !

(Desdémona y Emilia entran en el castillo.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

sus excusas has de aceptar ; te ama sinceramente, y si obró mal es fruto de imprevisión más que de mala índole. No sé juzgar la faz del hombre honrado, mas perdónalo.

OTELO Dime, ahora mismo,
¿no te dejó?

DESDÉM. ¡ Oh ! sí y tan abatido,
que su dolor me llena de tristeza.
Debieras reponerlo, amado Oteló.

OTELO Hoy no, más adelante, esposa mía.

DESDÉM. ¿Será pronto?

OTELO Sí, sí.

DESDÉM. ¿Cuándo cenemos?

OTELO Aun no.

DESDÉM. Así, mañana, al mediodía.

OTELO No comeré contigo, que a esa hora,
junta en la ciudadela hay de oficiales.

DESDÉM. Pues mañana a la noche a bien el martes
temprano, al mediodía o por la noche,
o cuanto más el miércoles ; mas antes
de que trascurren los tres días. Fija
tú mismo el plazo ; puedo asegurarte
que se halla arrepentido y no es su falta
tan grave que no pueda perdonarse.
¿Lo harás presto? Responde. No concibo,
que algo puedas pedirme y al instante
no te conceda sin dudar. Recuerda
que te prestó su apoyo en tus amores,
que si yo por azar te censuraba
salía en tu defensa. ¡ Que me cueste
tantos ruegos lograr su perdón !...

OTELO Basta.
Que torne cuando quiera ; yo no puedo
negarte nada, nada.

DESDÉM. ¡ Me lo dices
de tal manera ! Si algún día quiero
una gracia para poner a prueba
tu amor, he de pedírtela que sea
tan llena de peligros y de obstáculos
que sin temor no puedas otorgármela
Nada puedo negarte ; mas te ruego

que un instante me dejes.
 DESDÉM. Dueño mío,
 adiós.
 OTELO Adiós, Desdémona. Un momento
 no más.
 DESDÉM. Vamos, Emilia. Como quieras ;
 es mi deber tan sólo obedecerte.
 (Vanse Desdémona y Emilia.)

ESCENA III

OTELO y YAGO

OTELO ¡ Oh mujer celestial ! Que no me alcance
 la eterna salvación si no te amo.
 Retorne al caos si dejo de adorarte.
 (Una pausa)
 YAGO Noble señor...
 OTELO Dime, ¿qué quieres, Yago?
 YAGO ¿Cuando vos pretendíais a mi dueña,
 vuestra pasión sabía Miguel Casio?
 OTELO Nada ignoraba. Mas ¿por qué lo dices?
 YAGO Para satisfacer a mi conciencia.
 OTELO ¿A tu conciencia, Yago?
 YAGO No sabía
 que ya se conocieran.
 OTELO Con frecuencia
 fué nuestro mediador.
 YAGO ¿De veras?...
 OTELO Cierto,
 sí, sí ; de veras. Dime ¿qué hay en ello?
 ¿No es un mancebo honrado?
 YAGO ¿Honrado?...
 OTELO (Afirmando) ¡ Honrado !
 Lo es ciertamente.
 YAGO No... yo no lo dudó.
 OTELO Dime, ¿qué piensas de él?
 YAGO ¡ Oh !... pienso, pienso...
 OTELO (Frenético)
 Pienso... pienso... ¡ Por Dios ! Parece mi
 [eco.

Como si se escondiera en su cerebro,
un monstruo que no puede a luz mostrar-
[se.

Algo me dejas comprender. No hace
un momento que oí cómo decías :
«¡ Ah, no me gusta esto !» al despedirse
el teniente de mi mujer. Di, pronto,
¿ qué es lo que no te gusta? Y cuando dije
que confidente fué de mis amores
«¿ De veras?» exclamaste con el ceño
fruncido, cual si dentro tu cerebro
una imagen horrible comprimieras.
Si me tienes afecto, no me ocultes
nada ; háblame claro, sin rodeos.
Sabéis, señor, que os quiero.

YAGO
OTELO

No lo dudo.

y por lo mismo, viendo que me quieres,
tus reticencias de temor me llenan.
Entre gente traidora son indicios
usuales ; mas en labios de hombre recto
denotan que su pecho está agitado
por sentimiento oculto que no puede
contener.

YAGO

Yo no dudo y juraría
que Casio es hombre honrado.

OTELO

Así lo creo.

YAGO

Los hombres han de ser lo que parecen,
y si no más valiera que no fueran
hombres.

OTELO

Sí, deben ser lo que aparentan.

YAGO

Por eso estimo a Casio como un noble
de recto proceder.

OTELO

En lo que dices
algo adivino oculto. Háblame claro
y expresa tus ideas más horribles
con las palabras que halles más odiosas.

YAGO

Perdonadme, señor. Ya sé que os debo
lealtad absoluta ; mas que llegue
hasta obligarme a hacer un sacrificio
que no puede imponerse ni a un esclavo,
no lo creo. ¿ Decir mis pensamientos?...
¿ Suponer que son falsos?... ¿ En qué alma

no ha dejado su rastro la impureza?
¿Dónde hallaréis un pecho tan virtuoso,
que tribunal no sea una vez sola
donde luchen astucias y virtudes?

OTELLO Intentando ocultar tus pensamientos,
contra tu amigo Casio, ahora conspiras.

YAGO Pueden ser mis juicios prematuros,
pues tengo el vicio de que siempre pienso
lo peor y mi desconfianza puede
las faltas inventar que no existieron.
Deciros francamente lo que pienso
a vuestra paz quizás no conviniera,
y menos a mi honor ni a mis deberes.

OTELLO ¡Oh! ¿qué quieres decir?

YAGO Señor, la fama
en la mujer lo mismo que en el hombre
es el mayor tesoro. El que me roba
mi bolsa, sólo adquiere un vil despojo
porque hoy es mía y mañana es de otros.
Mas aquel que me roba mi buen nombre
me quita lo que a él no le enriquece
y a mí me sume en la mayor miseria.

OTELLO ¡Por Dios, que he de saber tus pensa-
mientos!

YAGO No podríais, señor, aunque tuvieseis
mi corazón guardado en vuestras manos
y menos cuando aún yo soy dueño.

OTELLO ¡Ah!

YAGO De los celos defendeos, de ese
monstruo de turbios ojos que devora
el alimento que engendró. Dichoso
el engañado que no desconoce
su suerte y vive odiando al miserable
causa de su infortunio. Mas las horas
sólo tormento son para el cuitado
que adorando le roe amarga duda.

OTELLO ¡Ay de mí!

YAGO Rico es aquel que vive
contento en su miseria, y la opulencia
es un castigo para aquel que teme
tornarse pobre. Dios os guarde ahora
del terrible tormento de los celos.

OTELLO ¿Por quién hablas así? ¿Acaso crees
que viviría yo muerto de celos
y con nuevas sospechas cada instante?
No; cuando yo conciba alguna duda
habré tomado decisión suprema.
Fuera entonces pacífico cordero
si mi alma alimentara con quimeras
como esas que trazaste hace un momento.
No tendré celos porque a mí me digan
que mi esposa es hermosa, gasta lujos,
y le complace el trato de las gentes;
ni porque dance y cante diestramente.
Que cuando la mujer es virtuosa
su perfección adornan esas dotes.
Jamás cobijaré temor ni duda
de su fidelidad, porque me falte
a mí la gallardía, que ojos tiene
y me ha elegido. No, Yago, yo quiero
antes ver que dudar. Deseo sigan
las pruebas de la falta a mis recelos
y cuando esté probado, despojarme
del amor y los celos para siempre.

YAGO Me place que así sea. Desde ahora
podré sin inquietud manifestaros
todo el afecto y lealtad que os tengo.
No os hablaré de pruebas; mas oídmе:
A vuestra esposa vigilad y a Casio;
proceded con prudencia. No quisiera
dejarles abusar de vuestro recto
y noble proceder. Conozco a fondo
la manera de obrar de mis paisanos.
En Venecia se deja que contemple
el cielo muchas veces, ciertas cosas
que al esposo se ocultan. La conciencia
más que para evitarlas, de instrumento
sirve para encubrir las.

OTELLO ¿Es posible?

YAGO A su padre engañó cuando os tomaba
por esposo. Temblaba al contemplaros
con mentido pavor, cuando os amaba
más locamente.

OTELLO Sí, verdad tú dices.

- YAGO. La que tan joven supo ante los ojos
de su padre fingir, de tal manera
que él creía en hechizos... Mas ¿qué digo?
procedo indignamente y os suplico
perdonéis mis afectos excesivos.
- OTELO. Eternamente te estaré obligado.
- YAGO. Veo que mis palabras os conturban.
- OTELO. No tal, no tal.
- YAGO. Me había parecido...
Mas no deis importancia a lo que digo ;
tiene sólo el alcance de sospechas...
- OTELO. No, no le doy...
- YAGO. Porque si no, a un extremo
que no quiero pensar conduciría.
Cásio, señor... Os hallo conmovido...
- OTELO. Deja... No obstante creo que Desdémona
es honrada.
- YAGO. Siempre lo sea, y siempre
como tal la estiméis.
- OTELO. Mas tantas veces
el humano pensar es tornadizo...
- YAGO. Aquí está la cuestión : y francamente
rechazar como ha hecho tanto enlace
con gente de su patria igual en rango,
edad y posición... Todo ello indica
perturbación e inclinaciones raras.
Mas excusad, que no es precisamente
a ella a la que quiero referirme,
aunque accediendo a nuevas impresiones
caprichosas, cediera su juicio
y os comparara a vos con los galanes
de su país acaso arrepintiéndose
de su elección.
- OTELO. (Despidiéndole.) Adiós, Yago ; si sabes
alguna cosa avísame y encarga
a tu mujer que observe.
- YAGO. El cielo os guarde.
- (Va para salir.)
- OTELO. ¿Y por qué la he tomado por esposa?
Este hombre sabe más de lo que dice
y conoce los móviles humanos.

¿Quizá porque soy negro y mis costumbres
cortesanas no son, o porque acaso
ya que joven no soy me traiciona?
Poco me importa, que si es cierto, debo
para consuelo de mi mal odiarla.
Maldito lazo, si por él podemos
decir que nuestras son estas criaturas
sin ser los dueños de sus apetitos.
Antes prefiero ser reptil inmundo
que ver a otro, señor de mis amores.
De sí se mofa el cielo si ella es falsa,
y no puedo, no puedo yo creerlo.

ESCENA IV

Dicho, DESDÉMONA y EMILIA

DESDÉM. ¡Otelo mío! ¿Qué te pasa? Aguardan
la comida y los nobles insulares
que invitaste.

OTELO Sí, culpa mía ha sido.

DESDÉM. Que voz tan débil. ¿No estás bueno?

OTELO Siento
fuerte dolor, aquí, sobre las sienes.

DESDÉM. Es de velar. Pronto estarás curado.
Te pondré mi pañuelo. En una hora
te pasará.

OTELO Es pequeño tu pañuelo.

(Lo aparta, dejándolo caer al suelo.)

No te importe mi mal. Vamos, te sigo.

DESDÉM. Cuánto me desconsuela ver que sufres.

(Se van Oteló y Desdémona.)

ESCENA V

EMILIA. Después YAGO

EMILIA Me complace encontrar este pañuelo,
es el primer recuerdo que Desdémona

recibió de su esposo. Muchas veces mi marido pidióme que lo hurtara. Ella mucho lo quiere ya que Otelo la instó para que siempre lo llevara consigo, para hablarle y darle besos.

(Entra Yago.)

YAGO ¿Qué haces aquí sola?

EMILIA No me riñas.

Tengo una cosa para ti.

YAGO ¡Valiente

cosa será!

EMILIA ¿De veras?

YAGO Una esposa

sin juicio como esta que poseo.

EMILIA ¿Esto sólo? Di, ¿cuánto me darías por un pañuelo así?

YAGO ¿Por qué pañuelo?

EMILIA ¿Por qué pañuelo?... Por aquel que Otelo de amor en prenda regaló a su esposa, y que tú me pedías que robara.

YAGO ¿Se lo quitaste?

EMILIA No, se le ha caído.

Lo cogí aprovechando su descuido y aquí está.

YAGO ¡Oh, mujer incomparable, dámelo presto!

EMILIA Antes di qué intentas hacer con él, ya que con tanto empeño pretendiste alcanzarlo.

YAGO No te importa.

EMILIA Si no es para un objeto de importancia devuélvemelo al instante. Mi señora, loca se ha de tornar si no lo halla.

YAGO Guárdate que sospeche que tú has sido. Ahora vete.

(Vase Emilia.)

El Moro se transforma con mi veneno. Son una ponzoña terrible las sospechas, irritantes al paladar primero, y como azufre inflamado después dentro la sangre.

ESCENA VI

YAGO y OTELO

OTELO Serme traidora a mí, a mí...

YAGO Ya basta
general ; no debéis pensar en ello.

OTELO Déjame, aparta. Que por ti yo ahora
estoy en el tormento. Juro al cielo
que es mejor el vivir siempre engañado
a sospechar.

YAGO Vamos, señor.

OTELO ¿Qué supe
de su impureza? Ayer tranquilamente
reposaba feliz y no veía
besos de Casio encima de sus labios,
que no es robado el hombre aquel que ig-
[nora
su desdicha.

YAGO Pesar me causa oiros.

OTELO Feliz sería si a la hueste toda
su belleza ofreciera ; si a las turbas,
ignorándolo yo, diese su cuerpo.
Ya todo terminó, mas para siempre.
Adiós, oh dulce paz, tierna alegría ;
adiós el resplandor de las marciales
galas y vastas guerras, que trocadas
en virtudes tornáis las ambiciones.
Adiós relinchador corcel, vibrante
clarín guerrero y atambor sonoro.
Adiós, real bandera, desplegada
al viento ; adiós, cortejo esclarecido
de pompas y esplendores que acompañan
a la gloriosa lid. Adiós, vosotras,
oh máquinas mortíferas en cuyas
roncas gargantas pavoroso clama
el trueno, voz del prepotente Jove.
Para Oteló ya todo ha terminado.

YAGO ¿Es posible, señor?

OTELO Infame, pruebas,
pruebas de que me engaña, necesito

o por la salvación de mi alma, juro
que mejor te sería haber nacido
can miserable, que arrostrar mis iras.
¿Así os tengo que ver?

YAGO
OTELO

Haz que lo toque
o pruébalo al instante sin que pueda
albergar una duda, o con la vida
lo pagarás.

YAGO
OTELO

¡ Señor !...

Si-la calumnias
para darme tormento más no reces,
horrores sobre horrores precipita,
arranca llanto al cielo, al Universo
pasma, que no es posible ya que logres
acrecentar tu perdición eterna...

YAGO

¡ Oh cielos, protegedme ! ¿ Sois un hom-
[bre,
tenéis alma y sentidos ? ¡ Dios os guíe !
No olvidaré vuestra lección, ni amigos
tendré jamás, ya que la amistad causa
es de ultrajes como este.

(Va para salir; Oteló le contiene.)

OTELO

No, detente.

Por fuerza honrado eres.

YAGO

¡ Oh !... discreto
debiera ser.

OTELO

Tan pronto virtuosa
lo creo como no. Pienso que tú eres
honrado y al momento que me engañas.
¡ Quiero pruebas !... Su nombre que era
[puro
como la luna, ahora ennegrecido
como mi rostro me parece. Pruebas,
pruebas, Dios mío, pronto...

YAGO

¿ Deseáis pruebas ?

OTELO

No las deseo, las exijo.

YAGO

¿ Y cómo ?

Mas si hasta señor a contentaros
presunciones o indicios que conducen
a la verdad, entonces tendréis pruebas
si por tales las aceptáis.

OTELO

No fardes.

YAGO Prosigó pues : Hallábase acostado
anoche junto a Casio y no podía
el sueño conciliar ; dolor horrible
en el rostro impedíalo. Hay hombres,
que descubren soñando sus negocios
y Casio de estos es. Mientras soñaba
escuché que decía : «Mi Desdémona,
debemos ser prudentes», añadiendo
poco después : «Mi dulce amor, maldita
sea la suerte que te ha hecho esclava
del Moro».

OTELLO ; Horror ! ; Horror !

YAGO Mas era un sueño.

OTELLO Un sueño que revela un hecho cierto.
La despedazaré.

YAGO No, sed prudente.
Nada hemos visto. Aun puede ser honesta.
Mas decidme : ¿ella no poseía
un pañuelo, que vos le regalasteis,
cuyos bordados figuraban fresas?

OTELLO Yo se lo di. Fué mi primer presente.

YAGO Lo ignoraba, señor. Mas hoy he visto
que Casio se pasaba por el rostro
uno por el estilo y juraría
que es el de vuestra esposa.

OTELLO ; Ah, si lo fuera !

YAGO Si ese fuera u otro,
siempre prueba será para acusarla.

OTELLO Tuviera el miserable diez mil vidas
no me bastaran para mi venganza.
Veo que todo es cierto. Escucha, Yago,
así mi amor al aire vo disperso.

(Suspira fuertemente.)

Ya se fue. De tus antros tenebrosos
venganza, ven ; el solio y la corona
que tenías amor, dentro mi pecho
cede al odio. Dilátase mi seno
devorado por víboras hambrientas.

YAGO No, reportaos.

OTELO ¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre!

YAGO Sed prudente.

OTELO

¡ Jamás, jamás, oh Yago !

(Se arrodivilla.)

Así como las olas procelosas
y las frías corrientes del Euxino
sin detenerse avanzan con terrible
ímpetu y en el seno se despeñan
de la Prepóntida y del Helesponto,
así mis pensamientos sanguinarios
en rápida carrera se deslizan
y no refluirán a un vil afecto
hasta alcanzar una venganza inmensa.
Por el cielo inmutable ahora yo juro
la palabra cumplir que he pronunciado.

YAGO

No os levantéis aún. (Se arrodivilla.)

Por las eternas
luces del firmamento oíd : Por todos
los elementos que al entorno giran
oíd : Yago consagra aquí su mente,
manos y corazón, al ultrajado
Oteló, su señor. Por sanguinaria
empresa que le ordene, sus mandatos
acatará cumpliendo lo jurado.

OTELÓ

Acepto tus ofertas con el alma,
y al instante a probar yo voy tu afecto.
Haz que me digan antes de tres días :
« Casio no existe ».

YAGO

¿ Lo queréis ? ¡ Pues sea !
Murió mi amigo, mas que viva ella.

OTELÓ

¿ Ella ? ¡ Jamás ! Maldita sea, maldita.
Ven, sígueme al instante, que deseo
imaginar contigo la manera
de hallar el fin a su infernal belleza.

(Salen.)

ESCENA VII

Aparecen DESDÉMÓN y EMILIA. Después CASIO.

DESDÉM. Mas ¿ dónde habré perdido yo el pañuelo ?

EMILIA Señora, no lo sé.

DESDÉM. Mejor quisiera

haber perdido un bolso lleno de oro.
Fortuna es que mi señor Oteló
sea de alma leal e inaccesible
a los bajos recelos del celoso.

EMILIA
DESDÉM.

¿No lo es?
¡Qué ha de ser! El sol ardiente
de su país, le depuró la sangre
de estas pasiones.

(Entra Casio.)

Bienvenido, Casio.

¿Qué novedad os trae?

CASIO

Lo de siempre,
señora. Y os suplico humildemente
que vuestra intercesión logre que alcance
nuevamente el afecto del que quiero
con el alma.

DESDÉM.

No es propicio el día
para mis peticiones, que mi esposo,
no es hoy mi esposo, y si cambiada viera
su faz como su genio, ni yo misma
le conociera ya. ¡Guárdeme el cielo!
que por vos he rogado lo indecible
y contra mí airado se ha revuelto.
Debéis tener paciencia. Cuanto pueda
haré por vos, y más de lo que osara
hacer para mí misma; estad seguro.
Volveré a hablarle. Retiraos, Casio.
Si le hallo propicio, yo de nuevo
renovaré mi pretensión y mucho
será que no lo alcance.

CASIO

(Retirándose.)

Os doy, señora,
mis más rendidas gracias.

DESDÉM.

(A Emilia.)

Son, sin duda,
los públicos negocios lo que turba
su ánimo. En tal caso, siempre ocurre
que la cólera encienden las más leves
pequeñeces, por más que preocupado
el hombre se halle por una alta empresa.
El cielo quiera que acertéis, señora,
y que le preocupen los asuntos
del Estado y no vanas quimeras
de celos contra vos.

EMILIA

DESDÉM.

Nunca yo he dado

motivo.

EMILIA No se entiende de razones como estas quien los tiene. Si es celoso, lo es porque es celoso. Que los celos son monstruo horrible que a sí mismo en- y de sí se alimenta. [gendra

DESDEM. Dios proteja
el corazón de Otelo de tal monstruo.

EMILIA ; Así sea !

ESCENA VIII

Dichas y OTELO, seguido de YAGO.

DESDÉM. (Adelantándose a su encuentro, Yago y Emilia permanecen en el fondo.)

mejor? Señor, dime, ¿te encuentras

OTELLO Sí, dulce amiga. (¡ Cuánto cuesta fingir !) ¿ Y tú ?

DES DÉM. Yo, bien.

OTELLO ; Dame la mano !

¡Qué mano tan suave! (Acariciándosela.)

DESDÉM. No ha sufrido
los rigores del tiempo ni las penas.

OTELLO Fecundidad indica y generoso
corazón. Es ardiente, ardiente y suave.
Exige menos libertad ; ayunos
y rezos ; penitencias y piadosos
ejercicios, que en ella hay un demonio
propenso a sublevarse. Buena mano,
mano franca...

DESDÉM. Lo es, puedes decirlo,
pues ella fué la que te entregó un día
mi corazón.

OTELLO. Es liberal. Un tiempo
las manos regalaban corazones.
Hoy no se pide tanto, basta sólo
con las manos.

DESDEM. No entiendo lo que dices.

Cumple lo prometido.

OTELO

Dueña mía,

¿qué es lo que prometí?

DESDÉM.

He dicho a Casio

que venga para hablarte.

OTELO

Me atormentan

fuertes dolores. Dame tu pañuelo.

DESDÉM.

Toma, señor.

OTELO

No, el otro ; aquel que un día
te regalé.

DESDÉM.

¡ Oh, no lo tengo !

OTELO

¡ Cómo !

¡ Desdicha grande ! Piensa que el pañuelo
lo regaló a mi madre una gitana
diestra hechicera, que leer sabía
los pensamientos de los corazones.
Dijo que mientras ella lo guardara,
mi padre viviría encadenado
a su amor. Más si acaso, descuidada,
llegase ella a perderlo o regalarlo,
sería despreciada eternamente
por él, que en busca de pasiones nuevas
se lanzaría. Al morir mi madre
me lo entregó, diciendo, que si el hado
a una mujer me unía, se lo diese.
Tal hice yo. Medita en ello. Guárdalo
como las niñas de tus ojos ; piensa
que si lo regalaras o perdieras
causarías desgracia irreparable.

DESDÉM.

¿ Será posible ?

OTELO

Como yo lo digo.

Su tejido encierra un poder mágico.
Una sibila que contó doscientas
vueltas del sol, tejiólo entre furores
proféticos. La seda, de gusanos
sagrados fué, y un bálsamo, extraído
con arte magistral, de corazones
de vírgenes, sirvió para teñirlo.

DESDÉM.

Lo que dices ¿ es cierto ?

OTELO

Y que no admite

duda. Cúidalo, pues.

DESDÉM.

¡ Pluguiera al cielo

que mis ojos jamás lo hubieran visto !
 OTELO ¿Qué dices?
 DESDÉM. ¿Por qué me hablas de esta suerte?
 OTELO ¿Lo has perdido? Responde. ¿No lo tienes ya en tu poder?
 DESDÉM. ¡El cielo me proteja !
 OTELO ¡Cómo !
 DESDÉM. Perdidó no, mas sí lo fuera...
 OTELO ¡Ah !
 DESDÉM. No se me ha extraviado. Insisto en ello.
 OTELO Ve a buscarle. Preciso es que lo vea.
 DESDÉM. Pudiera sí, mas no en este momento, que así pretendes eludir mi ruego.
 Escucha, debes reponer a Casio.
 OTELO ¡El pañuelo !...
 DESDÉM. ¡Por Dios ! ¡ Habla de Casio !
 OTELO ¡El pañuelo !...
 DESDÉM. Un hombre que ha fundado su fortuna en tu afecto ; que a tu lado compartió los peligros...
 OTELO ¡El pañuelo !...
 DESDÉM. Pues es tuya la culpa...
 OTELO (Fuera de sí.) ¡¡ Vete, vete !!
 — (Ella sale llorando, apoyándose en Emilia. Pausa. Yago se adelanta.)

ESCENA X

YAGO y OTELO

YAGO ¿Qué decís de ello?
 OTELO Yo, ¿qué digo?
 YAGO Vamos,
 es pecado venial. Si yo a mi esposa doy un pañuelo...
 OTELO Sigue.
 YAGO Nada. Es suyo y como tal bien puede regalarlo a quien guste.
 OTELO También su honor es suyo ¿y puede darlo acaso?

YAGO

Es una ciencia invisible el honor. Muchas parecen tenerlo y no lo tienen. Mas tornando al pañuelo...

OTELO

Quisiera no acordarme de ello. Me dijiste que se hallaba en las manos de Casio...

YAGO

Mas ¿qué importa?

OTELO

¿Lo hallas justo?

YAGO

¿Qué haríais si os dijese que le he visto ultrajaros ; mejor dicho, que yo le oí decir que así lo hizo? Porque los hombres son tan miserables que no les basta seducir, a veces a las mujeres, con pesados ruegos, y hablan después de haberlas conseguido.

OTELO

¿Es que ha dicho?... .

YAGO

Sí ; mas yo os aseguro que ha de negarlo todo.

OTELO

Mas, ¿qué dijo?

YAGO

Pues bien, pardiez, que había ya alcan-
[zado...

OTELO

(Lanza un grito y lo sujeta por un brazo.)

YAGO

Con ella o de ella... Cómo más os guste.

OTELO

(Fuera de sí.)

¿Con ella o de ella? ¡ Así es como sabemos cuándo nos venden ! ¡ Vil miseria ! ¡ An-

[tes
confiese y que le ahorquen por su hazaña !

¡ O que lo maten antes y declare después ! Tiemblo al pensarlo. ¡ Sus pala-

[bras
no son lo que me agita ! ¡ Son sus ojos,

sus labios, sus mejillas !... ¡ Es posible !... -

¡ El pañuelo !... Luzbel... ¡ Ah, qué con-
[fiese !

(Cae retorciéndose en horribles convulsiones. Yago lo contempla satisfecho.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Un salón en el palacio de Otelo

ESCENA PRIMERA

ÓFELIO sentado junto a la mesa; a su lado, YAGO

YAGO ¿Cómo va, general? ¿En la cabeza
os heristeis quizás?

OTELLO ¿Quieres burlarte de mí?

YAGO No, por el cielo. Mas quisiera ver cómo la desdicha, virilmente soportáis.

(OTELLO) ; Su vileza ha confesado !

YAGO Tened valor, señor. Pensad que todo hombre que peina barbas, está expuesto si se casó, a uncirse al mismo yugo que arrastráis vos. Millones de infelices, se acuestan en un lecho mancillado y jurarian que ellos son los únicos dueños. Es vuestro caso todavía mejor, que no es igual que acariciemos a la impura creyéndola sin mancha, siendo juguete del diablo. Vale más para mí saberlo todo ; entonces ya sé quién soy y sé también la suerte que ha de tener la que manchó mi honra.

OTELLO Eres discreto ; dices bien.

OTELLO Êtes discret ; dites bien.
YAGO Dejadme

solo un momento y escuchad, oculto desde allí. Cuando ha poco, el sufrimiento os trastornó, y medio loco al suelo caísteis, llegó Casio. Que se fuera le supliqué, diciéndole que torne después, ya que con él me convenía hablar. Lo prometió. Vos ocultaos, y observad sus sonrisas y ademanes desdeñosos, la cínica ironía de su rostro, cuando la historia toda me repita, diciendo cómo y cuándo, se ha visto con Desdémona, las veces, una por una, y dónde ellos de nuevo se han de encontrar. Oíd atentamente y conteneos; contemplad con calma su semblante. Si no, ved que os tendría por un hombre de poco temple.

OTELLO

Yago,

iguales mi paciencia y mi cordura
serán a mi venganza.

YAGO

Calma ahora

Retiraos, ya llega...

(Otelo se oculta detrás del tapiz de una puerta. Entra Casio.)

ESCENA II

YAGO, CASIO y OTELO

YAGO

Bienvenido,

teniente. ¿Cómo os va?

CASIO

Mal, ya que el título

que me dais, es mi muerte sin tenerlo.

YAGO

Suplicad a Desdémona

(A media voz.)

Si el caso

dependiese de Blanca, vuestro pleito pronto se fallaría...

CASIO

(Riendo.)

¡Pobrecilla !...

OTELLO

(Ya se ríe.)

YAGO

Jamás he visto una
mujer que quiera tanto.

- CASIO Sí, en efecto.
Parece que me quiere.
- OTELLO (Débilmente
lo niega y se sonríe.)
- YAGO Oídme, Casio.
OTELLO (Le ruega que otra vez cuente la historia.
Sigue. Bien dicho, bien.)
- YAGO La voz corría
de que con ella ibais a casaros.
- CASIO (Riendo.) Ja, ja.
OTELLO (Ahora triunfas, ¿dí, romano?...)
- CASIO ¿Casarme yo con ella? ¡Bah!... Os su-
[plico
que forméis opinión más favorable
de mi juicio y no creáis que enfermo
se halle de tal suerte.
- OTELLO (Los que ganan
deben reír.)
- YAGO La gente así lo afirma.
(Casio se ríe otra vez.)
- CASIO ¿Queréis decir?
- YAGO ¡De veras! (Casio ríe.)
Y tenedme
por amigo traidor si es que ahora miento.
OTELLO (¿Echaste ya la cuenta de mis días?)
CASIO Eso lo dice la muchacha. A ello
su vanidad le lanza y su cariño
sin que jamás le hiciese yo promesa
alguna.
- OTELLO (Veo que me hace señas Yago.
Empieza ahora la historia.)
- CASIO A todas partes
me sigue la infeliz. Hace un momento
vino hasta aquí. Hallábame hace días
conversando con unos venecianos
a la orilla del mar cuando de pronto
llega y se me abalanza; echa sus brazos
entorno de mi cuello, así... (Lo hace.)
- OTELLO (Exclamando:
¡Querido Casio!... así sus ademanes
lo demuestran.)
- CASIO Colgada de mis hombros

llora, quiere arrastrarme, se me lleva...

OTELLO (¡Ahora le cuenta cómo ella le invita a mi alcoba!... Veo tu faz odiosa mas no los perros que han de devorarla.)

CASIO Otro remedio no hay que separarme de ella. Me importuna demasiado. Le di un pañuelo que en mi propia estan-
[cia

he hallado y me lo torna hace un instante diciendo: ¿Pretendéis hacer creerme que por casualidad vos lo encontrasteis? El don será de una querida vuestra ¿y suplicáis que uno semejante yo borde? ¡Devolvedselo a su dueña!

(Ha sacado el pañuelo para mostrarlo a Yago.)

OTELLO (¡Vive Dios! Si parece el mío.)

CASIO me ha invitado a cenar. Luego

YAGO ¿Iréis?

CASIO Sí, pienso hacerlo.

YAGO Puede ser que vaya a veros
allí. Os he de hablar.

CASIO Pues os espero.

¿Vendréis?

YAGO Sí, andad, andad ; no hablemos de ello.

(Vase Casio, en seguida se adelanta Otelo.)

OTELLO ¿Cómo lo mato, Yago?

YAGO ¿No observasteis
cómo en su crimen se regocijaba?

OTELLO ; Oh, Yago !...

YAGO Y el pañuelo, ¿no lo visteis?

OTELLO ¿Era el mío?

YAGO El vuestro. Yo os lo juro.
Ya sabéis cómo apreciaba a vuestra esposa.
Le da el pañuelo y él se lo regala
a su querida.

OTELLO Lo estaría matando
nueve años... Una mujer tan bella,
tan inocente y dulce.

YAGO ; Bah ! Es preciso
 olvidar todo eso.

OTELLO

Que hedionda
su carne se desprenda ; que perezca
hoy mismo y se condene. No es posible
ya dejarla vivir. Tornóse piedra
mi corazón, y cuando lo golpeo
hiere mi mano. ¡ Oh !... Y en todo el mun-
no se hallaría una mujer más dulce [do
ni que mejor partir pudiera el lecho
con un emperador, leyes dictándole.

YAGO

El mismo vos no sois.

OTELLO

Maldita sea.
¡ Sí ! ; mil veces, mil veces ! Necesito,
Yago, que me procures un veneno.
No quiero hablar con ella. Sus encantos
quizás trastornarían mis sentidos.
Esta noche será.

YAGO

Yo os aconsejo
que no la envenenéis. Mejor sería
ahogarla sobre el lecho que ha infamado.
Me place tu justicia.

OTELLO

YAGO

En cuanto a Casio,
yo me encargo. (Suenan clarines lejanos.)

OTELLO

YAGO

¿ Oíste ?
De Venecia
serán noticias. (Vase Oteló)

ESCENA III

YAGO y RODRIGO

YAGO

¡ Hola, bienvenido !

RODRIGO

No te portas conmigo como debes.

YAGO

¿ Qué pruebas tienes de ello ?

RODRIGO

Me entretienes
a cada instante con proyectos nuevos,
y me apartas de aquello que deseo
sin darme la más mínima esperanza.

YAGO

¿ Quieres oírme ?

RODRIGO

Demasiado lo hice.

YAGO

Me acusas sin derecho. Oye : Llegaron
mensajes de Venecia en que se ordena

hallé malicia, y cuanto ellos se han dicho
he oído.

OTELLO ¿Nunca en secreto hablaron?

EMILIA Nunca.

OTELO ¿Ni te mandaron retirarte?

EMILIA Jamás, señor.

OTELO ¿Para traer sus guantes,
el abanico o su antifaz acaso?

EMILIA No.

OTELLO Es singular.

EMILIA Creedme, señor mío,
es honrada; mi alma apostaría.
Si creéis otra cosa, esas ideas
que os perturban, lanzad de vuestra men-
Al miserable que os inspiró dudas, [te.
la maldición de Dios a la serpiente
alcance. Si no fuera fiel y honrada
en el mundo no existe hombre dichoso,
y la mujer más santa, es más impura
que la calumnia más abominable.

OTELLO Dile que venga. (Yase Emilia.)

Bien la ha defendido,
que de no hacerlo, no sería buena
tercera... Mas, no obstante, yo la he visto
que suplicaba al cielo, arrodillada.

ESCENA V

Dicho, DESDÉMONA y EMILIA.

DESDÉM. ¿Qué me mandas, señor?

OTELLO Llega, amor mío.

DESDEM. ¿Qué deseas de mí?

OTELLO Verte los ojos.

DESDÉM. ¿Qué terrible capricho es este?

OTELLO (A Emilia.) Vete

mujer a tus quehaceres ; deja solos a los amantes. Cierra bien la puerta y si alguno se acerca, tose o canta.

(Vase Emilia.)

DESDÉM. De rodillas suplico que me digas
por qué me hablas así. De tus palabras
comprendo yo la ira, y su sentido

no puedo comprender.

OTELO Dime : ¿quién eres?

DESDÉM. Soy tu esposa, señor, tu esposa amante y fiel.

OTELO Júralo pronto y al infierno condénate después y así no ocurra, que arrebatarte teman los diablos, tan parecida viéndote a los ángeles. Para que doblemente te condenes jura que eres honrada.

DESDÉM. ¡ Dios lo sabe !

OTELO ¡ Sabe que eres más falsa que el infierno !

DESDÉM. ¡ Falsa, señor !... ¿ A quién ? ¿ Con quién ?

¿ Y cómo ?

OTELO ¡ Oh, Desdémona ! ¡ Vete, vete ! ¡ Lejos !

DESDÉM. ¡ Hora funesta ; oh, cielos !... Dime, dime, ¿ por qué lloras ? ¿ Acaso soy la causa de tu llanto ? Aquello que te aflige a mí también me hiere.

OTELO Si quisiera probarme el cielo a fuerza de desgracias ; si sobre mi cabeza mil pesares y oprobios arrojara ; si me hubiera sumido en la miseria más terrible ; si mi cuerpo ligara con cadenas y cautivas mis dulces esperanzas yo viese, siempre en mi alma encontraría algún pequeño resto de consuelo. ¡ El ser objeto vil donde dirige todas sus flechas el escarnio torpe !... Aun quizás llegaría a soportarlo. Mas que yo pueda ver donde concentro acumulados todos mis afectos mejores, donde debo por la fuerza vivir o hallar la muerte, y que la fuente de donde manan todas mis delicias agotóse o es una impura charca donde rebullen los inmundos sapos... Que llegue este ángel de rosados labios al que llaman paciencia, que sus ojos dirija a una visión tan espantosa, y veremos si no trueca en horrible

la expresión de su rostro tan hermoso.
 DESDÉM. Confío en que tú siempre me has tenido
 por pura y virtuosa.

OTELLO Como a estos
 insectos que al estío acuden todos
 sobre la carne muerta. Vil arbusto
 de exquisita belleza y cuyo aliento
 envenena el sentido... dime, dime,
 ¿por qué naciste?

DESDÉM. ¡Oh! dime, ¿qué crimen
 he cometido, sin saberlo?

OTELLO ¿En este
 blanco papel, en libro tan hermoso,
 cómo puede leerse esta palabra :
 «adúltera»? Mujer, mujer, ¿qué has he-
 [cho,
 que al hablar de tus actos, mis mejillas
 fraguas se tornan y mis miramientos
 redúcense a cenizas? ¿Me preguntas
 qué has hecho? El cielo mismo a tus pa-
 [labras
 se empaña, y su rostro avergonzada
 la Luna oculta, y el lascivo viento
 que acaricia cuanto a su paso encuentra,
 se abisma en las entrañas de la Tierra.
 ¿Y aun osas preguntarme lo que has he-
 DESDÉM. Me acusas sin motivo. [cho?

OTELLO ¿Es que no eres
 una vil meretriz?

DESDÉM. No; te lo juro
 por mi fe de cristiana. Si guardarme
 para mi dueño, libre del contacto
 de otras manos impuras, es no serlo,
 no soy lo que tú dices.

OTELLO ¿No lo eres?

DESDÉM. ¡No; lo juro por Dios!...

OTELLO ¡Será posible!...

DESDÉM. ¡Quiera el cielo apiadarse de nosotros!

(Suenan trompetas dentro.)

OTELLO Siendo así, te suplico me perdones.
 Te creía la astuta cortesana
 de Venecia que fué mujer de Otello.

ESCENA VII

Dichos, LUDOVICO, YAGO y acompañamiento.

LUDOVICO ¡ El cielo os guarde, general !

OTELO Por siempre.

LUDOVICO Os saludan el dux como el Senado
por mi boca. (Le entrega un pliego.)

OTELO Y beso yo este pliego
donde llegan sus altas voluntades.

DESDÉM. (A Ludovico, conteniendo su emoción.)

¿Qué noticias traéis, querido primo?

YAGO Sed bienvenido a Chipre. Gozo al veros.

LUDOVICO ¡ Oh, gracias !... ¿Y el teniente Casio?

YAGO ¡ Vive !...

DESDÉM. De mi esposo, cruel desavenencia
lo mantiene alejado ; espero, primo,
que vos lo arreglaréis.

OTELO ¿Así lo esperas?

DESDÉM. ¡ Señor !...

OTELO (Leyendo.) «Y lo que nos aquí ordenamos
cuidaréis de cumplir.»

LUDOVICO (A Desdémona.) Con vos no hablaba,
proseguía leyendo. ¿Mas, riñeron
Casio y Oteló?

DESDÉM. Sí, y me gustaría
reconciliarlos, por el mismo afecto
que tengo a Casio.

OTELO ¡ Ira de Dios !

DESDÉM. ¡ Esposo !

OTELO ¿Estás en tu juicio?

DESDÉM. (A Ludovico.) ¿Qué le pasa?

LUDOVICO Quizá le irrite lo que allí le dicen,
pues le previenen que a Venecia torne,
y Casio ocupe su lugar.

DESDÉM. Me place.

OTELO ¿De veras?

DESDÉM. ¡ Oh, señor !

OTELO Y a mí me place
hallarte loca.

DESDÉM. ¡ Mi querido Oteló !

OTELO ¡ Lucifer ! (Golpeándola.)

- DESDÉM. (Llorando.) ¡Yo jamás he merecido
que me trates así!
- LUDOVICO (Interviniendo.) Nunca en Venecia
se creyera un suceso como este,
aunque con juramento lo afirmara.
Reparad vuestra falta; ved su llanto.
- OTELLO ¡Oh, Lucifer! ¡Oh, Lucifer! Si el llanto
de una mujer regara el Universo,
cada gota un caimán se tornaría.
Aparta. (A ella.)
- DESDÉM. (Yéndose.) Sí, me voy, ya que mi vista
te causa enojo.
- LUDOVICO Dama más humilde
no se hallara en verdad. Señor, os ruego
que la llaméis.
- OTELLO ¡Mujer!
- DESDÉM. ¿Qué es lo que ordenas?
- OTELLO (A Ludovico.)
¿Qué la queréis?
- LUDOVICO ¿Yo?
- OTELLO ¡Vos! ¿No me dijisteis
que la llamara? Sí, bien presto torna
y retorna otra vez; y llora, llora
señor, y ella es sumisa, muy sumisa.
¡Sigue llorando! (A Desdémona.)
(A Ludovico.) Y vos, por lo que dicen
en estos pliegos... (¡Qué terrible pena
tan bien fingida!) en ellos me dan orden
de tornar a Venecia y yo la acato.
Iré a Venecia.
(A Desdémona.) ¡Vete, vete; déjame!
(A Ludovico.)
Den a Casio mi cargo; mas espero
que esta noche vos cenaréis conmigo.
Sed bienvenido en Chipre... ¡Miserables!
¡Maldición, maldición! ¡Traidores! ¡Ji-
míos!
- (Vase. Todos permanecen suspensos y admirados.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

Una alcoba en el palacio. Al fondo, el lecho; una lámpara encendida ilumina la estancia.

ESCENA PRIMERA

DESDÉMONA y EMILIA

- EMILIA Parece que se halla más tranquilo.
DESDÉM. Me ha dicho que me acueste, pues volvía al instante. También me dió el encargo de despedirte cuando esté servida.
- EMILIA ¿Despedirme?... ¿por qué?
DESDÉM. Me lo ha ordenado. Así pues, buena Emilia, dame presto mi ropa de dormir, que no quisiera contrariarle, y adiós.
- EMILIA Pluguiera al cielo que jamás a tal hombre conocierais.
DESDÉM. ¡Oh, no, Emilia! Todas las perfecciones en él halla mi amor. Su adusto ceño, su terquedad y su terrible cólera, aun aquilatan más sus perfecciones a mis ojos. Descíñeme.
- EMILIA Se hallan sobre el lecho las sábanas.
DESDÉM. ¡Dios mío!... Es igual; ¡mas a veces nos asaltan unos caprichos!... Si muriese, acaso,

- antes que tú, quisiera que mi cuerpo
amortajes en una de esas sábanas.
¡ Callad, por Dios !
- EMILIA Tenía una doncella
DESDÉM. que se llamaba Bárbara, mi madre.
Tuvo amores ; tornóse el novio loco
y la dejó. Una canción sabía,
vieja canción acorde con su pena ;
cantándola murió. Me es imposible
olvidarla esta noche ; mi cabeza
se inclina y como Bárbara yo canto...
Abreya, por favor.
- EMILIA ¿ Queréis la bata ?
DESDÉM. No ; suéltame el vestido... Ludovico
es discreto.
- EMILIA Y amable.
DESDÉM. Muy bien habla.
EMILIA Una dama en Venecia he conocido,
que a pie descalzo iría a Palestina
por alcanzar un beso de sus labios.
- DESDÉM. (Va cantando, mientras Emilia la desnuda.)
*Sentada a la sombra del sauce, la niña,
canta, verde sauce,
su rostro en las manos llorando escondía.
canta, sauce, sauce.
Repite sus ayes la rauda corriente,
canta, sauce, sauce,
la roca más dura su llanto enternece.
canta, sauce, sauce...*
Vendrá al momento ; guárdame esta ropa.
De tus verdes hojas corona he de hacer-
No sigue así... ¿ Llamaron ? [me.
- EMILIA Es el viento.
DESDÉM. *De mi amante nadie culpe los desdenes,
canta, sauce, sauce.
De falso le acuso y me ha contestado,
canta, sauce, sauce...*
que muchos te adoren, si muchas he ama-
[do.
¡ Vete ya ; buenas noches ! ¡ Oh, me escue-
los ojos y es señal dicen de llanto ! [cen
- EMILIA Dejad que digan.

- DESDÉM. Dime, dime, Emilia :
¿crees tú que hay mujeres tan infames
que vendan de ese modo a sus esposos?
- EMILIA ; Y no ha de haberlas !
- DESDÉM. ¿Todo el Universo
te induciría a tal bajeza?
- EMILIA ¿Acaso
os indujera a vos?
- DESDÉM. No ; te lo juro
por la luz de esos astros.
- EMILIA No lo hiciera
yo tampoco a su luz, mas en tinieblas...
- DESDÉM. ¿Por todo el mundo acaso cometieras
tal acción?
- EMILIA Es el mundo una gran cosa ;
gran beneficio, para leve falta.
- DESDÉM. No creo lo que dices.
- EMILIA Si lo hiciera,
deshaciéndolo luego... ; mas os juro,
que no pecara por una sortija
o un pedazo de lienzo, por vestidos
tocas o encajes ; valen poca cosa.
; Mas por el mundo entero !... ¿Quién no
[infama,
a su esposo, si ha de alcanzar con ello
un trono para él? Corriera el riesgo
de condenarme obrando de otra suerte.
- DESDÉM. El cielo me maldiga si llegase
a turbarme esta idea.
- EMILIA Si tenía
el mundo en mi poder, la falta nadie
podría echarme en cara.
- DESDÉM. No, no creo
que exista una mujer capaz de tanto.
- EMILIA No una sino muchas ; suficientes
para llenar el mundo. Mas yo creo
que es culpa del marido si ellas pecan,
ya porque él faltaba a sus deberes,
o arrojó su tesoro en mano ajena,
o ardiendo en unos celos miserables
a la esposa oprimiendo la golpea,
inquiriendo indiscreto en su pasado.

Han de saber que no somos palomas sin hiel y que también place a nosotras la venganza ; que tanto como ellos, somos inteligentes ; que como ellos distinguimos lo dulce de lo amargo. ¿ Por qué por otras nos olvidan ? ¿ Sólo es diversión ? ¡ Quizás ! ¿ Por acicate de la pasión ? ¡ Quién sabe ! ¿ Es que son

[frágiles?

¡ Pudiera ser ! ¿ Mas, no somos nosotras divertidas, apasionadas, frágiles como ellos ? Pues obren con prudencia, que si llegamos a pecar, sus faltas son de nuestros pecados el origen.

DESDÉM.

(Ya en el lecho, corriendo las cortinas.)

Buenas noches, Emilia, buenas noches. Nunca 'nos sirva la maldad ajena para imitarla ; sírvanos de ejemplo, para aumentar nuestras virtudes todas.

(Vase Emilia, cerrando la puerta ; la escena queda sola un largo espacio. Duespués entra Oteló.)

ESCENA II

OTELÓ y DESDÉMONA

OTELÓ

¡ Esta es la causa, corazón ; la causa que jamás os diré castas estrellas ! Mas yo no quiero derramar su sangre ni lacerar su piel, su piel suave como una estatua de alabastro. Y debo morir para que a otros no traiciones por mucho que me pese. Estas dos luces apagaré : la lámpara primero, después tu luz. (Por Desdémón.)

(Por la lámpara.) Si ahora yo te apago fiel servidor, mis manos cuando quiera te tornarán a vida.

(Por ella.) Mas si extingo tu llama ¡ oh la obra más perfecta que la Naturaleza crear pudo !

¿dónde de Prometeo hallaré el fuego
que puede reanimar tu luz espléndida?
Si la rosa yo arranco de su tallo,
¿cómo aliento vital podré de nuevo
comunicarle? La veré marchita
sin remedio. Su dulce aroma ansío
aspirar en el cáliz.

(La besa.)

Dulce aliento,
a la misma justicia persuadieras
logrando que su aguda espada quiebre.
¡ Otro beso !... ¡ Otro aún ! Si permaneces
así como te miro, cuando muerta,
la vida he de quitarte, solamente
para amarte después. Aún otro beso,
el último. Jamás ha sido un beso
tan fatal y tan dulce. No es posible
el llanto contener. ¡ Feroces lágrimas !
Es mi dolor cual cólera divina
que viene a herir aquello que más ama.

DESDÉM. (Despertando.)

¿Quién? Otelo, ¿eres tú?

OTELO

Yo soy ; el mismo.

DESDÉM.

¿Deseas acostarte?

OTELO

Dí, Desdémona,

¿has rezado esta noche?

DESDÉM.

Como siempre.

OTELO

Si algún crimen acude a tu memoria
que no te tenga perdonado el cielo,
su gracia implora sin perder instante.

DESDÉM.

Oh, señor, no comprendo tus palabras.

OTELO

Cumple lo que te digo. Reza y pronto
termina. Yo pasearé entretanto.

No quisiera la vida arrebatarte
sin que te hallaras a morir dispuesta.
Líbreme el cielo de matar tu alma.

DESDÉM.

¿Hablas tú de matar?

OTELO

Sí.

DESDÉM.

Que se apiade
en tal caso el cielo de mi alma.

OTELO

De todo corazón yo lo deseo.

DESDÉM.

Acaso no me mates, si tal dices.

OTELO

¡ Oh !...

DESDÉM. Y no obstante, gran pavor me causas.
Es fatal tu mirada cuando giras
así los ojos. Yo no he cometido
crimen alguno y tiemblo a pesar mío.

OTELO Piensa en tus culpas.
DESDÉM. Sólo son amores.
que me arrastran a ti.

OTELO Por ellos mueres.

DESDÉM. Horrible muerte, aquella que nos hiere
por amor. Dime ¡oh, cielos! ¿por qué
muerdes
tus labios? Y tu cuerpo ¿por qué tiembla,
agitado por furias insensatas?
Tristes presagios tengo, mas auguro
que no son contra mí.

OTELO Calla y atiende.

DESDÉM. Sí, sí, ¿qué quieres?

OTELO Regalaste a Casio
aquel pañuelo que yo amaba tanto
y que te di.

DESDÉM. ¡No es cierto! Por mi alma
lo juro. Llama a ese hombre y le pregun-
tú mismo. ¿tas

OTELO No perjures, no perjures.
En tu lecho de muerte estás. Recuérdalo.

DESDÉM. ¿Y he de morir ahora?

OTELO Sí, al instante.
Por lo tanto confiesa tu delito
que no puedes negar con juramentos
la firme convicción que me devora
y me obliga a lanzar roncós gemidos.
¡Vas a morir!

DESDÉM. Entonces ¡oh Dios mío,
apiádaos de mí!

OTELO Amén, te digo.

DESDÉM. Y tú también apiádate, que nunca
te falté y jamás he amado a Casio.
Sólo el afecto que permite el cielo
yo puse en él, y nunca le di prenda
de amores.

OTELO No ¡por Dios! que mi pañuelo
he visto entre sus manos. Oh, perjura,

mi corazón se torna en dura roca
al oírte y lograrás que cumpla
horrible asesinato, en vez de aquello
que yo quería trocar en sacrificio.
Yo vi el pañuelo, yo.

DESDÉM. Lo halló sin duda,
que jamás se lo di. Que venga y diga
él la verdad.

OTELO Ha confesado...

DESDÉM. ¿Cómo?

OTELO Que te entregaste a él.

DESDÉM. ¿Indignamente?

OTELO Sí.

DESDÉM. Que torne a decirlo.

OTELO El noble Yago
selló su boca.

DESDÉM. Mis temores hablan.

¿Ha muerto?

OTELO Si tuviera tantas vidas
como cabellos, mi feroz venganza
uno a uno los fuera devorando.

DESDÉM. ¡ Ah ! ¡ Le hicieron traición y me han per-
[dido !

OTELO ¡ Aparta miserable ! ¿ Osas llorarle
en mi presencia ?

DESDÉM. ¡ Oh, señor, arrójame
de tu lado, mas no me mates !

OTELO Basta.

DESDÉM. Dame muerte mañana ; que yo viva
esta noche tan sólo...

OTELO Si resistes.

DESDÉM. ¡ Media hora, no más !

OTELO Ya es tarde.

DESDÉM. ¡ Deja
que rece una oración !

OTELO ¡ Ya, no es posible !
(La ahoga.)

EMILIA (Llamando a la puerta.)

¡ Señor, señor !

OTELO ¡ Oh ! ¿ qué ruido es este ?
¿ No está muerta ? ¿ No está muerta del
[todo ?

Si soy cruel, aun compasión te tengo
y prolongar no quiero tu agonía,
¡Así, así!...

EMILIA

(Dentro.) ¡ Señor, señor !

OTELLO

¿Quién llama?

EMILIA

(Dentro.)

Una palabra...

OTELLO

Emilia, sí.

(Mirando a Desdémona.)

¡ Está muerta !

Vendrá a decirme, cómo murió Casio,
mucho gritaron. ¡ Ah, ya no se mueve !

¡ Como si reposara en el sepulcro !

¿ La dejaré que pase ? ¿ Puedo hacerlo ?

Parece que se mueve... ¡ No ! ¿ Qué debo

hacer?... ¡ Si yo la dejo entrar, sin duda

hablará a mi mujer ! ¡ Si no la tengo !

¡ Mi mujer ! ¡ Mi mujer ! ¡ Hora terrible,

espantoso suplicio ! Inmenso eclipse

de la Luna y del Sol quizás ocurre

y la tierra, asombrada de espantoso

pavor, se resquebraja y desmorona.

EMILIA

Mi buen señor, preciso es que yo os ha-

ble.

OTELLO

Ya te había olvidado ; entra. Despacio.

Aguarda un poco. Corro las cortinas.

¿ Dónde estás ?

(Abre la puerta.)

¿ Qué deseas ?

ESCENA III

OTELLO y EMILIA

EMILIA

(Entrando.)

¡ Ah ! Un horrible

asesinato, han cometido.

OTELLO

¿ En este

instante?

EMILIA

¡ En este instante !

OTELLO

Es de la Luna

funesto error, pues más de lo que suele

a la Tierra se acerca y enloquece

a los hombres.

- EMILIA Oíd : Ha dado muerte
Casio a Rodrigo, un joven veneciano.
OTELLO ¡ Rodrigo asesinado y Casio muerto !
EMILIA No, Casio vive.
OTELLO ¿ Dices tú que vive ?
Si eso es asesinato, la venganza,
ronca está y desentona...
DESDÉM. ¡ Muero, muero,
vilmente asesinada !
EMILIA ¡ Oh, Dios ! ¿ Quién grita ?
OTELLO ¿ Cómo ?
EMILIA ¡ La voz de mi señora ! Pronto.
(Se dirige al lecho y abre las cortinas.)
¡ Favor ! ¡ Favor ! ¡ Socorro ! Hablad, se-
ñora !
DESDÉM. ¡ Muero inocente !
EMILIA ¿ Quién os hirió ?
DESDÉM. Nadie ; yo misma he sido.
OTELLO ¡ Recuérdame a mi esposo ! (Muere.)
(A Emilia.) ¿ De qué suerte
fué asesinada ?
EMILIA ¡ Oh, qué horror ! ¿ Quién sabe ?
OTELLO ¿ No la oíste decir que yo no he sido ?
EMILIA Lo que ella ha dicho atestiguar yo debo.
OTELLO Mintió al morir. Yo fuí quien la dió muer-
te.
EMILIA Por lo mismo, más pura mi señora
y más infame vos.
OTELLO Vil prostituta,
su decoro manchó.
EMILIA Calumnia sólo
vuestras palabras son.
OTELLO Ella fué falsa
como el agua.
EMILIA Violento como el fuego
fuisteis vos, al pensar que os traicionaba.
OTELLO Casio su amante fué. Lo dijo Yago.
En la sima más honda del infierno
debieran arrojarme condenado
si a obrar como yo obré no me indujera
justa causa ; tu esposo bien lo sabe.
EMILIA ¡ Mi esposo !

OTELLO

Si.

EMILIA

¿Os dijo que os faltaba?

OTELLO

Con Casio. Que si fiel me hubiera sido,
aunque otro mundo me brindara el cielo
más límpido y perfecto, no quisiera
aceptarlo.

EMILIA

¡Mi esposo !

OTELLO

Fué el primero
que descubrió la afrenta. Un hombre hon-
rado
a quien repugnan todas las bajezas.

EMILIA

¡ Mi esposo !

OTELLO

Sí; mas, ¿para qué repites mis palabras, mujer?

EMILIA

; Mi dulce ama !

Del amor se ha burlado la perfidia.

; Atreverse a decir que no era pura !

OTELLO

Si, sí, tu esposo fué. Mi digno amigo,
el honrado, el honrado y noble Yago.

EMILIA

Si tal dijo, que su alma se corrompía lentamente. ¡Mintió, mintió el infame!

OTELLO

¡ Ah ! (Amenazándola.)

EMILIA

No me asustan todas vuestras iras.
Del cielo es tan indigna vuestra hazaña,
como vos sois indigno de ella.

OTELLO

¡ Calla !

EMILIA

La fuerza de mi pena, no la iguala
vuestro deseo loco de dañarme.

¿Qué habéis hecho? ¿Creéis que me ame-
[drenta

vuestra espada? ¡A todos decir quiero
quién sois, aunque perdiese veinte vidas!

¡Favor! Favor! ¡Socorro! ¡Que a mi
[dueña

ha dado muerte el Moro ! ; Al asesino !

ESCENA IV

Dichos, MONTANO, GRACIANO, YAGO y sirvientes de palacio.

MONTANO ¿Qué ocurre, general?

GRACIANO . ¿Decid, qué pasa?

EMILIA (Dirigiéndose a Yago.)

Si eres hombre de honor, a este villano desmiente, pues afirma que dijiste que le era infiel su esposa. Que es infame calumnia yo lo sé y tú no puedes ser miserable tan envilecido...

Habla, pues ; que mi corazón estalla de angustia. ¡ Habla !...

YAGO Dije solamente

aquello que pensaba, y dije sólo lo que él halló verdad y con sus mismos ojos pudo observar.

EMILIA Mas ¿tú dijiste

que ella fué desleal?

YAGO Sí.

EMILIA Pues, mentiste

infamemente. ¡ Sí ! ¡ Mentira odiosa !

¿Y con Casio, con Casio?

YAGO Sí, con Casio,

y calla ya.

EMILIA No. Debo hablar ; oídme :

¡ Asesinada está sobre su lecho mi señora !

MONTANO ¡ Horror !

GRACIANO ¡ Dios nos asista !

EMILIA (A Yago.)

¡ Por tu culpa ella ha muerto, miserable !

OTELo No os asombréis, dice verdad.

EMILIA ¡ Infamia !

¡ Infamia !

YAGO Vete a casa. ¿ Enloqueciste

quizás?

EMILIA No, yo he de hablar, y ser pudiera que a tu casa jamás tornase, Yago.

(Otelos cae sollozando y rugiendo sobre el lecho.)

¡ Al suelo, al suelo y ruge ! ¡ La más dulce
mujer que miró el cielo !

OTELO

Fué traidora.

(A Graciano.)

Perdonadme, señor. Vuestra sobrina,
cuyo aliento ahora mismo con mis manos
he extinguido, allí se halla tendida.
Abominable juzgaréis mi hazaña.

GRACIANO

¡ Desdichada Desdémona ! ¡ Bien hizo
tu padre falleciendo !

OTELO

¡ Horrible trance !

Mas a Yago le consta que con Casio
ella mil veces infamó mi nombre.
El mismo Casio declaró. Su afecto
ella recompensó con la primera
ofrenda que le di cual testimonio
de mi amor. Yo la he visto entre sus ma-
Era un viejo pañuelo que mi padre [nos.
a mi madre entregó de amor en prenda.
¡ Oh, santos cielos !

EMILIA

YAGO

¡ Calla !

EMILIA

¡ Torpe Oteló !

Yo hallé vuestro pañuelo, abandonado,
y a mi esposo lo di, ya que sin tregua
me incitaba a robarlo.

YAGO

¡ Miserable !

EMILIA

Desdémona jamás lo entregó a Casio,
pues yo lo di a mi esposo.

YAGO

¡ Mientes ! ¡ Mientes !

(Hiere a Emilia y huye.)

GRACIANO

¡ A su mujer mató !

MONTANO

Tomad la espada
del Moro. Que se guarden las salidas
del castillo. Yo mismo voy en busca
de ese infame cobarde. (Vase.)

OTELO

Hasta yo mismo
mi valor he perdido ; ¡ que mi espada
me quita de las manos un pigmeo !
Mas ¿ para qué la honra ahora pretende
sobrevivir al mismo honor ? Que todo
se acabe de una vez.

EMILIA

¡ Oh ! ¿ qué auguraba,

señora, tu canción? ¿Puedes oirme?
Cantando moriré: *Oh sauce, sauce...*

(Queda a los pies del lecho espirante.)

OTELLO Aun puedo hallar un arma. Es una espada
española, templada en la corriente
helada de un arroyo. Vedla. Es fuerza
ahora que yo salga.

GRACIANO Caro puede
costaros el intento.

OTELLO Pues oídme :
Tengo un hierro. Jamás soldado alguno
ló ha ceñido mejor y muchas veces
mi débil brazo armado de esta espada
excelente, camino supo abrirme
entre obstáculos mucho más temibles
que el que vosotros me oponéis ahora.
Mas ¡alardes inútiles ! ¿Quién puede
oponerse al destino? Pasó todo
y no debéis temerme al verme armado.
Mi jornada acabó ; hallé ya el límite
del triste mar de la existencia mía.
¿Os apartáis de mí? Temores vanos,
pues si esgrimís un junco contra el Moro,
veréis cómo ante el junco retrocede.
¿A qué lugar dirigirá sus pasos?
¿Qué expresión es la tuya, desdichada
mujer? ¡ Como tu túnica eres pálida !
Cuando nos encontremos frente a frente
en la otra vida, esa mirada tuya
arrojará mi alma del Empíreo
y caerá entre las garras de las furias.
¡ Cual tu pureza yerta estás ! ¡ Maldito,
maldito esclavo ! ¡ Oh, genios infernales
expulsadme de aquí y así no goce
de la visión divina que contemplo.
Lanzadme al huracán más espantoso,
en derretido azufre haced que arda,
sumergidme en profundo mar de fuego !...
¡ Muerta ! ¡ Muerta ! ¡ Desdémona ! ¡ Des-
[démona !

ESCENA V

OTELO, LUDOVICO, MONTANO, YAGO prisionero y guardias

LUDOVICO Ese ser iracundo y desdichado
¿dónde se halla?

OTELO ¿Preguntáis acaso
quién era Oteló? Vedle.

LUDOVICO ¿Y ese infame?
Traedlo aquí.

OTELO Dejad, dejad, que vea
sus pies. Si eres Luzbel es imposible
matarte.

LUDOVICO Desarmadle.

YAGO Aunque me ha herido,
no me ha muerto.

OTELO Prefiero yo que vivas :
ya que es la muerte para mí suprema
felicidad.

LUDOVICO ¡ De vos, qué dirá el mundo !

OTELO Lo que quiera. Quizás noble asesino
me llame ; que al matar como he matado
la honra movió mi brazo, y no la ira.

LUDOVICO La estancia abandonad. Venid conmigo
que del poder os privan y gobierna
ya en Chipre, Casio. Conducidle.

OTELO Os ruego
que os detengáis. Oídme dos palabras :
Al Estado he servido lealmente,
ya lo saben y basta. Mas suplico
que al relatar estos terribles hechos
habléis de mí como quien soy. Excusas
no pido ni disculpas ; mas por fuerza
tenéis que hablar de un hombre que no su-
amar discretamente, sino mucho. [po
De un hombre que fué tardo en la sospe-
[cha ;
mas que por la traición herido, víctima
fué de las dudas más abominables.
De un hombre que, cual indio miserable,

tiró con mano aleve, hermosa perla,
de más valía que su tribu entera.
De un hombre, cuyos ojos, ya humillados,
aunque apenas verter saben las lágrimas
hoy derraman un llanto más copioso
que la resina que derrama el árbol
de Arabia. Escribid esto. Añadid luego
que una vez en Alepo, viendo un turco
que osó infame ofender a un veneciano
insultando al Estado, asegurando
de la garganta al perro incircunciso
así lo degolló. (Se hiere.)

LUDOVICO

¡ Aciago día !

OTELLO

¡ Cuando te di la muerte, te di un beso,
ahora al matarme, sobre el beso muero !

(Cae muerto, todos permanecen inmóviles y horrori-
zados.)

TELÓN

FIN DE LA TRAGEDIA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|--|-----------------------------|
| La Princesa del Dollar | El Alcalde de Zalamea |
| La Ola gigante | Los dos pilletes |
| El señor Conde de Luxemburgo | D. Juan de Serrallonga |
| Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | El Rey Lear |
| El Sol de la Humanidad | Espectros |
| Zazá | Las Cigarras Hormigas |
| Mujercs Vienesas | El Registro de la Policía |
| Hamlet | El vergonzoso en Palacio |
| Giordano Bruno | La Fuerza de la Conciencia |
| El nido ajeno | Aurora |
| El Rey | Eva |
| Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | El Bufón |
| Los Miserables | El Cuchillo de Plata |
| La ladrona de niños | Nick Carter |
| Los dioses de la mentira | La Cena de los Cardenales |
| Cristo contra Mahoma | Justicia Humana! |
| Juventud de Príncipe | El Señor Feudal |
| Juan José | El veranillo de S. Martín |
| La sociedad ideal | El desdén con el desdén |
| La cizaña | Cuento inmoral |
| Entre ruinas | Amor de amar |
| La vida es sueño | La dama de las camelias |
| Sabotage | La domadora de leones |
| Pasa la ronda | Los dos sargentos franceses |
| Magda | El Místico |
| El Papá del Regimiento | García del Castañar |
| La viuda alegre | La fierecilla domada |
| | El honor |
| | El sí de las niñas |
| | María Antonieta |
| | El Conde de Montecristo |

Otelo

71.8
Jm. 57
Beaumarchais



El barbero de Sevilla

Comedia en cinco actos



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

flr. s 7.

EL BARBERO DE SEVILLA

Este arreglo es propiedad de su autor y nadie podrá, sin permiso, reimprimirlo ni representarlo en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—
Queda hecho el depósito que marca la ley.

El barbero de Sevilla

COMEDIA, EN CUATRO ACTOS

DE

PEDRO A. DE BEAUMARCHAIS

Arreglo en verso castellano por

AGUSTÍN MUNDET ÁLVAREZ



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

PERSONAJES

ROSINA

CONDE DE ALMAVIVA

FÍGARO

DON BARTOLO

DON BASILIO

UN ALCALDE

UN NOTARIO

ALGUACILES Y CRIADOS

La acción en Sevilla



ACTO PRIMERO

Calle de Sevilla, con rejas floridas en todas las ventanas

ESCENA PRIMERA

CONDE DE ALMAVIVA, con parda capa y sombrero chambergo, paseándose, consulta su reloj.

CONDE ¡ Vive Dios, que es más temprano
de lo que a fe presumía,
y que aun tardará, por duelo,
en asomar mi Rosina,
flor de hechizo, entre las rejas
de una ventana florida,
cárcel de rosas que tienen
a la mejor por cautiva !
A la que no habló mi labio,
pero requebró mi vista.
¿ Quién pensara, quién creyera
que este conde de Almaviva,
muerta el alma, marchó loco,
desde Madrid a Sevilla,
siguiendo a una hermosa, cuando
con tales placeres brinda
la Corte, ligeros, fáciles,
de molicie y de malicia?...
Precisamente huyo de eso...
Hastiado estoy de conquistas,
que intereses, conveniencias
o vanidad nos prodigan.

Es tan grato que nos amen
por nuestra persona misma,
que si este disfraz pudiera
conducirme a tanta dicha...

(Viendo llegar a Figaro.)

¡Vaya al diablo el importuno!

ESCENA II

CONDE y FÍGARO, quien lleva una guitarra terciada a la espalda, y
papel y lápiz en la mano

FÍGARO Habla tú, guitarra lira.

Tarareando

Al demonio las penas
que son ponzoña
y la paz, ladronzuelas,
al alma roban.
¡Viva el buen vino,
que no en vano, tomóle
por sangre, Cristo !...

Recitado

¡No va mal ! ¡ La cosa marcha !
¡ Qué inspiración me ilumina !...

Cantado

¡ Por sangre, Cristo !
Vino y holgazanería
se disputan mi querer.

Recitado

No, si no se lo disputan...
los dos hacen buenas migas...

Cantado

Se reparten mi querer.

Recitado

Pero, ¿se usa el *se reparten*?
No hay que andar con tantas miras,
que en siendo para cantado,
cualquiera cosa se estila.

Cantado

Vino y holgazanería
se reparten mi querer.

Recitado

Un rasgo bello, fulgente,
para contera precisa,
con pujos de pensamiento.
(Hinca una rodilla en el suelo y escribe, mientras
canta.)

Vino y holgazanería
se reparten mi querer.
Si ella causa mi alegría,
él produce mi placer.

Recitado

¡ Uf ! cuánta ramplonería...
¡ Dame un contraste, una antítesis !
¡ Musa ! No seas remisa...

Cantado

Si ella es mi buena señora,
mi buen servidor es él.

Recitado

¡ Te cogí y ya no te suelto !

(Canta y escribe.)

Vino y holgazanería
se reparten mi querer.
Si ella es mi buena señora,
mi buen servidor es él,
mi buen servidor es él,
mi buen servidor es él.
¡ Ya concebí y sin fatigas !

(Descubriendo al conde.)

Pero yo a este cura he visto,
si no me engaña mi vista,
antes de ahora. (Se levanta.)

CONDE

Me parece
que yo conozco a este quídam.
Su facha grotesca... (Observándole.)

FÍGARO

(Observándole también.) ¡ Toma !
¡ Si es el conde de Almaviva !

CONDE

FÍGARO

¡ Si es el trapalón de Fígaro !
Que hasta vuestros pies se inclina.

(Lo hace.)

CONDE

FÍGARO

¡ Bribón ! Si dices palabra...
No haya temor que la diga.
Pues sé que me honró vuecencia
con un trato de familia...

(Marcando un puntapié.)

CONDE

FÍGARO

CONDE

¿ Por qué de Madrid saliste ?
¿ Cómo te encuentro en Sevilla ?
Señor conde...

No me llames
señor conde. ¿ No te indica
mi disfraz, que del incógnito
quiero ampararme ? Mis cuitas
te contaré, y, entre tanto,
llámeme Lindor.

FÍGARO

Albricias.

Me marchó. (Movimiento de irse.)

CONDE

(Deteniéndole.) No tal. Espero
algo aquí, y bien se adivina

que dos hombres que conversan,
menos sospechas inspiran,
que uno solo que va y viene.

¿Por qué dejaste la villa
coronada, amigo Fígaro?

FÍGARO

Escuchad mi retahila.

Salí del Madrid famoso
en una noche estrellada,
cuando entregado al reposo
se encuentra el oso, y, osada,
no poca gente hace el oso.

Salí de Madrid, tranquilo,
viajero en busca de calma,
con las galas de mi estilo
por bagaje, y con el alma
púdicamente en un hilo.

Salí de Madrid galante,
perdonando sus agravios,
nuevo caballero andante,
siempre altivo, siempre errante,
con la sonrisa en los labios.

Salí de Madrid huído
de la manada de lobos
literatos, que han mordido
siempre, a todo el que, atrevido,
les llamó por lobos, bobos.

Salí de Madrid, armado
de mi navaja luciente,
decidido y conformado
a jabonar a la gente
que pasase por mi lado.

Di a Madrid las buenas noches,
al dejar las torpes guerras
de rocines y fantoches,
y corrí tierras y tierras
llevando a mis pies por coches,
hasta que mi amable estrella,
tras luctuosos desengaños,
me guió a Sevilla bella,
y aquí estoy por muchos años,
dispuesto a ser digno de ella.

CONDE Y ¿en dónde aprendiste tan boyante filosofía?

FÍGARO No se os oculta, señor, que la estudié en mis desdichas.
(Advirtiéndole que el conde vuelve constantemente la mirada hacia la ventana de Rosina.)
Y ¿en dónde aprendisteis vos a mirar con tal porfía siempre a un lado?

CONDE (Se oye abrir la ventana.)
¡Vamos pronto, que me pierdes si rechistas!

(Se ocultan)

ESCENA III

DON BARTOLO y ROSINA

(Abrese la celosía del primer piso y aparecen en la ventana don Bartolo y Rosina.)

ROSINA ¡Qué placer da respirar el aire libre, señor!

¡Cuánta dicha contemplar nuestro cielo seductor!

(Dando vueltas a un papel que lleva en la mano.)

D. BART. ¿Qué papel tienes ahí, Rosina? (¿Me será infiel?)

ROSINA Son las coplas que aprendí de don Basilio, el papel.

D. BART. ¿Y de qué las coplas son?

Porque bien lo sabrás tú. De *La inútil precaución*.

ROSINA Y eso qué es ¡por Belcebú!

D. BART. Una comedia ejemplar que hace reír a partir

D. BART. ¿A que a mí me hace llorar por tonta?

ROSINA ¡Puede ocurrir!

D. BART. A ver, dame.

(Intenta apoderarse del papel)

ROSINA (Dejándolo caer a la calle.) ¡Ay, qué dolor!

¡ Se me ha caído el papel !
Corred ya (y mi rondador
lo recoje) en busca de él.

(Don Bartolo se retira de la ventana y a poco se le
ve aparecer en la calle, buscando ; mientras, Rosina,
aprovecha el tiempo para advertir al conde, quien
recoge el papel y ocúltase.)

Galán, amante galán,
cogedlo y marchad.

CONDE (Con voz velada) Huri
bendita, adiós.

ROSINA (A don Bartolo.) Por ahí,
buscad bien, por ahí están
mis coplas.

D. BART. (Buscando.) Nada se ve.

ROSINA ¿Viste tú si alguien pasó?
No. ¿Y de la ventana al pie,
no están?

D. BART. (Agrio.) ¡ Te digo que no !
(A sí mismo, reconviniéndose.)

(¡ Estoy haciendo el zulú !

¡ Yo que la ventana abrí !

La culpa la tienes tú,
Bartolo.)

ROSINA ¿Las visteis?

D. BART. Vi...

que no las llegué a encontrar.

ROSINA ¡ Las llevó el aire !

D. BART. Sí, a fe.

(Pero yo me encargaré
que no las vuelva a llevar.)

(Entra en la casa que cierra y vuelve a la ventana.)

Anda, Rosina.

ROSINA Señor...

D. BART. Puedes marcharte a dormir.

ROSINA (Retirándose gozosa.)

(Ya enteré a mi rondador.)

D. BART. (Cerrando con enojo la reja.)

(¡ Como yo te vuelva a abrir !)

ESCENA IV

CONDE y FÍGARO, que salen cautos, llevando el papel.

CONDE Veamos esta canción,
pues que algún misterio encierra
me promete el corazón.

FÍGARO ¡ Si le dió la indina guerra
con *La inútil precaución!*

CONDE (Desdoblando y leyendo el papel.)
Es un billete amoroso.

FÍGARO Resulta el lance gracioso,
pues, por Dios, que este billete
a nuestro viejo roñoso
debe ponerle en un brete.

CONDE (Leyendo.) «Caballero, su bondad
»mi curiosidad excita.»

FÍGARO Ya estoy en curiosidad
señor, por saber la cuita
de nuestra rara beldad.

CONDE (Leyendo.) «Cuando salga mi tutor,
»con la tonada hechicera
»de estas mis coplas de amor,
»cantaréisme, de manera
»que digáis quién sois, señor ;
»pues parece interesarse
»tanto y tanto vuestro empeño
»en que de un tirano dueño
»mi ser consiga librarse,
»que oiros será halagüeño.»

FÍGARO (Reinclinando a Rosina.)
¡ Se me ha caído el papel !
¡ Ay, qué dolor ! ¡ qué dolor !
Corred pronto en busca de él.

(Con voz natural.)

¡ No es mal papel de cimbel
el de Bartolo, Lindor !
Basta a cándida mujer
encerrarla, para ver
que en astuta se convierte
y en ingenio se hace fuerte.

CONDE Rosina de mi querer,
 mi ventura, mi esperanza,
 mi Edén, mi salud, mi paz.
FÍGARO No admite más la balanza.
 ¡ Qué bien pregona el disfraz
 vuestro amor de lontananza !

CONDE Hace seis meses cabales
 que en el Prado tropecé
 con la causa de mis males :
 Rosina.

FÍGARO Guijarro fué
 digno de las plantas reales.

CONDE Y como un loco de atar
 me prendé de su hermosura.

FÍGARO Decid, para terminar,
 que su cintura sin par
 os ha metido en cintura.

CONDE La perdí y busqué, y no di
 con su nido hasta hace poco,
 y por más duelo, aprendí
 que estaba casada aquí
 con viejo, médico y loco.

FÍGARO ¡ Lindo pez !

CONDE Me maravilla
 que sepas quién es.

FÍGARO Un pillo
 que secuestra a la chiquilla
 para hacerla su costilla
 y hacerse él con su bolsillo.

CONDE ¿ Pero el taimado ha casado
 con Rosina?...

FÍGARO No hay cuidado,
 que es un viejo solterón
 tostado, roído, cascado,
 sapo, raposa y hurón
 que inventó su casamiento
 para aventar los galanes
 que al viento daban su aliento
 por la de vuestros afanes
 señora, y del pensamiento.

CONDE ¿ Y es su carácter...?

FÍGARO Avaro,

marrullero, quisquilloso
y celoso y receloso...

CONDE

¿Y ella le odiará?

FÍGARO

¡Pues claro!

CONDE

Pues, Fígaro, soy dichoso.
Pronto estaba a festejarla
a cercarla y a vencerla,
dispuesto me hallo a casarla
conmigo, si logro verla
y consigo enamorarla.
Que su casa a piedra y lodo
tiene cerrada ese viejo
me aprendiste, y no me alejo
sin lograr por cualquier modo
dar tortura a su pellejo.
¿Te franquea a ti su casa?

FÍGARO

Sí.

CONDE

Buena ventaja es esa.

FÍGARO

Yo soy como la abadesa
de su convento. (Señalando la reja)

CONDE

Eso pasa
de ventura. A mi princesa
la hablarás de mis amores;
y, en prenda de mis favores,
tómame a cuenta este abrazo.

(Le abraza)

FÍGARO

Navajazo o lancetazo
que allí se dió, a los primores
de mi mano fué debido.
Aprended, galán Lindor,
que estáis por la suerte ungido
y que sus flechas de amor
os ha entregado Cupido.

CONDE

No te es posible anular
con astucia a sus guardianes.

FÍGARO

Lo podemos intentar...
si la farmacia mis planes
se resuelve a secundar.
¡Oh! se me ocurre una idea.

CONDE

¿Una idea?

FÍGARO

Deslumbrante.
Hoy llega del Real Infante

el regimiento : que sea
galán Lindor, un instante,
cabo del Infante Real
(que el disfraz no le va mal)
y en la casa del doctor
la boleta de rigor
le presente a su rival,
reclamando alojamiento ;
y haga luego fingimiento
de estar borracho perdido
porque así a su bien querido
llegue contento y con tiento.

CONDE

(Fingiéndose borracho.)

La casa de don Bartolo,
¿ es esta ?

FÍGARO

¡ Muy bien ! Que sale.

(Se oye rechinar la cerradura.)

CONDE

¿ Quién ?

FÍGARO

Don Bartolo.

CONDE

¿ Ese bolo ?...

Ocultémonos. (Ocultándose.)

FÍGARO

Más vale ;

que si sale, sale solo. (Se ocultan.)

ESCENA V

CONDE y FÍGARO, ocultos. DON BARTOLO

D. BART. Vuelvo al instante, Rosina.
No dejes entrar a nadie.

(Hablando consigo mismo.)

¡ Y bajé, como un peneque,
por su papel a la calle !

(Dirigiéndose a la ventana.)

¿ Cómo no advertí el engaño
cuando tú me suplicaste
que al arroyo descendiera ?

¡ Ay, amor, qué ciegos haces !
Veremos si don Basilio
tiene ya, para mi enlace

con Rosina, los papeles
ordenados y cabales.
¡ Calla labio, de mi boda
no lleve el secreto el aire !
Vuelvo al instante, Rosina...
No dejes entrar a nadie...
(Que mañana, pesial mundo,
contigo he de vincularme !)

(Vase por un lado.)

ESCENA VI

CONDE y FÍGARO. Al final ROSINA (su voz dentro.)

CONDE Mañana con Rosina ha de casarse
 ¿tú lo entendiste bien, travieso amigo?

FÍGARO El tiempo es apremiante, no perdamos
minuto y ¡a la lucha ! decididos
a quitarle la presa al viejo lobo.

CONDE No sabes tú quién es el don Basilio ese, que tercia de la boda en juego

FÍGARO Un músico infatuado y tornadizo,
muy fácil de ganar a fuerza de oro,
profesor de Rosina desde el mismo
día en que don Bartolo a su cuidado
la tomó. Mas ¿qué veo?

(Reparando en la ventana que se entreabre.)

CONDE Dí, ¿qué has visto?

FÍGARO Tras de las celosías, a la hermosa
que al buen Lindor le roba el albedrío.

(Interponiéndose entre el conde y la ventana.)

No mire el buen Lindor.

CONDE (Sin volverse) ¿Por qué?

FÍGARO de su mirada al esplendente brillo.
¡Qué hermosa está!

CONDE No avives más el fuego

FÍGARO ¿No es bien que os derritáis si me de-
[rrito?

Desdoblad esa música y al punto
cantad como ordenó quien esto os dijo :

«Cuando salga mi tutor
»con la tonada hechicera
»de estas mis coplas de amor,
»cantaréisme de manera
»que digáis quién sois, señor.»

CONDE

Lindor será también para Rosina.
Por mí me ha de querer, no por mis tí-
[tulos.

(Con pena.)

¡No sé versificar! ¿Cómo la canto?

FÍGARO

(Confidencial.)

Amor os sacará con bien del lío.

CONDE

Díctame tú.

FÍGARO

Jamás. Y en la guitarra
rascad, si no sabéis pulsar sus hilos.

(Dirigiéndose a la ventana.)

Háblete el labio enamorado, y sea
bálsamo para ti, pájaro herido.

(El conde canta acompañándose de la guitarra. Fígaro permanece en la sombra.)

Música

CONDE

Día y noche, con ternura,
mi pasión te cantaré,
y la flor de tu hermosura,
rostro al suelo, adoraré.

Yo soy Lindor,
bella mujer,
un trovador,
un bachiller,
que sabe amar,
que espera amor
para triunfar.
¡Yo soy Lindor!

Recitado

FÍGARO

¡Imperio del amor, cómo te siento!

Cantado

CONDE

Y la flor de tu hermosura,
en mi pecho encerraré :
ya verás cómo fulgura,
cuando en él te estrecharé.

Yo soy Lindor,
bella mujer,
un trovador,
un bachiller,
que sabe amar,
que espera amor
para triunfar.
¡ Yo soy Lindor !

Recitado

FÍGARO

¡ Ingenio del amor, cómo te admiro !

Cantado

CONDE

Con afanes de ternura
nuestro amor cultivaré,
y a la flor de tu hermosura
nuevos pétalos daré.

Yo soy Lindor,
bella mujer,
un trovador,
un bachiller,
que sabe amar,
que espera amor
para triunfar.
¡ Yo soy Lindor !

Recitado

FÍGARO

¡ Perfume del amor, cómo embriagas !

CONDE

¿ Crees que ella me habrá siquiera oído ?

Cantado

ROSINA

Es la flor de la hermosura,
la que sola el alma ve.
Con arrullos de ternura
yo esa flor te mostraré.

Lindor, Lindor,
buen bachiller,
buen trovador,
una mujer
que sabe amar,
espera amor
sin desmayar.
¡Lindor, Lindor!

FÍGARO

(Deja la sombra y recita, dentro de la música.)

Entro en la lid, donde con la pujanza
de mi arte y mi varita de virtudes
de un golpe dormiré a los tres guardianes,
despertaré al Amor, descarriados
los celos quedarán a mis antojos,
y amañaré el enredo, ¡oh, travesura!
con oro, que es el nervio de la intriga.
Y vos, id a mi casa, esa del fondo,
azul y con vidrieras emplomadas,
provisto de uniforme y de boleta,
sin descuidar el bien repleto bolso.

CONDE

FÍGARÒ

Bien repleto lo habrás.

¡ Nuestro es el mundo !

(Vanse.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

cual Fígaro, mi amor.
¡ Si pudiera decirle lo que quiero !
Pero aquí llega.

ESCENA II

ROSINA y FÍGARO

FÍGARO (Entrando.) Honor
a la más primorosa damisela
que Sevilla albergara.

ROSINA Traspasad, confiado la cancela
y hablemos cara a cara.

FÍGARO ¿Qué tal, buena Rosina?

ROSINA Poco buena,
pues el tedio me mata.

FÍGARO Es natural : tutor y amor dan pena.

ROSINA ¿El amor?... ¡ Patarata !
¿Y... con quién platicaba el bienvenido?

FÍGARO Con un joven pariente
bachiller, talentudo y decidido,
gallardo y consecuente.

ROSINA Yo he creído apreciar algo del todo,
pero ignoro su nombre.

FÍGARO Lindor : y consiguiera su acomodo
siendo, como es, un hombre.

ROSINA Lo advertí, y un feliz presentimiento
me dice, persuasivo,
que ha de lograr su principal intento.

FÍGARO (No va mal.) Por Dios vivo,
que el galán lo merece, de contado,
por honra y por presencia ;
mas tiene un gran defecto, el desdichado,
de altos valor y esencia.

ROSINA ¿Eh?

FÍGARO Que anda enamorado cual ninguno.

ROSINA ¿Y es ese el gran defecto?

FÍGARO Tal vez no, si al afecto de ese alguno
respondiera otro afecto.

ROSINA ¿Y saberse podría quién es ella?

FÍGARO Sois la última, a fe mía,

- a quien diría el nombre de la bella.
 ROSINA ¿Tal vez se enfadaría?
 FÍGARO No lo sé ; pero sé que si la nombro,
 pudiera sonrojarse,
 aunque no la causara gran asombro,
 que no hay para asombrarse.
 ROSINA Soy discreta, lo digo sin jactancia :
 en mí puede confiarse ;
 sacadme, pues, de aquesta mi ignorancia.
 FÍGARO (Buen modo de insinuar.)
 Pues bien, aunque con ciertas precaucio-
 Es una señorita [nes.
 buena, hermosa, sin par en perfecciones,
 (Rosina sonríe.)
 con una sonrisita
 que para sí los ángeles quisieran
 cuando, de envidia afectos,
 todas sus gracias, extasiados vieran,
 exentas de defectos.
 ROSINA ¿Y vive aquí, en Sevilla?
 FÍGARO Aquí, en Sevilla.
 ROSINA ¿Y sabéis en qué calle?
 FÍGARO En esta calle su belleza brilla
 sin que una rival halle.
 ROSINA Pero el nombre callasteis.
 FÍGARO ¿Lo he callado?
 ROSINA Con toda discreción.
 FÍGARO Quisiera que lo hubiese pronunciado
 la voz de un corazón.
 ROSINA ¿El mío, por ventura?
 FÍGARO ¿Pues, cuál otro?
 ROSINA Dejadme que me admire
 y salga a vuestro influjo de este potro
 antes que me retire ;
 pues si llega el tutor, que siempre ceta...
 FÍGARO ¿Es un deseo firme?
 ROSINA Firme como el deseo del que anhela
 que su bien se confirme.
 FÍGARO ¿Su bien ? ¡ Pues allá va ! La idolatrada
 es la gentil pupila
 de vuestro buen tutor.
 ROSINA ¿La esclavizada ?

FÍGARO La estrella que rutila.

ROSINA ¿Y será tal encanto, encanto cierto?

FÍGARO Cierta el encanto es
y aun mayor lo será, si, con acierto,
navegamos los tres.

Lindor tan sólo ansía presentarse
a su bella deidad

y, rendido a sus pies, encomendarse
a su amor y piedad.

ROSINA Si me ama, como dice, ha de probarlo tranquilo y en quietud.

FÍGARO ¿Quietud, tranquilidad, cómo lograrlo quien vive en inquietud?

ROSINA ¡ Tiemblo !

FÍGARO Temer el mal, padecer fuera
 todo el mal del temor,

y vencer sin luchar, necia quimera
impropia del amor.

La quietud y el amor, no caben juntos ;
la pobre juventud,

ha de escoger : quietud, de amor sin pun-
tos,
o el amor sin quietud.

ROSINA La quietud sin amor...

FÍGARO Manjar sin gusto.

Amor con inquietud,
tiene el sabor del agridulce justo
y del vivir virtud.

ROSINA Pero, si lleva a cabo una imprudencia
nos pierde.

FÍGARO (Nos ¿qué tal?)

Si vos se lo advirtiérais, en conciencia,
evitaría el mal.

ROSINA Tiempo no hay ya para escribir de nuevo ;
que lea estos renglones.

FÍGARO (Por la carta.)

De la cadena otro eslabón me llevo
que uniré corazones.

ROSINA Decidle, ¿oís? que la amistad tan sólo me dicta esas palabras.

FÍGARO ¡ La amistad ! (Con tan tierno protocolo de dos la dicha labras.) (Por la carta.)

ROSINA Mera amistad : ¿estamos?
FÍGARO Si que estamos :
amistad solamente.
ROSINA Pues no hemos de lograr que nos veamos
un día frente a frente.
FÍGARO El fuego, que apagar puede una vela,
la hoguera más aviva
y, la hoguera de amor, es la candela
que el viento hace más viva.
ROSINA ¡ Jesús ! Oigo al tutor que aprisa llega.
Marchaos por allá.
FÍGARO Por estas aguas, Fígaro navega
con voluptuosidad. (Vase con la carta.)

ESCENA III

ROSINA

ROSINA Que salga, Dios bendito,
que salga y no le vea
el celoso maldito
que en espiar se emplea.

ESCENA IV

ROSINA y DON BARTOLO

D. BART. ¡ Maldito barbero,
bellaco, insolente,
trápala, embustero,
villano, indecente !
ROSINA ¿ Quién os hincha tanto ?
D. BART. Un... lengua, detente.
Por su tanto cuanto,
Fígaro imprudente,
en su afán no ceja
de menguar ¡ menguado !
su deuda ya vieja
de aquel razonado
préstamo de un ciento

de escudos brillantes
que di, por jumento
que soy, sin ver antes
que ese rapabarbas
las deudas estiva
cual si fueran parvas
y ¡viva quien viva!
Al Curro, que corre
o que va corriente,
con jeringa acorre
más que diligente ;
a la Mariquita
pone sanguijuelas
por ver si le quita
su dolor de muelas,
y un supositorio
introduce, artero,
donde un lavatorio
debió ser primero.
Y aplica mostaza
sobre unos flemones,
y harina y melaza
contra sabañones ;
y sangra a la Pepa
que sangre no tiene,
y, quepa o no quepa,
yo no sé a qué viene
que con la lanceta
pinche en los tobillos
y le ponga a dieta
a Juan Caramillos,
que sólo padece
de mal de miseria.
Fígaro merece
que su ninfa Egeria
le ponga un cabestro,
lo lleve al establo
y vea si, diestro,
con él carga el diablo.
Por Dios, don Bartolo,
calmad vuestra ira.
¡ Si fuera eso sólo !

ROSINA

D. BART.

Parece mentira
que así se abandone
toda vigilancia
y Dios me perdone
si no ocurre a instancia
de esta mi pupila
que nada recela,
o espera tranquila
por ver si se cuela
cualquier atrevido
y ataca mi hacienda
sin un bien nacido
que aquí la defienda.

ROSINA

No sintáis recelos,
que pocos se atreven.
Los malditos celos
refrenarse deben.

D. BART.

¿Y uno de esos pillos
que cogió tu arieta?

ROSINA

¡Pararse en pelillos !...

D. BART.

Lléveme Pateta
si en estos guisados
no se halla un mancebo
de los remilgados
que acuden al cebo
de tu esbelto talle ;
pero haga el infierno
que *in fraganti* le halle,
pues olerá a cuerno.
Yo haré que alguien clave
todas las ventanas
y cierre con llave
las puertas.

ROSINA

¡ Qué ganas
de darme tormento
teniéndome esclava
como en un convento !

D. BART.

Dije que te amaba.

ROSINA

Donosa manera
de pintar amores,
tener prisionera...

D. BART.

Guardada.

ROSINA

Rigores

engendran venganzas.

¡ Cuánta tiranía !

¿ Quién, de estas andanzas
sacarme podría ?

D. BART.

No quiero escucharte ;
pero saber quiero
si llegóse a hablarte
Fígaro el barbero.

ROSINA

¿ Celoso de ese hombre ?

D. BART.

Celoso, no digo...

ROSINA

¡ Un hombre sin nombre,
un casi mendigo !

Si un hombre, por serlo
ya debe agradarme,
¿ cómo vos, con serlo,
no podéis lograme ?

D. BART.

Es que las mujeres,
siempre caprichosas,
ponen sus quereres,
hay casos, en cosas...

ROSINA

¡ No sufro ya tanto !

D. BART.

Yo sufro por tonto.

ROSINA

Es mucho quebranto,
y os juro que pronto
haré del barbero
correo de amores,
y aunque rabiéis, quiero
probar sus dulzores.

(Se va.)

ESCENA V

DON BARTOLO y DON BASILIO

D. BART. Mi caro don Basilio, ¿ qué de bueno ?

D. BASIL. De bueno, poca cosa, don Bartolo.

D. BART. ¿ Venís a dar lección a mi pupila ?

D. BASIL. Menos urgente es eso que lo otro.

D. BART. ¿ Y qué es lo otro ?

D. BASIL.

Cosa poco grata.

D. BART. ¿ Para ti ?

- D. BASIL. Para vos.
- D. BART. Pues sé expedito.
- D. BASIL. El conde de Almaviva está muy cerca.
- D. BART. Tal vez aquí en Sevilla. ¿Lo adivino?
- D. BASIL. Ojo clínico, dais con el diagnóstico.
Es fuerza que indiquéis el tratamiento,
pues si Almaviva...
- D. BART. Ponte la sordina,
no escuche mi pupila tus acentos.
- D. BASIL. Aquí lo interesante es ver la forma
de conseguir que el conde se fastidie.
- D. BART. El conde ya no esconde sus intentos,
que son los de cargarme y aburrirme.
- D. BASIL. Si fuese un *quidam* de menguado seso
y de *nulla* influencia, se podría,
con cierta habilidad estropearle...
- D. BART. Buscándole camorra y...
- D. BASIL. ¡Mala esgrima!
Meterle en un embrollo de papeles
es más seguro, y, embrollado, hundirle
en el pozo sin luz de la calumnia.
- D. BART. Manera singular.
- D. BASIL. Siempre infalible.
La calumnia, doctor, è un *venticello*
que corrompe al instante lo más sano.
El sumo inverosímil fructifica,
si es calumnioso, en el magín del vago
y se extiende y propaga por el ocio
de los desocupados, cuyas lenguas
pregonan, diligentes sólo en eso,
la mentira dañosa que envenena.
Primero, un rumor leve, que rozando
como la golondrina a ras del suelo,
así que la tormenta se avicina,
susurra *pianissimo* el concepto.
Más tarde, *piano*, va de boca a oído
y la semilla siembra : sólo falta
que, germinando allí, se desarrolle
y, *rinforzando* aquel rumor se vaya.
Súbito vuela, cual si el diablo mismo
en sus alas quisiera conducirle
y se propaga y silba : y crece el *chorus*

de la opinión, que en un *crescendo* fine, capaz de ahogar por siempre la pureza del más sano vivir, y... el... *agraciado* con odio y maldición, al fin se rinde sin que ose protestar.

D. BART. ¿Y qué canastos tienen que ver *piano* y *pianissimo* y *crescendo* y el *chorus* de que me hablas con el caso del conde y mi pupila?

D. BASIL. Mucho tienen que ver; si no se acaba (no descuides el caso, don Bartolo) de anudar el cordón del himeneo, puede el conde, tirando de algún cabo, atarse y a Rosina, en lazo estrecho.

D. BART. ¡Por Esculapio, que me pasma el numen de mi señor Basilio! ¿Distes a olvido ya la misión que te encargué con prisa?

D. BASIL. No; pero anduve escaso de efectivo
(Marcando dinero.)
y ha de tomarse en cuenta el gran trabajo que un evidente desafuero impone y un matrimonio desigual... difícil... disonancias que el oro deja en orden.

D. BART. Toma, avariento. (Dándole dinero.)

D. BASIL. (Tomando el dinero.) Bien. ¿Es un piropo? No hay como esta batuta para darle el compás a la orquesta de la vida y hacer que *il tempo allegro* no retarde. Adiós.

D. BART. ¿De noche vienes, don Basilio?

D. BASIL. No me esperéis de noche, don Bartolo.

D. BART. Con Dios y diligencia te encomiendo para llegar de mi deseo al logro.

(Acompañándole a la puerta.)

D. BASIL. No os molestéis, daré con la salida.

D. BART. Es que quiero impedir alguna entrada.

D. BASIL. En tal caso...

D. BART. Una llave me asegura la prenda más querida de mi casa. (Vanse.)

ESCENA VI

FÍGARO, saliendo del cuarto.

FÍGARO Segura está Rosina bajo llave...
 Segura... como el agua en una cesta.
 Evitar no podrás que al salir Fígaro
 dé entrada al de Almaviva, que ya acecha,
 ni logrará el mal clérigo su intento
 de burlar con calumnias lo acordado
 entre un barbero astuto, una doncella,
 y un galán atrevido y temerario.

ESCENA VII

FÍGARO y ROSINA, que sale muy nerviosa.

ROSINA ¿Aquí todavía?
FÍGARO Bien presto se advierte.
ROSINA ¡ Oh ! Virgen María...
FÍGARO ...tus ojos convierte
 a nos que pecamos,
 aunque sin malicia
 y de Ti imploramos
 gracia y no justicia.
ROSINA No juegue el barbero
 con jaculatorias.
FÍGARO Pues oíd primero
 noticias... notorias.
ROSINA ¡ Presto !
FÍGARO Don Bartolo
 y el viejo organista,
 con malicia y dolo
 vistos por mi vista
 y oídos de oídos
 que estaban atentos
 y no sorprendidos,
 con torpes acentos,
 tramaron el daño
 de un par de donceles

y o mucho me engaño
o trueco yo en mieles
sus hieles de amores,
burlando la trama
de aquellos señores
y honrando mi fama.
ROSINA ¿Cuál es la pareja?
FÍGARO Lindor y Rosina.
ROSINA Me quedo perpleja.
FÍGARO Perpleja y divina.
Quiere don Bartolo
su boda inmediata
y en un día sólo...
ROSINA ¡La pena me mata!
FÍGARO ...dispone el enlace,
pero no ha contado
con que no le place
a cierto avisado
sangrador, barbero,
guitarrista y tuno,
que apunta certero
cual otro ninguno.
No tema la niña,
que yo le prometo
vendimiar la viña,
si guarda el secreto.
ROSINA Ya vuelve el tirano
por la escalerilla ;
marchaos.
FÍGARO No en vano
me llaman ardilla. (Vase corriendo.)

ESCENA VIII

ROSINA y BARTOLO

ROSINA ¿Habéis tenido visita?
D. BART. La he tenido muy reciente.
ROSINA ¿De algún próximo pariente?
D. BART. No fué pariente, chiquita.
ROSINA ¿Y sería impertinente

- que su nombre os preguntara?
D. BART. Cosa sería más rara
que una mujer, imprudente
y curiosa, no indagara.
ROSINA ¿Mas... quién os ha visitado?
D. BART. Don Basilio, el organista.
ROSINA ¿Don Basilio? Dios me asista
y de esta casa alejado
quede fuera de mi vista.
D. BART. ¿Y... el barbero guitarrista
vino aquí a encalabrinarte?
ROSINA (Todo lo echa a mala parte.)
D. BART. ¿Es que intenta tu conquista
usando de su mal arte,
o desea engatusarte
por un galán advertido
que concibe el atrevido
propósito de engañarte,
una vez te haya perdido?
Pues creo haber comprendido
que estáis en correspondencia.
Y para evitar pendencia
me aprenderás cómo ha sido
que hayas tu dedo teñido
de tinta. (Tomándole el dedo manchado.)
ROSINA (¡Ya no hay paciencia!)
A vos la sobra de ciencia,
vivir os hace escamado.
Pues la tinta, por prudencia
la apliqué al dedo quemado.
D. BART. ¿Y este pliego que, restado
de cinco que aquí tenía,
(pues un cuadernillo había)
cuatro, tan sólo, ha dejado,
de qué sirvió?
ROSINA ¡Qué porfía!
Para fígaro en su día,
porque a su prima obsequiara,
envolví unos pastelillos
y así la ausencia se aclara.
D. BART. ¡Cuál te traiciona tu cara! (Irónico.)
Y se ve que al remitillos

- pusiste la dirección :
una buena precaución
para poder recibillos
en seguro y en sazón ;
y eso ha dado la ocasión
de mojar la pluma en tinta
y así la encuentro distinta...
- ROSINA ¡ Jesús, qué imaginación !
- D. BART. ¡ Si tu falta en rubor pinta !
- ROSINA Lo que mi mejilla entinta
no es el rubor de la culpa.
- D. BART. Que doña Verdad exculpa
en tu cara embuste y dolo
puede explicarse tan sólo
por prevención del que inculpa,
a fe de tutor Bartolo.
- ROSINA Si a vuestros celos me inmolo
y me callo lo ocurrido
quedará desconocido
lo que por un viejo bolo
esa pluma ha reteñido.
- D. BART. Dime cuál la causa ha sido
- ROSINA El dibujar una flor
para bordarla mejor,
pues se había desteñido.
- D. BART. Toda alabanza y loor
esos recursos merecen,
aun cuando a mí me parecen
prendas de mal pagador
que garantía no ofrecen
y hacen la duda mayor.
- ROSINA Mas será mucho peor
si no descubro y me callo,
que esa rosa, con su tallo,
la dedico a mi tutor.
- D. BART. Pues caigo de mí... caballo
(no siempre he de ser jumento)
y mis excusas presento
porque... es peor meneallo.
- ROSINA (No carece de talento.)

CONDE No aminoréis las defensas.
D. BART. ¿No asamos y ya pringamos?
Al asunto y ¡vivo!

CONDE Sea.
D. BART. ¿Y qué es eso que ocultáis?

(Observando que el conde oculta la carta.)

CONDE Lo que no quiero que vean.
D. BART. ¡Mi filiación! ¿Soy un quinto?

CONDE Si lo fueseis, bueno fuera.

D. BART. Por...

CONDE Porque no hay quinto malo.

D. BART. Suprimid las indirectas.

CONDE Oíd vuestra filiación :
esférica la cabeza,
ojos que parecen puntos,
cual paréntesis las piernas,
circunflejo del derecho
hombro, aunque torcido sea ;
de admiración la nariz,
interrogantes orejas
y la boca entre comillas,
y suspensivos se aprecian
los desvencijados dientes.

D. BART. ¡Debo armarme de paciencia !

CONDE No porque estéis vos delante
que detrás igual dijera.

D. BART. ¡Al grano !

CONDE Pues voy al grano :
y el grano, es, esta boleta
de alojamiento, que dice :

(Dándosela.)

D. BART. (Rechazándola.) Es que no puedo leerla.

CONDE ¿Doctor y leer no sabe?

D. BART. Dejaos de impertinencias.

Vos ignoráis que yo estoy
exento de la gavela
de alojamientos.

CONDE (Airado.) ¡Mil bombas !

¡Maldita mi suerte perra !
Sabed que también doctor
soy como vos, y en tal ciencia.

D. BART. ¿Cómo, cómo?

CONDE Como digo.
Yo también curo, y es esa
la razón de que me alojen
en la casa de un colega.
D. BART. ¿Médico sois?
CONDE Cirujano :
soy veterinario.
D. BART. ¡ Fuera
de mi vista y al momento
idos a tratar con bestias !
CONDE ¿Y qué hago más que tratarlas?
D. BART. ¡ Insolente ! Que un albéitar
se compare, nada menos,
con un doctor de la ciencia
más beneficiosa y útil...
CONDE Sí ; para los que la ejerzan.
D. BART. ...¡ Cuyos aciertos alumbró
el sol de una fama eterna !
CONDE Y cuyos yerros, piadosa,
oculta la madre tierra.
D. BART. Sois un tuno deslenguado.
CONDE Que tiene larga la lengua
para decir claridades
de veras cuando son veras.
D. BART. ¡ Ya mi paciencia se agota !
CONDE ¡ Ya se agotó mi paciencia !
D. BART. Salid de casa.
CONDE No salgo.
D. BART. Saldréis de grado o por fuerza.
CONDE Y es mayor la de mis puños,
calculad lo que os espera.
(Con voz alta los dos y disponiéndose a pelear.)

ESCENA XI

Dichos y ROSINA

ROSINA ¡ Por Dios Santo !
CONDE Se me insulta y probar debo
que un soldado es un valiente.

D. BART. ¿Por ventura ser paisano y ser cobarde es sinónimo? Pues llegue a iniciarse de la lucha el primer choque y veráse quién más hiere.

ROSINA El que guarda la tizona ante una dama, honor logra.

CONDE Razón tiene ;
ella hermosa y yo cortés, la inteligencia ha de resultar patente.

ROSINA ¿En qué puedo complacer al buen sol-
[dado?

CONDE En oírle y comprenderle
animado de propósitos benignos.
Sólo pido que **comprueben**
la exención de alojamiento, fácil cosa.

D. BART. Voy, Rosina, a complacerle

(Vuelve la espalda y se dirige a un mueble.)

CONDE (Sin moverse.) ¡ Ay, Rosina idolatrada !

ROSINA ¡ Lindor mío !

CONDE Aceptad este billete.

ROSINA Nos observan.

CONDE El pañuelo aproximadme.

D. BART. No tolero que se acerquen
a mi esposa.

CONDE ¿ ¡ Vuestra esposa ! ?

D. BART. ¿ Qué pensabais ?

CONDE Yo os tomaba, seriamente,
por abuelo o bisabuelo de esta niña.

D. BART. (Leyendo.) « Por el poder que confiere... »

CONDE ¡ Qué monserga de lectura esa lectura !

D. BART. Voy a disponer que os echen.

CONDE ¿ Buscáis guerra ? Venga guerra ; es mi
[elemento,

me entusiasma y me divierte.

Supongamos que aquí se halla el ene-
[migo

y al otro lado del puente...

(A Rosina, mostrándole la carta.)

(El pañuelo.) (Alto.) Ya nos hemos pre-
[parado.

(Rosina saca el pañuelo y el conde deja caer la carta entre ambos.)

D. BART. (Agachándose.) ¡Hola, señor soldadete!
CONDE (Recoge la carta.)

Con belleza y discreción, raro consorcio,
todo conseguirse puede.

D. BART. Esa carta, quiero verla.
CONDE

Señor mío,
es indiscreción no leve
intentar la violación de algún secreto ;
pues de su bolsillo fuese,
a su punto ha de llegar y al punto llega,
ya que es lógico que llegue.

(Entrega la carta a Rosina, que la toma y guarda en
un bolsillo del delantal.)

ROSINA Agradezco la fineza : aunque esta carta
ningún misterio merece.

D. BART. Alejaos ; si la muerte me escuchara...
CONDE ¿Sería ingrata la muerte
con quien tantos beneficios le produce?
No hay temor que nada os niegue.

(Vase.)

ESCENA XII

ROSINA y DON BARTOLO

D. BART. Por fin se marchó el beodo.
(Conviene disimular.)

ROSINA Pero debo confesar
que no es grosero del todo.

D. BART. No sé qué más grosería
se le pudiera pedir
que las que ha dado en decir.

ROSINA ¡Con qué gracia las decía !

D. BART. A mí maldita la gracia
que logró hacerme el indino
quien habrá, para su vino,
de acudir a la farmacia.

ROSINA Pues a mí la borrachera
me pareció farsa pura.

D. BART. ¿Tú qué entiendes, criatura?
Yo sé bien que es verdadera.

Y es una dicha, te fío,
que nos hayamos librado
de ese tal desvergonzado
de padre y muy señor mío.

(Transición.)

ROSINA ¿Pero qué papel te dió,
 recogiéndolo del suelo?
Ya de los celos el celo
los recelos despertó.
D. BART. No son celos ni recelos ;
 es mera curiosidad.
ROSINA Vicio femenino, ¿verdad?
D. BART. Hago testigo a los cielos.
 ¿Cómo llegó a ti el papel?
ROSINA Mi buen primo el oficial
 me lo remitió... ¡cabal !...
 por un cabo del cuartel.
D. BART. ¿Un cabo? De ver acabo
 que tienes poca pericia
 en asuntos de milicia
 y no creo lo del cabo.
 Dijeras un ordenanza...
 Pero apostara un doblón
 a que la trajo el bribón
 del albéitar.

ROSINA ¡ Eso es chanza !
Y pues de mí no os fiáis,
señor, lo recibo a ofensa,
siendo mi única defensa
negarme a lo que tratáis.
D. BART. ¿Esas tenemos, pupila?

(Por sus ojos.)

 Pues éstos han visto claro,
ROSINA En que persistís reparo.
D. BART. Di la verdad, anda, dila.
ROSINA O cejáis en tal propósito
 o para siempre me voy.
D. BART. Yo sí que voy, por quien soy,
 a evitar tal despropósito.

(Se dirige a la puerta y la cierra.)

ROSINA (Cambiando las cartas de bolsillo.)
Ya está ; ¡ respíro !

- D. BART. (Volviendo.) Veamos :
¿quieres mostrarme el escrito?
- ROSINA ¡ No, no, no y no ! lo repito.
- D. BART. Es lo que a resolver vamos.
- ROSINA ¿ Con la fuerza de qué ley ?
- D. BART. Pues con la ley de la fuerza,
sin que se quiebre ni tuerza,
que la fuerza es ley del rey.
- ROSINA ¡ Dios mío ! (Finge un desmayo.)
- D. BART. Va a desmayarse ;
(Toma la carta del bolsillo y lee.)
leamos rápidamente
por si acaso el accidente
no da tiempo de enterarse.
(La toma el pulso, coge la carta y volviéndose li-
geramente la lee, mientras Rosina le observa con el
rabillo del ojo, picareseamente. Cabecea y queda en
su posición primitiva.)
- ROSINA ¡ Ay de mí !
- D. BART. (A Rosina.) Di, ¿ cómo estás ?
(¡ Celos del diablo !) (Soltándole la mano.)
- ROSINA (En la misma postura.) ¡ Ay de mí !
- D. BART. Perdona si te ofendí,
pero ya no lo haré más.
(Disimuladamente vuelve la carta al bolsillo de Ro-
sina.)
- ROSINA ¿ Dónde estoy ? (Como volviendo del desmayo.)
- D. BART. Junto al amado
que cayó a tus pies rendido.
(Se arrodilla.)
Toma, huele... nada ha sido.
(Mostrándole un frasquito.)
- ROSINA (Nada más que os he burlado.)
Me siento mejor.
- D. BART. Mejor
que te sientes y te sientas
y bondadosa consientas
si quieres probarme amor.
- ROSINA (Ingenua.)
¿ Lo veis ? Si con tales modos
me lo hubierais suplicado,
os habríais enterado

no de este papel, de todos.

Leed ya. (Dále la carta.)

D. BART (Rechazando.) Que me perdones ;
mas nada quiero saber.

ROSINA Me tenéis que complacer :
leedla.

D. BART. Digo que nones,
mi Rosina idolatrada.
¡ Ay, si pudieras amarme !

ROSINA (Con rubor.)
¡ Ay, si pudierais gustarme
fuera mi dicha colmada !

D. BART. Te gustaré : te lo juro.

ROSINA Pues no juréis, que es pecado
y, de haberos engañado...

D. BART. ¡ Te gustaré ! ¡ Estoy seguro !
(Vase rebotante de alegría.)

ESCENA ÚLTIMA

ROSINA

(Viendo cómo se aleja don Bartolo.)

¡ Te gustaré, decía, Lindor mío !

¡ Qué iluso el buen señor !

Veamos lo que al dueño de mi vida
le dicta el corazón. (Lee la carta y dice :)

Me encarga que provoque un altercado
con mi senil tutor,

y acabo de perder en este instante
preciso, la ocasión.

Rubores mi semblante carminaron
cuando el papel me dió.

¡ Bien dicen que no sé de los afectos
disfrazar el rubor !

Pero un celoso injusto y mal pensado,
le diera condición

a la inocencia misma, de traviesa.

¡ De él líbranos, Señor !

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

DON BARTOLO

D. BART. ¡Vaya un humor de todos los demonios!

(Remedando la voz de Rosina.)

¡Que marche don Basilio enhoramala!

¡No quiero recibir a don Basilio!

¡No sufro sus monsergas endiabladas!

(Con su voz natural.)

Tened una mujer a *tú qué quieres...*

Haced una mujer a *tú qué mandas...*

y un día os oponed a sus caprichos,
que con rigor la pícara os regala.

¡Por más que os desviváis por una her-
sus uñas de marfil... [mosa,

(Llaman a la puerta.) Pero... alguien llama.

ESCENA II

DON BARTOLO y CONDE, con ropas de bachiller.

CONDE La paz y el buen humor, alojamiento
encuentren, para siempre, en esta casa.

D. BART. ¿La paz y el buen humor? Bien se preci-
¿Qué se os ofrece? Hablad. [san.

CONDE Haceros gracia
de mi presentación : Soy don Alonso
Cepillo, bachiller...

D. BART. (Interrumpiendo.) No me hace falta
preceptor.

CONDE Don Basilio, el organista
del convento cercano, es quien me manda.
su discípulo soy el más querido,
y, como está obligado a guardar cama
por indisposición de... de un esófago...
y por disposición de su camándula
de médico...

D. BART. (Enojado.) ¡ Yo soy !

CONDE (Sin inmutarse.) Ya lo sabía.

D. BART. Osado bachiller... (Amenazador.)

CONDE (Grave.) Es que yo hablaba
de aquel que le asistió en el primer punto.
¡ Yo sé bien quién sois vos... (viejo chi-

D. BART. (Con fatuidad.) [charra !]
Entonces ya sabéis que soy...

CONDE Un pozo
profundo de saber... (artes y mañas.)

D. BART. Galante bachiller, tomad asiento.
(Muy amable, ofrécele una silla que retira en seguida.)
Aunque sería bien que no os sentarais,
pues vamos a salir ya que el paciente
de fijo que, impaciente, nos aguarda.

CONDE (¡ Una complicación que no previmos !
¿ Qué debo hacer ? ¡ Valor y pecho al
[agua !]

¿ Cómo he de permitir que, por tan leve
dolencia, así un doctor de la alta fama
de don Bartolo, se moleste ? ¡ Oh, nunca !
¡ Para mayor empresa el cielo os guarda !

D. BART. Decís muy bien. (Con fatuidad.)

CONDE (¡ Triunfé !)

D. BART. Pero Basilio
tiene derecho a mi asistencia ; en marcha.
(Dirigiéndose a la puerta.)

CONDE ¡ Que no ! (Deteniéndole.)

D. BART. (Idem, ídem.) ¡ ¡ Que sí ! !

CONDE (Mismo juego.) ¡ Que no !

- D. BART. (Idem, idem.) ¡¡ Que sí !!
CON. Y BAR. (¡ Cautela !)
- D. BART. (¡ Joven lagarto !)
CONDE (¡ Viejo zorro !)
- BAR. Y CON. (¡ En guardia !)
- CONDE Mandóme don Basilio a preveniros
de que... (Confidencial.)
- D. BART. Más recio hablad.
- CONDE (Gritando.) De que en la plaza
Mayor no vive el conde de Alnaviva
desde anteayer.
- D. BART. (Nervioso.) ¡ Por Dios, no gritéis ! ¡ Cáscaras !
- CONDE Por mí aprendió que el conde entrometi-
(A voces.) [do
se trasladó anteayer por la mañana..
- D. BART. ¡ Por Cristo, no gritéis !
- CONDE (Gritando.) Y también supo
don Basilio, por mí, que el conde estaba
corriendo por las calles de Sevilla,
corrido de buscarla y no encontrarla,
vos ya sabéis a quién ; y que ella escribe
al conde de Alnaviva amantes cartas.
- D. BART. ¡ Por Dios, por Cristo, por el diablo !
[¡ tiento !
Hablad, que me placéis, pero en voz baja.
Sentémonos y hablemos cordialmente.
(Se sienta y ofrece un asiento al conde, que se sienta
también.)
- CONDE Sentémonos.
- D. BART. (Después de mirar hacia el cuarto de Rosina.)
¿ Decíais que la ingrata...
escribe al pisaverde de Alnaviva ?
(El conde, como movido por un resorte, se levanta y
da un pisotón a don Bartolo. Vuelve a sentarse tran-
quilamente.)
¡ Que me pisáis !
- CONDE (Ingenuo.) Perdón, no será nada.
- D. BART. (¡ Paciencia !) Mas... las cartas de Rosi-
[na...
- CONDE Muy pronto, buen doctor, vais a tocarlas ;
para muestra un botón.

D. BART. (Impaciente.) Dádmela al punto.

CONDE (Me debo resolver para esa trama, que fuera el vacilar comprometernos y hacer que un nuevo intento fracasara. Un golpe magistral resultaría mostrar su escrito, si a Rosina hablarla conseguía primero: he de intentarlo.)

D. BART. Veamos.

CONDE Aquí está. (Entregando la carta.)

D. BART. ¡Quién sospechara !...

(Leyendo.)

«Así que me enteré de vuestros nombres y condición...»

(Recitado.) ¡Ya es cierta mi desgracia ! Su misma letra, estoy seguro. ¡ Ah, pér-
[fida !

CONDE A vuestra vez hablad en voz más baja.

D. BART. ¡ Ay, cuánto os deberé, mi dulce amigo !

CONDE Al final batiréis, señor, las palmas, si digno de ellas me juzgareis. Dice don Basilio, que presto redactadas por un jurisconsulto, de la boda vuestra estarán las eficaces cláusulas.

D. BART. ¿ Por un jurisconsulto ? (Admirado.)

CONDE Es muy posible que la hermosa resista, y si se daba un caso tal...

D. BART. (Con pesar.) ¡ Resistirá !

CONDE En tal caso

es cuando os puede ser útil la carta.

Y, para mayor fuerza, decir puedo que una mujer, por quien sacrificada Rosina fué, me la entregó. El despecho a vuestro beneficio ha de impulsarla.

D. BART. ¡ Bien veo que el que os manda es don
[Basilio !

Y a fin de que no lleve el caso, trazas de tramoya, conviene que a Rosina conozcáis de antemano.

CONDE Estas palabras responden al pensar de mi maestro : « ¡ Que veas tú a Rosina ! » me encargaba.

- Pero es tarde, doctor, y el tiempo apremia
- D. BART. Dirémosle a Rosina que se halla
enfermo don Basilio, y que os envía
a darla sus lecciones, mientras sana.
- CONDE Sí, bien ; pero esos cuentos de maestros
fingidos, son ardides que en las tablas
se ven todos los días ; son recursos
gastados en comedias y farándulas.
Si ella malicia. (Disimulando su contento.)
- D. BART. No, de ningún modo,
porque os presento yo y ella es muy cán-
[dida.
Voy a ver si os coloco frente a frente...
(El conde intenta replicar.)
¡ Ni una palabra más ! ¡ Ni una palabra !
(Vase.)

· ESCENA III

CONDE

- CONDE ¡ Libre, por fin respiro !
¡ Qué duro de pelar resulta el viejo !
Ventura que la carta
para pescar al pez fué el mejor cebo.
(Escucha)
Y dentro se disputan...
Mas... vienen hacia aquí. Desaparezco.
(Vase.)

ESCENA IV

ROSINA, DON BARTOLO. Luego, CONDE

- ROSINA ¡ Será inútil ! ¡ Será inútil !...
- (Paseándose agitada, fingiendo enfado.)
- D. BART. (Siguiéndola.) Pero, atiéndeme, Rosina.
- ROSINA ¡ Basta de músicas, basta !
¡ que me aburren, que me irritan !
- D. BART. Pero escucha... Es don Alonso

Cepillo, una maravilla
musical, que en tres lecciones
obra milagro a ojos vistas ;
testigo de nuestra boda,
con don Basilio, alma mía.

ROSINA ¡ Por Dios, no me llaméis eso
porque mis nervios se crispan !...
¿ Y en dónde está ese maestro,
que le ponga de patitas
en la calle?... (Ay, Dios ! ¡ qué miro !)

(Viendo al conde que se asoma ligeramente.)

D. BART. ¿ Qué te da ?

ROSINA (Simulando un desmayo.) ¡ Virgen Santísima !

D. BART. ¿ Nuevo ataque?... ¡ Don Alonso !

(Gritando.)

CONDE (Saliendo.)

¿ Me llamásteis ? (¡ Dios me asista !)

D. BART. Un ataque...

ROSINA (Natural.) ¡ Si estoy buena !
sólo que al volverme aprisa,
puse el pie en falso, y torcióse
y grité.

D. BART. Vuelvo en seguida ;

voy por un asiento blando. (Vase.)

ROSINA Buen Lindor...

CONDE Bella Rosina...

ROSINA ¡ Qué imprudencia !

CONDE Hablaros debo.

ROSINA Si os conoce, estoy perdida.

CONDE Vendrá Fígaro a ayudarnos.

D. BART. (Saliendo con ella.) En esta cómoda silla
siéntate, y calma absoluta ;
la lección será otro día.

ROSINA (Afuera.) Perdonadme mi arrebató
anterior, y, agradecida,
daré la lección hoy mismo.

CONDE (A don Bartolo.) (Acceded, que ello es polí-
[tica.]

D. BART. (Resolviéndose.) Da tu lección, si es tu gus-
[to,

y hasta yo, en tu compañía
la escucharé.

ROSINA

¡ Si os aburre
la música !...

D. BART.

¡ Me cautiva,
cuando brota de tus labios !

ROSINA

(¡ Qué suplicio !)

CONDE

(¡ Qué agonía !)

D. BART.

Principiad. (Sentándose cómodamente.)

CONDE

¿Cantamos esto?

(Tomando un papel de música.)

ROSINA

Sí, es una pieza lindísima.
de *La precaución inútil*.

CONDE

Es lo más nuevo del día :
Una imagen primorosa,
un perfume de caricias,
de la primavera.

ROSINA

Un rayo
de sol, que el alma ilumina,
un balido de recuerdos,
un arrullo de sonrisas,
un gorjeo de ternezas...
Cuando el invierno termina,
y perfumes y colores
en los arcanos palpitan,
se hace el alma más sensible.
Tal el esclavo que ansía
libertad, entre cadenas,
siente renacer su vida
de la libertad al beso.

D. BART.

¡ Siempre con romancerías !

(El conde se sienta al clavicordio y acompaña a Rosina.)

Cantado

ROSINA

Cuando se ufana
con flor temprana,
al nacer, la primavera,
y los pastores,
de los amores
buscan el buen manantial,
y la hechicera,
gentil zagala,

del romeral
encanto y gala,
con su cordera
gusta el divino panal
del beso primaveral,
¡Ay, Lindor, el buen Lindor,
suspiro exhala
por gustar el dulce amor
de su gentil zagala,

(El conde besa la mano a Rosina, que enmudece. El silencio despierta a don Bartolo, que durmióse ya al principiarse la canción. El conde y Rosina, prosiguen vivamente el aria en el verso final.)
de su zagala.

Recitado

ROSINA (Al conde.) Sed sincero, ¿qué os parece?
CONDE De vos me parece digna.
D. BART. Sospecho que me he dormido...
No lo extraño... es la fatiga...
¡Qué canción más hechicera !...
(Se oye la voz de Fígaro.)
Aquí está Fígaro.
CONDE ¡Albricias !

ESCENA V

Dichos y FÍGARO, que entra, formulando una reverencia

D. BART. Pasad, barbero, pasad sin pena,
¡que en esta casa la hicisteis buena !
A mis criados me los purgasteis,
me los dormisteis, me los sangrasteis,
y hasta a mi mula, que sufre de asma,
la vi en los ojos un cataplasma.
Ya os aseguro, señor barbero,
que sois gracioso como el primero.
(Durante el curso de esta escena, el conde hace esfuerzos para hablar a Rosina, cosa que le impide la recelosa vigilancia de don Bartolo, lo que motiva una

escena mimica de todos los actores, ajena al diálogo de don Bartolo y Fígaro.)

FÍGARO Mi madre siempre me lo decía,
y, ved qué cosas, no la creía.
¡ Soy muy celoso dentro del cargo !

D. BART. Yo me lo cargo, y esto es lo amargo.
¿ Y cuándo cobro, señor barbero,
los cien escudos que antes os di ?

FÍGARO Prefiero
deberlos siempre, mi don Bartolo,
que no negarlos un punto solo.

D. BART. ¿ Cómo a la prima le han parecido
los dulcecitos que le han llovido ?

FÍGARO Pero ¿ qué dulces... ? ¡ No sé explicar-
me !...

D. BART. ¡ Pobre Rosina ! ¿ Tú a mí engañar-
me ?...

(A Fígaro.)

Le habrán gustado los dulces, mucho.
¡ Y metiditos en cucurucho !...

ROSINA (A Fígaro.) ¿ A vuestra prima no la entre-
gasteis
aquellos dulces que os di, y llevasteis ?

FÍGARO (Comprendiendo.)
¡ Sí, aquellos dulces... ! De ellos hubie-
ra...

D. BART. ¡ Se los comía como una fiera !...
Señor barbero, bonito oficio,
si honra rindiera cual beneficio.
¿ Qué industria os trae ? ¿ seréis correo
de unos amores de devaneo ?

FÍGARO ¿ Como un bendito queréis que parta
para que, libre, curséis la carta ?...
Vengo a raparos, que es hoy el día.

(Gritando)

D. BART. ¡ El trapo, el agua, jabón, bacía !
Ahora gritadles, cuando, molidos
por vuestras gracias, están dormidos.

FÍGARO No hay que apurarse, yo iré por todo.
Dadme el llavero.

D. BART. (Desátae el manojo de llaves ; pero reflexiona y
dice.) Yo iré.

FÍGARO (Contrariado.) No hay modo
de sorprenderle, de fastidiarle ;
pero a ese pillo, yo he de pillarle.
D. BART. (Marchándose.) (Yo os aseguro, señor bar-
bero,
que he de dejaros por majadero.)

ESCENA VI

ROSINA, CONDE y FÍGARO

FÍGARO Esta segunda ocasión
también se nos ha escapado.
¿Entre las de su llavero
no está la llave que ansiamos?
ROSINA Es la más nueva de todas.

ESCENA VII

Dichos y DON BARTOLO

D. BART. (Volviendo.) (Señor que no sé lo que hago,
dejando solo al barbero,
con Rosina.) (Dando el llavero a Fígaro.)
Allá en mi cuarto
encontraréis lo preciso
para afeitarme.
FÍGARO (Tomando el llavero.) ¡ Qué diablos !
Dios proteja a la inocencia.) (Vase.)

ESCENA VIII

ROSINA, CONDE y DON BARTOLO

D. BART. (Bajo al conde.)
Sabed que ese es el taimado
que llevó la carta al conde.
CONDE (Bajo a don Bartolo.)
¡ Qué me decís !... ¡ Oh, qué escándalo !

ROSINA Y de mi lección, ¿qué hacemos?
 Estáis en voz baja hablando...
 ¡qué galantes !

(Oyese un gran ruido de vasijas quebradas.)

D. BART. (Gritando.) ¡ Dios, qué ruido !...
 Será ese barbero bárbaro...

(Vase corriendo.)

ESCENA IX

ROSINA y CONDE

CONDE El momento aprovechemos
 que la industria nos depara,
 del buen Fígaro. Esta noche,
 no puede ser aplazada,
 es necesario que hablemos,
 imprescindible ; mañana
 sería tarde, Rosina.
 La esclavitud amenaza,
 y, para quebrar sus hierros,
 subiré por la ventana.
 Pero descuidé advertiros
 referente a vuestra carta...

ESCENA X

Dichos, DON BARTOLO, FÍGARO y al final DON BASILIO

D. BART. ¡ Todo en el suelo hecho añicos !
 Salta a la vista, barbero,
 qué hacéis por hacernos ricos.

FÍGARO Fué sin querer, caballero.

D. BART. ¡ Ya eso sólo nos faltaba !

FÍGARO Si está cual boca de lobo...

Yo buscaba y no encontraba...

D. BART. Por bobo.

FÍGARO (Con fingido enfado.) ¿ Dijisteis bobo?...
 No os causaré más quebranto,

ni os vendaré la garganta...

(Entra don Basilio.)

ROSINA
CONDE
FÍGARO

(Azorada.) ¡ Don Basilio !)

(¡ Cielo santo !)

(¡ Tiró el diablo de la manta !)

ESCENA XI

Dichos y DON BASILIO

D. BASIL.

Muy buenas tardes,
señores míos.

D. BART.

Cuánto celebro,
restablecido
por suerte hallarte
y en este sitio.
Ya don Alonso
llegó y me dijo
que te vió en cama,
de escalofríos
presa, y de fiebres
y de delirios.

Quise ir a verte,
pero él no quiso.

D. BASIL.

¿ Qué don Alonso?...

CONDE

(Dominándole con la mirada.)

¿ Qué, don Basilio?

D. BASIL.

(¡ Yo no comprendo,
yo no me explico.)

FÍGARO

(Impaciente.) Siempre hallo estorbos
para mi oficio.

D. BASIL.

¿ Sabré, señores,
las de este lío
causas ocultas?

(Mirando a todos.)

CONDE

(Con aplomo.)

Llévole dicho,
que, por encargo
vuestro, he venido
para sacaros
del compromiso
y unas lecciones

- darla, en estilo
vuestro, a Rosina.
- D. BASIL. (Admirado.) ¡Válgame Cristo!
que unas lecciones...
- ROSINA (A don Basilio.) No arméis un cisco;
callad.
- D. BASIL. (¡Hasta ella!)
- CONDE (Bajo a don Bartolo.)
Que convenidos
nos encontramos,
a flor de oído
decidle.
- D. BART. (Bajo a don Basilio.)
Es fuerza
no desmentirnos,
y que le tomen
por tu discípulo.
- D. BASIL. (¡Yo no comprendo,
yo no me explico!) (A don Bartolo.)
Vengo a informaros
de que el ladino
conde, ha mudado
de domicilio.
- D. BART. (Bajo.) Ya lo sé, y calla.
- D. BASIL. (Id.) ¿Quién os lo ha dicho? ..
- D. BART. (Id.) El, está claro.
- CONDE (Id.) ¡Claro que él mismo!
- ROSINA (Bajo a don Basilio.)
¡Ni una palabra!
- CONDE (Bajo a don Basilio.)
¡Ni un monosílabo!
- FÍGARO (Bajo a don Basilio.)
¿Es que sois sordo,
scó entrometido?
- D. BASIL. (Estupefacto.) (Yo no comprendo,
yo no me explico!) (A Fígaro.)
(¿Quién el chasqueado
resulta, Fígaro?)
- FÍGARO (A don Basilio.)
(Buscad, que es uno.)
- D. BART. Dime, Basilio:
¿qué hay de mi boda?

¿qué dice el pícaro
jurisconsulto?

D. BASIL.

(¡ Yo no me explico
yo no comp. endo...)

CONDE

¿No le habr. is visto?

(Alto a don Bartolo.)

Delante de ella,
sed más político,
callad.

D. BART.

(¡ Ya entiendo !)

(Alto, transición.)

Pero, ¿qué ha sido
lo de tu ataque?...

COND-

Quedasteis rígido.

(Dominándole con la mirada.)

¿Verdad, maestro?

D. BASIL.

(Cediendo.) ¡ Verdad, discíuio !

(¡ Yo no comprendo,
yo no me explico !...)

CONDE

(Entregándole un bolsillo lleno.)

(Tomad, guardaos
este bolsillo.)

D. BASIL.

(Bien.)

(Lo toma y guarda.)

CONDE

(Alto.) Don Bartolo

quiere deciros,
cómo, con fiebres,
habéis salido.

ROSINA

¡ Por Dios ! volveos,
que estáis malísimo.

¡ Pronto a la cama !

FÍGARO

(Tocándole.) ¡ Si estáis más frío
que el aguanieve !...

CONDE

¡ Sí, repitámoslo

¡ Pronto a la cama !...

D. BART.

Y anda con tino,
porque estás débil
y acabadísimo.

FÍGARO

¡ Pronto a la cama !

D. BART.

Márchate vivo,
que a fiebre hiedes
que da fastidio.

¡ Pronto, a la cama !
yo lo prescribo.

ROSINA ¡ Pronto a la cama !
D. BASIL. (Enojado.) ¡ Ya es estribillo !
ROSINA Pobre maestro !
marchaos, idos...
TODOS ¡ ¡ Pronto, a la cama ! !...
D. BASIL. ¡ Jesús, qué gritos !
FÍGARO Y que os arropen
para que el quilo
sudeís.
D. BASIL. (¡ Dios santo !
qué torbellinos !...
¡ Yo no comprendo,
yo no me explico... !)
D. BART. ¡ Pronto, a la cama !
D. BASIL. Ya me retiro. (Mirándoles)
Me convencisteis.
¡ Sí, estoy gravísimo !
D. BART. Ya iré yo a verte ;
mi pobre amigo.
D. BASIL. (Lléveme el diablo,
si entiendo un pito.)
(Alto.) Muy buenas tardes,
señores míos.
CONDE ¡ Pronto, a la cama !
D. BASIL. (Con mi bolsillo.
¡ Ya lo comprendo,
ya me lo explico !...)
(Vase. Todos le acompañan, riendo)

ESCENA XII

ROSINA, CONDE, FÍGARO y DON BARTOLO

D. BART. (Con tono de suficiencia.)
Ese hombre no está muy bueno.
ROSINA Tiene los ojos nublados.
CONDE Y la frente sudorosa.
FÍGARO Y contraídos los labios.
ROSINA Yo observé que hablaba solo,
¡ Lo que somos, cielo santo !
FÍGARO (A don Bartolo.) ¿ Os determináis ahora ?

¿Por fin os coloco el trapo?...
(Coloca un sillón lejos del conde y Rosina y la presenta el trapo.)

CONDE

Antes de acabar, discípula,
será preciso enteraros
de unas reglas esenciales
para el completo adelanto
de vuestro arte. (Se acerca y la habla al oído.)

ROSINA

(Disimulando.) Ya os escucho.

D. BART.

(A Fígaro.) ¡Ni que lo hicieseis de encar-

FÍGARO

¿El qué? [go !...

D. BART.

Poneros delante.

para que no vea...

FÍGARO

(Interrumpiendo.) ...¿el cántico?

Si se tratase de un baile...

(Sujetándole el trapo al cuello.)

D. BART.

¡Yo sé bien de lo que trato !

CONDE

(Bajo a Rosina.) De la ventana la llave
poseo, y vendré a buscaros
a media noche.

ROSINA

(Bajo al conde.) Sed bueno.

CONDE

(Bajo.) Lo seré.

ROSINA

(Id.) Sed cauto.

CONDE

(Id.) Y cauto.

D. BART.

Permitid, pues creo que hablan.

FÍGARO

¡Ay ! ¡ay ! ¡ay ! (Llevándose las manos a los
ojos.)

D. BART.

¿Qué?

CONDE

¿Qué?

FÍGARO

Me ha entrado

no sé qué en el ojo izquierdo.

D. BART.

No os lo hurguéis ; voy a soplaros

FÍGARO

(A ti sí que te la soplan.)

(Toma don Bartolo la cabeza de Fígaro y por encima de ella observa a los enamorados, da un empujón al barbero y se aproxima a la pareja.)

CONDE

(A Rosina.) (Estad tranquila, y en cuanto a la carta que por Fígaro me mandasteis ; hace un rato anduve en tales aprietos, que para poder hablaros quedándome aquí...)

ROSINA

(¡ Silencio !)

FÍGARO

¡ Jem !... ¡ jem !... (De lejos, para avisar.)

CONDE

Pues temiendo el daño
de ver otra vez inútil
mi disfraz...

D. BART.

(Poniéndose entre ambos.) ¡ Nos disfrazamos !

ROSINA

(Asustada.) ¡ Ay !

D. BART.

(Irónico.) No te alarmes, Rosina.
Mas... ¿para qué molestaros?...

(Transición, enojado.)

¡ En mi presencia ultrajarme
de esta manera, gaznápiros !

CONDE

¿De qué os quejáis, don Bartolo?

D. BART.

De don Alonso, el Menguado,
rey de la truhanería.

CONDE

(A ver si le muelo a palos.)
Si sufrís tales sandeces,
don Bartolo, ya no extraño
que os repudie, de Rosina
la candidez.

D. BART.

No hay más cándido
aquí, que el doctor Bartolo.

CONDE

¿Y queréis uncirla al carro
del himeneo?...

ROSINA

¡ Qué infierno,
pasar los días al lado
de un Matusalén celoso,
con más conchas que un galápago,
que me tenga entre prisiones !
¡ No, jamás ! ¡ Primero el claustro !

D. BART.

(Asombrado.)
Pero... ¿qué escucho?... ¡ Dios mío !...
¡ Rosina !...

ROSINA

Os digo muy alto
que al primero que me libre
de vos, le daré mi mano
y mi corazón, y todo
mi caudal, viejo antipático. (Vase)

ESCENA XIII

FÍGARO, CONDE y DON BARTOLO.

D. BART. ¡ Su caudal ! ¡ Me enciendo en ira !
CONDE No queréis haceros cargo
de que una joven y un viejo...
FÍGARO Sólo tirarse los trastos
a la cabeza consiguen.
D. BART. ¡ Después de haberles pescado,
aún gallean ! Ganas siento...
(Amenazador.)
traidor barbero enigmático.
de...
FÍGARO Me marchó, que está loco.
CONDE ¡ Sí que está loco, me marchó !
FÍGARO ¡ Pobre loco !...
CONDE ¡ Loco el pobre !...
(Vanse.)

ESCENA ÚLTIMA

DON BARTOLO

D. BART. ¡ Loco ! ¡ Infames emisarios
del demonio, cuyo oficio
desempeñáis por malvados !
¡ Cargue el diablo con vosotros,
que sois bien dignos del diablo !
¡ Estos mis ojos lo vieron
y ellos pretenden negarlo !...
Voy a ver a don Basilio
por si el enredo aclaramos.
(Gritando:)
¡ Hola ! ¡ Venga uno cualquiera !...
¡ Pero si tengo acostados

a mis sirvientes !... Ya entiendo
tu traición, Fígaro zángano.
¡ Tal vez sí que acabe en loco,
pero de un loco, guardaos !...

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración. Es de noche. Se perciben ruidos de tempestad.

ESCENA PRIMERA

DON BARTOLO y DON BASILIO, que lleva en la mano un farolillo de papel.

D. BART. Pero ¿cómo es posible
que tú no le conozcas?

D. BASIL. Señor, os lo repito,
y aunque mil veces y otras
mil más lo preguntárais,
saldrían de mi boca
idénticas respuestas.

Explícome la cosa,
si el tuno os ha entregado
la carta delatoria,
por ser el tal, agente
del conde ; o, si se ahonda
en el pensar malicias,
acaso dé la norma
de ser el conde mismo.

A magnífica bolsa,
(tal fué la del regalo),
magnífica persona.

D. BART. Y tú ¿por qué aceptaste
presentes de la escoria?

D. BASIL. Palabra no entendía

de vuestra farsa loca,
y, en casos de difícil
juzgar, la fama abona
que el inclinarse al peso
del oro no desdora.

D. BART. Y dime tú : ¿ a Rosina
no hiciérasla tu esposa,
por un supremo esfuerzo?

D. BASIL. Si os he de hablar con tosca
sinceridad, os digo
que no : que es vana cosa
el poseer los bienes
si de ellos no se goza,
y opino que casarse
con hembra a quien se dobla
la edad, es exponerse...
a...

D. BART. ¡ Cuernos ! que me enojas.
Más vale que ella pene
mirándose mi esposa,
que no que yo perezca
de contemplarla en otras
manos, no de caricias,
de juventud más pródigas.

D. BASIL. Si en ello os va la vida,
casaos en buenhora.

D. BART. Así lo haré y hoy mismo,
en esta noche lóbrega.

D. BASIL. Abur, pues. Acostaos,
y cuando habléis a Rosa,
roedles bien los huesos
a todos, y con todas
las de la ley : calumnia
que algo queda, es axioma.

D. BART. Aquí las cartas tengo
que me entregó la hipócrita
solicitud del peje
que por el conde ronda.
Me indica, sin quererlo,
el uso que me importa
hacer de la tal carta.

D. BASIL. Pues manos a la obra.

Quedad con Dios, galeno.
No faltará una mosca
a las cuatro.

D. BART. ¡A las cuatro!

D. BASIL. Mi honor así os lo abona.

D. BART. ¿Por qué no algo más pronto?

D. BASIL. Porque no estará pronta la pluma del notario ; que existe otra persona que su servicio espera.

D. BART. ¿También para una boda?

D. BASIL. Sí; en casa del barbero,
de Fígaro.

D. BART. ; Me asombras !

D. BASIL. A su sobrina casa.

D. BART. Me pasma, pues el posma
no tiene tal sobrina.

Sospecho una tramoya
del perillán de Fígaro
y el don Alonso, insólita.
Vé a casa del notario,
que llegue, sin demora,
contigo.

D. BASIL. Voy al punto,
y, aunque descieran trombas,
le traigo, por serviros...

D. BART. Actividad y mónica.

D. BASIL. ¿Qué hacéis?

D. BART. (Encendiendo un farol.) Acompañarte,
que mis criados roncan
por gracias del barbero,
sus filos y sus drogas.

D. BASIL. Ya llevo farolillo.

D. BART. Hasta la puerta ; y toma
la llave, es la maestra. (Se la da.)
Te aguardo y serán horas
los minutos.

D. BASIL. Comprendo.

¡Así nadie os la roba! (Vanse ambos.)

ESCENA II

ROSINA, saliendo de su cuarto.

ROSINA Lindor no llega. Presumí que hablaban...
 ¿Me engañará Lindor?
 Hasta los elementos nos prestaban,
 benignos, su favor.
 ¿Me engañará Lindor? No, que rezaban
 sus labios, con fervor,
 una oración de amor, y perfumaban
 sus acentos en flor.
 ¿Me engañará Lindor? Si no llegaban...
 Se acerca mi tutor. (Intenta salir.)

ESCENA III

ROSINA y DON BARTOLO

D. BART. ¿Sin acostarte aún, cara Rosina?
ROSINA Aún sin acostarme, don Bartolo;
 pero dispuesta a retirarme al punto.
D. BART. Unos instantes sólo
 te suplico.
ROSINA No es súplica, es suplicio.
 ¿Hasta cuándo, señor, de mi tormento
 no os compadeceréis?
D. BART. ¿Yo atormentarte?
 Escúchame un momento.
ROSINA Hablaremos mañana. (¡ Si él viniera !...)
D. BART. ¿Conoces esta carta? (Se la muestra)
ROSINA (¡ Dios piadoso !)
D. BART. La conoces, ya sé; y amonestarte
 no quiero, generoso.
 Comprendo, dulce bien, que sin malicia,
 aunque con imprudencia, la escribiste,
 ignorando que el conde te vendiera.
ROSINA ¿El conde?
D. BART. En él creíste
 y en los cómplices viles que querían

hundirte del oprobio en el abismo,
tu ignorancia burlando y tu inocencia.

ROSINA ¿Existe tal cinismo?

D. BART. El conde de Almaviva dió tu carta
a una mujer que, por sus celos loca,
a mí me la entregó.

ROSINA ¡Mal caballero!

D. BART. Y vengarte me toca.

ROSINA Y Lindor que juraba...

D. BART. (¡Ah! Era Lindor.)

ROSINA ...que sin mi amor de pena moriría,
al conde me entregaba.

D. BART. Son infames.

ROSINA Señor, si todavía
mi mano apetecéis, tomad mi mano.

D. BART. Te juro que de gozo me enajenas.
Hoy mismo será un hecho nuestra boda.

ROSINA Aún no sabéis mis penas.
Saltando por aquella celosía
el pérfido Lindor vendrá aquí en breve,
pues Fígaro os robó, falaz, la flave.

D. BART. Que el demonio me lleve,
si no hago que les pongan en prisiones.

ROSINA ¿Y si vienen armados?

D. BART. Ya me alarmas.
Vete a tu cuarto y cierra bien por dentro.
Llamaré gentes de armas.

Descansa, mi Rosina, en mi promesa
de compensar tu amor con mis caricias.

ROSINA Olvidad, compasivo, que ignorante...

D. BART. Olvidado y ¡albricias!

Me voy, pero regreso sin tardanza.

ROSINA (¡Castigo mi flaqueza con tormento!)

D. BART. Muy pronto formaremos nuestro nido...
Con mis caricias cuenta...

ROSINA ¡Sí... sí... cuento!

ESCENA IV

ROSINA sola

ROSINA (Llorosa.) ¡ Sus caricias, sus amores... !
¿ qué me importan sus caricias,
sus amores, sus favores?
Mis lágrimas, mis dolores
serán todas mis delicias.
Pero él pronto va a llegar
y me resuelvo a fingir,
pues deseo descubrir
adónde iría a parar
si creyera su decir.
¿ Quién habría sospechado,
al oír sus juramentos,
que Lindor era un malvado
cómplice del malhadado
causante de mis lamentos?...
Ya se acerca... ¡ cielo santo !
Abrirá la celosía
y volverá a su porfía
para seguir el encanto
que ya perdió el alma mía. (Vase corriendo.)

ESCENA V

CONDE y FÍGARO, que, embozado, entra por la ventana el primero,
y hablando con el conde, que está fuera.

FÍGARO Huyó una persona.
CONDE (Fuera.) ¿ Un hombre?
FÍGARO Yo creo
que fuese Rosina.
CONDE (Fuera.) Que huyóse de miedo
al mirar tu facha.
FÍGARO La lluvia y los truenos
bastante no han sido
para deteneros.
Vigor de la sangre,

poder del deseo,
si el amor te empuja
vuelas más que el viento.

CONDE

FÍGARO

Tomad. (Se la da y la toma el conde.)

CONDE

Ya la tengo ;
ya subo, ya paso,
ya estamos adentro.

(Entra por la ventana con sombrero y larga capa
que cubre su rico traje.)

¡ Nuestra es la victoria !

FÍGARO

Colados nos vemos.

CONDE

Pero más calados.

FÍGARO

Y de agua hasta el tuétano.

CONDE

¿ Podré convencerla,
vencer sus recelos
y hacer que nos siga?...

FÍGARO

Que nos siga haremos.

CONDE

De audaz tildárame.

FÍGARO

Tildadla, sin miedo,
de cruel ; las mozas
se pirran por eso.
Y en última instancia
decid, verdadero,
el nombre elevado
de conde, que es vuestro,
y desvanecido
quedará el recelo
que inspirar pudiera
tan fútil enredo.

CONDE

Y al fin el notario
lucirá el misterio,
uniendo dos almas
con lazos estrechos

ESCENA VI

Dichos y ROSINA

(Figaro enciende todas las bugías de la mesa.)

CONDE Aquí está... Bella Rosina.

ROSINA (Dominándose y con afectada formalidad.)

¡Lindor, mi amado Lindor!

CONDE Tu belleza diamantina,
 se ilumina

con destellos de rubor.

¿De Lindor, el desdichado,
vas a compartir la suerte?...

ROSINA ¡Lindor, mi Lindor amado!

(Cuide Rosina de dar a cada uno de sus versos el
adecuado matiz.)

CONDE ¿Por qué, osado,
te amé, sin darme la muerte?
Pero juro a tu candor,
mi Rosina venerada...

ROSINA ¡Lindor, mi amado Lindor!...

CONDE ...que de honor
te conduzco a la morada.

¡Soy un triste abandonado
de abolengo y de fortuna...

ROSINA ¡Lindor, mi Lindor amado!

CONDE ...que, hechizado,

te adoró al claro de luna,
y en las redes de tu amor
amaneció prisionero.

ROSINA ¡Lindor, mi amado Lindor.

CONDE Gaya flor... (Atrábillandose.)

ROSINA (Indignada.)

¡Oh! ¡callad! ¡mal caballero!
que al Amor habéis burlado
con palabras embusteras.

¡Ay, Lindor, Lindor menguado!
condenado

como me veo te vieras,
por villano embaucador.

¡Gaya flor! —¿Pero no atinas,

Lindor, menguado Lindor,
que soy flor
la más pródiga en espinas?
Antes de verte entregado
al remordimiento cruento,
¡Ay, Lindor, Lindor menguado!
que te he amado
sabrás para tu tormento,
sin reparar, burlador,
si eras pobre o potentado.
¡Lindor, menguado Lindor,
que, traidor,
este escrito has mancillado!
¿Le conoces? (Mostrándolo.)

CONDE

ROSINA

CONDE

¿Rescatado
tu billete bendecido?...
¡Ay, Lindor, Lindor menguado!...

ROSINA

CONDE

Entregado
por mí a don Bartolo ha sido,
sin lograr, por mi dolor,
comunicarte la trama...
¿Lindor, es verdad, Lindor?

ROSINA

...que yo, autor,
elegí para mi drama
con desenlace obligado
de rapto y de casamiento.
¡Lindor, mi Lindor amado,
me arrepiento,
con pesar, de haber dudado,
ciega el alma, de tu amor!
Pero ¿el conde de Almaviva
me dirás quién es, Lindor?

FÍGARO

Por favor,
contempladle, sensitiva.

(Fígaro, que durante el diálogo entre Rosina y el conde, habrá permanecido a un lado observando placentero, se adelanta y quita la capa al conde, quien aparece con las ricas vestiduras de su rango.)

CONDE

(Con pasión.) Soy el conde enamorado
que está en tus hechizos preso.

ROSINA

¡Ay, Lindor, Lindor amado!

FÍGARO (Cayendo dulcemente en brazos del galán.)
 (Volviéndose.) Ya ha soplado
 Cupido ; que vuela un beso.
 (El conde besa a Rosina en la frente, mientras Fígaro se acerca a la ventana.)
 Nuestro pícaro doctor
 ha descolgado la escala.
 ROSINA ¡ Todo lo sabe, Lindor !
 FÍGARO (Escuchando.) Un rumor
 llega confuso a esta sala.

ESCENA VII

Dichos, DON BASILIO y NOTARIO.

FÍGARO Nuestro notario llega, señor conde,
 y con él, don Basilio el organista.
 D. BASIL. (Admirado.)
 ¿Qué es lo que miro?... ¿Aquí?... Yo no
 [comprendo...]
 FÍGARO Saludaréis al conde de Almaviva.
 (Cámbianse reverencias.)
 NOTARIO Pues, ¿quiénes son los novios?
 FÍGARO (Señalando a Lindor y Rosina.) La pareja.
 CONDE (Al notario.)
 Recordaréis que en esta noche misma,
 de Fígaro a la casa, los papeles
 de mi boda, llevar, señor, debíais ;
 pero de don Bartolo la vivienda
 por de más rango, fué la preferida.
 ¿Traéis los documentos de mi boda?
 NOTARIO Aquí están, señor conde. (Mostrándolos.)
 D. BASIL. (¡ Se complica
 la cuestión, por momentos, ¿Y en mis
 [manos,
 esta llave maestra a ver qué pinta?
 ¿Para eso me la ha dado don Bartolo?]
 NOTARIO (Al conde, revolviendo papeles.)
 Obremos, gran señor, con exquisita
 corrección, pues poseo dos contratos.
 No confundamos, ¿eh?... Las prometidas
 (Leyendo.)

se llaman... la una, Rosa y la otra... Rosa también... Es que se trata de mellizas con nombre igual, de fijo, bautizadas.

CONDE. Sí; firmemos, notario, a toda prisa.

(A don Basilio.)

Y vos nos serviréis como testigo.

D. BASIL. ¿Que os serviré?

FÍGARO. No sé qué os maravilla.

D. BASIL. Pero es que no comprendo ni me explico...

CONDE. (Veamos si con esto se lo explica.)

(A don Basilio, entregándoselo.)

(Tomad este bolsón, y firmad presto.)

D. BASIL. ¡ Ah ! (Rápido toma el bolsón y se lo guarda.)

CONDE. ¿Me negáis, señor, tal cortesía?

FÍGARO. ¿Qué inconveniente halláis?

D. BASIL. (Pasmado.) Ninguno, pero si doy una palabra, se precisan razones de gran peso...

CONDE. ¡ Mis razones !

D. BASIL. Por ellas nada más, Basilio firma.

(Y firma, en efecto.)

ESCENA FINAL

Dichos, DON BARTOLO, ALCALDE, alguaciles y criados, con antorchas.

D. BART. (Advierte que el conde besa la mano de Rosina y que Figaro abraza grotescamente a don Basilio, y agarrando al notario por el cuello, grita:)

¡ Mirad a Rosina con estos bribones, con estos bergantes, con estos ladrones !

¿ Será en vano, alcalde? Prendedlos a to- y vayan atados de codos a codos. [dos

NOTARIO. Yo soy el notario.

D. BART. ¡ Seó estrafalarío !

NOTARIO. Señores, repito que soy el notario.

D. BASIL. Yo soy don Basilio, del claustro organista.

D. BART. ¿ Tú aquí con los otros? ¡ Ya no hay quien [resista !

D. BASIL. ¿ Por qué, don Bartolo, no hicisteis, pru- [dente,

- que yo averiguara que estabais ausente?
ALCALDE (Después de haber observado a todos.)
No hay tales ladrones, según lo que infie-
[ro,
que yo a éste conozco no más por barbero.
(A Figaro.)
¿Tú aquí, rapabarbas, y tan a deshora?
¿Por qué, me responde?
- D. BART. Por esta traidora,
sabida mi ausencia, llegóse el cobarde.
- FÍGARO Cerca estoy del día como de la tarde.
El conde Almaviva, me escuda y me abo-
[na.
- D. BART. ¡El conde en mi casa! ¿Qué diablo esla-
[bona
desdicha a desdicha? ¡Ya son muchas hie-
[les!
(Al conde.)
Y vos, de mi casa pasad los dinteles,
que no ha de valeros el alto abolengo.
¡De rey, en mi casa, los títulos tengo!
CONDE De nada me vale, lo sé don Bartolo;
me vale de Rosa la mano tan sólo.
(Se la toma y besa.)
Sabed que ha un instante nos hemos ca-
[sado.
Barbero y artista, los dos han firmado.
(Por Figaro y don Basilio.)
D. BART. (Asombrado.) ¿Tu firma, Basilio, pusiste al
[contrato?
- D. BASIL. Ya veis, don Bartolo, que no me recato.
- D. BART. Te habrán convencido con mañas y cuen-
[tos.
- D. BASIL. ¡Sí, en fin, del bolsillo se saca argumen-
[tos!...
- D. BART. No habéis de arrancarla jamás de mi casa,
ni vos ni las leyes. (Cogiendo a Rosina.)
- ALCALDE Los límites pasa
vuestra resistencia de lo conveniente.
¿O es que administrabais, tal vez, mala-
[mente
los bienes crecidos de vuestra pupila?

- FÍGARO Don Bartolo, calma, que ya voy por tila.
ALCALDE ¿Y teméis, acaso, presentar la cuenta?
CONDE Que a Rosina lleve, su tutor consienta,
y todos sus bienes daré por saldados.
FÍGARO Mas venga el recibo de aquellos presta-
[dos
escudos. No hagamos ninguna simpleza,
que si él la ha perdido, no yo, la cabeza.
D. BART. ¡No quiero!
ALCALDE Pues dadnos la cuenta.
D. BART. (Resignado.) Sí... quiero.
(Caí de narices en un avispero.)
D. BASIL. Podéis, don Bartolo, mostraros ufano,
que su oro no os lleva, si os lleva su mano.
D. BART. ¿Creéis que el dinero mi acción determi-
[na?
Lo quiero tan sólo por ser de Rosina.
FÍGARO (Al conde.) (Son de una camada.)
NOTARIO (Complicado.) No entiendo estas cosas.
¿Es que es una Rosa o es que son dos Ro-
[sas?
FÍGARO Nada más es una.
NOTARIO Pues ya me lo explico.
D. BART. ¡Y quité la escala, si seré borrico,
por tener mi enlace más asegurado!
¡Todo eso me ocurre por ser descuidado!
D. BASIL. Por ser insensato sufrís la derrota,
que amores de viejo, son arpa ya rota.
FÍGARO Cuando amor y juventud,
se conciertan contra un viejo
le ocasionan inquietud,
por osado, en su pellejo;
y si él impedirlo intenta,
sólo alcanza, en conclusión,
aprender, para su afrenta,
que es *inútil precaución*.

TELÓN

FIN DE LA OBRA

NOTAS

El autor de este arreglo ha suprimido de la obra original los dos personajes *La Jeunesse* y *L'Évêque*, de que Beaumarchais se vale para dos escenas del acto segundo, e en la supresión de las cuales, cree aquél que nada pierde la obra. El diálogo se ajusta regularmente al original, así como el orden de las escenas; pero se ha dado a la comedia, lo mismo que al carácter de *Figaro*, un soplo de espiritualidad de que el original carece.

Escasa dificultad hubiera ofrecido traducir o imitar, en su cara metrica, la composición que el autor francés escribió para ser cantada por Rosina, en el acto tercero; pero la extensión de aquélla y el no poseer la partitura, hicieron que se diese preferencia a la sonata de Mozart, que va impresa al final de la obra. Podrá cantarse cualquier otra canción, siempre que se ajuste a la descripción del conde y Rosina.



ERRATAS IMPORTANTES

Página 20, línea 11: *y lo que pienso te hablan y lo que hago*, por *y lo que pienso te hablan y lo que hablo*.

Página 25, líneas 2 y 3: *por jumento que soy*, por *¡me arrepiento, Señor!*

Página 27, línea 16: *¿cómo vos, con serlo*, por *¿cómo vos, con verlo...*

Página 33, línea 12: *Que doña Verdad exculpa*, por *Que doña Verdad esculpa*.

Página 45, línea 2: *(Me debo resolver para esa trama)*, por *(Me debo resolver por esa trama)*.

Página 50, línea 8: *los cien escudos que antes os di?*, por *los cien escudos que os di?*

PARTITURA

Allegretto *Piano* *El Barbero de Sevilla*

Cuan - do se u - fa - na

con flor tem - pra - na al na - cer la

pri - ma - ve - ra y los pas - to - res

Cuando se ufana
 con flor temprana,
 al nacer, la primavera,
 y los pastores

2

de los a-mo-res bus-can el buen
ma-nan-tial: y la he-chi-cie-ra
gen-til za-ga-la del ro-

de los amores
buscan el buen manantial:
y la hechicera
gentil zagala,

- me - ral en - can - to y ga - la
 con su cor - de - ra gusta el di - vi -
 - no pa - nal — del be - so pri -

del romeral
 encanto y gala,
 con su cordera,
 gusta el divino panal

The image shows a handwritten musical score on aged paper. It consists of three systems of staves. Each system has a vocal line (treble clef) and a piano accompaniment (treble and bass clefs). The lyrics are written below the vocal line. The first system has the lyrics "-ma - ve - ral" and "ay Lin - dor,". The second system has the lyrics "el buen Lin - dor - sus - pi - ro ex-". The third system has the lyrics "-ha - la," and "por gus - tar". The music is written in a simple, elegant style typical of 19th-century manuscript notation.

-ma - ve - ral ay Lin - dor,

el buen Lin - dor - sus - pi - ro ex-

-ha - la, por gus - tar

del beso primaveral.
¡Ay! Lindor el buen Lindor
suspiro exhala
por gustar el dulce amor

rit. 5

el dul-ça-a-mor se su gen-

rit:

-til za-ga-la se su za-

-ga — la

de su gentil zagala
de su zagala.

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|--|-----------------------------|
| La Princesa del Dollar | Los dos pilletes |
| La Ola gigante | D. Juan de Serrallonga |
| El señor Conde de Luxemburgo | El Rey Lear |
| Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | Espectros |
| El Sol de la Humanidad | Las Cigarras Hormigas |
| Zazá | El Registro de la Policía |
| Mujeres Vienesas | El vergonzoso en Palacio |
| Hamlet | La Fuerza de la Conciencia |
| Giordano Bruno | Aurora |
| El nido ajeno | Eva |
| El Rey | El Bufón |
| Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | El Cuchillo de Plata |
| Los Miserables | Nick Carter |
| La ladrona de niños | La Cena de los Cardenales |
| Los dioses de la mentira | ¡Justicia Humana! les |
| Cristo contra Mahoma | El Señor Feudal |
| Juventud de Príncipe | El veranillo de S. Martín |
| Juan José | El desdén con el desdén |
| La sociedad ideal | Cuento inmoral |
| La cizaña | Amor de amar |
| Entre ruinas | La dama de las camelias |
| La vida es sueño | La domadora de leones |
| Sabotage | Los dos sargentos franceses |
| Pasa la ronda | El Místico |
| Magda | García del Castañar |
| El Papá del Regimiento | La fierecilla domada |
| La viuda alegre | El honor |
| El Alcalde de Zalamea | El sí de las niñas |
| | María Antonieta |
| | El Conde de Montecristo |
| | Otelo |
| | El Barbero de Sevilla |

N.º 58

Joaquín Dicenta



DANIEL

Drama en cuatro actos y en prosa



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

DANIEL

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

DANIEL

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

ESTRENADO EN EL TEATRO ESPAÑOL, DE MADRID

EL DÍA 7 DE MARZO DE 1907



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

CESÁREA.	Sra. Guerrero
IRENE	Srta. Suárez
ANITA	Sra. Roca
JOSEFINA.	Srta. Bárcenas
LA GREÑUDA	» Cancio
BASTIANA.	Sra. Salvador
DOÑA CONCHA	» Bueno
DOÑA SOLEDAD.	» Bofill
LUISA	
ISABEL.	Srta. Martínez
AGUSTINA	» Riquelme
CLARITA	» Coterá
DANIEL.	Sr. Díaz de Mendoza (F.)
PABLO	» Díaz de Mendoza (M.)
PACORRO.	» Santiago
PEDRO	» Codina
LUIS.	» Soriano Viosca.
FERNANDO	» Guerrero
DON EDUARDO	» Carsí
DON LUCAS.	» Díaz.
NEMESIO.	» Urquijo
EL TENIENTE FERNÁNDEZ	» Vargas
ROQUE	» Cirera
ENRIQUE.	» Medrano
ANTONIO.	» Juste
CARLOS.	» Gayuela
SOLDADO 1.º	» Gil
IDEM 2.º	» Ortega
UN CENTINELA	» Agullar

Obreros, obreras y soldados

La escena en los talleres y dependencias de una mina

ÉPOCA ACTUAL



ACTO PRIMERO

El teatro representa una habitación en una casa de obreros. El decorado será modestísimo, de pacotilla, según costumbre en las viviendas que las Compañías mineras construyen para sus trabajadores. En el centro de la habitación una mesa cuadrada de pino. En la pared del fondo, a la derecha, un reloj de pesas; a la izquierda una alacena, y entre la alacena y el reloj una ventana con vidrieras entrecruzadas por barrillas de plomo. A la derecha dos puertas: la del primer término, supone comunicar con la de la calle; la del segundo término con una alcoba. A la izquierda otras dos puertas: la del primer término comunica también con una alcoba; la del segundo con las habitaciones interiores de la casa. En todas las puertas, menos en la de entrada, primer término, habrá cortinas de lienzo rayado en blanco y azul. Las habitaciones estarán blanqueadas, sin adornos de ninguna clase en las paredes. En éstas sólo habrá algunas escarpías, de las cuales penderán chaquetones y útiles de minero. Cinco o seis sillas de las llamadas de Vitoria se repartirán por la escena convenientemente. Al levantarse el telón aparece en escena Anita, encendiendo un candil de pie, que estará encima de la mesa. Vestirá Anita traje de percal, con modestia de obrera, pero con coquetería de mujer guapa, satisfecha de serlo. Un momento después de levantarse el telón, sonarán las cuatro en el reloj de pesas.

ESCENA PRIMERA

ANITA, PABLO y PACORRO

ANITA

(Luego de encender el quinqué, cuando acaba de sonar el reloj.) ¡ Hala los hombres ! Darse prisa, que la hora que suena son las cuatro.

- PABLO (Dentro, segunda izquierda.) ¡Dátela tú, que estoy acabando de lavarme y aun no apartaste el café de la hornilla! Padre ya despertó.
- ANITA Por el café no haya cuidao. Estará listo antes que vosotros. ¡Ea! ¡Alzarse, gandules! ¿No me oyes, Pacorro? Valiente huésped ha tomao mi padre.
- PACORRO (Dentro.) Ya voy, mujer, ya voy. (Bostezando estruendosamente. Sale Pablo por la segunda puerta izquierda. Será hombre de veintiocho a treinta años. Vestirá blusa oscura de lienzo, pantalón de la misma tela, alpargatas y gorra que llevará en la mano y dejará encima de la mesa.)

ESCENA II

ANITA y PABLO

- PABLO Hola, hermana.
- ANITA Buenos días sean. (Abre la alacena y saca ée ella unos tazones, un azucarero, cucharas, una lata de manteca y un pan de dos libras, que se pone a partir en rebanadas anchas que deja al lado de los tazones, mientras el diálogo continúa.)
- PABLO ¿Buenos? Como todos los nuestros. (A Anita, reparando en ella.) ¡Pronto te has aviado tú! ¡Ya vestida y peinada! ¡Madrugar es! Y eso que tú no entras hasta las siete.
- ANITA Esos dos, el huésped y tu hermano, me quitaron el sueño, y como de todas maneras tenía que levantarme pronto pa aviaros el café y los almuerzos, pues ahí verás tú...
- PABLO (Riendo cariñosamente.) ¡Ya, ya! Antes eras más dormilona. ¡Milagrito sea!...
- ANITA ¿Qué?
- PABLO Que no sea la falta de sueño, sino la sobra de cortejo la que te espabile. (Breve pausa, durante la cual Anita sigue cortando el pan a rebanadas.) Se retarda Cesárea... Otros días

nos avisa antes y con antes para que vayamos juntos a la faena, y hoy...

ANITA

(Interrumpiéndole.) No téngas cuidao; no tardará. (Maliciosamente.) Pa mí que si de ti sólo pendiese, no sería Cesárea mucho tiempo viuda.

PABLO

(Pensativo.) ¿Lo crees?

ANITA

Ella es guapa y trabajaora... Lo malo pa ti y pa tós los que la requiebran, es que sólo echa cuenta de sus hijos. Amás, está un poco... (Dando vueltas sobre la sien con uno de sus dedos.) ¡Tiene unos dichos!... En el taller la llamamos la *Apóstola*... ¡Y cómo nos reímos de ella! (Riendo.)

PABLO

¡Os reís!... Eso es lo malo; que os riáis.

ANITA

¿Pues qué vamos a hacer? ¿Llorar?

PABLO

No; pensar. (Con gravedad. Su hermana le mira como sorprendida.) ¿Has llamado a Pedro? A las cinco y media ha de reunirse con su compañía, y el pueblo no está cerca.

ANITA

¡Buenos venían anoche nuestro hermano y Pacorro! ¿Les viste?

PABLO

No.

ANITA

Pues vinieron como dos zaques. Ya pasaba de la una. Yo los miraba por entre las cortinas de mi alcoba, y no pude tener la risa. ¡Vaya unos traspieses! (Riendo.) Veinte minutos tardaron en encender la luz. Borrachitos como uvas. ¡Así están ellos! Por más voces que les doy, no se mueven.

PABLO

Vuelve a vocear; ni el uno ni el otro han nacido para dormir las borracheras a su gusto. (Anita se dirige hacia la alcoba de la derecha, y entra en ella.)

ESCENA III

PABLO, ANITA, PACORRO y PEDRO, dentro

ANITA

(Dentro.) ¡Vamos!... ¡Arriba! ¡Habrás que sacudiros firme! (Voceando.)

- PEDRO (Dentro, bostezando.) ¡Ya voy! No seas peji-guera.
- PACORRO (Dentro.) ¡Estate quieta!... ¿No ves que tengo la mar de cosquillas?
- ANITA (Dentro.) Lo que no tienes es vergüenza.
- PACORRO (Dentro.) Pero tengo cosquillas; y cuando me tocan unas manos como las tuyas, ¡excusao es decirte!
- ANITA (Dentro.) ¡Suelta! (Entra en escena y sigue hablando con los de dentro.) ¡Y arriba mientras preparo yo el café! (A Pablo.) Si sale padre y los encuentra a la bartola, va a tener que oír. No les dejes en paz, porque se duermen otra vez. (Anita mira si está todo bien dispuesto en la mesa, y se dirige hacia la izquierda.)
- PABLO ¡Maldito Pacorro!... Siempre ha de ser el mismo. Mal chino le entornille los sesos. Borracho y gandulón como él no entra por la mina. (Vase Anita por la izquierda a tiempo que sale Pacorro de la alcoba y dice a Pablo:)
- PACORRO ¡Bueno hombre, bueno! Ya estás gruñendo, y no has hecho más que levantarte. Tienes el genio más áspero que yo hoy la lengua. (Pacorro será hombre de veinticinco años y saldrá de la alcoba en mangas de camisa, con la blusa al hombro, la gorra puesta, restregándose los ojos y bostezando ruidosamente.)

ESCENA IV

PABLO y PACORRO; al final, PEDRO.

- PABLO (A Pacorro.) Anda, anda y refréscate, que buena falta te hace.
- PACORRO (Que se ha puesto a registrar la alacena.) De eso trato. (Saca una botella y la mira al trasluz.) Nada; ni una lágrima de aguardiente.
- PABLO Bebe agua.
- PACORRO ¿Agua?... Bastante hago con echármela por fuera al lavarme; y me lavo poco:

del mal el menos. ¡ Lo que es aquí !... (Señalando el estómago.) No hay que hacer el cuerpo a malos vicios. Menúo jaleo s'armó anoche en el baile. Si hubieses estao pasas un rato de primera.

PABLO ¿Yo? (Con desdén.)

PACORRO Allí hubieses visto hombres libres... y mujeres... libres, tú que tanto apetece que lo seamos tós: Facas, pistolones, revólveres... ¡ qué sé yo ! Y las mujeres peores que los hombres. Ya se sabe. En cuanto se atizan dos vasos, tienen menos vergüenza que uno. ¡ Tu hermano le pegó un trompazo al Mohino !... Rediós con los puños de Pedro. (Cogiendo una botella mediada de aguardiente, que habrá en el fondo de la alacena.) ¡ Calla ! Ya salió el sol. (Coge una media copa, la llena y se la bebe.) Este es otro cantar. (Chasqueando la lengua.) Pues como te decía... (Sale Anita por la segunda izquierda y entra por la segunda derecha.)

PABLO ¿Quieres ir a lavarte? ¡ Después llega uno tarde y todo son regaños !

PACORRO Eso sí ; pa los regaños son rumbosos. ¡ Si lo fueran pa los jornales !... Y los capataces, vamos, los obreros que por tener la mujer guapa o la lengua adulona, hacen los amos capataces, entoavía gruñen más que los amos. No hay cosa más mala que los piojos resucitaos ; ya lo dice el refrán... Ea, voy a lavarme. (Pacorro hace ademán de dejar la media copa y la botella en la alacena: luego de meditar un segundo, se dirige con ellas en la mano hacia la izquierda a tiempo que sale Pedro de la alcoba de la derecha en mangas de camisa, con pantalón encarnado de uniforme, el ros enfundado puesto y un capote con galones de sargento. También lleva al hombro el sable y correa. Calzará polainas sueltas sobre el tobillo y alpargatas de reglamento. Tendrá Pedro de veintitrés a veinticuatro años y usará bigote retorcido.)

PEDRO (A PACORRO.) Contigo no hacen falta dianas. Cuando no roncas, gritas.

PACORRO (A Pablo.) ¡Pobretico Pedro! ¡No ha podido pegar los ojos!

PEDRO Hombre, anoche no es cuenta. Ni a tiros me despertaba yo. (Vase Pacorro por la segunda izquierda.) ¡Vaya un estrupicio, muchacho!... Menos mal que hubo arreglo. Si no, calabozo tenía para un mes. (A Pablo.)

ESCENA V

PABLO, PEDRO y al final CESÁREA

PABLO ¿A qué vino la riña?

PEDRO Cúlpa de los paisanos. Se toman muchas libertades. Creen que son iguales a uno. (Con aire de importancia y retorciéndose el bigote.)

PABLO ¿No lo son?

PEDRO ¡Qué van a serlo!... Ya notaron la diferencia anoche. ¡Paisanitos a mí! Pregúntale al Mohino a lo que sabe el puñetazo de un sargento. ¡iguales! Pon a todos esos mineros con sus pistolones y sus facas frente a cuatro números y un cabo, y verás canela.

PABLO Minero fuiste antes que soldado.

PEDRO Pero dejé de serlo. Ni quería sufrir esta vida, ni estar con los que cuando les dan un estacazo bajan la cabeza.

PABLO Ahora estás con los otros, con los que cuando queremos alzar la cabeza, nos la hacen bajar a tiros.

PEDRO (Confuso.) Yo... (Entra Cesárea por la primera puerta derecha, sin ser vista por los otros dos, y escucha la conversación que entre ellos sigue. Cesárea será mujer de veintiocho años y vestirá humilde traje de obrera. Llevará un hatillo en la mano.)

PABLO ¿No es verdad? ¿No disparó la tropa anteayer contra los huelguistas?

PEDRO Y si nos lo mandan, ¿qué vamos a ha-

cer? ¿Crees que los oficiales y nosotros disparamos por gusto? Pero amigo, la disciplina... es la disciplina.

PABLO Entonces no nos llames esclavos, tú que lo eres de quienes por servir a los amos nuestros nos fusilan cuando pretendemos ser libres.

CESÁREA (Avanzando de la primera derecha en la que se detuvo.) Razón llevas, Pablo.

PABLO (Dirigiéndose a ella con afecto.) ¡ Cesárea !

ESCENA VI

CESÁREA, PABLO y PEDRO.

CESÁREA Razón llevas. Y si no ya lo ves. Sólo al pensar que los obreros de estas minas podemos secundar la huelga de los otros mineros han reconcentrado en el lugar tropa. (Sale Anita por la segunda derecha y entra por la primera izquierda.)

PEDRO (Riendo.) ¡ Se juntaron los dos apóstoles ! Ya lo dice padre : por menos motivos hay muchos en la jaula. Al fin éste es hombre y puede perder el tiempo en políticas ; ¡ pero tú ! ¡ una mujer joven y guapa ! ¡ Quita allá ! Detrás de una reja y platicando con un mozo, es como estarías tú bien. Y más bien si el mozo fuera yo, ¡ gloria santa !

CESÁREA Déjate de requiebros ; sabes que no me gustan.

PEDRO (En broma.) ¡ Y menos los míos !

CESÁREA Los de nadie.

PEDRO (Señalando a Pablo.) ¡ Tanto como eso !... Digo, a no ser que éste sea nadie.

PABLO Yo...

PEDRO (A Cesárea.) Más cerca ando de cuñao tuyo que de teniente. Hasta en seguida. (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA VII

CESÁREA y PABLO

CESÁREA Ya nos hizo novios tu hermano.

PABLO ¡Novios!

CESÁREA Si no más. A su discurrir, una mujer y un hombre que simpatizan y se apartan de la gente para hablar solos, no pueden ser otra cosa que amantes.

PABLO Cesárea...

CESÁREA ¿Hablo yo contigo más a gusto que con cualquiera? Tu querida soy. ¿Hablas tú conmigo más tiempo que con las demás? Por tuya me tienes o me quieres.

PABLO ¡Quererte!... (Con pasión.)

CESÁREA Así piensa tu hermano.

PABLO (Con sinceridad.) En lo que hace a mí, no se engaña.

CESÁREA (Confusa.) Pablo...

PABLO ¿A qué mentirte? En la boca de un hombre no está bien nunca la mentira. Menos lo estaría en mi boca tratándose de ti. Te quiero y te quiero para que seas mía.

CESÁREA Nunca me lo dijiste; nunca pensé que me lo dijeras.

PABLO Porque nunca vino rodada la ocasión. (Con timidez respetuosa.) Porque temía disgustarte.

CESÁREA ¿A qué hablar de ello entonces?

PABLO A que el corazón se me sube a los labios. A que te deseo porque eres hermosa, y te aprecio porque eres enérgica.

CESÁREA Yo...

PABLO Sabes que no soy un obrero ignorante y rudo, como tampoco lo eres tú. He estudiado; he aprendido, he educado mi pensar y mis pensamientos. Si estoy en la mina, de fundidor, por causa de mis ideas es. (Movimiento de interrupción en Cesárea.) No me arrepiento de ellas. Más sufriría por

hacerlas triunfar. Esas ideas me obligan a mí, a un mecánico, a trabajar como bracero. (Con amarga ironía.) Y gracias que pueda vivir : gracias que no me maten de hambre. (Con rencor.)

CESÁREA O de un balazo como el otro.

PABLO ¿A tu marido? ¡Pobre Manuel ! Era un gran compañero.

CESÁREA (Con energía.) Era un hombre que dió su vida por el bien y por la razón de los otros. En mis brazos cayó cuando lo mataron. Pedíamos pan y justicia y nos dieron balas.... ¡ Infames !

PABLO ¿Infames?... Los que disparan contra nosotros, no : esos son instrumentos ; ni siquiera saben por qué disparan. Los otros, los de arriba, los que les obligan a disparar ; esos son los infames.

CESÁREA ¡ Y extrañan que les tengamos odio ! Soy mujer, y todo mi corazón se vuelve rabia y toda mi sangre se hace lumbre al recordar el asesinato de los obreros. ¡ Ah, los canallas ! ¡ los canallas !... Manuel sólo tuvo tiempo de decirme : « No importa : otros hombres vendrán : hay que seguir, seguir siempre. » (Como si soñando evocara la lucha.) Dijiste bien ; tampoco soy una obrera ruda ; también eduqué junto a Manuel mi pensar y mis sentimientos ; también es por ganar el pan de mis hijos por lo que trabajo en esta mina.

PABLO Trabajo cruel escogiste.

CESÁREA ¿Dónde iba a ir la viuda del agitador, del revolucionario, la que predicaba y vivía con él? ¿Qué recurso me quedaba para no morirnos de hambre mis pequeños y yo? (Advirtiendo que Pablo la mira.) Es verdad. No soy fea ; pero tengo demasiada alma para vender el cuerpo.

PABLO Eres buena y fuerte.

CESÁREA A la mina acudí ; a la mina, donde el trabajo es duró, donde no se pregunta a na-

die de qué lugar viene, donde apenas saben el nombre del trabajador cuando entra vivo o le sacan muerto. Aquí te encontré.

PABLO Aquí nos encontramos. Aquí supe tu desgracia y tu pena. Aquí me referiste la muerte del hombre en cuya casa te conocí modelo de mujeres y madres. Los niños y tú érais la alegría de aquella casa.

CESÁREA ¿Alegría?... Ninguna tengo ya.

PABLO (Con tristeza.) ¡Cesárea! ...

CESÁREA Tal que si el frío de Manuel muerto se me hubiera entrado en la sangre, vivo hoy. Fuera de mis hijos, no existo más que para la venganza y el odio.

PABLO ¡El odio!... ¡La venganza! ¡Fuera tan hermoso vivir para la justicia, para la bondad!

CESÁREA También pensaba yo eso: también le decía a Manuel que a fuerza de bondad y de amor los hombres llegarían a ser hermanos. Todo este creer vino a tierra en aquella matanza. (Como evocando la escena en un sueño de odio.) ¿Sabes? Nos obligaban a vivir en casas construídas por ellos, y nos obligaban a comprar en tiendas que eran suyas también. Para aprovechar el terreno, nos regateaban el aire; para aumentar sus ganancias, nos envenenaban la comida; como hacen aquí, vamos. ¿Es justo lo que hacen aquí? ¿Lo era aquello? No. Los obreros pidieron ser libres para vivir donde les agradara, para comer lo que les gustase. ¿Qué pretensión, eh? Pues les contestaron que no; y vino la huelga; y pasaron los días, y el hambre se metió en nuestras casas, y los patronos encontraron infelices que nos fueran a substituir. Los hambrientos quisieron impedirlo; y todos, hombres, niños, mujeres, viejos, llegamos a las fábricas. No llevábamos armas; llevábamos hambre y

dolor. Los otros, los contratados, quisieron entrar, protegidos por la tropa. Nosotros nos pusimos delante de las puertas para que no entrasen. Entonces, no se quién, una voz gritó : « ¡ Fuego ! » ; sonó algo así como un trueno ; una nube de humo cubrió el aire y cayeron hombres, mujeres, viejos, niños. Manuel cayó con ellos. Yo le sostuve entre mis brazos. Una mujer y un niño agonizaban junto a mí. Entonces, entre aquella sangre, junto a Manuel muerto ; frente a la madre y niño que agonizaban espantosamente, la mujer dulce que en mí había desapareció ; la venganza y el odio echaron raíces en mi alma. Sólo de venganzas y de odios viviré hasta que la justicia triunfe. ¿ Y tú vienes a pedirme querer de amor ?

PABLO

Sí.

CESÁREA

No. Yo debo querer a todos los míos por igual y consagrarme a la causa de ellos, completa, sin robarles tanto así de mi voluntad y de mi energía. Hay que seguir siempre, ¡ siempre !... Estas palabras son el testamento de Manuel. Eso dijo al morir. Eso haré.

PABLO

¡ Sí ; seguir siempre ! ¿ Crees que flaqueo ? ¿ Crees que valgo menos que él ? ¿ Crees que, como él, no arrostraría el martirio y la muerte por defender a mis hermanos ? Somos ya muchos los obreros conscientes resueltos a que la verdad triunfe. Ellos no lo ven ; no lo quieren ver. Están ciegos. Puede que cuando abran los ojos, sea tarde para el abrazo.

CESÁREA

También el odio abraza. Y para odiar a nuestros enemigos, la mina es un gran libro. ¡ Pobres gentes las de la mina !. Más que humanas criaturas, son bestias. ¡ Bestias ! ¡ No importa ! Día llegará en que el hambre arañe los estómagos y en que los hambrientos se cuenten. Cuando se cuen-

ten serán libres. Por que sean libres lucharé aquí como en todas partes. ¿Que los mineros me llaman *Apóstola* y se burlan de mí? Nada le hace. ¿Que los amos me despiden? A otro sitio iré. Hay que seguir siempre. ¡Siempre! (Con actitud de convencida y de iluminada.)

PABLO Siempre seguiré yo. (Acercándose a Cesárea con amor.) Pero déjame seguir contigo. ¿Nos ha reunido la casualidad? Prosigamos juntos la lucha.

CESÁREA Juntos si la suerte nos hace estarlo: separados si ella nos separa. ¿Qué más da?

PABLO Pueden llegar y llegarán horas de prueba. En tales horas el hombre necesita, para no ser cobarde, el cariño de la mujer; la mujer, para no ser débil, el cariño del hombre.

CESÁREA Yo no soy débil y estoy sola.

PABLO ¿Por qué no nos hemos de unir? ¿Por qué no has de ser tú mía y yo tuyo? (Con temor y pasión.) ¿Es que no te inspiro simpatías como hombre?

CESÁREA No es eso, no. También yo soy franca; Tampoco sé ni quiero mentir. Ningún hombre, después de Manuel, ha valido para mí lo que tú.

PABLO Entonces...

CESÁREA Entonces... (Con energía) Me debo a mis hijos y a la memoria del que murió.

PABLO ¿Tus hijos? ¿No me juzgas capaz de quererlos? ¿El que murió? ¿En qué ofendes, en qué ofenderías su memoria queriéndome? El ha muerto; nosotros vivimos. La vida no se para en los cementerios.

CESÁREA Pablo... (Confusa)

PABLO No se ofende queriéndote como yo te quiero; compañera en todo y para todo. Desde tu llegada a la mina, te me entraste en el corazón. Quizá el pensar los dos lo mismo, el desear los dos lo mismo para

todos los nuestros, me ha hecho desearte para mí. No sé... sólo sé que la vida no es sólo justicia, es amor. Quiero la justicia, pero necesito el amor también; el mirar de tus ojos y la dicha de sujetarte entre mis brazos. (Pablo ha ido avanzando hacia Cesárea: ésta retrocede entre avergonzada y confusa.)

CESÁREA
PABLO

Cállate, Pablo, cállate.

¿Es que no sientes como yo? ¿Es que tus ojos me engañan al mirarme? No los bajes; mírame como hace un segundo y responde. ¿Es que no me quieres? ¡Dime que sí, Cesárea! ¡Dímelo! ¡Y si no quiere decírmelo tu boca, que me lo digan estos hermosísimos ojos tuyos! (Pablo casi toca a Cesárea, que muestra en su actitud profunda emoción. Cuando termina de hablar, coge Pablo entre las suyas las manos de Cesárea. Hay una breve pausa que los actores interpretarán según su inspiración. Por fin Cesárea se desase de Pablo, reponiéndose por un esfuerzo violento de su voluntad.)

CESÁREA

No, Pablo. Aun sintiendo todo lo que dices, no debo ser tuya.

PABLO

¿No?

CESÁREA

¡Ser de otro! ¡Tener a otro hombre estos brazos que han tenido a Manuel ensangrentado, muerto, muerto por defender la felicidad de nuestros hermanos! ¡Dar otro padre a los hijos del mártir!... No, Pablo; déjame; sigamos siendo lo que somos.

PABLO

(Con amargura.) Hasta que otro hombre llegue y seas de ese hombre.

CESÁREA

(Con grandeza.) ¿Cómo voy a ser de otro hombre, cuando no me atrevo a ser tuya?

PABLO

¡Cesárea!... (Con pasión y esperanza. Momentos antes entran por la segunda puerta izquierda Pacorro y Pedro, ya vestidos completamente.)

PACORRO

(Alto a Pedro, por Cesárea y Pablo.) ¿Eh?... ¡Miá los apóstoles! No es mal evangelio el que predicán.

- CESÁREA (Bajo a Pablo.) ¿Oyes? Igual que éste hablarían todos.
- PABLO (Con arrogancia.) ¿Y qué?
- CESÁREA Que muchas veces para ganar en estimación hay que perder en dicha.

ESCENA VIII

CESÁREA, PABLO, PEDRO, PACORRO y al final ANITA

- PABLO (Con dureza a Pacorro.) No creo que te importe mucho nuestra conversación.
- PACORRO ¿A ver si por una broma te enfurruñas?
- PEDRO Después de todo, ¿qué? Si os gustáis, al avío. Así como así la mujer y el hombre no hemos nacido pa otra cosa. (A Cesárea.) Tú serás todo lo apóstola que quieras, pero tienes dos ojos que echan fuego y un cuerpo de ole con ole y viva usted. Como no andase aquel galán por medio, pa este sargentito eras tú. (Viendo que Cesárea hace un gesto desdenoso.) No pongas mala cara, broma es. (Entra Anita por la segunda derecha con una cafetera en la mano.)
- PACORRO (Acercándose a Anita.) Ojalá me dieran bromas a mí con esta real moza. ¡Ay, Anita! (Anita le rechaza de un empujón.)

ESCENA IX

CESÁREA, ANITA, PABLO, PEDRO y PACORRO

- ANITA (Riendo.) ¡Anda de ahí! Vete a buscar mozas al baile.
- PACORRO ¿Mozas? No había una.
- PEDRO ¿Eh?
- PACORRO Mujeres no faltaban y no me hubiera sido difícil arreglarme con ellas. Pero es mal negocio. Beben mucho.
- CESÁREA Vaya un defecto para ti.

PACORRO El mayor. No me gusta partir el vino. El pan, bueno. Es mi idea: el pan como hermanos; el vino como tigres. Cuando me case, sólo habrá en mi domicilio un borracho: yo.

ANITA Apaños veníais anoche.

PEDRO En algo hay que pasar el rato.

PACORRO ¡A ver! Si después de trabajar como un negro seis días, no pudiera uno emborracharse un día como un blanco, sería cosa de echarse al horno de la fundición, pa concluir antes y con antes. Hay que divertirse. ¿No se pué hacer a lo rico, bebiendo buenos vinos y llevándose mujeres bien vestías? Se hace a lo pobre, bebiendo peleón y abrazando zaparrastrosas. ¡Ay, quién fuera don Luis, el hijo de nuestro amo! Guapo, joven y con dinero. ¡Ese ya tié ande escoger!

PEDRO ¡Calcula!... En la mina hay doscientas obreras... (Anita, que ha seguido el diálogo con la cafetera apoyada en la mesa, después de servir el azúcar, al oír el nombre de Luis, hace un movimiento y procura disimular su turbación, sirviendo el café en los tazoncillos.)

PACORRO ¡A ver! (A Cesárea.) Y no es a ti a la que peor mira.

CESÁREA Los mirares pierde. Bastante hago con darle mi trabajo. ¡Si pensaran todas como yo! (Con intención disimulada y acercándose a Anita.) Pero muchas no piensan. Porque el hijo del patrono es guapo y buen mozo, y las puede obsequiar, se dejan pretender. Después, cuando el hombre se cansa, la moza a la calle y otra al puesto. Tonta es quien les escucha... ¿No es verdad, Anita?

ANITA (Bajando los ojos y disimulando.) Verdá será cuando tú lo dices. (Mirando hacia la segunda izquierda.) Padre. (Entra Daniel por la segunda puerta izquierda. Será hombre de cincuenta y cinco años, maltratado por los trabajos de la mina, pero aún

robusto y musculoso. La piel estará, no curtida, tostada por el fuego de los hornos de la fundición, con ese color rojizo, propio al cutis de los fundidores. Los párpados de sus ojos estarán también enrojecidos, como abrasados por la llama. Vestirá blusa y pantalones de lienzo oscuro. Tendrá el pelo blanco, cerrándose sobre una frente estrecha y terca.)

ESCENA X

Dichos y DANIEL

DANIEL Dios nos los dé buenos. (A Cesárea.) Siempre madrugas más que naide. ¿Y los chicos?

CESÁREA Durmiendo. Al cuidado de la vecina.

DANIEL Tiempo les quea pa levantarse trempano y agarrarse al espetón o al pico. ¡Hala! sentarse y a tomar el café, que son las cuatro y media, y de aquí a la mina hay un rato. (Daniel coge una silla y se sienta junto a la mesa, delante de una de las tazas. Los demás hacen lo mismo, incluso Anita, que ha terminado de servir el café. Sólo Cesárea permanece en pie.)

PABLO ¿No nos acompañas, Cesárea?

CESÁREA Gracias. Lo hice ya.

DANIEL (A Cesárea.) A tu gusto. (A Anita.) Has cargao la mano en la manteca. (Mojando una sopa en el tazón.) Bien hiciste. Cuando se puen echar lujos se echan. La quincena pasó, fué superior. A más de los jornales, horas extraordinarias, que se pagan doble. Más se trabaja; pero, qué demonio, más se cobra. Si fuera así toas las quincenas, no deberíamos en la tienda tanto.

CESÁREA No será esta lo mismo.

DANIEL (Sorprendido.) ¿No?

PABLO Parece que, desde hoy, rebajan los jornales.

DANIEL (Sorprendido.) ¿Rebajar los jornales? ¿Y por qué? No hay motivo. Eso serán cuentos.

PACORRO Algo oí yo anoche en el baile. Me parece... vamos, lo hablaban junto a mí dos o tres mineros. Yo los escuchaba; pero otros dos o tres me convidaron a unos vasos, y me largué con ellos.

PEDRO Y con la Irene.

ANITA (Que ha concluido de tomar el café.) ¡Valiente piltrafa!

PACORRO Cuando hay hambre tó el pan es blando.

ANITA (Levantándose.) Voy a empaquetar los almuerzos. (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XI

Dichos, menos ANITA

DANIEL (Pensativo.) ¡Rebajar los jornales!

PEDRO Anita a arreglar los almuerzos; yo, al pueblo. La cosa anda revuelta en las otras minas y quizá tengamos que reforzar la gente. Ayer hubo tiros. Por el teniente Fernández lo supe. ¡Es un mozo más campechano! Lo que le decía al teniente Gómiz: «Sentiré que nos toque andar en el ajo. Preferiría quedarme mudo a ni andar hacer fuego». Una gran persona el teniente Fernández. Pues, sí: hubo tiros... ¡Claro! Se empeñan en no dejar que trabajen los que vienen a substituirlos, en hacer el bruto, y nosotros a lo que estamos; a mantener el orden.

CESÁREA ¡El orden!... ¡Qué sabes tú, infeliz!

PEDRO Más infelices sois vosotros que os agarráis como unas lapas a la mina. Mira si la dejé yo pronto. ¿El atillo? Carguen con él las bestias. Yo no llevo cargas.

PABLO Al hombro llevas el fusil.

PEDRO ¡No va diferencia! Cierto que algún trompis me costó aprender el ejercicio; pero como sabía de letra, me hicieron cabo y después sargento. A la presente

vengan penas. Ni me faltan mozas que requebrar, ni una peseta en el bolsillo, ni tres galones en la bocamanga. ¡Vaya la mina al diablo! (Apretándose el cinturón.) Que-darse con Dios. Padre, hasta más ver. (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XII

Dichos, menos PEDRO

DANIEL ¡Qué majo está con su uniforme! ¡Y qué bien marchao es! Gozo da mirarle. Aca-ba de irse y ya estoy deseando que vuelva.

PABLO (Bajo a Cesárea.) Acaso cuando le volvamos a ver sea frente a nosotros.

CESÁREA ACASO. (Mientras dura este aparte, Daniel saca la petaca y lía y enciende un cigarro. Pacorro se aparta a un extremo de la mesa, saca de entre la blusa la botella de aguardiente y la media copa y la llena y la apura, operación que repite tres o cuatro veces durante el diálogo que sigue.)

DANIEL (A Cesárea.) ¿Oíste que iban a rebajar los jornales?

CESÁREA Sí, señor; lo mismo que en las otras minas.

PABLO Que miren lo que hacen. Lo que pasa en las otras minas pasará en ésta.

PACORRO (Apurando la copa.) ¡Olé!... ¡Viva la huelga!

DANIEL ¿La huelga? ¡Valiente burrá está la huelga!...

PABLO ¡Padre!...

DANIEL ¿Qué sucede en las otras minas? Que están muertos de hambre, y con la tropa fusil en mano por si se desmandan. ¿Qué nos pasó a nosotros en la huelga de hace seis años? Que tuvimos que volver a la mina con las orejas gachas. Tu madre reventó; tu hermanillo, como el pecho de la madre por mor de la necesidad no escurría leche, también reventó. Entonces no esta-

bas en la mina. Aun no te había dao por las prédicas, y te ganabás un jornal de mecánico. ¡La huelga! Dos muertos, y la panza al trote: eso saqué yo de la huelga.

PACORRO Porque hubo traidores. (Llenándose la copa.)

DANIEL Porque no había pan. Pero, ¿de veras van a rebajar los jornales? Con los de ahora mal que bien se tira. Si los rebajan lo vamos a pasar perramente.

PABLO ¿Usted se aguantaría?

DANIEL ¿Qué remedio? Mejor es agonizar que morir. ¡Rebajar los jornales! (A Cesárea.) ¿A quién se lo has oído tú?

CESÁREA A una capataza.

PABLO A un empleado del escritorio se lo oí yo anoche en el café.

PACORRO Yo a dos curdas del baile, y a la Irene, que por más señas, también estaba curda.

DANIEL ¡Rebajar los jornales! No; no lo harán.

CESÁREA Lo harán. Lo han hecho con los obreros de las otras minas, y nosotros en vez de ayudarles, les dejamos defenderse solos. Ven que no hay unión y se aprovechan.

DANIEL ¿Ayudarles? ¿Pa qué?

PABLO Para ser más fuertes.

PACORRO Y pa mover más ruido.

DANIEL Pa ser más a sufrir y a recibir leña. Dejarse de ayúas. Ca uno con su carga. Cuando no tengo caldo en la olla, ningún minero me lo trae. Mi olla cuido yo. Que los demás cuiden la suya.

CESÁREA Y por eso, porque cada uno cuida su olla, sin pensar en la ajena, hacen con nosotros lo que hacen.

PACORRO (Riendo.) Ya salió la *Apóstola*.

DANIEL Que se deje en el bolsillo los sermones. Es de nuestro pán de lo que se trata, y el estómago no se alimenta con retrónicas; se le alimenta con esto. (Cogiendo un pedazo de pan y golpeando con él en la mesa.) Esto, si bajan los jornales, andará por las nubes...

¡Dios de Dios! ¡Rebajar los jornales!
Polvo haría a quien lo pensó.

PABLO ¿Usted? ¿Y cuando se trata de pelear por los derechos del trabajador se encoge usted de hombros?

DANIEL Porque tó eso son mojigangas, pamplinas, viento que sus han metido en el caletre. Dende que andáis en estos belenes, marchamos peor. ¿Qué os habéis figurao? ¿Que vais a componer el mundo?... Siempre hubo pobres y hubo ricos. Siempre los habrá. Los más trabajamos pa los menos. Así está hecho el mundo, y no lo desharéis la *Apóstola* y tú con discursos. A vosotros sí os desharán cualquier día los sesos. (A Cesárea.) Tú podías escarmentar, porque tuviste el ejemplo, cerca, en tu propio marío.

CESÁREA ¡Si todos fueran como aquél!

DANIEL Paparruchas, créemelo. Pa trabajar nacimos. Trabajó mi padre y el padre de mi padre, y trabajo yo y trabajáis vosotros, y trabajarán vuestros hijos; y los amos seguirán siendo amos, que esa es la ley. Yo de la razón no me aparto. En la mina nací y en la mina quiero morirme. Y vamos, que cuando estoy frente del horno, con la barra en la mano, revolviendo la pasta y echando por cá pelo una gota de suor como el puño, no me cambiaría por naide. Me gusta pelear con el fuego, y el día que no me tuesto la piel, no aliento ancho. Si me cambiasen de horno o de mina, me parecería que yo ya no era yo. Hace cuarenta años ¡cuarenta que tengo el mismo amo y el mismo horno!... ¡Ahora que de eso á rebajar los jornales!... Sería demasiaio.

PABLO Nunca para usted. Usted cree que el amo tiene derecho a todo.

DANIEL Mientras pague...

PABLO Eso es; mientras pague, a todo, incluso a

golpearlos y a esclavizarnos y a deshonrarnos si le viene en gusto, ¿verdad?

(Con indignación.)

DANIEL Poco a poco, rapaz. De esclavitud y deshonra no hablamos. No nos entenderíamos. Tú llamas cosas de honra y de esclavitud a una porción de cosas que me han tenido sin cuidao siempre. Tocante a los golpes, entoavía no ha tocao denguno este cuerpo o el vuestro sin llevarse su merecío. ¿Pero qué tienen que ver la honra y la esclavitud y los puñetazos con lo que hablamos hoy? Hoy hablamos del pan que va a escasearnos como rebajen los jornales. Ahí tiés lo que me importa a mí.

PABLO Si usted lo aguanta, no todos seremos como usted. Haremos lo que tenga que hacerse.

DANIEL ¿La huelga, eh?

CESÁREA ¿Por qué no?

DANIEL La huelga, pa que reventemos como tu hermanillo y tu madre.

CESÁREA Dos cachos de usted que cayeron, sin que quien los mató se llevara su merecido.

DANIEL Porque los mató el hambre, y el hambre no es una persona.

PABLO Los que nos llevan al hambre lo son.

DANIEL ¿Vuelves a las tuyas? Como te va tan bien con ellas, pues echar plantas. De mecánico pasaste a fundidor; puede que de fundidor pases a pobre de pedir. Ascender es; ¿verdá, tú, Pacorro? (Pacorro llena la copa.) ¿Qué haces?

PACORRO Aquí con la botella, mientras se pelean ustedes. Yo no sé de dotrinas, pero como me quiten los perros que necesito pa el aguardiente, voy a la huelga. ¡Anda si voy! ¡Qué a la huelga!... ¡A la revolución social!

DANIEL (Riendo; a Pacorro.) ¡Poca lacha! (A Pablo.) Por tu bien lo hablo. Y basta de plática y

a la mina, que están al caer las cinco.
¡ Anita ! (Llamando.)

ANITA (Dentro.) ¿Qué?

DANIEL ¿Está eso aviao?

ANITA En seguida. (Dentro.)

(Daniel se levanta, descuelga de un clavo una chaqueta y una gorra o sombrero ancho y se los pone; luego coge de un rincón, en el que habrá tres hatillos, uno de éstos, y se pone a arreglarlo. Pablo y Pacorro hacen lo mismo que Daniel. Pacorro, antes de hacerlo, apura la copa. Pablo se aproxima con su hatillo a primer término donde está Cesárea.)

CESÁREA (A Pablo, bajo.) ¿Irás por el bien de todos donde sea preciso?

PABLO Iré.

DANIEL (Por un hatillo.) Listo.

PACORRO ¡Upa ! (Cogiendo el hatillo y echándose al hombro, lo mismo que Pablo y Daniel.)

ANITA Aquí están los almuerzos. (Anita ha entrado por la segunda puerta izquierda con tres medias botellas de vino y tres paquetes envueltos en periódicos, que irá entregando a paquete y media botella a cada uno de los tres hombres, los cuales los guardarán en los bolsillos de sus chaquetones.)

DANIEL (Por los paquetes.) Guardarlos y al avío. ¿Estamos?

PABLO Sí.

DANIEL Pues andando. A la mina. A trabajar. (Los tres hombres se dirigen hacia la puerta primera de la derecha en fila, uno detrás de otro lentamente, con los hatillos cargados a la espalda y las cabezas bajas.)

PACORRO (Mirando por las vidrieras al salir.) ¡Qué obscuro está y que frío debe hacer en la calle !

DANIEL En la fundición hay luz y lumbre. Al trabajo. (Salen todos en la forma indicada. Pacorro el último. Antes de salir se detiene, coge la botella, la escurre en la copa y apura ésta. Cesárea, que le sigue, vuelve desde la puerta y se dirige hacia la ventana donde está Anita mirando a la calle.)

ESCENA XIII

CESÁREA y ANITA

- CESÁREA (A Anita, cariñosamente.) Anita, haces mal.
ANITA ¿Yo, en qué?
CESÁREA En dar oídos a don Luis.
ANITA ¿Qué dices? (Aparentando sorpresa y procurando disimular su turbación.)
CESÁREA Que ese hombre, el hijo del amo de la mina, sólo a la desgracia te puede llevar con sus requebrares.
ANITA No te entiendo.
CESÁREA Piénsalo bien. Ojalá lleguen con tiempo mis palabras. Yo te quiero mucho. (Con afectuosa seriedad.) Vale más ser compañera de un obrero pobre, que querida de un amo rico. Adiós. (Cesárea sale por la primera puerta derecha y Anita queda con la cabeza baja vuelta de espaldas a la ventana. Breve pausa, durante la cual el reloj de pared da cinco campanadas.)

ESCENA XIV

ANITA, luego LUIS, PACORRO, DANIEL, y obreros dentro, como en la calle

- (Se escuchan en la calle golpes como de quien llama a las puertas. Estos golpes serán intermitentes, espaciados y lentos, precediendo siempre a la voz que resuene en la calle. También, y de tiempo en tiempo, se oirán sonar las cinco en varios relojes, una vez en cada uno y más o menos distintas, sin graduación fija; algo que dé al público la idea del despertar del barrio obrero que marcha al trabajo. Las voces sonarán cada vez más distantes y más apagadas, lo mismo que los golpes.)
DANIEL (En la calle.) ¡Antonio!... ¡Las cinco! ¡A trabajar! (Se oye ruido de pasos que se alejan. Anita abre la ventana y mira por ella.)
ANITA Ya doblaron la esquina.

PACORRO (Dentro.) ¡ Julián ! ¡ A trabajar ! (Más lejos, como si golpease otra ventana o puerta. Anita se ha retirado de la ventana y queda a la izquierda vuelta de espalda a aquélla como pensativa. Por la ventana entra Luis, que será hombre de veinticinco años, vestido a lo señor.)

LUIS (Bajo.) ¡ Qué pesados !...

ANITA (Volviéndose.) ¡ Luis ! (Confusa.)

LUIS Creí que no iban a irse nunca. (Dirigiéndose hacia Anita y reparando en la confusión de ésta.) ¿Qué tienes?

UNA VOZ (Dentro. Muy lejos, mientras suenan las cinco también muy lejanas en un reloj.) ¡ La hora ! ¡ A trabajar !

OTRA VOZ (Más lejana aún.) ¡ A trabajar !

ANITA (A Luis.) ¿Oyes? (Con angustia.)

LUIS (Con indiferencia) Lo de todos los días. (Con sensual apasionamiento, y rodeando con sus brazos el tallo de Anita.) Vamos. Ven acá. ¡ No me niegues esa cara, mujer ! (Mientras va cayendo el telón se oyen dentro cinco campanadas de torre, lejanas; y muy lejanas también, voces de: ¡ A trabajar ! ¡ A trabajar !...)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Decoración a todo foro. El primer término lo ocuparán un patinillo encaperuzado con cinc. En este patinillo y distribuidos con desorden habrá montones de mineral plomo en bruto. A la derecha del patinillo, que dejará por delante un espacio de escenario libre, una puerta grande de dos hojas; otra de igual forma y disposición a la izquierda. Estarán abiertas hacia dentro las dos. La puerta de la derecha supone comunicar con el taller donde las mujeres trabajan. La de la izquierda con otras dependencias que conducen al exterior.

El segundo término no tendrá puerta, será a todo espacio y estará constituido por la fundición. En el fondo de este segundo término, y a derecha e izquierda también, se verán los hornos fundidores encendidos y en plena cocción de mineral.

Estos hornos serán cuadrados, anchos, de ladrillo, con grandes bocas a las que sirven de portezuelas anchas placas de hierro. Las placas estarán unas abiertas y otras cerradas, al comenzar la escena, en los diversos hornos.

En la parte baja de los hornos se verá el boquete desahogadero por donde se hacen las sangrías.

Desde el fondo, y perdiéndose en el ángulo de él, dos vías estrechas que avanzan sobre el patinillo. Por una de las vías se deslizarán de tiempo en tiempo vagonetas llenas de lingotes y empujadas por mujeres; por la otra vía, vagonetas cargadas de mineral en bruto, que van empujadas por mujeres también. Estas vías pueden estar pintadas sobre el suelo.

Procúrese dar al público la impresión exacta de una fundición en tarea; el espectáculo de uno de esos infiernos mineros donde los trabajadores se asfixian y se tuestan durante largas horas.

Al dar principio la representación, la fundición estará, como se ha dicho, trabajando.

Obreros en camiseta, remangados hasta los hombros y ciñendo a la cintura largos delantales de cuero que bajan desde sus pechos hasta muy cerca de sus pies, revolverán en los hornos, con largas y puntiagudas barras de acero, el mineral ardiente. Cuando sus cuerpos se acercan a las bocas de los hornos, han de aparecer como incendiados, rojos al reflejo brutal de la llama. Cuando los hornos se aticen, no aparecerán ya rojos, sino negros, completamente negros como hechos carbón y sombríamente recortados sobre el rojo blanco que descubre la boca abierta de los hornos. Pacorro faenará en un depósito, hundiendo en él el cucharón montado sobre un pie de piedra y colgándose del cucharón para levantarlo y volcarlo sobre las lingoteras que habrá junto al depósito.

Las lingoteras vacías son conducidas al depósito por muchachos de trece a catorce años.

Cuando los fundidores hagan las sangrías, abrirán con sus barras los boquetes desahogaderos por los cuales sale el mineral como un río de llamas en cuyas entonaciones predominará el color rojo. Estos riachuelos se deslizarán por los canalillos hasta caer en los depósitos.

Del taller donde se supone que trabajan las obreras, sale un rumor sordo, como de enjambre.

En el horno primero de la derecha, trabajará Daniel, ayudado por otro obrero y revolviendo con su barra el mineral en fusión. Otro en el horno de la izquierda, donde trabaja Pablo.

Cesárea e Irene empujan una de las vagonetas que atraviesan la escena. La "Greñuda" y una obrera, otra.

Irene será una muchacha de diez y ocho a diez y nueve años, despeinada, sucia, pero bonita en medio de su desaliño. Llevará la falda recogida y remangados los brazos, lo mismo que Cesárea y las otras. La "Greñuda" es una vieja que haciendo honor a su mote, lleva el blanco y sucio pelo a greñas que le caen encima de la frente y a lo largo de las mejillas. Su vestido será un harapo; su cara acusará la ferocidad y la embriaguez.

En el patinillo, vistiendo elegantes trajes de mañana, alegres, limpios y contrastando con la pobreza de que el trabajo llena a los obreros, aparecerán momentos después de alzarse el telón: doña Concha, mujer de cincuenta años; doña Soledad, de la misma edad y porte que su amiga; Pepita; don Lucas, de sesenta años; don Eduardo, de cincuenta y cinco años; don Fernando; dos señoras y dos caballeros. Nemesio, gorra en mano, precederá al grupo.

ESCENA PRIMERA

CESÁREA, IRENE, LA GREÑUDA, JOSEFINA, DOÑA CONCHA, DOÑA SOLEDAD, UNA OBRERA, ISABEL, LUISA, TRABAJADORAS, DANIEL, PABLO, PACORRO, DON EDUARDO, DON LUCAS, FERNANDO, NEMESIO, CARLOS, ENRIQUE y TRABAJADORES. Cesárea e Irene avanzan desde el fondo, empujando una vagoneta por la vía de la derecha; por la de la izquierda avanzarán en sentido inverso, empujando otra vagoneta, la «Greñuda» y una obrera. Nemesio, gorra en mano, aparece en la puerta de la izquierda.

NEMESIO (A las obreras de las vagonetas.) ¡ Eh, vosotras !
¡ Alto, que van a entrar ! (Como hablando con los de adentro, desde la puerta de la izquierda.) Pasen ustedes. (Cesárea e Irene detienen su vagoneta, lo mismo que la «Greñuda» y la obrera primera. En todos los hornos hay un movimiento de curiosidad, una suspensión momentánea de la faena para mirar a los que vienen. Luego continúa el trabajo.)

CESÁREA (Mirando a la izquierda.) Visita.

IRENE (Lo mismo.) Son el amo, su mujer y el ingeniero y esos señores accionistas de Barcelona y de Madrid. (Entran por la izquierda doña Concha, doña Soledad, Josefina, Isabel, Luisa, don Lucas, don Eduardo, Fernando, Carlos y Enrique. Nemesio les cede el paso.)

JOSEFINA ¡ Precioso, precioso !

GREÑUDA (Con voz aguardentosa a la obrera que va con ella.)
¡ Echa perifollos ! (Por las señoras.) No se han puesto pocos faralares pa venir a la fundición... ¡ Ni que fuera el Corpus !

OBRERA ¿ Y ellos ? ¡ Qué majos ! Da gusto ver hombres así...

GREÑUDA Ropa, ehica, ropa. En cuanto se la quitan son igual que los nuestros.

IRENE ¿ Igual ? Peores. Poco deben dar estos de sí.

CARLOS (A Enrique.) (No están mal estas dos obreras.) (Por Cesárea e Irene.)

- ENRIQUE (A Carlos.) (No están mal, no, previa enjabonadura.)
- NEMESIO (A Cesárea e Irene, "Greñuda" y la obrera.) Sigán las vagonetas. (Cesárea, la «Greñuda» e Irene ponen en marcha las vagonetas. Cesárea e Irene hacia la puerta de la izquierda, por la que salen. La «Greñuda» y la obrera hacia el fondo, donde desaparecen.)

ESCENA II

Dichos, menos Cesárea, Irene, la «Greñuda» y Obrera

- LUCAS (A los visitantes.) Ya vieron ustedes la mina. Ahora la fundición y los talleres.
- SOLEDAD ¡Ay, don Lucas, no me recuerde usted la mina! En un año no me sale el susto del cuerpo. Creí que se desplomaba el ascensor y que nos hacíamos tortilla.
- EDUARDO (Riendo.) No hay cuidado. (A Fernando.) Está muy seguro, ¿verdad?
- FERNANDO Sí. Hay orden de que los cables se reconozcan a diario. En diez años sólo una vez...
- LUCAS (Interrumpiéndole con viveza.) Y fué en un ascensor de los que utilizan los obreros. En éste no ocurre nunca nada.
- JOSEFINA ¡Estoy contentísima! He pasado un gran rato. Creía soñar mientras bajaba por aquel boquete sin fin.
- ISABEL ¡Qué tipos hacíamos con los impermeables y los sombrerotes aquellos! (A los caballeros.) ¡Y ustedes con las vestimentas de mineros! ¡Parecían bandidos! (Riendo.)
- CARLOS (Lo mismo.) ¡Ya, ya! (Los visitantes han formado grupos. En uno estarán Carlos, Enrique, Isabel y Luisa. En otro don Eduardo, don Lucas y Fernando; en el último doña Soledad y doña Concha. Josefina va y viene de un grupo a otro, charlando con todos.)
- JOSEFINA Aquella negrura... Aquel caer sin saber a dónde... Los resplandores que salían de vez en cuando por huecos imprevistos...

- LUCAS Los pisos de la mina eran esos huecos.
- JOSEFINA Bocas de infierno se me antojaron. Lo repito, precioso. El mismo golpear del agua sobre la cubierta del ascensor, era un encanto más. Pues ¿y abajo, en el fondo? Aquellos hombres, aquellas sombras, mejor dicho, que iban y venían a la claridad de los candiles. Parecían gusanitos de luz.
- ISABEL (A Luisa, Carlos y Enrique.) ¡Qué poética es! (Burlándose.)
- CARLOS Su padre tiene fábrica de tejidos. Cuando se envuelve en pellas de algodón la poesía es soportable.
- JOSEFINA ¿Verdad que es un espectáculo muy bello? (A las señoritas y caballeros.)
- LUISA Debían sacar cintas para los cinematógrafos de Madrid. ¡Cómo se divertiría la gente!
- CONCHA Sin duda.
- JOSEFINA Los obreros cantan mientras trabajan. Son muy bonitos sus cantares. Oyéndolos imaginé que estaba en una función de teatro.
- FERNANDO Función penosa, llena de peligros para los actores, señorita. Ganan su vida muy rudamente los mineros.
- ISABEL ¿Sí?
- LUCAS Hay que contar con que los mineros son también gente ruda y no sirven para otra cosa.
- EDUARDO Si no comiesen de la mina, ¿de qué iban a comer? Claro que uno de nosotros no lo resistiría... ¡Ellos!... Cada cual para lo que nace en el mundo.
- LUCAS Aunque trabajan mucho no lo pasan mal. Los domingos toman su desquite en la taberna, en el baile, en el café cantante. Se divierten más que nosotros. Sólo que estos ingenieros siempre están con el trabajador. (Golpeando afectuosamente el hombro de Fernando.)
- FERNANDO Es natural. Allá abajo, ingenieros y tra-

bajadores somos uno cuando llega la hora del peligro.

JOSEFINA No me cansaré de repetirlo. La visita se me ha hecho un soplo ; hubiese estado horas y horas allí. (Poco antes salen por el fondo empujando una vagoneta, la "Greñuda" y una obrera, que llegan cerca de Josefina cuando ésta pronuncia las últimas palabras.)

ESCENA III

Dichos, la GREÑUDA y una OBRERA ; luego CESÁREA e IRENE

GREÑUDA (A la obrera, por Josefina.) ¡ Lástima que no te tuviesen un día entero con el pico en la mano para que vieras lo que es bueno, ¡ espantajo ! (Siguen su camino y desaparecen por la izquierda.)

SOLEDADE ¿ Y Luis, su hijo de usted ? Nos ha abandonado. (A don Lucas.)

CONCHA ¿ Nuestro hijo ? Estará durmiendo aún ; le gusta poco madrugar.

LUCAS Si ustedes gustan, daremos un vistazo a los hornos y a los depósitos.

EDUARDO A sus órdenes. (Todos los visitantes, precedidos por don Lucas y el ingeniero, se dirigen hacia los hornos a tiempo que salen por la izquierda, empujando una vagoneta, Irene y Cesárea.)

LUCAS Por aquí. (Dirigiéndose con los visitantes al horno donde trabajan Daniel y el obrero r.) En estos hornos es donde el mineral se depura y se funde. (Los visitantes se detienen frente al horno en que Daniel trabaja.)

PACORRO (A Pablo, al cual se habrá acercado momentos antes.) Con una hembra así era yo rey de España. (Por Josefina.) ¡ Qué olor más rico ha dejado al pasar ! Ni que estuviese amasá con flores. (Irene y Cesárea estarán junto a Pacorro y Pablo.)

IRENE (A Pacorro.) ¿ Te gustan las señoritingas ?

Pues hijo, límpiate, que buena falta te hace.

PACORRO ¡Adiós, ampo de nieve!

IRENE Así me toman cuando me quiero dar.

CESÁREA (A Pablo.) ¿Sabes lo de allá?

PABLO Sí, Antonio me lo ha dicho cuando llegamos al trabajo. (Con tristeza.) ¡Tres heridos!

CESÁREA (Con rencorosa amargura.) ¡De los nuestros! ¡Siempre los nuestros!

IRENE (A Cesárea.) Anda tú, que llegan las otras al cruce. (Señalando al fondo por el cual entran la "Greñuda" y obrera 1 empujando la vagoneta. Las dos vagonetas se cruzan y desaparecen con sus conductoras por el fondo y por la izquierda respectivamente.)

ESCENA IV

Dichos menos CESÁREA, IRENE, GREÑUDA y OBRERA 1

EDUARDO (Retirándose del horno, al que los visitantes se habrán aproximado durante el diálogo anterior.) ¡Qué calor! ¡Es irresistible! (Los demás visitantes se apartan del horno también.)

LUCAS ¿Irresistible? ¡Bah! Todo es acostumbrarse. (Poniendo afectuosamente la mano a Daniel sobre el hombro.) ¿No es cierto, Daniel?

DANIEL Sí, señor, tóo es acostumbrarse. Ya vé usted nosotros.

LUCAS (A los visitantes; enseñándoles a Daniel como se enseña un bicho en las ferias.) El fundidor más antiguo de nuestra mina. Un obrero excelente. Cincuenta y siete años. Desde los diez y seis encima de la llama.

FERNANDO (Por Daniel, afectuosamente.) Con éste no pueden el fuego y el arsénico.

DANIEL Hasta la presente, no, don Fernando; pero más pronto o más tarde, a tós nos concluye.

SOLEDAD (A doña Concha.) ¿De manera que aquí dentro hay arsénico? (En el horno.)

CONCHA Eso dicen. Yo no entiendo jota. Allá los

hombres. Sé por mi esposo que las acciones suben y no pregunto más.

ENRIQUE ¿Y dónde está el arsénico? No se ve.

FERNANDO (Señalando la boca del horno.) Ahí dentro. Esas llamitas verdes que andan como sueltas sobre la pasta roja, son arsénico.

LUISA ¡Arsénico!

LUCAS Sí.

ISABEL ¿Y esto mata? ¡Quién iba a pensarlo!
¡Con unos colores tan bonitos!

FERNANDO Pues mata. Pregúnteselo usted a los obre-
ros que lo respiran en la boca del horno.

LUCAS No tanto. (A Daniel.) ¿Verdad que el arsé-
nico no mata, Daniel?

DANIEL Yo estoy vivo. Claro que no tóos tién mi
resistencia. (Con sencillez.) Pero, vamos,
aquí el arsénico va poco a poco, le deja a
uno ir tirando. En las cámaras condensa-
doras ya varía. Allí los emplomaos se
cuentan por docenas.

JOSEFINA ¿Los emplomados?

SOLEDAD ¿Eso qué es?

DANIEL El arsénico que se les mete en la carne a
los hombres y los deja convertíos en saca-
corchos. Gajes del oficio, señora.

LUCAS (Con precipitación.) Vamos hacia otro horno
para que vean ustedes la sangría. (Los vi-
sitantes, precedidos por don Lucas, se dirigen hacia el
horno donde trabajan Pablo y otro obrero.)

ISABEL (A Luisa, por Pablo.) Lo que es ese obrero no
está emplomado. Es guapo, pero guapo
de veras.

LUISA ¡Puede que te guste!

ISABEL Quita el puede.

LUCAS ¿Pablo?

PABLO Mande usted.

LUCAS Haz una sangría para que la vean estos
señores. (A Pacorro.) Tú, vé preparando
unas barritas. (A los visitantes.) Quiero que
las lleven ustedes en recuerdo de esta ex-
cursión.

PABLO (Al obrero.) Anda, tú. (El obrero que trabaja con

Pablo abre el boquete del desahogadero. Pablo escarba en él con la barra de acero y sale un chorro de colores vivos, un verdadero arco iris de llamas, un río de luz que cae a lo largo del horno y se dirige camino del depósito por los canalillos, mientras Pacorro saca plomo del depósito con el espetón y lo ha vaciado en moldes pequeños. Procúrese dar gran visualidad escénica a este momento.)

LUCAS (Con vanidad de amo.) ¿Eh? Miren ustedes. Me parece que la mina tiene también sus miajas de arte. ¿Qué tal la sangría? Desafío a todos los joyeros del orbe a que presenten en sus escaparates unas luces así.

JOSEFINA ¡ Hermoso ! ¡ Hermoso ! Es el arco iris, puesto al alcance de la mano. Dan ganas de cogerlo. (Avanzando.)

PABLO Cuidado. Quema. (Al obrero.) Ea, tapa ya. (Entra Luis por la izquierda y se dirige al grupo formado por los visitantes.)

ESCENA V

Dichos y LUIS; al final, GREÑUDA y OBRERA 1

LUIS Perdónenme ustedes. Llego tarde. Dirán y con razón que soy un mal huésped.

JOSEFINA ¡ Se le pegaron a usted las sábanas !

LUIS Bien castigado estoy. Mi pereza me ha retrasado en ver a ustedes.

JOSEFINA No es la ccompañía nuestra lo que se ha perdido. Es nuestra visita a los pozos. Bien es cierto que estará usted hartos de visitarlos.

LUIS No lo crea. ¿A qué voy a bajar allí? ¿A romperme los sesos?

JOSEFINA He quedado maravillada. De buena gana haría la excursión otra vez.

LUIS Por mí no quede. Una cosa es que no me seduzca bajar a la mina solo y otra que lo haga con ustedes, no una vez, doscientas.

- ISABEL ¡Qué galante !
LUIS No es galantería. Y si ustedes quieren...
(A Josefina.) Si quiere usted, les ofrezco una comida allá abajo, en el fondo. Una comida iluminada con antorchas.
- JOSEFINA ¡Aceptado ! ¡Aceptado ! (Palmoteando.)
CARLOS (Bajo a Enrique.) Esta señorita tiene por cabeza una devanadera. ¡ Otro viaje a la mina ! ¡ Valiente programa !
- SOLEDAD ¡Qué ocurrencias tiene este Luis !
JOSEFINA La de ahora es admirable. ¿Y cuándo va a ser?
- LUIS Cuando usted disponga.
EDUARDO Tiempo hay en dos meses que hemos de estar aquí.
- LUCAS (A Luis.) Ya que llegaste, enseña los talleres a nuestros amigos. (A Fernando.) Tenemos que hablar, don Fernando, y cuanto antes mejor.
- LUIS (A los visitantes.) A sus órdenes.
PACORRO Si quieren ver las barras...
JOSEFINA Sí, sí... (Todos se acercan al depósito en que trabaja Pacorro.)
- LUCAS (A don Eduardo.) Cuestión del negocio.
EDUARDO Los negocios no deben descuidarse nunca. Vayan ustedes, vayan. (Se une al grupo de visitantes.)
- LUCAS (A Fernando.) Es de la rebaja de los jornales de lo que hemos de hablar.
- FERNANDO ¿Insiste usted?
LUCAS No soy yo, son mis compañeros, los amos de las otras minas, quienes me imponen la rebaja ; y ello ha de ser hoy mismo. (A los otros.) Hasta después.
- LUIS (A su padre.) ¿Nos reuniremos en el jardín?
LUCAS Indudablemente. (Sale por la izquierda con Fernando a tiempo que aparecen por el fondo empujando una vagoneta la "Greñuda" y la obrera 1.)
- LUIS (A los visitantes.) Por aquí nosotros. (Luis y los visitantes se disponen a cruzar desde el horno de la izquierda a la puerta de la derecha, donde están los talleres.)

- GREÑUDA (A la obrera 1.) ¿Entoavía están aquí esas muñecas empolvás?... Ahora verás tú... (La "Greñuda" empuja con fuerza la vagoneta a tiempo que van a atravesar la vía Isabel y Luisa. Luis, que ve el avance, retira a las señoritas del riel. Ellas retroceden asustadas.)
- LUIS ¡ Cuidado !
- LUISA ¡ Ay !
- ISABEL ¡ Jesús !
- LUIS ¿ No ves que están pasando ?
- GREÑUDA (Hipócritamente.) Se escapó la vagoneta, señorito.
- CONCHA Ustedes perdonen. Son unos salvajes. (Salen por la derecha Josefina y demás visitantes.)
- GREÑUDA (A la obrera 1.) Lástima de mandao. A las piernas tiraba.
- OBRAERA 1 ¡ Tiés una sangre !
- GREÑUDA Por verlas a toas uncías a la vagoneta, daba lo que me quea de vivir.
- OBRAERA 1 ¡ Eso es ser envidiosa !
- GREÑUDA Eso es llevar cincuenta años haciendo de mula. Tira pa adelante ya. (Salen por la izquierda "Greñuda" y obrera 1.)

ESCENA VI

DANIEL, PABLO, PACORRO, OBRERAS, OBREROS; luego CÉSAREA e IRENE

- PACORRO (A Pablo.) ¡ Camará lo que tardan en dar las diez ! O mi estómago alanta, o en la mina atrasan los relojes pa que dure más el trabajo. Luego el olor de esas señoritas, me ha puesto los dientes de a cuarta De mo y manera que necesito morder algo.
- PABLO Muerde el cucharón que está calentito.
- DANIEL (Al obrero 1.) ¡ Vivo ! que está en su punto. (Sacando su reloj y mirándolo.) Cinco minutos antes de las diez. (Con satisfacción.) No hay horno como el mío. Un conómetro es pa fundir. (Golpeando el horno con la barra.) Los lin-

- gotes que salen de éste se diferencian de los otros tal que la plata del carbón.
- OBRERO I ¡Cuánto quíes al horno! (Riendo.) Ni que fuese de tu familia.
- DANIEL Motivos tengo pa quererle. Empezamos a cocernos juntos. (Secándose con la mano el sudor de la frente.) ¡Uf! Estoy cansao. (A Pablo.) ¿Cómo anda lo tuyo, hijo?
- PABLO Acabando.
- IRENE (Dentro, cantando.)
Ni por plata ni por oro
se han de llevar mi querer.
El que mi querer se lleve
minero tiene que ser.
- PACORRO Eso sí, como cantar, canta bien la Irene. Vale más una copla suya que tos los berrios del cantante. (Aparecen por el fondo Irene y Cesárea empujando la vagoneta.)
- IRENE (A Cesárea.) Muertecitos llevo los brazos.
- PACORRO (A Irene.) Bendita sea tu garganta. ¡Lástima que estés un poco ronca! (Señalando el plomo que sube en la cuchara.) ¿Quiés una cucharaita pa aclararte el garguero?
- IRENE Anda y regálasela a las monas enjuezás que te comías con los ojos. (Suena dentro una campana. Al oirla todos los obreros sueltan sus herramientas precipitadamente como quien se desprende de una carga enojosa. Los trabajadores abandonan hornos y picas, los muchachos sus esportillas, los espetoneros se apartan de los hornos, Pacorro suelta su cucharón que tiene ya casi fuera del depósito y lo deja caer en él otra vez.)
- PACORRO ¡Arza y que te vuelque el amo!... ¡A almorzar! (Dirigiéndose en busca de Pablo.)
- DANIEL (Al obrero I, que va a soltar la barra.) Espera, hombre, espera. Porque sean las diez no hemos de hacer las cosas mal. Tapa justo el boquete.
- OBRERO I Bien está pa el hambre que tengo. ¡Que lo tape mejor quien quiera!
- DANIEL Yo lo taparé, descastao.
- OBRERO I ¿Es mío el horno?... ¡Entonces!... Cuan-

do lo sea cambiaré de bisiesto. (El obrero 1 deja la barra apoyada contra el horno y se dirige hacia el patinillo. Daniel queda arreglando el desahogadero con escrupulosidad paternal. Como se dijo antes, al soco con escrupulosidad paternal. Como se dijo antes, al sonar la campana los obreros sueltan sus herramientas y se dirigen hacia el patinillo llevando en la mano sus almuerzos puestos en periódicos o tarteras y las botellas o medias botellas de vino. De los talleres que están a la derecha salen las mujeres corriendo unas, riendo otras, otras cantando. Todas con sus almuerzos y sus botellas en la mano también. Algunas se reúnen con sus hombres; otras forman grupos, distribuyéndose desde el patinillo hasta el fondo de la fundición, tomando asiento en el suelo o sobre los montones de mineral. Con las obreras viene Anita, que se reúne a Pacorro y a Pablo. Por la izquierda vienen la "Greñuda" y las obreras 1 y 2 que se unen a Irene formando grupo aparte. También sale del taller un poco después, y sin confundirse con las otras obreras, Bastiana, mujer de veinticinco años, guapa, bien trajeada y dándose aires de importancia. Llevará en la mano una cestita muy elegante y se sentará lejos de las otras, teniendo cuidado de escoger el sitio más limpio. Cesárea se sentará sola en primer término. Procúrese dar a esta escena, como a todas las anteriores, grandes caracteres de vida y de realidad. Es el medio, el vivir de los trabajadores lo que hay que meter plásticamente en el alma del público, para que éste se impresione, se compenetre con ese vivir y lo esté viviendo a la par de los personajes. Sólo así podrá llegar esta obra al objeto que su autor se propone. Es, por consiguiente, es este drama, el director de escena un colaborador principalísimo e imprescindible.)

ESCENA VII

CESÁREA, IRENE, ANITA, GREÑUDA, BASTIANA, OBRERAS 1 y 2, DANIEL, PABLO, PACORRO, OBREROS 1 y 2, obreros y obreras.

BASTIANA (A Irene que pasa rozándola para reunirse con las obreras 1 y 2.) Ten cuidado, mujer, que manchas. (Con altanería.)

- IRENE (Con desaire.) ¡Perdone usía !... (Reúnesse con la "Greñuda" y las obreras 1 y 2.)
- GREÑUDA (Bajo a las otras, señalando a Bastiana.) ¡Pues no ha echao pocos humos Bastiana dende que su marío es capataz y capataza ella !.... ¡Ni que fuese el ama de la mina !
- IRENE (Idem.) El ama de la mano izquierda ya lo es. ¿Si no cómo iba a ser capataz el bruto de Nemesio?
- ANITA (A Daniel.) ¡Padre ! ¿No viene usted?
- DANIEL En seguía. Estoy concluyendo. (Todos los obreros sacan de los periódicos o tarteras almuerzos miserables que den idea del vivir precario que llevan en las minas los trabajadores a jornal.)
- GREÑUDA (A sus compañeras de grupo.) ¿Eh? ¡Miá que almuerzo el mío ! Un cacho de pan más duro que el plomo, y un tomate. (Enseñándolo.) Luego queréis que no aborrezca a tóos esos hartos de jamón. Como los cogiese entre mis uñas ande no hubiera Guardia civil, les sacaba el pellejo a túrdigas.
- PACORRO (Que se acerca al grupo comiendo.) Cuidiao que eres tú mala, vieja. Debías pensar que la muerte está ya rondándote y que el cielo se abre sólo a los buenos.
- IRENE (Con alegría.) Déjalos con su dinero, agüela, que también tién que rascar. Al fin y a la postre nosotras también mos divertimos.
- GREÑUDA ¡Nosotras !... Vosotras, vosotras las jóvenes que aún tenéis mineros pa que os hagan la rucia y os convien y os lleven al baile y os jaleen el ható. Vosotras tenéis un padre o un hermano o un hombre, o un chiquillo... ¡algo que os llama y que os alegra !... ¡Yo !... Mi juventú, ¡anda con Dios ! Mi marío cerró el ojo ya. Los hijos... me los mató un desprendimiento. El aguardiente es mi recurso y gano pocas perras pa beber el que nesecito. (A Pacorro.) ¡Güena !... ¡güena !... Cuando se han cumplío los sesenta y se está pobre y fea y hay que agarrarse a una vagoneta pa vi-

vir y a un cacho de pan duro pa afilar las encías, no sé pué ser güena, muchachas. Razón llevas, *Greñuda*.

CESÁREA
OBRERA 1 (A la «Greñuda», ofreciéndole una botella.) Arza, bebe un trago.

GREÑUDA (Bebiendo.) Salú.

DANIEL (Acercándose donde están Anita y Pablo con el obrero 1.) ¿Veis cómo quea tiempo pa to? (Sentándose con ellos. Pablo se separa de su familia y se dirige con el paquete del almuerzo en la mano al sitio donde está Cesárea, que aún no ha destapado su tartera.)

PABLO (A Cesárea.) Hoy tenemos que almorzar juntos. ¿Quieres?

CESÁREA ¿Por qué no? Siéntate.

PABLO Aquí no.

CESÁREA Pues...

PABLO En la explanada nos aguardan Macario, Antonia, Enrique... Los compañeros y compañeras que tienen más influencia con los trabajadores. La rebaja de jornales está decidida y hay que resolver inmediatamente. Es preciso que vengas tú para resolver con nosotros, tú, que eres el alma de las mujeres de la mina.

CESÁREA VAMOS. (Levantándose. Salen por el espacio libre que deja el patinillo por la izquierda.)

ESCENA VIII

Dichos menos PABLO y CESÁREA; después JOSEFINA, DOÑA CONCHA, DOÑA SOLEDAD, ISABEL, LUISA, LUIS, DON EDUARDO, CARLOS y ENRIQUE

BASTIANA Mirar la *Apóstola* cómo se las naja solita con Pablo.

IRENE A na malo irá. Es la única mujer de la mina que pué irse sola con un hombre sin que la mormuren.

BASTIANA ¿La única? (Con mal gesto.)

GREÑUDA Sí, señor. Y no hay que hablar de ella. Ya

sabes que toas la queremos. (Entran en escena por la derecha, doña Soledad, doña Concha, Josefina, Isabel, Luisa, Luis, don Eduardo, Carlos y Enrique.)

LUIS Saldremos por la espalda de la fundición para llegar antes al jardín. La mesa está bajo los tilos.

JOSEFINA Será un almuerzo delicioso.

CONCHA Un almuerzo de pueblo, debe usted decir. No esperen filigranas. Aquí no caben improvisaciones. Carne, pescado, pollos, jamón en dulce y paren ustedes de contar.

IRENE ¿Oís? (Bajo a los obreros.)

LUIS De los vinos respondo yo. (A los caballeros.)
Marcas de primera, señores.

PACORRO (Bajo al grupo en que está.) Bien podían mentar eso del vino en otra parte. ¡Qué ganas de mortificarle a uno !

LUIS (Acercándose a Josefina.) He puesto mi cubierto junto al de usted. ¿Quiere perdonarme?

JOSEFINA (Con coquetería.) ¿Perdonar? No se perdona lo que agrada.

LUIS Gracias.

CONCHA ¿Andando?

LUIS En seguida. (Alto a las obreras.) ¡A ver una !
(Tres o cuatro obreras, entre las cuales está Anita, se adelantan a la voz de Luis. Anita llega junto a éste, que ha avanzado también, primero que ninguna.)

ANITA Mande usted.

LUIS Vé al despacho y dile a mi padre que ya vamos hacia el jardín ; que no se retrase.

ANITA (Bajo.) ¿Por qué te acercas tanto a esa señorita? (Celosa.)

LUIS ¿Por qué? (Sorprendido.) ¿Vas a venirme ahora con historias? (Desdénso y altivo.)
¡Pues tendría gracia !... Anda. (Anita se dirige a la izquierda, por donde sale. Doña Concha y doña Soledad, Josefina, Isabel, Luisa, don Eduardo, Carlos y Enrique, precedidos de Luis, se dirigen hacia el fondo por el cual desaparecen.)

ESCENA IX

IRENE, GREÑUDA, BASTIANA y OBRERAS 1 y 2, DANIEL, PACORRO, OBREROS 1 y 2, obreros y obreras

IRENE (A Pacorro, que sigue con los ojos encendidos y la boca abierta a las señoritas que se van.) Anda, hombre, avíate en un santiamén. Te pones el futraque y te vas a almorzar con las señoritas. Anda, que te están esperando y puén perder el apetito si no las acompañas.

PACORRO Pué que te enfaes porque mire yo a otra mujer. Chica, si fuese yo a enfaarme por cá hombre que has mirao y remirao en este mundo, me entraría la rabia.

IRENE A nadie más que a uno miro hace dos quincenas.

OBRERA 1 A ver si te has enamorao con veras de Pacorro. (Riendo.)

IRENE Si me hubiera enamorao, ¿qué?

BASTIANA ¡Que tendría gracia! (Con mofa.)

IRENE ¿Y por qué tendría gracia, señora... capataza?

BASTIANA Porque nadie te cree capaz de ello. Ya se sabe : uno cá ocho días. Mejor llevas tú el alta y baja de los trabajaores de la mina que la aministración.

IRENE Pues ahí tiés tú ; ya he tirao el lápiz y no quiero más que a éste en la lista.

PACORRO (Contoneándose con vanidad burlona.) ¿Eh? Pa que veáis lo que vale un güen mozo.

DANIEL (Riendo.) ¡Presume, Pacorro! (Se acerca al grupo.)

BASTIANA (Con desprecio.) Y lo puede hacer. Si ésta se ha fijao en él, no lo ha hecho al tun tun. Ha tenío ande comparar.

IRENE Oiga usté, doña... limpia. Yo hago y he hecho con mi persona lo que me ha dao la rial gana. Mía es mi persona y a naide ofendo ; ni a mis padres, porque pudren

tierra, ni a mis hijos porque no los tengo. De mó y manera que pata. No toas podrán decir lo mismo.

OBRERA 1 Irene, cállate.

GREÑUDA Déjala que hable, chica.

BASTIANA (A Irene.) ¿Y soy yo la que no pueo decir lo mismo? ¡Só... escoria!

IRENE Perdone usted, plata fundía. No sé lo que podrá usted decir o lo que no podrá usted decir. Sé que cuando he puesto mis ojos en un hombre, minero ha sío él y querer por querer le he dao; y si él ha pagao unas copas con los dineros de su jornal, con los del jornal mío he pagao otras yo. Yo seré... lo que sea, por gusto, porque me sale así de adentro. En cambio otras, se compinchan con sus maríos pa hacer cucamonas a un amo viejo y pa que el viejo haga capataz al marío y capataza a la mujer. De mó que yo, con lo que hago, me doy y otras, con lo que hacen, se venden. ¿Se ha enterao usted ya, güena moza, o se lo canto más clarito?

BASTIANA ¿Dices eso de mí, mala lengua, embustera? Yo haré que te echen de la mina

(Los obreros han ido acercándose poco a poco y forman corro en torno de Bastiana e Irene.)

IRENE Por echá me tengo. Como que eres la influencia mejor pa el amo. Anda, que tus fatiguillas te cuesta. (A los obreros.) ¡Porque miá que don Lucas! ¿Eh, compañeros? ¡Vaya un pollo! (Los obreros y las obreras ríen.)

BASTIANA ¡Pingajo!

IRENE Eso eras tú, un pingajo, un pingajito hace cuatro meses. Sólo que el amo te pone ahora los faralares limpios... y a tu marío se los pone también.

PACORRO ¡Ole! ¡Ole!

BASTIANA (Avanzando hacia Irene.) Y yo te voy a poner la geta encarná.

IRENE (Avanzando hacia Bastiana.) ¡A mí!

- OBRERA 1 ¡Vamos, no venirse a las manos! (Las obreras 1 y 2 tratan de detenerlas.)
- IRENE Suelta, chica y verás lo güeno.
- GREÑUDA Sí, soltarlas. Que se zurren si ese es su gusto. (Las obreras sueltan a Bastiana y a Irene, que se dirigen la una hacia la otra.)
- PACORRO ¡Ande el movimiento! ¡Dos duros por mi gallo!
- IRENE (Cogiendo del pelo a Bastiana.) ¡Toma pa horquillas! (Bastiana e Irene se cogen y forcejean a tiempo que entran Cesárea y Pablo por la derecha del espacio que deja libre el patinillo.)
- OBRERA 2 ¡No, no, separadlas!
- GREÑUDA ¡Así, Irene! ¡Al pelo! ¡Duro con el pelo!
- CESÁREA ¡Qué es esto! ¿Y vosotras dejáis que se peguen? (Se pone entre las dos mujeres y las separa.) ¡Ayúdame, Pablo! (Entre Pablo y Cesárea separan a Irene y a Bastiana. Bastiana queda con el pelo suelto y llorando de rabia. Irene se arregla el suyo contemplando a Bastiana con aire de triunfo y mirando con orgullo a Pacorro.)
- PABLO ¡Ea, se concluyó!

ESCENA X

Dichos y NEMESIO

- PACORRO (A Irene.) ¡Guapo, Irenilla... le has clavao el espolón en mitá de la cresta!
- NEMESIO (Entra por la izquierda y se fija en Bastiana, que llora.) ¿Cómo? ¿Lloras tú? ¿Qué te pasa?
- BASTIANA Que esta pícara me ha pegao y ha dicho que si tú y que si yo... (Llorando.)
- GREÑUDA ¡Y llora!... Eso no es una minera... ¡Es un crío! ¡A la cuna! ¡A la cuna con él!
- CESÁREA Sed lo que sois, mujeres, y no fieras, que es lo que parecéis.
- NEMESIO (Que se ha acercado a Bastiana.) ¿Conque sí?... ¿Conque esta mala sangre?... ¡Ahora verás tú! (Avanzando hacia Irene en son de amenaza.)

- PACORRO (Interponiéndose a Nemesio.) ¡ Cuidiao ! Por muy capataz que seas, Nemesio, en cuanto la toques, te salto un ojo.
- DANIEL (Interponiéndose también, a Nemesio.) Mal harías pegándola. De igual a igual han peleao. Ley de los mineros es respetar esas peleas. Si tu mujer ha perdido, que se aguante, Nemesio.
- CESÁREA (A Bastiana.) Venga usted, véngase conmigo. Esto ya pasó. En el taller puede usted arreglarse. Véngase conmigo, Bastiana. (Bastiana y Cesárea salen por la derecha.)

ESCENA XI

Dichos, menos Cesárea y Bastiana

- NEMESIO Bueno ; allá las mujeres. (A Pacorro.) (Pero lo que has dicho tú, hay que probarlo.)
- PACORRO Luego. Cuando salgamos del trabajo, y naide nos estorbe.
- NEMESIO Conformes. Será luego. (Después de una breve pausa durante la cual Nemesio y Pacorro se miran desafiándose con los ojos.) ¡ A ver Daniel, Pablo, Roque, Antonio, los jefes de tarea, a las oficinas conmigo ! Os llaman.
- DANIEL ¿ Y pa qué ?
- NEMESIO En la oficina os lo dirán.
- PABLO Vamos. (Salen por la izquierda Daniel, Pablo, Nemesio y los obreros 1 y 2.)

ESCENA XII

GREÑUDA, IRENE, OBRERAS 1 y 2, PACORRO, obreros y obreras ; al final CESÁREA

- OBRAERA 1 (A Irene.) Bien hiciste en zurrarla. Hace cuatro meses era vagonetera como tú y como yo, y el marío arrancaba plomo en la mina. Hoy todo es presumir y farolear.

ESCENA XIII

Dichos y CESÁREA

- CESÁREA Ya está más conforme. (A Irene.) Sólo falta que hagáis las paces.
- IRENE ¿Las paces?
- CESÁREA Sí, Las paces. ¿A qué reñir, a qué disputar entre nosotras? ¿No tenemos bastantes penas en el mundo?
- PACORRO Andar a trompazos no es pena. Yo he pasado el gran rato. (Entra Pablo por la izquierda y se dirige hacia Cesárea.)

ESCENA XIV

Dichos y PABLO

- PABLO ¿Cesárea?
- CESÁREA (Acercándose a él.) ¿Qué?
- PABLO (Bajo.) Lo que pensábamos. Desde mañana, rebaja de jornales.
- CESÁREA ¡Ah! De modo que...
- PABLO Lo que se ha resuelto. No aceptamos y proclamaremos la huelga.
- CESÁREA ¿Los otros?
- PABLO No retrocederán. El acuerdo es firme. Vé a los talleres y díselo a las trabajadoras; hoy mismo estallará la huelga. Ahí viene mi padre y los otros jefes de tarea. Vé. Ha de ser hoy mismo, antes que el trabajo se reanude.
- CESÁREA Cuenta conmigo. Voy. (Con gesto lleno de energía. Sale Cesárea por la derecha mientras entran por la izquierda Daniel, los obreros 1 y 2 y dos obreros más.)

ESCENA XV

Dichos, menos CESÁREA; DANIEL, OBREROS 1 y 2 y dos OBREROS más

DANIEL (Dirigiéndose a su hijo.) ¿Conque era verdad?
¿Conque rebajan los jornales?

PABLO Ya lo ha oído usted.

OBRERO 1 Y ya oíste que no lo sufriremos. ¿Verdá que no? (A los obreros.)

PACORRO ¿Qué?

PABLO Que rebajan los jornales como se anunció anoche. (Movimiento en los obreros.)

PACORRO ¿Sí? -

DANIEL Dende mañana rebajaos.

PABLO Y nosotros a la huelga desde hoy. ¿Estamos conformes?

OBREROS ¡Sí!

PACORRO ¡Digo que si estamos conformes! La huelga a escape. (A Irene.) Chica, ¡viva la huelga!

DANIEL No: la huelga es el hambre. No sus precipitéis. Aun puede intentarse algo. Hablar con el amo, convencerle; transigir nosotros. (Titubeando.)

PABLO Nosotros no.

OBRERO 2 Que transija él.

DANIEL Bueno, que él transija. Podemos esperar... Todo menos la huelga. Quizás hablando con don Lucas... No es mala persona... Pué que nos atienda... (Suena dentro la campana llamando al trabajo.) La campana. Vamos a trabajar. A la noche determinaremos.

PABLO Ahora mismo. ¿El amo quiere la guerra? La tendrá.

DANIEL Hay que hacer el último esfuerzo. Hablemos con don Lucas.

OBRERO 2 ¡Hablarle! En su despacho estaba cuando nos dieron la orden y bien oyó lo que decíamos y ni siquiera asomó las narices.

PACORRO Es un morral. (Entra don Lucas por la izquierda.)

OBRERO 1 (A Daniel.) ¿Quies hablarle? Ahí le tiés, hombre. (Aparece Luis por el fondo.)

OBRERO 2 (A Daniel.) Y por si acaso no te basta con él allá viene su hijo. (Por un movimiento instintivo los obreros se retiran a la derecha hacia el fondo menos Pablo, Daniel y obreros 1 y 2.)

ESCENA XVI

Dichos, DON LUCAS y LUIS

(La campana sigue tocando. Procúrese que suene lejos para que no estorbe el diálogo.)

LUIS (A don Lucas.) Venía en busca tuya. Te has retrasado mucho. Todos esperan ya.

IRENE (A Pacorro.) ¡Qué seguío toca la campana!

PACORRO Déjala. (Como si hablara con la campana.) Hoy estamos en huelga, amiga, no nos sale de las narices ir. (Luis habla con don Lucas.)

LUIS (A los obreros.) ¿No oís que llaman al trabajo? (Con imperio.) ¿Qué hacéis ahí quietos? (Los obreros bajan la cabeza, cobardemente, sin atreverse a contestar. Cesa la campana.)

OBRERO 1 (Tartamudeando.) Ya ve usté... estamos... Pues estamos... Ya hemos oído la campana... Estamos...

LUIS ¿Por qué estáis? Decidlo de una vez.

OBRERO 1 (A los otros.) No sé qué decirle.

PACORRO (Al obrero 1.) ¡Qué blando eres! Fíjate. (Se estira la chaqueta y se dirige a Luis; fuerte.) ¡Estamos...! (Se detiene como atragantado, balbuceando.) Estamos... estan... ¡Anda, se me traba la lengua! (Retrocediendo, a Daniel.) ¿No querías hablar? Habla tú. (Daniel se adelanta con el sombrero en la mano y la actitud humilde.)

DANIEL El caso es... que nos han dao la orden... Nos han dicho que rebaja usté los jornales y... a nosotros nos parece... Es decir, creemos... Ya ve usté, los jornales de

hoy dan pa mal comer... Hágase usté el cargo... Como usté lo piense unas miasas...

LUCAS Cuando he dado la orden es porque no tenía más remedio. ¿Creéis que hago la rebaja por gusto? Todos tenemos que vivir. Para que vivamos todos, tenéis que conformaros hoy. Esto es transitorio. Vendrán tiempos mejores. Cuestión de unos días. (Conciliador.)

DANIEL En tal caso... (Haciendo ademán de dirigirse al horno.) Si usté nos ofrece que serán pocos días... (Coge la barra y se encara con los obreros.) Ya veis, amigos; es cuestión de unos días. ¡Cuando don Lucas os lo dice!... (Movimiento de irresolución y duda en casi todos los obreros.)

LUIS Claro, hombre. ¡A los hornos! ¡A trabajar! ¡Pues no faltaría otra cosa! (Algunos obreros se dirigen hacia la fundición.)

PABLO ¿A trabajar? (Con energía.) No. No iremos ninguno. (Coge la barra de manos de su padre y la tira al suelo.) Ni usté tampoco, padre. (Los obreros que se dirigían al trabajo se detienen.)

LUIS ¡Eh! (Sorprendido.)

DANIEL ¡Pablo! (Confuso.)

PABLO No iremos si los jornales no se mantienen como estaban.

LUCAS ¿Qué dices?

PABLO Que si estos hombres callan y no se atreven a decir lo que llevan en el corazón, por mal entendidos respetos, yo hablaré alto y en nombre de todos: porque todos, sépalo usté, todos piensan lo que hablo yo. Si se rebajan los jornales no volveremos al trabajo.

DANIEL (Suplicante) ¡Hijo!

PABLO No volveremos. (A los obreros.) ¿Digo verdad? (Los obreros bajan la cabeza sin responder, pero permanecen inmóviles con cazuttra testarudez.)

LUIS Ya ves cómo no te contestan.

PABLO Ya ve usté cómo no van a trabajar. Ca-

llan y bajan la cabeza porque todavía son cobardes delante del amo ; porque aún no se atreven a decir lo que piensan. Yo sí me atrevo.

LUCAS

¿Tú?

PABLO

Me atrevo como hombre libre que soy para dar o negar mi trabajo. Los mineros no trabajarán.

LUIS

¡Pablo!

PABLO

(A los obreros.) No tengáis miedo. Tirad las herramientas : ahora ustedes decidirán.

(Algunos obreros que han cogido las herramientas las arrojan con violencia.) En las condiciones impuestas, los hombres de la mina no vuelven al trabajo. (Momentos antes ha salido Cesárea seguida por un grupo de obreras.)

CESÁREA

Las mujeres tampoco vuelven.

ESCENA XVII

Dichos, CESÁREA y grupo de mujeres

LUIS

¿Qué dices?

CESÁREA

Lo que usted acaba de oír. Las mujeres tampoco vuelven.

PABLO

(A los obreros.) Vámonos. (Pablo se dirige hacia la izquierda. Todos menos Daniel hacen ademán de seguirle.)

LUIS

¿Iros, porque este necio y esta loca os mandan que os vayáis?

CESÁREA

Irnos, porque no queremos ser vuestros esclavos ; irnos, porque no queremos sufrir injusticias. No van con un necio, no van con una loca. Van con dos trabajadores que sienten como ellos. (A los obreros.) Vamos. (Vuelve a sonar la campana, pero lejos, como se dijo antes.)

PABLO

Vamos. (Dirigiéndose con los obreros hacia la izquierda.)

LUIS

Idos, sí. La huelga es el hambre y la muerte. Idos. Peor para vosotros.

CESÁREA (Encarándose con Luis y con don Lucas.) Peor para vosotros si no llegamos a volver. Nosotros llevamos nuestros brazos. Donde vayamos podrán nuestros brazos arrancar el mineral de la cantera y fundirlo en los hornos y convertirlo en barras... Vosotros, si nosotros os dejamos solos, ¿qué haréis? Andad. Ahí tenéis las herramientas; ahí están ardiendo los hornos; ahí bulle el mineral fundido. Nada falta. Ni la campana que llama a los trabajadores. Es la hora de empezar la faena. Nosotros nos marchamos. Seguid el trabajo vosotros. (En actitud desafiadora y gallarda, rodeada por todos los obreros.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. A la vida, a la animación, al vaho ardiente que salía de la fundición, ha sucedido esa quietud siniestra, ese desamparo mortal que se apodera de los grandes centros industriales cuando el trabajo se paraliza. Los hornos están apagados. Los depósitos sin mineral fundido. Las herramientas recostadas contra los hornos y los bordes de los depósitos.

Las puertas que comunican con la derecha y con la izquierda aparecen cerradas al comenzar el acto.

En el patinillo habrá media docena de soldados, calentándose en torno de una hoguera hecha brasas. Un centinela paseará por el espacio libre que hay delante del patinillo.

Los soldados tendrán los fusiles junto a ellos.

Con los soldados estará Pedro calentándose como ellos a la lumbre, en la cual hervirá una marmita.

Es de noche. La luz de la luna iluminará a medias la escena.

ESCENA PRIMERA

PEDRO, SOLDADOS 1 y 2, un SOLDADO más y un CENTINELA

SOLDA. 1 ¡ Valiente madrugada !... Vaya un frío que hace, sargento.

PEDRO Aumenta la fogata si quieres. En aquel montón tienes leña de sobra. (El soldado 1 se dirige al montón de leña y vuelve con unos troncos que arroja en la hoguera; ésta empieza a arder mientras el diálogo continúa.)

SOLDA. 2 ¡ Qué noche más perra !

- SOLDA. 1 ¡Y si al menos nos hubiese servido de algo! Pero los mineros no se mueven. Vamos a quedarnos sin disparar un tiro.
- PEDRO ¡Tiros! (Con gravedad.) Dios haga que no sean ellos menester.
- SOLDA. 2 ¡Qué tú digas eso! ¡Un valiente probao, que se muere por andar a trastazos!
- PEDRO En otros sitios andaría; aquí no.
- SOLDA. 2 ¿Pues?
- PEDRO ¿No sabes que mi padre y mi hermano y todos mis amigos de cuando era mozo trabajan en la mina? ¿Crees que me sonaría el cuerpo a gloria si tuviese que encarar contra ellos el fusil? Vosotros no conocéis en la mina a nadie, y, claro, ¿qué os importa nadie? Tirar del gatillo entretiene. Si fueseis de este pueblo, estaríais como estoy yo.
- SOLDA. 1 Es que sí. ¡Si estuviéramos en mi pueblo y tuviese que tirar contra mis vecinos!... Claro que si me dejasen escoger, contra alguno dispararía a gusto. ¡Pero de eso a tirar al montón, no sabiendo a quién vas a darle!... Mala cosa es.
- PEDRO (Cabizbajo.) ¡Y tan mala!
- SOLDA. 2 ¡Qué remedio!...
- PEDRO En fin... Bueno está. (Mirando la marmita.) Ya hierve el café. Lo tomaremos para entrar en calor. Echad mano a los vasos. (Los soldados sacan de sus morrales unos vasos de estaño y se van sirviendo el café mientras el diálogo continúa. Pedro saca de su morral un frasco de aguardiente.) Aquí hay aguardiente. Rociaremos el mal humor. (Bebe un trago y pasa el frasco a los soldados.) ¡Ojalá y todo acabe en paz!
- SOLDA. 1 Tu hermano es el jefe.
- PEDRO Por eso no estoy tranquilo. Siempre fué caliente de cascós. Tiene mucha sangre y es capaz de mover una trapatiesta. Luego Cesárea...
- SOLDA. 1 ¿Esa loca que les predica a los mineros?
- SOLDA. 2 És una buena hembra. Si la tuviese en la

cantina, ganaba el cabo Hernández doble.

PEDRO

¡Quíá! Acabaría por irse todo el mundo. Eso no es mujer. Lo mismo le da a ella de los hombres que de esta brasa a mí. (Tirando con desprecio una brasa que ha cogido de la lumbre para encender un puro.) Estoy por decirte que ni mi hermano le ha llegao con el pico de una uña. Ella con la revolución social y con la justicia y con todas esas pamplinas que le rebullen dentro de la sèsera, tiene bastante diversión. Emperrá en que los patronos y los trabajadores, los pobres y los ricos, han de ser iguales.

SOLDA. I

(Riendo.) ¡Anda, qué guillaúra!

CENTINE.

(Que se ha detenido en la izquierda, preparando el arma.) ¡Alto! ¿Quién vive? (Pedro y soldados se levantan y se dirigen a los fusiles.)

TENIENTE

(Dentro.) Teniente Fernández.

CENTINE.

¡Sargento, el teniente! (Los soldados se alinean. Pedro se dirige a recibir al oficial, que entra por la izquierda. El centinela tercia el arma.)

ESCENA II

Dichos y el TENIENTE FERNÁNDEZ

TENIENTE

Sargento, vénganse conmigo.

PEDRO

(A los soldados.) A formar. (Los soldados preparan los fusiles y forman.)

PEDRO

¿Nos vamos de aquí, mi teniente?

TENIENTE

Sí. Hoy reanuda sus trabajos la mina.

PEDRO

¿Con los huelguistas?

TENIENTE

No. Con *esquirols*, como dicen ellos; con trabajadores contratados. Lo más probable es que los huelguistas se opongan a que trabajen los *esquirols* y tengamos jaleo. El peligro, si le hay, está en la entrada de la mina. De modo que la compañía va a reconcentrarse junto a los pozos para cubrir la carretera e impedir el paso a

los huelguistas. Así se ha dispuesto. Si ocurre algo en estas dependencias, no están lejos, se puede venir en cinco minutos. Los capataces avisarían.

PEDRO ¡Y mi hermano que está con los huelguistas!

TENIENTE ¿Tienes un hermano con ellos? ¡Vaya por Dios, hombre! (Contrariado; como para sí.) Sería una atrocidad que llegase a haber tiros. (Con mal humor.) ¡Maldita huelga! ¿Por qué nos traerán a esto a los soldados? ¡Nosotros llevamos las armas para cosas más grandes; para pelear contra los enemigos de la patria, no para disparar contra los hambrientos! ¡Ojalá no sea preciso hacer fuego! Para estos menesteres la policía, la policía, no nosotros. ¡En fin!... ¿Estamos listos?

PEDRO (Poniéndose al frente de la fuerza.) Sí, señor. (El teniente hace ademán de marchar y sale sin desenvainar el sable. Pedro, con voz de mando:) De frente. March. (Los soldados formados de a dos, salen detrás del teniente. Apenas desaparecen ellos por la derecha, aparecen por el primer término izquierda Irene y Pacorro.)

ESCENA III

PACORRO e IRENE

PACORRO (Mirando a la derecha.) Ya se fueron. El camino está libre. (A Irene.) ¡Ese estúpido de centinela no hacía más que mirar a todas partes! ¡Habrá tonto! ¡Míá que buscar a los mineros encima de la tierra! Debajo es ande hay que buscarlos, amigo. (Como si hablase con el centinela.) Avisa a Pablo y a los otros. (A Irene.)

IRENE En seguía. (Dirigiéndose hacia el primer término izquierda y haciendo señas con la mano.)

PACORRO ¡Soldaditos a mí!... Media legua tié la

galería y por ella vendremos tos. Ya se acercan ESOS. (Entran por el primer término izquierda Cesárea, Pablo y los obreros 1 y 2.)

ESCENA IV

Dichos, CESÁREA, PABLO y OBREROS 1 y 2

PABLO (Entrando.) Veremos si logran lo que se proponen, poniendo tropa en la carretera y cerrando el paso a los talleres. La galería será nuestro camino. Los huelguistas vendrán por ella y, pase lo que pase, no se empezarán los trabajos. (A los obreros 1 y 2.) ¿Estamos conformes?

OBRERO 2 Conformes.

OBRERO 1 Por lo menos si quieren trabajar ha de costarles sangre.

OBRERO 2 La sangre será nuestra; un fusil alcanza más que una pistola.

CESÁREA Nuestra o suya o de todos. ¿Qué importa? Cada gota de sangre que en estas peleas se pierde es un paso hacia el porvenir.

IRENE (Con admiración.) ¡Qué bien dices las cosas! Yo no las entiendo del to; pero vaya, que se me clavan en el corazón.

CESÁREA De él me salen.

OBRERO 1 Y en el nuestro se meten. Anoche cuando nos reunimos pa ver lo que hoy se hacía, ya viste que la gente andaba duosa. Pero cuando te levantaste en mitá del bosque, iluminá por la luna y hablaste, tos fuimos unos.

PACORRO Paecías mesmamente una virgen del cielo que bajaba a la tierra a decirnos: «Esto y esto es lo que hay que hacer. ¡Confiar en mí!» ¡Cristo, si te pones guapa cuando hablas como anoche!... ¡Hay en tus ojos una cosa!... ¡Vamos! como si tuvieses un lucero dentro de cá niña.

OBRERO I Lo que dijiste. Lo que éste propuso, se hará. (Por Pablo.)

IRENE Tanto como se hará.

PACORRO Ya andaba yo aburrido de estarme mano sobre mano. ¡Bronca, bronca, es lo que hace falta! Como entrecója a un *esquirol*, le corto las orejas y nos las comemos fritas con tomate. (A Irene.) Así como así va pa ocho días que no entra la carne en mi cuerpo.

PABLO En eso confían, en que nos hará ceder el hambre, en que hoy uno y otro mañana, y después todos bajaremos la cabeza y volveremos al trabajo.

CESÁREA ¡Pobres de nosotros si volviéramos aceptando lo que los amos dispusiesen!

PABLO Así no volveremos.

OBRERO I El hambre es muy cobarde.

CESÁREA Cuando tiene esperanzas de satisfacerse. Cuando no las tiene es una fiera y atropella por todo. Que el hambre de los obreros pierda la esperanza, que, aun queriendo, no puedan volver al trabajo, y veréis cómo ni vacilan ni se rinden.

PACORRO Por de pronto ya habéis pasao la galería.

PABLO A eso hemos venido. A convencernos de que se podía llegar aquí sin ser vistos.

PACORRO Pues ya estáis enteraos. Me paice a mí que no dije un embuste. ¡Que pongan, que pongan soldados en las entrás de la mina creyendo que pasarán los *esquirols* y no pasaremos nosotros! ¡Van a llevarse un chasco! Naide recordaba la galería. Yo sí. Entramos Irene y yo una noche porque nos cogió al paso y nos dió por decir: «Vamos a ver ande para esto.» ¿Te acuerdas tú? (A Irene.)

IRENE ¿No he de recordarme?

PABLO Muchas gracias, Pacorro. Ya estamos convencidos. Ahora no hay tiempo que perder. Tú, Irene, y estos dos, avisáis a los compañeros; que se reúnan en la ga-

lería y vengan a este sitio, al amanecer, antes de empezar sus trabajos los *esqui-rols*. Los obreros de los pozos ya saben lo que tienen que hacer. Nosotros haremos lo nuestro. (A Irene, Pacorro y obreros 1 y 2.)
Andando.

PACORRO

(A Pablo.) ¿Tú no vienes?

PABLO

No; Cesárea y yo estamos muy significados. Si nos ven a ella y a mí andando de una casa a otra podemos infundir sospechas. Aquí os esperamos. Volved lo antes posible. (Salen por la izquierda Pacorro, Irene y los obreros 1 y 2.)

ESCENA V

CESÁREA y PABLO

(Pablo se sienta sobre un montón de mineral, donde permanece en actitud preocupada. Cesárea se acerca a él.)

CESÁREA

¿En qué piensas, Pablo? Pareces acobardado, triste.

PABLO

Acobardado, no. Triste, sí.

CESÁREA

¿Triste? ¿Por qué?

PABLO

Porque pienso en los que se van, en los que han de volver con ellos; y los veo a todos esperanzados en ti y en mí; influidos por nuestras predicaciones de las que aguardan inmediatos efectos. Enardecidos por nuestras predicaciones llegarán por el triunfo y es casi seguro que se tropecen con la muerte...

CESÁREA

¡La muerte! (Con desprecio, energía y decisión.)
¿Y qué? ¿Es precisa la muerte suya, la nuestra, las de miles y miles de hombres para el bien de los que nos sucedan?...
¿Sí?... Pues entonces la muerte es una obligación. Las obligaciones, se cumplen.

PABLO

No me espanta morir; y eso que murien-

do voy a perderte, no como realidad, como esperanza, que es más doloroso todavía.

CESÁREA No todos mueren, Pablo.

PABLO Repito que no me da miedo la muerte.

CESÁREA ¿Entonces?

PABLO Sí. Morir es una obligación como otra cualquiera. Morir tú, morir yo, que sabemos por qué y para qué vamos a morir, puede ser necesario, justo. ¿Es justo que hagamos morir a los otros, a los que no tienen cabal conciencia de por qué mueren y para qué mueren?

CESÁREA ¿Los otros?

PABLO Ellos, con la plenitud necesaria para saberlo, no lo saben.

CESÁREA No lo saben, pero lo sienten; igual es. Luego, muriendo ellos, ¿qué pierden? Aun comprendo dudar, no en ir, en llevarlos a ellos a la muerte, si su vida fuera bienestar y felicidades. Arrancarles de la dicha para la muerte sería cruel. Arrancarles para la muerte, de la miseria, de la esclavitud, y hacer con sus cadáveres una bandera que aliente a sus hijos, es, para ellos, misericordia; para sus hijos, porvenir; para nosotros un deber. Deja que mueran, Pablo, si hoy ha de ser la muerte el término de nuestra rebelión. Deja que muramos nosotros. Con nuestra sangre se regarán gérmenes de amor y justicia. Por obra suya brotarán sobre la tierra generaciones en las que los hombres serán hermanos y el trabajo fiesta; en la que nadie se atreverá a verter la sangre de nadie, porque la sangre de todos será para todos común.

PABLO ¡Qué dicha oírte hablar así!... Tienes razón, hay que hacer realidad ese porvenir; hay que llegar a eso. Pero yo quisiera llegar por la bondad y por el amor, dando y

recibiendo el abrazo, no imponiéndolo sobre charcos de sangre.

CESÁREA ¿Y de qué te sirve querer?... Los otros no ceden. Mientras puedan resistir han de hacerlo.

PABLO ¡Es tan lógico que resistan! ¿Cómo han de abrir paso a las nuevas ideas quienes imbuídos por las viejas gozan de todas sus ventajas? ¿Cómo no han de resistir ellos? ¿Cómo no han de sentir la influencia de las viejas ideas, si los nuestros, los mismos nuestros la sufren también?

CESÁREA (Con lástima.) ¡Infelices!

PABLO ¿No oíste a mi padre combatiendo la huelga, sometiéndose a ella de por fuerza, contra su voluntad? ¿No le ves, cuando suena la hora del trabajo, alzarse de la cama como un autómata y venir aquí a contemplar, a adorar su horno, ese horno en que está dejando la vida hace cuarenta años?... ¡Ay, Cesárea, cuántos y cuántos años faltan para que nuestro sueño se haga realidad!... ¡Hay tantos obreros como mi padre! Aun queda mucho camino para hacer.

CESÁREA Luchemos para acortar ese camino.

PABLO Luchemos y soñemos, Cesárea.

CESÁREA ¡Pablo!...

PABLO Antes de la lucha todos sueñan. El sueño prolonga la vida. Cuando se puede morir es bueno tomar desquites anticipados de la muerte. Déjame que haga, soñando con los ojos abiertos, el futuro presente. Deja que nos mire en un hogar común, libres para el trabajo y para el amor; compañeros felices de toda una existencia doble. Deja que te vea junto a mí, rodeada de los hijos tuyos, de los nuestros... ¡qué de los tuyos y los nuestros! de los nuestros sólo, porque serán todos de los dos, porque tal que a propios querré a los de Manuel.

CESÁREA ¡Qué bueno eres, Pablo!

PABLO (Con pasión.) ¡Cesárea!

CESÁREA También sueño yo: ¡Hay sueños muy hermosos! (Cogiendo entre las suyas las manos de Pablo.) Soñemos con las manos juntas y el alma puesta en la dicha de todos los hombres.

PABLO Y con el alma puesta en la dicha de nosotros dos, ¿por qué no hemos de soñar, Cesárea?

CESÁREA ¡En nosotros y con nosotros dos!

PABLO Sí. ¿Por qué no? (Momentos antes ha comenzado a amanecer. La luz de la luna va siendo sustituida poco a poco por la luz del día.)

CESÁREA (Breve pausa. Como quien sale realmente de un sueño.) Porque no hay tiempo ni derecho. Mira, comienza a amanecer... No en nosotros, en los otros hemos de pensar.

PABLO ¡Los otros!... ¿Por qué amanecerá tan pronto? (Breve pausa.)

CESÁREA (Mirándole.) ¡Qué pálido estás! (Cogiendo las manos de Pablo entre las suyas.) ¡Pálido y frío!

PABLO ¡Quién sabe si esta palidez que ves en mí y esta frialdad que siento en mi sangre, son el aviso de la muerte! (Con serena melancolía.)

CESÁREA (Con pasión.) ¡No pienses en la muerte! No hables de ella. Piensa en la vida; en nuestra vida!... ¡en la de los dos!... ¡Hay que vivir, Pablo!...

PABLO ¡Cesárea!...

CESÁREA (Mirando hacia la derecha, primer término.) Vienen. ¿Serán *esquirols*? (Pablo se levanta y se dirige hacia la derecha.)

PABLO No; todavía, no. Es mi padre. La visita diaria al horno. Y hoy... ¡hoy! (Entra por la derecha Daniel, que, al ver a Pablo y Cesárea, hace un ademán de sorpresa.)

ESCENA VI

CESÁREA, DANIEL y PABLO

DANIEL ¿Aquí vosotros?... ¿Qué hacéis vosotros en la fundición?

CESÁREA Esperar.

DANIEL ¿Esperar? ¿Qué esperáis?

PABLO Que vengan los *esquirols* a ocupar nuestros sitios, para impedir que lo consigan.

DANIEL (Riendo.) ¿Impedirlo?

CESÁREA Sí.

DANIEL (Con sarcasmo.) ¿Vosotros dos solos? ¡Tontos! Os quedaréis en el sitio y sin las costillas como os empeñéis en hacer piernas.

PABLO Usté debió quedarse en casa.

DANIEL ¿En casa? En la casa no hay pan ni lumbré. Cuando en las casas falta el pan y la lumbré, ataúdes paecen. (Con sarcasmo.) ¡Ya estaréis contentos!... La huelga nos debe tener a tos muy contentos. Yo... ¡fégurate! Yo, sin jornal, sin esperanzas de tenerlo y mi horno apagao. (Acercándose al horno y tocándole con la mano.) ¡Fríó!... Frío, cómo si no hubiese quemao plomo en jamás.

PABLO Padre...

DANIEL ¿Sabes si yo te viese muerto lo que sentiría cuando tocase el cuerpo tuyo?... Pues talmente me pasa cuando llego a mi horno y lo tiento y lo hallo muerto, acarambanao, sin que por su boca abierta salga el vaho del plomo. Me da verlo así mucha pena, mucha, pero no pueo dejar de verlo.

PABLO ¿Por qué viene usted hoy?

DANIEL Porque vengo tóos los días. ¿A qué iba a no venir? ¿A que empiezan hoy los trabajos? ¿A que llegarán los *esquirols*? ¿A que otras manos que las mías cargarán el

horno y empuñarán la barra y regolverán el mineral?... Será ello otra pena. Una más o menos, ¿qué tié?

PABLO Debe usted irse.

DANIEL ¿Irme?

CESÁREA Los *esquirols* van a venir y en la fundición no trabajan. No estando con nosotros de corazón, no debes hacerte responsable de lo que aquí ocurra.

DANIÉL ¿Qué va a ocurrir aquí? Que vendrán los *esquirols* y los capataces y los amos con ellos y os echarán a puntapiés.

PABLO ¿Está usted seguro?

DANIEL ¡Bah! (Encogiéndose de hombros.) Ahora que caigo. ¿Cómo os habéis colao en la fundición? La tropa corta el paso en la entrá de la mina a to el mundo. A mí me han dejao pasar los capataces porque saben que na tengo que ver con este lío, que vengo de maniático, como ellos dicen; a vosotros dos...

CESÁREA Hemos entrado por sitio que ellos no conocen. Por el mismo sitio entrarán los otros. Entonces...

PABLO (A su padre, señalando hacia la derecha.) Oiga usted. Ya se acercan. Ya están aquí. Ahora, que vengan esos *esquirols*. (Entran por la derecha sigilosamente y empujándose los unos a los otros, Irene, Pacorro, -la "Greñuda", obreros 1 y 2, obreras 1 y 2 y un grupo numeroso de obreros y obreras, entre los cuales habrá muchachos y viejos.)

DANIEL Los huelguistas.

PABLO (A Daniel.) ¡A ver si nos echan a puntapiés, como usted nos decía, padre!

ESCENA VII

Dichas, IRENE, la GREÑUDA, OBRERAS 1 y 2, PACORRO, OBREROS 1 y 2, OBREROS y OBRERAS

PACORRO ¡Ya estamos aquí tos! ¡Contra, si tié revueltas esa galería! ¡Y a oscuras! ¡Nos

hemos dao ca coscorrón! Conque lo dicho; ya estamos aquí tos. (A Pablo. ¿Cuándo escomienza el baile?

DANIEL ¿Qué baile?

GREÑUDA El que van a danzar los *esquirols* en cuanto asomen las narices.

IRENE No le arriendo la ganancia al que me toque de pareja.

PACORRO ¿Pues mía que el que te toque a ti, *Greñúa*?

GREÑUDA (Con ferocidad.) No saldrá mu satisfecho que digamos. Me he afilao las uñas en la cantera. (Enseñándose las a Pacorro.) Míalas, míalas cómo relucen.

PACORRO Tamién te relucen los ojos. A estas horas y con esta luz y con esa facha, paeces una gata vieja acechando ratones.

GREÑUDA Déjalos venir.

DANIEL ¿Qué os proponéis?

CESÁREA ¿Qué nos proponemos? Defendernos. Impedir que acaben con la huelga.

PACORRO ¡Ole! ¡Ole!

OBRERO 1 ¿Qué hemos de hacer? Dilo.

PABLO Esperar que vengan los *esquirols* y cuando vengan, por buenas o por malas, impedir que trabajen.

PACORRO Por malas es mejor. Se arma más jaleo.

PABLO (Al obrero 2.) Tú a vigilar. Cuando veas que se acercan, avisas. (El obrero 2 sale por la izquierda.)

ESCENA VIII

Dichos, menos OBRERO 2

PABLO Que los de los pozos cumplan su deber. Nosotros cumpliremos el nuestro. En la fundición no se trabaja.

OBRERAS Y OBREROS ¡No!

DANIEL ¡Estúpidos! ¡Que no se trabaja!

- PABLO No señor. (Movimiento de furiosa negativa en los obreros.)
- DANIEL ¿Qué importa que echéis de aquí a los *esquirols*? Se irán; golpearéis a unos infelices tan hambrientos como nosotros; les haréis huir, huirán.
- PACORRO ¡A patás, sí señor, a patás!
- DANIEL Huirán, pero volverán pronto, y volverán con los soldados y los soldados tién fusiles y los soldados no corren y los fusiles matan. (Movimiento de retroceso y de temor en los obreros.)
- PABLO (Con enojo.) ¡Padre!
- PACORRO Tamien matan nuestras pistolas. Hay que arrimarse un poco más, pero tambien matan.
- CESÁREA Caiga quien caiga, los *esquirols* no trabajarán en la fundición. Vete, Daniel. No te unas a nosotros si es que te asusta la pelea; pero no vengas a quitar alientos a quienes necesitan todos los suyos. Vete o cállate. (Entra por la izquierda precipitadamente el obrero 2.)
- OBRERO 2 ¡Los *esquirols*!... Don Luis y los capataces vienen al frente de ellos.

ESCENA IX

Dichos y OBRERO 2

- OBRERO 1 (A los obreros.) Salgamos a su encuentro. (Los obreros se dirigen hacia la izquierda.)
- PABLO (Pablo los detiene con el ademán.) No. Todos vosotros, menos yo y Cesárea, allá en el fondo. La fuerza debe ser lo último entre los hombres.
- GREÑUDA Pero...
- PABLO Haced lo que os digo. (Todos los obreros, menos Cesárea, Pablo y Daniel, se retiran hacia el fondo de la fundición donde desaparecen.)

CESÁREA Ya llegan. (Entran por la izquierda Luis, Nemesio, y un grupo de trabajadores "esquirols". Pablo y Cesárea les dan frente. Daniel queda en segundo término hacia el fondo.)

ESCENA X

CESÁREA, PABLO, DANIEL, NEMESIO, LUIS, CAPATACES y un grupo de "esquirols"

LUIS (Al ver a Cesárea y a Pablo se detiene como sorprendido, luego avanza con arrogancia hacia ellos.) ¿Qué hacéis en la fundición esta mujer y tú?

PABLO Aguardar a usted y a los hombres que le acompañan.

LUIS ¿A qué nos aguardáis?... si es que puede saberse.

PABLO A pedirle a usted, a suplicarle a usted, que los *esquirols* no trabajen.

LUIS ¿A suplicarme?... Menos mal que no lo exiges, Pablo...

CESÁREA Si hace falta lo exigiremos.

LUIS ¡Exigir! (Con desprecio.) ¿Y qué vais a exigir vosotros?

PABLO Lo que es justo. Que se acceda a nuestra pretensión.

LUIS ¿Eso queréis? (Desdeñoso.)

PABLO (Amenazador.) Sí.

DANIEL (Avanzando hacia su hijo y en tono de súplica.) ¡Pablo!...

PABLO Para llegar al límite de nuestra paciencia, suplicamos a usted lo que por fuerza podemos conseguir.

LUIS Por fuerza. ¡Necio! La fuerza está conmigo. (A los "esquirols".) Al trabajo. (Los "esquirols" hacen un movimiento de avance. Pablo los detiene con el gesto.)

PABLO (A Luis.) ¿Conque no?

LUIS Ya lo ves.

PABLO (A los "esquirols".) Entonces dirigíos hacia los hornos, hacia los depósitos. (Los "es-

- quirols" se encaminan hacia los hornos; algunos empuñan herramientas; Cesárea, se dirige a ellos)
- CESÁREA (A los "esquirols".) Trabajadores sois lo mismo que nosotros. Nuestra causa es la vuestra. Mirad lo que hacéis.
- LUIS Lo que hacen; obedecerme y volveros la espalda. (Los "esquirols" avanzan hacia los hornos con los capataces.)
- PABLO ¡Que obedezcan! Veremos quién puede con quién. (Dirigiéndolos al fondo.) ¡Mineros! (Salen por el fondo Irene, la "Greñuda", obreros 1 y 2, obreras y obreros, tumultuosamente y dirigiéndose hacia los "esquirols", que retroceden; un gesto de Cesárea detiene a los huelguistas.)

ESCENA XI

Dichos, IRENE, LA GREÑUDA, OBRERAS 1 y 2, PACORRO, OBREROS 1 y 2, OBRERAS y OBREROS

- LUIS (Con asombro.) ¡Eh!
- CESÁREA ¿Qué suponías? ¿Que todo iba a ser tan fácil? ¡Anda! ¡Que avancen esos hombres; los tuyos! Ahí están los nuestros. Que avancen.
- PAC. GREÑ. E IRENE ¡Mueran los *esquirols*! (Avanzando.)
- LUIS (Con ira.) ¿Os atrevéis a ponerlos delante de ellos?
- PACORRO Delante ahora. Dentro de un minuto detrás, porque van a salir corriendo.
- GREÑUDA ¡Mueran los vendíos! ¡A ellos, amigos, a ellos! (Encarándose con los "esquirols".)
- NEMESIO (A los huelguistas.) ¡Retiraos! ¡Obedeced al amo!
- OBREROS ¡Fuera los *esquirols*! ¡Fuera los capataces!
- LUIS (Con ira.) Decid que fuera yo también. ¡Echadme de lo mío, canallas! ¿Os creéis los más fuertes?

- PABLO Los que tenemos razón.
- LUIS Los más fuertes ; por eso nos amenazáis. Los más fuertes en este momento. Pero detrás de mí, de los obreros, de los capataces, está la tropa. (Los huelguistas hacen un ademán de temor y retroceden.) ¡ Ah ! ¿ Tenéis miedo?... ¿ Retrocedéis sólo al mentaros los fusiles? Yo no retrocedo. Si de solo a solo estuviéramos yo y el que os acaudilla, vería este hombre que de todas maneras puedo ser su amo yo. (Luis coge a Pablo bruscamente por los abroches de la blusa. Pablo le empuja bruscamente también, obligándole a retroceder.)
- PABLO ¿ Amo mío?... Ni de un modo ni de otro. (Avanzando amenazador.)
- PACORRO (A los huelguistas.) ¡ Duro con él y con estos gañotes ! (Los huelguistas avanzan hacia Luis en actitud amenazadora, mientras Luis retrocede hacia los "esquirols".)
- DANIEL (Dirigiéndose hacia los huelguistas con los brazos extendidos, como si quisiera detenerlos.) ¡ No ! ¡ Eso no !... ¡ Compañeros, por mí ! (Algunos obreros, entre los cuales está Pacorro, apartan a Daniel, y se dirigen hacia Luis en actitud de provocación. Los "esquirols" huyen por la izquierda. Luis queda solo. Cesárea se interpone entre los huelguistas y Luis.)
- CESÁREA ¡ No ! ¡ Deteneos ! Nuestra cólera debe ser más santa. No la rebajemos descargándola contra un hombre indefenso. Dejadle. (Los huelguistas obedecen a Cesárea. A Luis.) Ya lo ves. Los *esquirols* huyen. Estás solo. Vete.
- LUIS (Amenazador y colérico.) Cuando vuelva, no estaré solo. (Sale por la izquierda.)
- CESÁREA Vuelve con quien quieras. Pero vete.

ESCENA XII

CESÁREA, IRENE, GREÑUDA, OBRERAS 1 y 2, DANIEL, PACORRO y OBREROS

CESÁREA Ya lo habéis oído. Dice que volverá y volverá con soldados.

DANIEL Vendrá con ellos y se empezarán los trabajos.

PACORRO ¡ Quiá !

CESÁREA ¿ Empezarse? No. Trabajar, no trabajarán, yo te lo aseguro. Las herramientas sirven para algo más que para hacer esclavos. Sirven también para hacer justicia. (A los obreros.) Vuestras son. El trabajo las hizo vuestras. ¿ Os las quieren quitar para que las manejen otros? En vosotros está que nadie os las quite. Usadlas. Romped los hornos.

OBREROS Y ¡ Sí, los hornos ! ¡ A romper los hornos !

OBRERAS (Los obreros y obreras todos cogen las herramientas que hay esparcidas por la escena y se dirigen hacia los hornos.)

DANIEL ¡ Romper los hornos !

(Unos obreros se dirigen hacia los hornos, otros a los depósitos y empiezan a destrozarlos con las herramientas. Daniel contempla con nerviosa inquietud la faena de los huelguistas.)

PABLO (A cuatro o seis obreros entre los cuales se encuentra Pacorro e Irene.) Este para vosotros. (El horno donde trabaja Daniel. Los obreros que siguen a Pablo se dirigen al horno. Daniel, casi de un salto, se pone entre los obreros y el horno en actitud resuelta y desesperada a la vez.)

DANIEL ¡ Mi horno !... ¡ Vais a romper mi horno !

PACORRO Sí. (Los obreros avanzan.)

DANIEL No. No lo romperéis. No quiero que me lo hagáis pedazos. (Al oír a Daniel los obreros se detienen en su faena destructora.) Cá ladrillo arrancao sería un cacho de carne que me arrancaríais a mí. Oídme. Nunca pedí

por Dios a hombre alguno. ¡ Por Dios os lo pido ahora ! ; No destrocéis mi horno ! (Suplicante.) Hace cuarenta años que estoy al lao suyo. Romperlo es matarle. ¡ No quiero que me lo matéis ! ; No matéis a mi horno ! ; Os lo suplico con los brazos en cruz ! (Extendiendo los brazos y cubriendo el horno con su cuerpo.)

PABLO Déjanos, padre ; lo que es preciso se hace. Déjanos.

DANIEL ¡ Dejaros !... ¿ Conque pedir por Dios no sus vale ? Bueno. Entoavía son estos brazos tan duros como el hierro de un espetón. (Cogiendo una maza de hierro que habrá arriada al horno.) Entoavía hay aquí una maza. (Con grandeza y bravura.) Tan cierto como que el horno es mío ; tan cierto como que he gastao mi vida atizando su lumbre, tan cierto como esto es que al primero que se acerque al horno pa hacerlo cachos, le hago cachos los sesos. (Levantando la maza en alto mientras los obreros retroceden.)

CESÁREA Basta, Daniel. No seas loco.

DANIEL ¿ Loco ? ; Que se arrimen !

CESÁREA Es preciso. Tu horno hay que romperlo como todos, y tenemos prisa. Los minutos pasan.

DANIEL (Desafiando.) ; Probar !

PACORRO (A "Greñuda" y otros obreros que están próximos al grupo de que él forma parte.) ; Chist !... Despachito. Seguidme. (Bajo. Pacorro, la "Greñuda" y tres o cuatro obreros, ocultándose tras el grupo que rodea a Daniel, dan vuelta al horno sin ser vistos por aquél, que hace frente a los otros.)

PABLO (A Daniel.) Es preciso. Ni tú, siendo mi padre, impedirás que lo que es preciso se cumpla.

DANIEL Ni tú, siendo mi hijo, conseguirás que toquen a un ladrillo de mi horno. (Pacorro, la "Greñuda" y los obreros han dado la vuelta y cogen a Daniel por la espalda, sujetándole e impidiéndole toda acción.)

PACORRO No hace falta reñir. ¿Lo ves, viejo? (A los obreros.) ¡Así!... Quitadle la herramienta. No soltarle. (A los otros obreros.) ¡Duro en el horno ya! (Cinco o seis obreros comienzan a romper el horno mientras queda Daniel sujeto por los otros.) ¡Ea!... ¡A los hornos! ¡A los depósitos! ¡A los talleres! ¡Al delirio! ¡Hala!... ¡Hala! (Los obreros, siguiendo las indicaciones de Pacorro, se lanzan sobre los hornos y depósitos destruyéndolos.)

DANIEL ¡Ah, cobardes! ¡traidores!... ¡No quiero verlo! (Tapándose la cara y dejándose caer contra un montón de mineral.) ¡Mi horno! ¡Mi horno hecho pedazos! (Rompe en sollozos. Entra un obrero precipitadamente por la derecha.)

ESCENA XIII

Dichos, un OBRERO

OBRERO 1 ¡Los soldados!... ¡Que vienen los soldados! (Movimiento de terror y de retroceso en todos los obreros. Daniel sigue inmóvil y estúpido sin darse cuenta de nada.)

PACORRO (Mirando por la izquierda.) Vienen. (Con serenidad desdefiosa.)

OBRERO 1 Sí, ya ha habido tiros en los pozos.

OBRERO 2 ¡Escapemos!... (Los obreros hacen ademán de huir.)

OBRERO 1 Es imposible. Estamos cercaos.

CESÁREA (Adelantándose con energía.) Quietos. Pronto. Las mujeres y los viejos delante. Vosotros, los hombres detrás. (Los obreros se retiran hacia el fondo y forman grupo en él, en la forma indicada por Cesárea, es decir, las mujeres y los viejos delante y los hombres detrás. Daniel sigue inmóvil donde está.)

PABLO (A Cesárea.) Yo contigo.

CESÁREA Conmigo, Pablo, y esperemos. (Hay un momento de silencio angustioso, durante el cual los obreros se agrupan en el fondo.)

PABLO (A Cesárea.) ¡El instante se acerca ; voy a pelear y puedo morir ! ¡ Dime en este segundo que acaso está separándome de la muerte, dime que me quieres, Cesárea !

CESÁREA ¡ Te quiero con toda mi alma, Pablo !

PACORRO (Que ha ido de una puerta a otra.) Ya llegan. Por la derecha... por la izquierda... No se puede escapar.

CESÁREA ¡ Se puede morir ! (Entra por la izquierda un grupo de soldados ; al frente el teniente Fernández, los soldados con las armas dispuestas y el teniente con la espada desnuda.)

ESCENA XIV

Dichos, el TENIENTE FERNÁNDEZ. Soldados y un grupo de "esquirols" que sigue a éstos

TENIENTE (A los huelguistas.) Pronto. Despejen, o despejamos por la fuerza. ¡ Despejen !

PAC. Y OBREROS ¡ Mueran los *esquirols* !

GREÑUDA ¡ Mirar cómo se esconden tras los soldados ! Aquí hay montones de mineral. (A los obreros.) ¡ Vivan los soldados ! ¡ Pero firme en los *esquirols* ! ¡ Firme con ellos, chicas ! (Las mujeres cogen piedras de los montones de mineral y comienzan a tirarlas contra los "esquirols" que se ocultan detrás de los soldados.)

OBREROS ¡ Mueran los *esquirols* !

TENIENTE (A los soldados.) ¡ Quietos ! ¡ Quietos ! (A los obreros.) ¡ Despejen !

SOLDA. I ¡ No hay paciencia ! ¡ Me han dao un cantazo en el ros !

TENIENTE ¡ Calma !... ¡ Calma !... ¡ Hay mujeres, hay niños ! ¡ Calma ! (Entran por la derecha corriendo Pedro y un grupo de soldados. Por la izquierda entran Luis y Nemesio. Pedro y los soldados se unen al teniente.)

PEDRO ¡ Pablo !... ¡ Pablo con ellos !

ESCENA XV

Dichos, PEDRO, LUIS, NEMESIO y un grupo de soldados

TENIENTE (Avanzando con los soldados.) ¡Atrás! (A los obreros. Los obreros van retrocediendo lentamente.)

OBREROS ¡Mueran los *esquirols*! (Las mujeres arrojan piedras, los hombres empuñan pistolas y facas y se ponen delante de las mujeres.)

LUIS (Que estará al lado del teniente.) Mis hornos destrozados, ¡canalla!

TENIENTE (A Luis.) Calle usted.

LUIS Callar, y los miserables nos insultan y nos apedrean. ¡Fuego! (Los soldados hacen fuego a la voz de Luis. Los trabajadores contestan casi simultáneamente. De un lado caen tres o cuatro obreros, entre ellos Pablo. De los soldados cae Pedro, muy cerca uno de otro.)

TENIENTE (A Luis.) ¡Es usted un infame! ¡Qué ha hecho usted! Y ya es imposible detenerlos. (El teniente sale hacia el fondo con los soldados que siguen detrás de los obreros. Luis y Nemesio desaparecen por la izquierda con los "esquirols". Daniel solo al oír la descarga habrá salido de su estupor. Cesárea al ver caer a Pablo se dirige donde está y se arrodilla ante él. Daniel, que se ha acercado a sus hijos, contempla a éstos con espanto.)

ESCENA XVI

CESÁREA, DANIEL, PABLO y PEDRO, muertos

DANIEL ¿Qué?... ¡Pablo! ¡Hijo mío! ¡Hijo!
(Acercándose a éste como si le llamara.) ¡Pedro!
(Lo mismo.) ¡No contestan! (Examinándolos.)
¡Están muertos!... (Con angustia.) ¡Esto es posible!... ¿Los dos?... ¿Los dos?...

CESÁREA ¡Los dos, sí; los dos!... Menos mal que tu hija está viva para que el matador de tus hijos la goce.

DANIEL ¡ Los dos !...

CESÁREA ¡ Anda, defiende el horno !... ¡ Vé detrás
del amo !... ¡ Suplícale ! ¡ Pídele perdón !
¡ Anda ! ¡ Anda, imbécil ! ¡ mientras yo doy
en estos labios muertos, los besos que les
negué vivos ! (Cesárea se inclina sobre el cuerpo
de Pablo, mientras Daniel queda entre sus dos hijos,
presa de una estupidez trágica.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

El teatro representa el departamento que sirve de bajada a la mina.

En el fondo y empotrado casi en un entrante de él, se verá el ascensor defendido por una barandilla. Este ascensor será practicable, con puerta que se abra hacia dentro y estará dispuesto en forma que los actores puedan salir por la espalda suya cuando cierre la puerta. El ascensor penderá de un cable que juega en sentido ascendente y descendente. En la pared a la parte afuera de la barandilla se verá una rueda o manubrio que hace funcionar al aparato. También habrá simulado un timbre de señales eléctrico. Al lado de la barandilla y arrancando del muro un banco de piedra. En primer término a la derecha un montón de lingotes.

En las paredes se verán colgados de clavos, candiles, vestimentas, y útiles de minero.

En el fondo, habrá una puerta. Otra, en la izquierda, que supone comunicar con el vestuario de los ingenieros y capataces.

La otra, en la derecha, figura conducir a los talleres.

Al levantarse el telón, aparecen en escena Daniel y Nemesio.



ESCENA PRIMERA

DANIEL y NEMESIO

NEMESIO Estate prevenío, porque no tardarán en venir. ¡También es ocurrencia! Darles un almuerzo allá abajo, en el fondo de la mina.

DANIEL Arriba o abajo, ¿qué más tié? En toas

partes estarán bien servíos y comerán bien. Son los amos.

NEMESIO Verdá.

DANIEL Ya he visto, ya he visto la de cosas que llevan al almuerzo. Por el ascensor han bajao : Tres bateas con la comía que se van a engullir ; de gloria era su olor. Luego, cestos con fuentes ; platos y más platos ; y copas, un batallón de copas. Y las botellas por docenas. Docenas iban de los vinos mejores. Van a pasarlo de primera.

NEMESIO Abajo han improvisado un comedor que me río yo de la fonda. Lo han puesto en la plazoleta, ande están los ventiladores, pa que el aire circule bien y no sientan la pesaez y el ahogo que trae respirar en los pozos. A más, luminarias por toas partes. La mina, a cuenta de una, paece un palacio encantao.

DANIEL ¿ Vienen muchos ?

NEMESIO Don Luis, don Lucas, su señora, ese caballero, esas señoritas...

DANIEL Vamos, tóos los amos.

NEMESIO Justo. A más don Fernando...

DANIEL ¿ Baja don Fernando con ellos ?

NEMESIO Me afeguro que sí.

DANIEL ¡ Ya !...

NEMESIO De mo y manera que pues lucirte en el nuevo oficio. ¿ A ver cómo te portas ?

DANIEL Descuida, Nemesio, cuando tengo una obligación sé cumplirla.

NEMESIO Lo sé. Però como ahora te quejas porque te han separao de tu horno y te han metío en la vigilancia del ascensor... (Daniel arrastrará torpemente la pierna izquierda y moverá, torpemente también, el brazo izquierdo, como quien está impedido de ellos.)

DANIEL Me quejo porque dende niño mi oficio era aquel y tiene que dolerme el haberlo dejao. Ya me acostumbraré. Claro, con la pícara enfermeá que me entró después de

la huelga y con el parális de estos remos, no podía servir pa el horno. De más han hecho con no ponerme de patas en la calle. Por lo que hace el cambio de trabajo, ya me acostumbraré. Mirándolo a derechas, el hombre debe saber estar ande le coloca su suerte.

NEMESIO ¡Maldita huelga! Fajos de billetes ha costao a los amos.

DANIEL Dos hijos me ha costao a mí.

NEMESIO Acuérdate de que Pablo fué quien lo movió tó.

DANIEL Acuérdate de que yo visto luto por él, y múa la conversación. (Breve pausa.)

NEMESIO (Mirando hacia el fondo.) Ya vienen allí los convidaos.

DANIEL Entonces, ca uno a lo suyo. (Daniel se dirige hacia el ascensor y Nemesio va, gorra en mano, a la puerta del fondo por la cual entrarán don Lucas, doña Concha, Pepita, Ísabel, Luis, don Eduardo, Fernando y Carlos.)

ESCENA II

JOSEFINA, DOÑA CONCHA, ISABEL, LUIS, DON LUCAS, DON EDUARDO, FERNANDO, NEMESIO, DANIEL y CARLOS

CARLOS (A Isabel.) ¡Vaya con el caprichito de la niña! Ea, a vestirnos de mineros y a almorzar debajo de tierra, ni más ni menos que los héroes de Julio Verne...

ISABEL Menos mal que el almuerzo será excelente.

CARLOS Faltaría que fuese malo.

ISABEL No murmuremos antes de almorzar. En tal caso después.

EDUARDO Nada, nada, hay que resignarse. (A Fernando, por Josefina y Luis.) Estos dos locos pueden más que nosotros. No le soltamos. Prisionero de guerra.

FERNANDO Prisionero y de muy buena voluntad mientras dure el almuerzo. Luego, uste-

des a sus diversiones y yo a mi trabajo.

LUCAS Hombre, un día siquiera...

FERNANDO Mejor que nadie sabe usted que me es imposible. A causa del paro han ocurrido en la mina graves desperfectos. No hablemos de la fundición. Hasta hace cuatro días no ha podido marchar, y eso, malamente.

EDUARDO No dejaron un ladrillo sano.

LUIS Tampoco a ellos les dejaron costilla entera. En paz.

LUCAS ¿En paz? Las costillas en el hospital se curaron, sin que tuvieran ellos que rasarse el bolsillo. En cambio nosotros...

FERNANDO No vale quejarse. Ustedes viven; algunos de ellos no.

EDUARDO De ellos fué la culpa. Si no se hubieran resistido se hubieran ahorrado golpes, y a nosotros nos hubiesen ahorrado gastos.

CONCHA Sobre todo los gastos. Las acciones están en baja.

EDUARDO Eso es lo peor.

LUCAS Pronto subirán las acciones, no se preocupen ustedes. Los obreros entran por el aro y vuelven a trabajar todos: todos, menos los significados en la huelga. Esos muertos o despedidos.

EDUARDO Y ella...

LUCAS ¿Cesárea? Esa mujer que fué el alma de la huelga, despedida también. Así como pude echarla de la mina, pudiese arrojarla del pueblo. Menos mal que de esto los mineros han de encargarse. Ya murmuran de ella, recordando que les ofreció la independencia y les llevó a la muerte. Pronto la odiarán. Entonces le será preciso largarse.

EDUARDO A ver. Estos predicadores llevan su merecido siempre: cuando no los matan los nuestros, les arrastran los suyos.

JOSEFINA (Que ha estado hablando aparte con Luis y coqueteando.) No obstante los obreros...

- LUIS Ya entrarán del todo en el carril. No son malos.
- JOSEFINA ¿No? ¡Y por poco se lo comen a usted!
- ISABEL ¡Yo tuve un susto cuando me lo contaron!
- CONCHA ¿Y yo? ¡Hijo de mi vida, entre las manos de esas fieras!
- LUIS Ea, ya pasó. No hay que ocuparse de ello. Ocupémonos del almuerzo y de que ustedes se pongan impermeables, sombreros... (A Nemesio.) ¿Estamos, Nemesio?
- NEMESIO Sí, señor; tó está listo allá en el cuarto. (La izquierda.)
- LUIS (A Daniel.) Vé preparando los candiles. (Todos menos Daniel y Fernando entran en la habitación de la izquierda. Daniel se pone a encender algunos candiles de los que hay colgados en la pared. Fernando cuelga su sombrero en un clavo y coge otro de minero.)

ESCENA III

DANIEL y FERNANDO

- DANIEL ¿De mó que no sube usté con ellos, don Fernando?
- FERNANDO No: estaré allá abajo hasta la noche. Hay mucha tarea y necesito vigilarla. En esto de los revestimientos os descuidáis los mineros mucho. Así ocurren después las desgracias.
- DANIEL ¡Desgracias!...
- FERNANDO ¡Pobre Daniel!... No son pocas las tuyas.
- DANIEL Sí lo son. Los hijos muertos; la hija... viva, y estos remos inútiles. En fin, paciencia.
- FERNANDO Sí la tienes.
- DANIEL ¡Qué remedio! Teniendo paciencia pasa el tiempo y el tiempo arregla toas las cosas. ¿Conque se quea usté en la mina después de almorzar?

FERNANDO Ya lo oíste. Cuando suba lo haré en el ascensor de los obreros. De modo que si tu pregunta era por la tardanza y por tenerme que esperar...

DANIEL ¿A qué mentir? Era por eso, sí señor. Es tan aburrido estar solo...

FERNANDO Pues nada, cuando sea tu hora te marchas. Por lo que toca a mí, libre quedas.

DANIEL Muchas gracias. Usted es bueno siempre.

FERNANDO (Jovialmente.) Hombre, ¡tanto como siempre! algunas veces, y es bastante para un hombre de carne y hueso.

DANIEL Lleva usted razón. Ya están aviaos los candiles. Aquí tiene usted el suyo. (Presentando un candil a don Fernando, que lo coge a usanza minera, con la mano izquierda, y sosteniéndolo por el gancho únicamente en el dedo meñique. Breve pausa.)

FERNANDO Gracias. ¡Pobre Pablo! Era un excelente muchacho, un mozo de valer.

DANIEL ¡Y el otro! Si usted lo hubiese visto con su uniforme y con sus galones y con sus bigotazos... ¡Daba gozo mirarle! Ya ná. ¡Ná! Tó se arremató. Lo que decía antes, paciencia. (Sale Nemesio del cuarto de la izquierda.)

NEMESIO ¿Daniel?... Ascensor.

DANIEL Al momento. (Daniel abre la barandilla del ascensor, mientras salen del cuarto de la izquierda, ya dispuestos para bajar a la mina los que entraron en él. Nemesio coge candiles y los reparte entre algunos caballeros y señoras, que los manejan torpemente.)

ESCENA IV

JOSEFINA, DOÑA CONCHA, ISABEL, DANIEL, LUIS, FERNANDO, DON LUCAS, DON EDUARDO, NEMESIO y CARLOS

ISABEL Pero, ¡qué fachas hacemos, santo Dios!
LUIS No hay más remedio. En la mina, como en la mina. Aquí tiene usted su candil. (Entregándoselo.)

- ISABEL (Cogiéndolo torpemente.) Y esto, cómo es, ¿así?
- JOSEFINA No, mujer, qué torpe eres. ¿No te acuerdas de la otra vez? Con el dedo meñique.
- LUIS (A Josefina.) Venga esa mano. (A los caballeros.) Ustedes a cumplir con las damas. (Todos se dirigen al ascensor.)
- EDUARDO ¡Este Luis! ¡Este Luis!
- CONCHA Es así desde muchacho. Un calaverilla.
- LUCAS (Entrando en el ascensor.) Algo estrechos vamos a estar en el ascensor, pero, ¡qué demonio! el viaje no es largo.
- CONCHA No digas estrechos, pegaditos. (Van entrando en el ascensor.)
- LUIS Entonces voy a ponerme junto a usted.
- JOSEFINA (Riendo.) Guasa viva.
- NEMESIO Avisa.
- DANIEL (Oprimiendo el botón simulado del timbre.) Ya está.
- JOSEFINA (Dentro.) ¡Enjaulados! ¡Enjaulados! Bien es cierto que para locos como nosotros una jaula es la más propia habitación. (Han entrado todos menos Nemesio y Daniel. La puerta del ascensor se ha cerrado.)
- LUIS Suelta ya, Daniel. (Daniel lo hace y el ascensor empieza a bajar lentamente.)
- EDUARDO ¡Despacito! (Dentro.)
- LUIS Y despídanse ustedes del mundo. (Dentro.)
- DANIEL (A Nemesio.) ¡Vaya un dicho! (El ascensor ha desaparecido. Una oscilación de cable indica su marcha.)

ESCENA V

DANIEL y NEMESIO

- NEMESIO No está de más. Ya sabes el refrán minero. Bajar a la mina es andar del brazo con la muerte. Sólo que con ellos no reza. Tos tan seguros como ellos.
- DANIEL A ver. El cable es nuevo y está firme. (Señalando el hueco.) Míá, míá qué suavemente se va deslizando el ascensor. Parece que vuela poco a poco, pardaloeheando como

los aguiluchos. Cá vez se hace más pequeño. Cá vez se oyen menos las voces y las risas... Ya se perdió en lo negro del pozo. Se lo ha tragao la sombra. (Mirando el cable.) Poco les falta pa llegar. El mismo cable avisa. Ya llegaron. (Suenan el timbre en la plataforma.) Fondo. Listo hasta el otro viaje. (Deteniendo el ascensor.) Echa un cigarro, hombre. (Nemesio saca la petaca y se la da a Daniel, que lía un cigarrillo.)

NEMESIO Toma. (Viendo la calma de Daniel.) Y despacha pronto. Tengo que ir a la fundición y son muy cerca de las doce. (Sacando un reloj.) Esto de vegilar es lo más pesao.

DANIEL Ahí te va la petaca. Muchas gracias, hombre. (Devolviendo la petaca a Nemesio.)

NEMESIO Hasta luego, Daniel.

DANIEL (Mientras enciende el cigarro.) Anda con Dios, Nemesio. (Sale Nemesio por la izquierda y Daniel da tres o cuatro chupadas lentas al cigarro.)

ESCENA VI

DANIEL, en seguida CESÁREA

DANIEL Qué mal tabaco fuma este capataz. (Aparece Cesárea en la puerta del fondo; vestirá de luto. Daniel la ve.) ¿Eres tú? Creí que era una otra persona. Entra, mujer, entra, tú no es torbas.

CESÁREA (Avanzando.) Daniel...

DANIEL Desde entonces es la primera vez que nos vemos. ¡Ni que te escondieses de mí! ¿Tenías miedo de encontrarte conmigo?

CESÁREA ¿Miedo? Quien procede mal teme. No he procedido mal en nada ni con nadie.

DANIEL ¿Con nadie?... No dicen eso los mineros.

CESÁREA ¿No?

DANIEL Dicen que entre tú y mi hijo, Pablo, el que mataron, les habéis engañao; que les ofrecisteis el desquite y que el desquite

- aún está por tomar. Al otro le perdonan, claro está, como que no vive. A los muertos debe perdonárselos. A los vivos no. Por eso no te perdonan los mineros a ti.
- CESÁREA ¡Pobres! ¿Qué saben ellos? Sienten el mal y echan la culpa al más cercano. Ahora el más cercano soy yo.
- DANIEL Sigo sin entenderte. Me ocurre lo que a los mineros. Allá tú.
- CESÁREA Allá yo, dices bien. No guardo rencor a los mineros porque me desprecien y me odien. Están aplanados por el golpe que acaban de sufrir. Ya despertarán por la justicia.
- DANIEL Hay algo mejor que la justicia. Esa pa triunfar, tú misma lo dices, tarda mucho. Hay algo mejor que la justicia; siquiera porque tarda menos, es mejor.
- CESÁREA (Sorprendida.) ¿Qué quieres decir?
- DANIEL Yo me entiendo. Cá uno con su idea. Los obreros te odian y te desprecian. ¿Tú dices que no tienes pa ellos rencor?
- CESÁREA No. Ni siento rencor ni estoy arrepentida. Ya ves, aquí, muy cerca de aquí, cayó Pablo; el único hombre a quien podía querer ya esta mujer. Pues si Pablo resucitara y si por la redención de todos tuviese que morir otra vez, no vacilaría en decirle: muere.
- DANIEL ¡Cesárea!
- CESÁREA Vacilar. No vacilaba antes del crimen. ¿Cómo iba a vacilar después? Mayor es mi ansia de desquite. ¡Ay, si los obreros de esta mina y de las otras minas hubiesen querido! No quisieron, no quieren; no pueden querer. La matanza les acobardó. De ahí que nada intente. De ahí que me aleje de estos sitios. ¿Crees que lo hago por temor? ¿Supusiste que me escondía para no verte? Te engañas. Prueba de ello es que vengo en tu busca, exponiéndome a que me echen a palos.

DANIEL ¿Buscarme? ¿Pa qué?

CESÁREA Para decirte adiós.

DANIEL ¡Ah!... ¿Te vas?

CESÁREA Me echan. Me echan la mala voluntad de los obreros y el odio de los amos. Los obreros maldicen de mí. Los amos me niegan el jornal. Hay que ganar la vida. Hay que seguir luchando y me voy. Aquí nada se puede hacer.

DANIEL ¿Crees que no quea na que hacer aquí?

CESÁREA Al presente no.

DANIEL Yo creo lo contrario y me queo.

CESÁREA ¿Tú? (Sorprendida.)

DANIEL Yo. ¿Imaginas que estoy sirviendo a los que mataron a mis dos hijos, al que disfrutó y barrió a mi Anita, por ganarme un mendrugo de pan? Vaya, mujer, entonces eres tonta. No has mirao hondo pa aquí dentro. No conoces a este hombre.

CESÁREA ¿Qué?

DANIEL Me oyes así como espantá. Claro, como no hago descursos, como siempre obedecí al amo, tú te habrás pensao: «Este hombre es un guiñapo; este hombre no sirve más que pa bajar la caeza y lamer las manos que le dañan.» Pues no. Este hombre cuando le hacen un mal, no lo olví; este hombre, cuando le hieren, hiere. Ahí tiés pa lo que me he queao.

CESÁREA ¿Tú?

DANIEL Un día me dijiste que mi mujer y mi pequeño habían muerto de hambre sin que yo los vengara. Yo te respondí: «Porque la hambre no tié fegura de presona.» Hoy es otra cosa. Hoy los culpables llevan fegura de persona, y yo sé quiénes son. ¡Je! ¡je! ¿Qué pensabas? ¿Que iba a hacer lo que tú? ¿Airme como tú? No, mujer, no. Yo soy de otra pasta; me queo.

CESÁREA ¿Eres tú, tú, Daniel, quien habla de ese modo?

DANIEL Yo ; yo mismo. Yo soy quien habla así ; yo, Daniel, el desdichao, el que siempre bajó la caeza ante el amo. Yo, Cesárea, soy el que está hablando de este mó.

CESÁREA ¡ Quedarte ! ¿ No piensas como yo ?

DANIEL No sé lo que pienso. Sólo sé lo que voy a hacer. No busques en mí al Daniel de antes. Soy otro. He cambiao tal que si me hubiesen puesto un hombre nuevo. ¡ Y decir que este cambio fué en un día, sólo en un día ! Bien es verdá que un día perdí tó lo que tenía que perder.

CESÁREA Vamos, valor, Daniel. Hay que tener valor.

DANIEL Sí ; tó fué en un día. Primero mi horno destrozao ; después el señorito gritando : ¡ fuego ! y los soldaos tirando y los obremos tirando a la par y Pablo de un lao y Pedro de otro, en tierra, echando por sus herías sangre, mucha sangre... Muertos, muertos los dos y yo arrodillao junto a los dos, mientras tú me gritabas que mi hija era quería de don Luis. Tó en una hora. Ya, ya fueron golpes.

CESÁREA ¡ Cuánta infamia !

DANIEL Por eso caí al suelo, porque los golpes fueron muchos ; por eso me llevaron al hespital. Y miá tú qué cosa más rara. En mi calentura veía el horno roto y los hijos muertos y la hija a las voluntaes de don Luis. Y cuando salí del hespital seguí viendo lo propio ; y cuando me dieron la limosna del ascensor, lo ví claro, como si estuviera pasando entonces ; y ahora lo veo claro, mu claro, más claro que nunca : hasta me paice que oigo los tiros de la tropa y los besos del señorito. Lo veo ; y los muertos, ¡ muertos ! y la perdía, perdía : ¡ y yo aquí, aquí, sólo pa en jamás y con estos remos inútiles !... ¿ Y creías que iba a aguantarme ? Vaya, mujer, que no.

CESÁREA ¿Qué tratas de hacer? ¿Qué es lo que te propones? (Suenan dentro una campana llamando al trabajo.)

DANIEL La campana que llama a los trabajadores. Es la hora de cambiar el turno. Hay que esperar. No te despidas entavía de mí. (Sale por la derecha un grupo de trabajadores y entra por el fondo otro a cuyo frente irán Irene y Pacorro.)

ESCENA VIII

Dichos, IRENE, OBRERAS 1 y 2, PACORRO, OBRERAS y OBREROS.—Los obreros que aparentan salir de los pozos y de los talleres, llevarán candiles, en la mano unos y otros irán sucios, renegridos. Los que salen por el fondo irán cogiendo candiles de las paredes y desapareciendo, excepción de Pacorro e Irene. Los obreros que salen del trabajo se retiran por el fondo y los que vienen a él por la derecha.

PACORRO Buenos días, Daniel.

DANIEL Buenos los tengamos, Pacorro. ¿Al trabajo?

PACORRO Nos toca en la segunda tanda.

CESÁREA Hola, Irene. ¿A trabajar?

IRENE Con éste. (Por Pacorro.) Y si a éste le hubiese tocao morir aquel día, acaso me hubiera ido con él al cementerio.

CESÁREA Yo me quedé, Irene.

IRENE Quizás porque tiés menos alma que yo.

CESÁREA O porque tengo más.

PACORRO (A Irene.) ¡Bah, chica, no disputes; déjala! (Irene se aparta de Cesárea.)

OBRERA 1 (A Irene.) Eso, déjala y que se largue pronto. Aquí ya no quean tontos que embau-car.

OBRERA 2 Ni novios que llevar a la muerte. (Cesárea las oye sonriendo con melancolía bondadosa.)

DANIEL (Bajo a Cesárea por los obreros.) ¿Oyes?

CESÁREA (Mientras van saliendo.) Sí, oigo. Les oigo y más cariño siento hacia ellos. Es preciso luchar siempre, ¡siempre! para que tanta

miseria y tanto abandono, y tanta servidumbre dejen de existir. (Acaban de salir los obreros todos.)

DANIEL No sé si la miseria y el abandono de éstos dejarán de existir algún día. Lo que te aseguro es que los causantes de mi desgracia dejan de existir hoy.

CESÁREA ¿Cómo?...

DANIEL Como lo oyes. Yo no pierdo el tiempo. No hablo. Hago.

ESCENA IX

CESÁREA y DANIEL

CESÁREA ¿Hacer qué? Dilo.

DANIEL Ven. Míá. Abajo está el pozo. Doscientos veinte metros. Por ahí el ascensor sube y baja. Ahí (Dentro.) está el tambor dentao ande se enrolla el cable, y aquí (Por la rueda o manubrio.) el tornillo también dentao que engrana con el tambor éste y regula la marcha. Si el tornillo sacara sus dientes de los del tambor, éste daría vueltas como un loco, y cable y ascensor caerían de golpe, ¿verdad?

CESÁREA Sí.

DANIEL Hoy vas a ver eso.

CESÁREA ¿Qué?

DANIEL Lo que oyes. Abajo, almorzando cosas buenas y bebiendo vinos mejores, están los causantes de mi desgracia. Abajo están y van a subir. Yo les espero en la boca del pozo. A la boca llegan, pero salir... Lo que es salir, no salen. (Abre la barandilla.)

CESÁREA ¡Daniel!

DANIEL Tendrían que devolverme esta pierna y este brazo inútiles; tendrían que devolverme mi horno; tendrían que devolverme a mis hijos vivos y a mi hija honrá. Tendrían que hacer eso, no puén, y como

no puén, no van a poder salir tampoco... (Movimiento de interrupción en Cesárea.) Si hubiesen matao a los hijos de los demás y disfrutao a las hijas de los demás y roto los hornos de los demás, yo como si tal cosa. Pero lo mío es mío y me lo robaron. A los ladrones se les mata. (Suena el timbre que hay junto al ascensor dando tres repiques.) Lllaman. Ellos son. Tres repiques se dan solamente pa el amo. (Otro toque.) Ya entraron. Arriba el ascensor. (A Cesárea.) Si quies irte, vete.

CESÁREA ¡ Suben !...

DANIEL Pa mí que lo que voy a hacer es justo. Tú, que tanto querías a Pablo, ¿no lo crees también? Si no lo crees, vete. ¿Qué? ¿Te vas?

CESÁREA Me quedo. (La actriz interpretará este momento.)

DANIEL Vamos, no te vas. Mira, mira entonces, Cesárea. (Cesárea mira hacia abajo, se oyen risas y voces que van aumentando.)

JOSEFINA (Abajo, riendo.) ¡Qué bonito efecto el de la luz tras la obscuridad!

LUIS (Abajo.) Parece que vamos a la gloria. (Asoma la caperuza del ascensor.)

DANIEL ¡A la gloria! (Separa el tornillo; el ascensor desaparece y se oye un grito ahogado.) No. ¡Abajo! ¡A la mina! ¡Al infierno! Cesárea retrocede. Daniel se inclina sobre el fondo del pozo con el oído atento y volviéndose hacia Cesárea con la entonación y el gesto que el actor considere más conveniente a la situación.) ¡Fondo!

TELÓN

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|--|-----------------------------|
| La Princesa del Dollar | Los dos pilletes |
| La Ola gigante | D. Juan de Serrallonga |
| El señor Conde de Luxemburgo | El Rey Lear |
| Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | Espectros |
| El Sol de la Humanidad | Las Cigarras Hormigas |
| Zazá | El Registro de la Policía |
| Mujeres Vienesas | El vergonzoso en Palacio |
| Hamlet | La Fuerza de la Conciencia |
| Giordano Bruno | Aurora |
| El nido ajeno | Eva |
| El Rey | El Bufón |
| Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | El Cuchillo de Plata |
| Los Miserables | Nick Carter |
| La ladrona de niños | La Cena de los Cardenales |
| Los dioses de la mentira | Justicia Humana! les |
| Cristo contra Mahoma | El Señor Feudal |
| Juventud de Príncipe | El veranillo de S. Martín |
| Juan José | El desdén con el desdén |
| La sociedad ideal | Cuento inmoral |
| La cizaña | Amor de amar |
| Entre ruinas | La dama de las camelias |
| La vida es sueño | La domadora de leones |
| Sabotage | Los dos sargentos franceses |
| Pasa la ronda | El Místico |
| Magda | García del Castañar |
| El Papá del Regimiento | La fierecilla domada |
| La viuda alegre | El honor |
| El Alcalde de Zalamea | El sí de las niñas |
| | María Antonieta |
| | El Conde de Montecristo |
| | Otelo |
| | El Barbero de Sevilla |

Daniel

57
José Artís

Pecado de Juventud

Drama en siete actos



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913



46. 5-9

PECADO DE JUVENTUD

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PECADO DE JUVENTUD

DRAMA EN SIETE ACTOS

ESCRITO POR

JOSÉ ARTÍS

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Apolo, de Barcelona,
la noche del 25 de noviembre de 1911



1.11 - 167
01 JJ.

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

A D. Emilio Guilemany

*experto empresario y mejor amigo,
autor indirecto de la serie de diálogos
que componen el presente drama
de amor, eterno como las luchas
entre los dictados del corazón y las
preocupaciones e intereses que sepa-
ran a los hombres.*

José Artis

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LA MARQUESA DE STERLITZ	Sra. Puchol
LUISA	» Guitart
ELENA	» Rodríguez
NORINA	
SRA. MOREL	
ENRIQUETA	» Plasencia
ENFERMERA	
MARGARITA	
EULALIA	
IRMA	Srta. Doménech
CONSTANCIA	
MARTA	
JULIA	Sra. Oasó
SRA. DUBOSC	
LUCILDA	Srta. Ansorena
SRA. BERGÉ	
LUCÍA	» González
NINON	» Ferrer
SRA. GIRARD	
MATEA	» Gil
MARQUÉS DE STERLITZ	Sr. Carnicero
EDUARDO	» Delor
FONTENAY	» Rojas
FELIPE	
JARDINERO	» Sauchis
ARTURO	
DESAGNEAUX	» Sierra
BERTHAUD	» Guillemany
GUERSAINT	
UN DOCTOR	» Viñals
ROUGEMONT	
CORNILLET	» Gimbernato
MONTOIR	» Strems
GERARD	
PEDRO	» Moles
UN PRACTICANTE	
ROQUEBERT	» Vallespi
OTRO DOCTOR	
CAMARERO 1.º	» Casanova
CRÍADO	» Crespo
PORTERO	
CARTERO	» Ullés
«GROOM»	
CAMARERO 2.º	N. N.
CAMARERO 3.º	N. N.

Dirección artística, don Miguel Rojas

Derecha e izquierda, las del actor

La acción en una capital europea

ÉPOCA ACTUAL



ACTO PRIMERO

Cuadro I

Rico comedor en casa de los marqueses de Sterlitz. Decoración y accesorios apropiados.

Al levantarse el telón, están los dueños, esposa y esposo, sentados a la mesa. Con ellos, y de cara al público, está Eduardo, su hijo. Un criado va y viene de la cocina, sirviendo la mesa.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS, la MARQUESA, EDUARDO y CRIADO

EDUARDO Pues, sí, papaíto. Encontré en el baile a los esposos Darlet. Su hija Enriqueta estaba con ellos.

MARQUESA Se alegrarían al verte.

MARQUÉS Te preguntarían por nosotros.

EDUARDO Con grandísimo interés.

MARQUÉS ¿Qué les dijiste?

EDUARDO Que estás en extremo atareado. Que tus ocupaciones te impiden visitarles con la frecuencia que desearías y que tu salud no te permite tampoco salir de casa por las noches.

MARQUESA A María, iré a verla una de estas tardes.

EDUARDO Preguntó muchas veces por ti.

MARQUÉS (A su esposa.) No tardes en visitarles.

MARQUESA Mañana mismo sin falta. (A Eduardo.) ¿Y Enriquetita, qué tal se porta?

- EDUARDO Enriqueta me pareció más guapa y más decidora que nunca. Volvió loca a la reunión con sus gracias.
- MARQUESA ¡ Dichosa juventud !
- EDUARDO Es una muchacha de ingenio. Simpática e instruída al mismo tiempo.
- MARQUESA Enriqueta prometē hacer la felicidad de los Darlet.
- EDUARDO Vale un tesoro. No puedes figurarte con qué avidez iban los jóvenes tras ella.
- MARQUESA Lo supongo.
- EDUARDO Para todos tuvo una frase galante, un piropo culto, una respuesta ingeniosa.
- MARQUESA ¿ Bailasteis juntos ?
- EDUARDO Casi toda la noche. ¡ Y que fuimos el encanto del salón ! Sin que implique pretensión de mi parte, digo que hicimos la más hermosa pareja de cuantas allí se congregaron. (La marquesa oye embobada el relato de su hijo. El marqués, hombre rígido, severo, va comiendo sin entusiasmarse ; pero tampoco indiferente.)
- MARQUÉS Corrió la voz de que los Darlet casaban a su hija.
- EDUARDO Tal se dijo durante unos días.
- MARQUESA ¿ Qué fué de la boda en proyecto ?
- EDUARDO Para mí que no pasó la cosa de una de tantas habladurías.
- MARQUÉS Pues si no recuerdo mal, llegó, incluso, a indicarse el nombre del pretendiente.
- EDUARDO Algo hubo de todo eso. Pero afirmo que no pasó de un incidente sin importancia, lo que no fué obstáculo para que le concedieran las gentes un valor extraordinario.
- MARQUESA ¿ Cómo fué que la murmuración hiciera presa en el nombre de los Darlet ?
- EDUARDO En una de las reuniones de la Embajada de Inglaterra, bailó Enriqueta con un joven diplomático de aquel país, conocido mío por cierto. Entre ella y el inglés, que es un bravo mozo, establecióse de pronto esa corriente de simpatía, natural entre personas instruídas y de buen tono. Ha-

blaron, gastáronse mutuamente unas bromas inofensivas, y no hubo más. Pasados unos días partió el diplomático para su país, dejando tras de él esa estela de habladurías que tanto aman los desocupados. No creo que Enriqueta haya recordado más al inglés, sino en calidad de persona amiga.

MARQUÉS ¡Qué enterado estás!

MARQUESA (Afable.) ¿Qué quieres. que ignore esta juventud endiablada?

MARQUÉS Cualquiera diría que ninguna de las acciones de la hija de los Darlet escapa a tu atención.

EDUARDO (Algo sonrojado.) ¡Papá!...

MARQUESA (Reconviniendo amistosamente a su esposa.) ¡Por Dios, Jaime!...

MARQUÉS No es esta la primera vez que descubro en ti cierto mal disimulado entusiasmo al hablar de la pequeña Darlet.

EDUARDO (Muy serio.) Me preguntáis...

MARQUESA Eduardo, tanto como nosotros, sabe lo que en este punto le conviene.

EDUARDO ¿También tú, mamá?

MARQUESA ¿Me equivoco al suponer que cualquiera que fuese tu intención respecto a esa, u otra muchacha, tu madre lo sabría?

EDUARDO No te engañas en este particular. Empero, y por lo que toca a Enriqueta Darlet, juzgo ocioso decirte que hasta hoy no he mirado en ella más que a la hija de unas personas que nos son afectas, y a las cuales nosotros distinguimos.

MARQUESA No sabes, hijo mío, cuánto me complacen tu franqueza y sinceridad.

MARQUÉS A los negocios y a los embates de la lucha por la vida, debe un joven de tu edad dedicar su esfuerzo y su actividad, antes que a los escarceos amorosos, para los cuales siempre es tiempo.

- MARQUESA Eduardo promete ser un digno continuador de la casa que lleva su nombre.
- MARQUÉS Es su principal deber.
- EDUARDO Me hago perfecto cargo de ello.
- MARQUESA Ahora, que no por atender a los negocios, va a dejar el muchacho de hacer honor a sus juveniles años.
- EDUARDO Tengo como uno de mis principios el creer que para todo hay tiempo. ¿Ocurre en nuestra casa algo extraordinario que reclame mi atención? ¿No siguen tus asuntos su curso normal?
- MARQUÉS A Dios gracias.
- EDUARDO Recuerda lo que muchas veces te he dicho. No quiero dejes jamás de comunicarme cuanto de malo o desagradable te llegue.
- MARQUESA Así me gusta, hijo mío. (Al marqués.) ¿Ves algún desdoro en el hecho de que el muchacho procure divertirse?
- MARQUÉS De nuevo a tu canción...
- MARQUESA ¿Cómo no, si veinte veces repites lo mismo todos los días?
- EDUARDO Ea, ¡acabad, por Dios! Ni me advierte papá con mala idea, ni hay motivo para que le reprendas tú por lo que acaba de decir.
- MARQUÉS Así, al menos, me lo parece, por más que no sea tu madre de mi opinión. (Poco a poco, han acabado los tres personajes de comer.)
- EDUARDO No se hable más del asunto. (Pausa.) Voy a salir.
- MARQUESA ¿Te vas?
- EDUARDO Sí.
- MARQUÉS No tardes en volver.
- EDUARDO Pienso estar aquí muy pronto.
- MARQUÉS ¿Vas al Círculo?
- EDUARDO No sé a punto fijo dónde.
- MARQUESA Mejor te sentaría un paseo.
- EDUARDO Quién sabe... (Al padre.) ¿Me necesitas? ¿Se te ofrece algo?
- MARQUÉS No.

EDUARDO ¿Y a ti, mamá?

MARQUESA Nada.

EDUARDO Así, pues, hasta la vuelta. (A la marquesa.)
Dame un beso. (Madre e hijo se besan.) Adiós,
papá. (Estrecha la mano a su padre.)

MARQUESA Que no se te olvide la hora.

EDUARDO Descuida. Buenas tardes. (Sale.)

ESCENA II

EL MARQUÉS, la MARQUESA; al final, el CRIADO

Después de una pausa, cuando ya el hijo se ha marchado y en tanto comienzan a saborear el café que les habrá servido el criado, dice la

MARQUESA Es un ángel.

MARQUÉS No digo que no. Reconoce, no obstante, que nada hay tan peligroso como una madre.

MARQUESA No participo de tus temores. Eduardo es un joven de talento y al que espera un brillante porvenir.

MARQUÉS No es conveniente prestar bríos a la juventud.

MARQUESA No comprendo tu manía de ver males y peligros que no existen.

MARQUÉS Nuestro hijo atraviesa actualmente la etapa más difícil de la vida. Cualquier tropiezo, un simple paso dado en falso, podría tener para él y para nosotros efectos irreparables.

MARQUESA No alabo tu insistencia en reprenderle.

MARQUÉS Ni yo tu indulgencia para cuanto dice y hace.

MARQUESA Con lo de la hija de los Darlet has estado inconveniente.

MARQUÉS ¿He de ocultar a mi hijo lo que siento?

MARQUESA Segura estoy que ha tenido, el pobre, un mal rato.

MARQUÉS ¿A santo de qué? El que hubiese puesto los ojos de Enriqueta, sería, después de

- todo y en opinión mía, una cosa natural.
- MARQUESA Es todavía muy temprano para que piense Eduardo en otros asuntos que no sean los de ayudarte en tus negocios.
- MARQUÉS Tal creo, y así lo he dicho ahora mismo.
(Pulsa el llamador eléctrico que pende del extremo de la lámpara, y aparece el criado.)
- MARQUÉS (Al criado.) Vaya a enterarse si ha llegado ya el cajero. (El criado desaparece.)
- MARQUESA No sabes lo que gozo contemplándole, viéndole a mi lado.
- MARQUÉS En esta devoción tuya puede estar el mal. También yo le quiero con toda mi alma, y tengo puesta en él mi confianza entera; mi orgullo y mi fe para el porvenir. Juzgo, no obstante, en extremo prudente, no dar alas a sus expansiones, haciendo como que no alabo o no me complacen ciertos relatos con los que regala nuestros oídos, no obstante y tenerlos en el fondo como cosa lógica y natural. Hay que saber gobernar a los hijos. Está la sociedad repleta de peligros, y aparece un escollo donde menos lo pensamos.
- MARQUESA Me pones de mal humor.
- MARQUÉS Mal hecho, pues no entra en mis cálculos entristecerte. Son mis observaciones perfectamente explicables. (Pausa. Después, dando gran alcance a las palabras) ¿Has pensado alguna vez en lo que sería de nosotros si perdiésemos a Eduardo? ¿Has meditado toda la desgracia que cualquier desvío suyo supondría en nuestras vidas?
- MARQUESA (Horrorizada.) ¡Calla !...
- MARQUÉS Es hijo único... Sin él, nada nos quedaría que hacer en este mundo.
- MARQUESA (Como si rechazara una pesadilla.) Te ruego que no prosigas...
- MARQUÉS Pues en esto estriba todo.
- MARQUESA Me asusta lo que dices.
- MARQUÉS Tampoco yo encuentro nada agradable el

pensar en ello, y fuerza es, no obstante, que no lo olvide...

MARQUESA (Suspirando.) ¡Dios piadoso!... (La aparición del criado corta el diálogo de los esposos.)

CRIADO (Desde la puerta.) El cajero aguarda las órdenes del señor marqués.

MARQUÉS Soy con él al instante. (Se va el criado. El marqués se levanta de la mesa, y pausadamente, con grave continente, se dirige hacia la puerta. La marquesa permanece en su sitio, pensativa, como preocupada por cuanto su esposo ha dicho. Antes de desaparecer, dice el marqués:) Los hijos... los hijos... Graves cuidados son los que los hijos requieren... Y cuenta, que, a quien no tiene más que uno... (Desaparece del todo.)

MUTACIÓN

Cuadro II

Telón corto de calle.

ESCENA PRIMERA

FELIPE y ARTURO

Al levantarse el telón cruzan la calle algunos transeúntes. Poco después, y por la derecha del actor, aparecen Felipe y Arturo, jóvenes elegantes pertenecientes a la alta sociedad. Salen juntos, en actitud de pasear.

FELIPE No dudes que el viaje reportó al vizconde el mayor provecho.

ARTURO No lo dice él así.

FELIPE Precisa conocer su temperamento apático, y en apariencia descontentadizo. Es hombre que no gusta confiarse a los amigos. Ten en cuenta, además, que hay cosas que no pueden ocultarse, por interés que tengamos en mantenerlas secretas. De haberle ido la excursión como asegu-

ras, él mismo hubiera cuidado de hacerlo saber a todo el mundo.

ARTURO Pues ahí verás. Tiene prohibido decir a nadie una palabra respecto del particular. Su padre ha perdido en poco tiempo unos millones de francos en no sé qué especulaciones o asuntos mercantiles. En nada estuvo que no viera tambalearse su crédito y reputación. Me consta que fué el percance cosa muy seria, y que no ha logrado todavía reponerse.

FELIPE Algo oí decir de ello.

ARTURO Al principio, procuró el hombre ocultar el batacazo. Faltaban sólo unas horas para que el muchacho tomara el tren, cuando me reveló el verdadero móvil del viaje. Encargóme ser discreto. La divulgación de la noticia, podía acarrear sobre su casa los más tremendos perjuicios. Inútil decir que cumplí a maravilla el encargo. Ni aun los más amigos llegaron a saber tanto así de cuanto él me refirió. Y si ahora me extiende acerca de ello, es porque abrigo la certeza de que el vendaval ha pasado, y de que volverá a ser el vizconde el hombre que siempre ha sido: leal para sus amigos, buen camarada y mejor compañero, a pesar de su indiferencia y su desdén por las cosas de este bajo mundo.

FELIPE Pues, chico, la verdad: ¿sabes que me dejas atónito con tu relato? ¡Y pensar que no faltó quien diera a su desaparición el carácter de aventura amorosa o algo por el estilo!

ARTURO ¡Natural! Como que a eso, principalmente, era a lo que él tiraba...

FELIPE Y se hicieron los más opuestos y endiablados comentarios. Convínose, inmediatamente, en averiguar a todo trance el nombre de la supuesta dama, poniendo en el empeño cuantos medios los envidiosos

tuvieran a su alcance. Lo que nadie pensó, y lo que jamás se hubiera supuesto, es que obedeciese su ausencia a motivos de orden tan grave y delicado como los que acabas de exponer.

ARTURO Pues no te quepa de ello duda alguna. Asuntos de dinero, y no otra cosa, fueron los que determinaron su partida.

FELIPE ¿Y dices que ha conseguido arreglar las cosas a gusto?

ARTURO Sí. La casa Smith hermanos, que es, como sabes, una de las mejores bancas del Congo... (Al llegar aquí, advierte Arturo que Eduardo viene hacia ellos. Rápidamente, dice:) Veo que el marqués de Sterlitz viene en dirección a nosotros.

FELIPE Efectivamente; él es.

ARTURO Dejemos nuestra conversación por ahora. Acabaré, luego, mi relato.

ESCENA II

FELIPE, ARTURO y EDUARDO. Al final, LUISA

EDUARDO (Saliendo.) Buenas tardes, queridos.

FELIPE ¡Hola, Eduardo!

ARTURO ¿Qué tal vas? (Se dan las manos, etc.)

EDUARDO Bien. ¿Y vosotros?

ARTURO Ya lo ves.

FELIPE ¿Hacia dónde te dirigías?

EDUARDO No sé a punto fijo adónde. Salí, hace unos instantes, de casa. Me he echado a la calle con intención de llegarme al Círculo. Mudé, luego, de pensar, e iba ahora a estirar las piernas. ¿Y vosotros?

ARTURO Yo no tengo rumbo fijo. Con éste iba, hablando de un asunto.

EDUARDO ¿Estorbo, acaso?

FELIPE De ningún modo. (Pausa.)

EDUARDO ¿Y qué?... ¿qué hay de nuevo?

- FELIPE Eso, precisamente, iba yo a preguntarte.
¿Qué hay de nuevo?
- EDUARDO ¡Pues te luces, si lo haces! Ya sabes que salgo apenas, y que en consecuencia sé nada, o muy poco, de cuanto en el mundo ocurre.
- ARTURO Dí, entonces, que estamos a igual o parecida altura.
- EDUARDO No digas eso.
- ARTURO ¿Por qué?
- EDUARDO ¿Vas a desmentir ahora tu fama de enterado?
- ARTURO Inmerecida, por cierto.
- EDUARDO Por algo te la adjudicarán.
- ARTURO Vé a averiguar quién y cómo. (Pausa.) Bueno: ¿vienes, o no vienes con nosotros?
- EDUARDO (Displícite.) No.
- FELIPE ¿Tienes quehacer?
- EDUARDO Tampoco.
- ARTURO ¿Por qué te niegas, entonces?
- EDUARDO Por nada.
- FELIPE Como gustes, pues. Seguiremos solos el camino. (Dándose otra vez las manos.) Adiós.
- ARTURO Hasta la vista.
- EDUARDO Que os conservéis.
- FELIPE Muchos recuerdos a los tuyos de mi parte.
- EDUARDO Gracias. Igualmente. (Saludos, etc., para despedida de Felipe y Arturo, que desaparecen por la izquierda. Pausa. Saca EDUARDO un cigarrillo, y se para a encenderlo en el momento preciso que, atravesando la escena, pasa LUISA por su lado. La mira Eduardo, reflejando en su mirada su rostro la impresión honda que la muchacha le ha causado. Sigue LUISA su camino sin hacer caso del joven, que queda unos segundos absorto, pensativo, mirándola marchar. Por fin, y como si le atacara una repentina idea, se va decididamente ella.)

MUTACIÓN

Cuadro III

Una tienda de guantería. Puerta al foro, que supone ser la que da al obrador o trastienda. La de la calle, con vidriera, a la derecha. Adosado a la pared izquierda, en línea vertical al público y de cara a la puerta de la calle, el mostrador.

ESCENA PRIMERA

La señora MOREL y EULALIA

- MOREL Al levantarse el telón está la señora Morel revolviendo unas cajas que lleva del estante al mostrador. Eulalia. (A la voz de la señora Morel, sale Eulalia del mostrador. Viste traje de obrera. Es, no obstante, una linda muchacha, muy fina y distinguida.)
- EULALIA ¿Llamaba la señora?
- MOREL ¿Dónde ha dejado el par de la señora Forestant?
- EULALIA Está todavía en el obrador.
- MOREL ¿No me había dicho que estaba concluido?
- EULALIA Falta sólo sujetar los broches.
- MOREL ¿Ya sabe que vendrán hoy por él?
- EULALIA Es cuestión de unos minutos.
- MOREL Deje el que ahora hace y concluya éste. (Dándole unos guantes.) En seguida el de la señora Forestant. (Eulalia toma los guantes que la señora Morel la entrega, y vuelve al obrador. Esta sigue revolviendo cajas, figurando buscar unos, o poner en orden otros.)

ESCENA II

La señora MOREL y LUISA

Una pausa hasta que entra Luisa.

LUISA Buenas tardes.

MOREL Buenas tardes. (Luisa se dirige al obrador, del que vuelve a salir al instante. En él, ha dejado la mu-
chacha el sombrero, su limosnero o saco de mano, etcé-
tera. Al aparecer nuevamente en escena, va a ocupar
su puesto en el mostrador.)

MOREL — ¿Tomó nota del encargo que los señores
de Severin le hicieron?

LUISA Sí, señora.

MOREL ¿Me la pasó usted?

LUISA La tengo todavía aquí.

MOREL Démela. (Sujetos a la pared por un garfio de alam-
bre, hay varias notas. Arranca Luisa una, y la entie-
ga a la señora Morel, que dice, después que la ha
leído:) ¿Dijeron para cuándo deseaban el
pedido?

LUISA No, señora.

MOREL Está bien. (Por las cajas que habrá encima del mos-
trador.) Ponga usted en orden todo esto, y
aviseme, en el caso de que venga el cria-
do de los Fauvert.

LUISA Sí, señora. (La señora Morel entra en el obra-
dor. Pausa. Luisa se ocupa en mirar el contenido de
las cajas que, por el debido orden, coloca, después, en
su sitio.)

ESCENA III

LUISA y EDUARDO

Cuando más ocupada está Luisa, entra Eduardo, son-
riente, amable, contento. Luisa cesa en el trabajo.

EDUARDO Buenas tardes.

LUISA Desea el caballero...

- EDUARDO Unos guantes.
- LUISA Será usted servido. ¿Número?
- EDUARDO (1)
- LUISA ¿De qué color? (Eduardo se ha acercado ya al mostrador.)
- EDUARDO ¿Sería usted tan amable que me enseñara unas muestras?
- LUISA Ya lo creo : con mucho gusto. (Luisa descubre algunas cajas de las que hay todavía sobre el mostrador. Luego saca otras de la estantería. A todo esto, la observa Eduardo, atento, sonriente.)
- EDUARDO Basta. No se moleste ya más.
- LUISA No es molestia, caballero. Aquí tiene usted estas. Son, en su clase, lo mejor que hay en la tienda. ¿Le gustan?
- EDUARDO No me parecen mal.
- LUISA ¿Prefiere un tono más obscuro?
- EDUARDO No sé...
- LUISA Es a usted a quien toca elegir.
- EDUARDO Mejor lo haría ayudándome usted a ello.
- LUISA ¿Teme salir engañado?
- EDUARDO Pienso no acertar.
- LUISA (Con amable naturalidad.) Pues no tiene usted cara de ser persona de mal gusto.
- EDUARDO ¿Usted lo cree?
- LUISA Me parece. (Pausa.) Y estos, ¿le gustan a usted más?
- EDUARDO No los encuentro mal del todo.
- LUISA Advierto a usted que no los hay mejores.
- EDUARDO ¿Lo dice usted por ser verdad, o es la afirmación un recurso del que se vale para hacer que me los quede?
- LUISA Digo a usted la verdad. A pesar de ello, es usted muy dueño de hacer lo que más le ácomode.
- EDUARDO Gracias... (Pausa.) Parece usted persona amable.
- LUISA ¿De veras?
- EDUARDO Juraría no equivocarme.

(1) Aquí, el número.

- LUISA Me hace usted mucho favor.
- EDUARDO ¿No hay en mi apreciación asomo alguno de justicia?
- LUISA (Ruborizada.) No sé... (Pausa.)
- EDUARDO Me llevaré ahora unos guantes, y vendré mañana por otros, si usted me lo permite.
- LUISA ¿Va usted a regalárselos a los amigos?
- EDUARDO Quiero hacer colección.
- LUISA Ponga usted tienda.
- EDUARDO ¿Promete usted venir a despachar? (Luisa no contesta. Pausa.)
- LUISA ¿Se ha decidido?
- EDUARDO ¿A qué?
- LUISA Pregunto si ha escogido usted ya.
- EDUARDO (Como si hubiese estado distraído.) ¡Ah, sí!... Es verdad. Perdone. No he escogido aún, pero no importa. Déme usted los que sean más de su gusto.
- LUISA (Enseñándole unos.) ¿Estos?
- EDUARDO Conformes. (Luisa se los prueba. Mientras, dice) Menuda habilidad la suya. Y vaya unas lindas manos las que atesora usted. (Luisa escucha sonriente y satisfecha.)
- LUISA Es usted, a lo que veo, en extremo galante y adulator.
- EDUARDO A fe mía que no. He alabado en usted las manos, expresión la más alta de la belleza femenina. Las suyas son suaves, blancas y transparentes, como de virgen. En sus manos de usted encontraría un poeta infinitos temas de excelsa inspiración... Miguel Angel no llegó a modelarlas más delicadas y perfectas. Su talle gracioso se aviene admirablemente con la tersura y la nitidez de sus manos privilegiadas, armónicas, ambarinas, señoriles... (Al llegar aquí, ha concluido Luisa de poner a Eduardo los guantes. Luisa ríe satisfecha y contenta. Eduardo toma el otro guante, saca del bolsillo el monedero, paga, le devuelve Luisa el cambio, diciendo.)
- LUISA ...Y tres, diez. Para servirle.
- EDUARDO Corriente.

LUISA ¿Se ofrece a usted algo más?
EDUARDO Es fácil, aunque no de momento.
LUISA Cuando guste.
EDUARDO Gracias. Que usted lo pase bien.
LUISA Y usted también. (Eduardo ha ido hacia la puerta. Luisa, que se le ha adelantado, le abre la vidriera.)
EDUARDO (Desde el umbral.) Adios.
LUISA Buenas tardes. (Cierra Luisa la vidriera muy contenta, mira alejarse al joven, y vuelve luego al mostrador, aparentando no haberle sido Eduardo indiferente. Pausa, durante la cual se ocupa Luisa en arreglar las cajas que para servir a Eduardo ha tenido precisión de descubrir. Sale luego la señora Morel, llevando en la mano un par de guantes.)

ESCENA IV

LUISA, la señora MOREL y la señora GIRARD. Al final, un GROOM

MOREL He aquí el encargo de la señora Forestant.
LUISA (Tomando los guantes.) Muy bien.
MOREL No tardarán en venir por él. (Pausa.) ¿Quién estaba aquí?
LUISA Un señor desconocido.
MOREL No se olvide usted de avisarme, si vienen de parte de los Fauvert.
LUISA Descuide usted. (La señora Morel, entra otra vez en el obrador. Pasados unos instantes de los en que la señora Morel ha hecho mutis, sale la señora GIRARD.)
GIRARD Buenas tardes.
LUISA Bienvenida la señora Girard.
GIRARD La señora Morel, ¿está?
LUISA En el obrador. ¿Desea verla?
GIRARD Sí. ¿Quiere usted avisarla?
LUISA Con muchísimo gusto. (Ofreciéndola una silla, que la señora Girard acepta.) Tome usted asiento.
GIRARD Muchas gracias. (Entra Luisa en el obrador, del que sale a poco, en compañía de la señora Morel.)

- MOREL (Yendo hacia la clienta, a la que saluda muy amable y afectuosa.) ¡Mi señora Girard!... ¡Cuánto bueno por mi casa!... (Dándole la mano.) ¿Cómo está usted?
- GIRARD Bien, gracias. ¿Y ustedes?
- MOREL Sin novedad. Gracias. ¿Cómo ha pasado tanto tiempo sin verla?
- GIRARD Me ha sido imposible venir hasta hoy.
- MOREL ¿Lleva usted mucha prisa?
- GIRARD Regular.
- MOREL Entre usted, entonces.
- GIRARD Me entretendrá usted mucho.
- MOREL Unos minutos, nada más. Pase, hágame usted el favor... (La señora Morel y la señora Girard, entran en el obrador. Luisa queda otra vez sola en escena. Pausa hasta llegar a la entrada del "groom", que trae en la mano un ramo de flores, cuidadosamente envuelto en un papel.)
- GROOM Buenas tardes.
- LUISA Buenas tardes.
- GROOM Un recado para usted.
- LUISA (Muy extrañada.) ¿Para mí?... ¿De quién?
- GROOM No sé... Me han ordenado dejarlo.
- LUISA Corriente... (El "groom" ha depositado el ramo en cima del mostrador.)
- GROOM Que usted lo pase bien.
- LUISA Adiós. (Al estar fuera el "groom" y coger Luisa el ramo, para olerlo, descubre en su interior un billete. Lo saca y lee :) «Querida señorita: dígnese aceptar estas modestas flores de este admirador suyo, que la esperará mañana a las tres en la esquina de la calle de San Honorato, para tener el gusto de acompañarla a una excursión en automóvil. Suyo, Eduardo, marqués de Sterlitz.» (Después de leer, queda Luisa admirada, contenta y pensativa. Besa el ramo, y cae el

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Cuadro I

Telón corto de jardín. En un extremo hacia la derecha, un banco capaz para dos personas.

ESCENA PRIMERA

LUISA y EDUARDO

Al levantarse el telón, puede ocupar el banco un individuo que lea un periódico. Pausa. Se marcha el individuo y se oye el trepidar de un automóvil que para no muy lejos del lugar de la acción. Poco después salen Luisa y Eduardo, que cuando lo juzgan oportuno se sientan en el banco.

EDUARDO Aquí estaremos admirablemente. ¿Le agrada el sitio?

LUISA No me disgusta.

EDUARDO ¿Había venido antes de ahora por estos parajes?

LUISA Estuve un día con unas compañeras de taller. Hace de ello muchísimo tiempo.

EDUARDO Es un poco encantador y muy aristocrático.

LUISA Y usted, ¿viene a menudo por aquí?

EDUARDO Algunas veces. Por voluntad de mi *chauffer*, las más. Con encantarme la frondosidad de estos jardines, paseo, no obstante, muy a gusto por la ciudad. (Pausa.) ¿Ama el campo?

- LUISA Creo que sí.
- EDUARDO ¿Dice usted *creer que sí?*
- LUISA Sólo por referencias le conozco.
- EDUARDO ¿No ha vivido en él jamás?
- LUISA No he salido de la ciudad. De muy pequeña estuve con mis padres en la quinta de unos parientes que viven en pleno bosque. Pero también de esto hace muchísimo tiempo. Puedo decir que el recuerdo de aquellos días se ha borrado, o poco menos, de mi memoria.
- EDUARDO Pues no sabe usted el bien que hace a los pulmones el aire agreste de la selva. Desconoce uno de los mayores y más sorprendentes encantos de la madre Naturaleza. (Pausa.) Y llegado el período de vacaciones, ¿tampoco sale usted?
- LUISA No tengo vacaciones. Para mí todos los días son lo mismo.
- EDUARDO Pues es triste.
- LUISA Lo sería si tuviera tiempo de pensar en ello. El trabajo embarga por completo mi atención. Sé que el campo existe... porque oigo a veces hablar de él.
- EDUARDO Pues es mi deseo más ferviente el de que lo conozca para que pueda apreciarlo.
- LUISA ¿Cómo?
- EDUARDO Llevándola a visitarlo.
- LUISA (Con una sonrisa de incredulidad.) ¡Es difícil!
- EDUARDO No veo la dificultad.
- LUISA No por ello deja de existir.
- EDUARDO ¿Invencible?
- LUISA En mi concepto, sí.
- EDUARDO ¿Qué inconveniente hay que se oponga a un deseo nuestro?
- LUISA Suyo, querrá decir.
- EDUARDO ¿Es que usted no consentirla?
- LUISA Según.
- EDUARDO Para ganarme su voluntad, estoy dispuesto a los mayores sacrificios. He dicho a usted que la amo, Luisa... que la quiero como si nuestra amistad datara ya

de muchos años. Verme correspondido por usted, sería para mí la mayor y más grande de las dichas. (Pausa. Luisa permanece callada, los ojos bajos.) ¿Nada contesta?

LUISA Francamente, no sé qué decir a usted.

EDUARDO Y sin embargo, usted me quiere ; puesto que ha consentido en dar conmigo este paseo.

LUISA No llame amor a lo que no puede ser hoy otra cosa que una simpatía más o menos viva. He venido, además, porque presentí en usted al caballero.

EDUARDO Yo la probaré que no hubo engaño en la apreciación. (Pausa.) ¿No apetece usted nada?

LUISA Nada.

EDUARDO ¿Se encuentra bien aquí?

LUISA Creo que en peor sitio podría estar.

EDUARDO ¿Está contenta a mi lado?

LUISA No tengo de qué quejarme. (Pausa.)

EDUARDO La amo a usted, Luisa... La amo, porque tiene cara de ser buena... porque veo, reflejada en sus ojos, la pureza de su corazón... Prometo no cejar hasta ver unida su dicha a la mía... hasta lograr que ocupe a mi lado el lugar que a sus cualidades corresponde. Quisiera, Luisa, que en este momento pudiera leer en lo profundo de mi alma ; que, ahondando en mi pensamiento, se diese cuenta de lo grande de mi cariño y de la rectitud y la bondad de mis intenciones... ¿Qué extraña fuerza esa que me anima y me impulsa a acercarme a usted para decírla en voz baja que la quiero... que desde hoy ha de ser mi más constante anhelo fundir en una sola nuestras voluntades, y que no habrá poder humano que logre separarme de su lado?... (Luisa, conmovida, llora.) Luisa, bien mío... flor, no por modesta, menos querida y apreciada... astro fulgurante que has venido a alumbrar el cielo de mi

vida... luz de mis ojos... señora de mi voluntad y mis pensamientos... ¿Lloras, bien mío?... Bendito llanto, ese llanto sin pena que llena el alma de cantares... Llanto de amor y bendición, ese con que contestas a mis ruegos... Amame, Luisa...

LUISA (Vencida, con arrobamiento.) Eduardo...

EDUARDO Quiéreme como te quiero... ámame como te amo... Juntemos nuestros corazones... sea uno solo el pensamiento que nos anime, como una habrá de ser la voluntad que en adelante nos mueva y nos dé fuerzas. (Instintivamente se levanta Eduardo del banco, haciendo Luisa lo propio. Ya de pie los dos, le pregunta, más amoroso y apasionado que nunca.) ¿Me amas?

LUISA (Entregándose.) Con toda mi alma.

EDUARDO Me haces el más dichoso de los hombres. Para mí, es el actual momento, uno de los más grandes de mi vida. (Pausa.) Ahora, bien mío, completemos la hora venturosa en que ha querido el cielo reunirnos. (Lentamente, cogidos del brazo, se van por donde han venido. Mientras van andando, le dice.) El día aparece a mis ojos más espléndido y hermoso que nunca. Todo, vida mía, parece sonreír a nuestro paso... Hermoso horizonte... cielo azul, sin manchas, como ilusión de enamorado... Incluso esos árboles gigantes, mudos testigos de nuestro amor, inclinan respetuosamente sus copas a nuestro paso, como rindiéndonos el más alto y envidiado de los honores... (Desaparecen los dos; oýese alejarse el automóvil.)

MUTACIÓN

Cuadro II

Comedor de un restorán. Estancia lujosa y confortable. Convenientemente distribuidas por la escena, cuatro o cinco mesas con sus correspondientes manteles y servicio indispensable. En lugar conveniente, un biombo o "paravent", algo coquetón.

ESCENA PRIMERA

NORINA, IRMA, LUCÍA, NINÓN, BERTHAUD, ROQUEBERT, GERARD, DESAGNEUX, ROUGEMONT, MONTOIR, CORNILLE y dos CAMAREROS.

Al levantarse el telón, estarán los anteriores personajes convenientemente distribuidos por las mesas, comiendo unos, y tomando café otros, como si acabasen de comer. Norina, Berthaud, Roquebert, y Gerard, por ejemplo, pueden ocupar una mesa: Irma, Lucía, Desagneux y Rougemont, otra. Otra Ninón, Montoir y Cornille, etc. Estos dos últimos dispónense a marcharse, cuando va a comenzar la escena. Los camareros, cada uno en su sitio, les entregan los sombreros, abrigos y demás. Todos son gente "chie" y correcta.

ROQUEBE. ¿Conque os vais?

MONTOIR Sí.

DESAGNE. ¿No esperáis a que acabemos?

NINÓN Es tarde...

NORINA Es cuestión de unos minutos, nada más.

LUCÍA El tiempo justo de tomar café.

CORNILLE. Es imposible. Luego podremos vernos, si queréis.

DESAGNE. ¿Dónde vais al salir de aquí?

MONTOIR Lo que es yo, no lo sé a punto fijo. Son éstos quienes, por lo visto, tienen prisa de marcharse.

CORNILLE. Quédate, si gustas.

MONTOIR Tampoco en ello tengo interés.

NINÓN A ti, Irma, ¿te veré a la noche?

IRMA Te he dicho ya que sí.

- LUCÍA (A Ninon.) ¿Dónde vais después de comer?
- NINON A una fiesta de los Gibelinos. Se presenta hoy un poeta joven, dotado de gran inspiración y raro ingenio, según afirman quienes le conocen. Hay interés grandísimo en oírle. (Por Cornillet.) Este le conoce perfectamente. El primer artículo alabándole, se lo debe el futuro vate a Cornillet.
- BERTHAUD ¿Eres tú quien lo presenta?
- CORNILLE. No. Es el director de *Los Debates* quien ha corrido con este trabajo. El poeta estuvo ha unas semanas en mi casa. Jamás había oído hablar de él. Me lo recomendó el abogado Judaine, antiguo condiscípulo, a quien profeso gran amistad. Leyóme unos versos que no me parecieron mal. Luego otros que reputé excelentes, y de ahí que decidiera escribir un artículo en honor suyo. Creo haber prestado con ello un señalado servicio a la literatura patria.
- GIRARD Así me explico que no faltes a la fiesta.
- CORNILLE. Ya ves cuán difícil me sería el excusarme.
- DESAGNE. Este, siempre de la mano de la infancia.
- CORNILLE. No tanto. Ahora, que creo conveniente empujar la juventud.
- GERARD ¡Muy bien hecho! De la juventud son el porvenir, el mejoramiento y el esplendor de la raza. ¡Quién tuviera veinte años menos!
- ROUGEM. ¿Para vivir nuevos amores?
- GERARD No señor; para ser útil al país. Necesita la patria sangre joven, músculos nuevos, bríos juveniles...
- CORNILLE. (Sonriendo.) Diga usted que necesita la patria lo que nosotros no podemos darle. (Haciendo ademán de marcharse, seguido de Montoir y de Ninon.) Bueno, señores; hasta muy pronto.
- NORINA Adiós.

GERARD Buenas tardes.
NINÓN Adiós, Irma. Acuérdate de que te aguardo.
IRMA No lo olvido.
GERARD Adiós, mi Cornillet. Y ya sabe lo mucho que estimo su apoyo a los hombres de mañana.
CORNILLE. Gracias.
GERARD Aunque me es del todo desconocido, salude de mi parte a ese poeta.
CORNILLE. Lo haré como lo encarga. Adiós.
TODOS Adiós, buenas tardes... (Etcétera.)

ESCENA II

Los mismos, menos NINON, MONTOIR y CORNILLET

Los camareros no cesan de ir de uno a otro lado, ocupados en los trabajos de servir, a la vez que procurando prestar al cuadro la mayor animación y propiedad.

BERTHAUD Ese Cornillet ha sido siempre una excelente persona.

ROQUEBE. Un hombre por todos conceptos agradable. (Siguen hablando en voz baja mientras los que ocupan la otra mesa dicen los siguientes bocadillos.)

LUCÍA ¿Dispones de las invitaciones para el baile de los Chantebled?

DESAGNE. Las tendré mañana en mi poder.

LUCÍA Resérvame cuatro.

DESAGNE. Muchas me parecen cuatro. Procuraré, sin embargo, complacerte. ¿Usted, Irma, no piensa ir?

IRMA Nada he decidido aún. ¿Cuándo es la fiesta?

DESAGNE. Creo que el próximo jueves.

IRMA Hay tiempo de sobra para pensar qué he de hacer.

LUCÍA ¿Y Berthaud, va?

DESAGNE. No sé; voy a preguntárselo. (A Berthaud, en alta voz:) Oye, Berthaud: ¿piensas asistir el jueves a la fiesta de los Chantebled?

BERTHAUD Me es de todo punto imposible. ¿Vas tú?

DESAGNE. Yo, sí.

BERTHAUD ¿Y usted, Lucía?

LUCÍA De eso estábamos hablando. Sentiría faltar.

BERTHAUD También a mí me cuesta gran trabajo dejar de concurrir. Pero no hay más remedio. Norina y Gerard, sí estarán.

GERARD Dí que por puro compromiso.

BERTHAUD Por lo que sea.

LUCÍA Usted, Norina, ¿irá?

NORINA Sí; ya estuve cuando la fiesta anterior.

LUCÍA Pues es fácil que nos veamos. (Pausa.)

IRMA (A Rougemont.) Usted, Rougemont, no olvide el asunto que le recomendé.

ROUGEM. No me olvido.

IRMA ¿Tardará en ver al general?

ROUGEM. Mañana, o pasado, a más tardar.

LUCÍA ¿Qué es?

IRMA Nada. Procurar se informe favorablemente la solicitud presentada por un pobre muchacho que pide no sé qué traslado en interés de su madre, según me han dicho.

ROUGEM. Pues, descuide usted.

IRMA El asunto es sencillo, a lo que pienso.

ROUGEM. Creo haré el general cuanto esté de su parte, para complacerme.

IRMA Le daré por ello mil gracias. (Pausa.)

BERTHAUD ¿Acabáis?

DESAGNE. Sí.

GERARD ¿Vienen con nosotros?

DESAGNE. (Interrogando con la mirada a Irma y a Ninón) Sí, saldremos juntos.

(Berthaud llama al camarero y pide la nota, que paga al serle presentada. Norina, Roquebert y Gerard, se levantan de la mesa; después lo hace Berthaud. Irma, Lucía, Desagneaux y Rougemont, hacen poco a poco lo propio que sus amigos. Aquí, en el grupo de al lado, es Desagneaux quien llama aparte al camarero, pagando la cuenta, en tanto se disponen todos a partir.)

- ROQUEBE. ¿Tenéis abajo el coche?
DESAGNE. Hemos venido en él; pero nos marchamos ahora a pie.
ROQUEBE. ¿Dónde pensáis ir?
DESAGNE. A dar un modesto paseo. Es decir: si consienten Irma y Lucía en acompañarnos.
IRMA. Yo, sí.
LUCÍA. También yo.
DESAGNE. Pues, andando. ¿Y vosotros?
ROQUEBE. Dejaremos a Norina en la puerta de su casa. Luego, entraremos unos momentos en el Círculo.
DESAGNE. Siendo así, allá iremos después nosotros.
GERARD. Qué, ¿salimos?
ROUGEM. Sí, hombre. No se impaciente.
GERARD. ¿Impacientarme yo? El estar de pie, es lo único que me molesta.
ROUGEM. (Riéndose.) A usted, antes que a la patria, le convendrían sangre nueva, músculos jóvenes, y juveniles ardores... (Celebran todos la ocurrencia, y se van entre carcajadas y muestras de alegría.)

ESCENA III

EDUARDO, LUISA y los CAMAREROS

Cuando todos se han marchado, hay una pausa, que aprovechan los camareros para poner en orden las mesas, recoger los servicios, etc. Han transcurrido unos minutos, cuando aparecen Eduardo y Luisa por el foro. Son recibidos por los camareros, con visibles muestras de respeto y cortesía. Muéstrase Luisa algo turbada, si bien procura disimular su impresión. Eduardo, digno, correcto, escoge, para sentarse, una mesa del primer término, izquierda. Con todos los preliminares del caso, va el Camarero 1.º y les presenta la carta. Mientras la lee Eduardo, toma el Camarero 1.º el "paravent", y con suma discreción, de una manera natural, lo coloca en forma que proteja a los jóvenes de toda mirada indiscreta. Devuelve luego Eduardo la carta al Camarero 1.º, dicién-

dole algo en voz baja. Se retira éste, para volver en seguida con los útiles del servicio.

LUISA Estoy intranquila.

EDUARDO ¿Por qué?

LUISA No sé qué extraña voz me dice que no ocupo el lugar que me corresponde... Que quizás haya hecho mal en venir.

EDUARDO ¿No tienes confianza en mí?

LUISA Sí.

EDUARDO ¿Qué temes, entonces?

LUISA Ya he dicho que no sé.

EDUARDO ¿No te hallas bien a mi lado?

LUISA Sí.

EDUARDO ¿A qué viene, pues, ese temor? Procura alegrarte y ponerte contenta. Piensa que es una nueva vida la que hoy comienza para ti.

LUISA Siento, en este momento, agitarse en mi cerebro las más extrañas y encontradas ideas. De una parte, mi afán de corresponder al cariño que has sabido inspirarme... El miedo, o no sé qué fatal presentimiento, por otra, y el temor de una desgracia horrible acechándome por todos lados... Sé bueno, Eduardo... Piensa en lo distinto de nuestra condición... ten en cuenta la distancia que nos separa, y no quieras hacer de esta pobre, que ha sido siempre buena y hourada, una mujer mala y sin corazón.

EDUARDO Por Dios, Luisa... Recuerdo has dicho antes haber sentido en mí al caballero... Me ofenden esas sospechas tuyas, que juzgo hijas de la nerviosidad.

LUISA Perdóname, si descubres en mis palabras algo que pueda molestarte o herir tu amor propio. No entra en mis propósitos ofenderte, sino decirte que medites las consecuencias de tus actos... Que reflexiones toda la gravedad del trance en que me colocas.

EDUARDO Luisa, mi Luisa adorada... Hace un mo-

mento, empené contigo mi palabra, haciéndote formal promesa de ir hasta donde las circunstancias exijan... ¿Qué más quieres?...

LUISA Que pienses en mi pobre madre que desde el cielo te mira sin conocerte, ni saber cuáles puedan ser tus intenciones; que tengas en cuenta que no dispongo de otro sostén que el que mis débiles fuerzas me proporcionan... y que siento comienzan éstas a faltarme.

EDUARDO Bien mío... (Llega el Camarero 1.º con el servicio; lo deja sobre la mesa y se marcha luego.) Anímate, procura comer. ¿Te sientes con apetito?

LUISA Lo probaré.

EDUARDO Esfuérzate... Te ayudaré yo. (Pausa.) ¿Estás contenta?

LUISA Contenta, sí.

EDUARDO ¿Contenta y tranquila?

LUISA Tus palabras me tranquilizan.

EDUARDO Eso quiero. Lo demás, es obra del tiempo, antes que mía.

LUISA Pienso en tus padres.

EDUARDO No te preocupes de esto.

LUISA ¿Qué dirán de mí, cuando se enteren?

EDUARDO Corre de mi cuenta exponerles la verdad. (Pausa corta.)

LUISA ¿Y tu madre, Eduardo?

EDUARDO Es mi madre una santa mujer, que me idolatra.

LUISA (Con tristeza.) También la mía era muy buena, y me quería, la pobre, con locura. (Enseñándole un medallón que pende de su cuello.) Llevo grabada aquí su imagen. (Eduardo lo besa, respetuosamente.)

EDUARDO No te apenes ahora por los míos; pon en mí toda tu fe y fía en cuanto yo te diga. Quiero hacer de ti una señorita... Quiero que seas mi esposa; la dueña de mi corazón. (Contento.) ¡Ya verás la dicha que nos aguarda!... ¡Ya verás lo felices que somos... lo que gozamos juntos!... Quie-

ro, sobre todo, que veas el campo, que lo conozcas bien, para que puedas apreciarlo como se merece. En cuanto tengamos arregladas nuestras cosas, pasarás una temporadita lejos de la ciudad. El aire libre te hará un gran bien. La Naturaleza saturará tu cuerpo de las emanaciones de la selva... Haré de ti una mujer bella, robusta, sana de cuerpo y de espíritu...
(Luisa oye a Eduardo con la cabeza baja. Una lágrima escapa de sus ojos.) ¿No te complace lo que digo?

LUISA (Tímidamente.) Sí...

EDUARDO ¿A qué viene, pues, ese llanto?

LUISA (Pretendiendo disimular.) No lloro...

EDUARDO Me engañas

LUISA Estoy contenta.

EDUARDO Haces mal en ponerte de ese modo. Acabarás por hacer, que a mi vez, me entristezca yo también.

LUISA (Asiéndole cariñosamente de las manos.) No, Eduardo... no quiero que por mí te aflijas...

EDUARDO (Con las lágrimas a punto de saltársele.) ¿Por qué lloras?

LUISA Es el mío, llanto de alegría.

EDUARDO Y son tus palabras, miel que endulza y hace más sabrosa mi existencia... Luisa, vida mía...

LUISA Eduardo...

EDUARDO ¿Prometes amarme?

LUISA Con toda mi alma. (Pausa. Otra vez entra el Camarero 1.º y deja unos platos con manjares, retirándose luego.)

EDUARDO Anda, come. (Eduardo sirve a Luisa.)

LUISA Basta ; no me pongas más.

EDUARDO ¿No te gusta el plato?

LUISA Al contrario ; está muy rico. ¿Qué te parece a ti?

EDUARDO No está mal. (Pausa. Luego, sonriente.) ¿Qué pensaste ayer de mí? (Por toda contestación, se limita Luisa a sonreír.) ¿No contestas? A ver :

¿cuál fué tu idea, después de haber salido de la tienda?

LUISA (Sonriente.) No creas que sea la respuesta cosa tan fácil...

EDUARDO Ni muy difícil, a mi ver (Pausa.) ¿No quieres decirlo?

LUISA No doy con la expresión.

EDUARDO ¿Te diste cuenta inmediatamente, del propósito que me llevó a comprar los guantes?

LUISA Al pronto, no.

EDUARDO Me refiero al marcharme.

LUISA (Avêrgonzada.) Pensé... que no te había sido indiferente. (Eduardo sonríe, amable y agradecido.)

EDUARDO ¿Y más tarde, al recibir las flores y descubrir entre ellas el billete? ¿Caíste en la cuenta de que eran mías?

LUISA Pensé... que podían serlo.

EDUARDO ¿Decidiste en seguida aceptar el paseo que te proponía?

LUISA Lo reflexioné a la noche.

EDUARDO ¿Sin vacilación?

LUISA Al principio, me costó gran trabajo consentir... Recordé, luego, lo suave de tus facciones... la dulzura de tu mirada, que refleja bondad, y me dije que no podía haber ningún mal en aceptar la invitación... Ya lo sabes todo... ¿Te das por satisfecho?

EDUARDO Más que por satisfecho, en extremo complacido. Eres, Luisa, ángel, niño y mujer a la vez... Eres tan linda como buena... Dame un beso. (Se acerca Eduardo para que le bese, y aun cuando accede ella, finge antes resistirse.) Así... Sirva este beso tuyo para sellar nuestra amistad, y ligar a la vez nuestros afectos... Tu hermosura, Luisa, resplandece como estrella en noche de tempestad... ¿Qué fuerza misteriosa es la que junta nuestras almas? ¿Qué poderoso imán el que atrae nuestros corazones?...

¿Qué hay en ti de espiritualmente sublime, de grande y de divino que me subyuga cuanto más a contemplarte me detengo?... (Arrimando la silla a la que Luisa ocupa.) Te quiero aquí, a mi lado, junto a mi corazón... Quiero verte de cerca, quiero extasiarme en tu mirada, como el devoto con la imagen ante la cual se postra contrito... (La besa otra vez. El beso de Eduardo va ahora a la boca de Luisa, que rendida, esclava de la voluntad de Eduardo, contesta al suyo con otro beso ardiente, apasionado.) Así : fúndanse ahora nuestras bocas en una sola, como una es nuestra voluntad, y son nuestros deseos uno mismo... (Asiéndola fuertemente de la cintura.) Deja que ciña tu cuerpo escultural.. Permítame estrecharte entre mis brazos como mendicante que llama a la puerta amiga... Sobre tu pecho virginal posaré mi cabeza de rendido enamorado... (Descansando su cabeza en el pecho de Luisa.) Sea tu divino seno el que amorosamente acoja mi pensamiento, ocupado por ti... (Pausa. al ir a levantar Eduardo la cabeza, dilele.)

LUISA

Espera.

EDUARDO

¿Qué es?

LUISA

Aguarda. (Y saca del bolsillo unas tijeras diminutas. Aprovechando la colocación de Eduardo, corta con ellas un mechón de cabello de la cabeza del joven. Dice luego:) ¡ Ya está !

EDUARDO

¿Qué es lo que está?

LUISA

(Mostrándole los cabellos, sonriente.) ¡ Mira !... (Eduardo contempla a Luisa con entusiasmo y alegría sin límites. Por fin, y no sabiendo cómo corresponder al riesgo de su amada, coge a ésta otra vez, la besa fuertemente en la boca, al tiempo que cae el

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Cuadro I

Telón corto. Antesala del despacho de un doctor. En el fondo, hacia izquierda, la puerta de entrada al gabinete. A la derecha, puerta lateral de entrada al recibimiento. En el centro de la escena, una mesita con libros, revistas, etc. Esparcidas por la escena, adosadas a la pared, algunas sillas volantes. Penden de los muros diversos cuadros de asuntos artísticos, etc.

ESCENA PRIMERA

LUISA, JULIA, CONSTANCIA, ENRIQUETA, LUCILDA, MATEA, el DOCTOR y el PORTERO.

Al levantarse el telón se hallan Julia, Constancia, Enriqueta y Luisa en escena, sentadas, todas, en otras tantas sillas. Algunas llevan impresos en sus rostros los efectos de la enfermedad. Todas tienen el semblante triste y compungido. Pausa.

JULIA ¿Hace mucho tiempo que aguarda usted?

CONSTAN. Como unos quince minutos. Estuve antes a que me dieran mi número. (Pausa.)

JULIA ¿Y la joven que con usted vino días pasados?

CONSTAN. Ha ido a Suiza a reponerse al lado de unos parientes.

JULIA ¿Está mejor?

CONSTAN. Adelanta notablemente. (Pausa.)

ENRIQUE. Pensé que hoy no me harían esperar.

JULIA En llegando aquí, ya se sabe. (Pausa.)

CONSTAN. (A Luisa) ¿Y usted, joven, es la primera vez que viene a ver el Doctor?

LUISA Sí.

JULIA ¿No se había sentido nunca enferma?

LUISA No creo estarlo, aunque noto, hace algunos días, cierta pesadez y malestar... Supongo será cosa pasajera.

CONSTAN. Dios la oiga. No puede usted figurarse la molestia que supone venir a menudo aquí. Y esas esperas interminables...

JULIA A mí me irrita la antesala, casi tanto como la enfermedad misma. Daría cualquier cosa por ahorrarme venir.

ENRIQUE. Pues no hay sino tomarlo con calma.

CONSTAN. No siempre está una en condiciones de abandonar su trabajo para ir a ver el médico.

JULIA Cuando no queda más remedio...

CONSTAN. Yo, la semana pasada, falté dos veces a la visita. Tiene una necesidad de estar en todo...

ENRIQUE. Pues todavía esto es nada, si se le compara con lo que ocurre en casa Lapailleur. Allí hay que presentarse todos los días a las siete de la mañana para conseguir que la visiten a una. Así ha enriquecido Lapailleur en poco tiempo.

JULIA Es su consulta una de las más caras, según creo.

ENRIQUE. Ahora, esto... Que antes, bien cargaba con cuanto salía al paso. (Se abre la puerta del gabinete, y sale LUCILDA, que sin detenerse ni decir nada, saludando con un movimiento de cabeza a las que esperan, gana resueltamente la puerta de entrada. Tras ella, aparece el DOCTOR.)

DOCTOR ¡El once! (A la voz del Doctor deja Luisa su asiento para entrar en el gabinete. Al estar dentro, cierra el Doctor la puerta, desapareciendo con la visita. Pausa.)

CONSTAN. ¡Ya era hora de que saliera!

JULIA Sin saber por qué, desconfío siempre de las visitas que se prolongan demasiado.

ENRIQUE. De esta no hay que extrañarse. Ha sido hoy la primera vez que ha venido.

JULIA. Igual que la joven que ha entrado ahora. Como pase dentro el mismo rato que la que acaba de salir, no estaremos despachadas ni con lo que resta de día. (Pausa. A Enriqueta.) ¿Y fué usted mucho tiempo a la visita de Lapailleur?

ENRIQUE. Dos meses. Antes me había visitado en mi casa.

JULIA. ¿No mejoró durante este tiempo?

ENRIQUE. Al principio creí que sí. Luego me di cuenta de que no había acertado al calificar mi enfermedad. Fué cuando por consejo de una persona amiga cambié de médico. Abrigo la creencia de no haber perdido el tiempo.

JULIA. Ojalá.

ENRIQUE. Gracias. (Pausa.)

CONSTAN. Que muchacha más fina y más simpática, la que ahora ha entrado.

JULIA. Sí.

CONSTAN. Parece dominada por algún hondo pesar.

(Pausa. Se abre luego la puerta de salida y aparece por ella el PORTERO. Franquea el paso a MATEA.)

PORTERO (A Matea.) Pase, y tome usted asiento.

MATEA. Gracias. (Se cierra otra vez la puerta, desapareciendo el Portero. Matea saluda al tiempo de sentarse.) Buenos días.

TODAS. Buenos días.

MATEA. ¿Va para largo?

JULIA. Es difícil asegurar nada.

CONSTAN. Haga usted, por si acaso, buen acopio de paciencia.

MATEA. Tal pensé al salir de casa. (Coge Matea uno de los periódicos que hay sobre la mesa, y se dispone a leer. Pausa.)

CONSTAN. ¡Bonito tiempo para los enfermos!

JULIA. No me hable usted. El día de ayer fué para mí de los más horribles.

CONSTAN. Y que no lleva trazas de mejorar.

JULIA. Estoy de los temporales hasta la coroni-

lla. Pensé por un momento que iba la temperatura a cambiar, pero como si no. Agua, viento, todo parece conjurarse en contra de quien necesita curarse. (Se abre otra vez la puerta del gabinete y aparece LUISA, llorosa, pálida en extremo. El DOCTOR asoma tras ella. Sin saludar a nadie, se dirige a la puerta de entrada, enjugándose los ojos con un pañuelo.)

DOCTOR ¡ El doce ! (Se levanta Enriqueta, que entra en el gabinete a tiempo que sale Luisa de la estancia.)

MUTACIÓN

Cuadro II

Habitación en casa de los marqueses de Sterlitz. Departamento lujoso, adornado con severo gusto. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA y EDUARDO

Al comenzar el cuadro, se hallan madre e hijo conversando. La madre sentada en un sofá, colocado a la derecha, en primer término. Eduardo de pie, delante de ella.

MARQUESA ¿ Viste a los Chassaigne ?

EDUARDO También.

MARQUESA ¿ Qué es de Julieta ? No está muy bien de salud, según me han dicho.

EDUARDO Lleva camino de restablecerse.

MARQUESA ¿ Y el padre ?

EDUARDO El único que no anda bien, según mis informes.

MARQUESA ¿ Qué le pasa ?

EDUARDO Su afán desmedido por los negocios le acarrea más disgustos que satisfacciones. Ya sabes que hará un año vino a proponer a papá que interesase en no sé qué explotaciones mineras.

MARQUESA En efecto. Nos negamos a ello. Al expo-

ner el proyecto, dióse tu padre perfecta cuenta de lo ruinoso del negocio. Le aconsejamos con bien. Le hicimos ver los inconvenientes y las dificultades de una empresa que era casi una quimera...

EDUARDO Pues como si nada le hubiéseis dicho. Salió de aquí y fué a proponerle el negocio a Sabathier, que en su manía de especular con todo, arriesgó en la empresa de Chassaigne unos millones... La cosa les fué mal, según se afirma. A las grandes pérdidas sufridas, hay que añadir el hecho de que una compañía alemana les haya entablado a última hora un pleito, alegando no sé que derechos de prioridad sobre el terreno en explotación... Una verdadera desdicha. Poco ha faltado para que Chassaigne se volviese loco... ¡Qué sé yo!

MARQUESA Lo siento por su mujer y por sus hijas.

EDUARDO También yo lo siento. Porque en medio de todo, es Chassaigne un hombre de buena fe... (Pausa.) ¿Y papá?

MARQUESA En su despacho.

EDUARDO Papá trabaja demasiado. Dada su edad y lo holgado de nuestra posición, creo debería permitirse un mayor descanso.

MARQUESA Tu padre, hijo mío, es hombre que gusta de trabajar. Fuera de sus ocupaciones no encuentra placer ni pasatiempo que le distraiga. El negocio y la familia constituyen sus dos grandes y únicos amores. En verte hecho un hombre activo y laborioso, respetable y respetado, cifra hoy por hoy su mayor esperanza... En ti tiene puesta toda su ilusión.

EDUARDO Ya sabes mis desvelos para corresponder a su cariño y afectuosidad... Es mi único deseo igualarle y parecerme a él en todo.

MARQUESA ¿Qué sería de tus padres, qué de nuestra casa, si un incidente cualquiera torcía un día tu camino? Sobre ti, hijo mío, pesará

muy pronto gravísima responsabilidad... Mírate en nuestro espejo... vuelve la vista al pasado, y piensa en el esfuerzo y los sinsabores que cuanto te rodea representan, si llegas un día a desfallecer.

EDUARDO Madre... ¡cuán buena y cuán cariñosa eres !... (Besándola en la frente.)

MARQUESA Todo por ti, Eduardo ; para verte dichoso y feliz.

EDUARDO O poco he de poder o corresponderé a tus atenciones en la medida que te mereces... El recuerdo tuyo y el de mi padre me animarán en mi paso por la vida... Quiero perpetuar el prestigio de los Sterlitz... Quiero ser digno continuador de la obra por vosotros comenzada.

MARQUESA Son tus palabras el mejor consuelo que podías ofrecerme ; tus propósitos la más firme garantía de la rectitud y bondad de tu corazón... Me voy, hijo mío.

EDUARDO ¿Ya?

MARQUESA Sí. He de dejarte unos instantes.

EDUARDO Adiós, madre.

MARQUESA Hasta luego, Eduardo. (Después de besarse mutuamente, acompaña Eduardo a su madre hasta la puerta del fondo, en la que se detiene viéndola marchar. Vuelve luego al centro de la escena, y toma asiento en una butaca colocada en primer término, izquierda, frente al sofá en que su madre estaba. Pausa. Enciende un cigarrillo, coge un libro de la mesita, y se abstrae en su lectura. Cuando hace unos segundos que lee, entra un CRIADO por el foro.)

ESCENA II

EDUARDO y el CRIADO

CRIADO (Sin adelantarse.) Señorito...

EDUARDO ¿Qué hay?

CRIADO Una carta que acaban de traer para el señorito.

EDUARDO (Desdenosamente; sin levantarse de la butaca.) Ven-
ga. (Adelanta el criado unos pasos, para que tome
Eduardo la carta de la bandeja.)

EDUARDO ¿Aguardan respuesta?

CRIADO No, señorito.

EDUARDO Puedes retirarte. (Saluda el criado y se va por
donde ha venido. Al quedar solo, mira Eduardo el so-
bre de la carta, y dice, entre sorprendido y emociona-
do:) ¡Carta de ella!... ¡De mi Luisa!...
(Pausa.) ¿Qué la ocurrirá para que haya
decidido escribirme? (Febrilmente rasga el sobre
y lee:) «Querido Eduardo: Estas líneas
son para prevenirte sobre un asunto de
importancia. He visto al médico. Iré den-
tro de poco. Tuya, Luisa.» (La carta ha de-
jado atónito a Eduardo. Pausa.) ¿Ha visto al mé-
dico? ... ¿Vendrá dentro de poco? ...
¿Qué es esto, Dios mío?... ¿Qué grave
sorpresa la que con su visita me espera?...
(Pausa.) ¿Qué hacer en estos críticos in-
stantes? (Pensativo, se pasa la mano por la cabeza.)
¿Qué solución la que se impone, si viene
a decirme lo que mi corazón presiente?
(Mira el reloj.) Horrible inquietud la que en
este momento me devora... ¿Es posible
lo que la carta deja entrever? Luisa... mi
Luisa... tu recuerdo me estremece ahora.
Tu nombre suena a mis oídos como la re-
velación de algo que agita las fibras de
mi sér con sacudidas de gozo y de espanto
a la vez. (Pausa. Repitiendo, con gravedad, las pa-
labras de la carta.) He... visto al médico...
Asunto... de importancia... (En tono algo re-
suelto.) ¡Oh, no hay duda!... Ha sido el
cielo quien ha querido unir al mío el des-
tino de ella. (Mira otra vez el reloj.) Aquí la
aguardo, sereno y confiado. Nada hay ca-
paz de alterar mi calma, viniendo de la
mujer que amo... (Pausa.) Siento, no obs-
tante, palpar mi corazón... El contento
y la incertidumbre se apoderan de mi al-
ma... ¡Dadme alientos, Dios mío, para

• salir con bien de este paso, el más difícil y más expuesto de mi vida! (Se deja caer en una butaca, apoyando la cabeza entre las manos.)

ESCENA III

EDUARDO, el MARQUÉS y GUERSAINT

(Pausa. De pronto, oye Eduardo la voz de su padre, motivando esto el que se reponga y se esfuerce en disimular su excitación y nerviosidad. El Marqués, con unos papeles en la mano, sale por una de las puertas de la derecha, en compañía de Guersaint.)

MARQUÉS (Desde dentro.) De ningún modo. Cualquier avenencia tendría en los actuales momentos carácter de capitulación. (Saliendo.) ¿Estás ahí?

EDUARDO Aquí estoy, leyendo.

GUERSA. (Muy afable, dando a Eduardo la mano.) ¡Oh, Eduardo!...

EDUARDO Buenas tardes, señor Guersaint.

MARQUÉS (A Guersaint.) ¿No comparte usted mi opinión?

GUERSA. Evidentemente.

MARQUÉS A estas alturas es imposible retirar la demanda. Hay que llegar al fin.

GUERSA. En la transacción propuesta por ellos se respetan los intereses de los principales acreedores.

MARQUÉS Pero, en cambio, no se deja nuestra casa en muy buen lugar.

GUERSA. Hemos quedado en vernos con su abogado.

MARQUÉS Pues ya conoce usted mi opinión. Estimo haber cumplido escrupulosamente mis compromisos para con ellos. No tengo, por tanto, que rectificar mi criterio en este pleito, que sólo una mal entendida cuestión de amor propio podía llevar al estado en que hoy se encuentra.

GUERSA. ¿Diré, pues?...

MARQUÉS Que es inútil toda combinación ; que más que nunca pienso mantenerme firme en mi derecho, y que a condición, únicamente, de hacer público lo acordado, pasaría por lo que pretenden ellos. ¿Cuando se reúne el Consejo de Administración?

GUERSA. El diez.

MARQUÉS ¡Calcule usted ! Nada... nada : no se hable más del asunto. ¿Recogió usted los poderes?

GUERSA. No, señor. Quedamos en que me los entregaría hoy.

MARQUÉS Se los llevará ahora, si me hace usted el obsequio de venir conmigo.

GUERSA. Con mucho gusto. Estoy a sus órdenes.

MARQUÉS Vamos, pues.

GUERSA. (Dando la mano a Eduardo.) Querido Eduardo... ha sido para mí una satisfacción el poder saludarle...

EDUARDO Igualmente, amigo Guersaint.

GUERSA. Buenas tardes.

EDUARDO Buenas tardes. (El Marqués y Guersaint salen por una puerta de la derecha.)

ESCENA IV

EDUARDO, LUISA y el CRIADO

(Al quedar solo, respira Eduardo con cierta libertad. Mira el reloj, saca otra vez la carta de su bolsillo y la acaricia con la mirada. Pásea por ella los ojos unas cuantas veces, dando muestras de inquietud. Pausa, tras la que sale el criado.)

CRIADO Señorito...

EDUARDO ¿Qué hay?

CRIADO Una señorita que solicita ver a usted.

EDUARDO Hazla entrar. (Se retira el criado, que vuelve al poco rato acompañando a Luisa, a la que deja en el umbral de la puerta. Los momentos que la joven tarda en presentarse, los aprovecha él para hacer acopio de coraje. Aparece Luisa, trémula, dominada por fuerte

emoción. Se queda en el umbral. Con un movimiento de cabeza, la hace Eduardo seña de que avance. Se va el criado, quedando solos los dos, y se echan con fuerza el uno en brazos del otro. Luisa, llora. Pausa.)

EDUARDO Luisa... mi bien querido...

LUISA ¿Te han dado mi carta?

EDUARDO Sí... ¿Qué pasa?... ¿Qué novedades hay?... ¿Qué asunto es ese, tan importante, del que quieres hablarme? (Luisa no puede dominar el llanto.) Por Dios, Luisa, no prolongues mi inquietud... Habla... cuéntámelo todo... confíame tus secretos... dime qué hondo pesar domina tu alma... Quiero saberlo todo. Tu Eduardo, no se conforma viéndote sufrir.

LUISA Eduardo... mi Eduardo...

EDUARDO Repórtate... te lo suplico. ¿Has visto al médico?

LUISA Sí.

EDUARDO ¿Qué te ha dicho? ¿Eran ciertos tus sentimientos? (Luisa hace con la cabeza un signo afirmativo.) ¿Ha resultado verdad lo que temías?

LUISA Sí...

EDUARDO (Llorando de alegría y de emoción.) ¡Oh, dicha sin igual!... ¡Cuán feliz me hacéis, Dios poderoso!... Ven aquí, Luisa... Quiero de nuevo abrazarte, bendecir este momento solemne de suprema e infinita felicidad. (Acariciándola.) Cuéntame, pobre niña, cuál ha sido tu impresión al conocer la hermosa nueva... Porque supongo será este llanto tuyo de felicidad... ¿Estás satisfecha?

LUISA (Débilmente) Sí...

EDUARDO ¿Por qué no te alegras, entonces? ¿A qué vienen esa angustia y ese abatimiento?

LUISA Es que temo, Eduardo...

EDUARDO ¿Temer, dices? Por caridad, Luisa, dime al punto de dónde nacen tus temores.

LUISA No sé... No acierto a expresar lo que en

estos momentos pasa por mi imaginación. De un lado, te veo a ti, mi salvador, al que amo más, desde que me ha sido revelado mi estado. Veo, de otro, alzarse a mi vista toda una senda de desdichas, de obstáculos formidables...

EDUARDO ¡Criatura inocente... alma bondadosa !... ¿Qué peligros son los que tu imaginación forja, ni qué desdichas las que nuestro amor no afronte?... ¿Qué obstáculo habrá que se interponga entre mi amor y el tuyo?

LUISA No olvides lo humilde de mi condición... Acuérdate de que estoy sola en el mundo ; sin nadie que me proteja y ampare.

EDUARDO Me tienes a mí.

LUISA ¿Qué sería de nuestro hijo si llegabas a faltar?

EDUARDO Nuestro hijo... Un hijo... ¡Cuán dulcemente suenan en mi oído esas palabras !... ¡ Un hijo !... ¿Y hablas todavía de amarguras y decepciones, cuando debería esta palabra excelsa infundirte el más grande de los ánimos?

LUISA No estoy tranquila.

EDUARDO ¿Qué piensas?

LUISA Pienso en tus padres. (Estas palabras hacen a Eduardo un gran efecto. Se para de pronto, palidece y trueca su alegría en vacilación.)

EDUARDO Mis padres...

LUISA ¿Qué creerán de mí?

EDUARDO Les diré que te amo... que quiero guardarte a mi lado... ¡ Que eres mía ! (De pronto, muy animoso.) Es mi madre una mujer buena...

LUISA Tu padre...

EDUARDO (Otra vez pensativo.) Mi padre... (Con decisión.) Mira, Luisa... Creo mejor no prejuzgar lo que está todavía por venir. Lo interesante, lo que conviene por ahora, es saber que nos pertenecemos uno al otro... que nuestra unión se ha sellado con la nueva

que has venido a traerme, y que nos debemos los dos al hijo que ha de llegar.
(Muy resuelto.) Llamaré a mi madre.

LUISA (Sorprendida.) ¿Para qué?

EDUARDO Para enterarla de nuestros amores... Para presentarte a ella como una nueva hija... para que la conozcas y compartas conmigo el cariño y la admiración que la profeso.

LUISA (Asustada.) Me parece una temeridad.

EDUARDO ¿Por qué?

LUISA La vergüenza me mataría.

EDUARDO ¿Avergonzarte? ¿Desde cuando ha de avergonzarse quien no ha cometido ningún delito? ¿Juzgas un mal el que nos queramos?

LUISA No.

EDUARDO ¿A qué obedece, entonces, tu inquietud?

LUISA No me preguntes... No sé...

EDUARDO Déjame, pues, obrar según mi criterio... Seguir los dictados de mi corazón.

LUISA Calcula bien lo que te propones. No olvides lo difícil de nuestra situación.

EDUARDO Nada me arredra : lo tengo todo previsto y estudiado. Ya después que he leído tu carta he formado el propósito que voy ahora a poner en práctica. Por nadie ni por nada del mundo he de variar mi plan. Mi vida te pertenece, Luisa ; contigo he de salvarme, salvándote. Eres madre, y esa condición que te eleva a los ojos del mundo, te ennoblece a los míos. (Con un fuerte arranque.) Ven a mis brazos, mujer sublime. Reposa otra vez tu pecho divino sobre el mío amantísimo, de esposo y padre. (Luisa se entrega a sus brazos.) Confundamos nuestras lágrimas ; mezclemos nuestros besos ; compartamos nuestra felicidad y nuestra alegría ; hagámonos más fuertes por el contacto... Sírvote de apoyo mi fe en un porvenir repleto de venturas y dichas sin cuento... Nadie, por osa-

do y atrevido que sea, logrará arrancarte del sitio que de derecho te pertenece, y en el que por ley de mi voluntad te coloco desde ahora. (Luisa, llora, agradecida. Pausa. Después va Eduardo a un llamador eléctrico, lo pulsa, y aparece el CRIADO.)

CRIADO ¿Llamaba el señorito?

EDUARDO ¿Y mamá?

CRIADO La señora marquesa entró en sus habitaciones.

EDUARDO Que venga al instante. (El criado hace una reverencia y sale.) Nada temas.

LUISA Siento flaquear mis piernas. Mis energías se debilitan.

EDUARDO Precisa hacer acopio de valor; conviene afrontar las circunstancias.

ESCENA V

Los mismos y la MARQUESA

(Al entrar, queda la Marquesa sorprendida al ver a Luisa, a quien no conoce. Pasada la impresión de extrañeza que la visita la produce, saluda a la joven con una cortés inclinación de cabeza, y luego, dice:)

MARQUESA ¿Me has llamado?

EDUARDO (Muy conmovido, pero resuelto.) Sí... (Pequeña pausa.) Madre mía... para mí es el actual momento de una importancia y una gravedad capitalísimas...

MARQUESA (Algo sobresaltada.) Me asusta el tono de tus palabras.

EDUARDO Tranquilízate ante todo, y óyeme luego en silencio, que es muy interesante cuanto ahora he de decirte. Esa joven que ves a mi lado es la elegida de mi corazón. (Movimiento de asombro en la Marquesa. Confundida, baja Luisa los ojos más de lo que los tenía.) Circunstancias que no juzgo prudente referirte en este instante, pero que conocerás luego, me unieron a ella con vínculos de

un amor puro y sagrado. Yo la quiero y ella me adora. Un fausto acontecimiento me obliga hoy a revelarte el afecto que nos profesamos, a pesar de mi deseo de aguardar ocasión propicia para hacerlo. Nuestras relaciones no pueden continuar en el secreto. Existe de por medio algo que vendría en plazo breve a delatarnos y que no puedo negarme a reconocer, so pena de sentar plaza de mal nacido y desleal. (Cogiendo a Luisa de la mano y acercándola a su madre.) Mírala bien, madre mía, y recíbelala en tus brazos como una hija que viene a endulzar tu ancianidad... No dispone en el mundo de más apoyo que el que en esta casa se le preste... ¡Es la madre de mi hijo! (La Marquesa, llora; Luisa se echa a sus pies, haciendo lo propio.)

MARQUESA ¡Qué golpe inesperado reservabas a tu madre!

LUISA ¡Perdón, señora!

EDUARDO ¡Perdón para mí, madre mía!

LUISA Soy culpable...

EDUARDO (Rectificándola.) ¡Es una santa!

MARQUESA Levantaos. (Luisa se levanta. A Eduardo.) ¡Hijo mío!... (Eduardo se echa en brazos de su madre, que le cubre de besos.) ¿Por qué nada me has dicho hasta ahora? ¿Qué interés tenías en mantener oculto acontecimiento de tanta importancia para todos?

EDUARDO Buscaba, para hacerlo, ocasión oportuna.

MARQUESA Precisa enterar de todo esto a tu padre. ¿Quieres que sea yo quien cuide de decirselo?

EDUARDO ¿Ves en ello alguna dificultad?

MARQUESA Qué sé yo... Presiento la impresión que la noticia le causará... Adivino su asombro por la sorpresa.

EDUARDO Es necesario hacer un esfuerzo y salir del paso cuanto antes. La incertidumbre puede sernos fatal. Ahora puede conciliarse

todo buenamente. (La Marquesa duda. Pausa.)

¿En qué piensas?

MARQUESA ¿Crees tan fácil decirte lo que mi corazón siente en este momento?... Mil ideas encontradas se juntan en mi mente... No acierto a reponerme de la impresión que tus palabras me han causado... ¿Estás seguro, hijo mío, de amar a esa joven? ¿Has meditado el alcance de tu acto?

EDUARDO La quiero, madre, con un cariño igual al que a ti te profeso... Su imagen ocupa hoy mi corazón. (Con un fuerte arranque.) ¡Por ella daría gustoso la vida!

MARQUESA (Horrorizada.) ¡Oh, calla!... (A Luisa.) Venga usted, joven. Permítame besar su frente. (La besa.) Sea este beso mío, presagio de una era de paz y bienandanza...

LUISA (Besando a la Marquesa.) ¡Gracias, gracias, señora, por mí y por mi hijo!...

EDUARDO Busca a papá.

MARQUESA Juzgo más acertado el quedar por unos momentos a solas con él. Haré que venga aquí y le expondré el caso. En tanto, puede esta señorita marcharse y volver más tarde. Retírate tú, también. Te llamaré cuando lo juzgue conveniente.

EDUARDO Está bien. (A Luisa.) ¿Estás conforme?

LUISA Apruebo cuanto tú dispongas.

EDUARDO Ven, pues; dejemos a mamá. (Echándose en brazos de su madre, a la que besa amorosamente.) Hasta luego, mamá. No dejes de llamarme. Considera que aguardo impaciente.

LUISA (Besando también a la Marquesa.) Hasta luego, buena señora... ¡Dios sabe cuánto agradezco sus bondades!... (Eduardo y Luisa salen por una de las puertas laterales.)

ESCENA VI

EL MARQUÉS, la MARQUESA y el CRIADO

(La Marquesa se enjuga los ojos; procura reponerse, va al timbre y llama al Criado.)

CRIADO ¿Ha llamado la señora Marquesa?

MARQUESA Sí. ¿Y mi esposo?

CRIADO El señor Marqués se halla en su despacho.

MARQUESA Díglele que aquí le aguardo. (El Criado se va.) ¡Quiera Dios llamar a su corazón, para que todo acabe bien!

MARQUÉS (Entrando.) ¿Me has llamado?

MARQUESA Sí.

MARQUÉS ¿Qué quieres?

MARQUESA He de hablarte.

MARQUÉS ¿Ahora?

MARQUESA Sin pérdida de tiempo.

MARQUÉS ¿Ocurre algo grave o extraordinario?

MARQUESA No sé cómo calificar lo que tengo que decirte. Sí, me consta la necesidad de que pongas atención a mis palabras.

MARQUÉS Pasemos a mi despacho.

MARQUESA No: es mejor aquí.

MARQUÉS Habla, pues. Me tienes intranquilo.

MARQUESA (Haciendo un gran esfuerzo para comenzar.) Mira, Jaime. A espaldas nuestras, sin que de ello tuviese yo el menor indicio, cuando menos podíamos figurárnoslo, ha venido un importante acontecimiento a alterar la vida de nuestro hijo.

MARQUÉS (Sorprendido, como adivinando algo poco agradable.) ¿Qué dices? ...

MARQUESA Ten calma, y déjame llegar al final. El paso que Eduardo acaba de dar, necesita, para ser debidamente apreciado, de toda nuestra serenidad y sangre fría.

MARQUÉS (Impaciente.) Sigue... no te entretengas...

MARQUESA Hace unos momentos, me ha revelado el mismo, algo que no pude sospechar jamás... algo que ni aun jurándomelo, hu-

biera creído. (Con tono solemne, marcando bien las palabras.) Eduardo, está próximo a ser padre.

MARQUÉS (Fuera de sí.) ¡ Ira de Dios !

MARQUESA Una pasión amorosa, fuertemente sentida, según he podido ver, le tiene dominado por completo... Una joven desconocida, de posición humilde, se ha interpuesto entre nosotros y nuestro hijo... Eduardo, que espera obtener tu asentimiento a esas relaciones, me ha manifestado su propósito de reparar la falta cometida, uniéndose en matrimonio con la que él dice ser la elegida de su corazón.

MARQUÉS (Lívido, contrariado en extremo.) ¡ Es inútil !... No puedo... no debo acceder a lo que pretende... ¿ Ha pensado en las consecuencias de su acto ? ¿ Ha medido la grave responsabilidad que por lo hecho le alcanza ?

MARQUESA (Conciliadora.) Sosuégate, Jaime... Ten en cuenta que antes que tú he sentido yo herido mi corazón por tan tremenda puñalada...

MARQUÉS ¡ La pasión cegará sus ojos !

MARQUESA Dice amar a esa mujer.

MARQUÉS Amar... ¿ Qué sabe él de esas cosas ?
¡ Locuras de su imaginación exaltada !
¡ Calaveradas de chiquillo !

MARQUESA Creo deberíamos meditar con calma lo que convendría hacer.

MARQUÉS ¿ Meditarlo ?... ¿ Para qué ? ¿ Supones que vale la pena que nos ocupemos de sus desvaríos ? Mi resolución es firme e inquebrantable ; no admito haya quien ose tan sólo discutir mi parecer. ¿ Dónde está nuestro hijo ?

MARQUESA Aguardando a que le llame para presentarse ante ti.

MARQUÉS Haz que venga al punto. Necesito hablar con él ahora mismo.

MARQUESA (Conciliadora.) Considera...

MARQUÉS Obedece, Victoria... ¡ Así es cómo arre-

glo yo las cosas ! (La Marquesa va al timbre y aparece el CRIADO.)

CRIADO ¿Han llamado los señores?

MARQUESA El señorito está en sus habitaciones. Dí-gale que sus padres quieren verle. (El criado se va. El Marqués hace acopio de energía.) Há-blale con dulzura... Piensa que hay tras él una pobre mujer, que morirá, quizás, de sentimiento, si ve que se le arrebatara el padre de su hijo...

MARQUÉS Tengo hecho mi propósito. Yo, más que tú, sé el modo de arreglar esos asuntos.

ESCENA VII

EL MARQUÉS, la MARQUESA y EDUARDO

(Eduardo se presenta humilde, respetuoso, la cabeza baja. Dice, sin avanzar:)

EDUARDO Papá...

MARQUÉS Adelante... Siéntate... (Eduardo hace cuanto su padre le indica. Pausa.) Eduardo... Me acaba-bo de enterar por tu madre de algo inexplicable y que me parece un sueño...

EDUARDO (En voz baja.) Papá...

MARQUÉS Espera. Déjame acabar. Ni creo haya di-cho tu madre nada que no sea lo que tú le has confesado, ni supongo trates de justificar con inútiles paliativos tu con-ducta... No quiero extenderme ahora en divagaciones para averiguar los motivos que te hayan luducido a obrar como lo has hecho... Tampoco quiero emitir mi parecer acerca de un asunto cuyo alcance y gravedad apreciarás, sin duda, por tí mis-mo, el día que la razón ilumine tu enten-dimiento. Mi opinión, es una y única ; el camino a seguir, ancho y expedito. Ahora mismo, sin pérdida de tiempo, irás a reu-nirte con los Fontenay.

EDUARDO (Conmovidó y suplicante.) ¡ Padre !...

MARQUÉS (Severo y digno.) Irás, digo, a reunirte con los Fontenay, y pasarás en su compañía una buena temporada. Es en interés tuyo, en el de tu madre y en el mío, por lo que te ordeno este viaje. (Consultando el reloj.) Te queda, justo, el tiempo necesario para disponer lo indispensable para la marcha.

EDUARDO (Desolado, pero en tono humilde.) ¡Padre mío !...

MARQUÉS No se hable más de ello. Ahora mismo voy a poner un telegrama a los Fontenay, avisándoles tu llegada.

EDUARDO ¡Piensa que me matas, padre !

MARQUÉS Di más bien que mi resolución te salva.

EDUARDO ¡Mira que ese viaje es imposible... que no es mi vida sola la que va en él !...

MARQUÉS La tuya únicamente me interesa.

EDUARDO (Volviendo los ojos hacia su madre.) ¡Mamá... mamá buena y compasiva !... (A su padre.) ¿Quieres que el dolor y la desesperación maten a tu hijo? ¿Quieres hacer de mí un desgraciado?

MARQUÉS Repito que es tu salvación lo que pretendo. Y despacha, pues no es cosa de malgastar inútilmente el tiempo.

EDUARDO (Suplicante, fuera de sí; intentando un supremo esfuerzo.) Yo llamo a tu corazón, apelo a tu bondad, a tu honradez y a tu nobleza... Vuelve sobre tu acuerdo... no me impongas ese viaje, que tiene para mí todas las trazas de un acto cobarde y criminal. No por humilde, deja de ser la mujer a quien amo digna de nuestra consideración y respeto. Su propia honradez la escuda... Yo la abono con mi conducta. Piensa que tu decisión causa daño irreparable a persona a quien no conoces, y que ningún mal te ha hecho... En su nombre, en el mío, en el del sér inocente que va tomando cuerpo en sus entrañas, te pido perdón ; perdón para mí, para mi hijo, y para esa infeliz en camino de ser madre, y a la que no puedo faltar, si no es negándola.

me a mí mismo, como el más desalmado de los seres !... (Llora desolado.)

MARQUÉS

Siento tener que insistir acerca de lo que ya he dicho. Tu interés es lo único que me guía... No puedo ver impasible como destruyes y echas abajo tu porvenir... Mi conciencia de padre y hombre honrado, se subleva ante la idea de aparecer un día a los ojos de la sociedad como cómplice de tu desgracia. Te dejo. Voy a dar orden de que preparen el carruaje que ha de llevarte a la estación. Antes de partir, pasarás a mi despacho para que podamos despedirnos. (El Marqués sale. Eduardo se echa, llorando, en brazos de su madre, a la que cubre de besos.)

EDUARDO

¡ Mamá... madre querida !...

MARQUESA

(Llorando con él.) Valor, Eduardo, hijo mío... Ten confianza. Sólo las almas débiles tiemblan y vacilan al conocer la adversidad. Mi pensamiento te acompaña. Donde quiera que estés irá la sombra de tu madre, que promete no abandonarte. (siguen abrazados, mientras cae el

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Cuadro I

Saloncito de confianza en la quinta de los Fontenay. Estancia reducida, coquetona, de tonos blancos, adornada con el mayor gusto y sencillez. Todo, en ella, traduce tranquilidad y bienestar. Sillas, mecedoras, cuadros y demás objetos de estilo moderno. Stores muy lindos protegen los cristales de las vidrieras. En último término de la derecha, espacioso balcón.

ESCENA PRIMERA

ELENA, MARTA y MARGARITA

Al levantarse el telón están Elena y Marta sentadas en primer término, izquierda, una enfrente de la otra. Elena, la madre, se ocupa en una labor. Marta, se entretiene en bordar. Pausa.

ELENA Recibíome con su acostumbrada amabilidad. Ya sabes lo mucho que nos ha distinguido siempre. Al decirle que tú no asistirías, experimentó un fuerte contratiempo.

MARTA No veo el motivo.

ELENA Yo sí, conociendo su carácter. Piensa que es su propósito el de que no falte nadie, y que se ha propuesto revista este año la fiesta un esplendor cual nunca tuvo. Queremos en que vendría a invitarte personalmente.

- MARTA Es una buena señora.
ELENA Y muy especial en sus cosas. ¿Me acompañarás?
- MARTA Lo pensaremos.
ELENA ¿Qué dirá si te obstinas en no ir?
MARTA No considero mi presencia indispensable.
ELENA Tampoco veo motivo para que no accedas a sus deseos. Estarán las de Saint-Brice.
- MARTA ¿Julia también?
ELENA De las primeras. Y el Alcalde, y el Párrroco, y quizás el diputado... y cuantas familias, en diez horas alrededor, valen y significan algo. ¿Te decides?
- MARTA Repito que veremos.
ELENA Ya haré yo porque no te quedes.
MARTA ¿Sabes qué pienso?
ELENA ¿Qué?
MARTA Que va picando en historia este interés de Filomena por la fiesta.
- ELENA Pues no veo en ello nada de particular.
MARTA Al fin y al cabo, no es su celebración ninguna cosa nueva. Menos mal, si se dieran todos cabal cuenta de su situación. Pero ya sabes que no. Mucho suplicar ahora, mucho esforzarse para que nadie falte, y mucho criticar y hacer correr luego la tijera, valiéndose para ello de cualquier detalle insignificante.
- ELENA ¿Ha dicho Filomena algo de nosotras?
MARTA No faltaría más. Sobre que tampoco creo hayamos dado motivo. Me basta, no obstante, saber que se ha murmurado alguna que otra vez de personas que han trabajado con el mayor entusiasmo y sin ninguna clase de interés, para que dude y me ponga en guardia antes de aceptar la invitación que con tanto empeño me ofrecen.
- ELENA Eso no debe sorprenderte. Sobre que tampoco tiene importancia. Suponte, por un momento, que vamos y se ríen o hablan

luego de nosotros. ¿Y qué? Nos hemos divertido y con esto basta. No te inquiete lo demás.

MARTA Hay tiempo para decidir lo que se ha de hacer.

ELENA Ya te he dicho que vendrá Filomena a verte.

MARTA Entonces resolveré. (Pausa.) ¿Y Lantenac? ¿Trajo los figurines?

ELENA No. Dijo que se le había hecho tarde para recogerlos. Supongo que los traerá mañana.

MARTA También ese bendito de Lantenac es hombre que no tiene precio para hacer lo que se le encarga. No recuerdo que un solo día haya hecho una cosa a la primera vez de mandársela.

ELENA El trabajo le agobia.

MARTA No le faltan nunca motivos para disculparse.

ELENA Los años le pesan.

MARTA Le ha perdido siempre, ser en extremo cachazudo.

ELENA Ya dije a Marieta cuidara ella de hacerle memoria. (Pausa.)

MARTA Tu padre tarda hoy más de lo acostumbrado.

ELENA Quizá esté abajo y nosotras sin saberlo.

MARTA Pregunta. (Deja Elena el telar; va al timbre, lo pulsa y aparece MARGARITA por la segunda puerta derecha.)

MARGARI. Señoritas...

ELENA ¿Y papá?

MARGARI. No ha venido todavía.

MARTA ¿Tampoco está abajo?

MARGARI. No, señorita.

MARTA Puede retirarse. (Elena ha cogido otra vez el tambor. Pausa.) Encuentro extraña su tardanza.

ELENA La hora no pasa. (Pausa.)

MARTA Cuando acabes este bordado, comienza el

que tienes prometido a la pequeña Gard.

ELENA Me lo recuerda todos los días.

MARTA ¡Pobrecita !...

ELENA Voy a hacérselo muy lindo.

MARTA Se lo merece, por lo buena.

ELENA Y lo amable y complaciente.

MARTA No se parece en nada a su hermana.

ELENA Como que se diferencian en todo. (Pausa.

Se oye, dentro, toser a Fontenay. Es Fontenay, como su esposa e hija, un señor distinguido, amable, correcto y bondadoso. Viene más contento que de costumbre.)

MARTA ¡ Bendito sea Dios !... Ya está ahí tu padre.

ELENA Voy a recibirle. (Deja Elena de nuevo el tambor y sale a recibir a su padre, que entra al punto acompañado por ella.)

ESCENA II

Los mismos y FONTENAY

FONTENAY Buenas tardes, Marta.

MARTA ¿Cómo has tardado tanto en venir?

FONTENAY Me he detenido unos instantes con Gautier. (Sonriendo satisfecho.) ¡ Hay novedades !

MARTA ¿Supongo que no serán malas?

FONTENAY ¿Malas, dices? De lo más agradable que imaginar pudiéramos.

ELENA ¿De veras?

FONTENAY ¡ Y tan de veras !

MARTA ¿En qué consisten?

FONTENAY En lo que no diréis nunca.

MARTA No me tengas impaciente.

ELENA Explícate pronto.

FONTENAY A ver si las adivináis.

MARTA ¿Quieres hacerme desesperar?

ELENA Di de que lado llegan.

FONTENAY ¿Acertarías?

ELENA Probaré.

FONTENAY ¿A qué no?

ELENA ¿Me desafías?

FONTENAY Te desafío.

MARTA ¿No será más propio el que digas, sin rodeos, de qué se trata?

FONTENAY Estad atentas. (Dando a lo que dice la mayor importancia.) El Marqués, nos manda a Eduardo por una temporada. (Alegría y sorpresa en las mujeres. Es de advertir, empero, que es en Elena en quien produce la noticia mayor impresión. A partir de ahora y durante todas las escenas, cuidará ésta de traducir el amor y el cariño que por Eduardo siente, aunque sin exageraciones ni trasponer los límites que su educación y las conveniencias sociales imponen.)

MARTA ¿De veras?

ELENA ¿Viene Eduardo? ¿Cuándo?

FONTENAY (Sacando un telegrama.) Mirad; llega ahora, dentro de poco. En nada ha estado que le viésemos antes que al telegrama. (Elena y Marta leen con avidez el telegrama.) ¡Vivo; no perdáis el tiempo! Precisa estar en la estación a la llegada del tren. Ya tiene Pedro orden de enganchar el coche. Quiero que me encuentre al saltar del vagón.

MARTA ¿Y cómo ha sido el decidirse?

FONTENAY No te preocupes; él nos lo contará.

MARTA Realmente, no podías darme noticia que más me agradase.

ELENA Ni a mí.

FONTENAY Tú, Elena, di a Margarita que cuide de avisar tan pronto el carruaje esté dispuesto. Mientras voy yo a esperarle, disponed vosotras una habitación. (Elena se va por la segunda izquierda.)

MARTA Poco pensaba que pudieses darnos sorpresa tan agradable.

FONTENAY ¡La que he tenido yo, al darme Godinet el telegrama! Después de tanto rogar inútilmente a Jaime para que permitiera venir al chico...

MARTA Y ahora así, tan de improviso... (Cambiando el tono, como si algo importante se le ocurriese.) ¿No presientes en ese viaje algún misterio?

- FONTENAY ¿Ahora con esas? (Sale Elena.)
ELENA Dice Pedro, que cuando gustes.
FONTENAY Ahora voy.
ELENA Y yo contigo.
MARTA ¿No quieres quedarte para ayudar a Margarita en lo de arreglar el cuarto para Eduardo?
ELENA Prefiero bajar a la estación.
FONTENAY Andando, pues.
ELENA Hasta ahora, mamáita.
MARTA No tardéis.
FONTENAY ¿Me recomiendas que no tarde? ¡Como si no deseara estar ya de vuelta! (Salen Elena y Fontenay. Marta va al balcón para verles marchar. Se oye, a poco, el cascabeleo de los caballos, que se alejan. Saluda Marta, hasta que, simulando haber perdido de vista el carruaje, vuelve otra vez a escena.)

ESCENA III

MARTA, MARGARITA y el JARDINERO

- (Marta toca el timbre y aparece Margarita.)
MARTA Oiga, Margarita. Prepare en seguida habitación para una persona.
MARGARI. ¿Cuál cree mejor la señorita?
MARTA Una del primer piso. Arregle la que mira a la puerta del cercado.
MARGARI. Será servida la señorita.
MARTA Procure que nada falte.
MARGARI. Descuide. (Margarita va para salir.)
MARTA ¡Ah! se me olvidaba. Diga al jardinero que suba.
MARGARI. Corriente. (Margarita se va por la segunda puerta izquierda. Pausa. Marta se entretiene en poner en orden la cesta de la costura y el tambor con que ella y Elena trabajaban. Cambia unas sillas de sitio, arregla algunos pormenores, etc. y viene el JARDINERO.)
JARDINERO ¿Me ha mandado llamar la señorita?
MARTA Sí, Miguel.
JARDINERO ¿En qué puedo servirla?

MARTA Dé el agua de los surtidores. Va a venir un forastero.

JARDINERO Muy bien.

MARTA Construya, luego, un ramo con las mejores flores.

JARDINERO ¿Lo quiere la señorita en seguida?

MARTA Cuanto antes mejor. Haga otro para la mesa.

JARDINERO ¿Permite la señorita que corte las gardenias del lado del estanque?

MARTA Lo dejo a su elección. No perdone nada. ¿Ha venido Cristina?

JARDINERO Como todos los días.

MARTA Dígale, cuando vuelva, que no se despida sin verme antes.

JARDINERO Se hará como la señorita manda.

MARTA He de hacerle unos encargos.

JARDINERO ¿Tiene la señorita algo más que decirme?

MARTA Que no olvide nada de cuanto acabo de encargarle. (Se va Marta por la primera izquierda. Mientras se marcha, dice el Jardinero:)

JARDINERO Esté tranquila la señorita.

ESCENA IV

El JARDINERO y MARGARITA

(Se dispone el Jardinero a irse por la puerta segunda izquierda, cuando aparece por ella MARGARITA. El Jardinero, deteniéndose, la mira con aire socarrón.)

JARDINERO ¡Adiós, morucha!

MARGARI. ¿Otra vez los chicoleos?

JARDINERO Bien quisiera variar de cuando en cuando el regalito... Pero me sale éste tan barato...

MARGARI. Pues quédate con tus piropos. Llevo prisa, y además, estoy de tus requiebros hasta aquí.

JARDINERO ¿Hasta dónde?

MARGARI. Hasta aquí.

JARDINERO Pues no me parece tanto, según sea el sitio por el que empieces a contar.

MARGARI. ¿También chistoso?

JARDINERO Y cuanto tú quieras había yo de ser para agradarte.

MARGARI. Pues no te esfuerces.

JARDINERO ¿Por qué?

MARGARI. Porque te han tomado la delantera.

JARDINERO No mientas.

MARGARI. ¿Qué sacaría con ello?

JARDINERO Di que gozas en hacerme rabiar.

MARGARI. Di que eres un bendito de Dios.

JARDINERO A tu lado me despabilaría. (Margarita va para marcharse.)

MARGARI. ¡Ea, abur!

JARDINERO ¿Dónde vas?

MARGARI. A arreglar el cuarto al forastero.

JARDINERO Cuanto más te valiera comenzar a arreglar el nuestro...

MARGARI. ¿Qué más quisieras tú?

JARDINERO Y tú, por más que aparentes hacerte ahorra la desdenosa. (Pausa. Sigue él mirándola entre picaresco y embobado. Ella, como siempre, se hace la desentendida.) Oye...

MARGARI. ¿Qué quieres?

JARDINERO ¿Cuándo es eso?

MARGARI. ¿El qué?

JARDINERO Lo del cuarto.

MARGARI. Para mí que va la cosa para largo.

JARDINERO No mucho, si tú te decides.

MARGARI. No me sale la cuenta.

JARDINERO ¿Qué sabe el amor de matemáticas?

MARGARI. Cuenta por él el panadero.

JARDINERO Vende a fiado.

MARGARI. Pero carga interés. (Pausa.)

JARDINERO ¿Quedamos?...

MARGARI. En el punto en que estábamos.

JARDINERO Recuerda que tengo puesta en ti mi esperanza.

MARGARI. No olvides que vas a sacar de ello lo que el negro del sermón. (Margarita se dirige a la primera derecha.)

JARDINERO (Viéndola marchar.) ¡ Olé, las mozas ! ¡ Quien fuera forastero, para envolver esta noche el cuerpo con las sábanas que tus manos acariciarán !... Bendita...

ESCENA V

JARDINERO y MARTA

(No puede el Jardinero acabar el piropo. Por la primera izquierda se presenta MARTA, que le interrumpe.)
MARTA ¿Qué es eso? (El Jardinero queda perplejo, corrido, sin acertar con la contestación.)

JARDINERO Nada, señorita. Bendecía... bendecía la suerte que tienen algunas personas. Porque, mire usted: mi compadre Juan, el que el año pasado estuvo a verme...

MARTA (Cortándole la palabra. Otro día me contará esa historia. Hoy no tengo tiempo para oírle.)

JARDINERO (Marchándose confuso.) Perdone la señorita... Ya sabe que jamás ha sido mi intención molestarla ni tanto así... (Se va por la segunda izquierda, con cómica actitud. Pausa. Marta, pensativa, mira a su alrededor, como para cerciorarse de que nada falta hacer. En esta posición le sorprende el repiqueteo de los cascabeles. Es el carruaje que se acerca. Va al balcón, mira y saluda al pasajero con señales de gran alegría. Para, luego, el carruaje, mira descender a los que en él vienen, y cuando figura que han ganado éstos la escalera de la casa, va ella a la puerta. Unos segundos, y entran ELENA y FONTENAY, acompañando a EDUARDO.)

ESCENA VI

MARTA, ELENA, FONTENAY y EDUARDO

Llega Eduardo. Alegría en todos, alegría seguida de cuantas manifestaciones de júbilo son de rigor al recibirse en una casa a un huésped querido, cuya visita se deseaba.

- EDUARDO Buenas tardes.
MARTA ¡ Oh, Eduardo !... ¿ Qué tal ?
EDUARDO Ya ve...
MARTA ¿ Los papás ?
EDUARDO Bien ; gracias.
ELENA Quitate el guardapolvo.
FONTENAY Ve a limpiarte.
MARTA ¡ Quién había de pensar !...
EDUARDO Tampoco yo podía presumirlo.
FONTENAY (Con gran solícitud.) ¡ Estarás rendido !...
ELENA Naturalmente.
EDUARDO No lo crean.
MARTA ¿ Quieres descansar ?
EDUARDO No, gracias.
FONTENAY ¿ Lavarte, al menos ? Tomarás un baño.
EDUARDO Bien.
ELENA ¡ He de contarte grandes nuevas !
FONTENAY Luego se lo dirás ; no le aturdas ahora.
EDUARDO (Sonriendo amablemente.) ¿ Aturdirme Elena ?
Yo sí he de decirte a ti muchas cosas.
ELENA De fijo no tan interesantes como las mías.
EDUARDO Más.
MARTA ¿ Vais a comenzar ahora el capítulo de las confidencias ?
FONTENAY Ea, Eduardo : pasa ahora a tomar el baño. Luego, más sosegado, saldremos juntos a dar un paseo por los alrededores, ya que dices no querer descansar. Hace tiempo deseaba echar unos párrafos con alguien de tu casa. No te aburrirás ; yo te lo prometo.
MARTA ¿ Aburrirse ? ¡ Ni pensarlo !
ELENA ¿ Aburrirse ?... ¡ Cómo si tuviera tiempo de aburrirse, en nuestra casa y a nuestro lado !
FONTENAY ¿ Vamos ?
TODOS VAMOS. (Se van todos por la primera derecha, muy alegres y contentos. Elena procura quedar lo más cerca posible de Eduardo.)

Cuadro II

El despacho del marqués de Sterlitz. Pieza reducida, de tonos severos.
Mesa de trabajo, sillones, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS y GUERSAINT

Al levantarse el telón, aparece el Marqués ante su mesa de trabajo.

Frente a él se halla Guersaint, con quien está despachando la firma.

MARQUÉS • Mañana, si le viene a usted bien, puede ponerme el resto de los valores a la firma.

GUERSA. Corriente. (Pequeña pausa.) ¿Y respecto de lo hablado ayer con los señores Gütter, qué me dice?

MARQUÉS Si le preguntan otra vez, conteste que suspendemos, por ahora, toda operación de esta naturaleza. De todos modos, no afirme de un modo categórico. Conviene dejar abierta la puerta hasta saber lo que de Londres nos dicen.

GUERSA. Esto mismo pensaba hacer.

MARQUÉS ¿Conoce usted ya el resultado de sus gestiones cerca de la banca Grutzner?

GUERSA. Quedamos en que me darían hoy un avance de lo acordado.

MARQUÉS Me parece el plazo que se toman para contestar, demasiado largo.

GUERSA. Hasta ayer no debió reunirse la directiva.

MARQUÉS ¿Y cree usted que aceptarán?

GUERSA. Éstimo que depende su resolución de las circunstancias, antes de lo que por nuestra parte hagamos.

MARQUÉS Los desastres del Congo han dejado a los Grutzner malparados.

GUERSA. No es muy despejada su situación. Hay que contar, empero, que tienen en la Indochina un gran refuerzo.

- MARQUÉS ¿Dónde pararían, si así no fuera? (Cesando de firmar.) Ea, ya está. ¿Se va en seguida?
- GUERSA. Si no dispone el señor Marqués otra cosa...
- MARQUÉS Puede usted marcharse. ¿A qué hora vendrá mañana?
- GUERSA. Antes de las nueve.
- MARQUÉS Corriente; hasta mañana, pues.
- GUERSA. Buenas tardes.
- MARQUÉS Adiós. (Pausa. Al estar fuera Guersaint, toca el Marqués el timbre. Aparece el CRIADO.)

ESCENA II

EL MARQUÉS, la MARQUESA y el CRIADO

- CRIADO ¿Llamaba el señor Marqués?
- MARQUÉS Diga a la señora Marquesa que se sirva pasar. (El Criado hace una reverencia y se va. Pasados unos momentos, viene la MARQUESA.)
- MARQUESA ¿Estás por mí?
- MARQUÉS ¿Qué ocurre?
- MARQUESA Ha venido Luisa.
- MARQUÉS (Contrariado.) ¿Luisa?... ¿A qué?
- MARQUESA Ha venido a hablarme, a intentar el último esfuerzo... Quiere, a ser posible, hablar contigo.
- MARQUÉS ¿Qué la has dicho?
- MARQUESA ¿Decirla?... He intentado consolarla, nada más. Está, la pobre, que da lástima. Aumenta la señal de su embarazo... se ve sola... sin apoyo ni recursos.
- MARQUÉS Te he dicho mil veces que no es este asunto cuenta mía. Además: ¿con qué derecho viene a importunarnos, tratando de afligirnos con lo que dice ella su desgracia? Ni tú ni yo tenemos obligación de inmiscuirnos en sus asuntos. Por mi parte, bastante hago permitiendo que tú la hables. No puede exigirnos más.
- MARQUESA En mi opinión, Jaime, no es este mo-

mento el más adecuado para meternos en averiguaciones sobre si hacemos o no por ella más de lo que en justicia nos corresponde. Hay en este asunto, y por encima de todo, una cuestión de humanidad de la que no podemos desentendernos. Germina en las entrañas de Luisa, un fruto, cuya vida no puede sernos indiferente; de la suerte que esa infeliz corra, nos alcanzará a nosotros buena parte de responsabilidad.

MARQUÉS No hay modo, a lo que veo, de salir de este círculo vicioso en que desde el primer momento quisiste encerrarme. Al serme notificado el suceso, dije acerca de él mi última palabra. No quiero ni me importa saber nada que con Luisa se relacione. Y acabemos, por Dios, que estoy nombrando más de lo que debiera a una mujer a la que ni de vista conozco.

MARQUESA ¿Accedes a recibirla?

MARQUÉS ¿Qué motivo hay para que la conceda una audiencia?

MARQUESA No aprecies de este modo la cuestión. Piensa que va su existencia unida a la de nuestro hijo.

MARQUÉS He ahí el fundamento de tu error. Luisa no es nada a Eduardo. Fuera preciso para que existiera lo que dices, que el mundo, las leyes, las costumbres, el aire, en fin, que absorbemos, cambiaran de repente. No puedo aceptar tu teoría; no puedo compartir vuestros principios.

MARQUESA Es una desgraciada, y esa condición la levanta a los ojos de la sociedad. Las leyes escritas, se ceban en el vencido; las del corazón, le compadecen y perdonan. Desvalida, herida de muerte, envuelta por mil peligros, llega hoy esa mujer a nuestra puerta en demanda de un resto de conmiseración, de una sombra de piedad... ¿Podemos hacernos el sordo a sus la-

mentos?... ¿Pueden sus lágrimas tenernos indiferentes?

MARQUÉS Acabemos. ¿Qué pretendes, en definitiva, de mí?

MARQUESA Lo que ya te he dicho : que consientas en recibir a la muchacha. Viene en tono de súplica, baja la frente, como una culpable. ¿Qué menos puedes hacer que dedicarla unos minutos?

MARQUÉS (Vencida, al fin, su resistencia.) Consiento en conceder la entrevista, a condición de que sea una y última.

MARQUESA Atiéndela ahora, y condúcete, después, según los dictados de tu conciencia.

MARQUÉS Que pase.

MARQUESA ¡ El cielo premiará tu buena acción ! (Se va la Marquesa. Pausa. Al quedar solo, abre el Marqués uno de los cajones de la mesa. Saca de él unos billetes del banco, que coloca dentro de un sobre grande, que guarda luego en el bolsillo interior de la levita. Pasan unos instantes, y entra LUISA, trémula, pálida, triste y emocionada. Casi no se atreve a hablar; sus ojos no cesan de mirar al suelo. El Marqués, de pie, la recibe con frialdad; con gesto nada afable.)

ESCENA III

EL MARQUÉS y LUISA, que se queda en la puerta

MARQUÉS Pase usted...

LUISA (Avanzando unos pasos.) Señor...

MARQUÉS Según mi esposa, ha tenido usted grandísimo interés en ser recibido por mí.

LUISA Sí, señor...

MARQUÉS ¿Qué se propone usted con la entrevista?

LUISA Mover en favor mío su piedad... interesarle en mi desventura... pedir a usted que me perdone... y que haga de su parte cuanto en su mano esté para que termine mi cruel suplicio... Amo a un hombre, señor...

MARQUÉS ¿Eduardo?...

LUISA ...padre de una criatura inocente que está al nacer... He pecado por amor ; aun hoy, en medio de mi calvario, recuerdo los ojos adormilados del hombre amado ; ojos de mirar divino y penetrante... Me desvaneció el fuego de su mirada ; fresca está todavía en mis mejillas virginales la delicia del beso adolescente ; impresa en mi débil talle, la huella de sus manos acariciadoras... Mi cabeza un poco loca, adormeciéndose al mágico sonido de sus palabras ; pasión rugiente es la que por él siento... Fué el sabor de la primera caricia, que estimé eterna como el vivir, lo que ha labrado mi desgracia... ¡ Perdón, señor !... ¡ Perdón para el hijo que siento removerse en mi seno, ya que no quiere perdonarme a mí !... (Pausa.)

MARQUÉS Ignoro si mi esposa ha dicho a usted que tengo pensado desentenderme de este asunto... Graves y muy distintas ocupaciones que sobre mí pesan, me privan de pronunciarme en contra o en favor de usted... La suerte de Eduardo es lo único que no podía serme indiferente. Estoy cierto de haber hecho mi deber, por más que, como es natural, no participe usted de mi opinión. (Pausa.) Son, tanto usted como Eduardo, lo bastante jóvenes aun para borrar de su memoria el recuerdo de esa aventura banal...

LUISA (Con un fuerte arranque de pasión.) ¡ Nunca !

MARQUÉS Su inexperiencia del mundo es la que la lleva a hablar como lo hace.

LUISA Digo a usted, que se equivoca.

MARQUÉS Y yo ruego a usted, que dé tiempo al tiempo.

LUISA Sus palabras, hacen a mi pobre corazón el efecto de dardos envenenados... ¿ Qué será de mí y de mi hijo ?

MARQUÉS Para usted y para su hijo, hago donación del contenido de este sobre... Hay en él

pan y abrigo para los dos. No puedo llevar más lejos mi generosidad. (Esto hace en Luisa el efecto de un insulto. Se niega a aceptar el sobre, que mira con espanto.)

LUISA ¡ Nunca !... ¡ Ni acepto yo favores cual este que pretende hacerme, ni he venido a su casa en busca de una limosna que mi conciencia rechaza !... He llegado aquí en solicitud de cariño ; en demanda de una amistad a la que creo tener derecho, y sor-do a mis súplicas, sin comprenderme, pre-tende usted valerse de su dinero para añá-dir un nuevo suplicio a mis tormentos... ¡ Jamás !... Mi dignidad se subleva ante el brillo de ese oro que no puede enjugar mis lágrimas, ni mitigar mis sufrimien-tos.

MARQUÉS En ese caso, nada puedo hacer por us-ted. (Solemnemente.) Doy por terminada la entrevista. (Luisa cae arrodillada a los pies del Marqués.)

LUISA ¡ Piedad, por última vez !... ¡ Por mí... por Eduardo... por nuestro hijo !...

MARQUÉS (Sin mirarla apenas.) Digo que doy por aca-bada la visita.

LUISA (Levantándose.) ¡ Piense en lo que será de mí !

MARQUÉS (Acompañándola a la puerta.) He dicho a usted mi opinión. (Luisa se va, llorando amargamente. De repente ; no se sostiene, casi. Al quedar solo, saca el Marqués el dinero del sobre y lo vuelve al sitio de donde lo había tomado, mientras cae el

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

Cuadro I

Habitación de Eduardo, en la quinta de los Fontenay. Estancia reducida, elegante, de tonos simpáticos. A un lado, (derecha), una mesa. Un diván a la izquierda. Un baul grande, con ropa, en el fondo, de cara al público. Sillas y demás objetos apropiados.

ESCENA PRIMERA

EDUARDO y MARGARITA

Al levantarse el telón, se dispone Margarita a marcharse. Simula haber venido con objeto de arreglar cualquier pequeño pomenor.

MARGARI. ¿Desea el señorito algo más?

EDUARDO No : gracias.

MARGARI. De ocurrírsele al señorito cualquier cosa, no ha de hacer sino llamarme.

EDUARDO No dejaré de hacerlo.

MARGARI. Como si estuviera en su propia casa.

EDUARDO Se estima.

MARGARI. Que usted lo pase bien.

EDUARDO Adiós.

ESCENA II

EDUARDO

(Margarita se ha ido por la segunda puerta izquierda, (segundo término), que es la de entrada. Pausa. Eduar-

do mira atentamente los objetos que están a su alrededor, como si buscara algo con el pensamiento. Abre el baúl y comienza a sacar del mismo algunas prendas de ropa.)

EDUARDO Preparemos aquello que pueda serme de mayor utilidad... (Sigue examinando el baúl, del que va sacando ropa, que puede ir colocando en alguna silla: nada en el diván, que habrá de jugar luego.) No creo tenga precisión de vestir aquí nunca de etiqueta... (Pausa. Mientras va sacando prendas.) ¡Menudo guardarropa, el que mamá me ha dispuesto! ¡Cualquiera diría, al verlo, que he de pasar la vida fuera de casa! (Tropieza, de pronto, con una fotografía de Luisa. Es un retrato de tamaño regular. Eduardo se emociona, al verlo; lo estrecha amorosamente entre sus manos, lo besa, y lo imprime, luego, contra su pecho.) ¡Luisa, mi Luisa adorada!... Otra vez tu semblante divino viene a interponerse en mi carrera... ¡Pobre víctima de los humanos yerros!... ¡Criatura inocente, sacrificada en aras de los prejuicios y las preocupaciones de los hombres! No te olvido, Luisa; no he dejado jamás de pensar en ti, ni de mi memoria se aparta el recuerdo de que un fruto de bendición vendrá muy pronto a ligar aún más tu vida a la mía... ¡Quiera el cielo que podamos vivir pronto el uno para el otro! ¡Quiera el Señor que la tormenta que nos separa se disipe muy pronto, dejando que la luz del cielo azul brille sobre tu cabeza! (Besa el retrato, y dice, mirándolo:) Me resisto a volverte de nuevo al baúl: no puedo hacerte por más tiempo prisionero; quiero que la claridad bañe tu rostro... que puedan, tus ojos, mirar el firmamento... que quede, el oro viejo de tu cabellera, envuelto en los fulgurantes rayos del Sol poniente... Sitio de honor mereces a mi lado... Voy a colocarte aquí. (Lo deja encima de la mesa, en lugar visible.) Así... perfectamente. A mí me corresponde

montar tu guardia. De noche, velará tu imagen mi descompasado sueño. (Pausa. Queda absorto contemplando el retrato. Suenan unos golpecitos dados en la puerta. Eduardo, que estaba distraído, se sobresalta.)

ESCENA III

EDUARDO y ELENA

- EDUARDO (Al distinguir los golpes.) ¿Quién va?
ELENA (Desde fuera.) Eduardo...
EDUARDO ¿Quién es?
ELENA (Desde fuera.) Soy yo, Elena.
EDUARDO (Procurando reponerse.) ¿Eres tú, Elenita?
ELENA ¿Quién va a ser sino yo? (Eduardo abre presuroso la puerta. Entra Elena, graciosamente vestida con traje blanco, de campo, vaporoso y simpático. Lleva zapatos y medias de igual color. Al estar dentro, dice:) ¿Cómo tardas tanto?... ¿Has olvidado la hora?
EDUARDO Celebro hayas venido a avisarme.
ELENA Me he cansado de esperarte... ¿No recuerdas en qué quedamos?
EDUARDO Confieso haberme distraído.
ELENA ¿Qué hacías?
EDUARDO Nada importante, si he de decirte la verdad. Repasaba el baúl... ponía en orden algunos objetos... Cualquier cosa, en fin.
ELENA Convenimos en jugar al *tennis*.
EDUARDO Porque lo dices, lo creo.
ELENA ¿Lo habías olvidado?
EDUARDO Ya ves...
ELENA ¿Vienes ahora?
EDUARDO (Con displicencia.) No sé...
ELENA ¿No tienes ganas de jugar?
EDUARDO Sí... y no.
ELENA Pareces estar algo distraído.
EDUARDO ¿Distraído, dices? No sé en que puedas fundarte.
ELENA ¿Estás malo?

- EDUARDO (Riéndose.) ¡Ni por asomo! ¡No faltaría más!
- ELENA Pues tu gesto no me parece muy alegre. ¿Te aburres a nuestro lado?
- EDUARDO Todo lo contrario. Di tú misma si hay motivo.
- ELENA ¿Piensas en tus padres y en tu casa?
- EDUARDO Me acuerdo de los míos; pero no al extremo de que logren hacerme olvidar el cariño y las atenciones de que aquí se me hace objeto.
- ELENA Ven, entonces, a jugar conmigo al *tennis*.
- EDUARDO Iré, puesto que tanto interés demuestras en que juegue.
- ELENA (Cambiando de tono.) Interés, ninguno... Puedes quedarte, si quieres.
- EDUARDO (Comprendiendo que ha ido demasiado lejos.) Perdóname, Elena.
- ELENA ¿Perdonarte, yo? ¿Qué?
- EDUARDO Iremos juntos a la partida de *tennis*.
- ELENA Ahora soy yo, la que te advierto que no tengo interés en ello, ya que, llevada sólo de un deseo de hacerte más agradables las horas, había dispuesto celebrarla. No siendo cosa de tu agrado...
- EDUARDO Me complace cuanto para obsequiarme intentas... Agradezco tus bondades, tu solicitud y el desinterés que por mí te tomas. No sabes cuán grata me es tu compañía, ni lo rápidas que a vuestro lado veo pasar las horas... Juguemos al *tennis*... pescaremos... emprenderemos cuantas excursiones quieras; eres tú; sois vosotros, quienes mandáis en todo, en mí.
- ELENA (Sin darse por convencida.) No es esto lo que pretendo; no es tu respuesta de las que satisfacen.
- EDUARDO ¿Qué ves en ella?
- ELENA Noto en tus palabras un extraño dejo de amargura... Hay en tu asentimiento no sé qué extraño sabor, que descubre el poco entusiasmo que pones en cuanto dices...

Parece, Eduardo, que actúas de héroe por fuerza.

EDUARDO (Algo corrido, ante la idea de verse descubierto.) Elena...

ELENA No te esfuerces en sincerarte. Esa impresión mía no es de ahora. Ya en los primeros días de tu estancia aquí, hube de notar ese defecto tuyo, que he callado hasta ahora.

EDUARDO Digo que te equivocas.

ELENA Y yo contesto que eres tú el engañado, si piensas hacerme ver lo contrario. (Resuelta y cariñosa, al mismo tiempo.) ¿Qué te pasa, Eduardo?

EDUARDO (Vacilante.) Nada.

ELENA ¿Acaso no estimas nuestra amistad lo bastante fuerte para hacerla sabedora de tus secretos?

EDUARDO (Muy conmovido.) ¡Sí, Elena!

ELENA ¿A qué viene, pues, tu empeño en desmentirte, cuando todo te traiciona?... ¿Quieres que me vaya?

EDUARDO ¡Oh, no!

ELENA ¿Que cese de preguntarte?

EDUARDO Tampoco.

ELENA Cuéntame, entonces, qué secreto pesar es ese que te hace aparecer a mis ojos incierto, preocupado...

EDUARDO (Con fuerza.) ¡Perdóname, Elena!...

ELENA ¿Has faltado en algo?

EDUARDO ¡Oh, sí!...

ELENA (Asustada.) ¿Qué pecado ha sido el tuyo?

EDUARDO (Llorando, sin poder reprimirse por más tiempo.) He faltado a una mujer, como tú de buena, y cual tú joven y hermosa... a una mujer que es una santa, y a la que me liga un compromiso de honor...

ELENA (Descorazonada.) ¡Dios santo!... (De pronto, como si una idea cruzase por su mente.) ¿Has venido, tal vez, huyendo de ella?

EDUARDO (Muy digno y muy altivo.) ¡No!... He venido arrastrado... he venido a viva fuerza. Mi

carne, mi cuerpo, lo han traído aquí ; mi espíritu, mi sangre, el alma entera, ha quedado allá con ella ; a su lado, junto a lo que para mí es sitio de honor.

ELENA ¿Y esa mujer?...

EDUARDO (En un arranque de vehemencia, y cogiendo el retrato.) ¡ Mírala ! (Casi sin poder contener su llanto, esforzándose en disimular la impresión recibida. Pausa.)

ELENA Joven... y agraciada...

EDUARDO ¡ Tan hermosa como buena !

ELENA ¿Os amáis?

EDUARDO Con todo el ímpetu de nuestros pechos juveniles ; con un cariño y una pasión que la distancia hace más intensos. Es un ángel, sin otro amparo que el mío... Es pobre ; la haría víctima, si osaba abandonarla. (Pausa.) ¿Comprendes ahora mi tristeza?... ¿Te explicas mi preocupación?

ELENA (Triste y para sí.) (Todo lo comprendo y me lo explico ahora.) (De improviso, y cambiando de tono.) ¿Qué puede entristecerte, si como dices, eres amado y amas? ¿Qué abismo, el que entre vuestros corazones se interpone? ¿De qué provienen ese abatimiento y tu aflicción?

EDUARDO Cuantas cartas la he escrito desde el día de mi llegada, han quedado sin respuesta. Actualmente, no tengo de ella la menor noticia, el más leve indicio, por el que pueda conocer su estado. Mis padres se han opuesto a nuestras relaciones... Papá, obligóme a tomar el tren, sin tiempo para besarla ; para despedirme de lo que es parte de mí ser ; para decir : ¡ adiós ! a quien lo es todo para mí... a la que llena mi existencia y absorbe mi pensamiento... (Llora. Pausa.)

ELENA (Haciendo un supremo esfuerzo.) ¡ Hondo drama el que estás viviendo !... ¡ Mortal herida la que traspasa tu corazón ! (Con grande presencia de espíritu.) Cumple con tu deber.

EDUARDO ¿Cómo?

ELENA Procediendo como caballero y hombre honrado. ¿Estás seguro de la amistad y el cariño de esa joven?

EDUARDO Como del que a ella yo profeso.

ELENA No tienes, en este caso, más que un camino a seguir. ¿Dices haberla escrito?

EDUARDO Muchas veces.

ELENA ¿Sin que contestara ninguna?

EDUARDO No.

ELENA Prueba una vez más. Escríbela de nuevo, y aguarda contestación. Si, como dices, crees en su fidelidad y no obtiene tu carta el éxito que deseas, vete corriendo a su lado. Sólo así lograrás quedar a los ojos de ella, y ante tu propia conciencia, como hombre leal y honrado.

EDUARDO ¿Consentirán tus padres que me vaya?

ELENA Te marchas sin despedirte. Yo te ayudaré en la empresa.

EDUARDO (Contentísimo: cogiendo, entre las suyas, las manos de Elena.) ¡Oh, gracias, Elena! ¡No sabes el bien que con tus palabras me haces! Ahora mismo voy a escribirla.

ELENA ¿Me permites dictarte la carta?

EDUARDO (Admirado.) ¿Tú?

ELENA Quiero saborear el goce que experimentará, leyéndola. Además, ¿quién, entre los dos, dispone en este momento del tacto y la serenidad que requiere una carta de la naturaleza de la que has de hacer?

EDUARDO Tienes razón... mi cerebro bulle... se confunden mis ideas... me domina la excitación...

ELENA Tranquilízate cuanto puedas, y escribe lo que yo iré diciendo. Verás la poderosa ayuda que mi inspiración presta a vuestros amores. (Eduardo se sienta junto a la mesa, y prepara papel, sobre, etc. Elena se queda en el diván. Suprimida toda advertencia, respecto de lo que, para traducir el hondísimo drama que en su interior alimenta, ha de hacer Elena, mientras va dictando. La esce-

na es para ella, que ve desaparecer al hombre amado. Su pesar es hondo, intenso; su dolor, no por mudo, menos elocuente.)

EDUARDO Ya estoy.

ELENA Comienza, pues. (Pausa.)

EDUARDO Habla... ¿Por qué callas?

ELENA Me preocupa el pensar cuál puede ser su nombre.

EDUARDO (Con gran naturalidad.) Se llama Luisa.

ELENA (Suspirando, y por ella misma.) (Luisa...) (Dictando.) Luisa : va en estas líneas la expresión de la congoja y la terrible inquietud en que me tiene tu silencio... Tu respuesta hubiera sido para mí, bálsamo restañador de mis heridas. No ha querido el cielo que tus palabras viniesen a curarme, y aquí estoy, mis llagas al viento... ¿Qué pasa, amor mío? ¿Qué fantasma poderoso se interpone entre nuestros corazones, privándoles de comunicarse?... ¿Qué horrible angustia, la en que estoy sumido? Mi pensamiento va constantemente hacia ti; mi dolor no se mitiga, si no es recordándote. Tu imagen divina, sería el más grande lenitivo a mis penas; me falta, para reponerme, el soplo divino de tu voz; la expresión escrita de tus decepciones y esperanzas... Como el pasajero sediento y fatigado anhela dar con el riachuelo que aplaque su sed, solicito de ti la gracia de unas letras, que por caridad imploro. Contesta, bien mío; no prolongues el sufrimiento del hombre que pone en esta carta, pedazos de su corazón... (A Eduardo.) ¿Qué tal la encuentras?

EDUARDO (Muy contento.) ¡Como no hubiese podido imaginarla!

ELENA (Vendo hacia él.) Ciérrala, y escribe el sobre. (Eduardo lo hace.)

EDUARDO ¡Vales mucho, Elena! Tienes tanto talento como bondad.

ELENA ¿Lo crees?

- EDUARDO Estoy convencidísimo de ello.
- ELENA Se la daremos ahora al cartero.
- EDUARDO ¡Quiera Dios que no corra la suerte de las otras!
- ELENA Ya sabes lo que en este caso te corresponde hacer; dejarlo todo, para ir a su encuentro.
- EDUARDO Quizás sea lo más acertado. (La carta ya está. Eduardo se levanta.)
- ELENA ¿Vamos en busca del cartero?
- EDUARDO De mil amores.
- ELENA Ven, pues.
- EDUARDO (Contentísimo; ajeno al drama de Elena.) ¡Si pudieras, como yo, conocerla y apreciarla!...
- ELENA (Con intención.) No hace falta, para que la cobre afecto. Pienso que ha de ser buena para que la quieras, y me la imagino inteligente, ya que ha sabido captarse tu amor. Sé dichoso, y pórtate bien con ella.
- EDUARDO (Con entusiasmo.) ¡Si pudiera oírte!
- ELENA No es preciso. Háblale un día de mí. Dila que me dará por satisfecha con que te quiera mucho... ¡mucho!... (Sin que Eduardo lo advierta, se le escapa a Elena una lágrima. Inmediatamente se ríe para disimular, y salen los dos.)

MUTACIÓN

Cuadro II

La guantería. Decoración y accesorios del tercer cuadro del acto primero.

ESCENA PRIMERA

Señora MOREL, el CARTERO y EULALIA

Al levantarse el telón, aparece la señora Morel detrás del mostrador.
Pausa larga, que interrumpe el Cartero, que entra.

CARTERO Señora Morel. (Deja unas cartas y vase. La señora Morel lee los sobres, retira una de ellas, que guar-

da en la estantería ; abre y lee las demás, se queda una en la mano ; va a la puerta del obrador, y dice :)

MOREL

¡ Eulalia !

EULALIA

(Saliendo.) Señora.

MOREL

La casa Dutlor nos niega la nota de precios que el otro día la pedimos.

EULALIA

¿ Con qué pretexto ?

MOREL

Dice que ha suspendido las operaciones al por mayor.

EULALIA

Es extraño.

MOREL

En menudo compromiso me ponen.

EULALIA

No tendrá usted más remedio que repetir el pedido a los Herville.

MOREL

Ya veremos. (Pequeña pausa.) ¿ Concluye usted el encargo ?

EULALIA

Ahora.

MOREL

Tráigalo, cuando esté. (Se va Eulalia al obrador. Después de una pausa, entra LUISA, reflejando en su semblante el drama intenso por que pasa.)

ESCENA II

Señora MOREL y LUISA

LUISA

Buenas tardes, señora Morel.

MOREL

¡ Oh, Luisa !... Buenas tardes... ¿ Qué tal?... ¿ Está usted mejor ?

LUISA

Voy siguiendo. Deseo saber si guarda alguna carta para mí.

MOREL

(Disimulando.) No... hasta ahora no ha llegado ninguna...

LUISA

(Contrariada.) Pues crea usted que me extraña.

MOREL

(Hipócritamente.) Quizás más adelante... quién sabe...

LUISA

¿ Más adelante, dice ? ¡ Ay, señora Morel, que mucho temo no llegue a tiempo !

MOREL

¿ No lleva camino de restablecerse ?

LUISA

Ahora lo intentaré de nuevo. He logrado ser admitida en el Hospital.

MOREL

Estará usted mejor cuidada.

- LUISA Así lo espero. (Pausa.) Al despedirme, dejé pendientes unos días...
- MOREL Ciertó. Y ha hecho usted perfectamente recordándomelo. Voy a arreglar a usted la cuenta.
- LUISA Este dinero puede serme de gran utilidad.
(La señora Morel da a Luisa unas monedas, que guarda ésta en su bolsa de mano.)
- MOREL ¿Lo encuentra conforme?
- LUISA Muy bien ; gracias.
- MOREL Y a ver cuándo me proporciona el placer de saludarla de nuevo.
- LUISA Bien sabe Dios cuánto lo deseo... Adiós, señora Morel.
- MOREL Usted lo pase bien, Luisa.
- LUISA Un favor, tan sólo, espero merecer de usted.
- MOREL Ya sabe que con gusto he de hacérselo.
- LUISA Tan pronto reciba usted alguna carta...
- MOREL ¡ No faltaría más ! La haré llegar inmediatamente a sus manos. Esté usted tranquila.
- LUISA (Dándole la mano.) Buenas tardes.
- MOREL Adiós, y que se cure pronto.
- LUISA Muchas gracias. (Luisa se va. Pausa. A poco, entran las señoras BERGÉ, GIRARD y DUBOSC, lujosamente ataviadas las tres.)

ESCENA III

Las señoras MOREL, BERGÉ, DUBOSC y GIRARD

- DUBOSC Buenas tardes.
- GIRARD Felices.
- BERGÉ ¿Qué tal, señora Morel?
- MOREL (Dejando el mostrador, para recibirlas.) Señora Dubosc... señora Girard... señora Bergé...
¡ Quién había de pensar en ustedes !... No saben cuánto agradezco su visita... ¿Cómo están?...
- TODAS Bien, gracias.

- MOREL ¿Qué asunto las trae por aquí?
BERGÉ Vengo a que me dé usted unos guantes.
MOREL (Pasando al mostrador.) Con mucho gusto. (Sa-
ca cajas de género, que la señora Bergé va examinan-
do. Pausa. Las señoras Bergé y Dubosc, se sientan.)
- GIRARD ¿Cómo van esos negocios, señora Morel?
MOREL (Sin abandonar su ocupación.) Regular. No
puedo quejarme.
- DUBOSC Y de la Lafferre, ¿se ha sabido algo?
MOREL Hacía ya algún tiempo que no venía por
aquí, cuando supe que se había ido a Amé-
rica, a reunirse con su padre.
- DUBOSC Corrió la voz de que fué el viaje simulado.
MOREL No sé lo que pueda haber de cierto en to-
do esto.
- BERGÉ Los rumores eran para alarmar.
GIRARD A los acreedores, sobre todo.
MOREL Su alejamiento de mi casa tuvo todos los
caracteres de un misterio. Jamás había te-
nido con ella la más pequeña diferencia;
venía a menudo... la tenía por una de mis
mejores clientes.
- GIRARD ¿No guarda de ella ningún recuerdo de-
sagradable?
MOREL No, por cierto.
GIRARD Pues es raro.
DUBOSC ¿Y Justina?
MOREL Estuvo a verme, hace unos días. (A la se-
ñora Bergé, que no ha cesado en lo de probarse los
guantes.) Estos le irán, que ni pintados.
- BERGÉ No sé... (A las amigas.) ¿Os gustan?
GIRARD ¿No eres tú quien ha de llevarlos?
MOREL Advierto a la señora, que no los hay me-
jores, así en muestra, como en calidad.
- BERGÉ Pruebe los que me ha enseñado antes. (La
señora Morel hace cuanto se desprende del diálogo.)
- DUBOSC ¿Cómo le marcha a Julieta el negocio?
MOREL Regular, según tengo entendido.
DUBOSC Hay que vencer, al principio, muchos obs-
táculos.
- MOREL Los comienzos son siempre difíciles. Por
más, que según hoy mismo he sabido, le

han hecho últimamente algunos pedidos importantes.

BERGÉ Julieta prosperará. Es una buena muchacha.

MOREL ¡Y una obrera muy experta! (A la señora Bergé.) ¿Estos?

BERGÉ Sí, veamos.

GIRARD ¿A qué no acierta usted, señora Morel, quien acaba de casarse?

MOREL ¿Qué sabe una?

GIRARD Lorgeray.

MOREL (Admirada.) ¿Es posible?

GIRARD Y tan posible.

BERGÉ Como lo oye.

MOREL Confieso que jamás lo hubiera adivinado. ¿Y quién ha consentido en desposarse con Lorgeray?

DUBOSC Una muchacha provinciana, a la cual usted, seguramente no conoce. Elisabeth... No tiene historia.

MOREL ¿Rica o pobre?

GIRARD ¡Calcule usted!

DUBOSC ¡Millonaria!

MOREL Siempre dije y sostuve, que era el mismo demonio ese pícaro de Lorgeray. ¡Es el hombre de la suerte!

GIRARD Bien puede usted afirmarlo.

DUBOSC Es raro no le vea usted por aquí.

MOREL Dejó de venir hace ya algún tiempo. Intentó requerir de amores a una de las muchachas...

GIRARD ¿Ella le desairaría?

MOREL ¡Figúrese! Corrió con tal motivo un pequeño ridículo y nada más supimos de él. (A la señora Bergé.) También estos le sientan a usted a la perfección.

BERGÉ Pues con ellos me quedo. ¿Me hace usted el obsequio de envolverlos?

MOREL Con mucho gusto. ¿Falta a las señoras algo más?

TODAS Por ahora, nada.

BERGÉ Cobre.

MOREL Gracias.
BERGÉ Amiga Morel, que usted se conserve.
MOREL Que las señoras sigan buenas.
DUBOSC Usted lo pase bien.
MOREL Adiós.
GIRARD Buenas tardes. (La señora Morel acompaña a las
 clientes a la puerta. Cumplidos, despedidas, etc. Otra
 vez quedo sola la señora Morel, ocupada, como antes,
 en poner en orden las cajas y muestras que ha revuel-
 to. En esto, entra el MARQUÉS DE STERLITZ, gra-
 ve, serio, con aire y ademán pausados.)

ESCENA IV

La señora MOREL y el MARQUÉS

MARQUÉS Buenas tardes.
MOREL Buenas las tenga el señor Marqués.
MARQUÉS ¿Ha habido novedad?
MOREL Guardo aquí dos cartas ; una de ellas lle-
 gada hoy. (Las entrega al Marqués.)
MARQUÉS Gracias, señora Morel.
MOREL No las merece,
MARQUÉS No sabe usted el bien que me hace.
MOREL Lo creo, señor Marqués.
MARQUÉS Pasaré de nuevo, dentro de tres días.
MOREL Cuando usted guste.
MARQUÉS Buenas tardes.
MOREL Téngalas el señor Marqués felices. (Se va el
 Marqués. La señora Morel le acompaña hasta la puerta,
 abriendo la vidriera. Al quedar sola, dice :) ¡ Todo
 sea por Dios !

MUTACIÓN

Cuadro III

Telón corto de jardín. Es de noche.

ESCENA ÚNICA

EDUARDO, ELENA y PEDRO

Al levantarse el telón, hay una pausa larga. Pasados unos minutos aparecen por la izquierda Eduardo y Elena, llevando entre los dos un baúl, que dejan al salir. Eduardo, lleva, además, un abrigo colgado del brazo.

ELENA Ya estamos.

EDUARDO ¿No ha venido aún el carruaje?

ELENA No tardará.

EDUARDO (Impaciente.) Siglos, me parecen los momentos. Temo que tus padres me sorprendan.

ELENA No es fácil. (Pausa.)

EDUARDO (Muy impaciente.) ¿Y Pedro?... ¿No habrá habido confusión al fijar la hora?

ELENA Repito que no. (Pausa.) ¿Me escribirás?

EDUARDO Al llegar a casa.

ELENA No dejes de contarme el éxito o el fracaso de tu empresa.

EDUARDO Descuida, que así lo haré. (Oyese el rodar de un carruaje que se acerca. Los ojos de Eduardo, brillan, ahora de satisfacción. En los de Elena, refléjase un sentimiento de tristeza, que puede, apenas disimular.)

ELENA ¡Ya está aquí!

EDUARDO ¡Por fin! (Ha parado el carruaje. Sale PEDRO por la derecha, y a una indicación de Elena carga con el baúl, marchándose con él, por donde ha venido. Eduardo, estrecha efusivamente las manos de Elena.)
¡Adiós, Elena!

ELENA ¡Adiós, Eduardo! Buena suerte, y acuérdate de escribirme cuanto en tu ausencia haya ocurrido.

EDUARDO Da gracias por todo, a tus padres.

ELENA Ve tranquilo.

EDUARDO ; Adiós ! (Mucha efusión y mucho cariño en los apretones de manos, hasta que por fin se marcha Eduardo. A poco, ruido del carruaje que se aleja. Elena, que despide a Eduardo ondeando la punta del chal, no puede reprimir la emoción que la embarga. Lloro y desaparece lentamente, mientras cae el

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

Cuadro I

Salón en casa de los marqueses de Sterlitz. Decoración y accesorios del cuadro segundo del acto tercero.

ESCENA PRIMERA

El MARQUÉS y la MARQUESA

Al levantarse el telón, aparece el Marqués, sentado; la Marquesa, de pie, a poca distancia.

MARQUÉS Repito que esta situación es insostenible ; que es preciso hallar un medio para apartar a Eduardo de cuanto con ella se relaciona.

MARQUESA Siempre fuí de parecer que nada adelantáramos con el viaje.

MARQUÉS El alejamiento, la falta de relación, enfría la amistad y determina el rompimiento.

MARQUESA Menos en el presente caso, en que puede la voluntad mucho más que nuestros propósitos.

MARQUÉS No he perdido, todavía, la esperanza. Lo que falta, es que esté Eduardo unos días sin escribir. No teniendo Luisa noticias suyas y desconociendo, por tanto, su paradero, se ve en la imposibilidad de poder comunicar con él... Tiene, de este modo,

cerradas todas las puertas ; nuestro hijo aguardará inútilmente contestación a sus misivas, acabando, al fin, por cansarse de escribir inútilmente, creyendo que ha dejado Luisa de pensar en sus amores.

MARQUESA Revelan sus cartas una firmeza y un cariño muy grandes.

MARQUÉS Ya veremos como disminuyen. (Pausa.)

MARQUESA No creas que, como desde un principio dije, deje el asunto de preocuparme. De buena gana echaría mano de cualquier medio, por difícil y costoso que fuese, con tal de lograr salir del paso. Pero no lo hay. Conviene, por tanto, apechugar con éste, y dar tiempo al tiempo, único elemento cuya acción puede sernos eficaz. Al pensar en cuanto con nuestro hijo hemos hecho, me siento acometida de fuertes dudas que me ponen intranquila.

MARQUÉS ¿Podemos reprocharnos nada?

MARQUESA Bien sé que no, y que, al obrar como lo hacemos sólo su salvación y su interés nos guían.

MARQUÉS ¿Qué más quieres?

MARQUESA Ya sé que, en realidad, no tengo de qué quejarme ; que ningún motivo hay para que me alarme ; pero así y todo, no sé que extraño presentimiento me acomete... Pienso que quizás hayamos sido demasiado rigurosos con los dos. De mi mente, no se aparta la idea de que pecaron ambos por amor, pecado que Dios perdona, y que su juventud disculpa... No sé, Jaime... no puedo explicarme con la claridad y la llaneza necesarias para que tú me entiendas. Sé, sólo, que soy madre ; me acuerdo de que Luisa lo será dentro de poco, y esta idea es la que me saca de quicio, la que me pone nerviosa y me priva de dormir.

MARQUÉS Pero, desventurada, ¿juzgas posible un acuerdo entre Eduardo y esa hija del arroyo? ¿Crees cosa factible la unión de

esas dos almas? ¿Piensas que nuestro nombre, el tuyo y el mío, nada habían de sufrir, con la fusión de sus voluntades? ¿Para qué criaste a tu hijo, alma venturosa y sin visión de la realidad?... Calla ya, y deja de atormentarme con tus dudas y vacilaciones, si es que no puedes estar a mi lado para alentarme y fortalecerme en trance tan cruel y difícil como este por que pasamos.

MARQUESA No es mi propósito mortificarte. Ya sabes que sólo el interés y el amor a nuestro hijo, inspiran mis acciones. Tengo, además, perfecta conciencia del papel que a tu lado me corresponde. Por esto accedí desde el primer momento a tus disposiciones, guardándome de contradecirte... Nadie nos escucha ahora, Jaime... Y debajo de este techo que nos es común, entre estas paredes que son de los dos, nadie me impedirá exponer mi parecer, como si fuese mi propio confesor la persona con la que estoy hablando.

MARQUÉS Jamás he tratado de mermarte unos derechos, que soy el primero en reconocer sagrados, ni aun cuando, como sucede ahora, discrepemos en nuestras opiniones, dejo de oír con gusto cuanto dices. Es más; no haces, al exponer tu pensamiento, otra cosa que cumplir con la primera y más sagrada de tus obligaciones. Mentiría, con todo; dejaría ante Dios y ante mí mismo de ser quien soy, si no declarase que es tu amor de madre el que te engaña, haciéndote ver las cosas de un color distinto al que tienen en realidad. Te arrastra, a ti, el sentimiento; en mí, predomina la razón.

MARQUESA Uno y otro son indispensables, cuando de la salud de los hijos se trata.

MARQUÉS El don verdadero, estriba en saber dar a

estas dos fuerzas un empleo equitativo y razonable.

MARQUESA A ti te corresponde procurarlo... Lo que deseo, Jaime, es que no te dejes arrastrar por lo que llama el mundo conveniencias sociales, opuestas, siempre, a los dictados del corazón. Obra como padre, tanto como hombre de mundo. Acuérdate de que fuistes también joven, y no quieras matar en flor, una vida que, como la de Eduardo, comienza a abrirse a la realidad.

MARQUÉS Sabré hacer mi obligación hasta el fin.

MARQUESA Te dejo.

MARQUÉS ¿Dónde vas?

MARQUESA Pienso salir.

MARQUÉS ¿Antes de que almorcemos?

MARQUESA Sí; he sabido que Laura está enferma... Iré a visitarla. (Antes de que haga la Marquesa ademán de querer marcharse, se presenta Eduardo en la puerta del foro, causando su llegada asombro indescriptible a sus padres.)

ESCENA II

Los mismos y EDUARDO, que se detiene un momento en la puerta, digno, resuelto; pero respetuoso

EDUARDO Buenos días, papá.

MARQUESA ¡Eduardo!

MARQUÉS ¿Tú?

EDUARDO (Sin perder la calma, como dispuesto a ir donde las circunstancias le exijan.) Sí, yo... ¿No me esperaba?

MARQUESA Considera...

MARQUÉS ¿Qué ocurre? ¿A qué vienes? ¿Por qué no nos has dicho nada?

MARQUESA ¿Te ha pasado algo? Contesta.

EDUARDO Sosegaos. No pasa nada, ni ocurre novedad alguna alarmante.

MARQUÉS Di, al menos, a qué has venido...

MARQUESA ¿Por qué has dejado a los Fontenay?

EDUARDO. Dadme el tiempo indispensable para contestaros... (Pequeña pausa.) Ya he dicho que no obedece mi viaje a motivo alguno que pueda alarmaros. Calmaos, pues, y os diré en pocas palabras lo que me ha movido a tomar el tren para venir. (Otra pequeña pausa. La aparente tranquilidad de Eduardo, desconcierta algo a sus padres, que procuran reponerse.) Me ha traído al lado vuestro, un asunto puramente mío, y que conviene arreglemos en familia ; entre los tres.

MARQUESA ¿Vas a herirme de nuevo, hijo mío?

EDUARDO No, mamá ; por el contrario, ya sabes que consiste mi deseo en verte contenta. Sé hasta donde llega el cariño que me profesas... tanto, que me consta no podrías vivir tranquila viendo sufrir a tu Eduardo.

MARQUÉS (Interrumpiéndole.) Pronto ; al asunto.

EDUARDO Calma, papá, que no pienso hacerme esperar. En mi ausencia, y sin contar las que a vosotros os he enviado, he escrito muy cerca de doce cartas a una persona, que, con vosotros, comparte mi afecto... De esas cartas, ignoro por culpa de quién, ninguna ha llegado a su destino ; fenómeno harto raro, y acerca del cual no quiero ahora extenderme.

MARQUÉS ¿A eso, nada más, se reduce tu viaje ?
¿Es para quejarte del servicio de correos, por lo que has dejado a los Fontenay ?

EDUARDO No, papá ; ya sé que no es nuestra morada oficina de reclamaciones, ni eres tú quién, para corregir deficiencias del servicio.

MARQUÉS Acaba, pues.

MARQUESA Sí, habla.

MARQUÉS Di, pronto, cuanto tengas que decirnos ; refiere los motivos de tu venida. No aumentes mi ansiedad.

EDUARDO (Muy solemne.) Papá, yo no vuelvo a casa de los Fontenay.

MARQUÉS ¿Qué dices ?

MARQUESA ¿Por qué, hijo mío?

EDUARDO No vuelvo al lado de los Fontenay, porque quiero arreglar de una vez mi situación con Luisa.

MARQUÉS ¿Liquidar tu cuenta con ella?

EDUARDO Cumplir, como leal caballero, la palabra que la empañé.

MARQUESA ¡Dios santo!

MARQUÉS (Haciendo esfuerzos para dominar su enojo.) Eduardo... adivino en tus palabras no sé qué extraño tono que se aviene muy poco con el respeto y la sumisión que debes a tus padres. Hay en tu acento un dejo de insubordinación, que desdice de la educación que has recibido, y del comportamiento que con nosotros estás obligado a guardar.

EDUARDO (Bajando los ojos.) Papá...

MARQUÉS Conoces lo bastante mi opinión sobre eso que llamas amores tuyos, con todo y tener el lance los caracteres de una aventura vulgar, como tantas a diario ocurren.

EDUARDO (Ofendido.) Te ruego, papá, que modifiques tus juicios.

MARQUÉS Son la expresión de mi pensamiento.

EDUARDO (A la Marquesa.) Mamá... por Dios... ¡que me matan esas palabras!

MARQUESA (Conciliadora.) ¡Jaime... esposo mío!... (A Eduardo.) ¡Eduardo, calma; oye a tu padre con paciencia!

MARQUÉS Quiero significarte que mi parecer no ha variado con el tiempo, y que mantengo hoy, lo que, acerca de tan desagradable asunto, te manifesté el primer día que de él hablamos. Celebrarla infinito, que fuese esta la última vez que reclamaras mi atención sobre este particular.

EDUARDO No veas, papá, ni tú, madre mía, falta alguna de respeto en cuanto voy a decir... Tan grande como el cariño que os tengo, tan inmenso cual la gratitud que os debo, es el amor que profeso a esa mujer...

He venido, por ella ; movido por su recuerdo ; arrastrado por la pasión que ata nuestros espíritus, y juro solemnemente ante vosotros. como lo hice un día ante Dios, hacer del mío su destino. (Los padres quieren hablar ; les impide hacerlo Eduardo, que les dice :) Ahorraos el contestarme, si es para disuadirme de lo que estimo un deber mío. No hay en el mundo fuerza bastante para arrancar su imagen de mi corazón. (Pausa.)

MARQUÉS ¿Te pones frente a frente de tus padres?

EDUARDO Me inclino hacia la virtud.

MARQUÉS Mandamos en ti ; te toca obedecernos.

EDUARDO Yo sólo gobierno en mi conciencia.

MARQUÉS Acabemos. Tienes tiempo hasta la noche, para pensar lo que has de hacer. Medita con calma lo que te conviene, y ven a decirme tu resolución.

EDUARDO El amor, papá, no admite ni requiere plazos ; mi opinión, es firme, invariable, fundada.

MARQUÉS Pues, conste que no lograrás hacerme transigir con tus locuras. Tanto como tu parecer, vale el mío, que abonan, además, el cariño y la experiencia. (Señalando la puerta.) Libre tienes la salida ; abierta de par en par, está la puerta... Franquéala para no volver, si te empeñas en llevar adelante tus propósitos.

EDUARDO (Llorando, suplicante.) ¡ Papá !...

MARQUÉS Ni una sola palabra a lo que he dicho.

EDUARDO (A su madre.) ¡ Madre del alma !

MARQUESA (Llorando también.) ¡ Sosiégate... reflexiona !...

EDUARDO (A su padre.) ¡ Mira que haces pedazos mi corazón !... ¡ Que me arrebatas la existencia !

MARQUÉS ¡ Antes muerto, mil veces, que labrar tu perdición ! (Se marcha, rápido y severo. Pausa. Eduardo, cubierto el rostro con las manos, cae, llorando, en una butaca.)

EDUARDO (Con acento trágico.) ¡ Mamá ! ... ¡ Luisa !...

¡ Dios poderoso !... ¿ qué os he hecho, para castigarme de este modo? (La Marquesa va hacia él, acariciándole.)

MUTACIÓN

Cuadro III

Departamento de un Hospital. Puerta al foro. De cara al público, teniendo la cabecera a la pared de la izquierda, una cama de hierro, en la que LUISA, abatida, yace enferma. Junto a la suya, otra camita pequeña en la que está su hijito, recién nacido. Algunas sillas y una mesita de noche, a la derecha de la cama de Luisa. En la mesita, algunos frascos conteniendo medicinas. En el cajón, un estuche, en el que guarda la enferma el medallón con el retrato de su madre, además del rizo de cabellos que en su día cortó a Eduardo.

ESCENA ÚNICA

LUISA, la ENFERMERA, el DOCTOR y un PRACTICANTE

- LUISA (Con acento entrecortado por la agonía.) ¡ Micaela !...
- ENFERME. ¿ Qué quiere?
- LUISA ¿ Y mi hijito?
- ENFERME. Descuide ; está aquí.
- LUISA No sentiría morir, si no fuera por él.
- ENFERME. No hable de morir. Piense, por el contrario, en curar cuanto antes.
- LUISA ¡ Ay, amiga mía !... ¡ Y cuán lejos estoy de hacerme ilusiones !
- ENFERME. Pronto vendrá el Doctor.
- LUISA Me dice el corazón que serán inútiles sus cuidados.
- ENFERME. No se deje abatir. Enfermos más graves vemos curarse todos los días.
- LUISA En poco tiempo ha trabajado mucho mi espíritu, Micaela
- ENFERME. Procure distraer su pensamiento. Es usted

madre, y no querrá Dios privarla del goce de trabajar para su hijo.

LUISA Dios se ha mostrado implacable conmigo. De nada me acusa mi conciencia ; no recuerdo haya cometido otro delito que el de haber amado mucho, y no obstante, todas las iras del cielo se han desatado sobre mí. (Llora.) ¡Perdón, madre mía !... ¡Eduardo... Si antes de cerrar los ojos para siempre pudiera tu Luisa verte !... ¡Soy buena !... ¡Dios mío... amparad a mi pobre hijo, ya que me dejáis morir a mí !...

ENFERME. Vamos, Luisa ; no se fatigue... En el estado en que se encuentra, no puede serle esto nada bueno. Sosiéguese.

LUISA ¡Hijo mío !...

ENFERME. Ya le he dicho mil veces, que no pase pena por él.

LUISA ¿Es posible que deje de pensar en la suerte que le espera? (Pausa. Suspirando.) Eduardo, mi bien amado... ¿Por qué de tal modo abandonaste a tu Luisa?... Grave delito fué quererte... Pecado de amor, que la sociedad no perdona... Yo sí te perdono a ti, Eduardo... Luisa, sí te perdona y absuelve, en este instante supremo. (Pausa. Vuelve la cabeza, abatida. Dan las nueve en un reloj de pared.)

ENFERME. Las nueve ; hora de visita.

LUISA ¿Vendrá el Doctor?

ENFERME. Ahora mismo.

LUISA ¡Cuán largas se me hacen las horas !... ¡Cuán despacio el tiempo camina !... ¡Qué largo el sufrimiento mío !... ¡Cuán penoso mi calvario !... (Pausa.) Micaela...

ENFERME. ¿Qué quiere?

LUISA ¿Y el niño?

ENFERME. Parece un santo.

LUISA ¿Es dulce su mirar?

ENFERME. Lleva en los ojos la expresión de una bondad infinita.

- LUISA ¡ Como los ojos de su padre !... ¡ Madre mía, perdóname !... Y tú, Eduardo, ¿ por qué no vienes a ver por última vez a tu Luisa ? El soplo de tu aliento me infundiría ánimo... Tu palabra apasionada, mitigaría mi dolor... ¡ Te amo, Eduardo... te amo !... (Pausa. Aparece el DOCTOR, seguido del PRACTICANTE. Llevan, ambos, puesta la bata blanca. Se acercan a la cama.)
- DOCTOR ¿ Cómo sigue?... ¿ Qué tal van esos ánimos ?
- LUISA Doctor... (El Doctor acaricia el pequeñuelo. Después, toma a ella el pulso.)
- DOCTOR ¿ Cómo está usted, Luisa ?
- LUISA Ya usted ve.
- DOCTOR Pues no hay que asustarse.
- LUISA Estoy muy mala.
- DOCTOR (Después que la ha examinado, hace una mueca de disgusto.) No es conveniente perder la esperanza.
- LUISA Me abandonan las fuerzas... el aire se me hace imposible... Me ahogo, Doctor...
- DOCTOR Esto son aprensiones tuyas, nada más. Ya verá como nada de cuanto dice resulta cierto. Estése así, muy quietecita y arropada. Volveré a verla dentro de poco. (El Doctor acaricia otra vez al niño; hace una seña a la Enfermera, y sale, luego, con el Practicante. Pausa.)
- LUISA Micaela.
- ENFERME. ¿ Qué quiere ?
- LUISA Pedir a usted el último favor.
- ENFERME. Diga.
- LUISA Ayúdeme a incorporarme.
- ENFERME. El Doctor la ha ordenado no moverse.
- LUISA No me contrarie.
- ENFERME. A ver... (La Enfermera la ayuda a incorporarse poco a poco.) ¿ Y ahora ?
- LUISA Abra usted el cajón de la mesita.
- ENFERME. (Después que lo ha hecho.) Ya está.
- LUISA ¿ Hay en él un estuche ?
- ENFERME. Sí.
- LUISA Abralo. Tiene dentro un medallón con el

retrato de mi pobre madre. En su interior, guarda, además, un mechón del cabello de Eduardo... Después que mis párpados se hayan cerrado para siempre, cuelgue la modesta joya en el cuello de mi hijo... Sea usted depositaria de mi última voluntad... ¿Promete hacerlo?

ENFERME. Se lo juro.

LUISA ¡Déme a besar mi hijo por última vez !...

(La Enfermera le acerca el niño, que Luisa besa con fruición.) ¡Gracias... Micaëla... es usted

muy buena para conmigo... gracias !...

(Vuelve Luisa la cabeza y queda inmóvil. La Enfermera, que se da cuenta del paso, deja al niño en su cama, y va corriendo a llamar al Doctor. Aparecen éste y el Practicante.)

ENFERME. ¡Corra usted, Doctor !

DOCTOR (Después de examinar a Luisa.) Desgraciadamente, es ya tarde. ¡Rece usted por esa desdichada ! (El Doctor y el Practicante, se van por donde han venido. Al quedar sola, toma la Enfermera un paño blanco, con el que cubre el rostro de Luisa. Después dice muy compungida :)

ENFERME. ¡Quiera Dios acogerla en su amoroso seno !

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SEPTIMO

Cuadro I

Habitación de Eduardo en casa de los marqueses. Aposento reducido. Hacia la izquierda, una mesa escritorio. Sillas, y demás detalles apropiados.

ESCENA PRIMERA

EDUARDO y la MARQUESA

Eduardo, que está en escena al levantarse el telón, deja su asiento; pasea, vuelve a sentarse, siempre inquieto y desasosegado. Pasados unos momentos, entra la MARQUESA, que va hacia su hijo, acariciándole.

MARQUESA Eduardo...

EDUARDO ¡Madre mía!...

MARQUESA Procura distraerte.

EDUARDO Imposible, madre.

MARQUESA Ya ves cuán difícil te es imponer tu voluntad.

EDUARDO Mi voluntad... ¡Mi voluntad, madre, se basa en el cumplimiento de un deber!

MARQUESA Olvida...

EDUARDO ¿Tan fácil crees dar al viento la propia deshonra?

MARQUESA Tu amor propio exaltado te impide apreciar serenamente los acontecimientos.

EDUARDO Amo a esa mujer, madre mía, y al martirio de verme separado de su lado, se junta el no tener noticias de ella. ¡Ay, madre, que presiento habéis causado a nuestro hijo el más irreparable de los daños!

MARQUESA Nos inspira el cariño que te profesamos. Hemos obrado, puestos los ojos en tu interés.

EDUARDO Mi interés está en hacerla mi esposa. ¿Qué habrá sido de mi hijo? Un pensamiento horrible me devora... Miro, y no veo, a mi alrededor, más que sombras y negruras... Mi porvenir es triste... ¿De qué tremendas desgracias está hecho mi mañana?

MARQUESA Me tienes aquí, a tu lado... Soy tu madre, Eduardo; tu madre, que perecerá, si tú pereces.

EDUARDO ¡Madre del alma!

MARQUESA ¿Qué horrible maldición la que sobre nosotros pesa? ¿Qué castigo, este que el cielo nos impuso? Esta lucha es superior a mis años y a mis fuerzas. ¡Temo no llegar al fin!

EDUARDO Para mitigar mi dolor, me conformaría, solamente, con verla... saber dónde está... sincerarme en su presencia... rogarla que me levantara la nota de canalla y desleal, con la que, sin duda, me ha infamado... ¡Qué cruel suplicio, madre mía! ¡Dolor de muerte, siente ahora mi alma!

MARQUESA Haremos por buscarla... por saber su paradero... No llores, Eduardo... Tu propia madre te ayudará en la empresa.

EDUARDO Con el cariño de las dos, con tu solicitud y su afección, sería tu hijo el más dichoso de los hombres. ¿Por qué el infierno no se abre, llevándome a sus entrañas?

(Pausa.)

MARQUESA Sosiégate; saldremos, luego, juntos. Te dejo ahí el correo. (Pausa.) ¿Prometes hacerme caso?

EDUARDO (Indiferente.) Lo que tú quieras.

MARQUESA Es mi única ambición verte alegre, contento, como en otros días... ¿Para qué quiero la vida, si he de pasarla en continuo sobresalto? ¿Vendrás conmigo?

EDUARDO Sí.

MARQUESA Pasearemos los dos. No te conviene la soledad; el recogimiento te agrava el mal. Hasta ahora.

EDUARDO Adiós, mamá.

MARQUESA Recuerda que tienes ahí el despacho.

EDUARDO Gracias.

MARQUESA Volveré dentro de un instante. A ver si logro hallarte más tranquilo. (Vase. Eduardo queda ensimismado.)

ESCENA II

EDUARDO

(Eduardo, que ha quedado ensimismado, se da, de pronto, cuenta de las cartas que ha dejado su madre encima de la mesa. Maquinalmente, sin demostrar interés, las coge, para tirarlas desdefiosamente, sin abrirlas, después que ha examinado los sobres.)

EDUARDO (Desalentado.) Ninguna... ¡Ninguna de ella!... (Muy reconcentrado.) ¡Estos amores no tardarán en ser mi muerte! (Maquinalmente, desdobra un periódico, que deja también, cuando ha pasado por él la vista.) Pero, Luisa... ¿Dónde estará Luisa? (Toma otro periódico y lee. De pronto, palidece y se contrae su cara.) ¡Madre mía!... ¿Es posible? ¿No me hacen traición los ojos?... (Vuelve a mirar, con mayor avidez.) No... aquí está... viene aquí, la nueva fatal... ¡Sostenedme, Señor... dadme fuerzas para que pueda llegar al fin... (Lee, balbuciente y agitado.) «Se previene a los parientes o amigos de Luisa Dupont, que pueden pasar por el Hospital de la Santa Cruz, si desean verla.» (Casi desvanecido.) Un

rayo de luz me llega envuelto en las negras sombras de la noche... ¡Luisa!... ¡Luisa idolatrada!... ¡Mi Luisa!... (Deja caer la cabeza sobre la mesa, llorando, desesperadamente. Pausa.) Precisa tomar una resolución sin pérdida de tiempo. (Coge de nuevo el periódico.) Y dice la noticia, *si quieren verla*... no dice *hablarla*... Mil dudas me asaltan; un presentimiento fatal se apodera de mi espíritu... Pero, no; quizás no sea lo que imagino; puede que esté a tiempo, todavía. (Va a salir, cuando se encuentra con ELENA, que entra. Sorpresa de Eduardo, que detiene su paso.)

ESCENA III

EDUARDO y ELENA

EDUARDO ¡Elena!

ELENA ¿Dónde vas?

EDUARDO ¿A qué has venido?

ELENA A saber el motivo por el que has dejado de escribirme, según quedamos. Acabo de llegar; he sabido por tu madre que estabas aquí, y no he querido esperar que te avisaran.

EDUARDO ¡Ay, Elena!... ¡Qué hondas amarguras las que destrozan hoy mi alma!

ELENA Prometiste contarme tus cuitas; decirme el resultado de tu vuelta.

EDUARDO Mi vuelta a esta casa ha sido fatal.

ELENA ¿Por qué no me has escrito?

EDUARDO Porque hasta hace un momento, estaba mi cerebro sumido en el caos. Porque a cada hora que ha pasado, he dejado en esta casa pedazos de mi corazón; porque no me he acordado de nada ni de nadie; y en fin; porque mi martirio, aumentó con mi llegada.

ELENA ¿Qué es de Luisa?

EDUARDO (Mostrándole febrilmente el periódico, y con acento trá-

- gico.) ¡Mira! (Mientras lee Elena para sí.) Nada sabía, momentos antes de entrar tú.
- ELENA ¿Qué piensas hacer?
- EDUARDO Cumplir, hasta el último momento, con lo que estimo mi deber. Disponíame a salir, cuando has venido.
- ELENA Tu deber, Eduardo, está junto al lecho de ella.
- EDUARDO Te juro que sabré conducirme como un hombre. (Muy resuelto.) Adiós.
- ELENA (De pronto.) ¿Me permites acompañarte?
- EDUARDO ¿Tú, Elena?
- ELENA ¿Qué ves en ello de particular? Con sólo decirme que la amabas, sentí viva simpatía por esa joven.
- EDUARDO (Emocionado y reconocido.) ¡Oh, gracias!
- ELENA ¿Dejas que vaya?
- EDUARDO Sí; podrás besarla, si no me traicionan mis deseos.
- ELENA En marcha, pues.
- EDUARDO Vamos. (Salen los dos, apresuradamente.)

MUTACIÓN

Cuadro II

El Hospital. Decoración y accesorios del cuadro tercero del acto anterior. En la cama reposa el cuerpo de Luisa, en la posición que lo dejó la Enfermera en el momento de expirar. El niño, en la camita del lado.

ESCENA ÚNICA

ELENA, EDUARDO, la ENFERMERA, el DOCTOR, LUISA
y el niño

Al levantarse el telón, aparece la Enfermera velando el cadáver. Pasados unos momentos, sale el Practicante, seguido de Elena y Eduardo.

PRACTI. (A la Enfermera.) Los señores dicen ser parientes de la señorita Dupont.

ENFERME. ¿Desean verla?

ELENA Sí. (Descubre la Enfermera el rostro de Luisa, y se aparta para que Eduardo y Elena puedan verla. Eduardo, emocionado, casi sin fuerzas, cae de rodillas, llorando y besando a Luisa.)

EDUARDO (Articulando, nada más, las palabras.) ¡Luisa, bien mío... mi Luisa!... ¡Cuánto mal te he hecho!

ELENA (Fijándose en el niño.) ¡Mira!

EDUARDO (Levantándose y besando el niño.) ¡Hijo mío!

ELENA Tu deber, Eduardo, tiene una segunda parte, que comienza ahora.

EDUARDO Sí, Elena.

ELENA Reciba tu hijo, lo que no pudiste proporcionar a su madre. Procura hacer de él un hombre sano de cuerpo y de espíritu, educándole a tu lado. ¡Enséñale a honrar la memoria de esta santa!

EDUARDO Prometo solemnemente, ampararle y elevarle bajo mi cuidado. El recuerdo de Luisa, será, para mí, el mayor estímulo.

ELENA Y yo te ayudaré en esta sagrada obligación.

CUADRO

TELÓN

FIN DEL DRAMA

Biblioteca TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|--|-----------------------------|
| La Princesa del Dollar | D. Juan de Serrallonga |
| La Ola gigante | El Rey Lear |
| El señor Conde de Luxemburgó | Espectros |
| Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | Las Cigarras Hormigas |
| El Sol de la Humanidad | El Registro de la Policía |
| Zazá | El vergonzoso en Palacio |
| Mujeres Vienesas | La Fuerza de la Conciencia |
| Hamlet | Aurora |
| Giordano Bruno | Eva |
| El nido ajeno | El Bufón |
| El Rey | El Cuchillo de Plata |
| Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | Nick Carter |
| Los Miserables | La Cena de los Cardenas |
| La ladrona de niños | ¡Justicia Humana! les |
| Los dioses de la mentira | El Señor Feudal |
| Cristo contra Mahoma | El veranillo de S. Martín |
| Juventud de Príncipe | El desdén con el desdén |
| Juan José | Cuento inmoral |
| La sociedad ideal | Amor de amar |
| La cizaña | La dama de las camelias |
| Entre ruinas | La domadora de leones |
| La vida es sueño | Los dos sargentos franceses |
| Sabotage | El Místico |
| Pasa la ronda | García del Castañar |
| Magda | La fierecilla domada |
| El Papá del Regimiento | El honor |
| La viuda alegre | El sí de las niñas |
| El Alcalde de Zalamea | María Antonieta |
| Los dos pilletes | El Conde de Montecristo |
| | Otelo |
| | El Barbero de Sevilla |
| | Daniel |
| | Pecado de juventud |

Luis Millá y Guillermo X. Roura

Nadie más fuerte que SHERLOCK-HOLMES

(2^a. parte de La Captura de Raffles)

Melodrama en seis actos



MADRID

Sociedad de Autores Españoles
1913

1
H. C. C.

Nadie más fuerte que Sherlock Holmes

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

3

NADIE MÁS FUERTE QUE SHERLOCK - HOLMES

Segunda parte de
La Captura de Raffles

Drama en seis actos

original de

Luis Millá y Guillermo X. Roure

Estrenado en el Teatro Arnau, de Barcelona, la noche
del 27 de Febrero de 1909



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

GEORGINA	Sra. Alentorn.
LAURA	» Fornes.
EVA	» Vega.
PAULINA	» Puch.
SHERLOCK HOLMES	Sr. Guixer.
RAFFLES (bajo el nombre de Lapin).	» Saumell.
INSPECTOR RICHARDSON	» Maymir.
DON MANUEL	» Alonso.
JAMES MALLINS	» Cinca (L.)
EL CORONEL MERRYL	» Miret.
TOURNIQUET.	» Ferrer.
MR. ROBERTS	» Cinca (E.)
INSPECTOR GENERAL	» Riera.
COLIN	» Munner.
POLISMAN	» Janozzo.
CAMARERO	» Fanzo.
BOKMAKER	» Alar.
CRiado	» N. N.

La acción del primer acto, en Londres; los restantes, en París.



ACTO PRIMERO

Cuadro I

Captura y fuga de Raffles

Despacho del Inspector general de Policía. Puerta de entrada en primer término de la izquierda. En mitad del fondo, puerta cerrada con portier. Gran mesa escritorio en lateral derecha; detrás de ella, aparato telefónico, y más hacia el fondo, "etagere" con libros y legajos. Otomana corrida desde la puerta de entrada hasta la del fondo. En la pared, gran plano de Londres. Lámpara eléctrica de tres bombillas en el centro de la estancia, colgando del techo. Alfombra y muebles de gusto severo.

ESCENA PRIMERA

INSPECTOR GENERAL, tras la mesa escritorio. POLISMAN 1.º, en mitad de la escena. Dos Polismans junto a la puerta de entrada

INSPECTOR ¿Qué nuevas noticias se tienen de Sherlock Holmes?

POLISM. I Hasta ahora, ninguna. Desde ayer por la mañana, se ignora por completo su paradero.

INSPECTOR El plazo que él mismo fijó para la captura de Raffles, ha dos horas que ha terminado. Es de creer que sus gestiones han sido un fracaso. Precisa que inmediatamente se haga una minuciosa inspección por los barrios de la gente del hampa, y muy especialmente por las orillas del Támesis.

No sé por qué, sospecho que a Sherlock le han jugado alguna mala pasada.

POLISM. I Se cumplirán vuestras órdenes, señor.

INSPECTOR El menor indicio que de su persona se halle, telefoneádmelo sin pérdida de momento. En todo lo que resta de noche no me ausentaré de esta inspección esperando noticias. En caso de que no os consideréis con fuerzas suficientes para emprender la batida, poneos de acuerdo con Richardson.

POLISM. I Del inspector Richardson tampoco se sabe nada desde anochecido.

INSPECTOR ¡Cómo es eso !

POLISM. I Parece ser que fué llamado con gran urgencia por teléfono. Al partir con varios polismans le oí decir : —Si es cierto lo que acaban de comunicarme, Raffles no escapará.

INSPECTOR Ese demonio de Raffles trae revuelta a toda la policía de Londres. No perdamos tiempo.

POLISM. I Comprendo vuestra ansiedad, señor Inspector. No quedará ningún lugar sospechoso sin el más completo registro.

INSPECTOR Así lo espero. Haced uso de los perros policiacos para seguir más seguro rastro.

POLISM. I Con vuestro permiso voy a dar orden de que los preparen.

INSPECTOR Sin perder momento. Volad. (Saluda y vanse los Polismans.)

ESCENA II

INSPECTOR GENERAL, en seguida POLISMAN I.*

INSPECTOR La lucha entablada entre Sherlock Holmes y Raffles el elegante, como han dado en apellidarle, es la nota sensacional en todo Londres. Un fracaso por parte nuestra sería el más grande de los descréditos,

para Sherlock en particular, y para el cuerpo policiaco en general.

POLISM. I Dispensad, señor Inspector.

INSPECTOR ¿Qué os ha obligado a deteneros, Willy?

POLISM. I Una elegante señora y un caballero que acaban de llegar en automóvil, con tal insistencia solicitan ser recibidos, que me atrevo a molestaros.

INSPECTOR ¿Han dicho su nombre?

POLISM. I Han entregado esta tarjeta.

INSPECTOR (Leyendo.) «James Mallins, conocido capitalista.» No le conozco. En fin, que pasen. Y vos a lo dicho.

POLISM. I Inmediatamente. (Vase.)

INSPECTOR Extraña visita a estas horas. Veremos que se le ofrece a ese conocido capitalista. (Enciende la lámpara centro por el aislador que se halla en la pared del fondo, y al sentarse apaga la luz de la mesa.)

ESCENA III

El mismo, JAMES MALLINS y EVA con lujosos abrigos, salida de teatro.

JAMES Señor Inspector General...

INSPECTOR Adelante, caballero. Señora... Sírvanse tomar asiento y decir qué se les ofrece. ~
(Se sientan.)

JAMES Vengo... mejor dicho, venimos desesperados. ¿Verdad, Eva?

EVA Tú lo dices.

JAMES El caso no es para menos. Desesperados... y en automóvil.

INSPECTOR ¡No comprendo!

JAMES Me explicaré. Nos hallábamos tranquilamente en un palco de la ópera mi esposa y yo... Esta señora es mi esposa.

INSPECTOR Celebro infinitamente su conocimiento y su hermosura.

EVA Gracias. (Sonriendo.)

- JAMES Gracias. (Con sequedad.) (En todas partes la misma canción.)
- INSPECTOR Continúe usted, caballero. Siga usted.
- JAMES Para seguir, será mejor retroceder. La sofocación me embrolla los conceptos, me traba las palabras, y...
- INSPECTOR Sosiésegue usted.
- EVA Por Dios, Mallins, calma tus nervios. Te pones imposible.
- JAMES Sí, sí, tienes razón. Hagamos historia. Mi nombre es James Mallins. Retirado hace mucho tiempo del negocio de minas, vivo del capital que... etc. Mi esposa gusta de las grandes reuniones, de los teatros..... etc. En fin; hace seis días que asistimos al baile de la Embajada, y allí principió mi desgracia.
- INSPECTOR ¿Cómo es eso?
- JAMES Sí. Mi esposa lucía, entre otras valiosas joyas, un magnífico collar de brillantes de gran valor. Era la admiración de toda la concurrencia.
- INSPECTOR ¿Su esposa? Lo supongo.
- JAMES El collar.
- INSPECTOR ¡ Ah !
- JAMES Y el collar nos fué robado en el baile.
- EVA Substraído.
- JAMES Bueno, sí; como tú quieras, robado o substraído, para mí es igual; pero el hecho es que el collar y mi reloj de bolsillo desaparecieron como por encanto, y no se ha podido saber nada más.
- INSPECTOR Tengo noticias del suceso, así como también de la desaparición de otras joyas de varias señoras, en el baile de la Embajada.
- JAMES De las demás ya dije que poco me importaba. Lo interesante para mí son mis alhajas y a ellas me limito.
- INSPECTOR A la policía le interesa todo lo que sea penable, caballero. Prueba de ello, que se sigue con gran tenacidad la pista de Raffles

por tener la completa convicción de que él ha sido el autor de las subtracciones en el baile de la Embajada.

JAMES Raffles, sí : a él acuso, y por su causa hemos venido aquí mi esposa y yo.

INSPECTOR Prosiga usted.

JAMES Como ya he dicho, hace unos diez minutos nos hallábamos tranquilamente en el palco de la ópera, cuando al terminar el segundo acto me ha sido entregada esta esquila firmada por Raffles. Lea usted. (Entregándola.)

INSPECTOR Veamos. (Leyendo.) «Señor don James Mallins. Muy señor mío : Si antes de terminar el tercer acto de la ópera, no deposita usted en el guardarropa del teatro los ricos brazaletes que luce su encantadora compañera, para que sean entregados sin reparo ninguno a la persona que irá a recogerlos, me veré en la precisión de hacerme con ellos de una manera u otra esta misma noche. Suyo afectísimo, *Raffles*.»

JAMES ¿Eh? ¿qué tal? ¿Qué me dice usted a esto, señor Inspector General de la Policía?

INSPECTOR Digo, que el caso es altamente original.

EVA También lo creo yo así.

JAMES Pues yo, por lo contrario, lo creo altamente sin vergüenza.

INSPECTOR ¿Y qué ha hecho usted al recibir la misiva?

JAMES ¿Qué? Salir del teatro como un rayo, meternos en el automóvil, llegar aquí y preguntar a usted : ¿qué se ha de hacer en vista de esa escandalosa misiva?

INSPECTOR Por lo pronto, nada. Lo que usted debía haber hecho era esperar en el guardarropa del teatro para ver qué persona se presentaba a recoger los brazaletes de la señora.

EVA Efectivamente.

JAMES ¿Y quién tiene calma para tanto?

INSPECTOR En aquellos momentos era lo más práctico.

JAMES A mí entender lo más práctico sería coger a ese maldito Raffles y encerrarlo en el más profundo calabozo de la cárcel de New Gatte, pues mientras vaya suelto por las calles de Londres, nadie podrá vivir tranquilo, especialmente yo. (Timbre en el teléfono.)

INSPECTOR Me llaman por teléfono. Si permiten ustedes un momento...

EVA Es usted dueño, caballero.

INSPECTOR Con permiso, señora. (En el teléfono.) Sí. Ya estaba impaciente. (Con pausas propias.) ¿Sherlock ha vencido? ¿Vienen ya? No, todavía no han llegado. No pueden tardar, ¿verdad? Bien amanillado, ¿eh? Con el inspector Richardson!, perfectamente. Gracias. (Dejando el aparato.) Señores, estamos de enhorabuena. Por teléfono me anuncian la captura de Raffles. Dentro de poco lo veremos bien amanillado en esta sala.

EVA ¡Es posible!

INSPECTOR No cabe duda.

JAMES Me alegro infinito, me alegro. ¡Que lo maten! ¡que lo ahorquen!... ¡no seré yo seguramente quien lo descuelgue!

EVA ¡James, no digas eso!

JAMES Sí, sí, que lo maten; pero antes que me entregue el collar de brillantes y mi reloj de oro ¿eh? ¿Verdad que me serán devueltas las joyas, señor Inspector?

INSPECTOR Todas las reclamaciones que usted haga serán atendidas y figurarán en el proceso.

JAMES Un millón de gracias adelantadas. ¡Ay! la captura de Raffles no puede usted calcular cuánto me tranquiliza por muchos conceptos, por muchos. (Al Inspector.) (Cuando tenga ocasión ya explicaré a usted mis temores fundados en...)

INSPECTOR (Cuando usted guste.) Si no me engaño aquí llegan ya mis agentes conduciendo al deseado Raffles.

EVA (¡ Desgraciado !)

JAMES ¿ Vendrá bien amarrado, eh?

INSPECTOR Esta vez no hay cuidado que se nos escape. Ustedes mismos podrán convencerse de ello ; digo, si es que a la señora no la molesta la vista de un hombre amani-llado.

JAMES Dime, querida Eva ; ¿ te asustará el ver a Raffles?

EVA Creo que no.

ESCENA IV

Dichos, RICHARDSON. En seguida dos POLISMANS, RAFFLES y ocho POLISMANS más, que quedan en línea por todo el lateral izquierda.

RICHARD ¿ Hay permiso?

INSPECTOR Adelante.

RICHARD. Señor Inspector General. La captura de Raffles por fin es un hecho ; un verdadero éxito. Por fin está en nuestro poder.

INSPECTOR Os doy mi más cumplida enhorabuena, señor Richardson. Conducidle a mi presencia.

RICHARD Adelante el preso.

RAFFLES (Presentándose amaniñado y con el mismo traje que vestía en la primera parte, o sea en "La captura de Raffles.") Buenas noches, señores. (Descubriéndose.) Dispensadme si saludo con cierta torpeza ; pero las manillas impiden mis movimientos y... (Reparando en Eva.) ¡ Oh, hermosa señora Castorini !... ¡ cuánto celebro vuestra visita !

JAMES Señor mío... (Adelantándose con cierto temor.)

RAFFLES No os alteréis, señor Mallins. No paséis ningún cuidado por los brazaletes de vues-

tra bellísima pareja. ¿Veis? por lo pronto ya tengo estos. (Mostrando sus manillas.)

JAMES Bien está cada cual con los suyos.

RAFFLES Si lo creéis así, no replico.

JAMES Vámonos, Eva, vámonos. Señor Inspector... (Despidiéndose.)

INSPECTOR A sus órdenes, señora.

JAMES (Por fin puedo respirar tranquilo.)

EVA (¡Es un ladrón altamente simpático!)
(Vanse.)

ESCENA V

Dichos, menos EVA y MALLINS

RAFFLES Señor Inspector General, dispensad esta pequeña digresión. Estoy pronto al interrogatorio que tengáis por conveniente.

INSPECTOR A ello voy. (Colocándose detrás de la mesa escritorio. Todos los demás personajes en el orden indicado. Richardson actúa de secretario.) Vos sois el sujeto conocido por Raffles?

RAFFLES Este es el nombre con el cual hasta ahora he sido conocido en Londres.

INSPECTOR ¿Vuestra edad?

RAFFLES Pongamos... ¿veintiocho años?

INSPECTOR ¿Lugar de vuestro nacimiento?

RAFFLES En el mundo.

INSPECTOR Se supone. Fijad un punto.

RAFFLES Fijémoslo. Londres. ¿Os parece bien?

INSPECTOR Lo que me parece, es que vuestras palabras evasivas de nada os servirán para aminorar vuestra culpabilidad. Aquí es preciso concretar.

RAFFLES Concretemos, pues.

INSPECTOR ¿Confesáis ser el autor del robo verificado en la joyería Verney Road, en el Hotel de Rusia, en el de la casa bancaria Warner Frederick, y últimamente en el baile de la Embajada?

RAFFLES Confieso ser autor de cuantas substracciones se me acuse, puesto que no puedo

precisarlas, por no tener lista completa de todas ellas.

INSPECTOR ¿Tenéis cómplices?

RAFFLES Ayudantes solamente, pero de poca importancia.

INSPECTOR Decidme sus nombres.

RAFFLES Son nombres de batalla, siempre cambiados, que ofrecen insegura pista para dar con ellos.

INSPECTOR ¿Ultimamente no estabáis en convenio con un tal Buk?

RAFFLES Siempre he trabajado por mi cuenta. Buk ha sido un pequeño instrumento de mis acciones.

RICHARD. Buk también ha sido apresado, señor Inspector.

RAFFLES Efectivamente : Buk ha sido apresado por el señor Richardson, así como yo lo he sido por Sherlock Holmes, el gran detective, al cual he prometido una visita de cumplimiento dentro de pocos días.

INSPECTOR (Con risita incrédula.) Dudo mucho que podáis cumplir vuestro ofrecimiento.

RAFFLES Por mi parte no lo dudo en lo más mínimo. Lo prometido es deuda.

INSPECTOR ¿Es que pensáis escapar de nuestro poder?

RAFFLES De ello estoy convencidísimo, señor Inspector General.

INSPECTOR ¿En hipótesis?

RAFFLES En realidad, y quizá más pronto de lo que podáis suponer.

INSPECTOR Yo no supongo cosas imposibles.

RAFFLES La palabra imposible no existe en el diccionario de Raffles. Ya veis ; ocho polis-mans me rodean, ocho para un solo hombre, y, sin embargo, este hombre, a no ser porque los botoncillos de sus botas le aprietan demasiado, ya habría echado a correr apesar de tantos guardias de vista.

INSPECTOR Sois original por todos conceptos.

RAFFLES Soy lógico en todas mis acciones.

INSPECTOR Para probaros que en nada temo vuestros alardes de fuga, podéis desabrocharos los botoncillos esos que tanto molestan la ligereza de vuestros pies.

RAFFLES Con vuestro permiso lo haré así.

INSPECTOR Guardia, ayudad al preso. (Un polisman se adelanta para ayudarle. Raffles le detiene con la palabra.)

RAFFLES No os molestéis, amigo. Me basto yo solo, gracias. (Por contracción de brazos rompe la cadenilla de sus manillas y desabrocha los botoncillos de sus botas. Gran sorpresa en todos.) ¡Ajá! Esto es vivir. Las carreras que Sherlock Holmes me ha obligado a dar estos últimos días, me han hinchado los pies. No podía dar un paso más. (Pequeña pausa.) Podéis volverme a maniatar. La cadenilla se ha roto. (Presentando sus muñecas.)

INSPECTOR ¡No os suponía tanta fuerza!

RAFFLES No: esto es sólo ingenio de contracción. Servíos mandar que me pongan otras manillas de más resistencia.

INSPECTOR No hay necesidad. Hallándoos aquí no es fácil que escapéis de nuestro poder.

RAFFLES ¡Claro!... Sois tantos contra uno... (Examinando la sala, pero sin moverse del centro.) Estoy en el centro, completamente rodeado de ojos que no me pierden de vista. Algo difícil es escapar; pero, en fin, se hará lo que se pueda.

INSPECTOR ¡Ea! dejémonos de ridículos alardes y prosigamos el interrogatorio.

RAFFLES Decís bien: prosigamos, que mucho nos hemos apartado de él.

INSPECTOR ¿Seguís negándoos a confesar el número y nombres de vuestros cómplices?

RAFFLES Sigo diciendo que de nada os servirán mis confesiones, pues no pienso asistir a la vista de mi proceso. Inútil es, por lo tanto, emborronar pliegos de papel judicial, ni perder el tiempo haciéndome preguntas sobre mi accidentada vida.

INSPECTOR ¿Eh? ¿cómo es eso?

RAFFLES Si es que el señor Inspector General piensa escribir mi biografía, no tengo inconveniente en proporcionarle cuantos datos crea convenientes para ello. De lo contrario, me resisto a seguir hablando. Tengo mucho que hacer en lo que resta de noche y no puedo entretenerme más.

INSPECTOR ¡Me pasma vuestra osadía!

RAFFLES Mucho más me pasma a mí vuestra credulidad de fuerza policiaca.

INSPECTOR (Con enfado.) ¡Terminemos de una vez!

RAFFLES Eso es lo que deseo; terminar.

INSPECTOR De otro que no fuera el célebre Raffles, no soportaría yo la audacia de semejantes palabras.

RAFFLES Agradezco infinito la distinción que se me dispensa, más así y todo, permitid que repita que no puedo estar más tiempo detenido, señor Inspector General.

INSPECTOR Y yo repito que mucho lo estaréis todavía.

RAFFLES Ni dos minutos más.

INSPECTOR Me gustaría verlo.

RAFFLES Mirad, pues, si tenéis ojos de gato.

INSPECTOR ¿Cómo será ello?

RAFFLES ¿Cómo? Así. (Rápidamente da vuelta al pulsador eléctrico, que se halla en la pared del fondo, quedando la sala en completa obscuridad, durante la cual se oyen con gran confusión, las siguientes voces:)

INSPECTOR ¡Ah, maldito!

RICHARD. ¡Nos ha burlado!

INSPECTOR ¡Luz! ¡Luz!

RICHARD. ¡No doy con el aislador de la lámpara!

INSPECTOR ¡Interceptad las puertas! ¡Disparad sobre el que huya! (Gran vocerío de palabras incoherentes y ruido de muebles que caen al suelo y dos disparos de revólver.) ¡Richardson!...

RICHARD. ¡Señor!...

INSPECTOR ¿Qué hacéis?... ¿Todavía no hay luz?

RICHARD. Sí; ya di con el interruptor. (Humínase la escena y aparecen todos los personajes menos Raffles.)

INSPECTOR ¡ Por fin !... ¿ Y Raffles ?... ¿ Dónde está Raffles ?

RICHARD. ¡ Ha desaparecido !

INSPECTOR ¡ Cómo ! ¿ Por dónde ?

RICHARD. No sé. ¡ Ah ! ¡ Mirad ! Sus pies aparecen por allí. (Mostrando el portier del fondo, el cual, en su extremo inferior, deja ver la punta de las botas de Raffles.) ¡ Detrás del portier se halla ! ¡ Ríndete, sino eres hombre muerto, Raffles ! (Revólver en mano, descorre el portier, viéndose que tras él no hay nadie.) ¡ Nadie !

INSPECTOR ¡ Completamente burlado ! ¡ Parece increíble !... ¡ Guardias : dad una batida por todos los alrededores del edificio ! ¡ Traéd-melo vivo o muerto ! (Al ir a salir los polismans, se presenta James.)

ESCENA V

Dichos y JAMES

JAMES ¡ Señor Inspector !... ¡ Señor Inspector !...

INSPECTOR ¿ Qué ocurre ? ¿ Usted aquí todavía ?

JAMES ¡ Todavía, sí, por mi desgracia !

INSPECTOR Abreviad. ¿ Qué es ello ?

JAMES ¡ Mi esposa... mi querida Eva... ha desaparecido !...

INSPECTOR ¡ Qué decís !

RICHARD. ¿ Cómo ?

JAMES Por encanto.

INSPECTOR Explicaos mejor.

JAMES No sé si podré. La emoción... la sorpresa... la... lo... Veréis. Al salir de esta sala, Eva se empeñó en esperar la terminación del interrogatorio de Raffles, para saber si había declarado algo referente a lo sucedido en el baile de la Embajada. Comprendiendo que era un capricho de mujer, accedí a esperarnos. El tiempo transcurrió lentamente, tanto es así, que

me quedé dormitando dentro de mi automóvil, solo con mi esposa, pues yo mismo había mandado al *chauffeur* a ver si el interrogatorio terminaba. De pronto, un violento empujón me arroja del asiento. Un hombre sube en el automóvil, empuña el volante, y desaparece con mi esposa, la cual, por la sorpresa, no ha lanzado un solo grito de socorro, ¡ ni uno solo, señor Inspector !

INSPECTOR Ese hombre era Raffles.

JAMES ¡ Raffles decís ! ¡ Es posible ! ¿ Pues cómo ha huído ?

INSPECTOR Por encantamiento. Vos lo habéis dicho.

JAMES ¡ Y con mi esposa ! ¡ Infeliz de mí ! (Cae desmayado en brazos de Richardson.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Cuadro II

El billete número 14,213

Saloncillo ochavado. Balcón en el fondo. Dos puertas a la izquierda. En la pared de la derecha, secreter de elegante sencillez. Sofá en el fondo izquierda, veladorcito, sillones, sillas volantes, lámpara de pie y alfombra. Necesar elegante de costura en el fondo izquierda.

ESCENA PRIMERA

Don MANUEL, GEORGINA y LAURETA

- MANUEL (Reloj en mano.) ¡ La impaciencia me devora !
Las saetas de los relojes parece que se burlan de mi ansiedad. Con qué calma siguen su curso por el horario. Cada minuto me aparenta un siglo.
- GEORGINA ¡ Cálmate, por Dios, Manuel, domina tus nervios !
- MANUEL ¡ Imposible ! En ninguna parte hallo sosiego. En Sherlock Holmes está condensado todo mi afán, y su retardo me puñalea el corazón.
- GEORGINA Mucho fías en ese hombre, Manuel.
- MANUEL Es mi última esperanza.
- LAURETA El cielo quiera que con su presencia la veas realizada.

GEORGINA Dios te oiga, hija mía, para el bien de todos nosotros.

MANUEL Tú lo has dicho : *para el bien de todos* ; pues vivir así no es posible. No hay fuerza humana para soportar mis sufrimientos. De continuar así las cosas, dudo que pueda resistirme a la idea que ya germina en mi cerebro.

GEORGINA ¿Qué idea es esa, Manuel?

MANUEL El suicidio.

LAURETA ¡Papá, por Dios santo !

GEORGINA ¡Jesús me valga !

MANUEL ¡Sí, esposa mía ! ¡Sí, hija del alma !
¿Cómo queréis que pueda mostrar mi inocencia, si no existe prueba alguna en mi abono? No es posible sospechar de nadie, ni de casa, ni de fuera de ella, no. Yo, sólo yo ; yo sólo aparezco culpable con todo el peso de la culpa. La fatalidad me arrastra al abismo. ¿Comprendéis ahora si el suicidio se impone? ¡ Es la única solución !

GEORGINA ¡Qué horror !

LAURETA ¡No digas eso, papá, no digas eso ! ¿Qué sería de nosotras sin tu apoyo?

MANUEL ¿Qué apoyo puede prestaros un hombre marcado con la mancha de la deshonra?
¡ Mi existencia, en este mundo, sólo puede servir para sumiros a las dos en la más espantosa de las miserias !

LAURETA ¡Padre mío !

MANUEL En el cañón de una pistola está la salvación de todos : la mía, porque muriendo yo, ya comprenderán mi impotencia para soportar el bochorno de la sociedad, y la vuestra porque no sois vosotras las responsables de mi falta. ¡ Dejadme, dejadme terminar de un solo golpe esta horrible situación ! (Queriendo desasirse de los brazos de Georgina y Laureta.)

GEORGINA ¡Manuel, por Dios !

LAURETA ¡Papá, tú enloqueces ! ¿No has dicho que

en Shérlock Holmes te resta una esperanza? ¿Por qué perderla, pues, si aun no ha llegado el gran detective, para que con su inteligencia nos ilumine?

MANUEL Verdad es. Tus palabras me vuelven la razón. ¡Dios te bendiga, hija mía! (Abrazándola y besándola.)

GEORGINA ¡Qué horrible sufrimiento!

LAURETA Vamos, cálmate, papáito. Cálmate, siéntate aquí, (En el silloncito de la derecha.) y yo a tu lado, juntos, muy juntitos. Tu Laureta, no te abandonará un solo momento, hasta que te vea completamente tranquilo, completamente vindicado de una falta que no es falta, sino desgracia, ¿verdad, mamá?

GEORGINA Sí, hija mía, sí; una verdadera desgracia.

MANUEL ¡No hay remedio, no hay remedio para mí!

LAURETA ¡Quién sabe! Sherlock Holmes, quizás halle a sangre fría, algún indicio que nosotros no podemos ver a causa de nuestra intranquilidad de espíritu.

MANUEL Dudo de todo.

LAURETA He oído contar de ese señor cosas maravillosas, inducciones extraordinarias. La prensa de Londres se ocupa de él siempre con gran elogio.

MANUEL Eso sí. En Londres ha efectuado grandes hechos, ha descubierto robos que se tenían por imposibles de hallar a sus autores. En Londres, sí; pero aquí, en París, en un terreno que no es el suyo, temo que pierdan algo sus deducciones.

LAURETA Mi tío, el doctor Walton, no lo cree así. Bien sabes que en todas sus cartas que tratan de su amigo el detective, te dice que Sherlock Holmes es infalible. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes. ¿Verdad, mamá?

GEORGINA Sí, efectivamente; eso dice siempre.

LAURETA Ea, no hay que desesperarse. Confíemos en Sherlock. ¿No telegrafió ya su salida de Londres?

MANUEL Sí; en compañía del inspector Richardson.

LAURETA ¡El inspector Richardson! Ya ves, viene con ayudante para mayor éxito de su empresa.

MANUEL Pero es que ya debía estar en París, y su tardanza no me la explico. Londres está a un paso y...

LAURETA Sí; el paso de Calais. Bien sabes que el estado del mar retarda muchas veces la navegación por el Canal de la Mancha. Recuerda cuando fuimos a Londres, el susto que nos dió el célebre paso de Calais. ¿Verdad, mamá?

GEORGINA Dices bien, hija mía.

LAURETA ¡Vaya un viajecito! ¿eh?

GEORGINA (De ese viaje proviene toda nuestra desgracia.)

LAURETA (Levantándose y siempre en tono jovial.) Ya estás más tranquilo, ¿verdad, papaito? ¿Verdad que ya no te asaltan aquellas ideas tan negras que hace poco te atormentaban, y nos desesperaban a mamá y a mí? ¿Verdad que no? (Con mimo.) Vamos, di que no; di que no. Si no lo dices, me enfado; si no lo confiesas, lloro. ¡Vamos, confiesa, confiesa! Di que no, di que no.

MANUEL No, hija mía, no.

LAURETA ¡Ay, gracias a Dios! Hemos vencido, mamá, hemos vencido.

GEORGINA (Abrazándola.) ¡Inocente criatura!

LAURETA Y ahora esperad, esperad. Voy a presentaros una escena que ha de gustaros mucho, muchísimo. Tú, papá, no te muevas de tu silla. Y tú, mamá, siéntate aquí. (En la silla de la izquierda.) Es una escena imaginativa, que puede muy bien volverse real en todos conceptos. (Narración muy jugada.) La escena tiene por título: «Viaje

rápido». Veréis : atardece, como dicen los poetas. Dos caballeros abrigados en sendos gabanes, cruzando silenciosos las calles de Londres, llegan a la estación de Wintsminsther, toman billete... ¿para dónde? su camino nos lo dirá. Tres horas de trayecto en ferrocarril y llegan a la orilla del mar. (Pausa.) Por fin, un vapor zarpa. Noche obscura : mar negruzco ; olas gruesas, espesas. No se ven más que dos luces que, inquietas, avanzan, avanzan, cruzando el Cañal de la Mancha, rasgando la niebla. Allá, por Oriente, con lentitud progresiva, nace el día. Apunta un rayo de sol. El vapor llega a la orilla opuesta del Canal. Desembarcan dos hombres : Sherlock y Richardson. Toman otra vez el tren. La locomotora arrastra vigorosamente los vagones del convoy. Adelante, adelante siempre. La máquina lanza un silbido anunciando su llegada a París. Los dos viajeros llegan a la estación de San Lázaro. Descienden ; cruzan el andén. Toman un coche ; no, un coche no ; un automóvil que es más rápido. ¿Adónde? pregunta el chauffeur. A la calle de San Ambrosio, por el boulevard de los Italianos, responde Sherlock. ¡ Rum, rum !... el automóvil cruza calles y plazas ; ¡ tuút ! ¡ tuút ! suena la bocina para que dejen el paso libre. (Ruido de automóvil y bocina en la calle coincidiendo con la palabra de Laureta.) Llegan. preguntan a la portera : ¿El señor don Manuel Walton?... -- En el tercero. -- Entran en el ascensor. Llamam a nuestra puerta. (Timbre dentro.) Dan sus nombres. La doncella les hace pasar y se presentan Sherlock Holmes y el Inspector Richardson. (Levantando la cortina.) Vedlos. Ya están aquí. (Esta relación con pausas convenientes y expresivos ademanes. Manuel y Georgina, indiferentes al principio, demuestran satisfacción al final, viendo

realizada la ficción de Laureta. Hasta la última palabra no se ponen de pie rápidamente.)

ESCENA II

Dichos, SHERLOCK y RICHARDSON, por la primera de la izquierda.

SHERLOCK Señora...

RICHARD. Señores...

MANUEL (Maravillosa aparición.)

GEORGINA (Parece increíble.)

LAURETA (Presentía la llegada. ¡Dios me ha inspirado !)

MANUEL Adelante, caballeros. Nos encuentran esperando a ustedes con viva ansiedad.

SHERLOCK Inútil es preguntar por su nombre, caballero. Es usted el verdadero retrato de su señor hermano, mi amigo el doctor Walton.

RICHARD. Efectivamente, parecen ustedes hermanos gemelos.

MANUEL Me lleva solamente cinco años. Permitan ustedes que les presente mi esposa Georgina.

SHERLOCK Hermana de la esposa del Doctor, ¿no es así?

GEORGINA Y servidora de ustedes.

SHERLOCK A sus órdenes, señora.

RICHARD. A su disposición.

MANUEL Sí; dos hermanos que nos casamos con dos hermanas. No es el primer caso.

SHERLOCK No lo es, no.

MANUEL Nuestra hija Laureta. (Presentándola.)

SHERLOCK Este sí que es el primer caso, ¿verdad?

MANUEL Verdad. Mi hermano no ha podido tener hijos en su matrimonio.

GEORGINA No... no los ha tenido.

SHERLOCK Y por cierto que mucho lo siente.

MANUEL Lo creo : el placer de ser padre no es com-

parable a nada del mundo. Mi Laura es la alegría de la casa.

SHERLOCK Así se lo he oído decir muchas veces a mi amigo Walton.

LAURETA ¡Oh! mi tío me quiere mucho.

SHERLOCK Mucho, señorita, mucho.

LAURETA Es muy bueno. Y usted, señor Holmes, es gran amigo suyo, según creo.

SHERLOCK Amigo verdadero. A su amistad, y a ser ustedes su familia, se debe nuestra llegada a París.

MANUEL Que agradezco muchísimo.

SHERLOCK Aunque no venimos oficialmente, ni el señor Richardson, por hallarse con licencia de dos meses; ni yo, por no pertenecer al cuerpo de policía; los dos estamos dispuestos para todo lo que servir podamos.

LAURETA Mucho podrán ustedes en nuestro favor.

RICHARD. No dude usted, señorita, que tendremos en ello un verdadero placer.

SHERLOCK Veamos, pues, qué desgracia pesa sobre ustedes.

MANUEL Una desgracia inmensa. (A indicación de Manuel, siéntanse Sherlock y Richardson en el centro. Georgina en la izquierda. Laura de pie apoyada en el respaldo del sillón que ocupa su madre.) El caso es el siguiente. No poseo grandes caudales; pero disfruto de una regular renta que me da para vivir decentemente. Contra mi costumbre, pues no tengo en ello declarada afición, hará cosa de dos meses, hallándome en el Casino en compañía de varios amigos, compañeros de tresillo, se nos ocurrió comprar un billete del sorteo anual de la Prensa, siendo yo el designado para guardarlo. ¡Esta ha sido mi desgracia!

SHERLOCK Continúa, sin olvidar el menor detalle.

MANUEL Firmé y entregué a cada uno de mis tres amigos un recibo del número confiado a mi depósito.

SHERLOCK ¿Qué número?

MANUEL El 14,213. No se me olvida. (Sherlock lo apunta en su carnet.)

SHERLOCK Continuad.

MANUEL Llegué a casa y guardé el billete en ese secreter. (Señalando el de la derecha.) Pasaron días, se verificó el sorteo, y el número 14,213 resultó premiado con un millón de francos.

SHERLOCK ¡ El primer premio !

MANUEL Loco de alegría, al darme la noticia en el mismo Casino un amigo que tenía la lista, corro a casa, abro el secreter, y juzgado de mi sorpresa al ver que el billete había desaparecido. Examiné detenidamente todos los cajoncillos del secreter, una, dos, veinte veces, ¡ inútil ! Golpeé el mueble, lo revolví de arriba a abajo... ¡ Nada, nada absolutamente ! El billete no aparecía por ningún rincón, por ninguna juntura, por ninguna parte, por ninguna !
(Cae abatido en el sillón. Pausa.)

RICHARD. ¿ Estáis bien seguro de que lo guardásteis en el secreter ?

MANUEL Completamente seguro. No me cabe la menor duda. En el segundo cajoncillo de la derecha. Bien lo recuerdo. Apuesto en ello la vida. ¡ Lo juro por la salvación de mi alma, lo juro !

RICHARD. Después de depositado el billete en el secreter, ¿ volvisteis a abrirlo alguna vez ?

MANUEL Una sola. Un día que mi banquero Rossier, que habita a pocos pasos de esta misma calle, me entregó dos mil francos, que no he necesitado de ellos.

RICHARD. ¿ Y al abrir el mueble vió usted en él el billete de lotería ?

MANUEL Sí.

RICHARD. Al abrir el mueble por segunda vez, ¿ había delante alguna persona de la casa o de fuera de ella ?

MANUEL Nadie.

- RICHARD. ¿Vuestros amigos sabían donde se hallaba guardado el billete?
- MANUEL Nadie sabía nada. Mi misma esposa e hija eran ignorantes de todo ; pues se hallaban en Londres, en compañía de mi hermano el doctor, cuando adquirí el fatal billete.
- RICHARD. ¿Es decir que no sospecha usted de nadie más o menos indirectamente?
- MANUEL De nadie... de nadie, en lo más mínimo.
(Ligera pausa.)
- SHERLOCK ¿Cómo adquiristeis ese mueble?
- MANUEL Fué un regalo de mi hermano.
- SHERLOCK ¿Hace de ello mucho tiempo?
- MANUEL Unos cinco años. ¿No es así, Georgina?
- GEORGINA Creo que sí, por más que no puedo precisarlo.
- SHERLOCK ¿El secreter contenía papeles de importancia, a más del billete?
- MANUEL No. Hacíamos poco uso de él. Sólo contenía, como he dicho, los dos mil francos.
- SHERLOCK ¿En papel o en metálico?
- MANUEL Todos en papel. Cuatro billetes de quinientos francos. Aun están en el cajoncillo. ¿Quieren ustedes examinar el mueble?
- SHERLOCK Sí. (Levantándose y dirigiéndose a él)
- MANUEL Aquí tengo las llaves.
- SHERLOCK Permita usted. Ya abriré yo mismo.
- MANUEL Como usted guste. (Le entrega la llave)
- SHERLOCK ¿La cerradura es de doble vuelta?
- MANUEL Doble vuelta y muelle de bomba. ¿Ven ustedes? Aquí los billetes de Banco. En este otro cajoncito puse el billete de lotería.
- SHERLOCK ¿El mueble tiene algún secreto?
- MANUEL Ninguno que yo sepa.
- GEORGINA Ninguno ; no.
- SHERLOCK Richardson, examine bien la llave, allí, mientras yo me ocupo del secreter. (Richardson apártase del secreter, y formando grupo con los de

más, examina la llave, mientras Sherlock apunta en una tarjeta la serie y número de los billetes.)

RICHARD. No veo en ella nada de particular.

MANUEL No.

GEORGINA No.

SHERLOCK Examine usted detalladamente, Richardson, detalladamente.

RICHARD. (Comprendo, quiere distraerles.) ¡Calle! sí. Aquí, aquí se ve un pequeño roce...

SHERLOCK (Que ha terminado la copia.) Nada descubro en el mueble que me proporcione el menor indicio.

RICHARD. Ni en la llavecita tampoco.

SHERLOCK Venga la llave, a ver si con mi lupa... (Buscando fingidamente en los bolsillos.) ¡Oh! qué torpeza... No la tengo... ¡Ah! ya recuerdo. En la maletita de viaje que ha quedado en el automóvil debe estar. Richardson, vaya usted a por ella. Hágame ese favor. (Al coger la llave del secreter, que hasta ahora ha tenido Richardson, le entrega la tarjeta escrita.) (Ejecute usted inmediatamente lo que le dice esta tarjeta.)

RICHARD. (Comprendido.) Con permiso, señores.

ESCENA III

Dichos menos RICHARDSON

SHERLOCK ¿De modo que el billete número 14,213, premiado con un millón de francos, no sabe usted cómo ha desaparecido del secreter?

MANUEL Me vuelvo loco sin poder acertar.

SHERLOCK La suposición de un robo no es admisible pues en el secreter se hallan los dos mil francos por usted depositados también en él. ¿No es eso?

GEORGINA En efecto, en un robo no hay que pensar, puesto que los cuatro billetes de quinientos francos que mi esposo díjome haber

- guardado en el cajón, allí a la vista están.
- SHERLOCK Sí, sí... a la vista están; bien se ven. (Dejando el secreter abierto.) ¿De la pérdida del billete tienen ya aviso en la administración?
- MANUEL Eso fué lo primero que hice al darme cuenta de la desaparición.
- SHERLOCK De modo que el actual poseedor del billete, de poco le valdrá tener entre sus manos una fortuna.
- MANUEL De nada absolutamente, pues si se presenta al cobro, tendrá que probar su legitimidad de comprador.
- SHERLOCK Eso es. Así como usted la patente prueba de la substracción.
- MANUEL Prueba que no sé cómo presentar.
- SHERLOCK ¿Y sus amigos, los partícipes del billete, qué dicen?
- MANUEL En un principio se mostraron bien complacientes; pero hoy ya dudan de mi honradez, llegando al extremo de amenazarme con la cárcel si no hago efectiva su legal participación en el premio.
- LAURETA ¡La cárcel!
- GEORGINA ¡Gran Dios!
- MANUEL De su parte está toda la razón y no me quejo. ¡Si mi fortuna fuese suficiente para el pago, ya lo hubiera realizado, aún quedando en la miseria!
- LAURETA Sí, papá, sí. Basta con poner a salvo nuestro buen nombre.
- GEORGINA Dispón de mi pequeña dote sin reparo alguno.
- MANUEL Imposible. Toda nuestra hacienda no alcanza a satisfacer ni la mitad del importe del premio del billete desaparecido.
- SHERLOCK Por más que el asunto todavía está muy obscuro, no hay que entregarse a la desesperación.
- LAURETA ¿Confía usted en algo, señor Sherlock?
- GEORGINA ¿Hay esperanza?
- SHERLOCK Nada puedo asegurar; pero quizás con

mi lupa logre apreciar los hechos con más claridad que hasta ahora he podido hacerlo en el examen del misterioso secreter.

LAURETA Dios lo quiera así.

ESCENA IV

Dichos y RICHARDSON

RICHARD. Aquí está la lupa, maestro. (Y aquí la contestación.) (Entrega una tarjeta y un volante.)

SHERLOCK Perfectamente. Gracias, Richardson. Volvamos al examen del mueble. (Al dirigirse a él, lee rápidamente el contenido de la tarjeta entregada por Richardson.) ¿Ha dicho usted, don Manuel, que el billete de la lotería lo colocó usted aquí?

MANUEL Sí, ahí mismo. (Señalando el mueble.)

SHERLOCK Y los billetes de Banco en este otro cajoncillo, ¿no es cierto?

MANUEL ¡Exacto!

SHERLOCK Pues bien, señores, tengo el honor de notificar a ustedes, que para substraer el billete premiado con un millón de francos el secreter no ha sido ni forzado con ganzúa ni abierto con llave falsa. No; este secreter no es el mismo en que encerró usted el billete de lotería. El secreter ha sido cambiado por otro enteramente igual.

LAURETA ¿Cómo?

MANUEL És posible.

GEORGINA ¿Qué dice usted?

SHERLOCK La verdad, señora. Aseguro a ustedes que el mueble que regaló el doctor Walton a su hermano Manuel, no es este.

MANUEL Pero cómo se comprende.

SHERLOCK Se comprende por la razón de que usted, según confesión propia, colocó en él cuatro billetes de quinientos francos.

MANUEL Sí, sí, esos mismos que están a la vista.

SHERLOCK No. Estos billetes pertenecen a la serie B,

números del 17 al 50,000 ; y los que a usted le fueron entregados, eran de la serie F, números bien distintos, según manifiesta el mismo banquero Rossier en una nota de su puño y letra que acaba de traerme el amigo Richardson. Vedla, aquí está. —

MANUEL ¡ Verdad es !

SHERLOCK Tenemos, pues, que si se tratara de un ladrón vulgar, hubiérase llevado consigo el billete de lotería y los cuatro billetes de Banco. Si la intención del ladrón sólo era apoderarse del billete premiado, ¿ por qué cambió los billetes ?

MANUEL Es verdad.

LAURETA Es verdad.

SHERLOCK No hay duda ; en el secreter se buscaba algo más que los billetes de Banco. Alguna cosa oculta, que seguramente el llamémosle ladrón ignoraba el rinconcillo donde se hallaba, y por eso vió más fácil cambiar el mueble que entretenerse en buscar el escondrijo de su interior.

MANUEL ¿ Pero cómo se explica usted que apareciendo en el mueble los dos mil francos, no aparezca también el billete de lotería, para no dejar ningún rastro del cambio ?

SHERLOCK Quizá se ignoraba la existencia del billete en él, y luego, al salir premiado, se aprovechan de la suerte que les viene a mano.

MANUEL El cambio del secreter es cierto. Sí, mira, Laura, mira, ¿ Recuerdas tú que un día al dar en el mueble un ligero golpe, se quebró esta pequeña guarnición ?

LAURETA Sí, en mi neceser guardo todavía el trocito de madera que se saltó de la moldura. Mira, aquí está. (Sacándolo del neceser que se halla en el fondo izquierda.)

SHERLOCK Pues bien : ¿ lo ven ustedes ? El mueble está intacto. Es enteramente igual. Cosa que no es de extrañar ; pues de esta misma forma y dibujo he visto muchos en

Londres, y supongo que en París no faltarán del mismo modelo.

LAURETA ¿Ves, papá? Ya avanzamos terreno para tu inocencia.

GEORGINA Poco es el avance, hija mía, pues hasta ahora no sabemos cómo se pudo efectuar el cambio del mueble, ni mucho menos quién es el poseedor del billete.

SHERLOCK Es cierto, señora; no sabemos nada de eso que usted dice, no lo sabemos... pero no hay duda que alguien lo sabe. Precisa, pues, encontrar a ese alguien de un modo u otro. ¿Cómo? No sé; lo que sí sé es que hay que encontrarlo. Hay que encontrarlo: ese es mi lema. (Una carta atada a una piedra y rompiendo un cristal es arrojada al medio de la escena.)

MANUEL ¡Ah! ¿qué es eso?

RICHARD. ¡Un papel atado a una piedra!

SHERLOCK Veamos. (Lee.) «Señor Sherlock: no fatigüe usted su entendimiento en deducciones después del cansancio de su viaje a París. El billete número 14,213 premiado, se halla en mi poder. Lo que os participo para lo que servir pueda la noticia, dándole a usted la bienvenida a esta de París, queda de usted afectísimo, su admirador, *Arsenio Lapin*.» ¿Lapin?... no sé quien es.

MANUEL Un ladrón de levita, que en poco tiempo se ha hecho famoso en París.

LAURETA Es un original, según dicen los periódicos.

RICHARD. Su primer presentación, si bien no es original, demuestra que tiene mucha fuerza de brazo para hacer llegar una piedra a la altura de un tercer piso.

SHERLOCK Desde los balcones de enfrente puede arrojarle con suma facilidad. Bueno; ya sabemos que el poseedor del famoso billete, número 14,213, es Arsenio Lapin. Ahora

sólo falta saber qué condiciones serán las
suyas para terminár el asunto.

MANUEL Sean las que sean, acéptelas usted.

GEORGINA Sí, sí; acéptelo usted todo.

SHERLOCK Sobre esto hay mucho que hablar. Señores, permitan ustedes que nos retiremos. Como dice acertadamente Lapin en su misiva, nos hallamos fatigados del viaje, y precisa dar descanso al cuerpo y a la inteligencia. De todas maneras, si algo ocurriera extraordinario, no se olviden que en el hotel de Francia, durante nuestra estancia en París, estaremos a su disposición día y noche. No lo olvide usted, señora. Hotel de Francia, calle de Rívoli.

GEORGINA No lo olvidaré.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Cuadro III

Presentación de Lapin

Habitación de Sherlock Holmes en el hotel de Francia. Puerta de entrada en el fondo derecha. Dos puertas en la lateral izquierda.

ESCENA PRIMERA

Un CAMARERO junto a la puerta primera izquierda dirigiendo la palabra al interior de las habitaciones. En seguida SHERLOCK y RICHARDSON por la izquierda.

CAMARERO ¿Los señores quieren tomar el thé en seguida? ¿Aquí, en el saloncillo? Muy bien. Al momento quedarán servidos. (Vase por el fondo.)

SHERLOCK (Saliendo y continuando la conversación.) No lo dudéis, amigo Richardson, tengo la seguridad de que no veremos terminar el día sin recibir la visita de la esposa de don Manuel.

RICHARD. ¿Permitid, maestro, que pregunte en qué fundáis vuestra afirmación?

SHERLOCK En que la señora Georgina no es ajena al cambio del secreter regalo de su señor cuñado, nuestro amigo Walton.

RICHARD. ¿Persistís en tal idea?

SHERLOCK Me afirmó cada vez más en ella. Creo que nos hallamos en segura pista.

- RICHARD. ¿Y podemos creer que la esposa de don Manuel conocía la existencia del billete de lotería guardado en el mueble en cuestión?
- SHERLOCK. Sobre ese punto dudo mucho en afirmarlo, pues una idea me desvanece otra idea, quedando las dos sin lógica de precisión.
- RICHARD. A mi entender...
- SHERLOCK. Silencio. Alguien se acerca.

ESCENA II

Dichos y el CAMARERO con servicio de thé

- CAMARERO. ¿Hay permiso?
- SHERLOCK. Adelante.
- CAMARERO. Aquí está el thé. (Coloca el servicio en la mesita del primer término izquierda.)
- SHERLOCK. Puede usted retirarse. Nosotros nos serviremos.
- CAMARERO. Como los señores gusten. (Vase. Sentanse, sirven el thé y Sherlock enciende su pipa.)
- SHERLOCK. Continuemos.
- RICHARD. Decía que a mi entender, hallándose el billete premiado con el millón de francos en manos del tal Lapin, el secreter que lo guardaba, también debe estar en su poder.
- SHERLOCK. Es lógico. Pero aquí se trata de algo mucho más interesante que el billete. Un millón de francos incobrables no es nada comparado con un secreto de familia que puede destruir la felicidad o la honra de alguna persona.
- RICHARD. Convengo en ello, maestro. El asunto que nos ha traído a París, va resultando una madeja cada vez más enredada.
- SHERLOCK. Cuanto mayor sea su enredo, más empeño habrá en nosotros para seguir en la empresa, hasta conseguir un feliz desenlace. Precisa para ello no desperdiciar de-

talle, ni desperdiciar una sola palabra del curso de los acontecimientos que se preparan. Ese Arsenio Lapin, firmante de la carta que ayer fué arrojada a nuestros pies en casa de don Manuel, ese Lapin...

RICHARD. Lapin; palabra que en francés significa *conejo*.

SHERLOCK Ciertamente, conejo. Pues bien, ese conejo nos dará mucho qué hacer. Ya lo verá usted, ya lo verá usted.

RICHARD. ¡Bah! no creo, yo que el tal Lapin sea un segundo Raffles ni mucho menos.

SHERLOCK Quizá nos resulte un mucho más. No adelantemos los sucesos, amigo Richardson.

ESCENA III

Dichos y el CAMARERO

CAMARERO ¿Hay permiso?

SHERLOCK Adelante.

CAMARERO Una señora solicita ser recibida por los señores.

SHERLOCK Hacedla pasar en seguida. (Vase el Camarero.)
¿Véis lo que decía? La visita no se ha hecho esperar; la presentía. (Se levantan.)

RICHARD. ¿Creéis que sea?...

SHERLOCK La esposa de don Manuel.

ESCENA IV

Dichos y doña GEORGINA

GEORGINA Caballeros...

RICHARD. (La misma.)

SHERLOCK Pase usted, señora. Era usted esperada.

GEORGINA ¡Cómo!

SHERLOCK No se asuste usted, señora. No tenga recelo alguno en mostrarse explícita. Siéntese usted y háglenos con entera franque-

za. Somos todo oídos. (La invita a sentarse en el sillón de la derecha. Sherlock y Richardson en sillitas volantes a su izquierda.)

GEORGINA Puesto que usted me anima a ello, señor Sherlock, entraré sin rodeos en el objeto de mi visita, diciendo que el cambio del secreter de mi casa, es obra mía.

SHERLOCK Lo sospechaba.

GEORGINA Eso es lo que comprendí en usted; y por eso vengo a dar las razones que me obligaron al referido cambio.

SHERLOCK Escuchamos atentamente.

GEORGINA Como he dicho, el cambio del secreter es obra mía. Sí; yo misma he verificado el cambio del mueble, en ausencia de mi marido y con la ayuda de un mozo de cuerda, ignorante en todo de mis intenciones.

RICHARD. Esto es decir que el secreter en cuestión se halla en vuestro poder.

GEORGINA No. El secreter fué enviado a mi hermana, la esposa del doctor Walton.

RICHARD. Entonces se halla en Londres.

GEORGINA Tampoco. Así me lo escribe mi hermana, y esto es lo que no comprendo y me desespera. (Mostrando una carta que Sherlock lee para sí.)

RICHARD. ¡Diablo! ¡La situación se complica por momentos!

SHERLOCK Usted, señora, ¿sabía que el secreter contenía el billete de lotería?

GEORGINA No, señor.

SHERLOCK ¿Y los cuatro billetes de quinientos francos?

GEORGINA Sí. Por eso puse en el otro la cantidad de dos mil francos.

SHERLOCK Pero a todo esto, usted, señora, no nos dice el por qué del cambio de secreters.

GEORGINA Porque mi hermana me lo reclamaba...

SHERLOCK ¿Sabedora del billete premiado?

GEORGINA Todavía no se había verificado el sorteo.

SHERLOCK Ruego a usted, señora Georgina, que nos

hable con completa confianza, y, sin omitir ningún detalle de todo cuanto sepa.

GEORGINA Es que hay cosas, señores, que no sé si me atreva...

SHERLOCK Sin el menor recelo puede usted fiar en nuestra discreción. La claridad de conceptos nos servirá de mucho, tanto para llegar a la solución del conflicto, como para evitar que en nuestro camino demos un paso en falso, en perjuicio de su persona, cosa que sentiría mucho, pues creo comprender que usted, siendo la más comprometida en este caso, es la más inocente.

GEORGINA ¡Oh, cómo adivina usted los pensamientos, señor Sherlock! ¡Cómo penetra usted en lo más recóndito del alma! Me maravillan sus deducciones. ¡Ah! bien dicen: *nadie más fuerte que Sherlock Holmes.*

SHERLOCK Señora...

GEORGINA Sí, sí, lo diré todo; todo lo que sé, sin olvidar el menor detalle.

SHERLOCK No esperamos otra cosa de su sinceridad.

GEORGINA En mi viaje a Londres, hace dos meses, encontré a mi hermana Adelaida grandemente abatida. Al preguntarle la causa de su tristeza, al fin un día díjome estas mismas palabras: —Hermana; si es verdad que me quieres, si es cierto nuestro fraternal cariño, júrame, por lo que más ames en el mundo, que sin preguntarme el motivo, cumplirás el encargo que voy a hacerte. —Juro, por la salud de mi hija, cumplir lo que desees—dije yo. —Pues bien;—continuó mi hermana—cuando llegues a París, remíteme, sin abrirlo, el secreter que os regaló mi marido: remítelo enseguida sin que tu esposo Manuel se entere de nada.

SHERLOCK Extraña petición.

GEORGINA Tan extraña, que a pesar de mi juramen-

to, insistí en conocer la razón de tal envío. Adelaida me contestó : —No quieras saber el motivo. Obedéceme y así labrarás la felicidad de muchas personas que nos son muy queridas. Yo había jurado por la salud de mi hija, y obedecí.

SHERLOCK Perfectamente.

GEORGINA Llegué a París y no me costó gran trabajo encontrar un secreter de igual modelo al que poseíamos, para verificar el cambio sin ser notado de nadie, ni abrir el secreter, como había prometido a mi hermana. Esta es toda la verdad. ¡Si he mentido, la maldición de Dios caiga sobre mi cabeza ! (Ligera pausa.)

SHERLOCK ¿Ha dicho usted que para efectuar el cambio del secreter se valió usted de un mozo de cuerda, no es así?

GEORGINA Efectivamente.

SHERLOCK ¿Le conocía usted?

GEORGINA No.

RICHARD. ¿Ni recuerda el número de su chapa?

GEORGINA Tampoco. Tan azorada estaba yo por el temor de que Manuel y mi hija, que se hallaban de paseo, llegasen de un momento a otro y descubrieran mi trama, que no se me ocurrió ese natural detalle.

SHERLOCK ¿Dónde compró usted el secreter del cambio?

GEORGINA En los almacenes del Louvre.

SHERLOCK El mozo de cuerda, ¿dónde lo tomó usted?

GEORGINA En la esquina de la calle Colbert.

SHERLOCK ¿Fué él quien ofreció sus servicios?

GEORGINA Al contrario ; fuí yo quien los solicité. Por cierto que ahora recuerdo que se resistía a servirme. Pero tanto insistí, ofreciéndole una buena propina, que por fin aceptó el encargo de seguirme al Louvre, cargar con el secreter, llevarlo a casa y facturar después el del cambio.

SHERLOCK ¿El mismo le hizo a usted entrega del talón del ferrocarril?

GEORGINA Sí, y él mismo echó al correo la carta para mi hermana, conteniendo el susodicho talón de envío.

SHERLOCK Fatal imprevisión la de usted, señora, no obrando con más cautela.

GEORGINA El temor de ser sorprendida, fué causa de mi precipitación en todo. Ahora lo comprendo.

SHERLOCK Su hermana Adelaida, dice en su carta : (Lee la que Georgina le entregó.) «Querida hermana : Me sorprende mucho no tener noticias tuyas, ni haber recibido el sagrado encargo que te hice del secreter. Contéstame sin pérdida de tiempo.» ¿Qué le contestó usted?

GEORGINA Que por mi parte había cumplido en todo, y me extrañaba grandemente su carta.

SHERLOCK Ciertamente que es de extrañar.

GEORGINA ¡Ah, señor Sherlock ! ¡ Con tan grande complicación, comprendo que todo se ha perdido, todo !

SHERLOCK No ; no se ha perdido todo, no. Sus francas declaraciones, señora, si bien agrandan el asunto, despejan algo el horizonte de ciertas dudas que anoche me preocupaban.

GEORGINA La duda de que si yo engañaba a mi esposo, ¿no es cierto?

SHERLOCK Cierto, señora. Confieso que esta fué mi primera duda. Perdóneme...

GEORGINA No necesitáis disculpa ninguna. Las circunstancias me acusaban por completo.

ESCENA V

Dichos y el CAMARERO

CAMARERO Con permiso. Un caballero, que dice llamarse don Manuel Walton, pregunta por los señores.

GEORGINA ¡ Mi esposo ! ¡ Oh, quizá haya seguido mis pasos.

SHERLOCK No hay temor. Por la habitación del amigo Richardson hay salida. Guiad a la señora.

GEORGINA El cielo os premie cuanto hacéis por mí, señor Sherlock.

SHERLOCK Es mi deber.

RICHARD. Por aquí, señora. (Vanse por la segunda izquierda.)

SHERLOCK Haced pasar a este caballero. (Vase el Camarero.) Casi puede asegurarse que los celos son el principal motivo de esta visita.

ESCENA VI

SHERLOCK y don MANUEL

MANUEL Señor Sherlock, seguramente no me esperaba usted ; pero los recelos que han nacido en mi corazón, pueden dispensar mi proceder en estos momentos.

SHERLOCK Calme usted su agitación, caballero. En las actuales circunstancias todo le es a usted disculpable.

MANUEL ¡ Oh ! no sabe usted el bien que me hacen sus palabras. Ellas me animan para confesar que...

SHERLOCK Sospecha usted de su señora esposa, ¿ no es eso ?

MANUEL Tengo fundado motivo para ello.

SHERLOCK Deseche usted todas sus dudas, sean las que fueren. Confíe en mi asiduidad, y no dude un solo momento de la fidelidad de su señora esposa. No es en ella donde debe existir la duda, no.

MANUEL Pero la prueba del cambio del secreter es evidente.

SHERLOCK Sí : evidente es.

MANUEL ¿ Y el billete se halla en poder de Lapin ?

SHERLOCK Así parece.

- MANUEL ¿Cómo se comprende este caso?
SHERLOCK De eso trato ; de comprenderlo.
MANUEL Lo que es yo me vuelvo loco.
SHERLOCK Ni desesperación ni locura. Calma, mucha calma, ya llegaremos al fin.
MANUEL ¿Tiene usted esperanza?
SHERLOCK Tengo el hilo de la enredada madeja. Precisa tirar de él con gran suavidad, para llegar al fin.
MANUEL En usted confío, y a su disposición quedo en todo y para todo.
SHERLOCK No hay que desmayar, ánimo, ánimo.
MANUEL Procuraré tenerlo.
SHERLOCK No dudando del triunfo, se toma gran aliento para conseguirlo. Ese es mi sistema.
MANUEL Las palabras de usted me devuelven la vida. ¿Cuándo podremos vernos nuevamente?
SHERLOCK Cuando pueda proporcionarle seguras y buenas noticias.
MANUEL El cielo quiera que sea pronto.
SHERLOCK Ese es todo mi afán. Adiós.
MANUEL Adiós. (Apretón de manos y vase don Manuel por el fondo derecha.)

ESCENA VII

SHERLOCK y en seguida RICHARDSON por la segunda puerta de la izquierda.

- SHERLOCK La fatalidad de su angustiosa situación le tiene loco. No hay para menos.
RICHARD. ¿Marchó ya?
SHERLOCK Sí. ¿Y la señora Georgina?
RICHARD. Salió sin ser vista de nadie.
SHERLOCK Perfectamente. Ha transcurrido gran parte de la mañana con repetidas explicaciones.
RICHARD. A mi entender no se ha perdido el tiempo.

SHERLOCK No se ha perdido, no. Pero hora es ya de ponernos en acción.

RICHARD. A ello estoy siempre pronto. ¿Qué hay que hacer, maestro?

SHERLOCK Disponernos para salir en busca del mozo de cuerda que condujo el secreter a la estación del ferrocarril.

RICHARD. Es lo más práctico.

SHERLOCK Si damos con él tendremos una buena pista. ¿No dijo la señora Georgina que halló al tal mozo en la calle de Colbert?

RICHARD. Sí, eso dijo.

SHERLOCK ¿Dónde se encuentra esa calle?

RICHARD. Pronto lo sabremos. Precisamente ayer noche compré a un chicuelo que las vendía, una guía de París. En el bolsillo de mi gabán debo tenerla, pues aun no la he consultado. (Va por su gabán que se halla en una silla del fondo derecha.)

SHERLOCK Venga la guía.

RICHARD. Sí; no me engaño. Aquí está. (Al abrirla cae de ella una tarjeta.)

SHERLOCK ¿Eh? ¿qué es lo que cayó?

RICHARD. ¿Qué?

SHERLOCK Una tarjeta. (Leyéndola.) «Arsenio Lapin.»

RICHARD. ¡Otra vez ese nombre!

SHERLOCK Otra vez, sí. (Quedando pensativo.)

RICHARD. El caso ya pica en historia.

SHERLOCK ¡Siempre Lapin!

RICHARD. Verdaderamente ese Lapin va resultando un misterioso conejo.

SHERLOCK Ya os dije que ese conejo nos daría mucho qué hacer.

RICHARD. Será preciso darle caza.

SHERLOCK Dudo que se ponga a tiro.

RICHARD. Pues si no con escopeta, con trampa.

SHERLOCK Con trampa será mucho mejor; pero para ello necesitamos conocer su madriguera. (Llaman con dos golpecitos a la puerta del fondo.)

RICHARD. Llaman.

SHERLOCK (Saliendo de su abstracción.) Adelante, quien sea.

ESCENA VIII

Dichos y RAFFLES bajo el nombre de LAPIN, que aparece caracterizado e imitando exactamente el traje del Camarero, con bandeja y tarjeta que presenta a Sherlock.

SHERLOCK Otra visita. (Lee la tarjeta.) ¡Arsenio Lapin !

RICHARD. ¡ Lapin ! ¡ dichoso Lapin !

SHERLOCK Hágame usted pasar.

RICHARD. Por fin vamos a conocer al ingenioso bromista.

SHERLOCK Veremos quién será él. (Reparando en el que crec es el Camarero, que no se ha movido.) ¿No ha oído usted? Que pase ese... caballero.

LAPIN Ese caballero no puede pasar.

SHERLOCK ¿Por qué razón?

LAPIN Porque ya pasó. Yá está aquí. (Quitándose peluca y patillas.) Servidor de ustedes.

SHER. Y RIC. ¡ Raffles !

LAPIN El mismo. Raffles, que debía una visita de cumplimiento al gran detective Sherlock Holmes, y que no pudiendo visitarle en su casa de Londres, aprovecha la ocasión de su estancia en París para venir a cumplir la promesa.

RICHARD. ¡ Parece increíble tanto atrevimiento !

LAPIN ¿Atrevimiento? ¡ Bah ! Una ligera broma de presentación y nada más. Una broma convenida con el verdadero camarero del hotel, el cual me prestó el mandil y bandeja al asegurarla que sólo se trataba de dar una pequeña sorpresa a mis dos buenos amigos Sherlock y Richardson.

RICHARD. ¿Amigos nos titula usted?

LAPIN Amigos queridísimos... y aquí en París mucho más que en Londres. Aquí, amigo Richardson, no puede usted nada contra mi persona. Nos hallamos en terreno neutral. Esta sala del hotel de Francia dista

mucho de ser la severa estancia del inspector general de policía, en Londres.

RICHARD. Y así y todo huyó usted. ¿No es eso lo que quiere usted significar?

LAPIN. Ciertamente, huí; ¿y sabe usted por dónde? ¿No lo sabe todavía?

RICHARD. Ni me interesa. El caso es que usted desapareció protegido por la obscuridad.

LAPIN. Y pasando por encima de la otomana, descalzo, para no meter ruido y para no ser atropellado por los polismans que se daban de puñetazos unos a otros. Fué un lance gracioso... cuando menos para mí.

RICHARD. ¿Y qué hicisteis de la señora Eva, la esposa de James Mallins?

LAPIN. ¿Eva? ¡Ah! sí. Un capricho de viaje. Llegamos a París, y... nada, rompimos nuestra amistad sin más consecuencias que unas lágrimas de despecho, y el placer de llamarme ¡infame! en una postal que me dirigió hace ocho días; postal con el retrato de un famoso domador de leones, un tal monsieur Roberts, al que es de creer se habrá unido.

SHERLOCK. Permitidme, señores, que ataje tan interesante conversación. El tiempo es oro, y no conviene desperdiciarlo.

RICHARD. Perdonad la digresión, maestro.

LAPIN. Sí, perdonad nuestra charla. El carácter francés, y sobre todo el parisién, es comunicativo, hablador.

SHERLOCK. Aquí, por lo pronto, lo que interesa es saber con quién tratamos: con Raffles o con Lapin.

LAPIN. Raffles en Londres, Lapin en París, Vampa en Italia, y el nombre que mejor os plazca en España y en Turquía. Ved en mí al hombre que os convenga más.

SHERLOCK. Al presente me conviene hablar con Arsenio Lapin.

LAPIN. ¿Lapin? Perfectamente. A Lapin podréis hallarlo mañana por la noche, a las ocho

en punto, en su casa, que es la vuestra, en la Avenida del Bosque de Bolonia, número cincuenta y siete, duplicado. Atravesando la plaza de la Concordia, los Campos Elíseos, y una vez en el Arco de la Estrella, quinta bocacalle a mano izquierda.

SHERLOCK Agradezco vuestra guía de forasteros.
(Irónicamente.)

LAPIN La dirección no tiene pérdida.

SHERLOCK A las ocho en punto. No faltaré.

LAPIN ¡Puntualidad inglesa!

SHERLOCK Eso siempre.

LAPIN Igual que yo. Siempre a vuestra disposición, señores. Repito: siempre a vuestra disposición. (Vase por el fondo derecha.)

RICHARD. Verdaderamente es audaz.

SHERLOCK Mucho. En ello fía todos sus éxitos. Mas un día u otro su misma audacia le perderá. Conviene apresurar ese día por todos los medios posibles.

RICHARD. La cita fijada para mañana a las ocho, ¿no os inspira alguna sospecha? ¿Por qué tanto retardo?

SHERLOCK Lo ignoro; pero en breve lo sabremos. Por lo pronto conviene no perderlo de vista. Vamos, Richardson.

RICHARD. ¿En busca del mozo de cuerda?

SHERLOCK No. A las carreras de caballos en el hipódromo de Longchamps.

RICHARD. No comprendo...

SHERLOCK Allí se encuentra algo que nos servirá de mucho para el mayor éxito de nuestra misión en París.

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

El Jockey Colin

En el Bosque de Bolonia, Interior de chalet de bebidas. Puerta de entrada en primer término derecha. Por todo el fondo cristalería por la cual se divisa el bosque. Mostrador a la izquierda, detrás una puerta. Mesas sillas sencillas y elegantes. Por las paredes anuncios de licores y carteles de las carreras de caballo.

ESCENA PRIMERA

PAULINA, tras el mostrador, TOURNIQUET en traje de ciclista apoyando la espalda en su bicicleta bebiendo un doble de cerveza en el mismo mostrador. En una mesa, JAMES MALLINS y el CORONEL MERRYLL, de paisano.

TOURNIQ. De manera que las carreras de hoy, están más animadas que de costumbre ¿eh?

PAULINA Esa es mi opinión, a juzgar por los innumerables carruajes que desde las once de la mañana he visto pasar por allá en dirección a la puerta de la Cascada. (Señalando por el fondo.)

TOURNIQ. ¿Y a qué crees tú que obedece tal animación, eh?

PAULINA A que hoy se corre el premio Des-Cars.

TOURNIQ. Ya es una razón ; pero otras muchas veces se ha corrido ese premio, y sin embargo, la concurrencia no ha sido cosa del otro mundo, ¿eh?

PAULINA No sé. Lo que sí puedo aseguraros es que

los bokmakers hoy andan muy atareados por las muchas apuestas que se cruzan desde primera hora.

TOURNIQ. ¡Bah! los bokmakers, como buenos agentes de las apuestas, lo que les interesa es animar las carreras. No te parece, ¿eh?

PAULINA Claro que sí. Igual que a ustedes, los *reporters*, en el acopio de noticias está el éxito del periódico. ¿Verdad, señor Tourniquet?

TOURNIQ. Verdad que sí. Por eso me dirijo a ti, hermosa Paulina, para que me proporciones las primeras notas de mi carnet deportivo, ¿eh? ¿digo algo?

PAULINA Eso es nombrarme redactora de vuestro *Paris-Sport*, pero sin sueldo, ¿eh? ¿Digo algo yo también?

TOURNIQ. Ya lo creo que dices. Tus ojos lo dicen todo. ¡Qué ojos, Paulina, qué ojos los tuyos! Por ellos estoy loco.

PAULINA ¿Por ellos nada más?...

TOURNIQ. Por ellos, como a punto de partida para el recorrido total de tu interesante persona.

PAULINA Señor Tourniquet, pare usted la carrera, que se va de la pista sin notarlo. (Continúan la conversación en voz baja.)

CORONEL Parece que el reporterillo ese se precipita.

JAMES La mocita vale la pena. ¡Caramba! Es una morenita de mucho *sprit*.

CORONEL Señor James Mallins..... ¡Cómo es eso! ¿Tan pronto echáis al olvido a vuestra espléndida Eva?

JAMES ¡Olvidarme de ella! de ninguna manera. Al contrario, los negros ojos de ésta es lo que me recuerda a la otra, que es mi vida.

CORONEL ¡Ah! ¡vamos! Vivís de recuerdos.

JAMES ¡Vivo de milagro, Coronel, de milagro! Desde el día que el infame Raffles me arrojó del automóvil llevándose a mi Eva, no encuentro sosiego en ninguna parte;

no duermo, no como, no bebo, no bebo...

(Bebiendo un bok.)

CORONEL ¿Pues y este bok...?

JAMES No bebo, ni como, ni duermo con tranquilidad, quiero decir.

CORONEL ¡Ah, ya!

JAMES Prueba de ello. Desde el momento que se me dijo que Eva se hallaba en París he venido sin perder momento. Todo inútil. En vano la busco por teatros, conciertos, bailes y por cuantos lugares se prestan a la reunión de personas. Nada, nada absolutamente. Ni el menor indicio. Y sin embargo, ayer me aseguraron nuevamente que Eva se hallaba en París, que se la ha visto en un carruaje por el boulevard de los Capuchinos, en compañía de un señor de grandes bigotes.

CORONEL ¿Grandes bigotes? Pues no será Raffles.

JAMES ¡Quién sabe! Quizá se los ha dejado crecer, o los llevará postizos. De todo le creo capaz.

CORONEL ¡Oh! pues si Eva positivamente está en París, un día u otro daréis con ella.

JAMES Esto es lo que me anima a recorrer toda la ciudad, desde el bosque de Bolonia al de Vincennes. Seis días ha que vengo a las carreras de caballos, para ver si la casualidad me protege. Nada, nada, ni el menor rastro. Lo que llevo gastado en esta Babel, ni siquiera lo anoto por no asustarme. Anteayer, en las carreras, aposté quinientos luises, y...

CORONEL Y desgraciado en amores, afortunado en el juego, ¿no es verdad eso?

JAMES Yo soy desgraciado en todo, señor Merry, en todo. Perdí los quinientos luises, y ayer perdí quinientos más buscando el desquite.

CORONEL Quizá hoy ganéis, ¡qué diablo!

JAMES No, hoy tampoco ganaré. Estoy seguro de ello.

- CORONEL Pesimista sois. ¿Por qué razón no podéis ganar?
- JAMES Porque no apostaré un sueldo.
- CORONEL Así se comprende. (Beben.)
- PAULINA Vaya, vaya, señor Tourniquet, vuestras promesas son muy ampulosas para ser creídas.
- TOURNIQ. No les concedéis crédito alguno, ¿eh?
- PAULINA No me gusta vivir de ilusiones.
- TOURNIQ. Lo que te digo es más fijo que la torre Eiffel.
- PAULINA La torre Eiffel es muy alta, señor mío.
- TOURNIQ. Señor tuyo dices, ¿eh? A ser tuyo es a lo que aspiro. Tuyo, tuyo hasta...
- PAULINA ¿Hasta el próximo número del *Paris-Sport*, eh?
- TOURNIQ. ¡Ah! ¡Eres atroz, Paulina, atrocemente atroz! Mira, para darte una prueba de mi amor, voy ahora mismo a apostar veinticinco luises al caballo «Rayo». Si gano, te convido esta misma noche a cenar al Olympia; mañana, a comer en casa Margarit; pasado mañana en Versalles, y después donde quieras, ¿eh? ¿qué te parece?
- PAULINA Lo que me parece es que con tanta comilona voy a coger una indigestión.
- TOURNIQ. Pide lo que quieras por esa boquita de cielo y lo verás realizado.
- PAULINA ¿Por qué caballo apostáis?
- TOURNIQ. Por «Rayo», color azul. ¿Qué dices?
- PAULINA Si ganáis, ya hablaremos. (Siguen hablando en voz baja.)
- JAMES ¿Color azul, ha dicho?
- CORONEL Sí, azul.
- JAMES Apostaré cien luises.
- CORONEL ¿Cómo es eso, señor James? Pues no decías...
- JAMES Esos periodistas tienen buen olfato. Precisa tomar el desquite. (Apuntando en su carnet.)
- TOURNIQ. Siendo para ti ya no dudo que ganaré.

- PAULINA No cante usted todavía victoria, que la suerte, como las mujeres, es muy caprichosa.
- TOURNIQ. La inspiración lo puede todo.
- PAULINA Tiemblo por vuestros veinticinco luises.
- TOURNIQ. Y yo tiemblo de gozo por la felicidad de cenar contigo esta noche en l'Olympia.
- JAMES ¿De manera, Coronel, que usted no se ausentará de París hasta pasados ocho días?
- CORONEL Ocho días, por lo menos.
- JAMES Celebro infinito su encuentro. No nos separaremos durante el tiempo que tenga usted libre, ¿verdad?
- CORONEL Estamos a 28, hasta el 5 del próximo mes, nada me resta que hacer.
- JAMES ¡Bravísimo! ¿Vámonos ya a la pista? (Se levantan. Paulina va a cobrar.) Toma, hermosa Paulina, toma. (Dándole una moneda de plata. Ella va a darle la vuelta.) No, quédate con la vuelta, que bien la mereces. Yo también apuesto por el color azul; quiero seguir la suerte de tu galanteador.
- PAULINA Muchas gracias, caballero. (Vanse James y el Coronel. Paulina retira el servicio.)
- TOURNIQ. ¿Qué te ha dicho ese señor tan feo?
- PAULINA Una tontería; que él también apostaba por el color azul.
- TOURNIQ. ¿Azul? (Pues yo apostaré por el rojo.) Adiós, Paulina; hasta la vuelta.
- PAULINA Adiós, y procure ganar... ¿eh?
- TOURNIQ. (Lo dicho, dicho; por el color rojo, por el rojo.) (Vase por la derecha y se le ve cruzar por el fondo, montado en bicicleta.)

ESCENA II

PAULINA

- PAULINA Ese Tourniquet es un verdadero torniquete en todas sus acciones. Si gana en

las carreras, no me costará gran trabajo lograr que me compre un vestido de doscientos francos. ¡Cáspita! no todo ha de quedar en los restaurants.

ESCENA III

PAULINA. Después, COLIN, en traje de jockey, blusa y gorra azul.
A poco, LAPIN, traje elegantísimo de ciclista

COLIN (Entrando.) ¿Todavía no?... Mucho tarda.

PAULINA Hola, ¿sois vos, señor Colin? ¿Cómo es eso? ¿Abandonáis las carreras?

COLIN Para mi salida falta todavía una hora...

PAULINA ¿Qué caballo corréis?

COLIN El Rayo.

PAULINA ¿De las caballerizas del vizconde de Vernet?

COLIN El mismo.

PAULINA En las pasadas carreras ganastéis el primer premio.

COLIN Siempre el primero en todo.

PAULINA Haréis rico a vuestro amo.

COLIN Ya lo es por herencia.

PAULINA Y por simpatía. Es un bravo mozo. (Lapin, montado en bicicleta, cruza de izquierda a derecha, por el foro.) Vedle; aquí llega ya.

COLIN Por fin. ¡Ya era hora!

LAPIN (Entrando.) Así me gusta, Colin. La puntualidad te caracteriza.

COLIN Señor vizconde, ya sabéis mi divisa: siempre el primero.

LAPIN Hoy no será así.

COLIN ¿Cómo?

LAPIN Silencio. Paulina... Cognac Martel.

PAULINA Al momento. (Apresurándose a servirles.)

COLIN Señor, permitidme que os diga que no comprendo...

LAPIN Silencio, repito.

PAULINA (Lo dicho, dicho; es un guapo mozo.)
(Vase al mostrador.)

- LAPIN Al decirte *no será así*, he querido significar que hoy no has de llegar a la meta sino en tercer o cuarto término, y no te digo el último, por no infundir sospechas a tus partidarios. ¿Vas comprendiendo?
- COLIN Lo que comprendo, señor, es que los bok-makers pregonan el color azul a dos contra uno, y el azul es nuestro color.
- LAPIN Torpe. ¿No comprendes que si bien es cierto que en favor de mi caballo el Rayo, he apostado diez mil francos, valiéndome de un amigo, llevo invertidos treinta mil en contra de mí mismo.
- COLIN Voy comprendiendo.
- LAPIN Por eso te repito que hoy has de olvidar tu divisa de «siempre el primero». Este es el juego de la *gana-pierde*.
- COLIN Pero reparad, señor, que aquí quien pierde es mi fama de jockey.
- LAPIN ¿Y cuánto vale eso... que tú titulas tu fama?
- COLIN El señor vizconde la puede valorar mejor que yo.
- LAPIN ¿Digamos cinco mil francos?...
- COLIN ¿Habéis dicho diez mil?
- LAPIN Sea lo que tú quieras, mientras cumplas lo que deseo.
- COLIN Llegar a la meta el tercero, ¿no es eso?
- LAPIN Precisamente; pero todo ello con la más perfecta rabia del fracaso, que constituye mi éxito.
- COLIN Perded cuidado, Colin será un verdadero Coquelin actor.
- LAPIN Pláceme el juego del vocablo, y...
- COLIN Y la ganancia de quince mil francos si no mienten las matemáticas.
- LAPIN Señor Pitágoras, refrenad vuestra lengua, no os precipitéis.
- COLIN La refrenaré, igualmente que a mi caballo la brida en el tercio de la carrera.
- LAPIN Perfectamente. En ese tercio está tu ganancia. ¿Entendidos?

COLIN Entendidos.
LAPIN ¿Conformes?
COLIN Conformes. (Beben.)
PAULINA (No sé porqué barrunto que los veinticinco luises de Tourniquet puestos al color azul corren gran peligro.)
LAPIN Separémonos, y a lo dicho.
COLIN A lo dicho, señor vizconde. (Vase Colin por la derecha viéndosele cruzar por el fondo de derecha a izquierda.)
LAPIN Cobra, Paulina.
PAULINA Gracias, señorito.
LAPIN ¡Veinte mil francos!... Poco es; pero ¡bah! no puede decirse que se haya perdido el día. (Vase, viéndosele cruzar por el fondo de derecha a izquierda montado en la bicicleta, al mismo tiempo que por la derecha aparecen Sherlock y Richardson.)

ESCENA IV

PAULINA, SHERLOCK y RICHARDSON

SHERLOCK (Desde el fondo.) ¿Véis que os decía? Nuestro conejo en bicicleta.
RICHARD. Conviene no perderle de vista.
SHERLOCK No hay cuidado. Por mucho que corra no escapará. (Vanse tras él.)

MUTACIÓN

Cuadro V

El hipódromo de Longchamp

Al oeste las colinas de Saint-Cloud y de Suresnes, dominadas por el perfil de Mont Valerien. Varios coches y automóviles agrupados por toda la escena, dejando libre el centro, por el cual, a su tiempo, se verán correr los caballos montados por jockeys. A la izquierda, se ve la punta de un elevado toldo, que es el principio de las tribunas, que se pierden dentro de bastidores. El coche que más domina debe ser practicable y se halla junto al bastidor de la izquierda. Mucha luz y animación.

ESCENA PRIMERA

EVA y Mr. ROBERTS en lo alto del coche de la izquierda. TOURNIQUET, encaramado en la rueda de otro coche, cuyo techo le sirve de pupitre para tomar notas. Todas las señoras con sombrillas, muchos caballeros con gemelos de campaña. Un fotógrafo tira una instantánea. Al principio del cuadro mucha animación y aplausos.

VOCES ¡ Bravo ! ¡ Bravísimo ! ¡ Bien por Fanny !
OTRAS ¡ Bien por el color amarillo ! ¡ Bien ! ¡ Bravo !

OTRAS ¡ Triunfó Saint-Cyr ! ¡ Triunfó !
TODOS ¡ Viva !

TOURNIQ. (Bajando de la rueda y entregando notas a un chicuelo.) Toma, Rodillo, toma estas notas, monta en tu bicicleta, y al teléfono con ellas. Vuelve en seguida. (El chicuelo vase corriendo por la izquierda.) Las carreras están brillantes. El número *Paris-Sport* esta noche será un éxito. Quince minutos de descanso. Voy a ver si aprovecho el tiempo tirando alguna instantánea. (Prepara su máquina y vase por la derecha.)

EVA (Que ha descendido del carruaje.) ¡ Qué sofocación ! Estoy sedienta. Roberts, querido Roberts, ¿ quieres traerme un refresco de agraz ?

ROBERTS ¿ Dónde le hay ?

EVA En cualquier tienda de tela gris. (Señalando a la izquierda.) Mira, allí, junto al Ring.

ROBERTS ¿ El lugar destinado al peso de los jockeys ?

EVA Allí mismo, sí.

ROBERTS Voy al momento. (Vase.)

EVA No sé si ha sido ilusión de mi vista, o desde lo alto del coche he creído reconocer a Raffles en traje de ciclista.

ESCENA II

Dichos y LAPIN, montado en bicicleta

- LAPIN Paso, ¡ eh ! ¡ paso !...
- EVA El mismo, sí ; no me engaño, él es.
- LAPIN ¿Qué? ¡ Ah !... ¿Usted por aquí, señora de Mallins?... digo, señora de Roberts.
- EVA Diga usted, señora de nadie, y estará usted en lo cierto.
- LAPIN ¡ Oh, no ! Una belleza como la suya no puede hallarse nunca en el abandono.
- EVA Sarcástico está mi ex Raffles.
- LAPIN Lapin, señora, Lapin, o mucho mejor vizconde de Vernet.
- EVA Vernet, Raffles o Lapin, para mí es enteramente igual, pues por todos ellos me veo despreciada. ¡ Infame !
- LAPIN No hay que desesperarse, señora.
- EVA ¿Por qué me juró usted el amor en Londres?
- LAPIN Por la misma razón de que en París des-hice el juramento : no lo sé.
- EVA Esto no es contestar.
- LAPIN Esto es decir la verdad.
- EVA ¿Y usted sabe de lo que es capaz una mujer que se ve despreciada injustamente?
- LAPIN Supongo que de cualquier injusticia.
- EVA El placer de la venganza es el licor de los Dioses.
- LAPIN Muy elevada está usted de conceptos.
- EVA Yo soy de las que saben vengarse.
- LAPIN No caiga usted en la vulgaridad, y permítame que ponga punto final a la conversación, pues mi caballo, el Rayo, reclama mi atención.
- TOURNIO. (Saliendo por la derecha.) Interesante grupo. Voy a tirar una instantánea. (Ejecutando lo que dice sin ser visto de Eva ni de Lapin.)
- EVA ¡ Me abandona usted por un caballo !
- LAPIN No puedo perder más tiempo. A los pies

- de usted, señora. (Vase montado en bicicleta por la izquierda.)
- EVA ¡ He de vengarme ! (Aparece Mr. Roberts.)
- ROBERTS Querida, no encuentro el refresco que desearas.
- EVA Mejor. Me siento algo indispuesta. Vámonos a casa.
- ROBERTS Daré orden de que enganchen.
- EVA No ; perderíamos mucho tiempo. Prefiero tomar un automóvil de alquiler.
- ROBERTS Como quieras. (Vase del brazo por la izquierda.)

ESCENA III

Dichos, SHERLOCK y RICHARDSON, por la derecha

- TOURNIQ. ¡ Hermosa mujer... y gallardo caballero !
Buen cliché de información.
- SHERLOCK Por esa instantánea os ofrezco cincuenta francos.
- TOURNIQ. ¡ Cincuenta francos !
- SHERLOCK Cincuenta francos.
- TOURNIQ. Calculad que el cliché no podré revelarlo hasta la noche, y...
- SHERLOCK Lo supongo. ¿ Dónde me lo entregaráis ?
- TOURNIQ. En la redacción del *Paris-Sport* no es conveniente.
- SHERLOCK Donde queráis.
- TOURNIQ. A última hora pienso asistir al debut que se anuncia en el Olympia.
- SHERLOCK ¿ Hay debut ?
- TOURNIQ. Sí ; un domador de leones.
- SHERLOCK Pues allí nos veremos.
- TOURNIQ. Perfectamente. Allí os entregaré la fotografía. Perded cuidado, no faltará. A vuestras órdenes, caballero. (Vase por la izquierda)
- SHERLOCK La suerte está de nuestra parte.
- RICHARD. ¿ Qué pensáis hacer con esa instantánea pagada a peso de oro, maestro ?
- SHERLOCK Sencillamente, presentarla a la señora Georgina para ver si en la fotografía de

Lapin reconoce al mozo de cuerda que empleó para el cambio y facturación del secreter.

RICHARD. ¡Cómo! Presumís que Lapin o Raffles...

SHERLOCK Digámosle siempre Lapin.

RICHARD. Sea así. ¿Presumís, digo, que fué él el que...?

SHERLOCK La señora Georgina lo dirá.

ESCENA IV

Dichos, un BOKMAKER, JAMES MALLINS y el CORONEL MERRY

BOKMAKER ¡Azul! ¡Amarillo! ¡Rojo!... La carrera va a empezar. Va a empezar.

JAMES Azul, azul. Venga azul. (Compra y paga.)

CORONEL ¿Decididamente jugáis?

JAMES Es una inspiración.

TOURNIQ. ¡Rojo; juego a rojo!

JAMES ¡Eh! ¿Cómo es eso? ¿No habíais dicho azul?

TOURNIQ. He cambiado de opinión. ¿Qué tiene eso de particular?

JAMES Nada, nada. Pero creí entender en el chalet de bebidas.

TOURNIQ. Entendisteis mal, caballero.

JAMES Si habré cometido una torpeza apuntando al azul... ¿No os parece, Coronel?

CORONEL ¡Psé! ¿Quién sabe? La suerte tiene raros caprichos. (Repique de campana dentro. Gran movimiento.)

BOKMAKER ¡La carrera va a empezar!... ¡Amarillo! ¡Azul! ¡Rojo! (Vase.)

TOURNIQ. (Subido al coche de la izquierda.) ¡Magnífico punto de vista! El Stater ya da la señal de partida! ¡Salieron ya!... ¡Malo! El azul se adelanta.

JAMES (Subido a la rueda que antes ocupaba Tourniqet.) El azul! ¡Bravo! ¡es el mío! ¡El mío!... ¡El azul!

- RICHARD. (A Sherlock.) ¿No es James Mallins, ese caballero tan entusiasta de su color?
- SHERLOCK El mismo. Ya había yo reparado en él.
- RICHARD. ¿Si habrá venido a París en busca de su Eva fugitiva?
- SHERLOCK Vos lo decís. Por ella ha hecho el viaje a París, sólo por ella.
- RICHARD. Es un ente ridículo.
- SHERLOCK Un pobre hombre.
- RICHARD. Tan obsesionado está con su azul, que ni siquiera nos ha visto.
- SHERLOCK Mejor; así nos evitamos un importuno.
- JAMES ¡Ya llega el azul!
- CORONEL Dispensad, señor Mallins, yo lo veo amarillo. (También encaramado en un coche.)
- JAMES Amarillo, sí, efectivamente. Tenéis razón; amarillo. ¡Maldito sí, amarillo no!... ¡Azul lo quisiera yo! (Por el fondo se ve cruzar un caballo con jockey amarillo.)
- CORONEL No desesperéis. El azul gana terreno. Vedle. (Pasa otro caballo con jockey azul.)
- JAMES ¡Bravo por el azul! ¡Bravo por el jockey!
- RICHARD. Parece que ganará el azul.
- SHERLOCK Yo he apostado por el rojo.
- RICHARD. ¡Es posible! (Pasa un caballo con jockey rojo.)
- SHERLOCK Mil luises.
- RICHARD. Mal camino lleva vuestro dinero, pues el rojo va en tercer término.
- SHERLOCK No importa, llegará el primero.
- TOURNIQ. Tiemblo por mis veinticinco luises. ¡El rojo pierde! Esta noche no ceno en el Olympia con Paulina.
- JAMES ¡El azul avanza! ¡Bravo!... ¡Bravo! (Grandes aplausos.) ¡Gané, Coronel, gané!... (Pasa el azul.)
- SHERLOCK El azul es el caballo de Lapin, bajo el nombre de vizconde de Vernet.
- RICHARD. Por eso apostásteis en contra de él.
- SHERLOCK Ya os lo explicaré: la carrera toca a su término.
- TOURNIQ. El azul gana. Estoy cierto.
- MIL VOCES ¡Ah!... (Gran vocerío prolongado.) ¡El azul dió

- un cabezazo ! ; El azul pierde ! ; pierde !
JAMES ; Pierde, sí !... ; Estoy sudando betún !
VOCES ; El rojo ! ; El rojo ! ; El rojo gana ! (Pasa el
color del rojo.) ; Bravo ! ; Soberbio ! ; Subli-
me ! ; Piramidal !
TOURNIQ. ; El rojo ganó ! ; Viva la Francia ! ; Viva
la Patria !
JAMES ; He perdido ! ; He perdido ! (Tambaleándose.)
; Sostenedme, Coronel !... (Cae en sus bra-
zos.)
RICHARD. Ganó el rojo. Os felicito. Habéis tenido
buen presentimiento.
SHERLOCK Gracias. Después os explicaré la causa.
TOURNIQ. Decididamente ceno con la bella Paulina
en el Olympia.
SHERLOCK (La jugarreta de Lapin ha tenido éxito.
Era de esperar.) (Lapin cruza la escena de iz-
quierda a derecha montado en bicicleta.)
LAPIN ; Veinte mil francos ! Lo dicho, no se ha
perdido la tarde.
VOCES ; Bravo por el rojo, bravo !... (Entusiasmo ge-
neral.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

Cuadro VI

Prueba de simpatía

Sala de paso, en casa de don Manuel. Puerta de entrada lateral izquierda; junto a ella, perchero elegante con espejo. En la lateral derecha, puerta con portier que figura conducir a la habitación interior. Dos sillas de Viena.

ESCENA PRIMERA

SHERLOCK, Don MANUEL y GEORGINA, por la derecha, como despidiéndose.

MANUEL Señor Sherlock, repito que no sabemos cómo demostrar a usted nuestro inmenso agradecimiento por el interés que nos demuestra para salvar mi desgracia.

GEORGINA ¡ Oh ! sí ; agradecimiento eterno.

SHERLOCK No admito agradecimientos hasta el fin de la jornada, y aun así, saliendo victoriosos en toda la línea.

GEORGINA Sea como sea, nunca olvidaremos su gran asiduidad.

MANUEL Y sus buenos consejos, que me devuelven la vida. Sin ellos, la desesperación me hubiera vuelto loco.

SHERLOCK Sólo para infundir ánimo a ustedes, particularmente a usted, don Manuel, he verificado esta visita.

MANUEL Mucho se lo agradezco.

SHERLOCK Hasta el presente, ya he dicho que, si bien no hay nada efectivo, sigo una pista que la creo segura. No quiero adelantar noticias por no pecar de optimista. Más vale esperar para asegurar, que asegurar lo que se espera.

MANUEL Para mí, nunca de la vida se me hicieron las horas tan largas como al presente.

SHERLOCK Lo creo. Usted los días los encuentra de gran duración, y sin embargo, esos mismos días resultan cortísimos para mí. Lo cual prueba, amigo don Manuel, el estado de ánimo de cada uno hasta en un mismo asunto de la vida.

MANUEL Es verdad ; sus palabras, señor Sherlock, son el bálsamo de todas mis penas. Bien dice siempre mi hermano el doctor, que es usted un hombre maravilloso.

SHERLOCK La cariñosa amistad que me une a su señor hermano, le hace pecar de grandes exageraciones tratándose de mi persona.

MANUEL ¡ Oh ! no. Mi hermano está en lo cierto.

GEORGINA En lo ciertísimo.

SHERLOCK ¡ Ea ! seamos prácticos. Ya he dicho a ustedes que dentro de poco espero ser portador de buenas nuevas.

GEORGINA Dios le oiga a usted, señor Sherlock.

SHERLOCK El amigo Richardson me espera, y me precisa verme con él lo más pronto posible.

MANUEL ¿ Se ausenta usted ya ?

SHERLOCK Sí, para mí las horas son minutos. (Manuel va al perchero a por el sombrero de Sherlock.) (Señora, aleje por un momento a su esposo.)

MANUEL Tome usted. (Entregándole el sombrero.)

SHERLOCK Gracias.

GEORGINA ¿ Y se marcha usted sin ver a mi hija Laura ? ¡ Cuánto lo sentirá, pobrecilla !

SHERLOCK Verdad es. ¿ Dónde está ? quiero verla.

GEORGINA Manuel, ¿ quieres ir a avisarla ? En el saloncillo de labor se halla.

MANUEL Al momento voy por ella. (Vase por la derecha.)

ESCENA II

SHERLOCK y GEORGINA

SHERLOCK Sólo por usted he venido, señora.

GEORGINA ¿Qué ocurre?

SHERLOCK Si mañana le presento a usted una fotografía, ¿sabría usted reconocer en ella al mozo de cuerda del que se valió para el cambio del secreter?

GEORGINA Sí, sí.

SHERLOCK ¿Aunque en el retrato se le vea en traje de ciclista?

GEORGINA Aunque así sea, sabré reconocerlo.

SHERLOCK ¿Está usted segura de ello?

GEORGINA Segura. Ya su porte distinguido me llamó mucho la atención.

SHERLOCK Mañana por la mañana le presentaré a usted la fotografía.

GEORGINA Cuando usted quiera.

SHERLOCK (Psit. Silencio.)

ESCENA III

Dichos, don MANUEL y LAURA, por la derecha

MANUEL Aquí tienes al señor Sherlock, que antes de marcharse ha querido verte.

LAURETA ¡ Ah ! ¡ señor ! ¡ Cuánto agradezco su bondad ! Y qué ; ¿ ha traído usted buenas noticias ?

SHERLOCK No son malas.

LAURETA ¿ Hay esperanzas ?

SHERLOCK Las hay ; y en usted, señorita, está el alentarlas para alegrar a su papá.

LAURETA ¿ Lo véis ? ¿ Lo véis ? Cuando yo decía que... que... ¿ Me permite usted que le dé un abrazo ?

SHERLOCK Uno solo, como adelanto de lo que pediré si llegamos a triunfar.

LAURETA Triunfar... es cosa segura, ¡ Viva Sherlock Holmes ! (Abrazándole.)

MANUEL ¡ Pero, niña !...

LAURETA Ya que sólo me concede usted un abrazo, uno solo, cuando menos que sea largo, muy largo. Hasta el primer tramo de la escalera no le suelto a usted.

SHERLOCK ¡ Es un ángel !

MANUEL Laura mía...

GEORGINA ¡ Hija de mi corazón ! (Vanse por la izquierda Sherlock y Laura, seguidos de don Manuel y Georgina. Final animado.)

MUTACIÓN

Cuadro VII

El león Goliat

Salón del Foyer del Olympia. Gran arcada al fondo en el pasillo de la entrada principal. En la derecha, puerta con "paravent". A la izquierda mesa redonda. Iluminación eléctrica espléndida. Lujo deslumbrador. En paredes y espejos, anuncios de "grandes atracciones". Detalles propios del lugar de la acción.

ESCENA PRIMERA

LAPIN y COLIN, en la mesa de la derecha, los dos en traje de sociedad. En la mesa botella y copas de cognac. CAMARERO en el fondo.

LAPIN Te has portado como un héroe, Colin ; como un héroe, valga la frase. No esperaba menos de ti.

COLIN Yo encima de mi caballo, hago de él lo que quiero, señor Vizconde. Un ligerísimo golpe de brida, acompañado del roce de espuela por el ijar, produce en el caballo un balanceo de cabeza, que le hace perder

- rapidez en línea recta, y... ahí está el secreto. (Marcando la acción.)
- LAPIN Y aquí están los diez mil francos ofrecidos. (Entregándolos en billetes.)
- COLIN ¿Sin propina?
- LAPIN Sin propina; pero con la perspectiva de otros diez mil en nueva jugada que preparo en las carreras del próximo jueves.
- COLIN Si es para repetir el *perde*, no cuente usted conmigo. Mi fama de Jockey...
- LAPIN No temas por tu *famosa fama*. Esta vez ganarás montando mi yegua «Coral».
- COLIN ¡«Coral!» Imposible correr con ella. Es una potranca de mala ley. «Coral» está desacreditada completamente.
- LAPIN ¡Torpe! En ese descrédito está nuestro éxito.
- COLIN ¿Cómo puede ser eso?
- LAPIN Tienes confianza en la yegua «Saeta»?
- COLIN ¡Infalible!
- LAPIN Pues bien: pintando a «Saeta» las manchas rojas que «Coral» tiene en las patas, se podrá correr a «Saeta» aparentando ser «Coral».
- COLIN Buena jugada. Pero ¿y si con el sudor se destiñe?
- LAPIN Sé yo de una tintura de la India que no falla.
- COLIN Siendo así, conformes.
- LAPIN Ahora separémonos. Diviértete a tus anchas; pero no te emborraches, que es cuando sueltas la lengua.
- COLIN No hay cuidado.
- LAPIN En cuidado me tienes siempre, señor Colin.
- COLIN No temáis, señor Vizconde de Vernet. (Va se por el fondo izquierda)
- LAPIN Es un perfecto granuja del cual saco gran partido. (Golpeando con una moneda, llama al Camarero, que acude a cobrar) Todo para ti.
- CAMARERO *Merci*.
- LAPIN (Contando los billetes de su cartera) Mil, dos

mil,... cinco... seis... (Mostrando el billete de lotería.) El billete, número 14,213, premiado con un millón de francos. ¡ Un millón ! Si lo atrapase Sherlock, lanzaría un ¡ hurra ! que se oiría de polo a polo. No le daré esa satisfacción. El billete no se separa de mí. ¡ No hay fuerza humana para arrebatármelo, no ! (Guarda la cartera con el billete de lotería en el bolsillo interior de su frac. Los seis billetes de mil francos los guarda en otro bolsillo.) Vamos a ver qué tal las dan en el bacarrat. (Al ir a marcharse por la segunda puerta de la izquierda, Eva le detiene el paso.)

ESCENA II

LAPIN y EVA, en traje de domadora.

EVA	Un momento, caballero.
LAPIN	¿Quién? ¡Eva!... ¡Oh! ¡señora! Está usted irresistible con el traje de domadora. Cuando James Mallins os vea así, se desmayará de emoción.
EVA	No se trata de él en estos momentos.
LAPIN	Lo digo, porque el buen señor se halla en París, buscando a su Eva desasosegadamente. Esta tarde le vi en las carreras. Fué cosa rara no os encontrarais con él.
EVA	¿Qué me importa a mí ese necio?
LAPIN	Conforme con la necedad de Mallins. Pero creo que vuestro nuevo amante, monsieur Roberts, es todo un hombre.
EVA	Roberts es sólo un pretexto de exhibición. Hago lo que quiero de él.
LAPIN	¡Diablo! ¡Un domador de leones domado por Eva! Es cosa interesante.
EVA	Aquí quien me interesa eres tú. Lo confieso sin rubor. Tú y sólo tú.
LAPIN	Agradezco la distinción; pero ...
EVA	¡Infame! ¿Por qué me robaste de Londres en el automóvil?

- LAPIN Esa es vuestra equivocación, señora.
EVA ¡Cómo! ¿Te atreves a negar el rapto?
LAPIN Puntualicemos. A mí lo que en aquellos momentos me precisaba era un coche cualquiera, para no andar descalzo por las calles de Londres. Cogí un automóvil, sí, no lo niego; pero si dentro de él os hallé a vos, fué por pura casualidad, no por premeditación.
- EVA Al desprecio añades la burla. Esto sólo me faltaba.
- LAPIN Lo que falta, señora, es que dejéis de importunarme con el envío de cartitas y postales de colores. En mi casa y en una arquilla, guardo todos vuestros recuerdos, junto con alguna joya de vuestra pertenencia. No quiero privaros de ellas. (De su cartera saca una tarjeta y escribe en ella con lápiz.) A la presentación de esta tarjeta os será entregada la arquilla, aun en ausencia mía. Tomad. (Entregándola.) No tengo más que decir. Hemos terminado. Dispensad; el bacarrat me espera. (Saluda y vase por la izquierda.)

ESCENA III

EVA, SHERLOCK y RICHARDSON que desde el fondo han escuchado las últimas palabras. A poco ROBERTS por el fondo en traje de donador.

- EVA ¡La rabia enciende mis carnes!... ¡Qué me importa a mí esta tarjeta! (La arroja al suelo y la pisotea.) Lo que quisiera yo es pisotearte tu corazón, igual que a este pedazo de cartulina. ¡Así!
- ROBERTS ¡Eva, Eva! ¿qué haces? Nuestro número va a principiar. Hemos de presentarnos dentro de la jaula. ¿Vamos?
- EVA Vamos, sí. ¡Ojalá me devoren los leones! (Vanse por el fondo.)

SHERLOCK (Adelantándose pausadamente y recogiendo la tarjeta.)
¡ Oh ! mujeres, mujeres !

RICHARD. ¿ Os aprovecha la tarjeta ?

SHERLOCK Sí, para la colección de autógrafos. (Guardándola.)

RICHARD: Y a todo esto, el joven que debe entregarnos la instantánea no se le ve en todo el local.

SHERLOCK Ya daremos con él. No hay que dudar de su palabra. ¡ Mozo ! (Un mozo acude.) Dos doubles con sandwiches. (Se colocan en la mesa de la derecha.)

RICHARD. ¿ Me permitís una pregunta, maestro ?

SHERLOCK Todas las que os plazcan.

RICHARD. Decidme. ¿ Cómo adivinasteis que Lapin asistiría a las carreras de caballos, y por qué razón jugasteis al color rojo ?

SHERLOCK Las dos preguntas están aclaradas en una sola deducción continuada de detalle en detalle. Al presentarse Lapin en nuestro hotel, reparé que la pechera de su camisa no era blanca del todo ni estaba planchada. Este insignificante detalle me hizo sospechar que se hallaba dispuesto a concurrir a algún espectáculo al aire libre, y como quiera que el espectáculo propio de temporada son las carreras de caballos, a las carreras nos dirigimos. Como sabéis, no me equivoqué. Le vimos en el bosque montando en bicicleta. El caballo que corría el color azul era suyo.

RICHARD. Bajo el título de vizconde de Vernet.

SHERLOCK Precisamente. El corría el azul, y sin embargo, sólo apostaba mil francos. Poca cantidad era esa para un caballo famoso. Aquí se trama algo, dije para mí. Comprendí su juego a la gana-pierde, y por eso aposté por el rojo.

RICHARD. Magnífica deducción, maestro.

SHERLOCK Un poco aventurada si se quiere ; pero tratándose de quien se trata, el detalle

más pequeño conduce a la más grande de las soluciones.

RICHARD. Tenéis razón sobrada. (Beben.) Y referente al mozo de cuerda del secreter, ¿podemos tener por cierto que fué nuestro Lapin, ¿verdad?

SHERLOCK No es difícil de asegurar. Lo difícil en este asunto es llegar a comprender qué clase de papeles son los que en el secreto del mueble existen.

RICHARD. Grande debe ser su importancia, ¿no os parece?

SHERLOCK Quizá más grande de lo que podemos calcular. No sé porque tiemblo por el honor de mi amigo, el doctor Walton.

RICHARD. Hallándose el secreter en poder de Lapin, seguramente ya habrá descubierto el secreto del mueble.

SHERLOCK Eso es lo que sabremos mañana en la cita que nos dió a las ocho de la noche y en su casa de la Avenida del Bosque. (Voces dentro.) Silencio. Alguien se acerca.

RICHARD. Es James Mallins y el coronel Merryt.

SHERLOCK Corred el *para-vent*. (Richardson lo corre un poco, quedando los dos resguardados de las miradas de los demás personajes.)

ESCENA IV

Dichos, el CORONEL y JAMES MALLINS por el fondo izquierda

CORONEL Querido Mallins, ¿qué os parece l'Olympia? ¿Os divierte el espectáculo? ¿Os alegran la vista tantas luces y colores? ¡Y sobre todo, las mujeres!... Hay donde escoger, ¿verdad?

JAMES Soy hombre al agua, Coronel. Nada me alegra. Todo lo veo de color negro, muy negro. El fracaso de esta tarde en las carreras de caballos ha sido doloroso.

CORONEL Para que os olvidéis de él, he mostrado

empeño en traerlos aquí, a l'Olympia.
¡ Voto a mil diablos ! En estos salones las
penas desaparecen : todo es alegría.

JAMES No para mí. Tengo presentimientos de
que yo ya no volveré a ser yo nunca más !

CORONEL ¡ Fúnebre estáis, amigo mío !

JAMES Sobre mi cabeza siento el peso de un *jettator*,
que me hunde, me hunde, sin que
fuerza humana sea suficiente para volver-
me a la superficie.

CORONEL Vaya, vaya, deseched tan negros pensa-
mientos que a nada bueno conducen, y ¡ a
vivir ! que la vida es corta, y es menester
aprovecharse de ella.

JAMES ¡ El *jettator*, el *jettator*, me tiene bajo su
peso !

CORONEL Dejáos de *jettatores*, y echad una mirada
sobre ese ramito de flores que llega hacia
nosotros. ¡ Ay, si uno no peínase canas !

ESCENA V

Dichos, PAULINA, elegante y graciosamente, ataviada del brazo de
TOURNIQUET, por el fondo derecha

JAMES ¡ Hermosa mujer ! ¡ Calle ! si es la del mos-
trador del chalet de bebidas en el bosque
de Bolonia.

PAULINA La misma, caballero. ¿ Se ofrece algo ? (Al
pasar delante de ellos.)

TOURNIQ. Para lo que se ofrezca, aquí estoy yo.

JAMES Y usted es, sí ; no me engaño, el joven
cronista del *Paris-Sport*.

TOURNIQ. El mismo. ¿ Qué hay en ello de particular ?
¡ eh !

SHERLOCK Aquí tenemos a nuestro fotógrafo.

PAULINA (No seas celoso, Tourniquet. ¿ No ves que
es un tipo de *vaudeville* ?)

TOURNIQ. (Tienes razón, Paulina.)

JAMES ¡ Hombre de Dios ! ¿ Por qué dijo usted

- en las carreras que jugaba al azul, si después apostó al rojo?
- TOURNIQ. Por inspiración. El rojo fué mi suerte.
- JAMES Y el azul mi desgracia. Perdí mil luises.
- PAULINA ¡ Já, já ! ¡ Tiene gracia !
- JAMES ¿ Os parece gracioso perder mil luises, señorita ?
- PAULINA Me refiero a la cara que ponéis lamentando una pérdida para vos insignificante, caballero.
- JAMES Insignificante... sí... no, es decir...
- PAULINA Vaya, para indemnizaros de vuestra pérdida, os invitamos a que nos paguéis unas botellas de champagne para todos. ¿ Te parece bien, Tourniquet ?
- TOURNIQ. Por mi parte acepto gustoso.
- PAULINA (Al Coronel.) ¿ Y vos, caballero ?
- CORONEL También acepto. (Me parece que la mo- cita nos está tomando el pelo.)
- JAMES (Los ojos de esta mujer me trastornan los sentidos.)
- PAULINA ¿ Qué me decís ? ¿ Aceptáis ?
- JAMES (¡ Pelillos a la mar !) Acepto. ¡ Yo lo pago todo !
- PAULINA ¡ Bravo ! No esperaba yo menos de tan simpático caballero. (A Tourniquet.) (¿ Lo ves ? ¡ es un tonto !) (Rugido de león, dentro.)
- JAMES ¿ Eh ? ... qué rugidos son esos ?
- TOURNIQ. Los leones de Mr. Roberts
- JAMES ¿ Leones, decís ? ...
- PAULINA Sí, un domador que debuta esta noche.
- JAMES ¿ Creéis que estamos seguros ?

ESCENA VI

Dichos y LAPIN por la izquierda

- LAPIN No temáis, señor James Mallins. Los le- ones de Mr. Roberts no os comerán.
- TOURNIQ. El ciclista de mi instantánea.

- JAMES ¡Qué miro! ¿Usted aquí?
LAPIN Yo mismo. ¿De qué os sorprendéis, mi buen amigo?
- JAMES ¿Amigo, yo?
LAPIN Amigo, y de los íntimos. (Cogiéndole por el brazo y llevándole al lado izquierdo.) Con permiso, señores.
- CORONEL (La osadía de este hombre es pasmosa.)
PAULINA (Al Coronel.) Es el vizconde de Vernet; ¿verdad que sí, caballero?
- CORONEL ¿Vizconde?... sí... sí, ¡creo que sí!
JAMES (Intentando deshacerse del brazo de Lapin.) Señor mío... Señor mío...
- LAPIN No tengáis miedo, señor Mallins. Os debo una explicación y voy a dárosla cumplida.
- RICHARD. (A Tourniquet.) Joven, ¿quiere usted hacerme el favor? (Indicándole que se acerque a su mesa.)
- TOURNIQ. ¿Quién?... ¡Ah! ¿son ustedes? (Va a ellos, Paulina y el Coronel quedan en segundo término conversando.)
- LAPIN No me guarde usted rencor. Todo lo ocurrido en Londres fué... una apuesta de amigos convenida en el baile de la Embajada.
- JAMES Pero el collar de brillantes y mi reloj de oro...
- LAPIN Nada sé referente a esa joya.
- JAMES ¿Y la misiva en el palco de la Opera?
- LAPIN No sé de qué me habláis.
- JAMES ¿Y el automóvil con mi adorada Eva?
- LAPIN Eso fué la apuesta. El automóvil lo encontraréis en Londres, y a vuestra Eva en París.
- JAMES ¿Con qué es cierto?
- LAPIN En París, y en este mismo recinto.
- JAMES ¿Aquí?
- LAPIN Aquí, sí; dentro de una jaula.
- JAMES ¡Os burláis! ¿Mi Eva enjaulada?
- TOURNIQ. (Que ya ha entregado la fotografía a Sherlock.) Falta el retoque, pero el parecido es perfecto. Sin embargo, si queréis...

- SHERLOCK Bien está como está.
- JAMES Repito que no puede ser.
- LAPIN Es lo que os digo. Eva se exhibe bajo el nombre de *signorina* Celeste, con el domador Mr. Roberts.
- TOURNIQ. Si quieren ustedes convencerse del parecido, en esta sala pueden ustedes ver el original. Pero, por Dios, que no se sepa que yo he tomado la instantánea por sorpresa, ¿eh?
- SHERLOCK Eso es lo que yo quería rogar a usted: que nadie sepa nada de esto.
- TOURNIQ. Descuidad. Bien sé lo que son estas cosas. Por mi parte no hay temor.
- SHERLOCK Confío en ello. Tomad lo prometido.
- TOURNIQ. Gracias. A vuestra disposición, caballero.
- SHERLOCK Por aquí. (Sherlock y Richardson se retiran por la puerta de la derecha sin ser vistos de los demás personajes, puesto que el paravant lo impide.)
- TOURNIQ. Seguramente es algún marido burlado. ¡Bah! ¿qué me importa? ¡Allá ellos! ¿eh? (Reúnese con el Coronel y Paulina.)
- LAPIN Ya veis como en mí no cabe culpabilidad ninguna. Ella fué la que me suplicó la fuga, sin duda para daros un bromazo con el domador de leones y para atraeros a París.
- JAMES Efectivamente. Eva tenía gran empeño en visitar la capital de Francia.
- LAPIN ¿Véis lo que os decía...?
- JAMES ¿Y qué os parece que debo hacer yo ahora?
- LAPIN Encararos con monsieur Roberts.
- JAMES ¡Un domador de leones!... (Rugido de leones.) ¡Diablo!... ¡me parece que esos animalitos tienen malas pulgas!
- CORONEL (La conversación va resultando larga.)
- PAULINA Tengo un hambre devoradora.
- TOURNIQ. Mandaremos que nos preparen una mesa en este reservado, ¿eh?
- PAULINA Sí, sí, en seguida. (Tourniquet da orden a un mozo que prepare la mesa.)

- JAMES Si pudiéramos hallar un medio de rescatar a mi Eva, sin entendernos con el domador... ¿No os parece que sería más práctico?
- LAPIN ¡Psé!
- JAMES A vuestra amistad me entrego. Aconsejadme, amigo mío, aconsejadme. ¿Qué debo hacer?
- LAPIN Atraerla por celos.
- JAMES ¿Cómo?
- LAPIN La ocasión os favorece. Aquí tenéis una hermosa mujer. Nos convidáis a cenar a todos, y os sentáis junto a ella...
- JAMES Sí.
- LAPIN Eva imprescindiblemente ha de pasar por esta sala. Al veros en compañía de otra mujer, los celos morderán su corazón, veréis como si no esta noche, mañana a más tardar, la tendréis a vuestras plantas suplicando vuestro amor.
- JAMES ¡Magnífico plan! Aceptado, aceptado en todas sus partes. (Con gran alegría.) Señores... ¡a cenar! ¡a cenar! ¡Yo lo pago todo, todo!
- CORONEL ¿Qué es esto, Mallins? ¿Estáis en vuestro juicio?
- JAMES Estoy en el apoteosis de mi dicha. Yo lo pago todo. Colocad la mesa en el centro de la sala. (A los mozos.) ¡Yo pago el champañ... yo pago los cubiertos... yo pago los cigarros... yo lo pago todo, todo!
- PAULINA ¡Bravo por el nuevo Nabab!
- JAMES (A los mozos.) Aprisa, aprisa. Poned los manteles. Venga; yo os ayudaré.
- CORONEL ¡Señor Mallins!...
- PAULINA Es gracioso.
- TOURNIQ. Está loco.
- CORONEL (¿A qué obedece ese cambio, amigo mío?)
- JAMES (Señalando a Lapin.) A que el señor es el señor más simpático del mundo.
- PAULINA Sí que lo es, el señor vizconde de Vernet.
- CORONEL ¿Cómo?

JAMES ¿Vizconde?...

LAPIN De Vernet. (Con signo de inteligencia.)

JAMES Viz... ¡ Tiene gracia, hombre, tiene gracia !

CORONEL (No comprendo una palabra.)

JAMES ¡ Tiene gracia !... Ea, a la mesa. Yo lo pago todo.

PAULINA Colóquese usted a mi lado, vizconde.

LAPIN Con mucho gusto, señora. (La mesa en mitad de la escena. Colocación de la derecha del actor: Tourniquet, Paulina, Lapin, James y Coronel.)

JAMES (¿No me decíais que yo a su lado?)

LAPIN (Después os haré pasar.)

JAMES ¡ Tiene gracia el lance, tiene gracia !

CORONEL Moderáos, amigo mío, moderáos.

JAMES ¡ Aquí no hay moderación que valga !

 ¡ Aquí somos todos unos... y yo pago lo de todos !

TOURNIQ. Está beodo antes de beber, ¿eh?

PAULINA Así parece.

TOURNIQ. Calculad cómo estará al final, ¿eh?

PAULINA Él lo paga todo...

TOURNIQ. Es verdad.

PAULINA ¡ Uf ! ¡ qué sofocación ! Apartad esc paravant.

JAMES Sí, sí : apartarlo. No debemos ocultarnos de nadie.

ESCENA VII

Dichos, EVA y ROBERTS por el fondo

EVA (¡ Qué veo ! ¡ Raffles junto a una mujer ! Ella es la que me roba su amor. ¡ Me vengaré !)

ROBERTS ¿Adónde vas?

EVA Se me ha olvidado el pañuelo entre bastidores. Voy por él.

LAPIN (¿Qué os decía, amigo? Aquí tenéis el domador. Pronto vendrá Eva.)

- JAMES (Tenéis razón. Le convido a beber ; ¿os parece bien?)
- LAPIN (Magnífico. Así ella tendrá que reparar en vos aunque no quiera.)
- JAMES Monsieur Roberts ; ¡ una copa de champagne ! (Ofreciéndosela.)
- ROBERTS Con mucho gusto, caballero. (Bebe. Rugido del león.)
- JAMES ¡¡ Eh !!
- ROBERTS No temáis ; es Caín. Conozco sus rugidos.
- PAULINA Caín, ¿ el que mató a Dalila?
- TOURNIQ. No, mujer. Caín no mató más que a Abel. (Otro rugido.)
- ROBERTS ¡ Rayos ! Este es Goliat. Me extraña su inquietud. (Sherlock y Richardson aparecen por la derecha sin ser notada su presencia por los demás personajes.)
- SHERLOCK ¿ A qué obedecerán tantos rugidos?
- RICHARD. No me parece natural la inquietud de esas fieras.
- JAMES ¿ Estamos seguros aquí? (Los rugidos no cesan.)
- ROBERTS Seguros... Sin embargo, iré a ver... (Ruido de cristales dentro y grandes voces:)
- VOCES ¡ Socorro ! ¡ Favor ! ¡ Cerrad las puertas !
¡ El domador !... ¿ Dónde está el domador?...
- OTRAS ¡ Es Goliat !... ¡ Se escapó Goliat !... (Antes de llegar Roberts al fondo, salta, por encima del paravent que se halla junto a la arcada de la puerta del fondo, el león Goliat, cayendo en el centro de la mesa, la cual vuélcase hacia el público. Gritos simultáneos.)
- PAULINA ¡ Gran Dios !... (Desmayándose en brazos de Tourniquet.)
- CORONEL ¡ Mil bombas !...
- LAPIN ¡ Demonio !...
- TOURNIQ. ¿ Eh?... ¿ qué es esto?
- JAMES ¡ Muerto soy !... (Cayendo de espaldas.)
- ROBERTS ¡ Goliat !... ¡ Goliat !... ¡ Sígueme , Goliat !... ¡¡ Goliat ! !... (Tirando de las melenas)

del león, cuya zarpa derecha hace presa en el brazo izquierdo de Lapin. Sherlock y Richardson, sin moverse de su sitio empuñan sus revólvers. Colin y varios concurrentes asoman por el fondo llenos de espanto. Cúidese este final para su buen efecto plástico.)

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

Cuadro VIII

Las dos potencias

Sala reducida en casa de Lapin. Puerta al fondo y en lateral de la derecha. En la pared de la izquierda, secreter enteramente igual al del segundo acto. Muebles Luis XV. Habitación de soltero, elegante y rico.

ESCENA PRIMERA

LAPIN, en un sillón a la derecha, resguardado por un paravent
COLIN, a su izquierda.

LAPIN Ya lo ves, Colin, ya lo ves. Vivo por milagro.

COLIN Bien lo veo, señor vizconde. El lance fué serio. Así que llegué yo al foyer y entre la confusión distinguí al señor bajo las garras del león, la verdad, no hubiera yo ofrecido por vuestro pellejo medio franco.

LAPIN Lo creo. De las garras de la fiera pude desprenderme, dejando entre ellas la mitad de mi frac. Toda la parte izquierda, toda.

COLIN ¡Bah! el frac no importa. Lo interesante es haber salido con vida de trance tan apurado.

LAPIN Todo importa, y todo interesa en este mundo, todo.

- COLIN El frac que vestía el señor es un trofeo de gloria. Yo lo guardaría como recuerdo.
- LAPIN Dices bien, Colin. Debo guardarlo como un fatal recuerdo.
- COLIN ¿Es este, verdad? (Señalando el frac que se halla sobre el velador.)
- LAPIN Este mismo. Mira qué desgarró. (Mostrando que falta de la prenda todo el costado izquierdo.)
- COLIN Valiente zarpada. Falta todo el bolsillo interior.
- LAPIN Sí: todo el bolsillo es lo que falta, todo.
- COLIN Pero afortunadamente las garras no interesarían en el cuerpo.
- LAPIN No, sólo en el brazo tengo algún ligero rasguño, que por cierto no deja de molestarte un poco.
- COLIN Es natural. Mas no es de creer tenga consecuencias. ¿Verdad, señor vizconde?
- LAPIN El doctor así lo cree, teniendo en cuenta mi buena encarnadura.
- COLIN ¡Oh! bien sabe el señor lo mucho que me interesa su perfecta salud.
- LAPIN Gracias, Colin. Agradezco el interés que demuestras por mi persona. La primer visita que hoy recibo, es la tuya. Gracias.
- COLIN Ya lo sabe el señor: *siempre el primero.*

ESCENA II

Dichos y un CRIADO, por el fondo, con una tarjeta en una bandeja

- CRIADO Señor...
- LAPIN Adelante.
- CRIADO Una tarjeta.
- LAPIN (Leyendo para sí.) (Sherlock Holmes.) Hazle pasar. (Vase el criado.)
- COLIN Si el señor no manda lo contrario, me retiro.
- LAPIN Mañana nos veremos en el café a la hora del aperitivo.

- COLIN No faltaré. (Hace ademán de marcharse por el fondo.)
- LAPIN No ; por aquí saldrás al jardinillo de la calle Laurent.
- COLIN Como mande el señor. (Vase por la primera derecha.)
- LAPIN Conviene evitar encuentros.

ESCENA III

LAPIN y SHERLOCK, guiado por el Criado, sale por el fondo. El Criado se retira

- SHERLOCK (No estaba solo. Señal que la casa tiene otra salida.)
- LAPIN (Aquí está mi hombre. No se ha hecho esperar su visita.)
- SHERLOCK Señor vizconde de Vernet. (Saludándole.)
- LAPIN Vizconde, no para vos, señor Sherlock.
- SHERLOCK No son todavía las ocho de la noche, hora de la cita que Lapin me dió, para que a Lapin venga yo a visitar.
- LAPIN Esto es decir que...
- SHERLOCK Que sólo vengo a saber de las heridas del señor vizconde.
- LAPIN Gracias por la atención. Mis heridas no ofrecen grandes cuidados. Por lo pronto, no tengo el menor síntoma de fiebre ; pulsadme. (Ofreciéndole el brazo que Sherlok no toca.)
- SHERLOCK Así debe ser, puesto que a pesar del *paravent* que os guarda de la puerta de entrada, os halláis, expuesto a las corrientes de aire de las puertas de salida. (Señalando la del fondo y la de la derecha.)
- LAPIN (¡ Diablo !) Es casualidad de colocación. y para que alejéis del pensamiento toda sospecha, señor Sherlock, os suplico que veáis en mí a Lapin, que anteayer os dió cita en esta casa mi casa, que es la vuestra, a las ocho de la noche, para tratar de... de nuestros asuntos.

- SHERLOCK Pláceme vuestra concesión adelantando la hora.
- LAPIN En primer lugar. ¿Verdad que os extrañó mi cita a las ocho de la noche?
- SHERLOCK ¡Psé! Creí comprender en ello el capricho de recordar la situación de nuestra entrevista en Londres y en mi casa.
- LAPIN Perfectamente comprendido. Capricho de repetir exactamente nuestra primera entrevista.
- SHERLOCK Exactamente, no, puesto que yo no acostumbro a penetrar por los balcones.
- LAPIN Ya os dije que aquello fué una precipitación.
- SHERLOCK Esas son las que os perderán indefectiblemente.
- LAPIN Os dejo en esa creencia y entremos de lleno en nuestros negocios.
- SHERLOCK Asuntos los titulo yo.
- LAPIN Como gustéis. Asuntos o negocios, sobre ellos tengo que haceros una súplica, señor Sherlock.
- SHERLOCK Decidme.
- LAPIN La súplica es que, puesto que en Londres fuisteis el vencedor, vuestro es el campo, sí; pero aquí, en París, dejadme vivir tranquilo, no os metáis en mis negociaciones. De lo contrario esto será el cuento de nunca acabar.
- SHERLOCK Imposible. En París, como en Londres, y en Londres como en todas partes, Sherlock no puede perder de vista a Lapin en todas sus transformaciones.
- LAPIN ¿Quién sabe?
- SHERLOCK En todas sus transformaciones repito: ya vistiendo el burdo pantalón de barquero del Támesis, como luciendo el aristocrático frac o el chaquetón de mozo de cuerda.
- LAPIN ¿Cómo?... ¿También reconocéis en mí a algún mozo de cuerda?
- SHERLOCK Vos lo decís. Al mozo que efectuó el cam-

bio del secreter en casa de don Manuel Walton.

LAPIN No lo niego. Fué éste un negocio debido a la casualidad, puesto que mi disfraz obedecía a otra cosa bien distinta que transportar muebles por las calles de París.

SHERLOCK ¿Y por qué razón no facturásteis el secreter del cambio?

LAPIN Donosa pregunta. Porque al ver el nombre de nuestro amigo Walton, me picó la curiosidad de saber qué diablos contenía el armatoste que se me venía a manos tan fácilmente. Así pues, en vez de conducirlo a la estación, lo transporté a mi casa. Vedlo allí. (Señalando donde se halla.)

SHERLOCK Ya lo he visto al entrar.

LAPIN ¿Conocéis el mueble?

SHERLOCK Me lo sé de memoria. Supongo que al abrirle, encontraríais en él...

LAPIN Dos mil francos en billetes de Banco.

SHERLOCK ¿Y nada más?

LAPIN Un billete de lotería que luego resultó premiado.

SHERLOCK ¿Y nada más?

LAPIN A primera vista... nada más ; pero más tarde, calculando que el cambio obedecía a causas de gran importancia, a fuerza de tantear el mueble, di con un botoncillo que parecía ser un nudo de la madera, apreté, saltó una cacha de la guarnición, dejando ver una anillita de metal, tiré de ella, y por fin apareció el doble fondo del cajoncillo del centro, metí la mano, y saqué un sobre lacrado.

SHERLOCK ¿Leísteis su contenido?

LAPIN Sí ; pero he vuelto a cerrar y lacrar el sobre tal como lo hallé. Aquí lo tengo, mirad. (De la mesilla que se halla a su derecha, saca un sobre lacrado como ha descrito.)

SHERLOCK Por la importancia de su contenido debéis suponer el afán que me mueve, para que ese documento vuelva a poder de...

- LAPIN De la esposa de vuestro amigo el doctor Walton.
- SHERLOCK ¡ Precisamente !
- LAPIN ¡ Oh ! Los papeles estos valen un tesoro. Ahí es nada poseer el secreto de que la hermosa Laura no es hija del matrimonio de París, sino de...
- SHERLOCK Efectivamente. Laura es hija... de...
- LAPIN Hija de Adelaida, esposa del doctor Walton.
- SHERLOCK Eso mismo.
- LAPIN Cosa que don Manuel ignora, ¿verdad?
- SHERLOCK Sí, y su esposa también.
- LAPIN ¡ Hombre ! esto sí que es raro.
- SHERLOCK Dispensad : los secretos de familia son para mí sagrados.
- LAPIN ¡ Oh ! pues a mí me divierten mucho. De ellos se puede sacar gran partido.
- SHERLOCK De ello se trata. Veamos qué precio ponéis a esos documentos.
- LAPIN Valoradlos vos mismo.

ESCENA IV

Dichos y el CRIADO. Después RICHARDSON disfrazado de mozo de cordel

- CRIADO (Con una tarjeta.) Señor Vizconde...
- LAPIN ¿Qué hay?
- CRIADO Un demandadero presenta esta tarjeta, para que se le haga entrega de lo que en ella va escrito.
- LAPIN Con vuestro permiso. (A Richardson.) ¡ Ah ! sí. La simpática Eva por fin se decide a recoger sus recuerdos. Toma, entrega al demandadero la arquilla esa de la izquierda.
- CRIADO Pasad, buen hombre. (A Richardson. Este, procurando no ser visto de cara por Lapin, se dirige al secreter y carga con él, dejando en su lugar la arquilla pequeña que se hallaba encima)

SHERLOCK (Inútil operación.)

LAPIN Pues como decíamos ; el precio de los documentos debéis fijarlo vos.

SHERLOCK Ya que insistís en ello, lo haré así: El secreter contenía tres cosas que...

CRIADO ¿Es este, señor? (Señalando el secreter.)

LAPIN (Siguiendo la conversación con Sherlock, no hace caso del criado.) Sí, el secreter... El secreter contenía tres cosas, es cierto. Dos mil francos, un billete de lotería y estos documentos. (Richardson ya ha cargado el mueble y vase por el fondo seguido del Criado que le acompaña, procurando no roce las paredes.) Los dos mil francos son mi jornal de mozo de cuerda. ¿Qué menos puedo cobrar transportando muebles? ¿No os parece bien?

SHERLOCK Perfectamente.

LAPIN El billete de lotería...

SHERLOCK Ese lo tengo yo.

LAPIN No lo ignoraba. La zarpada del león me arrebató medio frac, y con él mi cartera conteniendo el famoso billete, número 14,213. El suceso fué una desgracia para mí y una fortuna para vos.

SHERLOCK En un extremo del salón encontré el trozo de frac. Con el desorden nadie reparó en él.

LAPIN Pero vuestra mirada bien supo hallarlo. ¡ Oh ! no tengo en ello nada que objetar. He perdido un millón de francos. Cuando menos la mitad, cobrando el billete a medias, que era lo que yo esperaba, y sin embargo no me quejo. El billete vino a mis manos con suma facilidad. Para llegar a las vuestras ha sido precisa toda la fuerza de un león. Esta vez poco podéis vanagloriaros de' vuestro ingenio, señor Sherlock.

SHERLOCK Sea como sea, el caso es que el billete está en mi poder ; aquí. (Mostrándole la cartera.)

LAPIN Y aquí están los documentos del secreter.

SHERLOCK Por ellos os ofrezco un billete de lotería.
(Pequeña pausa.)

LAPIN ¡Qué diablo! Acepto. Tomad. (Le entrega el sobre lacrado.)

SHERLOCK Tomad. (Entregándole la cartera y sentándose.)

LAPIN ¿Quedamos conformes?

SHERLOCK Conformes. Tanto es así, que terminada mi misión en París, hoy mismo partiré para Londres.

LAPIN ¿No os resta ya nada que hacer en la capital de Francia?

SHERLOCK Nada; puesto que más pronto de lo que yo creía he cumplido en todo.

LAPIN En todo, no.

SHERLOCK En todo, repito.

LAPIN ¿Y este billete de lotería?

SHERLOCK Vuestro es. Vos veréis si os aprovecha.

LAPIN ¡Oh! ¡qué sospecha! Acaso... (Abriendo la cartera y sacando el billete.) ¡Qué miro!... Este billete no es el verdadero. Es del sorteo anterior.

SHERLOCK Yo sólo he ofrecido daros un billete; pero no he dicho cual.

LAPIN ¡Me habéis burlado!

SHERLOCK El billete verdadero, el premiado, ya está en lugar seguro.

LAPIN ¿Esas tenebras, señor Sherlock? Los aires de París, veo que os hacen ser altamente bromista. ¡Vaya una jugarreta!... ¡Burlar mi buena fe! ¡Nunca hubiera creído tal hazaña de vos!

SHERLOCK ¡Psé! ¿Qué queréis? Vivir para ver.

LAPIN Afortunadamente poco es lo que yo he perdido.

SHERLOCK Pero mucho lo que yo he ganado. (Por el sobre que tiene en su poder.)

LAPIN Sí, habéis ganado... unos trozos de periódicos, pues los documentos en cuestión aun están en mi poder.

SHERLOCK ¡Qué decís! (Rasgando el sobre y hallando en él trozos de periódicos.)

LAPIN Vedlo si no.

SHERLOCK Es verdad. ¡ Ah, maldito ! (Apuntándole con su revólver.)

LAPIN ¡ Eh ! ¡ Cuidado con lo que se hace ! Aunque dolorido del brazo izquierdo, me sobra con el derecho para vender cara mi vida, señor Sherlock. (Levantándose y empuñando su revólver.)

SHERLOCK ¡ Ah !

LAPIN He aquí la repetición de la escena acaecida en vuestra casa de Londres, dos meses hace. (Quedan apuntándose los dos.) Tan torpe me habéis creído para no estar preparado a todo ? Si vuestro billete es falso, falsos son mis documentos. Decididamente somos dos potencias de fama mundial. Falsedad por falsedad, nada tenemos que reprocharnos.

SHERLOCK Tenéis razón. (Guardando sus revólvers respectivamente.)

LAPIN Un día u otro teníais que fracasar, mi querido amigo. La fama de *Nadie más fuerte que Sherlock Holmes* va perdiendo brillantez. Los papeles de la señora de Walton no se han movido del secreter.

SHERLOCK ¿ No ?

LAPIN No.

SHERLOCK ¡ Ah ! pues entonces míos son. El secreter ya no lo tenéis en casa. Mirad. (Señalando la mesa de la cual se lo llevó Richardson.)

LAPIN ¡ Maldición ! ¡ Verdad es !

SHERLOCK De las dos combinaciones una me ha fallado ; pero con una basta para salir victorioso.

LAPIN ¡ Cómo !

SHERLOCK Richardson, disfrazado de demandadero, se ha llevado el secreter.

LAPIN ¡ Ah ! comprendo la jugarreta.

SHERLOCK Si la comprendéis, ya nada me resta hacer en vuestra casa. Señor Lapin, os saludo, y me retiro. Queda probado que todavía... *Nadie más fuerte que Sherlock Holmes*. Adiós. (Vase por el fondo izquierda.)

ESCENA V

LAPIN, en seguida JAMES MALLINS por el foro derecha

- LAPIN ¡Fatalidad ! ¡ Todo perdido ! ¡ Oh ! la rabia me ahoga ! ¡ Maldito seas, Sherlock !
- JAMES ¡ Mi querido vizconde !... ¡ Entrañable amigo mío ! Ya veo que vuestras heridas no han tenido consecuencias. ¡ Cuánto lo celebro ! (Con muestras de júbilo.)
- LAPIN (Sólo me faltaba este imbécil !)
- JAMES Temía hallaros en cama ; pero afortunadamente os hallo de pie y muy alegre. ¿ Verdad que sí ?
- LAPIN Muy alegre, mucho.
- JAMES Lo celebro, lo celebro infinito. Hasta que he podido adquirir las señas de vuestra casa no he sosegado, querido amigo. ¡ Ah ! si os hubiera hallado enfermo nunca me lo perdonaría !
- LAPIN ¿ Vos ?
- JAMES Sí, yo. Del fatal suceso de ayer noche, yo sólo soy el causante.
- LAPIN ¡ Cómo !
- JAMES Sí, simpático amigo, sí. Ya se sabe de cierto que Eva fué quien abrió la jaula del león.
- LAPIN ¡ Ella ! lo presumía.
- JAMES ¿ Y sabéis por qué lo hizo ? Por celos. Por celos de verme cenando con otra mujer. Lo que vos decíais, amigo mío, lo que vos decíais. ¡ Una mujer celosa es capaz de todo !
- LAPIN Sí lo es, sí.
- JAMES Y aun no acaba aquí la cosa.
- LAPIN ¿ No ?
- JAMES No. Eva ha huído del domador, y sospecho que anda buscándome por todo París para reconciliarse conmigo.
- LAPIN Es muy posible.

JAMES Pero ahora yo me haré de rogar, haré el desdénoso. ¿Qué os parece la idea?

LAPIN Digna de vos.

ESCENA VI

Dichos y el CRIADO azorado

CRIADO Señor... Señor...

LAPIN ¿Qué ocurre, Tomás?

CRIADO Un momento, señor.

LAPIN (A James.) Con permiso. ¿Qué hay? (Al Criado en el fondo.)

CRIADO La policía se halla en la puerta principal.

LAPIN ¡La policía !...

CRIADO Con un auto del juez para reduciros a prisión.

LAPIN (¡ Ah ! ya entiendo, me reclaman de Londres ; pero no me alcanzarán.) Entreténles dos minutos antes de dejarles libre el paso. (Vase el criado.) ¡ Señor Mallins... gran noticia ! El criado acaba de anunciarme que Eva se halla en la antesala.

JAMES ¿Véis lo que os decía ? Me busca, me busca. Sigue todos mis pasos.

LAPIN ¿Queréis darle una sorpresa?

JAMES Sí.

LAPIN Sentáos en ese sillón, cubríos con la manta, Eva entrará, y...

JAMES ¡ Magnífica idea ! Sois el hombre de los grandes recursos. (Se coloca en el sillón.) ¿ Estoy bien así ?

LAPIN Perfectamente. Yo me retiro.

JAMES Sí, sí ; dejadme solo. (Recoge su abrigo.)

LAPIN (Esto se acabó. Pero el mundo es grande. Aun me queda mucho espacio para volar Italia, poético país. *Nadie más fuerte que Sherlock Holmes*. Verdad es : pero... nadie más astuto que Raffles. Adiós, Francia, adiós. ¡ Ahí queda eso !) (Vase por la primera derecha.)

JAMES

¿Qué dirá Eva cuando me vea así? ¿Qué dirá? ¿Qué dirá?... (Aparecen los policías y se dirigen directamente a apresar a James.)

MUTACIÓN

CUADRO ULTIMO

Triunfo completo

La misma decoración y muebles del acto segundo

ESCENA PRIMERA

MANUEL y GEORGINA

MANUEL Sí : Georgina, sí : por mucho que reconozca el poder del señor Sherlock hay momentos en la vida que desconfío de todo, no lo puedo remediar.

GEORGINA Hasta ahora no veo motivo suficiente para que se pierdan las esperanzas que nacieron a su llegada...

MANUEL He dicho que desconfío de todo, de todo lo que me rodea, Georgina.

GEORGINA (Está visto ; sospecha de mi honradez.)

MANUEL La prueba del cambio del secreter no tiene duda...

GEORGINA No la tiene, no.

MANUEL Pero cómo pudo verificarse el cambio. ¿Lo sabes tú, Georgina?

GEORGINA (No hay más remedio.) Sí, lo sé.

MANUEL ¡Qué dices !

GEORGINA Que fui yo, quien efectuó el cambio.

MANUEL ¡Tú ! ¿ Por qué razón ?

GEORGINA No me lo preguntes, Manuel. No quieras saberlo.

MANUEL Tengo derecho a saberlo todo, señora.

GEORGINA Es que yo tampoco lo sé todo.

MANUEL Pretendes burlarte.

- GEORGINA Es un secreto que no me pertenece.
- MANUEL No comprendo qué clase de secretos pueden existir, entre nosotros.
- GEORGINA Sólo existe uno que ruego me dispenses de confesártelo.
- MANUEL Eso nunca. Tu tenacidad en callarlo, más me enardece para saber de qué se trata. Habla, Georgina, habla. Dime toda la verdad; por horrible que ella sea, no lo será tanto como la duda que hiere mi corazón.
- GEORGINA Sospecho tus dudas. La mitad de mi vida daría gustosa por desterrarla de tu pensamiento. Pero no puedo, Manuel, no puedo. He jurado por mi hija y...
- MANUEL Por nuestra hija, diría yo, por nuestra hija.
- GEORGINA ¡Oh! sí; por nuestra hija, por nuestra Laura. No lo dudes, Manuel, no lo dudes ni un solo momento.
- MANUEL Al extremo que han llegado las cosas, repito, que dudo de todo, señora, de todo.
- GEORGINA ¡Dios mío! ¿Quién podrá salvarnos de tan horrible situación?
- MANUEL ¿Quién? Las pruebas de tu inocencia, si es que eres inocente.
- GEORGINA Lo soy.
- MANUEL ¿Lo eres, y tú misma te declaras la autora del cambio del secreter?
- GEORGINA Sí.
- MANUEL ¿Por tu propio interés?
- GEORGINA No.
- MANUEL ¿Por orden de otra persona entonces?
- GEORGINA Tú lo has dicho. Por orden de otra persona.
- MANUEL ¿Esa persona, quién es?
- GEORGINA Hasta que me vea libre del juramento no diré quien es.
- MANUEL Eso es una evasiva.
- GEORGINA Eso es la verdad.
- MANUEL ¿Y no temes mi furor?

GEORGINA Nada temo cumpliendo como buena esposa.

ESCENA II.

Dichos y LAURA con una carta

LAURETA ¡ Mamá !... ¡ Papá ! Una carta de Londres. Es de mi tía Adelaida. Conozco la letra del sobre.

GEORGINA ¡ De mi hermana ! ¡ Oh ! dame. Venga al momento. (Cogiéndola, abriendo el sobre y leyendo para sí.)

MANUEL (Mucha es su ansiedad.)

LAURETA ¿ Traerá buenas noticias, papá ?

MANUEL ¿ Qué noticias quieres que traiga ?

LAURETA ¿ Qué sé yo ! Cosas de las que alegran, de las que siempre dan gusto al saberlas.

MANUEL Tu madre nos lo dirá.

GEORGINA ¡ Oh ! ¡ Jesús me valga ! (Cae desvanecida buscando apoyo en un sillón.)

LAURETA ¡ Mamá !

MANUEL ¿ Qué es eso ?

LAURETA ¡ Se desmaya !... ¡ Mamá... Mamá !...

MANUEL ¡ Georgina, por Dios, vuelve en ti !

GEORGINA No, no es nada. Hija mía, retírate por unos momentos, tengo que hablar con tu padre.

LAURETA Voy. (¿ Qué será esto ?) (Vase por la izquierda.)

MANUEL ¡ Me explicarás por fin !...

GEORGINA Toma y lee. Esta carta me releva del juramento que sellaba mis labios, y me descubre cosas que nunca sospeché.

MANUEL (Lee.) « Querida hermana Georgina. A tu confianza y a la de tu esposo Manuel entrego un secreto para descargo de mi conciencia y para evitar toda sospecha que pudiera recaer sobre ti, por causa de la pérdida del secreter que me notificas en tu última. Preparáos para recibir una inesperada revelación. Laura no es hija vuestra, sino mía. » (Hablando.) ¿ Qué dice ?

GEORGINA Continúa.

MANUEL (Leyendo.) «Laura es hija mía. Como sabes, yo me casé dos años después que vosotros. En ese espacio de tiempo un infame burló mi honor : di a luz una hermosa niña que pude ocultar hasta a vosotros mismos, fingiendo un viaje a Normandía. Al cabo de un mes justo dió fruto vuestro matrimonio. Una niña que al apadrinarla yo, púsela por nombre Laura, como a la mía. Llevada a nodriza, la vuestra murió. Entonces, comprando el silencio de la ama de cría, puse mi hija en lugar de la vuestra, salvando así mi honor de mujer soltera y evitándoos un pesar. Pasó un año. Al casarme con el que hoy es mi esposo, no tuve el valor para confesarle la verdad. En eso he sido culpable. Las pruebas de mi falta se hallan en un escondrijo del secreter que mi marido os regaló. He callado mucho tiempo : mas hoy al escribirme tu desesperación y al calcular las sospechas que podían recaer sobre ti, por la pérdida del secreter, no vacilo ni un solo instante para confesar toda la verdad. Espero vuestra sentencia, sea como ella sea la acepto, sin ninguna queja. Siempre vuestra.—Adelaida.»

GEORGINA ¿Qué dices a esto, Manuel?

MANUEL Digo... que Laura será siempre nuestra hija y tú la esposa de mi corazón. (Abrazándola.)

GEORGINA ¡ Oh ! ¡ Gracias, gracias ! No esperaba menos de tu bondad.

MANUEL Del peso que más abatía mi espíritu estoy ya libre. Para ser completamente felices, sólo nos falta...

ESCENA III

Dichos y RICHARDSON con el secreter, SHERLOCK con el billete de lotería y LAURETA tras ellos, por la primera izquierda

- RICHARD. ¡ El secreter !
MANUEL ¡ Es posible !
GEORGINA El mismo, sí.
SHERLOCK El billete de lotería, número 14,213.
MANUEL ¿ El billete decís ?
GEORGINA El billete.
SHERLOCK Pagadero al portador. Aquí lo tenéis.
¡ Vuestro es !
MANUEL ¡ Oh ! Señor Sherlock. Os debo la vida.
GEORGINA La vida y el honor.
LAURETA ¡ Viva Sherlock !
SHERLOCK (Los documentos de vuestra hermana, en el secreter se hallan. Nada tema usted.)
GEORGINA Usted no ignora...
MANUEL Usted sabe...
SHERLOCK Todo lo sé, pero desde este momento, todo lo ignoro también.
MANUEL ¡ Oh ! ¡ señor ! ¡ Cómo pagaros tantos beneficios !
GEORGINA ¡ Cómo mostraros nuestra inmensa gratitud !
SHERLOCK ¿ Cómo ? ¡ Con un abrazo de vuestra hija (hija, comprenden ustedes) y con un recuerdo de París a Londres, para el inspector Richardson y para Sherlock Holmes.
LAURETA (Abrazándoles.) ¡ Viva Richardson !... ¡ Viva Sherlock !...

TELÓN

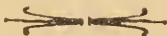
FIN DEL MELODRAMA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21, — BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|---|---|
| 1. La princesa del dollar | 31. El Rey Lear |
| 2. La Ola gigante | 32. Espectros |
| 3. El señor Conde de Luxemburgo | 33. Las Cigarras Hormigas |
| 4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | 34. El registro de la policía |
| 5. El Sol de la Humanidad | 35. El vergonzoso en palacio |
| 6. Zazá | 36. La Fuerza de la Con- |
| 7. Mujeres Vienesas | 37. Aurora ciencia |
| 8. Hamlet | 38. Eva |
| 9. Giordano Bruno | 39. El Bufón |
| 10. El nido ajeno | 40. El cuchillo de plata |
| 11. El Rey | 41. Nick Carter |
| 12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | 42. La cena de los cardena- |
| 13. Los Miserables | 43. ¡Justicia humana! les |
| 14. La ladrona de niños | 44. El señor fendal |
| 15. Los dioses de la mentira | 45. El veranillo de S. Martín |
| 16. Cristo contra Mahoma | 46. El desdén con el desdén |
| 17. Juventud de Príncipe | 47. Cuento inmoral |
| 18. Juan José | 48. Amor de amar |
| 19. La sociedad ideal | 49. La dama de las camelias |
| 20. La cizaña | 50. La domadora de leones |
| 21. Entre ruinas | 51. Los dos sargentos fran- |
| 22. La vida es sueño | 52. El Místico ceses |
| 23. Sabotage | 53. García del Castañar |
| 24. Pasa la ronda | 54. La fierecilla domada |
| 25. Magda | 55. El honor |
| 26. El papá del Regimiento | 56. El sí de las niñas |
| 27. La viuda alegre | 57. María Antonieta |
| 28. El Alcalde de Zalamea | 58. El conde de Montecristo |
| 29. Los dos pilletes | 59. Otelo |
| 30. D. Juan de Serrallonga | 60. El Barbero de Sevilla |
| | 61. Daniel |
| | 62. Pecado de juventud |
| | 63. Nadie más fuerte que
Sherlock Holmes |







131608.

LS.C.

B5826

Author

Title Biblioteca teatro mundial. Vol. 6.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

